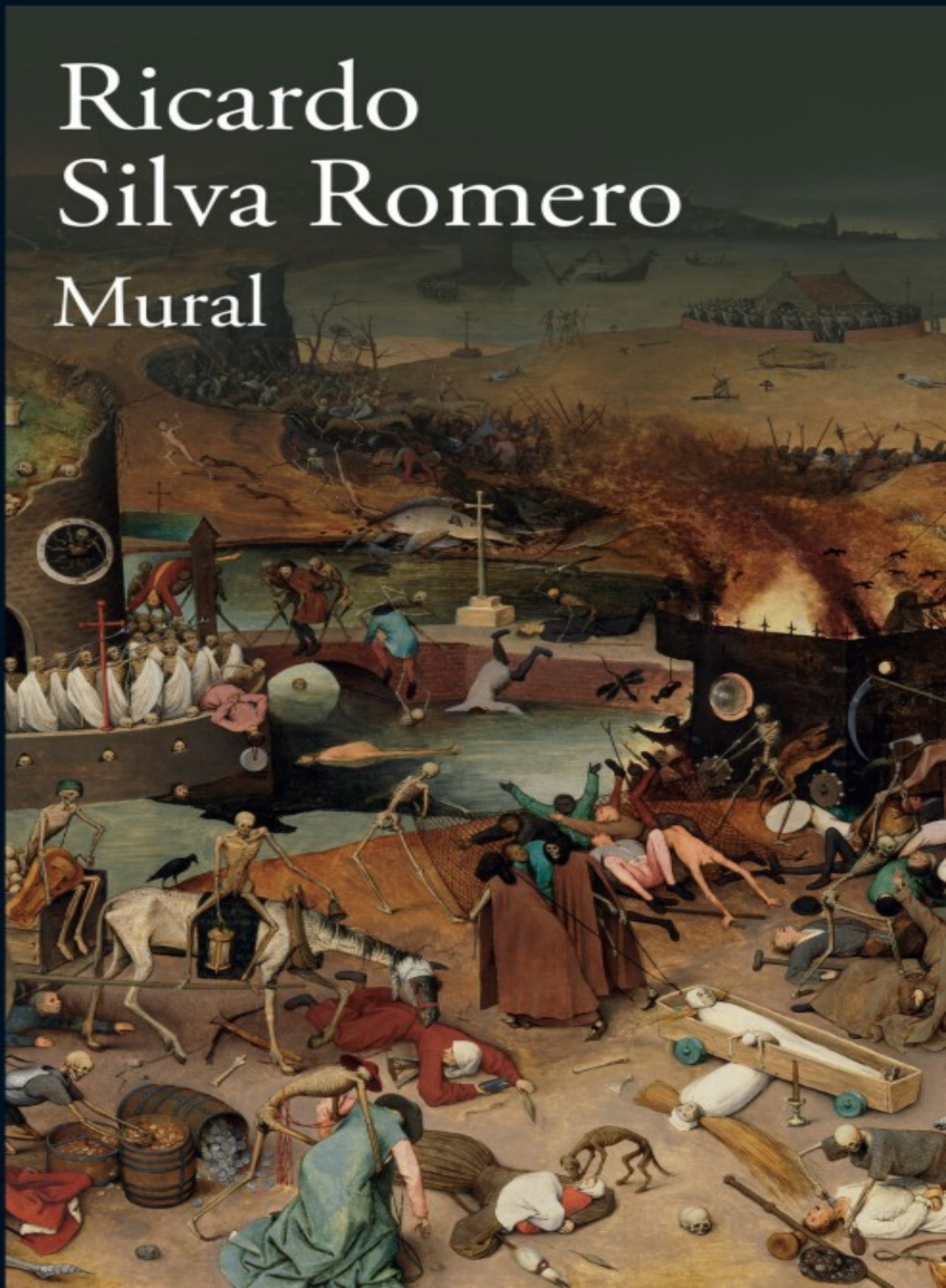
ALFAGUARA

Ricardo Silva Romero

Mural



Narrativa Hispánica

Ricardo Silva Romero

Mural

ALFAGUARA

Para Marcela, mi mamá

Y para los amigos Mirentxu e Iván

Lo que es terrible de esta Tierra
es que todo el mundo tiene sus razones.

OCTAVE,
en *La regla del juego* de Jean Renoir

Ficha técnica: Usted tiene enfrente un mural de nuestra guerra. No es una crónica, ni es una suma de testimonios, que ya hay muchos muy buenos, sino eso que digo: un mural, un recorrido, un barrido protagonizado por todos sus personajes. Se empeña en retratarnos esta cultura de la aniquilación y este fuego cruzado que fueron a dar a la toma del miércoles 6 de noviembre de 1985 —y entonces recrea lo que supieron las voces brillantes de Behar, Carrigan, Castro Caycedo, Echeverry, Enciso, Gibson, Gómez, Hanssen, Herrera, Jimeno, Lara, Marín, Ospina, Peña, Pinilla, Restrepo, Salazar, Serrano, Torres, Upegui, Urán y Velasco— tal como lo oí y lo recuerdo y lo veo yo. No está pintado en una pared porque ya no tengo ese talento y porque vivo resignado a las palabras. Es el monumento que tuve el impulso de hacer, en estos tiempos de inteligencias artificiales y delirios reciclados, cuando un par de amigos me preguntaron cuál sería el libro que me sentaría yo a armar si no sólo nos dijeran que el fanatismo se ha vuelto a quedar con todo, sino que ya pronto las máquinas podrán rimar.

De cierto modo, es un collage y un relato familiar que había quedado sembrado en mi *Historia oficial del amor*. Y me devuelve, en el año de mis cincuenta años, a la tarea más vieja de todas: la de «contar con las palabras propias».

Asume las afirmaciones contradictorias de los sobrevivientes. Su técnica es la compasión por todos y por todo. Está hecho para la gente que ha sido de esta casa, pero mientras lo estaba escribiendo tenía presentes, como si estuviera asistiendo a un rosario de velaciones, el duelo de los personajes que tuvimos cerca y el duelo de los personajes que luego pude conocer.

Sólo digo una extrañeza más: que durante todo el camino tuve clara la inesperada autoridad que me da estar a punto de ser más viejo, por fin, que los adultos que oficiaron y padecieron la pesadilla que espera a la vuelta de esta página.

Vemos una paloma dando tumbos en la resignada Plaza de Bolívar. Todo susurra en el centro de Bogotá. Falta un poco más de una hora para que empiece y se note el infierno, pero, entre el rumor y la media luz de la rutina del Palacio de Justicia, sólo unos cuantos seres trágicos saben que muy pronto el mundo se va a desfigurar. Cada escena de cada personaje que está en el edificio, desde el sótano hasta la azotea de piedra, es un paso más hacia la muerte. Si uno se fija como una cámara que va del primer plano al plano general, nota que nada, salvo el cielo, es indiferente a lo que viene. Y, sin embargo, ni los celadores, ni los magistrados, ni los consejeros, ni los visitantes, ni los infiltrados, ni los militares ni los guerrilleros —piezas, los unos y los otros, del rompecabezas de un holocausto por venir— están leyendo las señales del fin. Vemos que andan en lo suyo, en esos despachos de vidrio y de madera, por última vez.

De un segundo al otro nos pasa justo al lado, ¡zas!, ¡zas!, en el trago de la oreja como un zancudo huidizo, un espíritu —la misma sombra que vi esa noche yo, a los diez años, por el corredor del apartamento— harto de advertirnos que en aquella torre de sentencias va a ocurrir la ruina.

Pasa el zumbido. Y después viene, de golpe, un plano cenital. Desde arriba, en la mañana cargada del miércoles 6 de noviembre de 1985, el Palacio de Justicia es una G.

A unos pasos nomás, en el redundante altozano de la Catedral, salpicado de restos y plagado de huellas y cansado de haber sido escenario de tanta locura que sólo se da en este país, un pequeño escuadrón de escoltas desciende a la plaza a ver qué va a pasar. Son cinco, siete, nueve sombras que van a acordarse de esa mañana de aquí hasta la vejez. Vienen alrededor del general Rafael Samudio Molina, el comandante del Ejército, que entrecierra los ojos porque lo agarra por sorpresa el despliegue de tropas en ese lugar —«despejen, despejen», dice entre dientes— a esa hora tan larga de la mañana: 10:15 a.m. en su reloj. Samudio, de cincuenta y un años apenas, ha estado mirando a lado y lado desde hace diez días, pues hace diez días trataron de matarlo.

No cojea, a pesar del disparo que le rozó la pierna izquierda aquella mañana, porque se resiste, se niega.

Vamos ahora a un montaje de fotos amarillosas, de documental, que nos muestra la vida de Samudio en una ráfaga: Rafael el niño, alerta y tenaz, detrás de su querido taita por los pasillos de la fábrica de textiles de Barranquilla; Rafael con los ojos abiertos en la primera noche en la Escuela Militar de Cadetes en Bogotá; Rafael en los pasillos de la Facultad de Derecho, el último año de la dictadura de Rojas Pinilla, cruzándose a las doce meridiano del sábado con un decano de apellido Betancur que hoy es el presidente del país; Rafael el general Samudio, veinticinco años después, graduándose de abogado: tres examinadores, que son tres magistrados de la república, elogian su tesis «La Justicia Penal Militar frente a la subversión».

El general Samudio cruza el suspenso de la Plaza de Bolívar amparado por sus guardaespaldas. Vemos que lo ven los peatones y

los vendedores. Hay un silencio que no se va ni con los pasos, ni con los susurros, ni con las miradas a ambos lados. Un fotógrafo callejero dice «ese es Samudio» como diciendo «ese hombre está vivo de milagro», pues hace un par de semanas una ambulancia en contravía se le vino encima a sangre y fuego a su caravana, por los lados del barrio Gaitán, y le pegaron ocho tiros al Mercedes Benz en el que iba. «¡Estos hijueputas me dieron!», gritó el sargento Vargas, que se lanzó a cubrir a Samudio, cuando sintió «el totazo en el glúteo derecho».

«Queríamos secuestrar al general y devolvérselo a la familia pedazo por pedazo», dijo luego a la radio, a RCN, la voz de un comandante borroso del M-19.

—Vamos a evaluar este nuevo desafío de la guerrilla —contestó Samudio, a todos los micrófonos, horas más tarde—, pero hay que tener serenidad.

Y, quizás porque esas transmisiones están entrecortadas y distorsionadas, recibimos con pavor tanto la amenaza de muerte como el llamado a la cordura.

Ya capturaron en el barrio Bolívar 83 de Zipaquirá, por si acaso tuvieron algo que ver con el atentado, a un puñado de jefes del M-19 que nunca pudieron desalojar: vemos, con la cámara al hombro y la edición tosca, que agarraron a López, a Garnica, a Pinzón, a Petro, a Azza, a Téllez y a Cifuentes, y luego vemos, a saltos, las capuchas que asfixian, las patadas de los soldados en el estómago, los culatazos en la cabeza, las muñecas atadas con púas y con fiques, los choques eléctricos en el pecho, los hombros dislocados, los gritos agónicos, suplicantes —pasa en aquel Cantón Norte en donde estaban las 5.700 armas del Ejército Nacional que se robó la gente

del M-19 hace siete años— entre las preguntas «en dónde están las otras ratas», «quién los está financiando», «qué están tramando, malparidos».

Ya están detenidos y doblegados, en fin, todos los sospechosos y todos los que parezcan sospechosos. Ya hay un helicóptero artillado que se la pasa sobrevolando Bogotá.

Pero el general Samudio cruza la Plaza de Bolívar como quien cruza el campo de batalla antes de que empiece el fiasco humano.

Estamos, ahora, en la orilla occidental del primer piso del Palacio de Justicia. Estamos en el punto de atención al público, lleno de muescas de uñas y de huellas digitales, de la Secretaría de la Sección Tercera del Consejo de Estado. El frío del amanecer se ha vuelto el cansancio de la mañana. Hace bochorno. En el reloj de la pared dice que son las 10:20 a.m. Viene, de un radiecito negro, Sony, de doce bandas, la cuña publicitaria del «Centro Comercial Granahorrar en la avenida Chile: sin ir más lejos con todo y algo más». Empieza luego una versión barroquísima, de Melodía Stereo, de la *Canción de Lara* de *Doctor Zhivago*. El secretario, que tararea la música que se ha vuelto musiquita, se levanta de su silla como si fuera un soldado más de la patria.

—Buenos días, mi general Samudio, ¿cómo sigue de su pierna? —carraspea con los ojos alerta e iluminados—: ¿se me toma un tintico?

—Hoy no es el día —contesta, con la chispa apagada, el comandante—: hoy voy de afán.

Mira el reloj cada treinta segundos. No tiene espíritu. Está allí porque, como jefe del Ejército Nacional, le corresponde recibir la notificación del fallo contra Colombia por las torturas a la médica

Olga López Jaramillo en el Cantón Norte de la Brigada de Institutos Militares.

Es claro que el general Samudio quiere salir de allí de una buena vez, pero antes, mientras revisa el documento, vemos en blanco y negro —para que sea más claro que saltamos en el tiempo, a las 4:00 a.m. del miércoles 3 enero de 1979, y para que la sangre sea una mancha grave, definitiva— una secuencia del pasado en la que un estruendoso escuadrón de setenta y tres militares arresta injustamente a la doctora López en su propia casa y junto con su hija de cinco años: desde los tiempos del hospital San Juan de Dios, cuando hacía el internado, López había atendido a un fundador del M-19 que llamaban "el Ciego", y se había enamorado de él, y esta guerra mete a todo el que diga «justicia social» en el mismo saco y pasa por encima de los peros y de los matices.

Suena diabólico e infantil. Suena, mejor, a una cultura piadosa que desprecia la vigilancia de Dios. Pero hacía unas horas nomás, en el paso del domingo 31 de diciembre de 1978 al lunes 1 de enero de 1979, la gente del M-19 no sólo se había robado 5.700 armas de la nación, sino que se lo había adjudicado, con su tono paródico, burlón, para pisotear el orgullo herido del Ejército, y el orgullo herido, que pronto se vuelve ceguera y más tarde es sevicia, se había lanzado a cazar «enemigos» entre comillas, porque en esta guerra «enemigo» es el que dude. La dirección de la médica López, calle 75 # 31-14, que había visitado aquel guerrillero de apellido Lara, estaba entre la información que guardaba el Servicio de Inteligencia de la Policía Judicial: «Personal perteneciente a la organización subversiva». Allá fueron. Allá llegaron.

El general Samudio pasa las páginas de esa historia como quien lee en diagonal una novela de horror oficiada por gente que lleva su mismo uniforme.

Nosotros vemos, mientras tanto, la suerte de Olga López. Que la acuestan bocabajo en el piso del apartamento, al lado de su hija, mientras un soldado las empuja con un fusil: «¿Dónde están las armas?», le preguntan durante unas cinco horas, «¿dónde está "el Ciego"?». Su niña llora y se traga las lágrimas y vuelve a llorar. Les rompen, cosa por cosa, las habitaciones. Las sacan de allí. Les cierran la puerta de su apartamento a unos pasos de la plaza de mercado del barrio Doce de Octubre. Se las llevan a las 9:00 a.m. al limbo del Cantón Norte. Y allá las separan. Y la hija ve que encapuchan a la madre y la empujan hacia las caballerizas. Y tiene que esperar cuatro horas más, de pesadilla, a que se la devuelvan a su abuelo: «Firme aquí que la encuentra en perfectas condiciones».

La médica López pasa unos días, dos o tres días, entre la mierda de la pesebrera y el hambre. Una noche le vendan los ojos para llevarla a un socavón de las Cuevas de Sacromonte —o sea los sótanos de tortura de esos años— para ir asfixiándola como si fuera a morir, para agarrarla a palazos en las costillas, para ensordecerla a punta de golpes en la oreja, para jalarle los senos con pinzas «hasta que cante», para susurrarle que van a violarla y van a violarle a su hija, para obligarla a escuchar grabaciones en las que la niña le suplica que la salve, para vaticinarle que lo que viene es el trauma, para amarrarle una soga al cuello a ver si les dice en dónde están las putas armas: «Yo no sé», les repite una y otra vez, «yo no sé nada».

De vez en cuando la dejan ver a los otros torturados: en una penumbra de piedra se encuentra al "Ciego" Lara, vendado,

desfigurado, esposado, doblegado como un rebelde de trapo, que a duras penas levanta la mirada, y se arrepiente, y se enfurece, y se pone a pedir que esto se acabe pronto si no se acaba ya.

Corte abrupto a un primer plano de la cara de Vera Grabe, la antigua comandante del M-19, años después de esa guerra desquiciada entre la guerra de siempre:

Nos cuenta sin rencores ni regodeos que cuando le tocó su turno en las caballerizas de 1979 pensó en las mil y una veces en las que su papá le gritó «aquí no se tortura», y le pusieron enfrente a su compañero Álvaro Fayad y lo vio martirizado, esquelético y abatido, y cerró los ojos mientras sus torturadores embriagados y envilecidos la vendaban, la esposaban, le gritaban «perra hijueputa», le quitaban la ropa, le preguntaban por su nombre porque les parecía falso, le agarraban el pelo crespo a ver si era una peluca rubia, le golpeaban todo el cuerpo, le preguntaban dónde está la espada de Bolívar que se robaron, le gritaban qué hicieron las armas, la tiraban al piso, le metían un palo en la vagina, le hundían la cabeza cubierta por una funda en la pileta de los caballos, la ahogaban hasta que empezaba a desvariar, le reventaban una ceja, le preguntaban por qué tenía anotada *Alfonsina y el mar* en ese cuaderno, le mostraban a su papá, de gafas oscuras, entre dos militares, a ver si les soplaba dónde estaban sus camaradas, y sólo la dejaron descansar —y la llevaron al cuartel de enfrente, y ese soldadito de guardia le daba a escondidas ponqué Ramo con chocolate— porque la alternativa era matarla y le temían a su sangre.

La cámara se le ha ido acercando hasta dar con sus ojos azules que lo han visto todo. Nos quedamos en su mirada entrecerrada e

indoblegable que a ratos se ensombrece. Y en su sonrisa de haber vivido tanto.

En el fondo del plano escuchamos «lleva, compadre, tu cruz, y no se la des a nadie», o sea el «cañonazo bailable de fin de año» *Tabaco y ron*, del maganguelеño Rodolfo Aicardi, porque ese era el sonsonete triste que le llegaba a ella hasta ese último cuarto con ventana —el cuarto en el que la obligaron a recuperarse de las torturas— que al menos daba a un campo verde, verdísimo.

Y volvemos a la doctora López, de veintiocho años apenas, que soporta ese mismo vaivén los diez días y las diez noches que —de acuerdo con el artículo 28 de la Constitución de 1886— el ejército puede disponer de su cuerpo. La salva ser médica. Porque, cuando sus interrogadores le echan escopolamina en una taza de aguapanela, alcanza a detectarla y a vomitarla, y entonces, cuando por fin la llevan ante la justicia, no declara lo que ellos quieren, sino lo que pasó. López, ajena a la guerra, ajena, por completo, al robo de las 5.700 armas, es condenada por rebelión por la Justicia Penal Militar. Pasa dos años irrecuperables, de amaneceres trastornados y atardeceres reparadores, en la cárcel El Buen Pastor. Y cuatro años después es declarada inocente.

Se va del país, claro, se va a donde esas voces subordinadas no se sepan su teléfono.

Se va de aquí a ver si en algún lugar cuerdo recobra la alegría y el brillo y la familia que ha sido su punto de fuga.

Y ya: el mural ya no es en blanco y negro, sino en aquellos colores manchados por el sol que se ven en las escenas definitivas de mediados de los ochenta.

Y volvemos a las 10:30 a.m. del miércoles 6 de noviembre de 1985 a que el general Samudio cierre ese expediente brutal, que es la condena de esta nación malograda por la que él ha estado a punto de dar la vida, exasperado porque la idea es que este tipo de tramas colaterales no terminen en sus manos. Firma lo que tiene que firmar: zas, zas, zas. Da un apretón de manos a su amigo el secretario: «Suerte». Cuando por fin va a salir de allí, se voltea a mirar a un abogado de pelo alto, crespo, que está revisando un nervioso expediente, pero que acaba de verlo de reojo. Se asienten al mismo tiempo como si se hubieran conocido en otra parte y no supieran dónde. El tipo le dice «buenos días, general» y él le contesta «cómo está». Después se va con las manos atrás, filosófico y orgulloso y tajante, por el pasillo por el que entró.

Nada ni nadie puede detener ya la barbarie. Está creciendo la temperatura como si a todo aquel que estuviera en este sitio le hubiera subido la tensión.

Tenemos enfrente un teléfono de disco, un Bell Telephone de 1957, que espera a ser usado en una cabina junto a la cafetería del primer piso. Los dedos temblorosos que están marcando el número anotado en un papelito arrugado —sólo se alcanzan a ver las tres primeras cifras: dos, ocho, cuatro— son los dedos del abogado crespo que se ha cruzado aquellas palabras con el general. Su nombre es Alfonso Jacquin. Nació en una familia interminable de Santa Marta. Estudió en el Liceo Celedón en el que estudiaron los semidioses de la ciudad. A veces se deja llevar por sus propias palabras porque es un orador de aquellos, y, sin embargo, es un tipo

de treinta y un años dado a la acción, anclado en el presente, comprometido con sus causas venga lo que venga. Sí es un abogado de sastre planchado y habano. Pero también está cumpliendo cinco años en las filas anárquicas del M-19. Y está en el Palacio de Justicia a las 10:30 a.m. del miércoles 6 de noviembre, disfrazado de litigante en días hábiles, porque es el segundo al mando de la Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre.

Jacquin llegó hace un rato nomás con seis guerrilleros temblorosos, de la vanguardia, que están convencidos de que hay que hacer lo que están a punto de hacer. Son cuatro mujeres y dos hombres vestidos de abogados. Cruzaron la Plaza de Bolívar como cualquier oficinista que va camino al trabajo, «por fin es miércoles», hasta dar con la entrada principal del Palacio de Justicia. Entre los visitantes diarios de las Cortes, gentes extraviadas en las rutinas de los días hábiles, los siete tomaron las escaleras empinadas y las plataformas que llevan a la sobrecogedora puerta de bronce, de hierro, de madera, de cristal y de piedra. Ay, la puerta. Que fue pensada en los años sesenta, como puerta de panóptico, por dos arquitectos memorables: por Cruz y por Londoño. Que enmarca la estatua aguerrida de Bolívar en el centro de la plaza. Que termina en la frase civilizadora de Santander: «COLOMBIANOS, LAS ARMAS OS HAN DADO LA INDEPENDENCIA, LAS LEYES OS DARÁN LA LIBERTAD». Y que es un umbral solemne e imponente que lleva a un vestíbulo sombrío que sin embargo va a dar a la luz del patio.

Quizás sea bueno volver unos minutos atrás. El señor Jacquin sortea sin problemas el encuentro con el celador, «voy al cuarto, hermano», como cualquier tipo que va tarde otra vez. Atraviesa el patio luminoso de la oscuridad de la entrada a la oscuridad de los

ascensores, de sur a norte, para presionar el botón del cuarto piso. Sube. Recorre el largo pasillo de madera brillosa, lisa, por donde jugaba yo con mis soldados y mis carros cuando iba a acompañar a mi mamá, a ver qué está pasando en las oficinas de los consejeros y de los magistrados: «Todo limpio», piensa. Baja por las escaleras junto a los elevadores. Revisa, como un denunciante perdido, la sala de la Corte Suprema de la tercera planta, la fila de oficinas del Consejo de Estado de la segunda, la biblioteca de la primera: «No hay guardias ni aquí ni allá», se dice, «pura rutina».

Y se dirige a la Secretaría de la Sección Tercera, o sea la oficina 115, a conseguirse «unas providencias del Consejo de Estado sobre fallas de servicio».

Después vemos a los otros seis, que fingen haberse cruzado allí por primera vez en la vida, «buenos días», entregándole sus seis cédulas falsas a la señorita Pineda, la recepcionista de la empresa de seguridad Cobasec Limitada: ya no hay soldados firmes ni hay policías inquietos por ahí porque el presidente francés por el que tocaba dar la vida, François Mitterrand, ya ha regresado a París en su Concorde. Pineda, de veintisiete años, que sufre de la espalda y muere de frío entre la sombra del portón, devuelve las identificaciones falsificadas y repite «siga». Cada revolucionario cuela un arma entre la ropa ejecutiva. Cada uno de los siete finge afán para cumplir cualquier cita en cualquiera de los cuatro pisos del Palacio: "Dora" ha ido a tomarse un tinto en la cafetería allí nomás, y "Natalia" y "Mariana" —o sea Irma Franco Pineda, que será un cuerpo desaparecido y un alma en pena— han ido a examinar un expediente electoral en la oficina 117.

Pronto, ocho o nueve o diez minutos después de la entrada al lugar, se han acomodado en sus siete lugares estratégicos a esperar que empiece la última batalla.

Se ven descuadernados, claro, se ven frenéticos: el uno se muerde las uñas y la otra respira por la boca, por ejemplo.

Pero también se ven convencidos por la vida y por ellos mismos de lo que están haciendo.

Es que justo van a tomarse este baluarte, la fortaleza de los magistrados que se juegan la vida por la letra, para probarnos a todos una vez más que este Estado hostil e inclemente no es infranqueable.

Es que van a hacerle un juicio al presidente de la república de Colombia por haber incumplido la promesa de la paz: «Van a ver», se repiten, «van a ver».

Y el país —lo tenemos claro— está avisado. El país ha estado viviendo entre los rumores de un ataque demoledor al Palacio de Justicia: «El mundo va a quedar sorprendido», dice, en este casete que llegó en aquel sobre anónimo a una emisora bogotana, la voz escabrosa de un Óscar sin apellido.

Pero en este mural es tiempo de recoger y de ver, como se recoge y se ve en una secuencia documental con imágenes descoloridas y temblorosas, todas las señales del infierno por venir.

Hace tres meses tanto los magistrados de la Corte Suprema de Justicia como los consejeros del Consejo de Estado, o sea los inquilinos de este lugar franqueable, empezaron a recibir amenazas de muerte de los envanecidos carteles de la droga para que declaren inexequible —irrealizable e imposible e impensable— la Ley 27 de 1980 que aprueba «el Tratado de Extradición entre la República de

Colombia y los Estados Unidos de América suscrito el 14 de septiembre de 1979». Ser colombiano es ser cortés entre el horror, pero en estas últimas semanas nadie llega, ni saluda ni sonríe sin esfuerzo en ninguno de los cuatro pisos de este sitio. Cualquier estruendo, cualquier silla que se cae o cualquier exhosto que estalla, es señal del fin. Nada se ve en paz.

Cuatro magistrados respetados a su paso, o sea cuatro profesores e historiadores encorbatados que estudian la ley como monjes con microscopios, nos cuentan sus casos cara a cara:

El magistrado Patiño Roselli, exgobernador de Boyacá, exembajador en las Naciones Unidas, exministro de Hacienda y Crédito Público de sesenta y un años, cuenta que desde los primeros días de septiembre ha estado recibiendo amenazas —van cinco— contra su señora y contra sus sobrinos huérfanos de padre y de madre: «Te escribimos no para pedirte, sino para exigirte posición favorable a nuestra causa», lee el atemperado e ingenioso Patiño Roselli, sin perder su cordura diaria, el sufragio tuteado que le enviaron. «No aceptamos enfermedades ficticias ni vacaciones sospechosas y apresuradas: las tomaremos como una aceptación a nuestra declaración de guerra». Busca después la línea final: «Desde la cárcel ordenaremos tu ejecución y fumigaremos con sangre y con plomo a tus más preciados miembros de familia».

El magistrado Medellín Forero, de cincuenta y siete años, que cuando llega a la casa es un escritor, que siempre está pensando en sus clases y se llama Carlos como su padre el consejero de Estado, lee uno de los mensajes que le mandaron los llamados Extraditables: «No te habíamos escrito antes porque pensábamos equivocadamente que actuarías con sensibilidad, con nacionalismo y

en forma imparcial y jurídica con el asunto de las demandas del Tratado de Extradición. Pensamos que con las llamadas telefónicas sería suficiente. Pero no. Te convertiste en socio de quien encabeza la lista de futuros aspirantes a propietarios de fosas en los Jardines de la Paz. Si el Tratado de Extradición no cae, derrumbaremos la estructura jurídica de la Nación, ejecutaremos magistrados y miembros de sus familias. Estamos dispuestos a morir. Preferimos una tumba en Colombia a un calabozo en los Estados Unidos».

El magistrado Medina Moyano, un abuelo bajito y joven y disciplinado y modesto de cincuenta y cinco años que sobre el escritorio de su casa tiene siempre una Biblia abierta en el salmo 91 y una rosa blanca como la del poema de Martí —o sea que confía en Dios y en la amistad—, carraspea un par de veces antes de leer la esquela escalofriante que le enviaron los capos del cartel: «Le escribimos porque somos conocedores de que a usted le ha correspondido en reparto una demanda contra el Tratado de Extradición firmada por el señor Hernández: le vamos a exigir ponencia favorable a nuestra causa y es bueno que sepa de una vez por todas que no aceptamos disculpas estúpidas de ninguna naturaleza».

El magistrado Gaona Cruz, de cuarenta y cuatro años nada más, que se convirtió en doctor en Derecho Constitucional y Ciencias Políticas de la Sorbona de París, en 1968, gracias a una tesis guiada por el venerado Duverger, y ha sido teórico y profesor y ministro, y no sólo ha estado defendiendo la separación de poderes y el control a las fuerzas armadas y la libertad de prensa, sino que ha estado sustentando la extradición de los narcos desde su despacho de la Corte, recibió un mensaje que lee su firmeza: «Sabemos que usted

se repartió la demanda de nulidad para sí porque desea que se siga extraditando nacionales hacia los Estados Unidos», lee sin quitarnos la mirada: «No le escribimos para suplicarle, sino para exigirle que su veredicto sea favorable a nuestra causa».

El presidente de la Corte Suprema de Justicia, el magistrado Reyes Echandía, de cincuenta y tres años, que trabajó desde muy niño en los paisajes lentos del Tolima, que se especializó en Derecho Penal en Roma y volvió al país convertido en el penalista que consiguió convencer a esta sociedad tan tensa de que ni siquiera en estado de sitio podía permitirse que los militares juzgaran a los civiles, aparece en el último minuto a sumarle a la lista de amenazas de muerte el «Réquiem para el Consejo de Estado» que llegó el pasado jueves 31 de octubre: «El fallo sobre el tan mentado caso de tortura a Olga López y su hija prueba que el Consejo de Estado es una corte llena de títeres decadentes: habría que preguntar si éste catastrófico resultado no es en buena parte debido a la intervención y manipulación comunista», dicen Los Extraditables.

Vamos cara por cara por cara por cara por cara, despacio, para no olvidarlas después y no olvidarlas nunca.

Vamos lentamente, repito, porque es la última vez que esos cinco rostros hechos a pulso van a tener el control de sus gestos.

Y mientras tanto se superponen las promesas sueltas de los organismos de seguridad, en off, hasta que todo termina en manos de una voz lenta y grave que suele hacerse oír:

El coronel Maza Márquez, director del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, poco a poco va recomendando proteger a los magistrados porque desde el crimen del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla los narcotraficantes colombianos han

probado que cuentan con un ejército de sicarios y que llevan a cabo sus sentencias de muerte a cualquier costo: «Tienen todo a favor de cumplir sus nefastas amenazas», dice, a los cuarenta y ocho años, con ese timbre samario, ominoso, soberano e inquieto que le confiere la autoridad de los bomberos entre los incendios. Y, con su sagacidad y su impaciencia de cuando era policía, se dispone a organizar los esquemas de protección de las familias de los jueces amenazados.

Tiene que ser evidente que lo que estamos viendo es el miedo sereno, digno, de cuatro hombres —cinco con Reyes Echandía— educados desde niños en la tarea de enmendar un país. Tiene que ser claro que los cinco pertenecen a los tiempos de aquellos señores más bien austeros, mucho más dados a una aristocracia del espíritu que a una aristocracia del dinero, que se refugian en sus bibliotecas y en sus esposas. Que ser magistrado es el clímax de una vida. Que ser magistrado es tener fe en el lenguaje y en la ley. Que ese mundo sigue siendo el mundo en el que se usan los dos apellidos como una armadura, se escriben con mayúscula los cargos de la Historia y del Estado, y se guardan en el armario cinco vestidos con cinco corbatas para los cinco días de la semana.

Tiene que ser claro que muy pronto, de un párrafo al siguiente, se va a cosechar el horror que se ha estado sembrando.

Y que esas cinco caras saben de memoria que en cualquier momento a uno lo pueden matar aquí en Colombia.

Quién, que sea de este país que no ve lejos la catástrofe del viernes 9 de abril de 1948, ni ha superado el trauma de la guerra bipartidista de los cortes de franela, puede tomarse a la ligera las amenazas de muerte.

Quién aquí, en este edificio solemne y harto del eco de aquel fantasma del principio del mural, puede jurar por Dios que está tranquilo.

Hace un mes era común encontrarse con titulares de prensa —los vemos caer— sobre lo que iba a pasar acá en cualquier momento:

«Hallan plan del M-19 para ocupar el Palacio de Justicia», «Los planos incautados tenían marcados los puntos estratégicos», «Por anónimos extreman medidas de seguridad en las sedes de las Cortes», «Desbaratado plan de toma», «Iban por dos magistrados», «Magistrados amenazados: ¿a quién le importa?», «¡La Corte amenazada de muerte!», «¿Qué falta para que nuestra justicia acabe de arruinarse?: ¿que se cumplan algunas de las amenazas contra los jueces que se enfrentan al dilema de morir o declarar inexequible el Tratado de Extradición?», «Los magistrados son objetos de rigurosas requisas a la hora de ingresos en la edificación», vamos leyendo en *El Tiempo*, en *El Espectador*, en *El Siglo*, en *El Bogotano*, en *Diario 5 PM*, pero luego notamos que, un mes después de la alharaca, todo el mundo ha bajado la guardia y ya no hay vigilancias.

Y cuesta respirar el aire del Palacio de Justicia sin ahogarse un poco, exhalar e inhalar, exhalar e inhalar, porque se siguen sintiendo los tuteos de las amenazas de muerte de los narcos y se ha estado dando por sentado —nadie sabe cómo: quizás afuera ya no haya extras, sino espías— que la guerrilla va a entrar un día de estos: hoy.

Ya son las 10:44 a.m. en todos los relojes del edificio. Ya no hay vigilancia porque en este país todo está en las manos ocupadas de Dios. Vemos parados en los sitios precisos, como estaba planeado desde junio, a los siete guerrilleros del M-19 vestidos de civil. Son

actores. Están perdidos en la opresión de los nervios y en los personajes que se han inventado para sí mismos. Van disfrazados de litigantes, de patinadores, de transeúntes de vejigas llenas que tienen algo en la punta de la lengua. Si los siete llevan revólveres, repito, es porque hace un par de días las autoridades arrancaron del piso las máquinas que detectaban metales: «¿Qué pasaría con los detectores?», preguntó el reportero Almanza al reportero Vargas hace un rato, «¿no que había que reforzar la vigilancia?».

Alguien debería notar en las sombras de los pasillos o en los brillos de las ventanas del Palacio de Justicia, como suele notarse en los telones grises del cielo, que va a caer el diluvio otra vez.

Pero el fin del mundo suele tomarnos por sorpresa. Y todas las víctimas se están ubicando en el lugar en el que van a tropezarse con la muerte.

Vemos, cada vez más cerca, cuadro a cuadro, el dial giratorio del Bell Telephone. Es uno de los teléfonos de las cabinas frente a la Secretaría de la Sección Tercera del Consejo de Estado. Y "el Negro" Jacquin, el abogado guerrillero, que fue el profesor que encantaba en la Libre de Barranquilla y fue el muchacho del consultorio jurídico de la Universidad del Atlántico que pensaba que la vida es calma chicha, entonces marca el número de la casa de la calle 6ª Sur con la carrera 8ª para decirle a su compañero —y se lo dice con los ojos cerrados y se lo dice con la garganta— que le sorprendió ver al general que sabemos, pero el camino ya está despejado: «Aquí no hay policía ni hay nada», susurra, «todo está listo pa' arrancar». Y le cuelga y se queda viendo el disco del teléfono como si fuera una ruleta.

Y es como un soldado de los de antes, perdido en dos o tres ideas ansiosas que no consigue volver frases, empeñado en respirar esos últimos segundos antes de que todo sea un grito.

El otro teléfono, un Western Electric Bell, es un aparato rojizo, maltrecho y ovalado. El cable encrespado se está resquebrajando por culpa de los nervios de todos. El número de teléfono, escrito a lápiz en el centro del dial giratorio, ha empezado a borrarse. El antropólogo guerrillero Luis Otero, de cuarenta y dos años, ha recibido la frase definitiva: «Aquí no hay policía ni hay nada», volvemos a escuchar, «todo está listo pa' arrancar». Y, curtido por sus días en las Juventudes Comunistas, en los grupos urbanos que se reían del marxismo, en las milicias revolucionarias que combatieron las bandas anticastristas en el Escambray, y en las Farc, que acababan de ser expulsadas de sus «repúblicas independientes», cuelga el auricular con las manos desnudas porque ya no importan las huellas digitales. Toca empezar.

Todo el mundo lo está mirando a ver qué. Tarda un poco en levantar la cara porque de tanto en tanto, desde niño, se lo traga vivo la indecisión. Se peina el bigote espeso con los dedos de la mano. Se ajusta las gafas de metal que le están dejando huella en el puente de la nariz. Se ve macizo e inquebrantable porque tiene puesto un buzo azul claro —«ojalá fuera café», repite cuando está muy cansado— que se ha estado poniendo en esos días finales. De golpe, qué carajo, dice «ya». Ha dejado de ser él. Ha dejado de ser su personaje. Ya no sonríe. Ya no es el sabio de esa tribu que les cuenta cómo es combatir hombro a hombro con Fidel, qué se siente

robarse cinco mil armas del ejército el 31 de diciembre, quién escribió el desafío «¡feliz año, hijueputa, ahora sí habrá guerra!» en las paredes del Cantón Norte.

Ya no es el muchacho de veintitantos que le vaticinó a Tirofijo que moriría de viejo entre la manigua: «La guerra hay que llevarla a las ciudades», les dijo cara a cara a los viejos de la comandancia de las Farc, «ustedes aquí van a terminar devorados por la selva».

Ya no es el niño de once años que fue atropellado el jueves 11 de noviembre de 1954, treinta años atrás, por un jeep militar del Batallón Guardia Presidencial: «Veníamos mi amigo y yo leyendo una historieta de *El Fantasma*, de bajada por la cuesta de piedra de nuestra casa en el barrio Egipto aquí en Bogotá, completamente concentrados en la trama», repite. El cielo era el cielo plateado de esos días. Quería llover, pero daba igual porque eran, aún, un par de niños. Y, cuando llegaron a la esquina del Palacio de San Carlos frente al Teatro Colón, cuando estaban pasando por la ventana sagrada por la que saltó el Libertador Simón Bolívar para salvarse de la conspiración de la noche septembrina, un soldado borracho les pasó el carro por encima.

Nada tan terrible, tan patético, como el peón del destino triste de un niño de primaria.

El pobre Luis, Lucho, Luchito Otero, se partió la cabeza y se quedó con un reguero de dientes en la mano: «Ay, mi mamá, ay, mi papá», lloraba. Y terminó en el hospital San José, junto al mercado de la Plaza España, bocarriba en un quirófano blanquecino como si estuviera muerto, y allí le operaron el cráneo y le pusieron platino en los parietales —«toque»—, y allí estuvieron a punto de cortarle una pierna que se estaba gangrenando, pero en cambio le pusieron

injertos porque su mamá, su Georgina, les gritó «ustedes cortan a mi niño sobre mi cadáver». Quedó viendo mal. Su papá se quebró porque la dictadura de Rojas Pinilla, que en la casa le decían Gurropín, se negó a indemnizarlos. Le quedó claro que el mundo era, si uno se fijaba un rato, esta tiranía.

Sigue creyendo eso mismo el miércoles 6 de noviembre de 1985, hoy, con un poco más de furia y de ceguera.

—Todo está limpio —murmura, con la mano derecha en el auricular rojizo, como si a esa hora estuviera muy viejo para tomas —: con el pueblo y con las armas al poder.

Se le acerca "Lázaro", un joven comandante que se ha bautizado así porque lo suyo es resucitar, apenas le ve los nervios que no le ven los demás. El M-19 va a meterse al Palacio de Justicia por sus dos entradas: el parqueadero en la mitad de la carrera 8ª y la puerta monumental de la Plaza de Bolívar. Los camiones van a atravesar el garaje pase lo que pase: ¡tras! Y el papel de "Lázaro", en la retaguardia, es liderar a cinco guerrilleros con revólveres de 9 milímetros y chalecos antibalas que van a tomarse el portón que lo deja a uno mudo cuando lo ve por primera vez. Otero había pensado que esperaran al lado de la Casa del Florero a que empezara la toma, pero su idea ahora es que esperen en un carrito la llegada de la caravana: «Siguen derecho hasta la plaza, y, un segundo antes de que oigan el primer tiro, ustedes se meten a bala por la entrada principal», ha repetido y repetido hasta el cansancio.

—¿Qué pasa? —le pregunta "Lázaro" cuando lo ve pensándose el paso a seguir—: ¿todo bien?

—¿Seguro que tu gente está lista para meterse a esa ratonera? —responde Otero—: tienen que estar en posición apenas pasemos al

lado.

—Y tenemos toda la munición del país para mantenerlos a raya por horas y tenemos todos los radioteléfonos que necesitamos para estar preguntándole a la cúpula qué más hacer —le aclaran la compasión y el respeto de "Lázaro".

Otero, que lleva meses sufriendo por esas dos preocupaciones, por las balas y por los aparatos, asiente y asiente y asiente y murmura «toca tener al otro lado de la línea a Fayad», pero lo cierto es que ha hecho un plan puntilloso a prueba de cualquier descache. Nota entonces que "Lázaro" está portándose como un hermano menor, como un hijo que se niega rotundamente a que un padre olvide que ha sido capaz de ser un padre. Se dan unas cuantas palmadas en el hombro para recobrar la fuerza. Se quedan mirándose un poco más de lo que se aconseja. Se abrazan, empeñados en resolver aquella mirada, como si no se estuvieran yendo, sino que estuvieran llegando: «Buena suerte, viejo», se dicen, «buena suerte, mijo». Quedan de verse a unos pasos del Palacio de Justicia.

—Estamos invictos, comandante, no se le olvide que a usted no le ha salido mal el primer plan —dice "Lázaro" por si las moscas, y se va.

El milimétrico Otero sonríe por dentro. Por estos días, mientras esperan y esperan y esperan la orden que les acaban de dar —«aquí no hay policía ni hay nada», volvemos a escuchar—, ha estado contándoles a sus soldados del M-19 la toma de la embajada que él mismo se inventó. El presidente Turbay había respondido a los rumores de guerra sucia con una frase desconcertante e indignante: «El único preso político que hay en Colombia soy yo». Y él, Otero, se

quedó pensando en cómo probarle al mundo que la trasescena colombiana era la tortura de cualquiera que sonara a comunista. Y de golpe se le vino a la mente una casa de dos pisos que había sido del dictador Rojas Pinilla, jefe del borracho que lo atropelló y candidato robado en las elecciones más tramposas de nuestra historia falaz.

Porque era una casa plana de esos tiempos, en la carrera 30 # 46-46, enfrente de la Universidad Nacional, pero sobre todo porque era la Embajada de la República Dominicana.

Se pensó la toma. Se armó el escuadrón de doce guerrilleros porque doce fueron los apóstoles, los hombres en pugna y los personajes del patíbulo. Se le puso nombre a la operación: «Democracia y Libertad». Se nombró a un Comandante Uno para que encabezara la anarquía: el licenciado guerrillero Rosemberg Pabón. Se pegaron una rasca ni la hijueputa —nos recuerda Pabón— porque lo más seguro era que se iban a morir: «Vengo a decirles adiós a los muchachos porque ya pronto me voy para la guerra», cantó Daniel Santos. Y se fueron para la embajada el miércoles 27 de febrero de 1980, hace más de cinco años, a pedirle al presidente enemigo que les liberara 311 presos políticos de los que no existían según él. Era el mediodía. Se celebraba esa fecha la fiesta nacional de la República Dominicana. Había dieciséis diplomáticos adentro.

Pero esa era la gracia: que era una oportunidad rarísima para llamar las cosas por su nombre.

Pabón se hizo invitar —dice a la cámara ya viejo— con una 9 milímetros, «pero voy entrando y veo a un man armado, y me boto al suelo y se tira al suelo también, y me le asomo y se me asoma, y le disparo y me dispara hasta que me doy cuenta de que es un

espejo». Venían, detrás de él, sus guerrilleros: doce estaban en el potrero de al lado haciéndose los que jugaban un partidito de fútbol, «míreme, míreme». El guardia les dijo «pues siga, hermano, porque qué más» mientras los encapuchados del M-19 disparaban a diestra y siniestra. Y empezaron los dos meses de negociación que dieron al mundo la noticia de que en un país nuevo llamado Colombia, un barrio en la parte de abajo del mundo, había todo el tiempo una guerra.

Fueron sesenta y una jornadas de enloquecimientos, de desesperaciones, de enredos, de amoríos de fin del mundo. Todo iba perdiendo sentido con el paso de las horas y las noches. Todo empezaba a apestar e iba quedando el olor. La CIA, en la casa de al lado, espiaba las disquisiciones políticas de niños perdidos en una isla y las borracheras impías y las escenas de sexo sin onomatopeyas. Doscientos periodistas esperaban en la acera agrietada de la carrera 30 que llamaban Villa Chiva, la noticia de la liberación de los rehenes, pero sólo después de veinticuatro reuniones de negociación, entre los representantes de Turbay y las cejas pobladas de aquella guerrillera Cardona que se hizo popular como "la Chiqui", fue el momento de salir de allí: «Queda en cuestión la democracia colombiana», dijo ella.

Ay, "la Chiqui". Quería ser modelo, pero acabó monologando en el M-19. Hay gente que jura por Dios que aún está viva.

Pero ni siquiera el comandante Luis Otero está pensando en ella a esta hora, 10:45 a.m. del miércoles 6 de noviembre de 1985, cinco años después, pues ya es la hora de salir. Otero alcanza a mencionar la toma de la embajada por última vez: «Va a ser así de fácil», repite, «no hay lío». Pero sólo lo hace porque antes de salir para el

Palacio de Justicia se le acercan un par de guerrilleras de la escuadra uno de su M-19, que el otro día le decían a una videocámara grisácea, Sony Betamovie BMC 100, «yo no me quedo ni por el carajo» y «yo estoy cagada del susto, pero echemos pa' lante». Llevan nueve días en esta casa de fachada amarillenta y carmín —con el pequeño andén cubierto por el musgo— del barrio Calvo Sur: la casa de la calle 6ª Sur # 8-42 que "Memo" arrendó con una cédula falsa. Y es por fin, sea lo que sea, la hora de salir.

Ya no más días mudos. Ya no más buscarse aparatos en los pasillos llenos de ojos de San Andresito. Ya no más construir antenas para el día de la operación. Ya no más «hacer chocolate» de TNT. Ya no más preparar bombas para romperles los tanques que son capaces de meter en el Palacio. Ya no más repetirles que el Ejército no respeta ni a la rama judicial. Ya no más ensayar los walkie-talkies ni revisar y revisar y revisar la milimétrica estrategia de batalla. Ya no más escondérseles a las ventanas, en las alcobas, mientras esté encendida la luz. Ya no más agacharse para que los vecinos no noten cuántos son. Ya no más temerles a los peatones con caras de tiras. Ya no más taquicardias en el Cafam de La Floresta. Ya no más hacer el papelón, "Ángel", "Claudia", "Memo", "Marcela", "Bernardo" e "Ismael", de «somos la nueva familia del barrio», «buenas, buenas», «les presento a mi mujer», «¿qué me trajiste, mi amor?». Ya no más noticieros. Ya no más *Cocine fácil con Gloria*, ni *Ver para aprender*, ni *El minuto de Dios*, ni *El Sietemujeres*, ni *Tuyo es mi corazón*. Ya no más quemar el resto del tiempo con cuentos de las infancias, de los amores, de los polvos, de los viejos, de las batallas de Yarumales, de Alfaro Vive Carajo, de las iniciales en las armas que estaban encaletadas en el Caquetá, de la vida lejos de Bogotá.

Ya no más Risk ni ajedrez. Ya no más extrañar el cambuche. Ya no más repetirles «si los mandaron aquí es porque aquí están los mejores». Ya no más pan de la panadería de la 7ª. Ya no más ñapas de la tienda. Ya no más lagrimeadas por el uno o por la otra. Ya no más triángulo amoroso entre "Pilar", "Lázaro" y "Andrés": «Que yo no soy de nadie le he dicho». Ya no más vaticinios de brujos. Ya no más chistes triunfales. Ya no más cuerpos encontrándose y perdiéndose en la oscuridad. Ya no más limpiar ni quemar los rastros. Ya no más pararse en la azotea a preguntarles a los cerros si la vida va a seguir.

El comandante Luis Otero le echa una última mirada a esta casa de dos pisos —este cuartel secreto— que ha estado visitando todos los días a la hora del almuerzo.

Vemos, con él, la cortina blancuzca con chapolas rojas, las sillas de la mesa de comedor de mimbre repletas de prendas desgonzadas como cadáveres, el televisor en blanco y negro, la mesa auxiliar llena de botellas con colillas, la fila de costales de ollas y enseres, la caja de los revólveres, el reguero de transistores, el zigzag de las colchonetas, la proclama a los colombianos, los papeles de maniobras de los jefes, Otero, Jacquin, Almarales, Ruiz y Sánchez, en los que no sólo consta que habrá dos pelotones de guerrilleros, sino que —vemos, a saltos, el plan escrito a máquina— se pone en claro que, de los cuarenta y un elementos que se tomarán el Palacio de Justicia, siete estarán adentro disfrazados de civiles, veintiocho llegarán en dos camiones cargados de armas y seis más entrarán a golpes por la Plaza de Bolívar.

Queda atrás, también, una copia de la sentencia que van a leer cuando el país esté a sus pies:

«Se ordena la presencia en este Tribunal del presidente Belisario Betancur Cuartas para que responda de manera clara e inmediata a cada una de las acusaciones contra el actual Gobierno», dice el cuarto punto.

Otero está cansado, «zombi», dice, porque anoche no logró vencer la duermevela. El chaleco antibalas es un fardo. Sentarse le duele un jurgo porque el fantasma del fémur roto se le vuelve un nudo en el frío de Bogotá. Siente tiesa la cabeza, de lata oxidada, porque el platino en el parietal se le aparece de tanto en tanto: «Toque, toque». Sacude la cabeza igual que un perro estresado, como si un zancudo estuviera jodiéndole la vida, cuando nota que tiene pegada la *Renunciación* de Javier Solís: «No quiero verte llorar / no quiero ver que las penas / se metan en tu alma buena / por culpa de mi querer», se canta a sí mismo hasta que nota las manos temblorosas de "Patricia", una de sus guerrilleras de pañoleta y de gafas oscuras. La ve por un momento. Habría podido vivir cualquier vida. Ya qué.

—Ha llegado el momento de salir —les dice a todos, en tercera persona del singular del pretérito perfecto, porque ser del M-19 es extraviarse en la mamadera de gallo o en la grandilocuencia, porque ser del M-19 es ser más colombiano que los enemigos—: si terminó negociando el señor Turbay, que desconfiaba de las palabras que no estuvieran en su Estatuto de Seguridad, cómo no va a dejarse juzgar el palabrero de Betancur.

No hay moros en las radios ni detrás de los postes. No hay nadie en la estrechez de la calle 6 Sur.

Salen a la vía cegadora, habituados a la medialuz de la clandestinidad, a montarse en la oscuridad de los vehículos que van

a llevarlos al Palacio de Justicia para poner en escena la Operación Antonio Nariño por los Derechos Humanos. El primero es un camión marca Chevrolet modelo 58, de placas SB-6671, que les costó setecientos cincuenta mil pesos, pero es tan grande que nunca cupo en el garaje. El segundo es un Ford modelo 61, de placas AM-3967, que se lo robaron a un transportador flacucho y bigotudo hace tres horas nomás: «Por favor, no me quiten el carrito que es lo único que tengo yo», les rogó el conductor Augusto Martínez Rincón. El tercero es una camioneta Ford modelo 70, de placas AP-1007, que le quitaron al señor Aristides Mogollón Castañeda, que vive sin cinco: «Tranquilícese, señor, haga de cuenta que es un día de descanso», le dijeron mientras miraban el reloj.

Ya están arriba, como reses correosas, los veintiocho guerrilleros del Comando Iván Marino Ospina. Revisan, porque están arrancando los carros, los morrales en los que han echado las raciones de campaña, las cantimploras «por si acaso», las mudas de civil, las linternas, las pilas, las municiones, las medias, los interiores, los encendedores, los cepillos de dientes, los jabones, las cremas dentales, los desodorantes, las toallas higiénicas, las navajas y los cigarrillos. Otero le pone la mano en el hombro a una guerrillera, a "Claudia", que se ha encajado unos jeans, una camisa a cuadros y una de las ocho boinas de 1.400 pesos para las que les alcanzó la plata en esa tienda junto a la Casa de Nariño, mientras acepta que todas sus ideas —el robo de la espada de Bolívar, el asalto a las armas del Cantón Norte y la toma de la Embajada de la República Dominicana— han sido jaques mates, «y además eso allá adentro está lleno de profesores de nosotros», «y, si no, la gracia de vivir es morirse».

—Tengo una tristeza infinita —le dice el guerrillero "Memo" a su guerrillera "Claudia"—: no sé qué me pasa.

—Pues ponte feliz como yo —le contesta ella, que se llama Clara Helena Enciso, a él, que es Guillermo Elvencio Ruiz, ni más ni menos, antes de buscar su lugar entre los carros—: vamos a ver la nueva patria cuando esto se acabe.

—Y la gente se va a dar cuenta de que el M-19 no es la democracia armada nada más, sino la alegría y el amor por la vida y por la paz —tartamudea él, pero ella ya poco lo escucha.

Son las 11:00 a.m., ni un minuto más, ni un minuto menos, cuando arrancan.

Vemos los camiones desde el cielo para que sea claro que no sólo son furgones de matadero y carrozas fúnebres que llevan adentro muchachos sudorosos y conjurados listos a tropelear, sino también ominosos carros de combate. Van por las calles temblorosas del barrio entre las buganvillas, las ficus benjaminas y los coralitos y los sauces criollos que justifican la existencia de esos andenes de mentiras. Pasan frente a las rejas blancas y negras de las casas. Dejan de largo un Renault 4, un Mazda 626 y un Mitsubishi que han parqueado a la vera del camino. Un rottweiler y un bóxer se asoman desde el tercer piso, hechizo, de una casa de la mitad de la cuadra. Un motociclista de casco azul espera, junto a su moto, a que salga una sombra de un garaje de puerta de vidrio y rejas como enramadas.

Y los camiones siguen y siguen porque guerra es guerra, y se viene un segundo 9 de abril, y esta vez sí va a ser la revolución, y la gente allá afuera se va a organizar apenas ellos entren, y de ahí salen a gobernar en la Casa de Nariño.

El barrio Calvo Sur es laberíntico, lleno de recodos y de calles sin salida, pero muy pronto los camiones toman la nerviosa carrera 7ª —o sea la Calle Real, la vía con estatus de río, que cuenta la historia de Colombia— hacia un punto de fuga en donde está el Santuario de Nuestra Señora del Carmen. Ya están superando las puertas coloniales de Las Cruces, y están eludiendo La Candelaria, el barrio de piedra que alguna vez fue toda Bogotá, para tomar la carrera 10ª: «¿Falta mucho?», «¿aquí me ven?», «¿otro semáforo?». Quién iba a pensar que semejante arteria, que los ingenieros del progreso pasaron por encima de los conventos y de las plazas de mercado que nos definían, iba a ser el corredor por donde llegarían los estremecidos guerrilleros del M-19 a asaltar el Palacio de Justicia.

Son las 11:11 a.m. del miércoles 6 de noviembre de 1985. Un par de tipos salen por las puertas del Pasaje Rivas a fumarse un pielroja entre los dos: «Va a llover», le dice el uno al otro, y da una calada. Los camiones les pasan enfrente, zas, zas, como un par de eslabones del trancón de la mañana. Otero, con algo de acidez porque sólo ha comido para que no se le revuelva más el estómago, revisa el plan —que les explicó Jacquin anoche— con los que traten de oírlo. «La escuadra uno, de asalto a la puerta principal, sube por la escalera del sur hasta el cuarto piso»; «la escuadra dos, de asalto al sótano, avanza por la escalera principal del norte hasta el tercero»; «la escuadra tres, de aniquilamiento al enemigo, ataca la biblioteca», murmura con la mirada puesta en la caja de Uzis y explosivos y fusiles, «cuatro en la retaguardia, cuatro en la vanguardia».

Repasa el cielo. Ojea los afanes de la calle como un dios menor que sabe lo que viene. Duda un par de segundos perdidos porque

están violando, en plural porque no sólo es él quien está violándola, una regla elemental del manual de los revolucionarios: insistir en un plan que ha sido descubierto por el enemigo. Pero luego se recuerda a sí mismo que el destino es el destino.

Y, aun cuando esta sea «la crónica de una toma anunciada», como en el libro del nobel que leyeron la otra vez, lo peor que podría pasar sería enterrar tantas semanas de planeaciones y de ensayos y de ejercicios de supervivencia.

Y mucho más ahora que las fuerzas enemigas no sólo han bajado la guardia —y las Cortes son, hoy, pueblos fantasmas—, sino que a esta hora uno no ve policías ni ve soldados por ninguna parte.

Ya en la iglesia de San Juan de Dios doblan la esquina hacia la angosta, populosa, calle 12, y a duras penas pasan por ahí y un par de veces les toca pitar. Vemos de modo vertiginoso, plano tras plano tras plano, a los vendedores ambulantes, a los ladrones, a los cerrajeros, a los aguacateros, a los abogados, a los tenderos, a los pensionados sin rumbo, a los ropavejeros: «No quiero verte sufrir / no soy capaz de ofenderte / si sabes que hasta la muerte / juré ser sólo de ti», se canta Luis Otero, susurrado, a sí mismo. «¿Qué?», le pregunta "Patricia", la guerrillera. «Nada, nada», contesta, «todo bien». Los dos levantan la mirada, entonces, como si alguien les hubiera abierto la puerta. Y vemos a distancia, como lo ven los ojos fijos de los guerrilleros, el doblegado Palacio de Justicia.

Ya no hay dilemas, ni hay palabras ni hay recuerdos. Ya sólo hay una garganta que trata de respirar. Ya qué.

Parece que va a venírsenos encima el segundo Diluvio Universal, pero sólo se da, a ratos, una lluvia espantapájaros. Ha sido una mañana helada de las de noviembre, de esas con raptos de sol y de nada, porque no son de fiar ni el cuerpo ni el alma de esta Bogotá. Va bajando el frío desde los cerros hasta La Candelaria como si no fuera suficiente el ventarrón que ha estado entorpeciendo el lento paso de la jornada. Son las 11:15 a.m., pero, si uno se fija, parece la tarde. La ciudad es una ciudad de charcos porque está hecha de zanjas, de rotos, de fallas, de grietas, y la calle se está poniendo enfangada y resbalosa. Pero el presidente del Consejo de Estado, el estudioso, pausado, mordaz Carlos Betancur Jaramillo, de cincuenta y dos años, no alcanza a ver las nubes desde la cafetería del Palacio de Justicia.

Ya está pagando. Ya es hora de volver al despacho. Está entrecerrando los ojos, detrás de las gafas cuadradas, con la mirada puesta en el cielo, cuando su compañero del café de la media mañana —el magistrado Gaspar Caballero Sierra, que mira a todas partes— le suelta una pregunta simple y profética:

—Carlos, ¿tú sí te diste cuenta de que nos quitaron la guardia del Palacio?

—Sí, claro, ya pueden matarnos tranquilos —contesta él, que prefiere la ironía por si acaso, mientras esperan las vueltas en la caja registradora del lugar.

Betancur, que desde niño ha leído el mundo entre líneas porque su verdadera vocación ha sido la medicina —y es, sin embargo, el abogado que su padre quiso que fuera—, mira su reloj para constatar que siempre se está haciendo tarde. Repara en su propia frase: «Ya pueden matarnos tranquilos». Qué extraña esta violencia

nuestra que alguna vez, cuando él crecía en Envigado, fue la violencia bipartidista. Se le fueron los años de Derecho leyendo novelas. Se salvó de irse a la guerrilla porque el reclutador no supo decirle cuál era la diferencia entre el laureanismo y el Moir. Se convirtió, en Andes, Antioquia, en el juez que es. Se enamoró de Josefina, la más bonita del suroeste antioqueño. Se casó con ella apenas pudo. Consiguió volverse consejero de Estado después de un par de idas y venidas. Vive obsesionado con ser justo. Y es por eso, porque odia ser impuntual, por lo que está mirando la hora: 11:18 a.m.

Recibe las vueltas, moneda por moneda por moneda, como un niño al que jamás le sobrará la plata. Se va yendo hacia los ascensores, con su amigo el magistrado, para regresar al cuarto piso.

Y, dada a notar los primeros planos en los planos generales, la cajera de la cafetería se queda mirándolo porque ha sido amable con ella.

Ella es Cristina del Pilar Guarín, de veintiséis años, licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica, que desde finales de septiembre está haciendo un reemplazo en la cafetería —la esposa del administrador, amiga suya, anda de licencia de maternidad— y le ha servido refugiarse allí mientras empieza su posgrado. Siempre va impecable. Se puso hoy la falda escocesa que le gusta. Tiene pegada la canción del casete blanco del Grupo Niche que compró con su hermano René, el otro día, en el Bambuco de la calle 17 con la carrera 7ª: «Y al final el bufón se salió con la jugada (te pintó pajaritos en el aire) / como en los cuentos de hadas, todo quedó en

nada (te pintó pajaritos en el aire)», canta por dentro antes de que aparezca el siguiente magistrado en la caja.

Pocos han llegado a escuchar su voz verdadera, su voz de estar a salvo, pero llegar hasta la Cristina detrás de Cristina, una mujer de pelo negro ondulado y de mirada fija, es saber que lee y lee y lee y lee poesía. Cristina es reservada, vulnerable e incansable. Es incapaz de quedarse de brazos cruzados. A ratos, cuando siente que se le están saliendo demasiadas cosas de las manos, se traga las frustraciones, pero se refugia en su habitación, en La Esmeralda, a descansar de la dureza de todo. De tanto en tanto resucita pues de tanto en tanto siente que se ha quedado sin aliento. Está aprendiendo francés e inglés porque está pensando en irse a vivir afuera. Y ahora, antes de que la vida se desmadre, parece recordando algo que aún no ha pasado.

Vemos que entrecierra los ojos, más extrañada que aterrada, como si quisiera convertir una silueta en una persona.

Y saltamos entonces, de modo abrupto, al mensaje que me envía su hermano René el domingo 25 de octubre de 2015: la Corte Interamericana de Derechos Humanos ha condenado al Estado colombiano, hace unos diez meses, por las once desapariciones en la toma del Palacio de Justicia, y él sigue sintiéndose feliz porque su hermana Cristina, que inspiró aquella devastadora obra de teatro que se llama *La Siempreviva*, «está presente en las letras de los magistrados de la máxima instancia de justicia internacional en materia de derechos humanos», y ese domingo además está sintiendo alivio porque su voluntad le ha servido de espíritu en «ese viacrucis que comenzó en las calles aledañas de Palacio» y terminó treinta años después en una tenebrosa estación de Medicina Legal:

«Acá están los restos y acá está el pedazo de la falda escocesa de su hermana, señor Guarín», le dijo un doctor de apellido Morales.

«Cuando finalmente la encontré, me dio escalofrío entre el llanto, Ricardo, porque me puse a hacer un recorrido de esa familia que fue y ya no es», me reconoce en su correo, «pero en seguida pensé "tengo que seguir dignificando a Cristina porque su energía está acá moviendo todo esto" y quizás esta sea la lección que me envió Dios para aprender la tarea tan compleja de existir, quizás he estado viviendo todo este tiempo para no ser inferior al reto, para ser capaz de la lucha de un David contra un Goliat que aún me debe la verdad». Treinta años de tomarse a pecho el timbre del teléfono: «¿Será por fin?». Treinta años de «caminar por Bogotá a ver si alguna mujer sin rumbo es Cristina». «Pero por fin», me escribe, «mi hermana está acá».

Qué extraño fue haberse ido a la guerra en su nombre, detrás de la catarsis y de la apuesta por las armas, como si sumarse al M-19 no sólo tuviera aspecto de acto de justicia, sino que fuera a salvarlo de esta soledad que está sintiendo —en el mensaje que me manda— ante los restos de su hermana.

Qué impotencia, semejante a esperar, en posición fetal, a que el mundo se canse de patearnos, ver el dolor de sus padres día por día por día. Qué tal la vez en la que su papá, el tipógrafo José Guarín, que lloraba cuando pensaba que nadie estaba mirándolo, se vio obligado a «sumergirse de nuevo en la tediosa cotidianidad» —a riesgo de que el rostro y el amor de su hija se le fueran perdiendo— porque es en la rutina donde uno se gana el sustento: «Piedad para nuestras lágrimas calladas», escribió José, con la mirada por encima de las gafas, en su cuaderno de versos, «piedad para nuestros

desaparecidos». Qué tal la vez que la desesperanza de su mamá, Elsa Cortés, se puso a botar las cosas, a quemar los recuerdos, a desbaratar la habitación de su Cristina: «Así dejó su cuarto el día que se fue», le repitió, durante diez años, a la gente que la visitaba.

Cortamos, ahora, a un episodio de principios de este siglo: una colorida función de *La Siempreviva*, en la casa de la calle 11 # 2-78 que era la casa del Teatro El Local y quedaba a unos pasos del Palacio de Justicia, mientras un diluvio de noviembre revela las mil y una goteras del patio en donde suele presentarse la tragedia: es tan grave la lluvia de esa noche que los actores han tenido que «reunir una buena cantidad de sombrillas para repartirlas entre los espectadores» —me contará años después el director del montaje, Miguel Torres, en una conversación sobre el destino de la obra—, de tal modo que ese auditorio «lleno de paraguas abiertos bajo un techo lluvioso es una imagen surrealista, absolutamente teatral, que compite con las escenas», pero todo el mundo olvida todo cuando la actriz Carmenza Gómez, luminosa e infinita, suelta en cuerpo y alma la plegaria que grita al final.

Carmenza encarna a la enajenada Lucía —madre de aquella desaparecida que trabajaba en la cafetería del Palacio de Justicia— desde que teme que a su hija le haya pasado algo en el fuego cruzado de la toma hasta que niega que su hija es un fantasma que le repite «mamá: yo quiero que me lave el pelo»: «¡Julieta no está muerta!», grita Lucía, adentro de Carmenza, con la mirada extraviada en el malestar, «¡Julieta nunca ha estado muerta!».

Volvemos a la imagen de la cajera Cristina del Pilar Guarín, acompañada del grito vagabundo de la última escena de la obra,

varada en el gesto de quien tiene un lamento o un vaticinio en la punta de la lengua.

No sabe que en diez años va a volverse el fantasma de *La Siempreviva*, ni puede pensar —cómo podría— que su espíritu va a encarnar de actriz en actriz mientras la obra siga. Son las 11:20 a.m. de ese miércoles 6 de noviembre que no se acaba nunca. Está viendo lo que pasa en el Palacio de Justicia, de los retruécanos a los heroísmos, de las conjeturas sobre el país a las carcajadas entre dientes, antes de que la gente se ponga a pensar en el almuerzo: «Proceso», «Sala de lo Contencioso Administrativo», «Sección Cuarta», «El doctor Low», «Inadmitió la demanda», «Prescribe al cabo de tres meses», «Los sábados son días hábiles», «La providencia del tribunal fue recurrida en apelación interpuesta por el apoderado», dicen, en la fila hacia la caja, en esa lengua inagotable.

Todo es igual. A esta hora de la mañana hay que sacudirse el aburrimiento y la tristeza. Y ya puede verse el mediodía.

Un señor acaba de regarse el tinto en el pantalón y está pidiendo una servilleta: «Qué guama», dice con las manos mojadas de café. La abogada de la mesa de al lado está anotando en una libreta de cuero un par de cosas que tiene pendientes desde el lunes. Y una mujer anónima, que nadie había visto nunca, está mirando el aparador a ver qué pide.

Pero la cajera se queda viendo a Iván Magyaroff Patiño, mi padrino franco y fuerte y noble, de cuarenta años, a quien quiero como a un segundo papá, que hace un rato parqueó su Dodge Alpine en el segundo sótano del Palacio de Justicia, y luego revisó, de la guantera a los bolsillos del blazer, que no se le hubiera quedado ni una sola llave adentro, y entonces está saliendo del

edificio poco a poco, «buenos días», «buenos días», camino al tribunal en donde su esposa —mi madrina Mirentxu de la Lombana— es la magistrada más digna del mundo. Sale. Se va de allí justo a tiempo sin sospechar que se está yendo justo a tiempo. Y lo primero que hace afuera es saludar, con una leve inclinación de la cabeza, «cómo le va», a un desconocido que se cruza en la esquina de la Plaza de Bolívar.

Vuela, a su paso, una paloma blanca y gris y negra que se ha separado de la bandada.

Y el abogado Magyaroff sigue su marcha, entre la desconfianza del centro de la ciudad, porque la clave en la vida es ir de A a B sin pensárselo dos veces. Y aquel desconocido de veintiocho años nomás, que resulta ser otro René, René Francisco Acuña Jiménez, un sastre de los viejos almacenes Valher que quedan enfrente del Palacio en la carrera 8ª, se voltea a mirarlo como si le pareciera conocido: «¿De dónde?». El sincero Acuña, que juega limpio en la vida, que sólo quiere que le reconozcan su trabajo, que suele dar los mejores consejos en los momentos definitivos, se está tomando un agua aromática antes de volver a la tienda. Piensa, como lo ha estado pensando en los últimos días, que todo es un juego de niños: si algo aprende uno en los probadores de ropa es que ser adulto es disfrazarse de adulto y sobreponerse a la orfandad propia para cuidar la orfandad ajena.

Un hombre vestido de cura pasa a su lado con un pan al hombro. Una mujer con jeans y con hombreras de universitaria de 1985 sigue de largo, sin siquiera mirarlo, porque ha sido educada en el miedo. Y un par de vigilantes de la empresa de seguridad Cobasec, los señores Eulogio Blanco y Gerardo Díaz Arbeláez, lo saludan de orilla

a orilla desde la puerta del garaje del Palacio antes de que se pierda entre los percheros de Valher.

Eulogio es muy bueno para hablar: «Yo no me varo», se dice, «yo soy un hacha». Es amiguero porque tiene carisma de famoso, de candidato a cualquier cosa. Le gusta la gente. Le gusta la juerga. Se le va la mano en la limpieza, sí, su curiosidad insaciable tiende a ver las manchas que nadie más ve, pero es tan inteligente que no se pierde en desagrados: lo suyo es ser útil. Gerardo, allí a su lado, es un tipo sin cuentas pendientes, un equilibrista que suele alcanzar el equilibrio. Se la pasa cumpliendo con su trabajo porque lo suyo es moverse, espabilarse, coger oficio. Si alguna vez se pierde en pensamientos, que trata de evitarlo a toda costa, está pensando en una vida tan estable, tan firme, que soporte los embates diarios de la incertidumbre.

Eulogio le está soltando una frase llena de palabras borrosas que no alcanza a recomponer, «¿está haciendo helaje?», «¿está nublándose el tiempo?», desde el otro lado de la talanquera automática. Y él está haciendo cara de desconcierto, «¿qué?», «¿que qué?», como si no estuviera pronunciando sus últimas palabras, sino cumpliendo el turno lentísimo del miércoles. Son las 11:28 a.m. Sólo faltan noventa segundos para que empiece la mortandad. Ochenta y nueve, ochenta ocho, ochenta y siete segundos nomás. Y los dos vigilantes de la ratonera, que así le dicen a ese edificio porque eso allá adentro es un búnker, una trampa para salteadores, están frotándose las manos —vemos las venas y los raspones y las uñas machucadas— pues en el apagado umbral de ese parqueadero hace todo el frío de la Tierra.

Miles de historias nos muestran cómo algún día de estos, tarde o temprano, sospechamos que somos los protagonistas de este mundo: que la vida no es una frustración, un paso en falso, sino un pretexto para nuestra fama.

Tarde o temprano deliramos. Tarde o temprano pensamos que todo gira alrededor de la persona que somos: que somos el sol.

Es una ridiculez de nacimiento. Pero la gente que está cumpliendo su horario dentro del Palacio de Justicia va a estar en su derecho de creerlo.

Ya vienen, de frente, los camiones letales del M-19. Vamos del «listos todos» del comandante Otero a las muecas nerviosas de los guerrilleros de la tropa central —vemos que son demasiado jóvenes y demasiado convencidos— extraviados en los últimos pensamientos voluntarios: las últimas plegarias y las últimas conversaciones imaginarias con sus madres. La camioneta Chevrolet y los vehículos Ford doblan la esquina para tomar la definitiva carrera 8ª. De inmediato notan, de tal manera que las cejas se levantan y se repliegan, que ni el vehículo ni la gente de "Lázaro" —o sea el comando definitivo de la retaguardia— está donde se supone que tiene que estar. No contestan por el radioteléfono. No se ven por allí. Toca entrar.

¿Dónde está "Lázaro"? Está esperando a la caravana en la panadería de la carrera 9ª con la calle 8 Sur, donde les guardan ciertas armas en el cuarto de atrás, tal como quedaron hace un rato. Está sintiéndose observado por su grupo: por "Abraham", por "Diana", por "Levy", por "Mario", por "Mateo". Está angustiado

porque no tiene ni un solo walkie-talkie para preguntarles dónde putas están. Está saliendo del Renault 6 en el que ha esperado más de la cuenta: «Ya vengo», dice. Está caminando de vuelta a la casa del barrio Calvo Sur, al escondite, porque tiene que haber pasado algo raro, algo malo. Está viendo que ya no hay nadie allí: no hay rastros de los objetos, ni hay huellas de los muchachos que se ocultaron tantos días en ese lugar. Está pensando «mierda», «mierda», «mierda». Está corriendo de vuelta a ver qué más se puede hacer.

—Ya salieron —dice, acezante, cuando por fin regresa al grupo—: ya se fueron.

¿Qué ocurre? ¿Por qué no pasaron por aquí si quedamos en eso hace un momento? ¿Dónde está el puntilloso Luis Otero, Lucho Otero, que nunca falla y justo falla hoy?

Está diciendo «hijueputa vida», a bordo del camión del Grueso que va a entrar en el Palacio de Justicia, porque "Lázaro" no va a aparecer. Está pensando que ya no van a ser cuarenta y uno sino treinta y cinco allá adentro. Y que todo es culpa suya porque, por andar calmándolos a todos para calmarse a sí mismo, se le olvidó decirle al compañero que va manejando que había que pasar antes por la panadería. Por un segundo se le viene a la cabeza la certeza de que nada de lo que está pasando tiene sentido, pero luego hace un gesto que significa «adelante» y significa «con el pueblo, con las armas, al poder». Los tres camiones aceleran y giran a la izquierda con toda la utopía y toda la furia y todo el resentimiento y toda la locura que han hecho las revoluciones. Ya han puesto en marcha la batalla. Ya son personajes. Ya qué.

Ya son las 11:30 a.m. Ya están cruzando a la brava, a la fuerza, la puerta del parqueadero subterráneo del Palacio de Justicia.

Tumban de un golpazo la barra automática —la tranca metálica— que frena las entradas comunes y corrientes: ¡tas!, ¡tas!, ¡tas!

Pocos van a pensárselo dos veces porque este es un país habitado por los daños colaterales, pero don Eulogio, el vigilante que habla y habla hasta vencer las resistencias, siente enfrente una sombra que resulta ser una camioneta que resulta ser el monstruo de la muerte: «¡Eulogio!», escucha —y es la voz fantasmal de su madre que le ha dicho desde siempre que se cuide— antes de ser atropellado, de sacar el revólver que no va a sacar, de completar la frase «me van a dañar» o el lamento «mi familia». Y don Gerardo, el celador que cumple en paz con los pequeños desafíos de la jornada, solamente alcanza a preguntarse «qué pasa» y «qué pasó» mientras lo acribilla una ametralladora empuñada por una sombra, y tiene rabia y tiene tristeza y tiene nada ya al final.

Ya son las 11:31 a.m. en el reloj. Ya hay dos vidas arrancadas a mansalva, de un segundo a otro, como si no fueran vidas, sino notas a pie de página: figurantes. Los tres vehículos descienden por la rampa que lleva al primer sótano, tres engendros sin corazón que bajan al infierno, hasta desaparecer de nuestra vista. Dos guerrilleros, “Jorge” y “Carlos”, se bajan del tercer camión para cerrar la puerta de acero del garaje: «Nadie entra, nadie sale», se dicen apenas terminan la tarea. Los demás siguen la marcha dispuestos a todo. Pero no hay tiempo para celebrar que han alcanzado el primer objetivo porque entonces los escoltas y los conductores de los magistrados, que matan las horas jugando

veintiuna, han empezado a disparar para defender los ascensores y las escaleras.

Los lomos de los camiones han destrozado con furia las lámparas de la luz del parqueadero. Y, entre esa penumbra tan inesperada, tan súbita, los guardaespaldas han tardado segundos y segundos en comprender que esos estruendos son tiros, pero ya han sacado sus armas para cumplir con su parte.

Vemos el centelleo de las luces mortales en un plano general de la oscuridad: tres, nueve, trece, diecisiete parpadeos, tacatacatacatacatacatacata, durante unos veinte segundos nada más. Estaban disparando y estaban disparándoles a ver quién caía primero, «¡malparidos hijueputas!», pero ahora todo está negro y todo está mudo. Los guerrilleros más o menos uniformados, un montón de hombres y unas cuantas mujeres, se han agachado o se han parapetado tras los camiones porque una voz aguda ha gritado «¡puta!» entre las ráfagas. Y, sin embargo, como acaba de hacerse una pausa, como los gritos ya no están acá, sino por allá, reciben la orden de bajarse de los vehículos: «¡Vamos, vamos, vamos!», les manda Almarales.

El comandante Almarales, Andrés, un abogado cienaguero de cincuenta años, está en el cerebro del M-19 desde el principio. Estudió tres años de Derecho en la Universidad Nacional en los primeros años de la dictadura de Rojas, pero un día, después de meses y meses de ensayar arengas a multitudes imaginarias, junto con el agudo Eastman, Jorge Mario, su condiscípulo querido, en las faldas de los cerros de Monserrate, dejó definitivamente el mundo que tiene fe en que esta oligocracia logrará la transformación. Ya no creía en el reformismo de los partidos. Ya no soportaba más que

estos políticos hablaran de «justicia social». Veía con desdén fascinado al establecimiento. Pero se casó por primera vez con la hija del presidente de la Corte, Marina Goenaga, para escribir juntos —de la zona bananera al Valle— sus defensas de la lucha sindical.

Almarales, que además pasó por el Frente Unido del cura Camilo Torres, era valeroso, miope e impaciente. Su vida fue un vaivén del Estado a la revolución. Fue representante a la Cámara por la Alianza Nacional Popular, la Anapo, que fundó el exdictador cuando vio que sobraba en el bipartidismo: la Anapo que fue el «tercer partido» que dio esperanzas a ciertos espíritus críticos, pero luego no sólo empujó al grupo hacia un socialismo sinónimo de justicia, sino a resignarse a la lucha armada e insurreccional del M-19: una suma de guerrilleros excomunistas que escaparon de las Farc y de exanapistas incapaces de dejar atrás el fraude en las elecciones de 1970 —que Rojas iba ganando, pero luego, de la noche a la mañana, ya no— concluyeron que nunca tendríamos democracia liberal si la guerra del campo no llegaba a las ciudades.

Hacia finales de la presidencia del Estatuto de Seguridad, el comandante Almarales le envió al ministro de Gobierno Eastman, o sea a su viejo compañero de universidad, una carta en la que le daba un portazo a la posibilidad de hacer la paz. Almarales participó en el proceso de paz de este gobierno, el de Belisario Betancur, porque le pareció una buena señal que se levantara el estado de sitio que era un hábito nacional. Pero cuando se rompieron los acuerdos firmados en agosto de 1984, porque las fuerzas militares traicionaron la tregua, no se lo pensó más, no, pasó de la planeación a la acción, de la defensa de la lucha armada a las armas, de la ideología a la Operación Antonio Nariño por los Derechos Humanos.

«No creemos que la única forma de hacer política en nuestro país sea por la vía electoral», escribió en un comunicado de julio de este 1985, en nombre del M-19, cuando sospechó que las clases dominantes estaban tratando de llevarlos a las elecciones para derrotar al pueblo. «La historia de Colombia nos demuestra que es la menos eficaz».

Es mejor tomarse el Palacio de Justicia como un barco. No se pudo hacer en septiembre, ni se pudo hacer en octubre, porque un guerrillero de cuyo nombre no quiere acordarse dejó los documentos de la toma —con planos y todo— en cualquier cafetería del centro de Bogotá. Pero aquí están. La Corte Suprema, que no ha participado en las traiciones de Betancur y su ejército de las élites, es la única reserva moral que le queda al país. Y él, Almarales, que es conocido de varios de los magistrados, es el hombre exacto para poner en marcha un juicio a los sátrapas de la nación. Hace dos días, el lunes 4 de noviembre, buscó a su hija de diez años para decirse adiós: «Adrianita, tengo que contarte un secreto», le dijo mientras la llevaba, de la mano, hasta una silla.

Y no supimos qué le contó ni qué le confió porque nos cerraron la puerta de esa habitación —nos la cierran, mejor, porque lo vemos todo como si el pasado siempre estuviera pasando— en las narices.

Pero sobre la imagen de esa entrada escuchamos la voz de María Rodríguez, la viuda de Almarales, veinte años después, reconociéndole a Caracol Radio que «ese secreto le ha hecho mucho daño a mi hija y yo espero que algún día me lo cuente».

Y ahora vemos que la mañana de este miércoles Almarales alcanzó a encontrarse con "el Turco" Fayad, tan lúcido, tan articulado a los treinta y nueve años, en una cafetería a unas cuadras de aquí,

para repasar los movimientos del operativo, pero la escena empieza en el momento en el que su esposa le pide, entre el humo del cigarrillo y el tinto, que vuelvan a la casa «si "el Turco" no llega en diez minutos»: ella, María, le susurra que todavía pueden salir de allí, perderse en algún mundo dentro del mundo, atrincherarse en una rutina que no sea una vergüenza, vivir a salvo de esta tragedia política que castiga a cualquiera que quiera enderezarla, y ella le dice «piénsalo» y él dice «estoy pensándolo», pero entonces aparece Fayad en la mesa —de pronto— como si ya fuera un fantasma.

—¡Viva Colombia! —les grita el comandante Otero a sus veintisiete compañeros para que no se les olvide que están viviendo una gesta, pero, sobre todo, para que todos aquí volvamos al presente.

Pega ese paradójico grito de guerra, a las 11:32 a.m. de hoy, para sacudirse de una buena vez —ya qué— esta sensación y esta certeza de que los seis de "Lázaro" van a quedarse por fuera, y entonces todo está perdido desde el principio, y fue él, Otero el ajedrecista, quien cometió el error, pero no hay nada por hacer, sino gritar «¡viva Colombia!», porque incluso los fracasos tienen que oficiarse.

Suele repetirse que estos golpes irónicos e históricos, como el robo de la espada de Bolívar o el saqueo de las armas del Cantón Norte o la toma de la Embajada de la República Dominicana o el juicio en el Palacio de Justicia, fueron ideas de Bateman o de Fayad, pero la verdad, venga lo que venga, es que tanto en la imaginación como en la estrategia siempre ha estado él.

Sabe, mientras avanza hacia las escaleras, que sin la gente de "Lázaro" están poniendo en escena el guion de un desastre —y pide

a Dios, en un lapsus, que consigan entrar—, pero ya no es un autor sino un actor, y sigue porque ya no hay más.

Quizás sea su culpa el incendio que se nos viene encima porque desde el puro principio pensó «yo vine al mundo a inventarme este operativo». Pero Fayad fue el que le soltó el primer «¿y si nos tomamos el Palacio para enjuiciar al presidente?» en ese cuartico de atrás de aquella casa en el norte de Bogotá. Pero es que estos militares de manual de las tiranías, en nombre de las oligarquías asesinas que compran las elecciones y niegan al pueblo, siguieron desapareciendo gente de izquierda, y lanzaron la Operación Garfio contra el Eme, y montaron la Batalla de Yarumales, que ya es un trauma más, y le volaron una pierna al comandante Navarro Wolff con una granada en una cafetería de Cali, y luego mataron al comandante Ospina en el barrio Los Cristales. Pero es que el M-19 se robó la espada, fusiló al presidente de la Confederación de Trabajadores de Colombia «por traición a la clase obrera», se llevó las armas del ejército como si fuera chistoso, se metió en la embajada a la vista de todos, y detonó, con el secuestro de la hermana de los Ochoa del cartel de Medellín, la locura de estos narcos salvajes que acaban de crear Muerte a Secuestradores. Pero si esta guerrilla mata, como acaba de matar a un par de vigilantes sin velas en este entierro, que justo estaban pensando en el lento paso del día, y nada más, es porque no ve otra manera de romper el círculo vicioso de la Violencia que el establecimiento rojiazul desató contra la izquierda en los días del Frente Nacional a finales de los sesenta, porque la izquierda había convertido a las autodefensas campesinas en guerrillas, porque el Estado bipartidista había bombardeado las «repúblicas independientes» que habían fundado

los subversivos, porque las élites traicionaron sin agüeros las amnistías que habían dado a los revolucionarios que encararon a la dictadura, porque los pájaros, o sea los asesinos conservadores en el gobierno de Laureano Gómez, emprendieron una cacería de liberales, porque los liberales se negaban a participar en ese país de derecha que se robaba las elecciones y cerraba el Congreso y mataba a Gaitán, porque ciertos conservadores se habían quedado rumiando el resentimiento por la barbarie contra ellos durante los gobiernos rojos, porque el progresismo nacional había estallado después de cinco décadas de imperio de la Iglesia católica, porque los godos habían ganado la Guerra de los Mil Días después de un siglo de guerras civiles que empezaron por la traición a la campaña popular del Libertador Simón Bolívar. Pero la verdad es que sólo una locura que nada más se da aquí —una violencia propia, como un tic, de esta esquina del mundo— puede explicar semejante facilidad para el mal.

—¡Viva el pueblo! —se dice el comandante Otero, entre el traqueteo de una segunda balacera, mientras avanza hacia la escalera de oriente en busca del primer piso.

La guerrillera "Claudia", que tiene treinta y cuatro años, y en la vida real se llama, repito, Clara Helena Enciso, pronto entiende que están disparándoles desde adentro, desde arriba. Se despide con cualquier gesto de "Memo", que es un sociólogo guerrillero y es su pareja de la vida y ya sabemos que se llama Guillermo Elvencio Ruiz. Ruiz, que habrá cumplido cuarenta, pero jamás va a aceptarlo, se ha quedado atrás a responder el ataque. Se ha entregado a la vanguardia que va a defender el sótano con las bombas y las uñas. "Claudia" lo mira y lo mira, ay, "Memo", ay, Flaco, con su barba

erizada y sin bigote, hasta que él le muestra la cara medio iluminada por el horizonte de las escaleras y le hace un gesto con el cuello como diciéndole «ve, ve», «te están dejando».

"Claudia" avanza a tientas en su oscuridad y trata de identificar a un muerto que no logra poner bocarriba y se muere de miedo porque nota que está sola.

Va entre la negrura del parqueadero a punta de manotadas, como dando brazadas en la ficción, para no chocar con nada en el camino hacia las escaleras vecinas —las de occidente— por donde se le está yendo el grupo de Almarales.

Quién será el puto muerto. Tenía una pañoleta amarrada en el cuello como tantos guerrilleros. Tenía agarrado este fusil M-16 que ella está cargando ahora sin pensárselo bien. Pero ya qué, ya voy, ya qué.

Se detiene un momento, jalada por cierta nada entre esa ceguera, porque siente por allá un par de sombras que se mueven: «¡Ojo ahí!», grita por si acaso.

Primero aparece una guerrillera pequeñita, de 1 metro 55 centímetros más o menos, que se ha bautizado a sí misma "Diana".

Tiene, por mucho, dieciocho años. Lleva el uniforme verde de los revolucionarios de las fotos. Y se acerca sin vacilaciones porque le gusta el eco de sus botas.

Después está el señor Ananías Bohórquez, escolta del consejero Jaime Betancur, hermano del presidente de la república, que acaba de ver el tiroteo dentro de la camioneta del DAS que le han asignado —«yo de golpe es que oigo que tiran la talanquera que hay ahí para el control de la entrada de los carros, volteo a mirar el camioncito que tiene que ser de la guerrilla, escucho una explosión que

oscurece todavía más el parqueadero y después se me viene encima el traqueteo de las armas», nos dice cara a cara— y entonces se ha acostado bocabajo en el piso a esperar lo que Dios quiera. "Diana", la guerrillera, se le acerca como si fuera el bulto de la ropa de ayer. El señor Bohórquez le ruega.

—No, no, no —repite a ver si el siguiente «no» es el último—: no, señorita, mire que yo no estoy armado.

—Pero es que si no tiene armas no le pasa nada de nada, señor —le responde ella como una burócrata de esta guerra—: póngase más bien de pie.

"Diana" requisa a Bohórquez con la mano que no sostiene la ametralladora .30, y luego, entre los disparos que suenan allá arriba, tas, tas, tas, lo lleva de un brazo a los ascensores en el costado norte del sótano: «Acuéstate aquí bocabajo», lo tutea, «ya vengo». Y se va en busca de un conductor borroso, Luis, Luis Humberto, Luis Humberto García, que se ha escondido debajo de un Renault 18, pero hace cinco minutos estaba pensando en aprovechar la disciplina que ha tenido desde niño, en poner un negocio propio, en conseguirse un equipo de socios, de amigos de fútbol por ejemplo, para sacar adelante una miscelánea o un taller. "Diana" está diciéndole a García lo mismo que a Bohórquez, «tranquilo, señor», pero no se le escucha por los alaridos de la balacera.

—¡Viva Colombia! —grita, ahora, Almarales.

Y la guerrillera "Claudia" sube por la escalera de occidente, buscándolo para seguirlo, abrumada por tanta luz y tanto tiro. Puede ver a dos compañeros, a "Pacho" y a "Bernardo", detrás de la puerta de la refriega. Y trata de avanzar semejante a una cámara al hombro, entre los casquillos que ha venido dejando su gente del

Eme como migajas para remontar el río del delirio, hasta dar con la realidad. Cuando llega al descanso de la escalera, que tiene algo de refugio, se tropieza con cinco amigos replegados y vueltos mierda: «Qué es esto», se susurra "Claudia", «qué pasa», pues hay sangre roja y sangre negra en el brazo de "Esteban" y en la rodilla de "Orlando" y en el muslo de "César", y es la escena en la que se ha pasado de la victoria a la pesadilla en un par de minutos nada más.

"Pacho" defiende la entrada, junto con "Bernardo", a pesar de un tajo de sangre en la cintura, «¡me dieron!», «¡enfermera!», «¡me dieron estos hijueputas!», pero a "Carlos" acaban de volarle el fusil de un disparo y acaban de destrozarle la palma de la mano con sus líneas del destino, y los jirones de piel y de carne viva les gotean a todos en la cara. Ya no hay cómo salir de allí. Ya no sirve de nada devolverse. Pero avanzar es jugar ruleta rusa porque desde el quicio de la entrada al primer piso del Palacio de Justicia, que es una ventana enloquecedora a la carrera 8ª, es claro que ya hay francotiradores disparando desde los pisos altos de los bancos, y quién da un paso más, y quién se queda allí a esperar la muerte. No es fácil pensar ni soltar una palabra por los gemidos de dolor, por los lamentos.

"Claudia" grita «¡enfermera!», dos, tres, cuatro veces, hasta que entiende que la enfermera de la operación está muerta. Y ahora qué.

Son las 11:40 a.m. apenas. El reportero Álvaro Almanza, de RCN, está a tres zancadas de la recepción. El exacerbado Óscar Vargas, su compañero de Europa Press, acaba de salir despavorido por la puerta principal porque le ha parecido más espeluznante de lo normal que justo esté pasando lo que estaban comentando hace una

hora: «¿No que había que reforzar la vigilancia?». Y él, Almanza, con su pelo renegrido y mullido y pegado al cráneo, se ha recostado contra el muro de la puerta de salida a grabar —con la grabadorcita que lleva siempre en el maletín— los sonidos ilegibles del arranque ensangrentado y sanguinario de la toma, y su taquicardia y su voracidad de periodista lo obligan a ver ese espejismo de segundos que parece de minutos como si él no fuera parte de la mortandad, sino apenas su espectador.

—¡Agáchese, güevón, échese pa' atrás! —le grita el vigilante Marco Tulio Mateus.

Que seguimos, entonces, a modo de documental. Y estaba en el cuarto piso cuando escuchó la entrada brutal de los camiones del M-19. Y bajó en el ascensor al garaje a ver qué estaba pasando, pero cuando llegó, ensordecido por la balacera, ya no vio a nadie en esos sitios: sólo un furgón azulado con todas las puertas abiertas. Y subió entonces del sótano al primer piso, en el mismo elevador abandonado a su suerte, a avisarles que estaba pasando algo «como sospechoso» a los compañeros suyos que estaban cuidando la recepción, y apenas salió se paró detrás de una columna —y allí se quedó un poco más de cinco minutos— porque ya estaban disparándose todos contra todos desde los dieciséis puntos cardinales de la ratonera.

Corte abrupto de los estruendos de ese presente a los recuerdos titubeantes que vendrán en los próximos meses: recibimos, uno tras otro, los testimonios desolados y sacudidos de los guardias que van a sobrevivir, pero también van a quedarse varados en ese día para siempre.

El guardaespaldas José Cornelio Gaitán —que se la pasaba en el pasillo del segundo piso rondando, en estado de alerta y sin pausas, la oficina del consejero Betancur Cuartas— dice que se asomó al vacío que le daba algo de miedo a ver a tres guerrilleros disparando a cualquier parte, pero que prefirió esconderse detrás del antepecho de madera que circunda los pasillos porque de haberles respondido a bala su espíritu estaría errando por ahí y sería muy difícil contar con su testimonio. Detuvo a su compañero de puesto Carlos Julio Ortegón, que también cuidaba al doctor Betancur como hay que cuidar al hermano del presidente —sino que él lo protegía «veinte metros allá»—, justo antes de que se soltara su MP5, y se metieron los dos más bien al despacho del jefe, y se salvaron por un segundo de una ráfaga que trituró la puerta de vidrio de la entrada.

—Yo sí le dije al consejero Betancur «por favor, doctor, sígame» —cuenta el trabajador y diestro señor Gaitán, y luego se arrastraron juntos por el corredor hasta la oficina del fondo.

—Y allá armamos una trinchera con las sillas que había, en la puerta de la oficina por si acaso, a ver cuándo venía el momento del ataque —agrega el responsable y pacífico y recursivo Ortegón.

El portero José Vicente Ordóñez, tan ágil, tan útil, tan ingenioso en las incertidumbres, dice que eran las 11:45 a.m. cuando escucharon las peores ráfagas, y entonces se fueron por el pasillo del primer piso, y él se atrincheró detrás de una de las columnas que sostienen el segundo porque un guerrillero empezó a dispararle con un Galil desde la cafetería: «Me quedé sin balas en el tambor del revólver de tanto enfrentar a esa gente, y después pegué una carrera hasta el descanso de la escalera, y me metí en el cuarto del aseo y cerré la puerta con seguro y apagué la luz a ver si era que

me iban a matar en ese sitio o qué, pero ahí permanecí hasta que un agente de la policía me rescató a las 5:30 p.m.».

El vigilante Rafael Antonio Lancheros, que vive nervioso a pesar de tanta experiencia en cuatro décadas de vida y es por eso que se la pasa pensando y pensando en viajar a conocer las islas del Caribe, dice que él estaba echándole un ojo a la puerta que va a dar a la Plaza de Bolívar cuando escuchó las ametralladoras: «¡Se entraron los guerrilleros!», dijo de una vez, y un par de segundos después se vio a sí mismo disparándoles su revólver a los subversivos que los estaban atacando desde la cafetería «a unos veinte pasos nomás». Se fue replegando, replegando, de columna en columna, buscándose la salida porque ya qué más. Pronto tuvo al lado a Mateus, su compañero. Y a un periodista, Almanza, que estaba grabando los gritos y los disparos.

—¡Que se agache, hermano, que le van a volar la cabeza! —le repite el vigilante Mateus al periodista Almanza, y así volvemos de los testimonios a los miedos del presente.

Almanza tarda en entender, pero, apenas ve que los dos vigilantes, Lancheros y Mateus, están gateando con los revólveres en los puños, siente un miedo monosilábico e ignorado que le estropea la respiración, y la espalda se le rueda por la pared y termina en cuclillas junto a los guardias. Se dice «tengo que seguir grabando» y «tengo que contar esta historia», y de inmediato le parece una estupidez cualquier ilusión porque es testigo de cómo el administrador del edificio Jorge Tadeo Mayo Castro —que odia que las cosas se le salgan de las manos y ha estado siguiendo su propio plan de conquista del futuro— se aleja de la cafetería, abre una de

las puertas de vidrio de la plazoleta central del Palacio y corre despavorido, pero un par de guerrilleros lo fusilan por la espalda.

Y cae de rodillas, y da contra el piso de tierra, y se va muriendo con una sílaba atragantada, y se muere a los pies de la estatua de bronce del presidente de la Nueva Granada José Ignacio de Márquez.

Hay que salir de allí. Hay que escapársele al ruido de los vidrios rotos y al rumor de las súplicas y los aullidos de la batalla. Hay que ir hasta la puerta sin levantar la frente ni despegarse de la pared.

Pronto el reportero Almanza se ve afuera de la catástrofe, en las escaleras de la entrada zigzagueante del Palacio de Justicia, aturdido, rodeado por los dos vigilantes que supieron alertarlo y espabilarlo antes de que lo mataran —para nada y porque sí— como un bicho que no vio venir el zapato. Está de pie, con las rodillas flojas, en la lloviznosa Plaza de Bolívar. Lancheros y Mateus están rindiendo informe a un par de muchachos de la guardia de la presidencia, que nunca volverán a ver e irán olvidando en los márgenes del trauma, de lo que acaban de ver allá adentro: «Todo el mundo está disparándole a todo el mundo», les escucha el periodista a los dos, «entraron varios por el sótano, pero yo creo que hay otros más en el edificio».

Y él, el reportero Almanza, siente la tentación terrible de volver a entrar a ese abismo porque esa es su crónica, esa es la batalla traicionera que vino a contar, pero un soldadito lo jala para que se quite de ahí antes de que le peguen un tiro.

Trata una vez más de entrar porque quiere ver, quiere saber. Da tres pasos hacia la puerta, uno y dos y tres, pero el grito «¡que se

quite de la puerta, hermano, que no sea loco!» lo obliga a alejarse de ahí y a regañarse a sí mismo.

Ya debería saber que Colombia es un fuego cruzado. Ya tiene la edad que tenían sus adultos.

Da media vuelta al fin. Y después viene, de golpe, un plano cenital. Desde arriba, en la mañana sangrienta del miércoles 6 de noviembre de 1985, el Palacio de Justicia es un 6.

Y unos pocos puntos tratan de entrar y unos puntos más salen corriendo de allí a cualquier lugar.

Quizás sea el miedo que tengo por estómago. Tal vez sea una educación en la cordura y la aprensión. Pero yo nunca he tenido claro si los héroes son los que se quedan adentro o los que escapan a tiempo.

La escuadra de "Lázaro", que en hebreo significa «el ayudado por Dios», está tratando de llegar al Palacio de Justicia para defenderlo. Lázaro, un hombre pausado, teatral, capaz de hablar y hablar con la cadencia de un profesor nostálgico, es uno de los veteranos del grupo: tiene ya veintiocho años. Ninguno de sus compañeros es joven porque ser joven es abusar de la vida, y estar en el M-19 es sacrificarse a uno mismo, negarse la despreocupación, en el nombre de la paz de la patria. Todos allí están satisfechos de ser «personas eme», «hombres eme», porque serlo es ser éticos, salvar al pueblo de las armas, reunir por fin a este país para un diálogo entre deudos, pero él, "Lázaro", que se llama Ricardo Martínez cuando nadie más está mirando, es el más orgulloso de todos.

Y entonces, atrapado en el trancón apocalíptico de la calle 10 con la carrera 9ª, le duele como debe doler un infarto escuchar los disparos que vienen de la Plaza de Bolívar: «Yo creo que lo mejor que podemos hacer es entrarnos», se dice y les dice, y dejan los carros encendidos junto a una orilla y corren entre la gente entumecida hacia la toma. Pronto, muy pronto, tienen el edificio enfrente y viniéndoseles encima. Hay peatones que deberían seguir de largo. Hay sapos también. Y hay policías de aquellos, claro, se les nota a leguas porque están desencajados y muertos de miedo. «Y hay que entrar como sea», se dice y les dice, y se van hacia la puerta principal a ver si pueden colárseles a las guardias que están apareciendo por allí.

Es que no puede ser. Han pasado meses desde que Jacquin le dijo, en ese restaurantito de La Floresta, Picaflor o Coliflor o Colibrí, que «se viene algo grande, viejo Lázaro», y han calculado la operación con una minuciosidad que nadie se imagina porque al M-19 poco le reconocen su capacidad militar, pero todo el plan se les ha vuelto mierda en un segundo, y ahora qué. La verdad es que estaban hartos de que las fuerzas militares les hubieran jugado tan bajo para truncar el proceso de paz con el Gobierno, pero la peor traición de todas, la Batalla de Yarumales, les había servido para aprender a proteger un lugar, y la frase «como en Yarumales» se les había vuelto la clave en estos últimos días porque la idea de la toma era pasar pronto de la ocupación militar a la defensa.

Pero ya ni mierda: a este paso, si ellos no se meten al edificio en los próximos minutos, la estrategia va a reducirse a apostar «quién sale con vida».

Y adentro está "Pilar", su compañera. Y sí: ella conoce a muerte su función dentro del comando, y se sabe de memoria la maqueta, y tiene en la cabeza los planos, y sabe moverse por los cuatro pisos porque han visitado el edificio todos los días desde junio —y ella misma ha contado los pasos que hay de una pared a la otra—, pero si no entra pronto su unidad, la unidad de "Lázaro", no hay nada por hacer. Un güevón metido ahí le pregunta «¿usted de dónde es?: ¿del DAS?». Una señora le da quejas: «Toca hacer algo rápido porque se metieron los ladrones». Un grupito de la guardia de la Presidencia, que ya están apostados, le pide que despeje el área porque «aquí cae cualquiera». Y, apenas salen los porteros y los reporteros, cierran la puerta principal como si fuera el final.

—¿Y si nos metemos por el sótano? —le pregunta el "Flaco" Carvajal a "Lázaro".

Ya son las 11:50 a.m. Suenan los disparos y los ecos de los disparos y las palabras sueltas de ultratumba. "Lázaro" se queda mirando al "Flaco" como diciéndole que él sabe que ni su mujer ni sus amigos van a sobrevivir allá adentro porque muchos de ellos son humanistas que no saben usar ni un fusil, y alcanza a dar cinco, nueve, trece pasos hacia el parqueadero del Palacio de Justicia, aferrado a su arma, con la intención de entrarse por abajo, pero pronto entiende, dolido, que es una locura metérsele al fuego cruzado: morir es una estupidez, pero es mucho peor si lo mata a uno la bala de algún compañero. El "Flaco" se queda mirando a "Lázaro" a la espera de alguna palabra milagrosa. "Lázaro", el locuaz, tartamudea hasta dar con lo único que se le ocurre:

—Que cada uno se vaya por su lado como pueda a donde pueda —dice.

No tienen ni un bendito peso, claro, porque estaban convencidos de que sólo iban a necesitar los víveres para las dos o las tres semanas que pensaban tomarse el Palacio de Justicia, pero el "Flaco" Carvajal reparte entre los seis los veinte mil que tiene. Y los ve irse a todos, uno por uno por uno por uno por uno, entre el sálvese quien pueda del comienzo de esta batalla atroz «por los derechos humanos», como si estuviera parado en un muelle. Y él se queda allí, vuelto una estatua desconocida frente a ese baluarte de piedra, a imaginarse a sus gallos peleando contra los guardaespaldas y los soldados del régimen: «Ojalá tengan claro que les llegó la oportunidad de dar la vida por su gente y la gente que no sabe que es su gente», piensa, «ojalá nunca dé igual».

Vemos, desde su punto de vista, el punto de vista del "Flaco" Carvajal, el día de septiembre de 1978 en el que el descarnado y desquiciado comandante Bateman le pide que establezca contacto con Firmes, el movimiento de izquierda. Y luego el momento en el que convencen a Quevedo, el hipnótico gerente de la revista *Alternativa*, de que se les una.

Y somos testigos de ese par de escenas porque Carvajal, que parece la ruina de una columna porque su lealtad enfermiza lo fija en las esquinas en donde estén sus amigos, empieza a sentir su propia orfandad apenas se da cuenta de que ya no puede llamar ni a Bateman ni a Quevedo: vivir es recordar día por día, a la hora menos esperada, que al final uno es su propio padre.

¡Tas! ¡Tas! ¡Tas! Estallan los vidrios de un Renault 12 amarillo y pálido. La gente que tiene que pasar por la carrera 8ª, bajo la mirada fija del Palacio de Justicia, se esconde de las balas invisibles detrás de un Chevrolet Bel Air aguamarina, un Dodge Dart gris, un

Renault 4 verde y un Land Rover rojo. Hay francotiradores de lado y lado, desde el edificio y hacia el edificio, dedicados en cuerpo y alma a la tarea de dispararle al que dispare, de matar al que quiera matar. Y sí, ya han herido a un puñado de guerrilleros y han rozado a un par de agentes embotados por la ansiedad, pero el primero en caer, según el levantamiento de Medicina Legal, cae en el fuego cruzado a las 11:46 a.m. Es el sastre René Acuña: está allí, a la vista, suspendido por el caos que tiene enfrente, con el almacén en el que trabaja, Vahler, a sus espaldas, cuando siente el piquetazo de una bala perdida en el pecho.

Estaba a punto de decirse —justo estaba pensándolo— «voy a llegar a la casa a contarles», pero un segundo después recibió la noticia de que el muerto era él.

Vamos de la mirada de los francotiradores de la guerrilla a la mirada de los francotiradores de la fuerza pública: son miradas polvorientas y ahogadas y entrecerradas que además tiemblan, y sin embargo disparan y disparan otra vez de una orilla a la otra. El segundo en caer aquí afuera, en el reguero de gritos y de estorbos de las 11:46 a.m., es un policía sin nombre y apellido —me pesa no alcanzar a identificarlo desde acá— que suele patrullar la cuadra de los bancos que quedan junto al Palacio. Uno siempre lo ve. Tararea. Espanta gente rara. Y ahora se ha puesto a enfrentar él solo, de puro valiente que es, los balazos que han estado soltando los del Eme desde el edificio, y acaban de herirlo, y se ha escondido detrás de un Mazda 323 ocre, y se está desangrando, ya se va a morir, y ya está muerto cuando por fin aparece un contingente de la policía.

Es una misión suicida. Pronto, 11:47 a.m., está herido el policía que viene manejando la patrulla: Dimas Valdés. Y entonces al

subteniente José Fonseca, que está al mando de la operación porque es el jefe del segundo turno de vigilancia de la cuarta estación, sólo le queda la compañía de los agentes Orobio y Portilla. Todos están tomando posiciones donde mejor pueden, detrás de los carros parqueados allí para siempre, dispuestos a responder los tiros de los subversivos estos que ya no respetan nada, cuando se les aparece un antiguo infante de la Armada Nacional de apellido Sarria —hoy un civil— que sonríe de lado si lo llaman "Rambo Criollo". Viene del despacho de abogado que tiene su abuelo en la avenida Jiménez. Lleva puesta una gabardina negra.

Ya todo el mundo sabe que lo echaron de la armada por faltas disciplinarias. Pero este minuto es tan confuso, ¡tas!, ¡tas!, ¡tas!, que cualquier mano que se ofrezca y que no tiemble es bien recibida.

—¿Qué es lo que está pasando, mi teniente? —pregunta, de puro metido, el "Rambo" Sarria.

—Que hay un francotirador en la azotea —le señala el subteniente Fonseca.

—Parece que es un man de la guerrilla —propone de golpe un agente del F2, o sea un hombre sin nombre de la policía secreta que en realidad se llama Ramón Ariza, disfrazado de transeúnte con los brazos en jarra.

Y sí: allí está ese espantajo del pasamontañas, bocabajo porque seguro repta, repitiéndose quién sabe qué plegaria oscura mientras le apunta el fusil a cualquier desconocido que da igual.

El subteniente Fonseca ordena que le den un revólver al "Rambo", Jorge Arturo Sarria, porque hay que hacer algo de una vez. Y allá van los cinco guardias de la ley dispuestos a atrincherarse en la obra negra que ha estado avanzando en la esquina noroccidental del

edificio. Y allá se están refugiando de la balacera, a ver si pueden bajarse a los guerrilleros que se han asomado desde el tercer piso, cuando unos encapuchados los fusilan desde los desagües del parqueadero: tracatracatracatracatra. Y corren espantados, aturdidos, a ver en dónde no los matan, pero todos terminan, sálvese quien pueda, en la primera barricada de mentiras que se encuentran. Cae un agente allá. Cae un coronel en la esquina. No hay nadie que mande a nadie. Los están matando a todos.

Sarria está recostado detrás de un Chevrolet Celebrity color pardo que se ha quedado parqueado en la orilla del Banco Popular, y exhala e inhala, y exhala e inhala a una zancada de Fonseca.

Va a tomar una decisión, un respiro, antes de que un padre lloroso y fuera de sí les diga «ayúdenme, por favor, mis hijitas están adentro del jeep rojo».

Sarria reconoce, entonces, que Fonseca está herido. Hace un paneo por el sector en busca de algún cabrón que se esté haciendo pasar por un pobre ciudadano que sólo iba pasando por ahí. Puta, no, cualquiera puede sacarles un arma de aquí a allá. Se sacude. Le dice a Orobio «vamos por las niñas», «vamos». Corren con las cabezas abajo, en cuclillas, apenas les estalla el vidrio del banco en las espaldas, y se escuchan los aullidos de las primeras ambulancias, y una señora pega el grito «ay, lo mataron». Tratan de llegar al jeep rojo detrás de otro jeep que empujan juntos. Orobio, el negro, recibe un par de tiros que lo vuelven un muchacho enfurecido y con la cara ensangrentada: «Estoy bien, estoy bien». El "Rambo" Sarria, que nació para hoy, pide a gritos una camilla.

Se va solo por las dos niñas, porque tarde o temprano suele trabajar solo, detrás del campero aquel que él mismo ha puesto en

neutro para convertirlo en una trinchera con ruedas. Las dos están pálidas, sofocadas de miedo, enroscadas en el piso del jeep rojo: «Vamos, vamos», les dice. Dispara tres veces para que se agachen esos hijueputas y se las lleva de vuelta a su padre: «Gracias, señor, Dios le pague», le escucha al señor por allá lejos aunque esté a medio metro. Pero no sonríe de lado, como sonríe cuando le dicen «kamikaze» o le dicen «loco suelto», porque entonces nota que el subteniente Fonseca ha muerto. No se mueve, no, le tiembla la insignia. Ya ha cerrado los ojos como si tuviera vergüenza de haber muerto así.

Fonseca tiene, tenía, tiene veinticuatro años. Sabía desde niño que era un hombre bueno. Tenía el coraje para sobrevivir a la amargura. Abrazaba, sin pudor, a su gente. Se la pasaba dañándose las muelas con esos muñecos de azúcar que venden en Chiquinquirá.

Su cadáver está al lado del cadáver del agente del F2 Ramón Ariza, de Acacías, Meta, y de treinta y cinco años de aquí en adelante, que a las 11:50 a.m. ha recibido un disparo en el centro del pecho: «Embrujo verde donde el azul del cielo se confunde con tu suelo en la inmensa lejanía», piensa, porque piensa en los atardeceres de su tierra —o sea la tierra de su madre, o sea su madre— que quién sabe cómo va a seguir sin él, «mamá». Sarria, el "Rambo Criollo", que se ha visto *Rambo II* tres veces escurrido en la última fila del Teatro Ópera, a quince cuadras de aquí, porque él es ese renegado de pocas palabras y pocos gestos que ha estado esperando el día de vencer el mal, cierra los ojos un momento para separar todos los gemidos y todos los estallidos que no dejan pensar.

Cae en cuenta, apenas abre los ojos, de que el paso a seguir es ayudarle al negro a entrar en la ambulancia. Se va con él. Toca.

Y la ambulancia es un aullido entre los alaridos, «¡ese señor está muerto!», «¡al piso, al piso!», «¡la guerrilla!», que escucha el escritor Miguel Torres en el noveno piso del edificio Santo Domingo. Está allí, a media cuadra del Palacio de Justicia, en la carrera 12 # 12-25, haciéndole preguntas a un abogado que está llevándole un asunto. Tiene la frente en la ventana. Y ya escuchó los disparos aislados y ya vio «que abajo la gente se había detenido en las aceras y miraba hacia la Plaza de Bolívar» —me dice veintidós años después — y ahora está viendo que la gente corre en desbandada, las rejas de los almacenes se cierran y los carros desaparecen de las calles. Pero es el chillido de la ambulancia el que le pone en claro el peligro.

Y es ese escalofrío para todos el que siente, a las 11:50 a.m., Iván Magyaroff. Ya dejó de mirar hacia atrás porque ya escuchó los primeros, los segundos, los terceros disparos. Ya está en el Tribunal de Cundinamarca. Ya está a salvo porque ya pudo llegar al despacho de su esposa, la magistrada Miren de la Lombana de Magyaroff, mi madrina Mirentxu, de treinta y siete años, que no sólo es otra madre mía, sino una persona que sé que me está queriendo a esta hora, y ellos dos siempre están a salvo si están juntos: «Va a ser como la toma de la embajada», se dicen, «quién sabe cuándo volvamos a ver el Dodge Alpine». Algo pasa con ese carro. Todos sentimos que es alguien. Y que ahora está allí, en el segundo sótano, como un hecho que espera ser notado.

Escuchan los tiros. Escuchan la revuelta del miedo. Quieren salir de allí porque crecieron, como mis papás, a la espera del siguiente Bogotazo, del siguiente viernes 9 de abril, pero en los pasillos del

Tribunal están diciendo que no están dejando salir a nadie del centro de la ciudad.

¿Y si tratan de salir de allí? ¿Y si se asoman al parqueadero del Palacio de Justicia, que es el parqueadero de la rama, a ver si ya no hay balaceras? ¿Y si toman un bus o agarran un taxi si es que ya están saliendo carros desde el barrio empedrado en el que siempre se viene abajo el país?

Por lo pronto, Mirentxu llama a mi mamá a la oficina del Bosque Izquierdo, que sabe que está trabajando allí con su condiscípula y su socia María Teresa Garcés Lloreda, para pedirle que recoja en el colegio a su hijita —a Miren Vitore— por eso que estoy diciendo: «Porque no están dejando salir a nadie del centro por lo de la toma». Mi mamá le dice «claro, amiga, claro», de pie, porque vive en estado de alerta. Tiene treinta y siete años también. Se ha peinado la melena de aquellos tiempos con ondas voluminosas. Se ha puesto un saco blanco que se ve amplio, suelto, porque son los años ochenta. Y, mientras viene, de una pequeña radio, una versión instrumental de *Pueblito viejo*, está pensando qué es lo siguiente que debe hacer: «Voy a buscar un taxi», piensa en voz alta.

Pero, como trabajó un buen rato, de abogada, en el Palacio de Justicia, entonces se queda pensando en todos los amigos que están a esta hora allá adentro.

Seguro que sale bien. Seguro que todo va a ser pacífico e incómodo como la toma de la embajada. Seguro que van a estar allí un buen rato y va a ser necesario llevarles comida y mudas.

Antes de salir, hace una serie de llamadas. Vemos a mi mamá, mi Marcela Romero Buj que prefiere llamarse Marcela Romero de Silva, dedicada a hablar por teléfono en aquella oficina. María Teresa, de

treinta y nueve años, de Cali, siempre pendiente de este país de suspenso, siempre capaz de pensar qué será lo correcto y qué será lo sabio en estos casos, le va soplando las frases que le faltan. Mi mamá llama a mi papá a la universidad: «Voy por Miren Vitore». Nos llama: «Nos vemos más tarde», dice, «pongan el noticiero». Y luego, como una niña que quiere asegurarse de que el mundo siga igual, se atreve a marcar el número de la oficina del consejero Humberto Mora Osejo en el Palacio de Justicia. El doctor Mora, que así le dice esta familia, contesta «buenos días».

Mora Osejo, de cincuenta y cuatro años, del reverencial y sísmico y combativo Túquerres, Nariño, siempre ha sido un viejo y siempre ha sido una eminencia que sabe todo lo que puede uno saber mientras está vivo. Estudió Derecho en la Universidad Nacional con aquel hermano de mi mamá que asesinaron hace nueve años en la avenida Jiménez, el líder Alfonso Romero Buj, gloria del sindicalismo y profesor comprometido con la locura colombiana, y fantasma benigno y ejemplo de lucha del 603 de La Gran Vía. El doctor Mora es, él también, un abogado de izquierda. Suele terminar las frases con un «¿ah?» o un «¿no?», pero ahora está desconcentrado por las balas y los gritos y el pavor. Y anda convencido de que puede poner las cosas en orden allá adentro.

—Mijita: yo creo que lo mejor es que yo salga a hablar con estos guerrilleros, ¿no? —le dice su voz carrasposa, cadenciosa, a mi mamá.

—Pero tenga mucho cuidado, doctor Mora, mire bien que uno aquí nunca sabe —le contesta ella porque la idea es que no le maten más hermanos mayores.

Y la escena se vuelve una secuencia porque mi mamá llama a la entrañable y dulce y pausada Lucy Álvarez, la esposa del consejero Mora Osejo, a decirle «yo creo que hay que hacerle una caja con ropa y con comida porque eso va para largo». Y Mirentxu y María Teresa hablan también con el consejero Mora para rogarle por lo que más quiera que se quede quieto en su oficina mientras se sabe qué quiere el M-19. Y veinte años después, en la mesa de la esquina de un restaurante de tiempos mejores, el doctor Mora de setenta y cuatro años me dice «a mí me dolió mucho que la Marcelita, su mamá, renunciara al Consejo de Estado, pero últimamente he pensado que menos mal porque si se hubiera quedado habría muerto».

Volvemos a las 11:55 a.m. del miércoles 6 de noviembre de 1985. Mi mamá va a salir a buscarse el taxi, pero, de tanto pensar en que su vida ha sido quedarse sin la gente que la cuida, se acuerda de su hermano el magistrado auxiliar Lisandro Romero Barrios. Que también está atrapado en la revuelta del Palacio de Justicia. Que sobrevivió a los tiempos bipartidistas de los medio hermanos y los hijos ilegítimos, que eran tiempos aplastantes, pero eran ciertos, para acercársele una vez a mi mamá a decirle «mucho gusto: yo también soy hijo de Romero Aguirre». Que muy pronto ya no fue su medio hermano, sino su hermano y su amigo. Y la llamaba todos los domingos, a las 7:30 p.m. de *Don Chinche*, a contarle cómo iba todo en las salas que ella conocía de memoria.

—Buenas noches, sobrinito, cómo estás —decía mientras sonaba el pasillo de cine mudo, *Los filipichines*, que se escuchaba al comienzo de cada capítulo de *Don Chinche*—: ¿está por ahí tu mamá?

Yo le decía que sí, en tiempos en los que era tan fácil decir «no», «no está», en la bocina del teléfono blanco de disco. Después gritaba «¡mamá!: ¡Lisandro!». Y ella apagaba el pequeño televisor de su habitación y contestaba en el teléfono rojo que en los años setenta llamaban «el cobra». Y su hermano le contaba las últimas de sus tres hijos, y luego le decía en qué andaba Victoria, su esposa, y después le echaba chismes benignos de los consejeros, y después divagaba sobre la situación de este país habituado a sus violencias, y hacia la mitad le decía «Marcelita: gracias por ser mi hermana», y en algún momento decía «mierda: voy pa' cuarenta» porque su tema favorito era lo corta que era la vida. A veces se les iba una hora en la conversación. A veces duraban hora y media. Ya iba a empezar *Teledeportes*.

El día de la toma del Palacio de Justicia, que es un fenómeno de lo humano porque está fuera del tiempo y no va a acabarse nunca, ella le ruega a él que no intente nada raro:

—Seguro que ya en un momento el Gobierno manda a alguien a negociar —le dice.

—Tú no te preocupes por nada, Marcelita, que yo no voy a dármelas de héroe a estas alturas de la vida —le contesta él.

Pero ella no pierde el tiempo respondiéndole esa frase, que es una explicación no pedida, sino haciendo una lista mental de todo lo que va a tocar llevarles en la tarde —«cepillo de dientes», «enlatados», «ropa interior», «sacos gruesos», «libros»— porque esas eran las cosas que ella y Mirentxu le llevaban a su hermano el perseguido político, a su hermano Alfonso, para que recobrara la humanidad en la cárcel de La Candelaria: «Gracias, Marce». Lisandro y Marcela se dan el uno al otro la orden de tener cuidado. Esa familia tiene los

nervios desbocados porque ha visto demencias, asesinatos en la calle, allanamientos, guerras, enfermedades mentales, brujerías, fantasmas y duelos a muerte, y, sin embargo, y entre el ruido de los tiros, los dos alcanzan a prometerse que todo se va a resolver para bien.

Esto está empezando, piensa ella antes de colgar. Los días suelen ser más largos que la vida, y este miércoles va a durar hasta la muerte y va a ser infinito.

Si esto no fuera un mural, sino que fuera un drama en tres actos, habría que tomar partido por algún actor. Sería lo mínimo seguir defendiendo la compasión por todas las personas que van apareciendo en el muro, pues, como suele pensar el sastre René Acuña en las mañanas ruidosas de Valher, no hay hombre ni hay mujer que no se esté disfrazando de algo en esos cambiadores, no hay adultos que no se vistan de religiosos o de militares o de civiles para que no se sepa que son niños, pero habría que caer en cuenta de que los protagonistas suelen ser aquellos que caen atrapados en los fuegos cruzados. El mundo no nos lo deja ver. El mundo está hecho de tal modo que la cámara al hombro suele ir detrás de los soldados y de sus generales. Pero algún día —no lo veré yo, pero tú sí— será obvio que los daños colaterales, o sea los secundarios y los figurantes y los extras, son los personajes principales.

Por lo pronto, vemos, en un breve regreso en el tiempo, un plano del Palacio de Justicia desde las 7:00 a.m. hasta las 11:30 a.m.

Es un claroscuro que transcurre, que pasa. A veces el sol entra a empujar las sombras. A veces los pisos de madera son la luz del

baluarte porque Bogotá se nubla de golpe. A cierta hora es el lugar trapeado, reluciente, recién hecho, en el que yo me arrodillaba a jugar con soldados de plomo —y el consejero Low Murtra me daba consejos para mis batallas— mientras mi mamá salía del trabajo. Después es un edificio de oficinas ocupado por mujeres de sastre y por encorbatados. Da un poco de miedo, más aún si uno tiene cuatro, cinco, seis años, asomarse a su abismo por la baranda de los pisos. Se ve más bello, más resignado al mundo y sus espectros, cuando no hay nadie. Todo lugar del mundo está listo a servir de escenario a una tragedia. Pero el Palacio más.

Volvemos, por un momento, a las 11:30 a.m. Sobre la imagen del sobrio despacho de un magistrado de la Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia, o sea sobre la imagen del escritorio austero y la biblioteca abrumadora de Manuel Gaona Cruz, leemos lo siguiente en letra de periódico: «Media hora antes». Gaona Cruz ha estado nostálgico e inquieto desde hace unos tres meses como si su cuerpo supiera que va a ser asesinado, pero prefiriera negárselo a su espíritu: «No es nada, no es nada». El domingo pasado, o sea el domingo 3 de noviembre, se levantó temprano a teclear en su Olivetti verdosa, pidió a sus diez escoltas que lo dejaran solo por un día, paseó con su familia como si la solución al apocalipsis fuera cumplir con la rutina ítem por ítem, y en el camino que hicieron, del patio de su colegio al campus de su universidad, se dedicó a contarles su vida por si acaso.

—A mí me van a matar —les contó a sus hijos, en la mitad del recorrido, con la mirada en todas partes—: esos tipos quieren obligarme a hacer algo que no se debe, pero yo jamás lo voy a hacer.

Porque es el hermano mayor de aquella familia adusta y digna de Boyacá que tuvo diez hijos, que pudo sacar las mejores notas en el colegio Camilo Torres de Bogotá, en la Universidad Externado y en la Sorbona de París, pues todos lo becaban y lo volvían a becar para tenerlo en sus salones. Porque es el abogado que le propuso matrimonio a Marina, su vecina desde niños, antes de viajar en barco desde Colombia hasta Francia, y ella le dijo «sí» cuando él pisó tierra firme, y se casaron por poder, y luego estuvieron juntos porque ella quería acompañarlo a presentar el examen final del doctorado: «Quién iba a creer que una persona venida del campo, que trabajó para estudiar, iba a estar a punto de presentar un examen para ser doctor en Derecho», le dijo su papá como diciéndole «ya pasó lo más difícil». Volvió al país a ser un maestro, a seguir estudiando, a escribir, a encarar e impedir los abusos de poder. Fue justo a diario. Supo eludir las parafernalias y las pompas de los abogados. Supo ser el niño que era en Tunja. Podría haberse extraviado dentro de sí mismo, por laureado, por rector, por ministro, por magistrado, pero su obsesión era seguir siendo él: simple y claro. Era un terco defensor de las rutinas. Era un hombre a salvo en su casa. Y era un jurista inflexible que temía al mundo de los narcos, pero se había pedido ser el ponente del fallo sobre la exequibilidad del Tratado de Extradición con Estados Unidos.

—Uno es su éxito y su límite —les dijo el domingo a sus hijos como si ya se hubiera acabado el tiempo—: quién iba a pensar que yo, un niño de pueblo, iba a ser magistrado de la Corte Suprema de Justicia.

Ayer, martes 5 de noviembre, cuando ya habían apagado las lámparas de las mesas de noche, le dijo a su esposa «yo sé que

mañana va a pasar algo malo». Y, presa del presentimiento, atado a la suerte de su mujer y de sus niños, le pidió a ella que lo llamara a las 11:30 a.m. para estar seguro de que nadie le había hecho nada malo a ninguno: los narcos eran el fin de un país digno, mucho más grande que el país de la guerra entre las élites y sus vengadores, entre los explotadores y sus explotados, en el que el trabajo valía mucho más que el dinero, pero su ostentoso apogeo también era la llegada de unas bandas sin vísceras y sin honores entrenadas para atacar porque sí, porque ya es hora de que otros sean los de la mala suerte. Su esposa Marina, la vecina que se había mudado con él para siempre, llamó a las 11:30 a.m. en punto. Ni más ni menos.

La auxiliar Lyda Mondol de Palacios, nacida en Cartago, Valle del Cauca, que es una estudiante tenaz de cuarto año de Derecho de la Universidad Libre a los cuarenta y cinco, la esposa solidaria de un magistrado de la Sala Penal del Tribunal de Bogotá y la madre imaginativa de cuatro hijas que suelen mirarla como a una superheroína porque apenas duerme y apenas come por pasársela a cargo de todos los lugares que pisaba —y a su paso los recién llegados se preguntan cómo diablos hace para andar tan sonriente por los corredores del Palacio—, estaba lista a contestarle la llamada a la amable señora de su jefe para reportarle la paz y reconocerle que la suerte seguía a favor de la oficina 409.

Y a esa hora estalló por primera vez el sótano del Palacio de Justicia y vino el rugido que llegó hasta el cuarto piso.

Y hasta la Sala Constitucional, en la esquina nororiental de la edificación, en la que están los magistrados Patiño Roselli, Gaona Cruz, Medellín Forero, Medina Moyano y Correal Morillo discutiendo la maldita extradición que los tenía amenazados de muerte desde los

cuatro puntos cardinales del país. Andan allí desde las 9:30 a.m. Son un óleo de hombres dignos. Ya hicieron la lista de todos los procesos en debate. Gaona Cruz ha estado pronunciando «el relato histórico pormenorizado de las jurisprudencias de la Corte Suprema en relación con tratados públicos desde 1914 hasta la última sentencia proferida con ponencia del magistrado Medellín», y trata de seguir cuando escucha los disparos, y apenas se pregunta, con las cejas, de dónde vendrán, hasta que es claro que no es un atraco, sino un combate de esta guerra.

—Es aquí —dice el secretario Correal—: nos están atacando.

Se miran. No saben bien qué hacer. Se tiran al suelo porque el señor presidente de la sala, Patiño Roselli, les dice «ojo, ojo». Pronto notan que los guardaespaldas están disparándoles a los asaltantes. Y, mientras los vigilantes son asesinados en la puerta del sótano, y los guerrilleros tratan de tomarse las escaleras, y los porteros hacen lo que pueden para salir de allí, y el reportero graba los «¡viva Colombia!» que no vienen al caso, y el administrador es fusilado por la espalda junto a la estatua del prócer del siglo pasado, y el tipo que fue expulsado del ejército salva a las niñas del jeep rojo, y el soldado ensangrentado se ve forzado a subirse a la camilla, ellos se dispersan y se esconden en sus oficinas, y apagan las luces y cierran con seguro porque sólo pasa lo que uno ve.

Vemos, en un trávelin ominoso, en sol menor, cómo se van escondiendo uno por uno en cuerpo y alma.

Y escuchamos, de sur a norte, de la Sala Penal a la Sala Laboral, las taquicardias, las plegarias, las conjeturas de los magistrados: «De aquí no salimos tan fácil», se dicen entre los latidos que llevan el ritmo del delirio, «qué desastre», «qué tragedia», «qué fracaso».

Se agachan o se encogen o se acurrucan o se encorvan o se arrodillan entre los muebles de sus oficinas: Calderón Botero en la 402; Reyes Echandía en la 405; Serrano Abadía en la 406; Velásquez Gaviria en la 407; Medellín Forero en la 410; Patiño Roselli en la 411; Medina Moyano en la 412; González Franco, con el auxiliar Echeverry Correa y la secretaria Concha Arboleda, en la 414; Gnecco Correa, con su secretario Cortés Nomelin, en la 415; Camacho Rodríguez, con su secretaria Bermúdez de Sánchez, en la 419.

Ni Baquero Borda está en la 401, ni Fiorillo Porras está en la 403, ni Aldana Rozo está en la 404, ni Gómez Velásquez está en la 408, ni Uribe Restrepo está en la 416, ni Daza Álvarez está en la 417, ni Hernández Sáenz está en la 418 —«gracias a Dios», dice la asistente Piñeres de Soto, pero se queda pensando si podrá decirse en este caso— porque sus líneas de la vida en las palmas de sus manos son largas y marcadas.

Pero sí hay por ahí, escondidos detrás de cualquier silla de cuero de la orilla oriental del Palacio y repitiéndose «no puede ser» a pesar de los vaticinios y de las advertencias, un montón de custodios de nuestra justicia: los magistrados auxiliares Sandoval Huertas y Andrade Andrade están de acuerdo en que esas tienen que ser las armas y las proclamas del M-19, y las siete asistentes de Secretaría con los nombres y los apellidos que las contienen, María Janeth Rozo Rojas, Isabel Méndez de Herrera, María Teresa Muñoz de Jiménez, María Cristina Herrera Obando, Beatriz Moscoso de Cediel, Libia Rincón Mora y Nurys Piñeres de Soto, poco a poco van entendiendo que su trabajo de esa hora —se miran a los ojos y se quitan las miradas— es sobrevivir.

Seguimos con una cadena de imágenes de pequeños detalles de la pesadilla.

Porque es fundamental tenerlo enfrente hasta que nos ensucie los pulmones, porque no hay compasión si se ve de lejos a los otros, viene una serie de primerísimos primeros planos del miedo:

Las temblorosas puertas de vidrio de los despachos. Las rodillas raspadas de una asistente que se ha escondido debajo de un escritorio. Las radios sintonizadas en la noticia de que todos allí están cerca de la muerte. Las sienes sudorosas de un guardaespaldas que se acaba de dar la bendición: «Padre, Hijo y Espíritu Santo», oímos en el fondo del fondo. Los dedos de un magistrado que lleva el ritmo de la incertidumbre en el piso del despacho. Los códigos de la ley abiertos sobre la mesita redonda de madera en la que a veces se sientan a discutir. Las huellas de los vasos de agua. Las tazas de café frío. Los ceniceros llenos de colillas. Las fotografías enmarcadas de las familias. Una reproducción del Bolívar de Garay que parece un héroe romántico e impasible.

Son las 12:02 p.m. cuando los disparos, que están en todas partes y rompen todas las ventanas, se detienen como si se hubiera cansado el temporal. El magistrado Gaona Cruz amarra su pañuelo blanco a uno de los paraguas del paragüero: lo van a matar los unos o los otros —«Tienen que superar la tristeza sin flaquezas ni dudas», les dijo a sus hijos el domingo en el campito del colegio en donde pasaba los recreos—, pero corre el pequeño perchero de palo hasta la puerta de su despacho pues se niega a ser asesinado sólo porque iba a ser asesinado como si todo esto fuera una puesta en escena de un libreto perverso, y poco más. Todos lo miran. Él está a punto de

tomar una decisión, sí, va a salir, y se ajusta un poco la corbata y empieza a levantarse.

—¡Salgan con las manos sobre la cabeza! —gritan, una encima de la otra, dos voces desesperadas—: ¡de uno en uno y con las piernas abiertas!

Gaona Cruz se pone de pie, pegado a la puerta de su oficina, con el valor de un juez muerto. De lejos, en un plano general desde la orilla opuesta de la fortaleza, parece temiéndole al vacío —al abismo que siente uno cuando va por esos pasillos— porque camina sin separarse demasiado de la pared. Observado por un par de figuras sentadas en el piso, «cuidado, doctor, cuidado», poco a poco va llegando a los ascensores. Ojalá alguien les cuente a sus hijos esto que está pasando ahora. Ojalá les digan que se acomodó el blazer y les plantó cara a los asesinos, y nunca, nunca, nunca, se plegó a la violencia. Se asoma un poco más porque alguien tiene que hacerlo. Y entonces da un pequeño paso a cualquier parte porque otro grito lo toma por sorpresa.

—¡Salgan de uno en uno que nosotros les respetamos la vida! —grita un agónico jefe desde allá abajo.

Gaona Cruz recobra algo de la respiración perdida, ay, Dios, porque por fin alguien está poniendo la cara por esa balacera. Es justo caer en obviedades: mejor un grito que un tiro.

—¡Salgan que yo estoy bien! —le dice a la fila de despachos, y se asombra y se teme a sí mismo—: hagamos lo que dicen.

Ve venir al secretario Correal Morillo, tan leal, tan confiable. Ve venir al citador Correa Tamayo, tan alerta, tan nuevo, porque este apenas es su cuarto día en esas Cortes. Y los tres asienten, y pasan de las miradas encogidas a las miradas a los ojos, porque los tres

caen en cuenta de que están en manos del M-19: «Es gente del Eme», les dice Gaona Cruz como diciéndoles «al menos no son los sicarios de los narcos». Y es en ese momento desquiciado del mediodía, 12:07 p.m., entre las astillas y las polvaredas, que se encuentran cara a cara con las tropas embravecidas del comandante Otero. Mejor esa cara que un grito. Mejor esa mirada trágica que la incertidumbre. Se están acercando un par de guerrilleros de primera línea, el jefe "Pacho" y "Carlitos", pero Gaona prefiere ver a Otero.

Qué tal esa quijada suprema, saltona, de caballero parodiado. Qué tal esa tristeza de prócer sin nación a la vista.

Nadie está tranquilo allí. No es posible respirar hondo porque el aire no alcanza para todos. Y, sin embargo, da algo de alivio pasar de las conjeturas a la realidad.

—¿Quiénes más están en las oficinas de este piso? —les pregunta el comandante Otero—: ¿hay más magistrados por acá?

Esta mierda es un fracaso. Esta operación salió mal desde el primer minuto. En julio, cuando empezó a pensarse la toma paso a paso, tuvo claro que necesitaba sesenta y cinco hombres. Pronto fue claro que iban a apostarse las vidas porque el dinero sólo les alcanzaba para cuarenta y uno. Pero ni siquiera son cuarenta y uno, sino apenas treinta y cinco, porque los seis combatientes de "Lázaro" no pudieron entrar. Y bueno: tampoco hay treinta y cinco, sino treinta en las huestes, hasta donde él sabe, porque les mataron tres y les hirieron dos apenas entraron por el sótano. Hay que seguir, sea como sea, porque esta historia ya está escrita. Somos una mueca en el mural de la historia, piensa, somos una silueta que echa adelante una trama que nadie tiene en sus manos.

—Hay más, sí, hay varios —acepta la cara monolítica del magistrado Gaona Cruz.

—Díganles que salgan —ordena el comandante Otero—: repítanles que ustedes están bien.

—¡Vengan que acá no hay peligro! —grita el citador Correa Tamayo, como forzando un equilibrio que ya no va a haber, mientras lo requisan y lo sientan junto a los ascensores.

Ve a un guerrillero borroso y herido a unos pasos de allí: «Ay, me duele, Dios, me está doliendo», gime.

Nota que tanto Gaona Cruz como Otero están mirando a una fila de personas cubiertas de polvo y de viruta a las que no reconocen del todo. Los dos guerrilleros, "Pacho" y "Carlitos", dan vueltas alrededor de cualquiera porque ya han entendido que esto dejó de ser una toma mítica —¡otro jaque mate del M-19!— para convertirse en una carrera contra el tiempo. El jefe "Pacho", un caleño febril de veintisiete años que se llama Ariel Sánchez, suele sufrir por los demás y tiende a refugiarse de sus altibajos en los cines: hace diez años se enganchó a las películas de desastres, a *Aeropuerto, Terremoto* e *Infierno en la torre*, porque le gustaba que las catástrofes pasaran afuera. Ya no. Ya sólo dan dramas de parejas tristes. Y entonces es mucho mejor la vida real: esto es mejor.

"Pacho", que firma la proclama de la operación, da la vida por la causa, claro, "Pacho" suele adorar a los que le tocan en suerte porque en vez de tratar de entenderse a sí mismo se aferra y se cose a los demás, pero es por eso, porque da todo, que no cree en grises ni en segundas oportunidades. Se la pasa repitiendo «todo o nada», «ahora o nunca». Y si le sacan la piedra, si se da cuenta de

que alguien está creyéndolo estúpido, reacciona con la ira del Dios del Antiguo Testamento.

El tenso "Carlitos", cuyo cadáver será plenamente identificado cuarenta años después —y será por fin, de nuevo, el solidario e ingenioso Fabio Becerra—, cierra los ojos con la ilusión de detener lo que viene, pero "Pacho", cegado por la furia, ametralla las puertas de las oficinas «para que salgan esos hijueputas de una vez».

—¡No disparen hacia allá! —les ruega el secretario Correal Morillo —: eso está repleto de funcionarios.

—Y también está lleno de guardaespaldas que tiran a matar — explica "Pacho" poseído por su mal.

Nadie le contesta. Todos están pensando respuestas, pero ninguno es capaz de encontrarles los predicados a los sujetos. Sería verosímil que el jefe "Pacho" acusara a los escoltas de dispararle al pueblo y que Correal Morillo le respondiera entre dientes «todo el mundo es el pueblo, muchacho», pero los testimonios de los vivos y los muertos coinciden en que vino una corriente de silencio. Y entonces vemos, porque así pasó, la lenta, temerosa aparición de abogados asistentes, magistrados, secretarias, auxiliares, escribientes, aseadoras, visitantes junto a los ascensores del cuarto piso. Traen las manos arriba. Balbucean ruegos y susurran reclamos porque qué clase de diálogo se puede dar a esas alturas.

Tratan de salir con vida de ese laberinto imprevisto. Todo lo demás les da igual.

El despacho del general Miguel Vega Uribe, nuestro ministro de Defensa, es una encerada caja de madera. La luz del día debería

iluminar ese lugar lleno de condecoraciones y de brillos, pero ha tenido que pedir que le enciendan las lámparas porque la ventana empezó a oscurecérsele desde temprano. El bogotano Vega Uribe, de cincuenta y cuatro años, suele redoblarse a sí mismo cuando lo ronda la amargura. Desde niño ha tenido a raya las emociones, claro, vive exasperado con los que les dan demasiadas vueltas a las cosas. Salta al vacío cuando toca porque toca. Es brusco e impulsivo a morir, temerario en el mejor de los casos, pues nunca deja de sentir que tiene a Dios de su parte: siempre ha sido tan leal a su causa —a su Ejército— que su talón de Aquiles es el rencor que le hace sentir cualquier traición.

Tiene el pelo gris pegado al cráneo. Nada se le sale de las manos, pero esta llamada ensordecedora sí le molesta, sí lo perturba.

—El M-19 acaba de tomarse el Palacio de Justicia —dice, entre los primeros disparos, una voz que se niega a identificarse.

Y es lo que faltaba. Que todos los rumores y todas las amenazas de estas semanas, tan inverosímiles, terminaran siendo el día de hoy. El miércoles 16 de octubre, que vemos brevemente, de paso, como una sarta de imágenes, estaba en su oficina en pleno Acuerdo de Comandantes —en plena estrategia, con su gente, para combatir a los grupos armados— cuando el general Samudio le entregó un anónimo que acababa de llegar a las agencias de seguridad: «El M-19 planea tomarse el edificio de la Corte Suprema de Justicia el jueves 17 de octubre cuando los veinticuatro magistrados estén reunidos, tomándolos como rehenes al estilo Embajada de Santo Domingo», escuchamos, en off, mientras Vega lee. «Habrá fuertes exigencias sobre el Tratado de Extradición».

Hizo lo debido. «Póngame servicio de seguridad en el Palacio de Justicia de forma inmediata», ordenó: veinte agentes de pie con sus fusiles Galil, aviso a todas las unidades de las fuerzas de seguridad del Estado, medidas extremadas e inexorables a fin de evitar sorpresas, alertas a las tropas de la Décima Tercera Brigada en busca de reacción inmediata en el caso de que viniera el asalto subversivo en cualquier fecha. Cierta prensa filtró, sucia, la noticia: *El Siglo* habló, por ejemplo, de planos incautados que jamás se incautaron. Cierta gente insistió en que las estrategias de vigilancia tenían que ver más con la visita del presidente francés Mitterrand que con la vida de los magistrados. Pero las medidas se mantuvieron a pesar de las quejas por las incomodidades.

—¡Dispáreme si quiere, pero yo voy a entrar porque voy a entrar! —gritó el consejero Valencia Arango cuando le pidieron la cédula como si fuera un colado.

Era la claudicación: ¿cómo diablos podía ser que esos soldados con cascos y fusiles estuvieran obligados a custodiar una eminente corte de civiles que daban la vida por la justicia y eran conscientes de su servicio al país? Era el fin.

Tanto el presidente del Consejo de Estado Betancur Jaramillo como el presidente de la Corte Suprema Reyes Echandía estuvieron de acuerdo con la vigilancia incómoda e indigna, en el nombre de sus salas plenas, porque eran gajes de un oficio de vida o muerte: «Toca», dijeron, de hombros encogidos, los principales jueces de la república. Quizás los dos presidentes pidieron pensar en guardias más discretos, en modos menos brutales de protección, pero a los dos les tomó por sorpresa que los veinte soldados desaparecieran de la faz de la Tierra el viernes 1º de noviembre. El general Vega Uribe,

que odia las conjeturas y los rodeos, asumió la decisión porque los oficiales encargados de la protección del Palacio de Justicia —Pedro Antonio Herrera Miranda y Javier Arbeláez Muñoz— juraron que estaban respetando la voluntad de los jueces.

—¿Qué podemos hacer?: los magistrados no conciben que puedan existir mentes enfermizas que atenten contra el más alto de los tribunales —le dijo el general a su presidente de la república de inmediato.

Corte a la cara atenta del escritor Ramón Jimeno, al otro lado de una mesa de madera, contándome cuarenta años después de la toma lo que ha estado contando en su libro extraordinario *Noche de lobos*: que el presidente de la Corte Suprema de ninguna manera les pidió a los tenientes coroneles Herrera Miranda y Arbeláez Muñoz que quitaran la vigilancia, no sólo porque era consciente de que se necesitaba, sino porque no estuvo en Bogotá ni el jueves 31 de octubre ni el viernes 1º de noviembre en los que supuestamente se llevó a cabo una reunión con ellos —y volvió el sábado 2, y el lunes 4 nadie fue al Palacio porque era el lunes festivo de Todos los Santos —, pero los informes de Herrera y de Arbeláez se la juegan toda por la versión de que la desprotección fue una petición del mismo Reyes Echandía, que rogó en vano el cese al fuego en medio de la pesadilla.

Volvemos, por lo pronto, a la cara surcada del general Vega Uribe: en pocos meses, el Tribunal Especial que investigará, a petición del presidente Betancur, los equívocos espeluznantes de la toma, concluirá que los oficiales Herrera y Arbeláez retorcieron la verdad en sus reportes, pero él, el general, «estuvo mal e insuficientemente informado por quienes le hicieron saber que las medidas de

protección del Palacio de Justicia habían sido canceladas por solicitud del presidente de la Corte». O sea que allí en su escritorio, con la mano aún en el teléfono verde Western Electric, está pensando en que no han debido hacerles caso a los magistrados: «Viven en la nebulosa». Y, sin embargo, la ira que está tomándosele el cuerpo es ira contra esos bandidos.

Se levanta de una vez. Tapa con una carpeta de cartón la edición de la revista *Semana* que tiene sobre el escritorio, la edición del 21 de enero de este 1985, para no verse a sí mismo en aquella portada temible e imponente: «La metamorfosis de Vega Uribe», se lee sobre una fotografía suya con la casaca azul para las galas. Y tiene cierta lógica: luego de ser el comandante de la Brigada de Institutos Militares en los tiempos del Estatuto de Seguridad, luego de conducir personalmente los interrogatorios en las Cuevas de Sacromonte o en las caballerizas de Usaquén que se veían desde una ventana del apartamento en el que vivíamos, luego de usar las técnicas de tiempos de guerra para «debilitar un poco al interrogado» —y de encarar él mismo a las cabezas del M-19: a Ospina y a Fayad—, el general no sólo aceptó el Ministerio de Defensa, sino que lo llamaran «el ministro de la paz».

Estaba resignado y listo a serlo. Estaba viéndoles la gloria a las treguas. Estaba «pasando la página», como dicen los vendedores de humo, de ese pulso con aquellos desalmados capaces de robarse las armas sagradas de la patria. Pero esto que está pasando es una traición de aquellas: «Son unos Judas», piensa.

Y si ahora mismo podemos explorar la anatomía de su ira, y ver cómo le va aumentando la frecuencia cardiaca, y cómo se le van tensando la cara y el cuello y los hombros, y cómo va apretando la

mandíbula y los puños, y cómo va enrojeciéndose y perdiendo la capacidad de respirar hondo, es porque lo peor que puede pasarle es descubrir que lo han estado engañando. Sale a la sala de espera de su despacho a encontrarse con su yerno. Su yerno es el teniente coronel Alfonso Plazas Vega, el comandante de la Escuela de Caballería que nació hace cuarenta y un años en Sogamoso, Boyacá, en una familia consagrada al ejército. Está allí, afuera del despacho, porque tienen una cita. Pero es mejor decir «tenían» porque él también anda enterándose de lo que está sucediendo.

—¿Quién era? —le pregunta el flaquísimo coronel Plazas Vega a doña Gladis Ballén, la recepcionista, que está transfigurada y descolorida como una pintura del siglo XIX.

—No dijo, pero dice que el M-19 acaba de tomarse el Palacio de Justicia —suelta antes de replegarse y volcarse a jadear.

Vega Uribe cruza un par de frases coléricas pero sin exclamaciones con Plazas Vega, «hay que recuperar esa vaina ya mismo porque después es imposible», como si estuvieran los dos en la sala de la casa, «después es inexpugnable». No pierden el tiempo. El teniente coronel Plazas, que ya ha aprendido a lidiar los tragos amargos porque ya ha aprendido que «la vida es así», que no se puede ir por el mundo esperando justicia, que su fuerte es ser irreductible e incondicional de puertas para adentro y de puertas para afuera, pero que de tanto en tanto se lo traga vivo el rencor —y, sin embargo, confía plenamente en que la vida ajusta cuentas en nombre de uno —, toma el teléfono Siemens de la recepcionista para llamar a su superior. Marca el número. Se pasa la mano por el bigote. Y pronto escucha la voz suave, pausada, del general Arias Cabrales.

El general Arias Cabrales, un hombre de pelo negro, gafas cuadradas y sonrisa hacia abajo, nacido en Lourdes, Norte de Santander, hace cuarenta y nueve años, no es más ni es menos que el comandante de la Brigada XIII.

Sabe de memoria que vive en un país violento. Su familia sobrevivió por poco, muy poco, a los despojos de la época de la Violencia. Desde que entró a la escuela militar empezó a recibir noticias de que sus superiores habían sido asesinados en el Magdalena Medio o en los Llanos. Recorrió la geografía del país, tan difícil de imaginar en los libros, desde Sumapaz hasta Córdoba. Fue testigo de la renovación del ejército. Fue testigo del margen de maniobra que el Estatuto de Seguridad del presidente Turbay les dio a las fuerzas militares: de, por ejemplo, los consejos de guerra en los que podían someter a los subversivos del ELN, de las Farc, del M-19. Y vio cómo las guerrillas se reorganizaron apenas el presidente Betancur llegó a la Casa de Nariño a proponerles la paz.

Hay que decir también que el general Arias Cabrales volvió apenas ayer, martes 4 de noviembre, a su despacho. A principios de octubre, cruzó el mapamundi para visitar el Batallón Colombia número tres en la base de El Gorah, en el Sinaí, en Egipto. Estuvo allí diez días. Y luego tomó las vacaciones que le debían, veinte días más, para hacer un recorrido por Europa con el hijo que andaba viviendo fuera del país. Lleva unas cuantas horas nomás de regreso en Bogotá. Está costándole retomar la rutina demandante de su Brigada XIII. Está pensando en su pueblo, Lourdes, que se llama así porque la Virgen de los Milagros se le apareció a una muchacha de la vereda Volcanes en la tabla que usaba para picar la hoja de tabaco. Sintió

esa paz y ese silencio en su viaje. Pero volver ha sido volver a una avalancha diaria.

Y la voz bigotuda y esquelética del coronel Plazas Vega lo pone al tanto de lo que está pasando en el Palacio de Justicia: «Hay disparos adentro y afuera», le dice.

Salto al general Arias Cabrales a los ochenta y tres años, con la piel tensa y el pelo como una nube, respondiéndole una serie de preguntas a un periodista benigno de apellido Nova. Está condenado a treinta y cinco años de cárcel, recluido en su casa en el mismo Cantón Norte de Bogotá, el del robo de las armas, en donde fueron torturados tantos amigos de esta familia, por las desapariciones de la retoma del Palacio de Justicia: «¡Julieta no está muerta!», grita Lucía, en *La Siempreviva*, con el alma fuera del cuerpo, «¡Julieta nunca ha estado muerta!». Se ve despejado. Su voz es mansa. Pero quiere dejar en claro que el holocausto que estamos viendo —este miércoles 6 de noviembre de 1985 al mediodía— hubiera podido evitarse si el gobierno de Betancur no hubiera amnistiado al M-19.

—Ya estaban en las cárceles tanto los dirigentes como los mandos medios —recuerda el general de ochenta y tres años—, pero, apenas el presidente les concedió la amnistía, se dedicaron no sólo a rearmarse, sino a montarle un juicio público.

—Véngase ya para su base —le ordena el general de cuarenta y nueve años al coronel Plazas y se refiere a la Escuela de Caballería que ha sido testigo de esa guerra absurda e innecesaria contra los mosquitos del M-19.

El general Arias Cabrales tiene clara la historia de su Brigada XIII. Que empezó en el gobierno liberal del presidente Olaya Herrera para lidiar con conflictos tan empobrecedores como el conflicto con los

peruanos por Leticia. Que se comenzó a construir desde 1932 en el municipio de Usaquén en los terrenos de una hacienda, la Hacienda Santa Ana, que era del escritor Rueda Vargas. Que desde el principio tiene a cargo la seguridad de la capital del país. Que su tradición es cumplir como sea, sin mirar atrás y sin reversa, el manual de reacción de la fuerza pública. Y, en medio del desfase horario, es consciente de que el ejército en pleno tiene que estar a la altura de las circunstancias. No habla nada de eso. No discursea, ni divaga ni lanza gritos de guerra.

Prefiere tomarse un café renegrido que lo despeje, no obstante, porque este no es el terreno del orgullo, ni del drama, sino el momento de la estrategia.

Su mente es el ojo del huracán. Escucha adentro y afuera los latidos de su corazón. Pero entonces se rodea de su gente. Y altivo, y observador a morir, y perfeccionista, dedica la siguiente media hora a pensarse el plan por seguir.

Se trata de relevar cuanto antes a los vigilantes, a los guardaespaldas y a los policías que han estado defendiéndose de los disparos de los guerrilleros.

Primero, de una vez, el Batallón Guardia Presidencial irá a respaldarlos. Luego el Batallón de Policía Militar aislará el área de La Candelaria, con sus recovecos y sus torres letales, para proteger las edificaciones gubernamentales. La Escuela de Artillería socorrerá entonces el costado suroriental de la Plaza de Bolívar, o sea el paso del colegio de San Bartolomé al Capitolio, porque cualquier sorpresa puede venírseles encima. El Escuadrón Rincón Quiñones se parará en la carrera 8ª, de los bancos en adelante, para cercar a los encapuchados. Y al mismo tiempo, pase lo que pase, el Escuadrón

de Caballería recobrará la Plaza de Bolívar: «Y esto empieza ya», les dice. Y llama al general Samudio, el comandante del Ejército, a ponerlo al tanto de la operación.

El general Samudio, que ha estado en una reunión de presupuestos en su oficina del Centro Administrativo Nacional, acaba de enterarse de todo lo que está pasando.

—Perdone que lo interrumpa, general, una gente del M-19 se acaba de tomar el Palacio de Justicia —le susurra el entrecortado cabo Peláez.

—No joda, hermano, no puede ser —contesta Samudio—, ¡pero si yo vengo de allá!

De inmediato piensa que, «por la suerte», «por la pura suerte», acaba de salvarse de ser secuestrado por los mismos perturbadores del orden que trataron de matarlo el otro día. Da gracias a Dios por haberle metido en la cabeza que fuera en puntillas por el Palacio de Justicia. Recuerda al vigilante que miraba a los ojos: «Por aquí, mi general, derecho al fondo». Recuerda al abogado fruncido con el que se cruzó un par de miradas —es Alfonso Jacquin: volvemos a verlo entregando la cédula, merodeando los cuatro pisos de la fortaleza, llamando a la casa del barrio Calvo Sur a decir «todo está limpio»— luego de recibir esa notificación en la Sección Tercera del Consejo de Estado. Va a decir «yo sí vi gente rara», pero entonces le entra la llamada del general Arias Cabrales.

El comandante de la Brigada XIII le explica, paso por paso por paso, lo que se va a hacer.

—¡Autorizado! —contesta exaltado, en voz de guerra, el general Samudio Molina—: ¡hágalo de una vez!

Se pone de pie como un hombre mucho más joven entre las frases sueltas de todos los que acaban de enterarse. Pone las manos sobre el escritorio como si estuviera contemplando el plano de una batalla que está en marcha. Pide que le llamen al general Moreno Guerrero, un piloto bogotano de cincuenta y cuatro años con aires de patriarca, comandante general de las fuerzas militares de Colombia, que se levanta todos los días con la obsesión de desterrar a «aquellos malos hijos que le están dando una imagen negativa a la institución». Pide que le llamen al ministro de Defensa. Y bajo la mirada impávida, de maniquíes, de sus subalternos con vocación de figurantes, les explica a sus superiores el plan punto por punto por punto.

Vemos cómo va sucediendo todo lo que el general Samudio les va diciendo que va a suceder: cerca de dos mil tropas de once batallones y dos unidades de la policía militar se dirigen a los puestos de batalla; todas las siglas de todas las fuerzas de contrainteligencia e inteligencia, el B2, el F2, el Goes, el Copes, la Dijín, la Sijín, el DAS, salen de sus cuevas secretas a poner en su lugar a sediciosos e insurrectos; el Museo de la Casa del Florero, la casa de la esquina que ha estado allí desde que existe Bogotá, es convertido en un cuartel de operaciones para quitarle el edificio sagrado a la guerrilla; el plan, sepultar en las catacumbas de la justicia a los insensatos del M-19 con un arsenal de explosivos, está en marcha veinte minutos después del mediodía; los soldados del ejército se toman las construcciones que rodean el Palacio, del Capitolio al Edificio Liévano, para disparar sus ametralladoras desde todas las ventanas rotas y por romper; los francotiradores conquistan la torre del reloj de la Catedral para que no se les escape

ni un solo enemigo en ningún punto cardinal; una procesión de dieciocho tanques y seis carros blindados, encabezados por el coronel Plazas Vega, avanza en fila india a setenta kilómetros por hora por la vieja carrera 7ª que ha sido el río que atraviesa la ciudad: Miguel Torres, el dramaturgo, se cruza el cortejo porque trata de llegar a su apartamento en el barrio La Macarena, y apenas entra se entera, por la temblorosa radio, de lo que está sucediendo en esta jornada sin piedad.

Escuchamos su propia voz, tomada de nuestra conversación de hace veinte años, mientras somos testigos de la llegada de los transportes blindados a la Plaza de Bolívar: «Al día siguiente, cuando sólo quedó "sangre y cenizas", como dice un personaje de *La Siempreviva*, me prometí que algún día haría algo sobre la tragedia del Palacio de Justicia», me recuerda la voz apenada de Torres.

Siguen ahora las imágenes breves de todos los ruidos de la guerra: las descargas de artillería, las ventanas rotas, las sirenas de las ambulancias, los frenazos, los gritos, las sílabas sueltas, las polvaredas, los fuegos, los traqueteos, los lamentos, las sacudidas, los choques, las puertas tumbadas, los campanarios, los radioteléfonos, los escuadrones motorizados, los golpazos, los aullidos, los madrazos, los resbalones, los crujidos, los estrépitos, las zozobras, las gotas en los pequeños charcos, los rasguidos del aire, los estremecimientos, los retumbos, las ondas, los disparos perdidos, las heridas, los rumores, los estallidos, los dolores, los estertores, los chirridos, las agonías, las hélices del helicóptero, las tracciones, los latidos.

Ya están las fuerzas del orden, que son cientos de muchachos de mandíbulas apretadas y planes para los días que les den permisos,

en control de las ventanas estratégicas de la plaza.

Hay un soldado ahogado por sus palpitaciones, listo a cumplir la orden de soltar sus ráfagas sobre cualquier sedicioso que esté jugando a emboscado, en cada una de las terrazas de la carrera 8ª: «Hay que matarlos a todos», han dicho mi coronel y mi capitán y mi teniente. No hay vuelta atrás. No hay marcha atrás. Ya qué. Esto se acaba porque se acaba de una vez. Pasan enfrente de nosotros, en un plano general que nos atrae, que nos capta, los vehículos blindados que comanda el coronel Plazas. Contamos uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, que pasan de largo. Los cajeros de los bancos y los sastres de Valher los aplauden como se aplaude a los soldados que resuelven una guerra, pero también lanzan vivas con temor porque esta guerra se resiste, como una plaga que muta, a acabarse.

Hay dieciocho tanques Cascavel —parodias de los M8 Greyhound que se inventó la Ford Motor Company para la Segunda Guerra Mundial, y que el ejército compró hace dos años— en busca del punto ciego de la plaza.

Hay seis vehículos brasileros Urutu, que parecen reptiles sin cabeza y se llaman así porque «urutu» es un tipo de serpiente en portugués, decididos a remontar el camino hacia la entrada del parqueadero del Palacio de Justicia.

El capitán Solano Jiménez, Jairo, a bordo de la unidad Urutu A-1 que está cruzando la Plaza de Bolívar, recibe por la radio la orden de entrar de una vez por la deshonrada puerta del sótano por la que entraron los guerrilleros hace cincuenta minutos nomás. El puntual Solano Jiménez, cucuteño de veinticuatro años, que desde muy niño se sintió obligado a ser útil y extraña los cujíes de la infancia, se

saca de adentro los miedos que puede sacarse porque los miedos no son hechos, sino pesadillas; no son relámpagos, sino apagones: se espanta los vaticinios de la batalla —imagina tiros en el pecho, por ejemplo, imagina cuencas empapadas— porque están a punto de enfrentar a los mismos guerrilleros que mataron al teniente de la policía hace un momento.

Es imposible entrar a pie. Si uno quiere seguir viviendo porque está lejos de cumplir los treinta, y si la idea es entrar a echarlos a las malas, es imposible responderles las andanadas a esos encapuchados que están dispuestos a todo como si no tuvieran tripas.

El Urutu A-1 va a metérseles a ciegas al sótano, porque esa es la orden, y ese edificio no es de los asaltantes sino de los ciudadanos, consciente apenas de que encerrarse allí es despedirse de la consciencia, pero el capitán Solano se baja de repente, como un héroe que ya no se oye ni siquiera a sí mismo, cuando nota —«¡pare!, ¡pare!», manda— que en la puerta han puesto un par de bombas de alto poder, y las desactiva él mismo entre el fuego cruzado sin pensárselo una sola vez, y en segundos vuelve a subirse al monstruo blindado, y le grita «¡acelere!, ¡métale toda!, ¡a fondo!» al aventurado cabo González Álvarez, Rubén, que va conduciendo, y entonces descienden por el parqueadero y se dejan tragar por ese infierno.

Tiembla, salta, viene y va el Urutu A-1 porque les están disparando los diez guerrilleros que protegen el sótano atrincherados entre unos carros y unos sacos de arena.

Pero ellos también son diez uniformados, ocho soldados, el cabo y el capitán, echándole bala a lo que se mueva para que el Batallón

Guardia Presidencial pueda entrar a recuperar el primer piso del Palacio.

Son las 12:25 p.m. de ese miércoles 6 de noviembre cuando arrecian los estruendos. Y el sastre René Francisco Acuña Jiménez, que dejó en los almacenes Valher sus cosas personales y está pronunciando una plegaria incompleta, es empujado en una camilla con ruedas por un par de hombres armados. Viene bocabajo, entre los tanques y los encorbatados que tratan de cruzar la vía. Está herido. Si no sale de allí, va a morir. Va a morir. Su cadáver será identificado por su esposa en Medicina Legal al día siguiente, pero ciertos agentes borrosos le pondrán el nombre equivocado y lo acusarán de haber sido del M-19, y su cuerpo se perderá y se le negará en la cara a su madre —y ella tendrá que esperar a morir para encontrárselo en la muerte—, y será recobrado treinta años después junto a los restos de otras víctimas desaparecidas entre el holocausto. Pero por lo pronto viene en esa camilla sobresaltada, de afán en medio de los carros que se han quedado en las orillas, escoltado por esos dos agentes vestidos de peatones. Están allí porque andaban cerca. Y, como ahora van a la velocidad de la guerra civil, ¡tas!, ¡tas!, ¡tas!, como van dándole la espalda a la víctima que quieren salvar, trastabillan, tropiezan y vuelcan la litera.

El cuerpo del sastre se estrella contra el pavimiento, y gira una, dos, tres veces hasta chocar contra la oruga de uno de los tanques Cascavel que se han quedado en la retaguardia.

Y los tipos que venían rescatándolo, que ya no son un par, sino un trío de detectives que andaban por ahí cuando se desató la locura, se tumban en la vía a disparar.

Todo está perdido desde el principio, ¿no?, no hay que ser colombiano ni ser clarividente para dar por hecho que estamos poniendo en escena el horror. Hay gente dando órdenes adentro y afuera del Palacio de Justicia. Pero por el rabillo del ojo del sastre que muere, que es una mirada apagándose desde el suelo de asfalto, pasan y pasan y pasan siluetas que apuntan fusiles a siluetas, y la pregunta es quién decidió, si no fue su propia vocación a matar y matarse y dejar de joder, que tanta gente que pasaba por ahí se sumara a la refriega. Iba a ser una toma. Es, más bien, una batalla, pero es, también, una matanza: una cadena de ejecuciones y duelos y fusilamientos y masacres. El que pase por aquí contra el que se asome allá arriba: «¡Ojo ahí!».

Silenciamos, por un momento, el cuadro. Cientos de personas con anteojeras a punto de hacer una parada en el matadero. Cientos de cuerpos resignados a aniquilarse, a ajusticiarse los unos a los otros en un plano mudo. Ya qué. No hay manera de echar para atrás el triunfo de la muerte. Toca.

Pasamos, de modo abrupto, a otro silencio. Observamos rincón por rincón, objeto por objeto, como si no estuviéramos en guerra, la encerada antesala del Salón Amarillo de la Casa de Nariño. El óleo rojizo en el que el Libertador Simón Bolívar, en el centro de la imagen como un héroe de los románticos, les entrega una Constitución a su medida a los próceres ensimismados del Congreso de Angostura del lunes 15 de febrero de 1819. Vemos las pinturas de Santa María, de Obregón, de Grau y de Manzur en la pared que va a dar a la entrada. Vemos la monja de Botero, voluminosa pero

fruncida, que se ha vuelto parte de la identidad de esta presidencia. Vemos el arreglo de rosas blancas. Vemos el piano. Vemos el jarrón en el que el presidente le deja al ujier —él mismo me lo cuenta dos años después— los mensajes más secretos.

Notamos, extrañados, los bustos de mármol de Bolívar y de Santander envueltos en togas romanas.

Y los reflejos de los funcionarios y las sombras de luces en el piso de maderas cruzadas.

Entramos al Salón Amarillo, o sea al Salón de Credenciales, que ha recobrado su brillo en esos últimos años.

Quizás sea bueno saber que la Casa de Nariño, comprada en 1754 por 5.200 patacones nada más, fue en efecto la casa de ese hijo que pasó dieciséis años en la cárcel por traducirles e imprimirles los derechos del hombre a los tiranos españoles. Quizás venga al caso contar que nuestro verdadero prócer, Antonio Nariño, llamó al lugar naciente «Patria Boba» porque perdía el tiempo de toda su gente zanjándose, aniquilándose. Acaso sea útil contar que fue en la presidencia de Núñez, como tantas cosas, cuando se compró este palacio viejo y bello porque quedaba a unos pasos nomás del Capitolio; que fue la sede del Gobierno desde el lunes 20 de julio de 1908; que, luego de la decisión del dictador Rojas Pinilla de despachar desde el mismo Palacio de San Carlos en el que despachó Bolívar, estas últimas presidencias han estado de acuerdo en restaurar, remodelar y reinaugurar la Casa de Nariño para liderar el país desde esa belleza perdida y recobrada: pensándolo bien, tal vez sea clave escuchar todo esto, mientras recorremos el lugar desde la fachada de la carrera 7ª hasta el Salón Amarillo por la escalera de

honor, porque prueba que este país en declive suele perseguir un auge que terminó al puro principio.

Estamos en el Salón Amarillo, pues, frente a sus paredes ornamentadas, sus cortinas renacentistas, sus muebles esplendentes, sus alfombras tersas y sus candiles.

Va despacio esa mañana. Nadie en este lugar ha acusado recibo de que se ha desatado ya el día de la toma del Palacio de Justicia. Es, aún, un miércoles cualquiera.

El presidente de la república Belisario Betancur, de sesenta y dos años, de Amagá, Antioquia, está recibiendo las credenciales de los nuevos embajadores de Argelia, de México y de Uruguay. Se ve tranquilo. Se ve bien.

Betancur nació en El Morro de la Paila, en una familia populosa que ha sabido lidiar con la escasez, con las expectativas más altas de la casa. Creció enseñado por sí mismo a vivir en el vaivén de la nebulosa de idealista a la paciencia del estratega, y ha sido capaz de ignorar las críticas del reguero de malquerientes que suele dejar su obsesión por ser auténtico. Ha sido todo lo que puede ser un político nuestro de estos años: repitió tres veces quinto de primaria porque siempre le ha costado encajar, inagotable e inquieto, pero luego, de 1941 en adelante, fue abogado, anticomunista, seguidor del líder conservador Laureano Gómez en plena violencia bipartidista, diputado godo en Antioquia, representante laureanista a la Cámara, progresista, defensor de la reforma agraria, periodista antiliberal, perseguido por la dictadura, senador, ministro, decano de Derecho, candidato derrotado en las sospechosas elecciones presidenciales de 1970, embajador en España, aspirante vencido, por muy poco, en las votaciones de 1978, y presidente de esa paz —ese estado

original acá en la Tierra— que promete la versión colombiana de la Biblia.

El presidente Betancur, un viejo cándido, enamoradizo, que va de la soledad a la compañía con temeridad de equilibrista, está sonriendo mientras le escucha al embajador mexicano unas palabras de agradecimiento.

Corte a un video del jueves 30 de mayo de 2013, veintiocho años después de este tríptico de masacres, cuando me sorprendo a mí mismo contando la historia de los dos hermanos de mi mamá que fueron asesinados en el centro de Bogotá: Alfonso Romero Buj en el semáforo de la avenida Jiménez con la carrera 9ª y Lisandro Romero Barrios en la salida a tiros del Palacio de Justicia. Hablo con cierta candidez ante un auditorio de maestros, en un galpón del Teatro de las Bellas Artes, en el arranque de un seminario sobre la memoria. Tengo enfrente, en la primera fila del lugar, al expresidente Betancur: la fundación que él orienta desde hace años ha organizado el encuentro, y él asiente y asiente un poco más, conmovido de verdad, mientras yo voy contando los duelos de estas dos muertes, y al final aplaude con los ojos empequeñecidos como si se le hubiera revivido una tristeza.

No lo he visto sino unas pocas veces en mi vida —y no lo voy a ver más, porque el día en que me lo iba a volver a encontrar cara a cara resultó ser, según veo entre mis correos de 2016, el día del funeral de mi papá—, pero juro por mi Dios, y mi Dios no es un ardid ni es un as en la manga, sino apenas un Dios, que su reacción es sincera.

La verdad es que el par de veces que he tenido que hablarle, por cuestiones de estos libros que me publica la editorial de su

fundación, siempre ha sido amable y siempre ha escuchado como si de verdad le interesara. Y, mientras me ha estado hablando las pocas veces que me ha estado hablando, me ha pasado lo que suele pasarme en esos casos tan extraños: que no he tenido la cabeza ni el corazón para verlo como «el hombre que dejó avanzar a esa guerrilla» o «el hombre que dejó masacrar a esa guerrilla» o «el hombre que sobrevivió a un golpe de Estado el día de la toma» porque estoy completamente concentrado en que la conversación nos salga bien. Hay políticos que no miran a los ojos. Este señor sí lo hace.

Y es esa misma persona que ya lo ha visto todo, pausada e irónica, atenta e ingeniosa, fascinada e indignada con el mundo, el miércoles 6 de noviembre de 1985.

Ya ha recibido las credenciales del embajador de México, o sea los documentos que formalizan la tarea diplomática ante el jefe del Estado colombiano, cuando empiezan a escucharse los truenos de la guerra. Primero viene un estruendo con su eco: ¡pum! Sigue después una ráfaga como un martilleo para colgar algún horror. Y mientras Betancur cierra los ojos, brevemente, como preguntándole «y ahora qué» a un país que no descansa ni puede consigo mismo, se oye un tiroteo con cuentagotas a unos cien pasos de allí. «Es en la Plaza de Bolívar», dice el canciller Ramírez Ocampo, un bogotano metódico e intuitivo de cincuenta y un años que hasta hace un año era el alcalde de la ciudad, porque siente que todos están mirándolo a él.

Ramírez Ocampo ve, de lado, que una persona como un reflejo de un fantasma sale del salón a preguntar qué está pasando.

Y entonces, consciente de que ya son las 12:00 p.m. en su reloj, que suele ser preciso, decide continuar con la entrega de las credenciales del embajador de Uruguay.

Se tragan las palabras, todo un esfuerzo por seguir adelante a pesar de los balazos que se alejan y se acercan, porque el abnegado jefe de protocolo de la Cancillería entra como un actor que ha estado esperando en la trasescena para dar entre dientes la noticia de que el M-19 se acaba de tomar el Palacio de Justicia. Su nombre es Jaime Acevedo Sánchez. Cumple veinticinco años de hacer parte del cuerpo diplomático y se le nota apenas pone un pie en ese lugar. Se le ve también la discreción que lo empujó a su oficio. Hace lo que puede para que el titular de prensa, o sea «Guerrilla secuestra a las Cortes colombianas», no sea el fin de la historia. Pero entonces vuelve el embajador de México, licenciado Álvarez Lima, de cuarenta y tres años, de Tlaxcala, a contar que hay guerra allá afuera.

Ya habían salido de la Casa de Nariño, él y su esposa, cuando fue clarísimo que aquel no era el tiroteo de un asalto a un banco, sino la balacera de una matanza.

Volvieron entre soldados que se alistaban para lo que viniera. Fueron en contravía por los corredores de la presidencia mientras los militares reaccionaban por los radioteléfonos.

—Y entonces mejor nos quedamos aquí —resume, nervioso, Acevedo Sánchez.

Unos minutos después, el secretario general de la presidencia Víctor G. Ricardo camina a saltos hacia el despacho presidencial para confirmar lo que está pasando. Ricardo, un comprometido bogotano de treinta y cuatro años, hijo de un jurista sucreño que siempre ha estado sentado en algún alto cargo del Estado y de una política

conservadora, es un tipo prudente y sensato. Suele recordar que su madre terminó arrinconada con el presidente Ospina, en el desmadrado e incendiado mural del Bogotazo, en esta misma Casa de Nariño: la creíble Lucy Martínez interpretó a su mamá, la asistente Cecilia Piñeros, en la serie que se hizo hace poco sobre el 9 de abril. Y, como no deja de ser este hombre sereno, Ricardo asiente cuando se lo comentan. Y atiende al presidente sin perder el hilo y sin soltar las riendas de sí mismo: «Hay que saber muy bien qué está pasando», le escucha.

Hace llamar allí al general Caviedes Hoyos, el jefe de la Casa Militar que jamás se echa atrás, para pedirle que informe de lo que está pasando tanto a los ministros como a los mandos de las fuerzas armadas.

—Hay que tomar todas las medidas necesarias para restablecer el orden y para evitar el derramamiento de sangre —le aclara Betancur, curado de espantos.

Hacemos pausa en esa imagen temerosa, Betancur tomando las decisiones que puede, no sólo porque cree estar al mando de la situación, sino porque es demasiado tarde para dar órdenes militares que ya han sido dadas por otros: hay que enviar a los soldados del Batallón Guardia Presidencial de una vez —dice en control de sus nervios y con la mirada benévola por encima de las gafas— porque no puede ser que los agentes de la policía y los escoltas se queden solos en el combate. El presidente pide al secretario general que se comunique de inmediato con el ministro de Defensa. El presidente regresa al Salón Amarillo a recibir las credenciales del embajador de Uruguay. El secretario general va a su oficina a hacer las llamadas urgentes. Son las 12:10 p.m.

—Es un asalto del M-19 —le confirma el general Vega Uribe, ministro de Defensa, con una voz que no va a negociar—: el Ejército Nacional ya envió tropas suficientes para enfrentarlo.

El secretario general Ricardo, que dos décadas después, en una comida inesperada, nos defenderá los pasos del presidente Betancur en las jornadas de la toma, lidia como mejor puede con las noticias. El coronel Maza Márquez, jefe del DAS, les cuenta que la balacera arrecia, que los sótanos son un infierno a esa hora, que sus agentes encargados del orden público le han confirmado que los guerrilleros pretenden reducir a los magistrados a rehenes: «Eso no puede pasar». El general Vega Uribe les informa, en una segunda llamada, que están llegando los tanques a la Plaza de Bolívar. Y el presidente de la república, que regresa, alarmado, de la ceremonia de las credenciales, alcanza a pasar al teléfono —otro Siemens— a reconocer que hay que proceder.

—Tenemos acordonada la Plaza de Bolívar —le notifica el general Vega Uribe.

Resulta difícil pedirle más detalles sobre la operación. El general, vuelto un ministro reblandecido por los conatos de paz de este gobierno, estaba dispuesto a pasar la página, pero esto que está ocurriendo hoy no sólo es el regodeo en la traición y en la humillación, sino que es un atentado salvaje a los cimientos del país.

Este estrujón en el estómago, un vaivén de la perturbación a la furia, empezó aquel lunes 1º de enero de 1979. Estaba descansando: ¡descansando! Y a primera hora, cuando el año aún dudaba, le dieron la noticia definitiva de que el M-19 se había metido al Cantón Norte y se había robado 5.700 armas del ejército. El Cantón Norte era la sede de la Brigada de Institutos Militares. Él, el

brigadier general Vega Uribe, era el comandante de aquel grupo, de aquel lugar. O sea que a él y a nadie más se le habían robado todos esos fusiles, unos buenos, otros inservibles, en las narices. Hacía cuatro meses habían arrendado la casa de dos pisos por la que pasamos todos los días, Carolina y yo, cuando salimos a caminar para lidiarnos la edad: la casa blanca, de ventanales bogotanos, en la carrera 11B # 103-31. Se hicieron pasar por la familia de un banquero que tenía a los hijos estudiando en el Liceo Francés. Se ganaron a los vecinos del lugar a pesar de los martilleos entre la música a todo volumen: «Oye traicionera aunque yo me muera», cantaba, agónico, Pastor López, «donde yo me encuentre rogaré por tu alma». Y esos amigos que entraban y salían, y que les parecieron albañiles a las gentes de ese barrio cándido, poco a poco fueron haciendo el túnel de 80 metros de largo que pasó entre las dos garitas del muro —con sus dos soldados vigilantes— y llegó hasta una alcantarilla que los condujo al depósito de armas. Se las robaron. Se fueron sin más. Llamaron a los periodistas que pudieron a contarles la trama: «En la carrera 11B # 103-31 hay una buena noticia». Pintaron en las paredes del garaje de la casa una pequeña e irreverente declaración de principios: «El M-19 ha rescatado 5.700 armas para el pueblo», decía, «feliz año a todos los colombianos».

Era una afrenta a la Brigada: una humillación enfrente de un país que solía amar y temer a su ejército.

Y jamás dejará de sonar inverosímil, pero la humillación, un trauma que engendra traumas, se encuentra detrás de las guerras más desquiciadas, más apocalípticas que hayan desfigurado este mundo.

Ya habían puesto esas ingeniosas e irreverentes pautas, en la edición de *El Tiempo* del jueves 17 de enero de 1974, para presentársele al país de siempre: «Ya llega M19», decía en la primera plana en letras blancas sobre fondo negro, entre los avisos de Valher e Hilazas Acrílicas; «parásitos… gusanos? espere M19», leyó todo el mundo, porque todo el mundo leía ese periódico, bajo la altimetría de la quinta etapa de la Vuelta al Táchira; «decaimiento… falta de memoria? espere M19», apareció en la misma página en la que Mafalda notaba flaco al mundo, en clave de emulsión alimenticia, de remedio. Ya habían hecho, en fin, esa campaña de expectativa digna de cualquier producto para la clase media. Y luego habían robado, en la noche tan larga de ese jueves tan corto, la espada de Bolívar que estaba en una urna en la Quinta de Bolívar de Bogotá.

Ya se habían tomado el Concejo de Bogotá, el periódico *El Bogotano* y la casa de Jorge Eliécer Gaitán —el líder liberal asesinado el 9 de abril que vuelve y vuelve a esta historia—, como universitarios empeñados en hacer pilatunas simbólicas.

Pero eso de robarse 5.700 armas de la nación sí fue el beso de Judas. Declararon, en un boletín impreso en el mimeógrafo de «la cárcel del pueblo» que montaron en el barrio Lucerna del sector de Ciudad Kennedy, que lo hacían para parodiar la frase del entonces ministro de Defensa Camacho Leyva: «Todo ciudadano debe armarse como pueda», dijo en mayúsculas, tres meses antes, cuando mataron al exministro Pardo Buelvas. «…Y lo hicimos!!», celebraba el pasquín, «5.000 armas para el pueblo»: «Morteros, bazucas, carabinas, escopetas, ametralladoras, pistolas y revólveres», se leía en esas hojas. Que, como si no bastara,

veneraban un hallazgo demoledor: «Con inmensa alegría comunicamos al pueblo colombiano que entre las armas recuperadas se encuentra el fusil que fue del cura Camilo Torres, y que desde hoy, con la espada de Bolívar, acompañará nuestras luchas», decía el folleto.

El boletín cerraba con la más ridícula de las provocaciones: la operación había sido tan exitosa que la única baja había sido «un compañero muerto en absurdo accidente de tránsito» por los lados del tercer puente de la autopista.

Vino la furia. Vino el infierno desatado. El brigadier general Vega Uribe, comandante de la Brigada robada por la espalda, siguió de cerca una cacería sin treguas ni escrúpulos contra los subversivos del M-19: «Para que se acabara la vaina», se dijo. Ya había dejado de ser un juego toda esa pendejada. Ya no eran unos muchachos empeñados en hacer performances que había que agarrar a correazos, no, ya no eran unos niños pensándose modos de enfurecer la severidad de sus padres, sino unos guerrilleros traperos que había que sacar de sus madrigueras cuanto antes. El ejército se dedicó a recuperar las armas, 4.306 según su versión y miles de ellas averiadas, sin respiros y sin reversas. Allanó el país con ira. Sacó corriendo, a la desbandada, a todo aquel que tuviera algo que ver con «el Eme». Capturó a 135 sospechosos comprometidos con los hechos que —por ley y por orden del Consejo de Ministros se permiten los arrestos sin orden judicial— podían ser retenidos durante diez días. El miércoles 3 de enero de 1979 encontró la tal «cárcel del pueblo», el cruel socavón siete metros bajo tierra en donde el M-19 tuvo secuestrados y lacerados al sindicalista Mercado, al gerente Ferreira, al industrial Ribón y al directivo Escobar, en una

casa en obra negra y sin salida en la calle 38F # 71A-03 del barrio Lucerna de Bogotá. Para el martes 16, luego de allanamientos en los barrios Piamonte y Prado Pinzón, ya habían sido recuperadas más de 3.333 piezas: «Ejército recupera sus armas», se leía a ocho columnas en *El Tiempo* del día siguiente.

«Y nos quitaron las 5.700, y más», solía decir, risueño, el comandante del M-19 Jaime Bateman.

Y en salas de casas como la nuestra, temerosas de los uniformes, se dijo que también los capturaron, los interrogaron, los torturaron, los martirizaron, los encarcelaron y los pusieron a podrirse hasta que san Juan agachara el dedo.

Desde el puro principio, o sea desde los años cuarenta, la Brigada fue escenario de consejos verbales de guerra: su gente olía a leguas los intentos de golpe de Estado. La Brigada participó en la recuperación de la ciudad en el Bogotazo del 9 de abril de 1948; se sumó al lado conservador, azuloso, de la violencia bipartidista en el sur del Tolima; convirtió sus propiedades, establecidas en Usaquén durante la revolucionaria y contrarrevolucionaria década de los sesenta, en centro de interrogatorios animados por aquel Estatuto de Seguridad —aquel régimen puesto en marcha en septiembre de 1978 por el gobierno del liberal Turbay Ayala— que concedía a las fuerzas armadas facultades tanto para capturar como para juzgar civiles en consejos de guerra.

El brigadier general Vega Uribe, un cuerpo terco al que pueden temblarle las rodillas, pero que jamás va a tirar la toalla, estuvo a la cabeza de estos procedimientos desalmados de estado de sitio.

—Ante hechos que eran una afrenta, como el robo de armas del Cantón Norte, la institución se propuso la tarea de recuperarlas y se

hizo con creces, hasta poner a buen recaudo a 135 autores del hecho —dijo Vega Uribe a la revista *Semana* hace unos meses nomás—: ¡este Ejército es adorable!

Pero no sólo la revista de izquierda *Alternativa*, sino los medios liberales, *El Espectador*, *El Bogotano*, *El Tiempo*, tuvieron por esos días el coraje de hablar de un informe de Medicina Legal que documentaba los suplicios que se habían estado llevando a cabo en las caballerizas. Seis años después, tres meses antes de esta esperada e inesperada toma del Palacio de Justicia que estamos viendo, el Consejo de Estado emitió el fallo solemne y durísimo que señalaba —que señala— como responsables de colgamientos, de ahogamientos, de choques eléctricos, de privaciones de sueño, de negaciones de comida, de abuso de niños para doblegar a sus padres, a los más altos funcionarios civiles y militares del gobierno de Turbay Ayala.

El excongresista liberal Iván López Botero, un viejo dulce y rebelde y progresista de sesenta y cuatro años, nacido en Salamina, Caldas, pero criado en Calarcá por culpa de los desplazamientos de la Violencia bipartidista, había demandado al Estado por haber martirizado en las cuevas militares de Facatativá a su hija Olga —y a su nieta— luego del robo de las armas: «Ninguno de los abogados que apoderaban a personas que fueron salvajemente torturadas creía que prosperaría la primera demanda por tortura en el mundo», declaró apenas se supo que el Consejo de Estado había fallado a su favor, «pero aquí estamos». Y fue así como se supo todo lo que había estado pasando en, entre y bajo los camposantos de la Brigada.

Y luego de meses de frases sueltas de los responsables, «es una campaña de descrédito contra el Gobierno», «es parte de la estrategia comunista para desprestigiar al Ejército», «es una forma de distraer al país sobre la verdadera gravedad de los hechos cometidos por aquellas personas», fue claro que el país había estado siendo un escenario democrático con una trasescena de dictadura.

El exministro de Gobierno Germán Zea Hernández, que a los setenta y cinco años, luego de una carrera extraordinaria que tendría que haberlo puesto por encima del bien y del mal, puso la cara en los debates en el Congreso sobre el asunto de las torturas y las desapariciones, y admitió que habían permitido que la Justicia Penal Militar actuara sin interferencias «como se debe hacer con cualquier justicia» porque estaban bajo estado de sitio. Pero dejó en claro cada vez que pudo, con su acento de bogotano correcto, e interrumpido por la tos, que «cualquiera que hubiera sido el delito, las torturas y las desapariciones eran inadmisibles». Y repitió en varias ocasiones que el presidente Turbay Ayala, preocupado por tantas denuncias, había declarado en los consejos de ministros que estaba en contra de cualquier clase de violencia contra los detenidos.

Según el fallo del Consejo de Estado, el brigadier Vega Uribe, que no sólo era el comandante robado y el cazador de los ladrones, sino el juez de primera instancia del caso, estuvo al frente de los interrogatorios de mil detenidos, mil: su encono estuvo al frente, por ejemplo, del proceso encarnizado de Olga López.

Ya había dejado atrás ese sistema nervioso. Ya había superado el olfato de la cacería de sombras del M-19. Ya había hecho las paces con el hurto de la espada, el secuestro de los empresarios, el robo

de las armas, la toma de la embajada, la guerra con los extraditables, el «sancocho nacional» del tal Bateman para solucionar el conflicto, la ley de amnistía de este Gobierno ingenuo, los Acuerdos de Corinto, el saboteo de los diálogos, el atentado al general Samudio: ya había hecho las paces con todo lo de «el Eme» en nombre de la búsqueda de la tal paz. Y se había hecho a la idea de que su aguerrida Brigada de Institutos Militares se había convertido en la mecanizada Brigada XIII, pero por orden suya, que, traicionado una vez más, ha entrado en modo «estado de sitio», la Brigada XIII acaba de enviar los tanques al Palacio de Justicia.

Ya no confía en ellos y ellos no confían en él: el país de este miércoles es una fábula de pastores mentirosos que no les creen a pastores mentirosos.

Pero no es lo mismo ser un revolucionario sin tripas a ser el ministro de Defensa de Colombia.

Se está dejando ir. Ya no se da el consejo de andar con calma. Se está quedando en manos de su instinto.

—Ya hay soldados en todas las ventanas de todos los pisos altos de la plaza —agrega, sin titubeos ni tartamudeos, ante los puntos suspensivos del secretario general del presidente.

El secretario general Víctor G. Ricardo regresa a la oficina del presidente Belisario Betancur. Va a paso de urgencia. Pero alcanza a tener en la mente las historias del Bogotazo que le cuenta su madre: ¿no es increíble que ella misma las haya vivido, se repite, desde adentro de esta Casa de Nariño tan sitiada?

Piensa en esos amotinados en blanco y negro acercándose con machetes a este lugar, entre los incendios, los saqueos, los cocteles molotov, los llamados de las radiodifusoras tomadas por los

revoltosos y los gritos «¡a Palacio!», dispuestos todos juntos a vengar el asesinato de su Jorge Eliécer Gaitán y a tomarse de paso el poder que le han negado al pueblo que ellos reconocen como el pueblo. Cómo no va a pensar que está viviendo lo que ya vivió su mamá. Cómo no va a caer en la tentación de sentir que esta historia se repite como la espiral del infierno. Si mientras retumban los disparos de los tanques en el submundo del mundo del Palacio de Justicia, mientras los francotiradores se ponen las miras entre los ojos, es innegable que ese miércoles 6 de noviembre se está poniendo en escena el mural de aquel viernes 9 de abril.

Dios no está mirando. No vemos lo que vemos desde arriba, sino con una cámara al hombro, de batalla de comienzos de siglo, que recorre los pasillos de los pasajes espantados y desdibujados del Palacio de Justicia: los sótanos oscurísimos, sin puertas ni ventanas ni resquicios, apenas humanizados por el humo; los cuerpos bocabajo sobre los tapetes de las oficinas del primer piso, cuerpos de abogados y abogadas vencidos por los gases lacrimógenos, que ya sólo piensan en modos de sobrevivir mientras escuchan «¡esto es una toma!», «¡al piso!», «¡al suelo o disparamos!»; las cabezas ensangrentadas desde el mediodía, apoyadas contra las barandas del segundo piso, que ya no pueden ser curadas por ninguna mano de ninguno de los bandos si es que puede hablarse de bandos en una debacle; los desconocidos sin sacos y sin corbatas que, a punto de bajarse del tercer piso por las escaleras, se miran a los ojos huérfanos porque escuchan y escuchan la letanía «¡no nos disparen que somos rehenes, por favor, les habla el presidente de la Corte

Suprema de Justicia!»; los magistrados que asienten sin parar, junto a los ascensores del cuarto piso, cuando los encapuchados les prometen que van a respetarles la vida.

Ya va a ser la 1:00 p.m. para los 334 adultos vivos que están en las escaleras y en los pasillos y en las violentadas oficinas del Palacio de Justicia.

Una hora y media después del primer estruendo, sitiados por los gritos y por los tiros cruzados, tienen en común la sospecha de que ya nada está en sus manos: va a ser y va a pasar lo que el Dios del día quiera.

"Claudia", la guerrillera del M-19 que estuvo a cargo de tantas cosas en los días anteriores de la toma, se quedó pasmada —como si fuera miope— ante la bruma del combate en la llegada del primer piso. El morral se le reventó por el peso de los radioteléfonos. La boina se le fue al suelo. La pañoleta blanca, azul, roja, se le soltó. «¡Enfermera!», gritaron "Pacho" y "Bernardo", y ella pegó el mismo grito así supiera que la enfermera estaba muerta. "Orlando", que desde hace diez siglos significa «célebre por sus batallas», pero ahora mismo está herido, trató de responder a los disparos que venían de la carrera 8ª, y sin embargo ella, "Claudia", le rogó una y otra vez que bajara la puta cabeza. Y, apenas salió de la neblina del polvo y la sangre, trató de cuidar a los heridos.

Secó sudores. Hizo torniquetes. Juró por el amor que se tienen que todo va a estar bien.

Preguntó «¿cómo está Otero?», «¿cómo está Lucho?», por el walkie-talkie, porque esa era la medida de la operación.

Preguntó a los gritos «qué se sabe de "Memo", de Elvencio, de mi Flaco», que es la misma persona, a una nada voraz que no iba a

responderle.

—Hay que bajar al sótano a ver qué se nos quedó en el camión del Grueso —le gritó el valiente, el osado, el incondicional de "Pacho"—: ¿quién va?

Resultaba inverosímil que en medio del reguero de la batalla el jefe "Pacho", o sea Ariel, Ariel Sánchez, fuera capaz de fijar aquella mirada que a ratos terminaba en malgenio, a ratos terminaba en declaraciones de amor, pero parecía nacido para ese momento. "Claudia" le quitó la mirada. Se negó a bajar porque le agarró pánico a la oscuridad de inframundo del parqueadero. Trató de disparar a la sombra de un francotirador que estaba disparándoles desde los edificios de enfrente, pero el fusil se le trababa: «Está mal cerrojeado», escuchó, «muévele el seguro». Y ella sigue temblando y sigue llorando, días después, cuando le cuenta esta historia descuadernada a la grabadora clemente de la periodista Olga Behar.

Y le cuesta dejar de temblar, y le duele cerrar los ojos porque ve todo lo que ya no quiere ver, mientras garabatea en un bloc de hojas lo que sucedió para que lo sepan los sobrevivientes del M-19.

—Ya no hay nada en el sótano —dijo, de regreso, el renacido "Bernardo"—: nos mataron a "Jorge".

A "Jorge", el muchacho tímido, de pocas palabras, que se quedaba en blanco ante cualquier cosa que estuvieran dando en televisión y que dormía bocarriba como haciéndose a la idea de la muerte. A "Jorge", que una vez se había empezado a reír solo, y, ante la extrañeza de todos, se había muerto de la risa, y al final fue imposible saber por qué.

"Claudia", que también llaman "la Mona", nació en Nocaima, Cundinamarca, en una familia de diez hijos, y entonces tiende a vivir

entre hermanos, y se pasa los días en duelos y resiste todas las caídas, y además siempre está contra reloj. Ya no le teme a Bogotá. Ya no les teme a los salones llenos de ojos. Ya es tan transparente con el grupo como lo fue con los compañeros de la Nacional, del Sena y de los Laboratorios CIBA. Pero ahora mismo aguanta la respiración debajo del agua del miedo. ¿Y si le matan a su Flaco? ¿Y si le matan al comandante Guillermo Elvencio Ruiz, el amor de su vida? Desde que su hermano, Alejandro, se lo presentó, vivieron cara a cara. Y hasta hoy, hasta la 1:11 p.m. del miércoles 6 de noviembre de 1985, pudieron con todo.

¿Y si ese último beso fue la última vez que la tocó y esa última mirada va a hacer las veces de despedida de aquí en adelante?

Todo es mala señal. Están disparando un poco menos desde los edificios: ¡tas! Cada vez son menos frecuentes los gritos. "Claudia" va subiendo pegada a la pared detrás del rastro temerario que ha ido dejando el jefe "Pacho", Ariel, que ya anda rondando a los magistrados de la Corte Suprema. «¿Qué se hizo?», «¿dónde va?», les pregunta ella a las espaldas de los compañeros heridos. Sube con los ojos aterrados, alucinados. De pronto está en el entrepiso que va del segundo al tercero. Y se encuentra al comandante Almarales, solo, solísimo, a la espera de que el destino lo note. Respira. Hace lo mejor que puede para no pensar. Se sujeta a sí mismo. Se ve serio y en paz en medio de las sacudidas y los fragores. Sólo pierde el control cuando se acuerda de su María: «Sería una lástima», piensa.

Sería triste no envejecer juntos en una casa que dé a un paisaje. Sería absurdo no ser testigos de la vida de su hija.

«El hombre de mis sueños», le dice su María. «La mujer de mi vida», le contesta él.

Y uno no sabe si asentirles o negarles, si maldecirlos o reivindicarlos, porque para qué tanto fervor —tanto entusiasmo y tanto hechizo— si ni siquiera los guerrilleros se escapan de los lugares comunes.

La verdad es que Almarales, incluso allí, de pie junto a la entrada del baño de hombres del entrepiso, tiene estampa de político. Es bueno para hablar de modo pausado, grave, como un locutor radial del sur del país: «Esta organización ha combatido por la paz», les dijo a las grabadoras de los noticieros hace pocos meses, optimista, cuando se dio la noticia de la amnistía. «No habrá un tiro más de parte del M-19 y esperamos que la contraparte haga exactamente lo mismo», concluyó cadencioso, entero. No fue así. Siguió la guerra. Siguió el ojo por ojo hasta llegar a esta ceguera espeluznante. Y, sin embargo, aquí, al lado de ese baño que parece un mausoleo, en un paréntesis a este desastre ideado por un dios menor, le está rogando a "Claudia", con la calma de siempre, que se quede a su lado: «No te me vayas, Mona», le pide como pidiendo una madre. Almarales no tiene ni idea de usar fusiles. Su mujer le había advertido que era mejor amarrarse las gafas de pasta de profesor encorbatado de los años sesenta, y mírelo ahora luchando para que no se le caigan. Pero todavía está convencido —aún no necesita convencerse— de que esto puede salir bien.

Vemos, como parpadeando, una serie de frases sueltas del testimonio que "Claudia" les dejará de puño y letra a las gentes de la organización:

«De los diez que ocupábamos la posición de retaguardia sólo quedamos ilesos Almarales, "Bernardo", "Miguel" y yo». «"Pacho", "Bernardo" y "Sebastián" contenían al enemigo impidiéndole el acceso al ala occidental donde nos encontrábamos». «"Miguel" ganó el cuarto piso impidiendo hasta el último momento que el enemigo entrara por la azotea». «Cada vez que escuchaba los helicópteros sobrevolando el edificio y las explosiones producidas por el enemigo que trataba de entrar explotando la puerta de hierro que comunicaba con la azotea, me daba más cuenta de que el papel que cumplía "Miguel" sobrepasaba los límites del heroísmo». «Me había instalado con el radio, el walkie-talkie y el equipo de medicinas en un cuartico anexo al baño ubicado entre el tercer y cuarto pisos, pero más tarde recibí la orden de concentrarme en ese mismo baño junto con los heridos y el personal civil», se lee allí.

La escritura de "Claudia" es atormentada: hay temblores, crestas torcidas, espacios irregulares, letras inclinadas a la izquierda y letras inclinadas a la derecha, retoques, brusquedades.

Se le nota el afán de dejarlo dicho todo: que desde muy temprano se quedaron sin aire porque los atacaron con gases de todas las clases; que poco a poco fueron reuniendo civiles en aquel baño entre los últimos niveles; que, a pesar de los radioteléfonos que habían conseguido, era muy difícil saber qué estaba pasando en los demás pisos.

Nosotros, en cambio, los vemos. Vamos rincón por rincón, del primer piso al cuarto, hasta encuadrar la cara de cada víctima —demasiados son, repito, más jóvenes que yo hoy en día— en un primer plano de la coronilla a los hombros. No hay nadie allí que no esté viviendo su propia novela:

El paciente Félix Mora Villate, secretario de la Sección Tercera del Consejo de Estado, de cuarenta y dos años, está arrinconado detrás de un escritorio preguntándose si el tipo raro al que le prestó el teléfono ahora en la mañana era uno de los guerrilleros: «Pero yo qué iba a saber», murmura. La abogada Margarita Dawson, de treinta y cinco, que justo fue hoy a revisar un proceso que lleva contra el Ejército Nacional, está encerrada en este baño del primer piso porque los guerrilleros entraron al edificio cuando ella por fin iba a subir a su cita: «Pero mejor estar abajo que estar arriba», se dice el resto de la vida. La señora Hilda Díaz de Agudelo, de la Secretaría del Consejo, de treinta y seis, repite el padrenuestro sobre el tapete de la oficina 107: «¡Presente y combatiente!», les escucha a los encapuchados.

La ingeniosa Clara Forero de Castro, fiscal quinta ante el Consejo de Estado, de cincuenta y cuatro años, está en su oficina del segundo piso con las abogadas Sonia de Fonseca, de treinta y seis, y Ligia de Rodríguez, de treinta y cuatro, luego de haber creído que el estallido de un cilindro de gas había hecho volar a las palomas de la plaza: «¡Somos del M-19!», escucharon a sangre y fuego, «¡por los derechos humanos!», y entonces Forero llamó a su esposo, que es el ministro de Gobierno, para darle la noticia de la toma, pero ni lo encontró en la oficina ni ha recibido una llamada de respuesta. El consejero Jaime Betancur Cuartas, de cincuenta y seis —el hermano del presidente de la república que hace dos años fue secuestrado por el ELN, y luego le repetía a mi mamá, en aquella comida en la casa del doctor Mora, «es que yo no puedo dejar de pensar en esos dieciséis días»—, sigue detrás de las barricadas que le armaron sus escoltas. El consejero manizalita Samuel Buitrago Hurtado, de

cincuenta y siete, que morirá en treinta años con los pulmones llenos del humo que tragará el resto de este día, cumple la orden que está dándoles a sus subalternos: «Quédense quietos».

El abogado asistente Carlos Urán, de cuarenta y tres años, le reconoce a su esposa, Ana María Bidegain, de treinta y siete, que la situación acá adentro está cada vez peor: «Yo creo que hay que ir por las niñas al colegio», piensa en voz alta, y ella se queda poniéndole puntos suspensivos al hecho de que hoy sí pudo dejarlo a él en el sótano porque no había nada de vigilancia. El magistrado civil Humberto Murcia Ballén, de cincuenta y cinco, sólo está en medio de la confrontación porque su reemplazo, a quien iba a entregarle hoy su oficina del tercer piso, no alcanzó a llegar a tiempo: «Apagamos la luz, cerramos con llave la puerta y desconectamos el teléfono, mi secretaria y yo, para continuarle pidiendo a Dios que permitiera la cesación de nuestra angustia», recordará. El magistrado civil Hernando Tapias Rocha, de cincuenta y uno, que ocho años después será el querido e inmejorable primer jefe de mi hermano, está escuchando los helicópteros como entreteniendo la angustia: «El M-19 llamaba a los magistrados de la Sala Constitucional, pero a nosotros no nos buscaban», le vendrá a la cabeza cada tanto.

El magistrado Nemesio Camacho Rodríguez, de cincuenta y siete años, sentado al lado de la secretaria Ana Lucía Bermúdez de Sánchez, de treinta y dos, y la auxiliar María Esther Mesa Montealegre, de treinta y cuatro, está viendo cómo rompen los vidrios a tiros desde afuera. El magistrado laboral José Eduardo Gnecco Correa, de sesenta y dos, que había salido a paso de eminencia a dictar su clase en la Universidad del Rosario, pero volvió

aquí porque que se le había quedado un código, llama a su esposa a contarle que está escondido con el nervioso e ingenioso Hermógenes Cortés Nomelin, de treinta y ocho, su secretario: «Llama a la policía a ver si hacen algo», le insiste Gnecco a su mujer, con acento samario, entre los disparos, «cuéntales a los niños que estamos en estas».

Después vemos a dos empleadas del aseo, a la insobornable Ana Lucía Limas de Montaña, de treinta y un años, y a la independiente María Mercedes Ayala Lesmes, de veintinueve, que se han refugiado en el pequeño cuarto en donde guardan las herramientas de trabajo porque el guardaespaldas del presidente de la Corte les ha gritado «¡chinas!: ¡cuídense que las van a matar!». Ya están un poco más tranquilas. Ya están a salvo con seguro. Ya Limas le dio a Ayala un poco de agua para que se le quite la idea de lanzarse por el hueco de las escaleras que van del cuarto al tercer piso. Están respirando por turnos. Limas mueve un pie, undostrés, undostrés, undostrés, como si esa angustia fuera un vals. Ayala piensa que sería el colmo que ella muriera sin conseguirse su grado universitario.

Y sólo deja de pensarlo cuando se escucha, entre la tronadera de la balacera, que están golpeando a la puerta como si estuvieran de visita: toctoctoc.

—Mercedes, no, no abra que son los guerrilleros —dice Limas.

—¡Si no nos abren, les lanzamos una granada! —contesta, a los gritos, una mujer del M-19—: ¡todo el que esté se muere allá adentro!

Se escucha un vidrio roto, unos segundos después, como el vidrio que se desprendió del edificio un sábado de esos, y luego viene un minuto de silencio por todos los que vayan a morir. Ayala entreabre

le puerta porque es claro que esos tipos son capaces de cualquier cosa. Vemos lo que ella ve: cinco mujeres, cinco hombres de pañoletas blancas, azules, rojas, y franjas en el brazo en las que se lee clarito «M-19», uniformados con las lonas verdes del ejército. Entran. Son muy jóvenes. Parece que hubieran abandonado la universidad. Están enardecidos porque están arrinconados. Traen maletines con ropa de particular, talegos llenos de municiones, tulas cargadas de bombas. Hay uno que no se descubre la cara y está pidiendo permiso para matarlas allá adentro.

—¡Dios mío, no, no nos vayan a hacer nada! —ruega Ayala—: no nos vayan a matar.

—Nadie va a hacerles nada a ustedes porque aquí no hay sino para una guerra —le responde, exasperada, la guerrillera "Violeta".

—Nunca contra el pueblo —recita, aturdida por los reveses, la guerrillera "Patricia".

La terca e intuitiva "Violeta", de treinta y un años, de Ibagué, Tolima, es la veterinaria Carmen Cristina Garzón. Arquea las cejas frágiles. Aprieta los labios gruesos. Mira para ambos lados todo el tiempo como si su vida fuera a pasar la calle. Está nerviosa porque están disparándoles otra vez desde mil ángulos, pero sobre todo porque un par de muchachos del grupo están heridos —«¿están bien los compas?», se dicen todos, atados para siempre, mientras avanzan por el edificio— y a uno de pelo crespo le han hecho una herida en la cabeza que le hace sangrar los ojos, y al otro, más bien rapado, le acaban de meter un balazo en el estómago que le ha salido por la espalda. Limas y Ayala, las aseadoras, les dan agua: «Dar de beber al sediento», les enseñaron. Y luego tratan, en vano, de curar a los heridos.

—"Violeta", "Violeta", tome mis armas —dice el muchacho que tiene la cabeza rota—: de aquí a mí nadie me para.

Cada vez hay más huecos en las paredes de ese cuarto. Están taladrando ese pobre edificio pase lo que pase. La aseadora Ayala le pone pedacitos de limón en las heridas del cráneo al herido número uno —«yo sé un poquito de enfermería», le dice ella al muchacho descalabrado porque es verdad y porque dígame usted qué más puede decirle— mientras la aseadora Limas trata de amarrarle el estómago con una bayetilla al otro guerrillero jovencito que ya está poniéndose blanco y está tratando de decirle alguna cosa porque parpadea como si estuviera contándole en qué va a terminar esa jornada. Ay, Dios, que no se muera ya: que viva unos minutos que unos minutos más tienen que servirle a cualquiera para algo.

—Tranquilícense las dos que las dos van a salir vivas —dice el guerrillero de la crisma rota, malogrado para siempre, cuando les ve las manos temblorosas—: nosotros en cambio no vinimos aquí a vivir, sino a morir.

"Violeta" habla con "Patricia" de un par de cosas que no alcanzan a oírse. Es lo último que van a decirse. Dentro de un par de horas, por mucho, las dos van a morir. "Patricia", que tiene el cuerpo cubierto de municiones, da media vuelta y se larga en busca del segundo piso a ver a quién más puede traer. "Violeta" sale después. Sus restos serán hallados en una fosa común del Cementerio del Sur de Bogotá, veintinueve años más tarde, e identificados luego de una serie de pruebas de laboratorio a cargo del Grupo de Genética del Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía, sí, entonces habrá Fiscalía. Su esposo y su hija tendrán algo de alivio. Su familia entera podrá despedirla: su fantasma se resignará al fin, y se irá, y su

gente se despertará menos de noche, porque sus huesos serán recibidos en el panóptico de Ibagué.

Vamos, de nuevo, al cuarto piso. La fila de magistrados que se ha quedado junto a los ascensores, sin saber si pegarse a las paredes o acurrucarse, sólo encuentra alivio en el hecho de que están juntos en ese infortunio. Pero se desbandan —son cuerpos que corren sin cabezas— porque un vendaval de tiros les roza las frentes y las sienes y las nucas, y va a dar contra la pared en la que se han estado apoyando: «Sáquennos de acá, por favor, acá van a matarnos», murmura, muerto de un miedo que parece frío, el secretario Correal Morillo. Y un guerrillero que se ha puesto el alias de "Ismael", que significa «Dios habrá de oír» en hebreo, baja a ver qué está pasando y sube a decirles a todos «vamos, vamos acá nomás». Bajamos por la escalera que va desde el cuarto piso hasta el tercero detrás de los rehenes. Vemos que el M-19 está montando su cuartel en el baño que queda en el mezanine, en el entresuelo.

El baño brilla de a pocos, refleja, más que otra cosa, porque no tiene ventanas, pero está hecho de mármol. Mide seis metros de largo por tres metros de ancho. Es un sitio grande e incierto si uno está solo, y sin embargo ahora, convertido en campamento estrecho, en reducto, da un poco de asfixia. Hay dos orinales a la izquierda de la puerta. Hay tres cubículos de latón frente a cuatro lavamanos. Y a estas alturas de la batalla no sólo ha sido convertido en refugio de rehenes y en trinchera, sino en un arsenal de minas, de granadas, de balas, de ametralladoras, de fusiles, de revólveres y de pistolas, y allí, de relevo en relevo, «¡vamos compas!», van recargando las armas para encarar a los francotiradores que les están disparando desde las torres de la plaza.

—Buenas tardes, caballero, supongo que usted es el comandante de la operación —dice el magistrado Gaona Cruz apenas se encuentra cara a cara, como en un par de veces del pasado, con el jefe Almarales.

—Buenas tardes, doctor, gusto de verlo —le contesta Almarales porque durante años, cuando él aún era un académico que defendía la justicia social en los corredores de las universidades y los tribunales, se cruzó con Gaona Cruz.

Gaona Cruz tiene claro que dentro de poco va a morir. Su cuerpo se lo ha estado diciendo a su espíritu en los últimos tres meses, tanto, tanto, que ya lo vimos despedirse de sus hijos. Pero está demasiado acostumbrado a sobrevivir, claro, todo colombiano tiene despierto el cerebro reptiliano desde que cae en cuenta de estos paisajes llenos de pliegues invisibles, y dígame usted quién no es un blanco fácil en este país lleno de mayúsculas, y entonces siente que la presencia prosopopéyica de Almarales —y, en general, que la toma sea del M-19, que también viene de la clase media— es una buena señal. Almarales sonríe, a su manera triste, misteriosa, porque le da esperanza ver al magistrado. Vemos que se dan la mano y que se quedan viéndose por unos segundos.

Es lo común creer que el mundo sólo nos pasa a nosotros. Es lo común creer que «la vida real», tan dura, es la vida de uno, y nada más. Pero hay días inesperados, días catastróficos, en los que todos somos extras sin protagonistas a la vista. Y este encuentro le devuelve el sentido a lo que está pasando.

—Ustedes estén tranquilos que nosotros no entramos aquí a hacerle daño a nadie —les dice el comandante Almarales, lejos de su fusil, a sus rehenes—: van a ver que esto se acaba pronto.

Quiere decir que ya pronto va a amainar la balacera. «Esto», mejor dicho, es el tiroteo. Señala a todas partes porque desde todas partes están disparándoles a ver qué cae, a ver quién cae. Repite la frase tres veces con su voz aletargada, «van a ver que esto se acaba pronto», como si fuera su propio eco y su propio consuelo. Quiere decir que dentro de poco el Gobierno va a llegar a la conclusión de que lo mejor es que sus soldados se queden quietos. Quiere decir que ya pronto van a retomar el camino hacia la paz. Pero quizás esté tentando la suerte de todos porque lo único que consigue es que alias "Ismael", alias "Dios habrá de oír", reaparezca en la escena a dar la noticia de que no va a haber ninguna clase de tregua:

—¡Comandante, no, estamos jodidos!: ¡el ejército está entrando con tanques! —pega el grito.

Y de inmediato vemos la cara desencajada del impasible Almarales mientras se piensa el paso a seguir.

Corte de improviso al rostro escarpado del presidente de la Comisión de Paz, el abogado y profesor y conjuez John Agudelo Ríos, de cincuenta y nueve años, de Aguadas, Caldas, que tiene una familia llena de hijos narradores, que hace un año logró que todas las guerrillas firmaran un cese al fuego, y desde sus días en la Casa de Nariño, en tiempos de Lleras Restrepo, se quedó pensando que por lo pronto hacer política en Colombia es tratar de pactar el fin de esta guerra enmarañada. Ya no puede ocultar la calvicie. Tiene puesta la misma camisa blanca que tenía cuando se encontró con Tirofijo. Unos pocos días después de este horror, que cada vez va a ser peor, habla del antagonismo colombiano e irremediable que suele hacernos zancadilla.

Dice «pienso yo que, aun cuando parezca paradójico, los trágicos sucesos del Palacio de Justicia se debieron a dos sinceros optimismos encontrados: el del Gobierno, que creyó siempre, sin duda alguna, que el M-19 terminaría entregándose, y el del M-19, que creyó siempre que el Gobierno acabaría negociando». Se queda callado unos segundos: «Eso, simplemente, produjo la catástrofe que todos lamentamos», piensa en voz alta su nobleza, su vocación a levantar la mirada ante la dureza de la vida. Nos quedamos viéndolo porque nos quedamos pensando en que de los idealismos a las violencias hay una zancada. E intentamos respondernos, además, cada uno por su lado, como corresponde a un auditorio de lectores, qué es lo que nos llama a esta matanza.

Y, acto seguido, reconocemos una bandada de palomas que se han escondido en los campanarios de la Catedral para que no las devoren los tanques.

Ya son las 2:02 p.m. Ya no sabemos si es el humo que sale por el respiradero de los sótanos o es el cielo de noviembre lo que está volviendo borroso este mundo. Estamos a unos cuantos pasos nomás de la Plaza de Bolívar. Vamos poco a poco, con temor a los estruendos allá adentro, desde La Puerta Falsa hasta la Casa del Florero. La Puerta Falsa es el restaurante que la envalentonada Josefa Caicedo fundó, seis años después del Grito de Independencia, el martes 16 de julio de 1816 para ser precisos, porque en algún zaguán tenían que encontrar sus viandas —sus cocadas, sus brevas con arequipe, sus achiras, sus aguapanelas, sus chocolates santafereños, sus tamales— los fieles que salían de la Catedral.

Quiso llamarse La Chozna: o sea «la barraca», «la caseta», «la tiendita». Pero la gente, que en ese entonces hablaba en voz baja, terminó poniéndose citas en «la aguapanelería de la puerta falsa», y así se fue quedando hasta que así se quedó.

¿Por qué hablaban en voz baja en aquella Bogotá cenicienta, achatada, que latía según los campanarios del siglo XIX?

Porque las tropas del general Pablo Morillo, el Pacificador, ya habían emprendido la Reconquista española de la Nueva Granada: mientras los colombianos libraban el pulso de los centralistas con los federalistas, o sea que creaban el mito fundacional de la Patria Boba, los ejércitos monárquicos no sólo estaban persiguiendo a todo aquel que hubiera participado en el movimiento independentista de estos años, «¡traidores!», sino que tres tribunales militares, de tiempos de guerra, habían mandado a fusilar a 157 protagonistas de apellidos criollos. Era mejor hablar pasito y andar cabizbajo entre los campanazos. Dios proveería. La cruzada de Simón Bolívar, el Libertador, daba miedo y esperanza: «Uno no sabe qué es mejor».

¿Por qué nos hemos pasado la historia entre algún Pacificador y algún Libertador?

¿Por qué no hemos logrado que los héroes sean los magistrados que se niegan a obrar mal o los cabizbajos que sueltan verdades entre dientes?

Fue en la Casa del Florero, en la esquina prehistórica de la calle 11 con la carrera 7ª, en donde se pegó el grito vagabundo de la independencia. Ya era una casa vieja, colonial, soportada sobre su pasado de solar gigantesco, ese viernes 20 de julio de 1810. Ya era una casa árabe andaluz, mudéjar, de muros blancos avivados por puertas y ventanas y balcones verdes. A finales del siglo XVI, en el

paso de la Conquista a la Colonia, fue el refugio del hijo del mariscal Venegas Carrillo. Después, en el siglo XVIII, se convirtió en la propiedad del fiscal de la Real Audiencia Moreno y Escandón. Pero a la hora de la revuelta de la Independencia era el almacén de artículos de lujo del comerciante español González Llorente.

Que era un buen hombre exasperado por las voces de sus cinco cuñadas, las reacciones de su mujer y las indirectas de su suegra: «Dejadme dormir». Y ese mediodía se negó a prestarles a un par de hermanos criollos un florero con las armas de España, que estaba harto de prestarlo, pues solían devolvérselo desportillado, consciente de que iba a ser usado para el homenaje que se le haría al enviado de la junta suprema de la Corona que pretendía quitar del paso a su amigo el virrey. Cayó en la trampa de los criollos que habían planeado una toma de la Plaza Mayor. Había batallones de próceres, de mujeres, de campesinos, de indígenas y de esclavos listos a que González Llorente se negara a prestar la vasija que tenía en el mostrador. Eso hizo: «¡No!». Y vino la revuelta.

—¡Está insultando a los americanos! —se escuchó, de voz en voz, por esta misma calle—: ¡abajo los chapetones y abajo el mal gobierno!

Y entonces los españoles fueron testigos mudos, aterrados, del estallido de ese pueblo que había nacido dormido. Y las gentes de acá, pobres y ricos, blancos e indios, se lanzaron a romperlo todo: las ventanas, las cabezas y las puertas.

Y es lo mismo que está pasando a las 2:02 p.m. del miércoles 6 de noviembre de 1985: escuchamos las pedradas a las vitrinas y los palazos a los panorámicos.

Y padecemos el grito opuesto, la voz de mando de general, que da la orden de sacar corriendo como sea a esos tres tipos de sacos desteñidos que están robándose los escaparates de una miscelánea cerrada con llave en la que se ha quedado encendido un radio irónico del que viene el bolero «reloj, no marques las horas / porque voy a enloquecer: / ella se irá para siempre / cuando amanezca otra vez».

El general Arias Cabrales, el heredero de la pacificadora Brigada XIII que no tiene reversa en la búsqueda del honor perdido, ha puesto su cuartel en la Casa del Florero —entre los ruidos de los destrozos— para comandar la recuperación del Palacio de Justicia: «La misión propia de nuestra unidad me impuso la expedición de las órdenes y la dirección de las acciones militares encaminadas al rescate de las personas secuestradas, a la recuperación del lugar y al restablecimiento del orden gravemente afectado por la incursión de los antisociales», dice un mes después, en su informe jurado, con la mirada puesta en la cámara. Anda allí, en la Casa del Florero, hace más de una hora. En cuestión de minutos ha puesto en marcha el contraataque.

Está dando vueltas alrededor de la pila de piedra en el patio del centro mientras les cuenta a los unos y a los otros, por su radioteléfono, todo lo que está pasando y todo lo que va a pasar.

Habla con el comandante general de las fuerzas armadas Rafael Samudio para que sepa qué decir si le preguntan: «Todo preparado». Habla con el ministro de Defensa Miguel Vega Uribe para que lidie con la presidencia: «Todo listo». Pone al tanto al comandante de la Policía de Bogotá José Luis Vargas Villegas para que no se los trague vivos el fuego amigo: «Todo en marcha».

Designa al coronel Ramírez Lozano, el primer comandante del batallón que llegó al Sinaí, como comandante de las operaciones adentro del edificio: «Suerte». Reúne al capitán Mejía Rojas y al mayor Fracica Naranjo, entrenados en contraguerrilla, para que vayan de la boca al estómago del monstruo: «¡Ya!». Piensa en todo: «Que se vengan comidos», «que coman alguna cosa más en la noche», «que luego tengan para el desayuno», ordena por el walkie-talkie.

Pero el plan es muy simple, muy burdo: van a quitarle al M-19 la torre de las Cortes —van a sacarlos a la fuerza— a punta de dispararles a todas las ventanas desde todas las ventanas, de meter los tanques y los carros blindados por las dos entradas, de abrirse paso con toda la artillería de guerra hasta dar con los rehenes. El magistrado Tapias Rocha le contará a mi hermano alguna vez que un soldado le gritó a otro, mientras avanzaban por el segundo piso, «¡usted quiebre al que se encuentre!». El doctor Mora Osejo recordará, en aquel almuerzo al que nos invitó años más tarde, que una cuadrilla que les pasó enfrente soltó la frase «matarlos a todos». Las fuerzas militares han estado listas a callar a la guerrilla desde hace muchos años. El día es hoy. La hora es ya.

¿Quieren, señores del M-19, sentarse a discutir por qué Colombia es el país más desigual que sepamos?: mándenle una carta al presidente.

¿Quieren, señores del M-19, doblegar a las instituciones a sangre y fuego para que esta democracia sea su democracia?: aquí tienen al ejército.

No está siendo fácil. No es posible coordinarlo todo en apenas una hora. Estos no son máquinas, sino muchachos con iras y con

miedos. El helicóptero de la policía, tripulado por los agentes antiterroristas, no puede aterrizar en el techo de las Cortes porque los francotiradores militares tienen la orden de disparar y disparar. Pero no sobra repetir, porque se trata de entender las dimensiones del desembarco, que la gente del Batallón Guardia Presidencial, de la Escuela de Caballería, de la Policía Militar, del Grupo Rincón Quiñones, de la Escuela de Infantería, de la Escuela de Suboficiales, del Batallón de Ingenieros, del Batallón de Servicios, de la Compañía Avanzada de Tiro, del F2, del Goes, del DAS y del Copes está ya en todas partes: «Bájense al que vean».

Hacen eso. Orden es orden. Pero también tratan de rescatar a todo aquel que haya tenido la mala suerte de quedar atrapado en el delirio.

El vehículo blindado que ha entrado al parqueadero hace un rato, el Urutu A-1, tiembla y se abre paso entre los bombazos de la resistencia del M-19. La puerta de atrás está sumida por los explosivos de alto poder que les han estado lanzando. Siguen adentro del vehículo todos, los doce, porque cuando trataron de desembarcar se dieron cuenta de que hay minas y hay sombras detrás de los carros parqueados. Tienen los estómagos estrujados porque acaban de pasar al lado de los cadáveres de los dos celadores tirados en el piso, ay, Dios, díganme qué tienen que ver. Han perdido la ametralladora MAG 7.62 mm porque el carro no cabe en esos sótanos bajitos e infernales. Pero, bajo el mando del capitán Solano, están obligando al enemigo a replegarse.

¿De qué se habla cuando se habla del enemigo? De una figura borrosa que se está viniendo encima. De una cosa que está mirando y no deja vivir.

Suena de golpe, como un infarto del Palacio de Justicia, un trueno que deja mudo al centro de Bogotá.

Ese trueno se escucha por el corredor breve que ha sido decorado con retratos al óleo de los presidentes más recientes, de López Pumarejo a Turbay Ayala, hasta llegar al salón vacío del Consejo de Ministros. Vemos las tres lámparas de araña que están encendidas como si fuera demasiado tarde. Vemos los retratos al óleo de los próceres que enfrentaron a los pacificadores españoles, Bolívar, Lozano, Torres, Mosquera, Caycedo y Santander, que cuelgan de las paredes entre las ventanas. Vemos el reloj inglés de pie, con fases lunares, de 1783. Vemos las veinticuatro sillas de cuero, mullidas, de cuatro ruedas, sobre el tapete pardo. Nos quedamos allá un rato para que sea claro —para que sea, incluso, desolador— el hecho de que no ha habido tiempo para reunir algo semejante a un gobierno.

El presidente Betancur, que ha subido a las habitaciones privadas a conversar con sus ministros más cercanos, se ha detenido un momento porque el estrépito ha tenido eco. Pero pronto sonríe con pena como diciendo «sigo, sigo».

Está poniendo al día a su círculo nervioso, el ministro de Justicia Parejo González, el ministro de Gobierno Castro Castro, el ministro de Relaciones Exteriores Ramírez Ocampo, el ministro de Salud De Zubiría Gómez, el ministro de Trabajo Carrillo Rojas, la ministra de Educación Suárez Melo y la ministra de Comunicaciones Sanín Posada, en la grabación de ultratumba que les ha enviado la gente del M-19.

Fue la ministra de Comunicaciones, Noemí Sanín Posada, una abogada conservadora de treinta y seis años nacida en Medellín, Antioquia, en una familia de quince hijos empeñados en defender e interpretar el país para sí mismos, quien trajo a la Casa de Nariño la noticia del mensaje de la guerrilla. Noemí es la oveja aguda, política, de los Sanín: la oveja que sobrevive a las malas rachas y corre riesgos porque correr riesgos es vivir. Viene de años de trabajar en la jesuítica corporación de ahorros Colmena, pero, a pesar de los malos genios, de las exasperaciones del principio, se ha adaptado a este gobierno. Está nerviosa. Ya no tanto como lo estaba hace un momento —tuvo que tomarse un aguardiente en una tienda, a unos pasos del Capitolio, porque la agarraron los estallidos en el camino a la Casa de Nariño—, pero se ve irritable e inquieta.

Llegó a preguntarse entre el ruido de las armas, por un momento, cómo se lidia con un golpe de Estado.

¿Pero cómo le llegaron a la ministra Sanín Posada las exigencias con modos de ultimátums del M-19? El disciplinado e ingenioso Mauricio Gómez Escobar, un periodista bogotano de treinta y seis años que dirige el *Noticiero 24 Horas* y un alma reticente a la vida política que ha marcado a su familia desde su abuelo Laureano hasta Álvaro, su padre, recibió hace un rato un casete desesperanzador en el que todo queda dicho. De inmediato encontró a la ministra de Comunicaciones. Y ella, Sanín, sin perder el tiempo en tonterías, reprodujo la grabación en el despacho presidencial: una voz severa, malherida, guerrillera, hablaba de cese al fuego, de diálogo nacional, del Tratado de Extradición, de acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, de juicio al presidente.

«Desde la honorable Corte Suprema de Justicia, convertida por fuerza de la historia en escenario de un juicio excepcional, el Movimiento 19 de Abril convoca a los colombianos: exigimos la presencia del presidente Belisario Betancur para que responda de manera clara e inmediata a cada una de las acusaciones contra el actual gobierno», dice la voz, despacio, palabra por palabra, desde una dimensión en la que el mundo entero es el auditorio de la lucha de los trabajadores. «Patriotas, hoy, por fin, el futuro está en nuestras manos: con las armas, con el pueblo, al poder», concluye la ronquera, pero luego, a manera de comunicado oficial de gobierno imaginario, recuerda una fecha que revela lo caótico que es todo lo que está pasando: «Octubre de 1985».

—No hay nada que negociar —reacciona, más resignado que indignado, más entristecido que ensoberbecido, el presidente Betancur—: no hay nada por hacer.

Está golpeado porque el ministro de Defensa Vega Uribe no ha sido capaz de ir a verlo: «Que apenas esté andando el asunto viene para acá», ha dicho y mandado a decir. Y él, el presidente Betancur, Belisario, se ve más abatido que humillado. Murmura como un héroe trágico que de verdad creyó que iba a eludir la tragedia: «Nada por hacer», repite, «es demencial». Se traga el hecho de que un enviado suyo, el secretario de la Comisión de Paz Alirio Caicedo, viajó esta mañana a Cali a negociar la paz en secreto con el M-19. Tiene cara de estar pensando «quédense con su guerra maldita». Tiene cara de estarse diciendo a sí mismo, ahora, que es imposible domar este leviatán, este monstruo que es la suma de todas las venganzas.

Y entonces, antes de que la barbarie se vuelva apocalipsis, agobiado por las preguntas que vienen del sistema de

comunicaciones del ejército, da la orden ya cumplida de seguir con la marcha de los tanques.

Se portan, él y sus ministros, como si estuvieran a cargo. Siguen las noticias en la radio porque no hay otra manera de enterarse del horror. Escuchan el casete una y otra vez como cuando uno se niega a creerse la noticia de la muerte de su mejor amigo. Se resisten a negociar porque negociar con los terroristas sería entregarles el alma de los jueces del país. Y se ha conocido que los asaltantes del M-19 que han llegado a los pisos de arriba, sanguinarios e impacientes, hartos de esperar una respuesta de esta presidencia, han declarado que están dispuestos a lanzar a la Plaza de Bolívar los cadáveres de los magistrados rehenes, y a terminar «en átomos volando» como aquel soldado sobrehumano, Antonio Ricaurte, que, según fabricantes de mitos que han sido cuestionados, el viernes 25 de marzo de 1814 se inmoló para evitar que los españoles se quedaran con las armas del ejército libertador.

—¿Y qué va a pasar con su hermano, señor presidente? —le pregunta el canciller Ramírez Ocampo.

—Pues lo que tenga que pasar, querido Augusto, los intereses del Estado van a tener que primar sobre cualquier asunto personal —le responde, envejecido de un minuto al otro, Betancur.

El ministro de Gobierno, el profesor de Derecho Jaime Castro Castro, nacido en Moniquirá, Boyacá, hace cuarenta y siete años, en una familia de campesinos, piensa entonces en la suerte que está corriendo allá adentro su esposa la fiscal ante el Consejo de Estado. El respetado Castro Castro se ha estado jugando la vida por pactar esa paz: gracias a sus gestiones —vemos sus fotografías con los jefes guerrilleros— se han logrado acuerdos de tregua tanto con las

Farc como con el M-19. Y, sin embargo, consciente de que esas conversaciones secretas eran conversaciones entre colombianos, preocupado, a morir, por la mamá de sus hijos, fue el primero en pasarse por la Plaza de Bolívar a preguntar qué estaba ocurriendo y el primero en aparecer en la Casa de Nariño a reconocer la derrota.

Y ahora asiente, entre la taquicardia y el dolor de cabeza, mientras se va esfumando el eco de la frase «los intereses del Estado van a tener que primar sobre cualquier asunto personal».

No hay nada que hacer. Todos los ministros presentes están de acuerdo en todo. Esa gente no quiere negociar ninguna paz: no hay que negociar, tampoco hoy, con ellos. Ceder a sus pretensiones suicidas sería mostrarles una falta de autoridad que les serviría de gasolina tanto a los saqueadores de los locales de La Candelaria como a los agitadores que están empezando a convocar a un levantamiento popular que desemboque en un segundo Bogotazo: «Ya hay gentes enloquecidas», se dice. Cumplirles el llamado al cese al fuego sólo tendría sentido si devolvieran el Palacio de Justicia con todos sus rehenes: de lo contrario sería permitirles recuperar sus posiciones, fortificarse, para ponernos de rodillas.

Transmitir en vivo lo que está sucediendo en la Plaza de Bolívar, con las cámaras que el director de Inravisión ha mandado instalar a unos pasos de la estatua del Libertador que encaró al Pacificador, sería jugarles el juego a estos metedores de miedo.

Pero debe ofrecérseles el respeto de sus vidas, debe haber cierto diálogo que evite el derramamiento de sangre, debe suspenderse cualquier operativo en el cuarto piso mientras el ministro de Justicia, el respetado e irrepetible Enrique Parejo González, consigue llevar a cabo su propuesta de fondo: conversar de frente con el comandante

del M-19 Andrés Almarales, su coterráneo de Ciénaga, Magdalena, a ver si puede conjurarse esa masacre de una buena vez. El abogado Parejo González, de cincuenta y cinco años, que no se deja frenar por maledicencias ni por envidias, representa en el Gobierno al corajudo Nuevo Liberalismo. Su predecesor en el cargo, el neivano Rodrigo Lara Bonilla, fue asesinado a los treinta y siete años por un sicario del cartel de Medellín.

Fue hace dieciocho meses apenas, la noche del lunes 30 de abril de 1984, a unos cuantos pasos de su casa en el barrio Recreo de los Frailes de Bogotá.

Iba pensando en sus hijos e iba siendo justo, en el Mercedes Benz W123 blanco de placas FD 5883 en el que viajaba esos días, resignado a hacer lo correcto hasta el minuto de su muerte.

Quedaba abierta de par en par aquella guerra contra los narcos terroristas que terminaría siendo la guerra de la que no pudo salvarse nadie en el país.

Levante la mano el que quiera ser ministro de Justicia de la nueva República de Colombia.

Él, Parejo González, que es un funcionario serio, un profesor, un senador que sabe lo que hace, pero que ahora mismo, cuando escucha en la radio, con todos, que el ejército está cumpliendo la orden de meter un par de tanques, siente que le sube una corriente de pavor desde la cintura hasta los hombros. Son las 2:05 p.m. cuando al coronel Plazas Vega le llega la orden presidencial de liberar a los rehenes y retomar el Palacio de Justicia. Se suben a cuatro de los tanques Cascavel camuflados, más ágiles de lo que uno recuerda, preparados para entrar por el sagrado e imponente portón principal que me da tanto miedo: «COLOMBIANOS, LAS

ARMAS OS HAN DADO LA INDEPENDENCIA, LAS LEYES OS DARÁN LA LIBERTAD», se leía y se lee en el umbral.

«Adelante», «adelante», «adelante», dicen el ministro de Defensa, el comandante de las fuerzas armadas y el brigadier general de la Brigada XIII porque es una operación de tracto sucesivo: una reacción en cadena, un efecto dominó de arriba abajo, una puesta en escena que va paso por paso por paso.

El primer Cascavel derriba la puerta principal, que da la cara a la Plaza de Bolívar, para abrirles paso a otros vehículos: ¡tras!, ¡tras! Dos tanques más, llenos de soldados, entran después. El coronel Plazas Vega trata de escuchar qué está pasando en el primer piso de los tribunales, «ni una palabra», a ver qué se le ocurre, pero solamente oye los disparos «como una caneca llena de totes». La gente del M-19, que tiene en sus manos las vidas de los magistrados y que está empezando a usar los teléfonos para gritarle amenazas al país, les lanza minas, bombazos, ráfagas. Y ellos, que están tomándose el primer piso, que están repitiendo el grito «¡al que vean, quiébrenlo!», responden con cañones lanzagranadas y ametralladoras, y van dejando el suelo lleno de silencios.

La orden es, en realidad, dispare y siga disparando, y que sea lo que Dios quiera, si es que Dios quiere algo a estas alturas.

Avanzan los tanques. Todo se rompe y todo se agrieta y todo se desmorona a su paso. Y no vemos nada de nada porque la vista se nos ha llenado de polvo y el humo nos obliga a cerrar los ojos, pero sí escuchamos el crujido de los pisos que son techos a un disparo de desplomarse, la caída de las cortinas, el estallido de las ventanas, el

reventón de las lámparas, el desprendimiento de los cuadros y el sobrevuelo de los helicópteros que están descolgando soldados en la azotea. Es entre esos ruidos que sentimos por primera vez un miedo, un espanto que jamás habíamos sentido ni habíamos pensado que se podía sentir. Es, repito, un pavor que ningún órgano del cuerpo nuestro ha soportado: el gemido de los tanques cuando están a punto de disparar.

La máquina aspira, inhala. La máquina cierra el puño, toma impulso. Y hay que cerrar los ojos otra vez: ¡buuum!

Sigue, a las 2:12 p.m. de la cruzada, un plano nadir, un contrapicado: vemos de abajo hacia arriba que desde las barandas temblorosas del tercer piso caen pedazos de hojas oficio —nos caen — con mensajes como «no disparen» o «estamos vivos» o «somos magistrados de la Corte Suprema de Justicia» o «estamos escondidos en las oficinas».

El coronel Plazas Vega, que suele entregarse a las causas de su ejército, está totalmente concentrado en la situación entre el tercer Cascavel que ha profanado el profanado Palacio de Justicia: reporta por los radioteléfonos que, arriados por la ofensiva de los tanques en la primera planta, los guerrilleros se han replegado al costado noroccidental de los pisos de arriba. Advierte que el operativo militar está lejos de terminar porque una guerrillera está soltándoles ráfagas de ametralladora desde un punto estratégico del tercero. Reconoce que el M-19 no sólo tiene todavía el control pleno del cuarto piso, sino que ha estado sumando rehenes. Pero aclara pronto, de inmediato, que todo marcha de acuerdo con el plan.

La Escuela de Artillería va camino a recuperar los dos últimos pisos. La Escuela de Caballería está tomándose los dos primeros. Y

el Batallón Guardia Presidencial está abriéndose paso en los sótanos.

Es cierto. El Urutu A-1 que repta por el primer parqueadero ha dejado de estremecerse después de aquel estallido que terminó encogiendo el sitio. El cabo González, el subteniente Riaño y el soldado Ávila tratan de recuperar la ametralladora MAG 7.62 mm —«la punto cincuenta caída», aclaran los tres al tiempo— entre esa oscuridad inundada de humo. Hay que ir por eso. No puede ser, por ningún motivo, que semejante arma termine en poder de los subversivos. Toca andar por el piso porque cualquier cosa puede volarle a uno la cabeza. Van a rastras entre cadáveres de guerrilleras uniformadas de verde —ay, una tiene los ojos abiertos— con un parche pegado en el hombro derecho que dice «M-19» y dice «con el pueblo, con las armas, al poder».

Hay carros en llamas. Hay uniformes, hay alimentos, hay cobijas, hay ropas de civil porque algunos guerrilleros entraron de civil. Hay disparos como espeluznantes luces de Navidad en el camino a la ametralladora.

Es increíble e inverosímil, las dos cosas al mismo tiempo, que consigan recuperar el arma.

Van bien. Van de salida escudándose en los carros que todavía no han sido acribillados.

Y, sin embargo, en el camino de regreso el soldado Ávila recibe un tiro que le vuela la parte posterior del cráneo, pero sale por la parte frontal, de tal modo que no queda muerto sino moribundo.

Es una pesadilla, sí, una pesadilla soñada por todos al tiempo. Pero están haciendo lo posible e imposible para rescatar al soldado herido —«Ávila y González son los apellidos», se repite el subteniente Riaño por si acaso— que a duras penas mueve un pie

contra el piso. Entrevemos a una guerrillera, "Leonor", disparándole desde el piso de arriba a todo militar que se le asome. Lo único que queda, piensa Riaño, es lanzarle un lazo como si no se estuviera desangrando en el piso, sino yéndose por un precipicio: «Dios», repite, «Dios». Se lo lanza. El soldado lo agarra, pero la herida le sangra más y más, y empieza a ver que esa oscuridad se le abre y que está por morir: «¡Suéltela, suéltela!». Trata una, dos, tres veces antes de lograr, con los ojos cerrados, amarrarle un pie. Y sólo consigue sacarlo de allí cuando se le ocurre lanzar un par de granadas para distraer a la loca esa que está tirándole a matar.

Este es el infierno humeante, polvoroso, asfixiante, renegrido, aunque con velos y sombras grises, de los tiempos sin Biblia.

Pero la verdad es que, gracias a estas unidades blindadas, gracias al liderazgo de mi capitán Solano, están comenzando la recuperación del edificio. Más y más y más compañeros del Batallón Guardia Presidencial —ahí van otros catorce— están avanzando desde el sótano hacia el primer piso. Los guerrilleros se están yendo hacia arriba, en reversa, con las espaldas pegadas a las paredes, resignados a replegarse. Y entonces comienza a entenderse qué carros se están quemando y qué carros se han salvado de milagro. Y se ven los sacos de arena regada en los que se estaban parapetando. Y hay cinco morrales en los que hay un vestido verde, una chaqueta doble faz, dos tarros de salchichas, dos tarros de leche condensada, un encendedor, un cepillo de dientes, dos bolsas de avena, dos cajas de toallas higiénicas, tres cachuchas verdes y siete banderolas del M-19 porque esta gente pretendía quedarse a vivir aquí quién sabe hasta cuándo.

Quedan, en los camiones de acarreos con los que entraron, cables, martillos, azadones, costales llenos de tierra, trampas cazabobos de aquellas de tres estacas que al rozarlas le explotan a uno en la cara y petardos desactivados.

Pero como los guerrilleros ya no se ven por ninguna parte, como ya sólo quedan allí abajo sus cadáveres desmembrados y sus fantasmas condenados a rondarnos hasta que el trauma deje dormir en paz, es tiempo de rescatar a los primeros rehenes.

Hay gritos debajo de la escalera, por los márgenes del hall, en ese primer sótano. Hay una puerta llena de temblores y de rumores que resulta ser la puerta de un pequeño cuarto del aseo en el que once personas están rezando para que no abran los que matan, sino los que rescatan: «Padrenuestro que estás en los cielos…». Sale, de primero, un niño sin nombres ni apellidos, pero con tenis raspados: «Yo, yo, yo», tartamudea enfrente de los fusiles hasta que cualquier adulto les dice «no disparen». El leal e introvertido Jorge Alberto Medina Peñuela, uno de los conductores más puntuales del Consejo de Estado, de treinta y seis años si mal no le oímos, ha tenido los ojos cerrados allá adentro desde que escuchó «¡esto es una toma!», «¡viva Colombia!» hasta que aparecen los soldados, y ahora toma la iniciativa y les explica a los militares que se escondieron allí apenas empezó el asalto.

Allá va esa fila de rehenes. Caminan con las cabezas gachas, y tratan de mirar a todos los lados antes de dar los pasos siguientes, porque el traqueteo de los tiros crece y crece sin piedad y sin sentido. Van a salir. Ya andan en el miedo de afuera. Están de nuevo en la luz plomiza de esa tarde. Llegan unos segundos después al Palacio Liévano, o sea el edificio alargado de la Alcaldía de Bogotá, a

rendirles cuentas a las autoridades. Medina Peñuela entrega una cédula que empieza por diecinueve millones. Jura por Dios que es él, sí es él, cuando cae en cuenta de que los soldados no están confiando en nadie. Se va a un rincón a dar su declaración. Y nosotros vemos su silueta encorvada desde lejos, desde el atrio de la Catedral, detrás de las columnas de la construcción.

El Palacio Liévano fue alguna vez cárcel de mujeres, desalojo de alcaldes, despacho de virreyes.

En la mitad del siglo XIX se convirtió en el edificio más grande que había habido en la ciudad, las Galerías Arrubla, que eran una imitación de las galerías de París, el primer centro comercial de esta ciudad minada que ha estado repartiéndose y refugiándose en centros comerciales.

Y a esta hora, reconstruido según el Renacimiento francés a comienzos de este siglo, convertido en un monumento en el que funciona la sede de la administración de la ciudad, es sobre todo una suma de columnas en donde unos les preguntan a otros «¿qué está pasando adentro?», «¿qué pasó?».

Son las 2:15 p.m. El magistrado Reyes Echandía, presidente de la Corte Suprema de Justicia, levanta un poco la cabeza como un niño que piensa «y ahora qué» y mira hacia arriba porque los helicópteros de la policía están sobrevolando la azotea. No se atreve a decirse que el sonido de esas hélices es una buena o una mala noticia. No tiene claro si van a ser los ángeles o van a ser los buitres. Todavía está en su despacho del cuarto piso, negándose a empezar la ceremonia de la toma, con los ojos enrojecidos por los gases

lacrimógenos. Se ha recostado detrás de su escritorio porque las balas están rompiéndolo todo. Respira con trabajo. El lugar se sacude cada diez segundos. Pero nada que aparecen los guerrilleros por allí.

No hay cómo escondérsele a esta violencia. No hay manera. Cuando Reyes Echandía tenía quince años, en Chaparral, en el sur del Tolima, ir al colegio era pasar al lado de algún par de cadáveres con tiros en el centro de la frente. Salió de allí apenas pudo. Trató de terminar el bachillerato en Honda, en San Gil, en Anolaima. Y apenas se graduó, apenas pudo venirse para Bogotá a estudiar Derecho en la Universidad Externado, comenzó su carrera luminosa de penalista colombiano. Escribió los libros que escribió. Dio las clases que dio. Consiguió probar, repito, que ni siquiera en estado de sitio los militares pueden juzgar a los civiles. Pero está pensando en ese recorrido porque en él hizo tres amigos que tienen que estar dándole vueltas a qué hacer para sacarlos de allí.

Fue el viceministro del ministro de Justicia Castro Castro en el gobierno de López Michelsen: vemos a Castro Castro, en la Casa de Nariño, a la espera de un giro dramático a favor.

Es el asesor más cercano, más camarada, más igual, del ministro de Justicia Parejo González: vemos a Parejo González, en el corrillo de los asesores cercanos, preguntándole al ujier del presidente Betancur si en su reloj también son las 2:17 p.m.

Y es el amigo del alma del general Víctor Alberto Delgado Mallarino, bogotano de cincuenta y seis años y bigote recortado, que fue su confidente en San Gil, su colega en el cuerpo de profesores criminalistas en la Escuela General Santander, su compadre de tantos planes entre las dos familias: vemos al amable, al enfocado,

al frentero general, director de la Policía Nacional, alistándose para ir a una reunión tan urgente como tardía con el jefe de Estado, pero sobre todo lo vemos explicándole a la Comisión de la Verdad para los hechos de la toma, veinte años después, por qué le dijo al hijo de Reyes Echandía, Yesid, que a su papá no le iba a pasar nada; por qué les creyó a los coroneles Herrera Miranda y Arbeláez Muñoz que su amigo había exigido el retiro de la vigilancia del Palacio de Justicia; por qué se enteró de semejante error en la seguridad de los jueces cuando ya no servía de nada enterarse.

Saltamos al día anterior, martes 5 de noviembre de 1985, a una mesa del restaurante La Puerta Falsa de la Catedral: Delgado Mallarino cruza bromas con Reyes Echandía en un almuerzo feliz en el que no se llaman «general» ni «magistrado», como se dicen en público, sino «Víctor» y «Alfonso». No hablan de la seguridad de los tribunales. No hay peligros pendientes por resolver. Se les va la hora y media hablando de las dos casas.

El día de la muerte de uno —de cualquiera de nosotros, empezando por Reyes Echandía— es lo común acordarse de una suma de imágenes de la vida como migas de pan para salir de este bosque del que tanto nos cuesta salir: el disciplinado e intachable presidente de la Corte recuerda sus primeras mañanas con su esposa, sus ratos con sus hijos, sus trabajos cuando era niño, sus cabeceos antes de que apareciera a las 9:30 p.m. en el Canal 9 el *Noticiero Nacional*, sus conferencias en las visitas a los tribunales del país, los pulsos con esta presidencia bipolar por la estudiadísima decisión de la Corte Suprema de Justicia de ordenar las extradiciones de ciertos mafiosos, sus viajes en el Mercedes Benz ocre que da

igual porque no está blindado, su vuelo de Bucaramanga a Bogotá, el pasado sábado 2 de noviembre, con el consejero Low Murtra.

Su hijo Yesid, de veintisiete años ya, porque «cómo pasa el tiempo», es el único que le salió abogado y es cada día más amigo suyo, y entonces lo ha estado acompañando a todo en esos últimos días. El sábado lo recogió en el aeropuerto en la camioneta Chevrolet Luv 2000. El lunes le comentó las palabras que iba a leer esta tarde, pero ya qué. Y ayer en la noche, cuando ya estaban a salvo, lo acompañó a tomarse la última sopa de su vida sobre la mesita para la cama. Reyes Echandía se levantó esta mañana a las 5:30 a.m. a regañadientes, pues todos los miércoles trabaja en la casa, pero este miércoles es un miércoles raro porque tiene que ir a la reunión de profesores en el Externado, pasar «un ratico» por la Corte, dar un discurso que acababa de redactar e ir a comer con amigos lo más temprano posible para que no lo coja la medianoche por fuera del cuarto.

—Qué pereza tener que salir hoy —dijo en voz alta apenas pasó por la habitación de su hijo abogado—: qué pesadez.

Pero ya se va a acabar esta época en la presidencia, pensó, ya faltan un par de semanas nada más.

Se burló porque a Yesid justo hoy le costó despertarse e irse con él en el trancón que va a dar al centro de Bogotá. «Hasta luego, vago», le dijo. «Hasta luego, papá», le escuchó decir. Y fue verdad, claro, porque unas horas después se encontraron en los pasillos de la universidad: hubo un momento de la mañana, hace cuatro horas apenas, en que se sintió obligado a levantar la mirada porque su muchacho —que de lejos es él mismo un par de décadas atrás— estaba saludándolo a través de un ventanal, pero no quería entrar

para no quitarle nada de tiempo de ese miércoles plagado de obstáculos. Se sonrieron como sonriéndole a un espejo en el que el tiempo viene y va. Se despidieron. Siguieron el día con la sensación de que esa desazón era el cielo de noviembre.

El magistrado Reyes Echandía caminó desde la Universidad Externado de Colombia hasta el Palacio de Justicia —junto con sus tres guardaespaldas— de las 11:00 a.m. a las 11:13 a.m. Estuvo de pie en su despacho a las 11:16 a.m. Le pidió a María Yaneth Rozo Rojas, su curtida asistente de veinticinco años que sabe moverse por los laberintos kafkianos de los juzgados, que le pasara en limpio el discurso que iba a leer esta tarde, pero ya ni modo. Le pidió luego a su secretaria Herminda Narváez de Tello, una mujer cauta y cursada de cuarenta y cinco años que pase lo que pase se niega a mentir, que le sacara algo de dinero en el banco. Les dijo a los escoltas que no necesitaba nada más: «Vayan, vayan». Pero el sargento, que es el jefe, no sólo se quedó en el pasillo del cuarto piso, no, volvió quince minutos después porque estaban disparando allá abajo.

Quiere maldecir. Quiere preguntarse por qué les quitaron la vigilancia justo hoy y por qué diablos está allí si nunca va los miércoles.

Su vida ha sido el empeño de separar a este país del Código de Hammurabi, de ese catálogo de castigos de acuerdo con el «ojo por ojo, diente por diente» de la ley del talión, porque no puede ser que hacer justicia siga siendo evitar la ira de los dioses. Y, sin embargo, esto de hoy suena a destino.

No es tiempo de darles vueltas a las cosas, claro, ya no queda más que esperar y esperar y esperar porque esto puede irse para largo como la toma de la embajada. Ya cerraron la puerta del

despacho. Ya le desearon a la serísima Herminda que no la haya agarrado el tiroteo en el camino al banco. Ya se escondieron detrás de los muebles porque el sargento está herido por haber enfrentado el ataque desde las barandas. Ya se acostumbraron a los gritos y las estampidas. Ya se acostumbraron a las ventanas estalladas porque algo de aire entra. Ya sólo es cuestión de paciencia porque tarde o temprano van a aparecer aquí los señores de la guerrilla, pero tres horas después de la primera descarga, a las 2:20 p.m. según su reloj, no se les ha asomado ni una sombra del M-19.

Suenan los teléfonos de los despachos vecinos, ring, ring, ring, ring, ring, porque los aparatos de esta oficina han estado dañados vaya usted a saber por qué fatalidad, por qué sino: «Todos estamos bien, doctor, tranquilo que aquí he estado oyendo la voz de su papá», le dice a Yesid una voz que nadie reconocerá.

Y el magistrado Reyes Echandía le reza a lo que sea para que su hijo no pase esta angustia: «Ya pasó, ya pasó», le repetía cuando niño.

Y entonces suenan sobre nuestras cabezas, como si se tratara de enloquecernos, de callar cualquier arrebato de cordura, los apremiantes helicópteros de la policía.

Y de nada sirve prever ni imaginar ni enterarse de lo irreversible porque en medio de semejante espiral de ruidos —y de golpe— se les cae al lado, al pie, una de las divisiones de las oficinas.

Primero es un ruido. Después es un empujón lleno de escombros. Al final es la aparición de tres hombres de uniformes verdes como tres comandantes de un ejército que parodia al ejército.

—Buenas tardes, magistrado Reyes, es un verdadero honor conocerlo a usted —dice la voz firme, envalentonada, del que da un

paso adelante—. Yo soy Luis Otero, él es Alfonso Jacquin y aquí está Guillermo Elvencio Ruiz, y los tres somos los jefes del Comando Iván Marino Ospina que se ha tomado el Palacio de Justicia para llevar a cabo la Operación Antonio Nariño por los Derechos Humanos: queremos entregarle en las manos esta demanda contra el presidente de la república por traicionar los anhelos de paz del pueblo colombiano; por incumplir los pactos de Corinto, El Hobo y Medellín; por regalarles nuestros recursos naturales a las multinacionales y por entregarles los compatriotas que delinquen a los poderes extranjeros.

—Pero lo que yo no entiendo es por qué entran así —responde la voz serena y dramática de Reyes Echandía—: ¿por qué juzgar a punta de armas?

—Lea usted mismo, honorable presidente, todo lo que quiera saber está en este documento —explica la voz temblorosa, avivada, del comandante Jacquin—: si estamos hoy aquí, en el máximo tribunal del país, es porque conocemos bien la integridad de nuestros jueces.

El magistrado Reyes Echandía recibe unas hojas amarillas que su zozobra, su ansiedad, es incapaz de leer entre las ráfagas.

Tarda en decir una siguiente frase porque se queda viendo a los guerrilleros en la tarea demencial de requisar a su asistente, a la aguerrida Yaneth Rozo, como si mereciera esa agresión a la rutina, como si no fuera una trabajadora que madruga, sino una espía capaz de esconder algo en aquella blusa roja. Va a morir en unas horas. Van a matarla después de tanto suspenso. Pensarán que es el cadáver quemado al lado de los restos calcinados del presidente de la Corte. Durante un poco menos de treinta y cuatro años, o sea

hasta el miércoles 18 de septiembre de 2019, sus familiares vivirán convencidos de que la están velando en esa tumba de los Jardines del Recuerdo, «ay, como estaba de feliz en ese puesto», pero entonces una prueba de ADN hecha por Medicina Legal les demostrará que se les han ido cuatro décadas visitando los restos equivocados: los restos de la abogada Gloria Anzola de Lanao.

El cuerpo de la señora Anzola, que también se había puesto una blusa roja ese miércoles y que andaba en el Palacio de Justicia simplemente porque estaba parqueando el carro en el espacio que le daban a su tía Aydée en el sótano, le será entregado a su hijo Juan Francisco: él, Juan Francisco Lanao Anzola, un administrador samario de treinta y seis años, que habrá dedicado su vida a la reparación de las víctimas de este conflicto armado que se va mudando como el moho, contará a la prensa —de *El País* a *El Tiempo*— que el duelo de toda su vida al menos acaba de cambiar, que en medio de todo siente un gran alivio, que ya no le agobia «la lesa humanidad» y ya puede conocer a la mamá que no pudo conocer porque era un bebé de diecinueve meses cuando murió.

Dirá en las entrevistas agobiantes que no es clara la causa de la muerte porque no hay fracturas ni hay disparos en el esqueleto.

Dirá que falta la espina dorsal, que faltan las costillas, que faltan los brazos, que faltan los pies de lo que fue su madre.

Dirá que está haciendo las paces con la posibilidad de que jamás se sepa cómo fue esa muerte.

Querrá que sea claro, clarísimo, si en el Palacio de Justicia «se cometieron desapariciones forzadas, ejecuciones extrajudiciales y torturas por parte de la fuerza pública».

Contará que su papá tuvo que irse de Colombia porque hasta la mitad de 1988 una voz turbia, de aquellas que un día se permiten a sí mismas, fascinadas e impunes, la crueldad, cada tanto lo llamaba a decirle que no jodiera más: «Hágase a la idea de que en las guarniciones militares le estaban torturando a esa perra que seguro era otra perra del M-19…», le decía.

Repetirá una y otra vez que sería lo mínimo que todo el mundo tuviera claro que su mamá —«me han dicho que era organizada e impulsiva como yo», le dice a la cámara con una fotografía de ella en las manos— fue una abogada serísima que nada tenía que ver con los dos bandos.

Y lamenta con el hígado que la aparición de su madre sea la desaparición de otra mujer, pero les da las gracias a los familiares de «la otra mujer» de la que está hablando, la asistente María Yaneth Rozo, «por haberle dado cristiana sepultura a la mujer que me dio la vida».

La asistente Rozo acaba de ser requisada por un par de guerrilleros como si no fuera una asistente plenamente dedicada a la causa de la Corte Suprema de Justicia, sino que hiciera parte de quién sabe qué gentes enemigas. Se acomoda la blusa roja porque se acomoda la dignidad. Ya es ella otra vez. Ya es la persona que conocen en su casa. Fija la mirada en su jefe, el doctor Reyes Echandía, tan sereno, tan digno, pero luego, cuando lo ve mirando a la azotea porque siguen rondándolos los helicópteros, se pone ella misma a mirar hacia arriba a la espera de que se les venga encima el cielo: vemos en las pantallas en colores de 1985, más pálidas, más amarillas que azules, cómo van saltando las tropas especiales desde el helicóptero blanco y alargado de la policía.

Se agarran del tren de aterrizaje antes de lanzarse a la terraza desde cinco metros de altura. Se esconden detrás de los muros porque alguien está disparando.

Este helicóptero, el que estamos viendo, va piloteado por el teniente Moore. El aventurero, meticuloso, cercano Moore Perea, Luis Alberto, un bogotano de veintiséis años y dos metros de estatura que creció y creció en Chocó, es el primer hombre negro que ha tenido a cargo un Mi-17 a pesar de las discriminaciones que estuvieron a punto de derrotarlo —y a pesar de los ruegos y de las lágrimas de sus padres para que dejara la Escuela General Santander—, pero es, además, un hombre que se concentra más que todos los hombres, y así va sobrevolando esa azotea: treinta años después reconocerá, con entereza, que ese miércoles en la tarde tiene mucho miedo, que ese vuelo en ese cielo tan cargado lo sigue marcando, que, cuando está a punto de dejar a sus compañeros allí, en la terraza, llega a estar seguro de que va a accidentarse.

No es un piloto soberbio, pero sí es un piloto satisfecho porque ha sido de los primeros que ha fumigado la mariguana de la Sierra Nevada de Santa Marta, pero también es uno de los elegidos para llevar a cabo el desembarco de hoy.

«Aquí va el negrito Moore», se dice sonriéndose a sí mismo y riéndose de sí mismo, «porque Dios también quiere a los negros y conmigo ha sido muy bueno».

Son las 2:22 p.m. del miércoles 6 de noviembre de 1985. Va nervioso. Va fruncido. Pero va a ser un poco peor el jueves 14, aunque no lo sepa ni lo alcance a imaginar, porque el grito «el volcán Nevado del Ruiz va a explotar y Armero va a acabar

sepultado» —que han pegado tantos expertos desde el principio de este año— no sólo no ha sido escuchado por los políticos desdeñosos de Bogotá, ni mucho menos va a ser tenido en cuenta mientras se va derrumbando el Palacio de Justicia como la Torre de Babel que tarde o temprano va a caer en todas las culturas humanas: el teniente Moore verá miembros, tejados, miradas entre el barro que ha borrado Armero, pero ahora mismo, mientras espera a que sus compañeros salten, no ve sino esta azotea.

Son tres helicópteros los que han pasado por encima de la edificación y han dejado a catorce hombres en esta terraza de piedra que les tiembla en los pies. El general Delgado Mallarino, que dirige a todos los policías del país, ha dado la orden de recuperar el cuarto piso en el que deben estar los magistrados: «Mi querido Alfonso…». Y los muchachos del Comando de Operaciones Especiales, animados por los capitanes Talero Cruz, Contreras Rodríguez y Orjuela Sánchez, toman las posiciones acordadas, avanzan centímetro por centímetro por centímetro entre los respiraderos del techo, y se dan la bendición un par de veces por si acaso —y que sea lo que Dios quiera— cuando levantan las tapas de las claraboyas.

Son recibidos a tiros, claro, los van a matar. Está disparándoles el guerrillero "Miguel", que ha cruzado la línea a ese lugar humano en el que la frase «vencer o morir» tiene sentido, porque no han podido llegar los demás con sus fusiles a apoyarlo.

Todos los guerrilleros están subiendo desde el sótano y desde los primeros pisos porque hay que proteger las medicinas que han traído en los morrales, porque hay que subir las municiones que traían en los camiones, porque están buscando quién les cure las heridas, porque las minas que había ordenado "Memo", el "Memo"

de “Claudia”, no han detenido la marcha de los tanques del ejército, pero el valluno “Miguel”, o sea el tenso, alerta e ingenioso Javier Ulpiano Varela Polanía, de veintiséis años, se ha quedado solo en la tarea de contenerlos a todos: «¿Dónde están los compas?», se dice a sí mismo para escuchar alguna voz, «¿dónde está “Levy”?», «¿dónde está “Laura”?». De aquí nadie lo mueve. Tiene balas hasta que se acabe este puto mundo tan mal hecho.

Desaparecerá para siempre dentro de unas cuantas horas. Se quedará en el limbo de este país porque no se verá entre los vivos ni entre los muertos. Pero a las 2:29 p.m. de esta jornada sólo piensa en disparar.

Sus balazos y sus gritos de guerrero no dejan en paz al magistrado Reyes Echandía, pero sobreponiéndose a sus nervios, callándose allá adentro la voz que le repite «pensé que iban a ser los narcos…», termina por fin de leer las hojas amarillas que revelan el propósito de la toma. Se quita las gafas de marcos plateados por un momento. Se rasca los ojos pequeños, nublados, antes de ajustárselas de nuevo. Se suelta el nudo de la corbata de franjas en blanco y negro. Se quita el pesado blazer gris entre semejante calor. Ya en chaleco, abrumado porque no hay nada que no esté pasando en este momento, se queda mirando las caras atentas de los comandantes del M-19. Unos segundos después logra volver a las líneas altisonantes del documento mientras se le ocurre alguna frase como una llave que los saque de allí.

—Tiene que haber un cese al fuego —les recuerda sin quitarles la mirada a sus miradas armadas—: yo ya no soy el presidente de la Corte, sino apenas un rehén.

—Pero usted puede irse cuando quiera, doctor Reyes, por su cuenta y riesgo puede irse ya —contesta el comandante Otero, sin cinismo, más bien enfrascado en la causa de devolverle la democracia a la gente, sobre el enloquecedor ruido de fondo—: si nosotros entramos aquí armados no es porque estemos secuestrando a nadie, ni porque estemos pensando en negociar alguna cosa a cambio de dejarlos a ustedes en paz, sino para que todo el mundo sepa que aquí en Colombia es imposible debatir de forma pacífica y sólo se escucha la voz del pueblo cuando el pueblo está armado, pero yo sí quiero que sepa que usted podría irse ya, doctor, si la gente del ejército no estuviera disparándole a todo lo que se moviera.

—Por ahora lo mejor va a ser que nos salgamos de esta oficina —piensa en voz alta el comandante Jacquin.

Y, con el aplomo que les da conservar el control del corredor nororiental del Palacio de Justicia, se dirigen a la oficina que queda más cerca de la escalera que va a dar a la azotea.

Es el desordenado despacho del fondo, el 406, del magistrado valluno Pedro Elías Serrano Abadía. Va a cumplir cincuenta y siete años maravillosos dentro de dos semanas. Es el hombre más honesto entre tantos hombres honestos. Vive en la tarea de que cada una de sus palabras sea la palabra que está pensando, la palabra verdadera. El miedo de su vida —lo peor que podría pasarle — es que alguien se atreviera a llamarlo corrupto. Quizás sea por haber sido un hijo único tan amado, tan contemplado, que también fue un adulto rodeado de adultos desde que tuvo uso de razón: sus amigos fueron y habrán sido los viejos. Nació en Buenaventura, creció en Chocó y estudió en Popayán, y fue siempre un niño viejo,

dulce y ocurrente, como un padre antes de tiempo, como un profesor desde el principio. Tiene sentido que la tesis con la que obtuvo el título de doctor en Derecho y Ciencias Políticas, de la Universidad Nacional, haya sido sobre la bigamia: su vida ha sido ser él, él mismo, sin ambages ni máscaras, a toda hora y en todas partes. Serrano Abadía es un espejo de lo bueno. Siempre sonríe. Está sonriendo ahora.

Les dice a los guerrilleros «sigan, sigan», en tono de anfitrión, porque su lengua es el humor.

Pero también porque es un cinéfilo, sí, tiene sentido del drama, y alcanza a notar lo absurda, lo empeliculada que es esta batalla. Ha visto *Brazil*, *Alas de libertad* y *Testigo en peligro*, con su esposa, con su hijo y con su sobrino, en estas últimas semanas. Se sentó en la primera fila en el homenaje al cine de Georges Méliès que se hizo en la Cinemateca Distrital. Y esta mañana justo estaba defendiendo *Amadeus* por enésima vez, con su autoridad de melómano que va de las sonatas a los alabaos, porque «es una ficción sobre lo cerca que está Dios de la vulgaridad, ve», cuando empezó a escuchar el fin del mundo: «Sigan, sigan», les dice como si la realidad hubiera pasado de ser una película intimista a ser una película de desastres.

—¿Qué los trae por acá? —pregunta mitad en broma, mitad en serio, porque jamás va a dejar de ser él.

Está tranquilo, además, así se esté viniendo abajo el país y así los comandantes lo estén mirando como a un viejo loco, no sólo porque como cualquier cinéfilo se niega a contemplar la idea de morirse, pues siempre es morirse antes de un estreno, sino porque está convencido de que esto va a ser otra osadía «de unos díscolos que se la pasan jugando a la revuelta». Eso le dijo hace un rato, por el

teléfono, a su amigo entrañable Álvaro Villegas Moreno. El antioqueño Villegas Moreno, constructor conservador de cincuenta y un años, es hoy el presidente del Congreso, y ha sido el gobernador de su departamento y el alcalde de Medellín, pero para él sigue siendo el muchacho al que le dirigió la tesis: «No te me preocupés que de esto salimos en un rato, Alvarito», le dijo.

Villegas Moreno, que desde su despacho presidencial en el Capitolio Nacional, a cien metros apenas del Palacio de Justicia, justo estaba viendo cómo los tanques tomaban sus posiciones estratégicas, cómo el portón majestuoso e impotente iba cediendo a los embates del primer Cascavel hasta volverse añicos, cómo se descolgaban los agentes desde los helicópteros, cómo temblaban las estructuras de aquella edificación que podía derrumbarse como pueden derrumbarse todas, cómo el eco enloquecedor de las ametralladoras iba asentándose igual que se va asentando el rumor de una tormenta, cómo iba saliendo desde el centro de la construcción una torre de humo negro. Y entonces sólo supo decirle a su amigo «contame pues cualquier cosa».

El magistrado Serrano Abadía, más dado a las comedias que a las tragedias, no acusó recibo de la preocupación de su amigo el senador de la república, pero ahora que están entrándosele los guerrilleros a la oficina empieza a sentir que la tarde ha comenzado a enrarecerse.

Viene con ellos el presidente de la Corte Suprema, Reyes Echandía, harto de mantener la compostura. Qué derrota ser humano. Qué triste tener que salirse del papel que se ha escrito uno a uno mismo, tarde o temprano, entre el sudor, entre el hollín de la guerra, entre la inquietud que nos desenmascara: sólo somos esto

que somos todos. Reyes Echandía sigue siendo Reyes Echandía a esta hora de la película de desastres, pero, a ojos del magistrado cinéfilo Serrano Abadía, está comenzando a ser otro ser humano, otro cuerpo sitiado, dolorido. Serrano Abadía no se queda dándole vueltas a esa idea, tan propia de quienes piensan que la vida es un vaivén de la trasescena al escenario, porque el timbre del teléfono suena y suena sin miramientos: ring, ring, ring.

—¿Quién es? —contesta la quijada prominente del comandante Otero, que siempre se estaba quejando de que lo dejaban por fuera, y mírelo ahora en el ojo de un huracán de la historia—: ¿quién llama?

—Soy Yesid Reyes, señor, mi papá es el magistrado Reyes Echandía —dice el hijo del presidente de la Corte Suprema desde un teléfono verde Western Electric ITT de botones—: ¿con quién hablo yo?

—Yo soy el comandante del M-19 Luis Otero, cabeza de la Operación Antonio Nariño por los Derechos Humanos, a cargo de la seguridad de todos los magistrados del país, pero déjeme decirle, Yesid, que si en los próximos quince minutos no conseguimos dialogar con las gentes del Gobierno acá adentro nos morimos todos —reclama el guerrillero, ido, fuera de su cuerpo ya, resignado a decir en voz alta sus líneas como un actor que tiene claro el final—, porque aquí estamos reuniendo a los civiles para que no les pegue ninguno de los balazos que están rompiendo las ventanas y rozándonos a todos, pero el ejército va a seguir disparando a todas partes desde todas partes hasta que no quede piedra sobre piedra.

—Quiero hablar con mi papá —contesta, sin aire, el determinado Yesid Reyes—: voy a hacer todo lo que pueda, pero quiero hablar

con mi papá.

—¿Cómo estás, mijo, cómo vas? —pasa a ese teléfono que será su último lugar en el mundo, el teléfono 2415015, el presidente de la Corte.

—¿Cómo estás tú, papá, qué pasa allá adentro? —pregunta el hijo.

—Estoy bien, mijo, estoy bien, rodeado de comandantes del M-19 que quieren conversar temas del país, pero sobre todo tratando de ver qué se puede hacer en medio de esta locura —contesta el padre estoico, graduado de padre—: necesitamos todos aquí adentro que dejen de disparar porque los señores de la guerrilla traen propuestas muy concretas que hay que discutir, pero no hay manera de estudiarlas si no hay pronto, muy pronto, un cese al fuego.

El abogado Yesid Reyes, un hijo que ha honrado y honrará a su padre hasta el final de los días, mira el reloj como diciéndose que ya han pasado dos minutos de los quince. Parece estar adentro del Palacio de Justicia —de cierto modo lo está— porque respira con trabajo: Dios, levanta el pulgar e indúltanos. Si consigue espabilar apenas cuelga, «adiós, hijo», «adiós, papi», es porque le alivia la serenidad de su padre. Quizás no esté tan grave el asunto, tan de vida o muerte, pues los del M-19 están hablando de propuestas, pero se espabila y se levanta porque se ha tomado a pecho el mensaje del señor Otero: puede ser que les queden más minutos de vida, pero es evidente que, de no parar ya esa balacera que se escucha hasta acá, tienen el tiempo contado.

Vemos que sale de la pequeña oficina de la Universidad Externado en la que ha estado hablando. Vemos que ya no hay nadie más allí.

Falta un cuarto de hora para las 3:00 p.m. Es un poco tonto, pero también es muy humano decir lo que voy a decir: que todavía están a tiempo de evitar que esa batalla bárbara termine en holocausto. Quienes sepan la historia ya, o sea los sobrevivientes, los espectros de las víctimas, los familiares de los desaparecidos, los cronistas que nos han donado su sistema nervioso en la tarea de reconstruir los hechos, los comisionados de la verdad que han querido servirnos a todos y los niños que no pudieron dormir por esos días, tendrán clarísimo que la suerte estaba echada —la tragedia se había puesto en marcha y sólo faltaba perder el pulso con el destino— desde el primer «¡viva Colombia!» en la entrada del parqueadero. Pero los colombianos atrapados en el fuego cruzado del Palacio de Justicia, fuego suicida, están pensando que tiene que haber una salida.

Nosotros sabemos que no. Somos la acezante e impotente cámara al hombro que recorre el Palacio de Justicia desde el sótano hasta la azotea. Damos la vuelta por el techo de losas, como se da la vuelta al vacío de allá adentro, a unos pasos de las persianas de piedra verticales y pegados a las claraboyas que van a dar a los tejados de tejas de ladrillo: «¡Ojo ahí, ojo ahí!», gritan los soldados que están tratando de entrar, «¡por allá, por allá!». Estamos, ahora, en el cuarto piso: hay diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta y pico de personas reuniéndose en la oficina del magistrado Serrano Abadía porque se están acabando los refugios de la balacera. Bajamos al tercer piso por las escaleras del norte: está lleno de cuerpos en tierra, de cuerpos agachados, de cuerpos encomendados a los santos que no han sido tomados como rehenes. Damos con los consejeros de Estado que ponen al día a sus familias, detrás de sus

barricadas de sillas, de despacho en despacho por el segundo piso. Nos cruzamos con las filas de soldados, que suben y suben, cuando descendemos al primero. Qué desolación esa puerta esplendorosa vuelta mierda, pero hay inocentes saliendo al fin de allí. Salen de uno en uno agarrados de las mangas, cadenas humanas cortadas con tijeras, con las miradas aterradas de aquellos que atraviesan una tormenta. Y de arriba abajo, de la azotea al sótano, nosotros sabemos quiénes van a seguir viviendo y quiénes no.

Tal vez sea buena idea detenerse brevemente, quizás poner en pausa la imagen, cada vez que hallemos de reojo a todo aquel que va a morir.

Tal vez sea buena idea verlo todo por última vez, como quien ve una maqueta de la Plaza de Bolívar, antes de que este relato sea definitivamente el mural del triunfo del infierno.

O sea antes de que, de una hora a la siguiente, todo sea un amasijo de gritos, de descalabros humanos, de dramas truncos, amputados.

Vamos desde el sótano hasta el segundo piso. Seguimos hasta donde podemos a los cuerpos de las fuerzas armadas, que si los retratamos uno por uno son muchachos reducidos a las órdenes que les han dado y cerebros que han activado su respuesta de supervivencia —detectaron la amenaza, produjeron la adrenalina, revivieron sus miedos, aceleraron la respiración, contrajeron los músculos, prefirieron pelear a escapar—, y los seguimos porque en un par de horas van a completar 138 civiles rescatados, ¡138 ya!, que se refugian en la Casa del Florero. El humo está empezando a ahogar a todos los ciudadanos que se han encerrado en los pequeños cuartos y en las oficinas de las primeras plantas del

Palacio de Justicia. Y entonces las puertas se abren y se tratan de abrir.

En el sótano, el jefe del Archivo General de la Corte, el discretísimo José Emilio Pinzón, tiene los ojos cerrados y la mandíbula apretujada mientras el destino decide si se lo lleva o si no. Ya trató de salir «a ver qué» porque la luz del reflector del Urutu se le metió por debajo de la puerta de su bodega, «¡auxilio, soy un empleado, ayuda!», gritó, «¡salga!», respondió algún soldado, pero una ráfaga de ametralladora lo obliga a retroceder apenas pone la mano en la manija. Se da la bendición: «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores». Quiénes están afuera. Por qué quieren meterle candela a ese sitio. Agarra el extintor y rocía los resquicios de ese cuarto de la memoria que ha cuidado tanto. Ojalá no sea mi muerte, piensa, hoy no, por favor, hoy no.

Se junta a una pared como cualquiera que quiera vivir, y le lanzan una granada, ¡bang!, ¡bang!, ¡bang!, que lo hace volar sobre los archivadores.

Despierta una hora después porque un soldado del ejército lo agarra de un brazo antes de que se muera de ahogo.

Y se lo lleva desde la humareda del sótano hasta el primer piso de la Casa del Florero, a la habitación de piedra frente a las escaleras, junto a un par de desconocidos que entrecierran los ojos porque la luz de esta tarde no es la misma luz que conocemos. Poco ven. Pasan junto a los fusiles de los demás soldados. Cruzan los umbrales. «Siga por aquí, hermano», le dicen a Pinzón, «tómese un café para los nervios». Pero a los dos desconocidos, conductores de los consejeros de Estado que se han salvado por muy poco —y por qué ellos sí y por qué no los 101 que van a morir—, se los llevan a

los cuartos penumbrosos de allá arriba a hacerles unas cuantas preguntas: «Ustedes son rehenes especiales», les explican, y van de un miedo al siguiente.

Porque ya no hay un solo espíritu en las fuerzas armadas de este país que tenga tiempo para pensarse dos veces lo que se está llevando a cabo.

El bonachón, cándido y crédulo Becerra Rojas, Manuel Eduardo, soldado de veintidós años del Batallón Guardia Presidencial, sale de atrás de uno de los tanques. Va. Anda para no temer. Sigue adelante para sobrevivir. Sube por las escaleras surorientales del sótano que dan al primer piso. Unos cuantos se quedan allí a ver a quiénes se encuentran, pero él avanza y avanza otro poco. Tiene al lado a siete militares más que no puede nombrar ni podemos nombrar porque él no los conoce: vivan o no, mueran o no, será la primera y la última vez que los vea. Tardan un poco en seguir porque seguir es vencer a los guerrilleros que disparan en las escaleras: «¡Creo que cayó!», grita alguno, «¡cayó!».

Escalan entre cuerpos, entre cascos vacíos. Gatean por si acaso. Trepan en los silencios breves. El tiempo se les ha quedado quieto a todos los que están allá adentro, desde los guerrilleros hasta los soldados, desde los abogados hasta los empleados que son «el pueblo» o son «la ciudadanía» pero nada tienen que ver con nada, y el tiempo se les ha varado, cenagoso, porque es el tiempo de la supervivencia, y, sin embargo, entre los bombazos de los lanzacohetes y las cargas explosivas de los bangalores y los gases lacrimógenos, entre el sofoco y la estrangulación y el calor demoniaco y la desolación, empieza a pasarnos la tarde a todos los demás: son las 3:00 p.m., las 3:33 p.m., las 4:00 p.m. y las 4:44

p.m., y es obvio, si uno se atreve a decirse la verdad, que es irreversible la debacle.

Un escuadrón de vengadores o de rescatadores del ejército —lo que pase primero— se queda en el primer piso porque sienten que hay rehenes moviéndose en los rincones de la Secretaría de la Sala Penal en donde se la pasaban los guerrilleros en estas últimas semanas. Hay susurros. Está oscuro. Está apagado todo, cerrado y enlutado al mismo tiempo. Se encuentra allí un grupo de abogados y de auxiliares y de funcionarios que a punta de coraje, porque en ese entonces poco se cree en el psicólogo, van a tener una vida a pesar de todo: el magistrado bogotano José Heriberto Velásquez Ramos, un viejo sabio, Chepito, que piensa sobre todo en su familia, hace lo que puede para despejarse el miedo; el magistrado auxiliar Rafael Urrego Beltrán, tan corajudo, tan pendiente de estar siendo útil, cuenta las horas que se les han ido pensando que van a matarlos; el asistente Joselín Sánchez Alvarado, compungido, anda entregado a ese equipo de asustados; el jurista alpujarreño Fabio Ospitia Garzón, tan paciente, tan atado a su tierra, pide a sus muertos que lo dejen llegar algún día a las oficinas del cuarto piso; el licenciado villanuevero Esteban Bendeck Olivella, que había ido a consultar un expediente, está preguntándose por qué la gente del Gobierno se demora tanto en hablar con la guerrilla; la asistente Denis Durango Durango, que sabe estar sola, repite una oración que nadie escucha; el secretario negro Orlando Arrechea Ocoró, de Santander de Quilichao, sospecha que toda la mala suerte va a ser suya; la colaboradora Gilma Paredes, de pocas palabras, lleva el ritmo de la ansiedad con su pie derecho; el articulado Luis Fabián Romero, que cada vez entiende mejor, como empleado, la oficina que van a

arrasar, está agarrándole la mano a una compañera para que no tema.

Se llama Yaneth Beltrán Forero. Tiene veintisiete años nada más. Trabaja en la relatoría de la Sala de Casación Penal, en el sector norte del Palacio de Justicia, desde hace un tiempo. Tiene un vestido lila que está intacto entre esa pesadilla. Se arrodilló debajo del escritorio de su jefa, la doctora Hilda, a esperar el paso de los trotes de los guerrilleros —«esto es una toma del M-19»— al silencio que uno no sabe si es peor. Contestó el teléfono negro de disco, el ITT, porque ella sí pensó que podía ser su esposo: «Te amo mucho», le dijo él, «quédate quieta hasta que eso se acabe». Yaneth se salió, claro, no hizo caso, pero se devolvió porque no sólo se encontró el cadáver de uno de los vigilantes de todos los días a unos pasos de la puerta, sino que escuchó el llanto de las seis mujeres que trabajaban en la oficina de enfrente.

Ay, la señora de la fotocopiadora, tan querida, tan personaje, que siempre le decía a uno «espere un poquito» en vez de decir que sí: se había machucado con una puerta un par de días antes y tenía una uña hendida, y ya daba igual cualquier achaque.

Yaneth se repitió un padrenuestro sin puntos ni comas, «padrenuestroqueestásenelcielosantificadoseatunombrevengaanosotrostureino», mientras un guerrillero herido de muerte arrastraba el fusil por los pisos de mármol, cuando pensó que se le iban a meter al despacho, y después de rogarle por el teléfono negro a su hermano que le pidiera a su mamá que le cuidara a su bebecita de un año si acaso le pegaban un tiro «ahora en un rato».

«Todo esto es mi culpa», pensó, «yo me dejé engañar», «yo le mostré todo», «yo dejé que esa guerrillera se pasara todos estos

días aquí»: fue en marzo que se empezó a hacer amiga de esa mujer blanca de ojos verdes, de Irma, Irma Franco, la guerrillera Irma Franco Pineda, que sólo le dijo que era una estudiante de Derecho. Quería hacer su trabajo de grado. Necesitaba ayuda, por favor.

Y ellas dos, «nosotras dos, mi amiga Mercedes y yo, entramos en confianza con ella, y la guiamos, y le presentamos incluso al magistrado Urrego Beltrán», cuenta a la cámara treinta y tres años después, Dios, el tiempo se va.

«Quién iba a saber que estaba haciendo todo eso de los estudios para tantear el terreno para la toma, pero, en nuestra defensa, no sólo estábamos haciendo el trabajo que teníamos que hacer —que era atender al público y ayudar en las investigaciones—, sino que jamás supimos de sus intenciones: la jefe de Mercedes siempre nos decía que debíamos tener en los cajones de los escritorios toallas higiénicas, botellas de agua, comidas, porque en cualquier momento se tomaban el Palacio como la Embajada de la República Dominicana, pero tampoco tuvimos en cuenta esas advertencias», dice. Sí les pareció muy raro que el sábado pasado, el sábado 2 de noviembre de 1985, organizaran esa formación de policías en el patio. ¿Quiénes eran? Ni idea.

Ella estaba tomándose un café en la cafetería con un compañero de la secretaría. Estaba pendiente de su hija de un año, Martha, Martha Yaneth, que acababa de aprender a caminar por los pasillos del primer piso. Preguntó al celador de esos días si sabía algo: «Quién sabe…», se preguntó el señor en voz alta.

Y no le dijo nada más, pero ahora, en esta oscuridad, se da cuenta de que ella sí pasó por alto todas las señales de la catástrofe,

todas: «¿Y si estaban planeando cómo se iban a mover?», piensa, «ay, Dios, protégenos».

Irma, Irma Franco, la guerrillera del M-19 Irma Franco, se le acercó esta mañana a pedirle el teléfono. Hubiera jurado por su mamá y por su hija que era una simple estudiante de los años ochenta. Andaba más pecosa que todos los días. Se veía más tranquila, más chévere. Tomó prestado este mismo teléfono, el ITT, para llamar a su esposo: «Ya puedes venir por mí, mi amor, ya estoy lista», le dijo, «acá te espero». Pidió las llaves del baño que queda entre el primer piso y el segundo. Y apenas arrancó la toma, «¡viva Colombia!», encerró a un montón de personas allá. No ha venido por aquí. Que no venga, se dice Yaneth. El piso vibra por los tiroteos, por los bombazos, por los tanques. Y ella anda tragándose el polvo que está levantando esa guerra.

Estuvo sola mucho tiempo: «Dios te salve, María, llena eres de gracia», rezó, «el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». Lloró mucho, muchísimo. Pegó varios gritos. Pero hace una hora más o menos el magistrado Urrego Beltrán rompió a patadas la biblioteca rojiza —llena de fólderes AZ con sentencias de la Corte— que divide las dos oficinas: «¿Cómo está?», le preguntó porque la sintió a punto de desesperarse, de enloquecerse, y abrió un hueco por el que ella pudo pasarse a donde estaban ellos. Y ahora está allí con el padrenuestro entre los dientes, acostada sobre un tapete beige, agarrada de la mano de su compañero Luis Fabián.

Se ve poco. Se ve el espectro del humo porque acaban de encender el poste de la calle 12 con la carrera 7ª.

Vemos la humarada que hace muecas en la oscuridad, como enviándonos mensajes cifrados, hasta que alguien abre la puerta de esa oficina. Escuchamos un rugido que parece un grito, pero es el ajetreo del lugar. Desde el piso, o sea desde la mirada de Yaneth, notamos un par de botas cenicientas que preguntan «¿hay alguien aquí?». Nadie responde, claro, porque lo más seguro es que se los lleven a todos como se llevan a la gente en Colombia: «Cualquier cosa, yo no soy magistrado, sino que apenas trabajo aquí», les susurra Urrego Beltrán a sus compañeros de escondite. Y entonces las botas polvorientas, exasperadas, afanadas, ya no preguntan si hay personas en este lugar, sino cuántos son: «¡Necesito que me digan!», les reclama, «¡somos del Ejército Nacional!».

—Somos doce, trece, catorce empleados de la Corte —se atreve a decirle el doctor Velásquez Ramos—: por favor, por Dios, no nos hagan nada que sólo somos empleados.

Los levantan. Les ordenan que salgan con las manos en alto. Uno de los jefes, que vaya usted a saber, entre semejante oscuridad, si pertenece a la guerrilla o pertenece a las fuerzas armadas, les grita que se tranquilicen: «Vamos a sacarlos a todos de acá, pero tienen que tener las manos arriba porque si no les disparan desde los otros pisos», explica. Sánchez, Joselín, se pone de pie para darle las gracias, pero su agradecimiento es una manera de tantear si están diciéndoles la verdad, si de verdad son de los que rescatan. Se van levantando porque qué más pueden hacer. Ya qué. Toca. Pero ella, Yaneth, no puede moverse. Tiene el cuerpo dormido. Sólo consigue llorar y llorar, ay, Dios, no va a salir de allí jamás.

—Venga, negrita, que yo le ayudo a salir de acá —le dice un hombre que resulta ser del Goes.

—No puedo.

—Claro que puede, negrita, vamos a salir los dos cogidos de la mano —le promete—: ¿usted me deja que le coja la mano?

Ella asiente. Y, de la nada, como si Dios le hubiera dado el último aliento, como si hubiera negociado con el destino en una corte invisible, está por fin de pie. Va entre la oscuridad del primer piso contando los pasos, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, hasta que se encuentra cara a cara con el maldito tanque Cascavel. Siente que le han metido un monstruo en la sala de la casa, «¿qué hace esto acá?», mientras camina junto al cadáver del vigilante que esta mañana le dijo «buenos días» con la mirada fija. Es la penúltima de una fila india encadenada a punta de puro pavor, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, con las manos arriba junto a las paredes hirvientes. Ve a un medio hermano allá afuera, Fernando, en el camino: «¡Dígale a mi mamá que estoy viva!».

Dan treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, ochenta, noventa, cien pasos: han llegado, al ciento diez, a esta Casa del Florero que ya no es museo, sino calabozo.

No hay nada que tomar. No hay tinto ni hay nada, ni quieren dar nada. Hay agua en las llaves de los lavamanos en los baños, algo es algo. Caminan por los caminitos de piedra que les tuercen los tobillos. Terminan metidos en un salón, mirándose con la alegría de estar vivos y la tristeza de tener el horizonte del trauma justo enfrente, respondiéndoles preguntas violentas a unos funcionarios de la Dijín y el F2 que teclean con los dedos índices una máquina de escribir: «¡Ese es un muchacho de bien!», grita Yaneth cuando ve que están interrogando como a un criminal a un periodista de la

revista de Legis, y el doctor Velásquez Ramos, que se las sabe todas, le susurra «venga para acá, Yaneth, que si usted sigue así la van a tener aquí quién sabe hasta cuándo».

Se vuelve a meter porque se han llevado al segundo piso al elegante y sereno de Orlando Arrechea Ocoró, que, por ser negro y venir de un municipio que la gente de ese ejército suele asociar con la guerrilla, ha empezado a ser maltratado enfrente de ella, enfrente de ellos, pero ya no es sólo el doctor Velásquez Ramos sino los demás compañeros los que le ruegan que se calle. Arrechea Ocoró terminará encerrado en un calabozo del Cantón Norte, empujado, golpeado, torturado, y se salvará en el último minuto, «por favor, Henry, yo no he hecho nada», porque un militar que lo conoce desde hace años —y que por poco sigue derecho— convencerá a sus compañeros de que ese hombre es inocente.

Vamos al primer plano de la cara del abogado Arrechea Ocoró, tranquilo, explicándonos que se dedicarán a acusarlo de ser uno de los guerrilleros que participaron en la toma de Corinto: «Sí son mis documentos», les repetirá mil veces.

Es claro su miedo al dolor, su miedo a perderlo todo porque sí, su miedo al racismo. Se le nota hasta aquí el temor a morirse así como así, de golpe, sin moralejas ni despedidas, después de haber sobrevivido a tantas cosas.

Se le ven la culpa, la melancolía, la alegría del sobreviviente. Se le ve que, aun cuando no lo quiera, va a tener presente ese par de días que pudieron ser los últimos. Pero que es el primero en reconocer que nadie que ya esté afuera del Palacio de Justicia va a vivir lo que se está viviendo del sótano a la azotea.

Volvemos allá adentro, acá adentro. Por fin llega una compañía de soldados, reunidos por el destino e improvisados, a lo que parece ser el teatro, el auditorio del segundo piso del Consejo de Estado, sí, eso era, eso es.

Ya hay gases de humo que van a estallar. Ya hay tapetes y cortinas y estanterías de llamas. Ya hay enredaderas y arbustos de fuego. Era inevitable, claro, todo allí es susceptible de arder, pero para entenderlo mejor vemos de reojo a los asaltantes que han prendido brevemente el sótano, a los guerrilleros que han quemado expedientes, a los militares que han volado lo que encuentran a su paso. Y los soldados de la compañía que acaba de llegar tosen y tosen y tosen porque cada vez hay menos aire en el incendio, ¡tos!, ¡tos!, ¡tos!, no se oye ni se ve a nadie detrás de las puertas de esta oficina. No tiene nada de raro que estén muertos. Quién puede vivir entre tanto humo.

Empujan la puerta con los brazos. Empujan la puerta con el costado, ¡pum!, no abre. Tres soldados sin nombre ni apellido se le suman a la tarea como siguiendo la coreografía del desastre.

—¿Quién está aquí?, ¿hay alguien adentro?, ¿quién necesita salir? —grita el soldado Becerra Rojas a punto de gritar cualquier cosa—: ¡somos el Ejército Nacional!

Todo retumba en los pisos de arriba. Pero por fin, luego de seis enviones más, pueden abrir aquella oficina, y luego la otra, y luego la siguiente. Las puertas crujen y se zarandean, y allí hay trece y diecinueve y veintinueve rehenes que a duras penas pueden hablar. «¿Abrimos?», pregunta, con las manos en alto, la relatora del Consejo de Estado María Elena Giraldo Gómez: la bogotana Giraldo Gómez, de treinta y dos años, lleva en su cargo los seis años que el

M-19 ha dado sus golpes de opinión, pero nadie está preparado para este reguero de muerte. «¡Podemos abrir!», grita la otra relatora del Consejo de Estado, Nubia González Cerón, una estudiosa y perseverante abogada de treinta y dos años. «¡Tenemos que abrir!», «¡nos vamos a asfixiar», piensa porque la auxiliar de la relatoría, la nerviosa e ilusionada Susana Forero de Rodríguez, ha vuelto del baño que se inventaron allí al lado a contarles que se está quemando el auditorio: «Dios, ayúdanos».

La relatora Giraldo Gómez, María Elena, nota que le está temblando la mano —y se le ve más larga— cuando saca las llaves para abrirles la puerta.

Abre. Entra el aire de la guerra. Hay ocho, nueve soldados del ejército, en el umbral de ese despacho, porque es necesario todo un escuadrón para bajar por la escalera que va a dar a la cafetería. No es pronto. Falta que se aplaque un poco, al menos un poco, la situación. A pesar de todo, de los tanques y de los bombazos, tanto el segundo piso como el primero siguen siendo campos de batalla. Pero hay un momento, después de quince minutos de rogar por salir de allí con vida, en el que alguien grita «¡listo!», «¡vamos para abajo!». Y entonces descienden, y pasan junto al cadáver del administrador del edificio, el pobre Jorge Tadeo, que no parece muerto sino abandonado, y salen a trancazos para la Casa del Florero. Les parece increíble e inverosímil salvarse.

Y es gracias, gracias, gracias a estos muchachos tan humildes que no sólo nos acaban de rescatar, sino que nos están llenando de palabras de afecto.

El Ejército Nacional acaba de salvarlas del M-19. El Ejército Nacional acaba de salvarlas del Ejército Nacional.

Porque basta escuchar los estruendos de esta tarde para tener clarísimo que este desembarco de militares de todos los rangos está enteramente decidido a que no quede nada de ese templo: el radioaficionado cucuteño Pablo Montaña, un ciego de cuarenta y ocho años que vive de tocar el acordeón en el Cementerio del Sur de Bogotá, que sigue siendo el trompetista de la orquesta Balalaica, y que cada noche se queda dormido escuchando las noticias de la radio —se recuesta en posición fetal en su pequeña cama, en la pieza de la pensión en la que vive desde hace cinco años, y se va dejando llevar por el sueño—, está escuchando en vivo y en directo todo lo que están haciendo los muchachos del Ejército Nacional.

Reconstruimos, en planos cortos, lo que le pasó: bajó con pasos cortos por las calles ladeadas de La Candelaria porque desde los primeros disparos quiso enterarse de lo que estaba pasando en el Palacio para contárselo a los amigos ciegos, pero como ya las fuerzas armadas habían acordonado el lugar, como a nadie le daba la gana de explicarle bien qué estaba pasando, se fue a zancadas hasta la habitación que arrendaba en aquella casa a unas cuadras de la Plaza de Bolívar —tan cerca de la casa en la que se agazapó, hasta hoy en la mañana, el M-19—, y pronto estaba escuchando las pocas noticias de las emisoras en su transistor de pilas, y pronto, exasperado por lo poco que se decía, estaba sintonizando en uno de sus equipos la frecuencia de los militares.

Está escuchando las conversaciones secretas, de walkie-talkie, de los altos mandos de las fuerzas armadas.

No tiene nada de miedo: «El día en que yo nací no estaban repartiendo temores», suele decir.

Graba en una serie de casetes, uno, dos, tres y cuatro, lo que está sucediendo adentro y afuera.

Oímos en off aquellas frases angustiadas plagadas de códigos, «Erre», «QSL», «Cambio», pronunciadas sin equívocos por la plana mayor del Ejército, mientras seguimos los rescates de los rehenes entre los destrozos.

Arcano 3: El sótano está bajo el control de Acorazado 6. *Arcano 5*: ¿Tiene algún dato sobre bajas de la chusma? *Arcano 3*: Erre: Acorazado 6 va a disparar un rocket sobre la altura del tercer piso. *Arcano 5*: El mayor Fracica está en el segundo piso costado norte: dice que unidades ubicadas en el sector nororiental, que da a la carrera 7ª, le acaban de herir un soldado. *Arcano 5:* Él cree que son nuestras propias tropas. *Acorazado 6*: Voy a verificar inmediatamente, cambio. *Acorazado 6*: Estamos tratando de montar una opereta ahí para disparar un rocket cerca al ascensor, pero necesitamos es el número telefónico porque parece que hay soldados por esos lados. *Ariete 6*: La idea es localizar a los chusmeros esos para abrirles un roto por el que se les puedan aventar granadas.

El radioaficionado Montaña no sabe que los militares que ha sintonizado se han rebautizado así, del 1 al 6, porque viven y mueren las jerarquías, pero pronto va a ser claro para nosotros —porque leeremos sus nombres en la esquina derecha de la pantalla cada vez que sus voces reaparezcan en los radioteléfonos escuchados por Montaña— que Arcano 6 es Arias Cabrales, Paladín 6 es Samudio Molina, Coraje 6 es Vega Uribe, Arcano 5 es Sadovnik

Sánchez, Arcano 3 es Hernández López, Arcano 2 es Sánchez Rubiano, y que de tanto en tanto entran, con sus propios códigos que serán discutidos para siempre, las voces crepitantes de Ramírez Lozano, Plazas Vega y Fracica Naranjo.

Montaña, sentado en la silla de madera junto a la mesa cuadrada y coja que ha puesto en una esquina, rodeado de esas paredes desnudas por las que se le cuela el helaje bogotano, respira pesadamente porque entiende que no hay nada por hacer: «Van a morirse todos», piensa.

Y perdido en ese pensamiento que se le escapa, y trata de atraparlo y de volverlo a encajar en la parte de atrás de su cerebro, escucha que están saliendo más rehenes.

De un momento a otro, estamos de vuelta en el segundo piso. Vamos de nuevo, con la cámara al hombro que a ratos se detiene, a ratos sigue derecho, por los despachos de los jueces.

Hay rehenes que, jugándose la vida porque la vida está en juego, han conseguido llegar a las salvadoras escaleras del costado sur. Hay rehenes que por tratar de escaparse por el otro lado, pues les queda un poco más cerca, un poco más lejos de las balas, han terminado amontonados en el baño noroccidental, en el entrepiso.

La fiscal incansable Clara Forero de Castro, para los efectos de la toma «la esposa del ministro de Gobierno Castro Castro», se ha encerrado con su gente en esa oficina suya que parece más segura porque no dirige al interior del Palacio: desde que habló con su marido, al puro principio del asalto anunciado e inesperado al mismo tiempo, decidió que su heroísmo va a ser evitar el heroísmo —«yo estoy bien», le repitió tres veces para convencerse y convencerlo, «vamos a ver»—, y ahí se queda hasta nunca, y no se va a mover

así ahora mismo esté escuchando la retahíla «¡somos el ejército!», «¡tenemos el segundo piso!», «¡abran!», «¡venimos a sacarlos de aquí!».

El consejero Humberto Mora Osejo, que ha tenido al tanto a su familia y a su familia de amigos, habló con mi mamá por última vez hace un par de horas: «Doctor Mora, por favor, quédese ahí», le dijo ella, «el problema ya no es la guerrilla», y él no alcanzó a contestarle, sino que le contó «mijita, vamos a pasarnos aquí al lado porque allá nos acompañamos todos, ¿no?», y lo hizo en su tono risueño, pastuso, despalomado, con el que tiende a encarar cualquier conversación. Enderezó la reproducción del *Guernica* que mi mamá le regaló cuando trabajaba en el edificio. Echó llave a la puerta de vidrio para que no se le llevaran sus cosas. No agachó la cabeza —él nunca— cuando caminó hasta este despacho. Se sentó a esperar a los muchachos de la guerrilla. Y ahora tiene cerquita a varios consejeros más.

Están esos cincuentones combativos que no sólo llegaron a viejos partiéndose el alma por el Derecho, todos, en aquellos tiempos tan cercanos en los que esta democracia estaba infestada de tiranos —líbranos, ley, de los estados de sitio—, sino que además han redoblado esfuerzos para enseñarles a los despistados y a los incautos en las universidades un mundo nuevo que se sepa de memoria lo que pasa cuando las sociedades se van acostumbrando a la justicia de las armas: están agazapados allí como si no fueran juristas eminentes sino sacrificios humanos de los peores días de sus juventudes, mejor dicho, los señores Mario Enrique Pérez Velasco, Eduardo Suescún Monroy, Miguel Betancourt Rey, Álvaro León Cajiao y Jaime Paredes Tamayo.

Y a unos pasos anda Jaime Betancur Cuartas, el hermano del presidente, que se ha quedado esperando que lo salven detrás de aquella trinchera de sillas.

Pudo hablar hace un par de horas con la preocupación de su querido Belisario, el mandatario tan triste: «Tenés que hacer lo que hace el jefe del Estado», le reconoció, «aquí me quedo». Pero su familia es, en esa penumbra, la gente que ha estado rodeándolo esos días: los demás consejeros, las auxiliares del despacho, los escoltas.

Ha oído varias veces su nombre desde que empezó este desvarío de todos contra todos: «Estamos buscando al hermano del presidente», «dónde se esconde Jaime Betancur Cuartas», «que salga, por favor, el doctor Betancur». Anda de piedra. Sigue aplazando la escena del juicio minuto por minuto. En cualquier momento lo encuentran. Todo parece indicar, según le dicen, que los guerrilleros no se lo han llevado para negociarlo porque han terminado replegándose aquí arriba. Tiene eso a favor. Y, sin embargo, tiene en contra la enloquecedora incertidumbre —«que me maten o me liberen, pero que hagan algo»— que tuvo en contra durante sus dos semanas de secuestro. Este jadeo es el jadeo de esos días, eh, avemaría.

Su hermano dijo entonces lo mismo que dijo hace un par de horas: «El cumplimiento del deber está por encima de los afectos personales». Que sea lo que Dios quiera.

Se lo llevaron hace un par de años, a las 8:30 p.m. del martes 22 de noviembre de 1983 que no se le va a olvidar, en un Honda de color hueso de placas JA 8999 vigilado por un campero Suzuki de color pardo que tenía el motor encendido todo el tiempo. Salía con

su maletín marrón, tan fiel que parece una mascota, después de escuchar las cinco sustentaciones de tesis de sus estudiantes en la Universidad Católica de Bogotá. Sí estaba nervioso. Sí estaba formal, como si no fuera el locuaz decano de la facultad sino el solemne consejero de Estado, mientras se despedía de la gente querida de la Secretaría General. Se acababa de quejar del ELN porque se la pasaba asolando a los antioqueños, dijo, quizás porque la lealtad del espíritu —ya lo he dicho— trata de advertirle al cuerpo lo que va a pasar.

Vivía amenazado. En ese entonces se negaba a andar entre escoltas, sin embargo, porque vivir no podía ser mirar a ambos lados de la calle a toda hora. Cada tanto decía que lo único que lo salvaba de ser un secuestrado más era que «el que nada debe nada teme». Vaya usted a saber por qué decía esas cosas tan fáciles: tal vez seguía siendo, a los cincuenta y tres, el hermano menor de veintidós hermanos, el muchacho de poncho y sombrero aguadeño y carriel, el novio que se casó con la novia de hace treinta años, el tanguero confiado, ocurrente: «Corrientes, tres, cuatro, ocho, segundo piso, ascensor», entona en el Bar de los Recuerdos en la avenida Colombia de Medellín. ¿Quién iba a hacerle daño si él había preferido ser juez a ser político? ¿Quién se iba a meter con un decano que llevaba doce años en el Consejo de Estado? ¿Para qué?

Para presionar al Gobierno que tanto había prometido la paz. No era él, por supuesto, el que estaba siendo perseguido, sino su hermano, el presidente, el que estaba siendo castigado. Y el resultado, no obstante, era este pavor.

Vemos que hace dos años se lo llevan vendado hasta una casa desventanada en el suroriente de Bogotá. Que se pasa los siguientes

quince días atado por la cintura a un camastro, ¡quince días!, en una habitación cerrada dentro de una habitación cerrada: «Hicieron una jaula con barrotes de madera forrada con malla», le cuenta días más tarde, con la mirada perdida, al periodista Germán Castro Caycedo, «le pusieron una puerta de tríplex con cerrojos y cerrojos y cerrojos». Siente la muerte cada segundo de esas dos semanas. Las noches son interminables y hasta hoy siguen siendo sus noches. Siempre que se despierta en las madrugadas, que se despierta varias veces, tiene enfrente un encapuchado apuntándole el fusil a la cara. Cada tanto lo dejan quitarse la venda. A ratos, si se recupera del dolor de cabeza que le da la luz, le permiten leer.

Piensa en su esposa, «la Negra» Efigenia Vélez, un poco más niña que él, pidiéndoles a los santos que les den una mano.

Piensa en su hijo de ocho años, en su Jaime, que no se dé cuenta todavía, Dios, de en qué país está viviendo.

Ya no es él, no, ya no canta ni juega con las palabras. Ya no va a ser fácil ser él.

A cambio de devolverle su vida y entregársela a su familia, sus secuestradores exigieron en una serie de comunicados —vemos cómo van cayendo el uno sobre el otro sobre el siguiente— lo que ha tratado de hacer este Gobierno: pidieron, entre otros decretos, que el salario mínimo llegara a los 15.000 pesos, que fueran congelados los precios de productos de primera necesidad y que las tarifas de los servicios públicos fueran rebajadas. Y entonces el Ejército de Liberación Nacional, el ELN, ya no fue, en diciembre de 1983, el movimiento armado que atraía a los estudiantes en los sesenta, ni la guerrilla severa que ajusticiaba a los indisciplinados, ni la última estación del cura Camilo Torres, ni la columna barrida hace

diez años en la Operación Anorí, sino un ángel exterminador que apenas lograba ser temido y repudiado.

«Todavía me cuesta dormir, Marcelita», le dijo el consejero Jaime Betancur a mi mamá en aquella comida del año pasado, «todo el tiempo pienso en las cosas que me hicieron».

«Nosotras salimos ese miércoles con nuestros pañuelos blancos», le contestó ella. «Todavía estábamos en el Ministerio de Comunicaciones».

Yo me acuerdo de ese día, claro, el día de los dos minutos de silencio, porque a los ocho años me pareció que si toda esa gente estaba de acuerdo, ahora sí iba a haber paz: vemos las filas de encorbatados y ensastradas, con las banderas blancas al aire, en las aceras rotas de esos tiempos. No más Farc. No más ELN. No más EPL, por lo que más quieran, serán tan pocos, pero son los más violentos, los más delirantes, los más crueles. No más Muerte a Secuestradores: no más MAS, por Dios, lo último que nos faltaba era que la mafia fuera un movimiento con modos de grupo paramilitar. No más M-19. Nadie puede dar la vuelta a Colombia, ni siquiera "el Viejo" Patrocinio Jiménez, nuestro ciclista más valiente, puede hacerlo, porque la tercera parte de nuestras tierras está en manos de las guerrillas.

Pero del Banco, Magdalena, a Florencia, Caquetá, todos los adultos salieron ese miércoles a rogar que un día llegara la noche de dormir en paz.

Volvemos a la jaula. Vemos que el consejero Betancur Cuartas murmura «yo sé que me van a matar» una y otra vez, vendado, sentado en la silla que le está destrozando la cintura, hasta que le dan la noticia inverosímil de que lo van a entregar. Es la madrugada

del miércoles 7 de diciembre de 1983. Iban a dejarlo ir el domingo pasado. Ni su hermano ni nadie ha negociado su liberación. Y, sin embargo, tres periodistas que han cambiado seis veces de carro, los reporteros Jaimes, González, Salazar y Castro Caycedo, acaban de llegar con los ojos cubiertos a esa casa en el barrio Castilla. Ya están viéndolo, demacrado, cabizbajo, barbado, brotado, mientras el vocero de los diez encapuchados del ELN jura que «habrá juicios populares», que «hoy se sabe que en Colombia no hay salida diferente a la lucha armada», que «somos los líderes del pueblo».

—Que se sepa ahora sí la verdad —repite antes de despedirlos a todos—: que mientras el presidente Belisario habla de amnistías el número de desaparecidos supera la cifra que dejó el presidente Turbay.

Salen, liberados, al barrio desierto. Un perro callejero, renegrido, pero alumbrado por un poste de luz, se les cruza: «Son mejores amigos que los hombres», le dice el consejero Betancur al periodista Castro Caycedo. Van los dos solos porque los otros reporteros han sido forzados a irse antes: «A partir de este momento usted es el responsable de la vida del doctor», les dijo el guerrillero que los vigilaba, y los dejó en una esquina que no volverán a pisar. «Nos van a matar», dice el consejero. «No nos van a matar», responde el periodista, «yo soy pájaro de buena suerte». «Nos van a matar», insiste el consejero. «Mire esa casa», contesta el reportero ante ese antejardín en el que se lee la dirección diagonal 8ª # 77-48. Hay un par de ventanas encendidas.

—Este es el consejero Betancur Cuartas —le dice Castro Caycedo al hombre que por fin les abre la puerta.

Sigue una secuencia en la que la enfermera que vive en esa casa le toma la tensión bajísima al consejero liberado; el consejero llama a su esposa, «Vida: ¿dónde estás?», a decirle que ya va para allá; viajan, él y Castro Caycedo, a su apartamento en el piso once de las Torres del Parque; se entera, en la puerta del alivio, de que su hijo no está, pero está tranquilo porque cree que el papá está de viaje; besa a su mujer por siempre y para siempre; llama a su hermano el presidente, que anda de viaje en París, a reportarle que está completo; toma algo para ver si por fin deja de temblar, y de plano en plano seguimos escuchando «este es el consejero Betancur Cuartas» porque es lo mismo que están diciéndole a las 5:05 p.m. del miércoles 6 de noviembre de 1985 en la quema del Palacio de Justicia.

—Nos van a matar —repite, ensordecido, a la gente de su equipo —, y esta vez no veo pájaros de buena suerte.

No hay nada por hacer. Ya qué. Toca morir. La gente del Eme está completamente perdida. La gente del ejército no para de disparar a cualquier cosa que brille o que se mueva. Y su hermano está repitiendo su retahíla de los días del secuestro: que, con todo el afecto que naturalmente le tiene, no va a negociar con la guerrilla porque para el presidente de la república lo personal debe ceder siempre ante lo público. Quizás el cielo lo dejó vivir esos dos años para poderse despedir de su familia. De pronto sirva para algo este horror, piensa, cuando cae en cuenta de la frase: «Este es el consejero Betancur Cuartas». Y ve que un civil armado hasta los dientes, el "Rambo" Sarria, el "Rambo Criollo", está repitiéndole «doctor: venga conmigo».

¿Qué hace ahí? ¿De dónde viene el tal "Rambo"? Estuvo con el negro Orobio en la clínica: «No tengo nada: quiero devolverme a pelear», gritó el pobre Orobio mientras un médico susurraba «va a perder el ojo derecho». Y Sarria, no obstante, volvió a la Plaza de Bolívar cuando el escuadrón antimotines estaba recibiendo pedradas de unos malparidos que odió con todo el odio que tuvo adentro: «¡Viva el M-19!», «¡abajo militares asesinos!», «¡viva el ejército del pueblo!», aullaban. Otros más estaban rompiendo una vitrina para empezar el Bogotazo de hoy. Otros más le lanzaron cualquier cosa cuando denunció al embolador que estaba dirigiendo la revuelta. Trató de regresar a la oficina de su abuelo, que estaba preocupado, era lo mínimo, pero los ascensores estaban varados. Pronto estuvo en el Palacio de Justicia.

Entró, junto con el general Vargas Villegas, comandante de la Policía de Bogotá, detrás de un tanque que andaba esperando la guerra en la calle 12 con la carrera 8ª. Vio al vigilante que asesinaron al principio. Vio a un guerrillero bocarriba, ojiabierto, cubierto por su propia sangre, con su brazalete ya sin alma. Tuvo enfrente la guerra porque una guerrillera estaba disparándoles, porque el general Vargas Villegas repetía por el radioteléfono, con su voz golpeada de santandereano de cincuenta y dos años, «vengan ya que acá nos van a matar a todos», y porque los tanques seguían avanzando por el piso de mármol de esa primera planta: «Voy a subir, mi general», dijo Sarria, de pronto, porque ya qué. Y armó un pequeño escuadrón con los que quisieron sumársele: «Vamos, vamos».

Como se veía imposible subir al segundo piso sin encarar los disparos de la guerrillera, pidió al consejero de Estado Paredes Tamayo que terminara de romper el vidrio de su despacho, allá arriba, para treparse por el espacio entre la fachada y las oficinas. Paredes Tamayo, un hombre de bajo perfil que vive escondiéndosele a su esquema de seguridad, recita a Neruda si se siente en confianza, lleva a sus cuatro hijos a pescar en el Neusa y se pasa los minutos con un cigarrillo apagándosele entre los dedos, se espabiló por los gritos. Procedió. Terminó de acabar con los cristales bajo la mirada de la gente de su oficina. Y esperó a que apareciera este grupo de soldados: el capitán, el sargento y los guardias que vienen con el "Rambo Criollo".

—Por favor no me maten —les dijo una secretaria en nombre de todos.

—Somos militares de fuerzas combinadas, mi señora, estese tranquila que esto está por acabarse —les contestó, escueto, el "Rambo" Sarria.

Se quedó mirando ese lugar lleno de suvenires de viajes por Europa, uno, dos, tres segundos, mientras pensaba el paso a seguir. Ya no era un hombre expulsado de la Armada, no, ya era un hombre con un propósito, con un sentido. Esta era, por fin, la historia de su vida. Era, por fin, su reivindicación.

Su escuadrón fue salvando y protegiendo y sacando de allí a los civiles que se fue encontrando en la parte oriental de esa segunda planta. Bajó un momento a pedirles a los demás soldados que dejaran de dispararles allá arriba. Se llevó el walkie-talkie del general Vargas Villegas para pedirles a todos que no dispararan en los sectores en los que estaban rescatando abogados, «dé usted las

órdenes, Sarria, usted es el que sabe», y volvió a subir porque faltaba mucho rehén por liberar. Corrió. Dio botes. Se pegó a las paredes. Reptó por los pasillos porque seguían disparándoles. Disparó a todas las sombras que se les abalanzaron. Se salvó de matar a un par de escoltas del DAS que lo trajeron hasta este rincón que está a punto de ahogarlos.

—Somos los escoltas del consejero Jaime Betancur, el hermano del presidente —dijo el guardaespaldas Gaitán Basto.

Y allí está, en efecto, muerto de miedo, este señor canoso de camisa renegrida y pantalón gris claro: «Otro pájaro de buena suerte», piensa cuando ve a ese muchacho de hollín.

—Tranquilo, doctor, usted venga conmigo que conmigo está a salvo —le repite la voz de ensordecido del "Rambo" Sarria como si le estuviera enseñando una nueva lengua.

Salen de allí hacia la oficina en la que están protegiéndolos a todos. Sarria lanza al pasillo un grueso Código Penal de 1980, que los encapuchados acaban acribillando, para saber por dónde hay que moverse, y entonces su equipo les abre paso a sangre y fuego a los miembros de la oficina de Betancur Cuartas. Se encuentran con los demás, desde el doctor Mora Osejo hasta el doctor Paredes Tamayo, porque ha llegado el momento de sacarlos del Palacio de Justicia. Descansan un poco, sí, comen cubos de azúcar porque hay que comer algo. Hacen un par de llamadas: «No me diga mentiras, mijo, que yo sé que usted está en el Palacio de Justicia», dice la mamá del "Rambo Criollo". Se dan la bendición antes de regresar a los corredores a ver qué. Van a salir. Salen.

—¡Somos estudiantes del Externado! —les gritan en el camino de la huida.

Y nosotros vemos a dos estudiantes de Derecho, a Eduardo Matson Ospino y Yolanda Santodomingo Alberici, pidiendo clemencia con los ojos cerrados a todo aquel que esté disparando: «No, por favor, no».

—Díganme entonces quién es su rector —les pregunta el pistolero Sarria.

—El doctor Fernando Hinestrosa —contestan, al tiempo, los dos.

—Y qué están haciendo aquí —les dice con humor de espíritu maligno—: hoy no era el día.

—Pero teníamos que hacer una investigación —reconoce Santodomingo.

Están agachados. Están en cuclillas. Están de rodillas. Pero este "Rambo Criollo" de ojos achinados les ordena que pongan las manos sobre la nuca y se arrastren hasta el despacho en el que están los otros dieciocho rescatados de esta tanda. Siguen las indicaciones, claro, cómo no, son universitarios que no tienen entre sus cuentas morirse por soberbios. Detrás de ellos, cuando están a punto de cruzar la puerta de la oficina y llegar a puerto seguro, viene otro muchacho de piel cerúlea —tiene veinticuatro o veinticinco años— que les grita el grito tembloroso «¡yo también soy de la Universidad Externado de Colombia!», pero, como no le contesta quién es el rector, como se está levantando una camisa mal abotonada, Sarria dispara un par de veces antes de que sea tarde: pam, pam. Y ya.

Se le acerca. Ve que se estaba levantando la camisa porque tenía una granada entre el pantalón e iba a inmolarse por la misma razón impronunciable —e intraducible al idioma de la cordura— por la que él está allí: «Porque aquí adentro la ley soy yo».

—Que no me busquen si no quieren que les dé una guerra que no se imaginan —suelta entre dientes—: yo, de ser ustedes, me dejaría a mí en paz.

Ya están todos adentro de esta oficina. Qué calor da el desvarío. Cómo les está haciendo de falta respirar sin bufar. El escuadrón de Sarria, que ha crecido un poco, se inventa una escalera de escritorios y de sillas para que los rescatados bajen por los lados de la fachada que va a dar a la carrera 7ª. Van descolgándolos uno por uno hasta el primer piso. Van sacándolos del Palacio de Justicia con un poco más de seguridad porque las fuerzas militares se han tomado por completo la Plaza de Bolívar. Los dos estudiantes de Derecho, Matson y Santodomingo, que andaban allí pendientes de un examen de práctica penal con el profesor Urrego, son escoltados por un puñado de soldados hasta la Casa del Florero: «Estos dos son especiales», se escucha de abajo arriba.

Vemos que afuera ha estado oscureciendo. Vemos que es demasiado tarde y vemos el miedo.

Por qué pasan de llevarlos del brazo a empujarlos al segundo piso. Quién es ese militar de pelo tupido y ceño fruncido y frente surcada que a duras penas levanta la mirada. Qué sucede que nadie toma nota de la gente que está saliendo.

Matson y Santodomingo son obligados a estar en cuclillas contra una pared. Les pegan en los costados, en el piso de madera que también cruje, con las botas negras que rompen costillas. Les gritan «guerrilleros hijueputas». Les susurran «y para colmo costeños». Les juran por Dios que los vieron en la toma de la embajada: «Yo apenas estaba en quinto de bachillerato con las monjas», dice Yolanda a la cámara. La vendan. Los vendan. Los cambian a un sitio

en el que, según les dicen, van a reconocerlos. Les practican pruebas de guantelete con parafina, en la Dijín, para que quede clara la presencia de residuos de pólvora. Los llevan a un lugar en la salida de Villavicencio pese a que el resultado da negativo: es claro que no tocaron ni un arma, pero los confunden, los humillan, los torturan con tijeras, zas, zas, y con inciensos.

Soportan, entre lágrimas, las amenazas: «Quememos esto con estos adentro», «póngale más trapo en la cara pa' que no se desfigure», «vamos a esposarla, a violarla y a tirarla desnuda por ahí, guerrillera malparida».

Los separan: «Ay, lo van a matar», dicen, «ay, no la maten». Los ponen a escuchar los ruegos de personas que no han querido colaborar. Los doblegan. Les preguntan, por si acaso, si alguien decente los puede recomendar.

—Mi tío es el gobernador de Bolívar —les responde la voz triste, con acento costeño, del estudiante Matson.

Y sí: ese es, en efecto, su tío. Y, cuando los soldados lo confirman, cuando caen en cuenta de que habrían podido empezar por preguntarles cosas como esas antes de proceder con los interrogatorios de tiempos de guerra, les piden excusas: «Son cuestiones militares de último minuto», dice cualquiera que entra y sale sin dejar más huellas, «nosotros no fuimos los que nos tomamos el Palacio de Justicia». Los levantan. Los desempolvan. Los arreglan un poco. «Yolanda: recuerde, por favor, que aquí no ha pasado nada, que no estaban retenidos, sino detenidos, y que mañana a las diez puede venir aquí mismo por sus documentos». Yolanda mira a la cámara siete, ocho, nueve segundos de silencio que duran toda la vida, pero ya no dice nada más.

El primer plano de la cara del abogado Julio Roberto Cepeda Tarazona, el muchacho que trabaja en la *Revista Jurisprudencia y Doctrina* de Legis, rescatado de la oficina del doctor Pérez Velasco: cuenta que desde que sale del Palacio de Justicia hasta que sale de la Casa del Florero oye los alaridos «¡van para afuera tres especiales!», «¡estos tres son especiales!», «¡estos tres son guerrilleros!», «¡échenlos en un carro del F2 de una vez!», «¡no se lo lleven que él trabaja en Legis!», «¡déjenme ese a mí!», «¡cédulas!», y en un momento dado disparan al techo para callar los reclamos, y luego aparece la providencial Alba Bolívar de Nieto, la auxiliar del consejero Pérez Velasco, a jurar por Dios que él no es un guerrillero, mientras se van llevando quién sabe a dónde a los demás muchachos que estaban allí con él.

Van a dejarlo ir con tal de que repita que todo eso es normal en una toma. Escucha sus latidos. Asiente. Ve a todas partes.

Ese que viene allí, derruido, quebrantado, es el hermano del presidente de la república. Están dándole agua. Sí hay, claro, para él sí hay.

El "Rambo" Sarria está allí con la mirada puesta en volver al Palacio de Justicia. El general Vargas Villegas le está dando su tarjeta al consejero Betancur Cuartas para cualquier cosa que se le ofrezca. Y él, el hermano del jefe del Estado, les está dando las gracias por haberlo salvado, «gracias, capitanes», con ganas de agradecerle a Dios que lo siga salvando del horror así esté tendiendo a salvarlo en el último minuto. Inhala, exhala, inhala, exhala desde el centro de sí mismo hasta cambiar de semblante. Es que se ha puesto a decirles que, en vez de estarse fijando en su tos, en su temblor, en su suciedad, más bien se traigan a todos los que faltan

antes de que acabe de acabarse el día, sí, se ve la noche ya. Y allá adentro, que cada vez va a ser peor, queda mucha, mucha gente más.

Se les va. Se nos va a todos. Y después viene, de golpe, un plano cenital. Desde arriba, en el atardecer del miércoles 6 de noviembre de 1985, el Palacio de Justicia es un rizo renegrido.

Vemos tres teléfonos rodeados de nervios. Son tres teléfonos de combate de tres oficinas revueltas por los hechos. Van a ser más, cuatro, cinco, seis, siete, ocho aparatos más, pero los principales son esos: vemos el del presidente de la Corte Suprema de Justicia, el del presidente del Congreso y el del presidente de la república mientras escuchamos hasta enloquecernos un poco —se detiene el ruido de fondo de la balacera, por un momento, para que oigamos mejor— aquella letanía del magistrado Reyes Echandía que va de «¡no disparen, por favor, somos rehenes!» a «¡no disparen, por favor, les habla el presidente de la Corte!». Va a ser asesinado, dentro de horas, por todos los locos de este país. Pero él insiste en vivir.

Su hijo Yesid se ha ido a la oficina del periodista Juan Guillermo Ríos, en el edificio de piedra y ventanales de la carrera 7ª con la calle 34, a ver si el ruido de los noticieros todopoderosos detiene la barbarie. El exitosísimo Ríos, un presentador de treinta y tres años, nacido en Medellín, Antioquia, entre once hermanos, que ha llegado a tener setenta puntos de *rating*, es el hombre que todo lo sabe acá en Colombia, el hombre más popular en un país que sólo tiene dos canales de televisión. Sabemos que pidió limosna cuando su papá el pintor de brocha gorda se le murió a su mamá la lavandera.

Sabemos que se vino aquí a Bogotá, a los veinte, a trabajar en radio: «Jamás me vas a volver a ver aguantando hambre», le dijo a su ciudad desde el avión. Tenemos claros su reloj Cartier, su dúplex en Rosales, su BMW. Es evidente que está volando cerca del sol. Pero también que puede hacerles notar a todos que estas dos tomas de las Cortes, las de hoy, son un escándalo: un error imperdonable de lo colombiano.

Corte sorpresivo a la extrañísima entrevista que le hace al comandante Jaime Bateman Cayón, el corazón del M-19, en un claro entre la selva.

Es el sábado 20 de noviembre de 1982. Se acaba de firmar la Ley 35: «Se concede la amnistía general a los autores, cómplices o encubridores de hechos constitutivos de delitos políticos cometidos antes de la vigencia de la presente ley». Están sentados entre los pastizales como un par de niños jugando a la historia.

La pantalla es una suma infinita de líneas verdes y amarillas. Ríos insiste e insiste e insiste, con agudeza temeraria, hasta que consigue que el desparpajado Bateman le conteste que su estructura militar tiene un presupuesto de trescientos mil pesos mensuales que sacan de la plata de los oligarcas: «¿Y cómo se consigue ese dinero?», «A veces les ponemos impuestos, a veces se lo quitamos a la fuerza», «¿Con el secuestro?», «Con la retención», «¿Cuál es la diferencia?», «Que el M-19 no comete delitos comunes», «¿Y entonces qué es la retención?», «La retención es un impuesto que tiene que pagar la oligarquía por todo lo que le roba a nuestro pueblo», «¿Quiénes les han dado dinero?», «No puedo decírselo hasta que el pueblo firme la paz con el Gobierno», «¿Quién representa al pueblo?», «Mucha gente: los sindicatos, las agremiaciones, las juntas de acción

comunal», «Pero esa gente votó por el presidente de hoy», «También votaron por López», «¿Hubiera preferido a López?», «Pensábamos que iba a ganar, pero el señor Betancur ha echado hacia adelante el proceso de la paz», «¿Y lo apoyan en ese impulso en que está?», «Totalmente», «¿Por qué los últimos golpes en medio de la amnistía?», «Porque los medios de la oligarquía, impulsados por un sector reaccionario, militarista del país, quieren hacerle creer al pueblo que la amnistía es la paz: en este país se está librando una guerra contra el campesinado colombiano».

La amnistía va a vivir, como todo lo que vive aquí, entre esa guerra. El samario Bateman Cayón, que en la entrevista tiene cuarenta y tres años, va a morir dentro de poco en un accidente aéreo en el monte Kitankuntiki de la comarca de San Blas, en Panamá. Su madre, Clementina, militó en el Movimiento Revolucionario Liberal que se opuso al liberalismo en el Frente Nacional. Su padrastro, Jorge Olarte, sirvió para llevarse a la familia de Santa Marta a Barranquilla. Bateman cojeó desde los ocho porque un camión lo atropelló, pero entró a las Juventudes Comunistas a los dieciséis, protestó contra la dictadura de Rojas Pinilla a los diecisiete, siguió al padre Camilo Torres a los dieciocho, se sumó a las Farc a los veintidós y entró a su M-19 a los treinta y tres.

Y se le ocurrió el robo de la espada de Bolívar y defendió el fusilamiento del sindicalista Mercado con las palabras «él estaba totalmente entregado al imperialismo», y exigió en vano que lo dejaran lanzarse a la presidencia en 1982.

Fueron los indígenas kunas los que encontraron su cuerpo, a unos pasos de las ruinas de la avioneta Piper PA-28 Cherokee, nueve

meses después de su muerte. El mito dice que iba camino a encontrarse con el presidente Betancur en Panamá.

Fue remplazado por Ospina y por Fayad, que tienen menos vocación a los medios. Ospina murió a los cuarenta y cinco años en aquella casa en el barrio Los Cristales, en Cali, en un operativo militar bautizado «Oiga, caleño, vea», en homenaje a la canción de la Orquesta Guayacán. Tuvo una vida típica de acá: su padre fue un godo laureanista cercano a los Pájaros que oficiaron la Violencia, y él estuvo en las Juventudes Comunistas y viajó con su amigo Bateman a la Unión Soviética y fue expulsado de las Farc y entregó su vida al Eme y estuvo a punto de suicidarse después de ser torturado por el ejército en las Cuevas de Sacromonte y se fugó de la cárcel La Picota y asumió la jefatura de la guerrilla y murió en esa casa llena de armamento. Quienes lo sucedieron llamaron Comando Iván Marino Ospina al batallón del M-19 que se tomó el Palacio de Justicia.

Volvemos a la cara lívida del periodista Ríos: ahora mismo tiene claro, porque se conoce de memoria las muecas y los delirios de los protagonistas de las noticias, que esa vaina va a salir muy mal si no hacen algo ya.

Nunca había estado así de nervioso. Comienza frases en vano. Levanta bocinas para nada. Abre cajones a ver si encuentra una idea. Mira por los ventanales para no verle la cara a Reyes hijo.

Reyes hijo ha llamado a todos los números que podrían ordenar el cese al fuego: ni siquiera el general Delgado Mallarino, amigo de la casa, compañero de fines de semana, le ha pasado al teléfono. Pudo hablar, eso sí, con la ministra de Comunicaciones Noemí Sanín: ella le confirmó que había que grabar lo que estuviera pasando, pero

que era una irresponsabilidad transmitir voces e imágenes de la toma del Palacio de Justicia, como acababa de decirle a Ríos, y de inmediato le aseguró que ya han empezado a salir los rehenes, que la vida de su papá no está en peligro, que ella misma va a hablar con todos a ver si viene una tregua. Reyes hijo vuelve a marcar el número del despacho del magistrado Serrano, 2415015, para darles esa esperanza: pronto va a acabarse el tiroteo. El comandante Luis Otero lo devuelve a la estruendosa realidad.

—Oiga usted mismo los disparos, Yesid, nosotros somos soldados de Bolívar listos a perder la vida acá adentro, pero si esto sigue como va acá vamos a morirnos todos —repite porque esa es y va a ser su propia letanía.

El magistrado Reyes Echandía toma la bocina para contarle a su hijo que pidió al presidente del Congreso que le llevara su mensaje al presidente de la república: «Dígale que esto puede arreglarse dialogando si él da la orden de que cese el fuego», le dijo.

Y empieza aquí la anunciada secuencia que va de teléfono en teléfono, de primer plano en primer plano, hasta que todos bordeamos la locura. El presidente del Congreso Villegas Moreno habla con el presidente de la república Betancur Cuartas: «Presidente, por favor, llame usted mismo ya al magistrado Reyes Echandía —al 2415015— para que los dos lleguen a una decisión». El magistrado Reyes Echandía llama al senador Villegas Moreno para soltarle que «los guerrilleros acaban de decirnos que ellos nos matan a todos si los militares suben acá al cuarto piso, doctor Villegas, le ruego que haga algo», pero después pasa un asaltante que le grita «dígales que si nos siguen disparando vamos a volar el Palacio de Justicia con la dinamita que tenemos en el sótano». El senador

Villegas Moreno llama al presidente Betancur entonces a recordarle que el magistrado Reyes Echandía está esperando su llamada: «Pero nadie contesta en el número telefónico que usted me dio», «Pero yo acabo de colgar con él, señor presidente», «Pues entonces deben haber desconectado el aparato», «No puede ser», «Y quiero contarle solo a usted que, luego de hablar con todos los expresidentes, tengo más claro que nunca que no voy a negociar porque es firmar la derrota del país», se dice en esa conversación.

El acuartelado presidente Belisario Betancur, en efecto, se ha pasado las últimas horas no sólo conversándolo todo con los nervios del Consejo de Ministros, sino hablando pausadamente con las voces más escuchadas de este siglo.

A todos les ha dicho lo mismo: que el M-19 está atrincherado en el sector nororiental del Palacio de Justicia, que él, el presidente de la República de Colombia, no va a negociar ni va a suspender el operativo que la fuerza pública ha puesto en marcha, y sólo está dispuesto a ofrecerles a los asaltantes tanto el respeto a sus vidas como el bendito «juicio justo» que tiene algo de consuelo.

Ni los ruidos de la batalla ni los timbres de los teléfonos de la Casa de Nariño han dejado de sonar. El presidente Betancur ha tenido en mente una serie de frases de las *Memorias de Adriano* que se le han ido quedando entre los recuerdos: «Hay momentos en los que uno se da cuenta de que la vida no es más que un sueño del que tarde o temprano acabaremos despertando», piensa mientras le explican y le explican lo que él ya sabe hasta el cansancio, «no sabía que el dolor contiene extraños laberintos por los cuales no había terminado de andar». El ministro de Gobierno Castro Castro, a la espera, el pobre, de la suerte de su propia esposa, ha estado a su lado

mientras enteran a los protagonistas de nuestra política de la gravedad de los hechos. Han tomado café. Han tomado agua. Pero de resto han estado llamando a los jefes del pasado.

Han atendido a los candidatos presidenciales de los partidos políticos que siguen en pie.

Pero sobre todo han escuchado a los líderes de aquel pacto de paz, el Frente Nacional, que acordó la alternancia en el poder de los conservadores con los liberales desde 1958 hasta 1974.

El expresidente liberal Alberto Lleras Camargo (1958 a 1962), exembajador, exministro y exsecretario general de la OEA bogotano de setenta y nueve años, los atendió con su concentración de niño de San Victorino, su escucha de periodista bisoño que sostuvo a una familia que se quedó sin padre, su presteza de miembro de las salas de redacción de *La República* y *El Espectador* y *El Tiempo* y *La Nación* de Argentina y *El Mundo* de España, su pragmatismo de líder que supo conjurar el golpe de Estado de 1944, firmar los pactos de paz que terminaron en el Frente Nacional, con el mismo Laureano Gómez Castro al que había demandado por calumnia, y gobernar en los días sin noches de la Guerra Fría: «Tuvimos desde el primer momento una opinión favorable de la manera como el presidente Betancur condujo la situación hasta el final», dirá ante el Tribunal de Instrucción de 1986.

El expresidente liberal Carlos Lleras Restrepo (1966 a 1970), exrepresentante, exsenador, exministro y excontralor bogotano de setenta y siete años, escuchó de pie la noticia con la autoridad que le da haber sobrevivido a las pedradas del Bogotazo y a los incendios de los refugios rojos ese sábado 6 de septiembre de 1952 —los partidarios del gobierno conservador quemaron el diario *El*

Tiempo, el periódico *El Espectador* y las casas de los líderes López Pumarejo y Lleras Restrepo en venganza por los once agentes asesinados por las guerrillas liberales—, pero también le da mando haberse opuesto a la dictadura de Rojas Pinilla: «Yo le manifesté al presidente que no podía aceptar él de ninguna manera las pretensiones de los del M-19 y él me dijo que esa era también su convicción», dirá su fortaleza unos meses después.

El expresidente liberal Julio César Turbay Ayala (1978 a 1982), exconcejal, exdiputado, exrepresentante, exministro, exembajador y exsenador bogotano de sesenta y nueve años, se sintió obligado a comentar la situación. Fue niño en una casa empobrecida. Jamás terminó la universidad, pero se hizo a sí mismo, del Concejo de Usme al Congreso de la República, como un opositor insaciable e imbatible e implacable de los gobiernos conservadores de los días de la Violencia bipartidista. Dio la vida por el Frente Nacional. Respiró hondo mientras el hijo de López Pumarejo, el hijo de Gómez Castro y la hija de Rojas Pinilla se disputaban las elecciones de 1974. Y, cuando por fin le llegó el turno de gobernar, le concedió al Ejército Nacional el salvaje Estatuto de Seguridad —vinieron los seguimientos, las torturas, las desapariciones de tiranía— para encarar a las gentes del M-19.

Que se robaron las armas del Cantón Norte. Que se tomaron la embajada dominicana. Que dispararon a la Casa de Nariño. Que fueron dueños, en fin, de un fundamentalismo caótico que hubo que combatir.

—Mi apreciado señor presidente: tengo la obligación de decirle que mi impresión es que, si se les permite un cierto tiempo para reflexionar, los guerrilleros no van a seguir la pauta criminal que los

ha determinado a asaltar el Palacio —dijo el expresidente Turbay Ayala luego de hacer una breve síntesis de sus experiencias con la toma de la embajada—: a mi juicio, unas personas que tengan tiempo para notar lo que los está rodeando, vengan de donde vengan, no sólo vacilarán a la hora de jugarse la vida, sino que terminarán buscando el arreglo en el que concluyó lo de la embajada cuando se entregaron a cambio simplemente de preservarles la existencia.

El expresidente liberal Alfonso López Michelsen (1974 a 1978), exrepresentante, exsenador, exgobernador y exministro bogotano de setenta y dos años, acababa de llegar a la embajada colombiana en París «de la casa de unos amigos en la que estaba cenando junto con el escritor Gabriel García Márquez y su señora esposa»: era tardísimo en Francia, pero, como lo habían llamado ya tres veces, tomó el teléfono oficial para decirle al presidente Betancur que está plenamente de acuerdo en que no se puede acceder a las exigencias de la guerrilla porque es entregar las atribuciones del jefe del Estado:

—Eso mismo vivimos en mi gobierno cuando el M-19 secuestró al líder sindical, a José Raquel Mercado, para canjear su vida por decisiones del Estado —dijo su solidaridad.

Fue el cosmopolita "Pollo" López, el hijo negociante del presidente López Pumarejo, el rector de la combativa Universidad Libre, el delfín metido en escándalos de diarios enemigos, el liberal perseguido e incendiado por los fanáticos conservadores de 1952, el exiliado que regresó a la política a oponérsele, de la mano de su Movimiento Revolucionario Liberal, al «antidemocrático» Frente Nacional. Pero hoy ha sido un expresidente solidario.

Vemos, en una secuencia llena de cortes abruptos, que es una secuencia que no sobrepasa un párrafo, las conversaciones con los tres candidatos presidenciales que ya han empezado sus campañas porque apenas faltan seis meses para las elecciones:

El candidato conservador Álvaro Gómez Hurtado, exrepresentante, exsenador, exdesignado, exembajador y excandidato presidencial bogotano de sesenta y seis, que será asesinado en diez años como si los enemigos colombianos jamás perdonaran pasados que además desconocen, le dijo a Betancur «seré solidario con su decisión en vista de que usted tiene todos los elementos de juicio», pero, con la prudencia de los años, con su voz de periodista que, del diario *El Siglo* que dirigía su padre al *Noticiero 24 Horas* que dirige su hijo, encontró la redención al final del incendio bipartidista, insistió e insistió en que el gran desafío de las fuerzas armadas era proceder con el máximo de inteligencia.

El candidato liberal Virgilio Barco Vargas, exrepresentante, exministro, exalcalde de Bogotá y exsenador cucuteño de sesenta y cuatro años, que pasó de ser el hijo de una familia de petroleros a ser un demócrata liberal porque terminó de formarse en las universidades gringas progresistas que a diario celebraban que Estados Unidos hubiera combatido el fascismo, le agradeció al presidente Betancur que le contara los pormenores de la operación militar, pero detrás de su escueta coraza se quedó pensando —porque es un experto en contener la sensibilidad que solía doblegarlo, pero no deja de ser él— que su personalidad de ingeniero leal, perfeccionista, vehemente, habría planeado muchísimo mejor esa estrategia.

El candidato del Nuevo Liberalismo Luis Carlos Galán Sarmiento, exconcejal de Bogotá, exembajador, experiodista de *El Tiempo* y exministro bumangués de cuarenta y dos años, que en cuatro años será asesinado por esas eufemísticas «fuerzas oscuras» que serán un vaivén del narcoterrorismo al paramilitarismo, ha estado pendiente de la suerte del Palacio de Justicia desde el principio. Es senador por su propia disidencia del liberalismo. Y estaba de pie en la oficina de la presidencia del Senado cuando ochenta soldados del Batallón Guardia Presidencial, que andaban rindiendo honores a los embajadores que entregaban credenciales ese día, rompieron filas para empezar la operación de recuperación. Fue él quien llamó al presidente Betancur a expresarle su solidaridad.

—Doctor Luis Carlos: deme, con franqueza, su opinión —le pidió el jefe del Estado.

—No sé qué decirle, presidente, me da algo de tranquilidad que la guerrilla esté arrinconada allá arriba, pero creo que hay que tener en cuenta los llamados del magistrado Reyes Echandía al cese al fuego —piensa en voz alta Galán Sarmiento mientras llega a la frase que ha estado buscando—: mi opinión es que el Gobierno no debe precipitarse a una acción definitoria que ponga en riesgo a los rehenes.

Y al final de este rosario de personajes que también nos encarnan, sobre la imagen agotada de Galán Sarmiento, que escucha sus propios latidos porque Betancur Cuartas hace silencio, vemos la conversación que redondea la faena.

El expresidente conservador Misael Pastrana Borrero (1970 a 1974), un exembajador, exsecretario de la presidencia y exministro opita a punto de cumplir sesenta y dos años, estaba en un hotel en

Montecarlo con su esposa, pero desde el comienzo de la llamada del presidente Betancur supo de qué le estaban hablando porque media hora antes su hijo Andrés —un concejal de Bogotá de treinta y un años que será presidente del país a los cuarenta y cuatro— le había puesto en la bocina del teléfono la transmisión radial de la toma: «Le manifesté al presidente que, de acuerdo con lo que acababa de comunicarme y con las conversaciones que yo ya había sostenido con anterioridad, tenía la impresión de que lo que estaba en juego no era un gobierno ni un sistema ni la sociedad misma, sino el conjunto de valores que formaban parte de nuestras tradiciones, de nuestra existencia republicana y de la civilización de la que formábamos parte», dirá que dijo.

—Presidente: ¿usted podría decirle al general Vega Uribe, el ministro de Defensa, esto que me está diciendo? —le preguntó Betancur Cuartas a Pastrana Borrero.

Por supuesto, contestó. La verdad era que el general Vega Uribe tenía que comprender que Colombia está viviendo un momento definitorio de su destino, y que las fuerzas armadas, como tantas otras veces en nuestra historia, tienen una altísima responsabilidad: eso le dijo, claro, que de aquí en adelante vamos a ser lo que seamos hoy, y que estamos en sus manos.

Pastrana Borrero, que creció entre los jesuitas de Garzón, Huila, ha vivido desde los quince años con una sonrisa involuntaria que le quedó cuando un avión Hawk II F11C de la FAC —que hacía una exhibición en el Campo de Marte de Santa Ana, en Bogotá— se estrelló contra las gradas en las que estaban los espectadores: "la Hiena", le decían los enemigos liberales, pues les molestaba que la familia del líder conservador Ospina Pérez se hubiera encargado no

sólo de su convalecencia, sino de su carrera política sin descansos, años después, cuando era un abogado fascinado por los vericuetos de las elecciones. Vivió en Roma, en Washington y en Nueva York, a salvo en cargos encomendados por los gobiernos azules, mientras el país giraba sobre su propia violencia.

Fue en ese periplo que terminó de volverse lo que es: el reservado, soberbio, creativo, sarcástico, fuerte Pastrana Borrero.

A ratos es un torbellino de ideas. A ratos ve el mundo en blanco y negro, en azul y rojo. A ratos es un viejo generoso capaz de amanecer más joven.

Fue el último presidente del Frente Nacional, pero ganó unas elecciones apócrifas, las del domingo 19 de abril de 1970, que iba perdiendo con el exdictador Rojas Pinilla —bello país— hasta que las emisoras fueron obligadas a callarse. Nunca se ha jurado por Dios que Pastrana Borrero estuviera detrás de la trampa, no, los políticos son viles, pero menos poderosos de lo que se cree. Y, sin embargo, el Movimiento 19 de Abril, que ahora mismo está pendiente de un puñado de guerrilleros arrinconados en las escaleras que van del tercero al cuarto piso del Palacio de Justicia, empezó a nacer el día de ese conteo de votos tan inverosímil.

Pronto circuló un comunicado, en clave de ultimátum, redactado por las voces más heridas del movimiento fundado por el avejentado general:

> El Comando Nacional de Alianza Nacional Popular declara:
>
> Que el gobierno oligárquico que explota a Colombia, después de haber preparado un escandaloso fraude que está acabando de consumar, pretende imponer ahora al país un resultado electoral que burla la opinión

> inequívocamente expresa en las urnas por la abrumadora mayoría nacional. Que el presidente electo de Colombia es el general Gustavo Rojas Pinilla. Que no reconocemos un fallo diferente al triunfo de esta candidatura, y que estamos tomando medidas necesarias y eficaces para impedir que la oligarquía le robe el poder al pueblo.

«Son las ocho de la noche», respondió el presidente Lleras Restrepo, al tal comunicado, en su alocución del martes 21 de abril de 1970. «A las nueve de la noche no debe haber gente en las calles».

Y después dijo algo como lo que han estado repitiendo los expresidentes frentenacionalistas hoy, miércoles 6 de noviembre de 1985, en esas llamadas desde Bogotá y hasta Bogotá: «Colombia no le puede fallar a su destino, que es el de ser una república de leyes, civilizada y pacífica, que no cae fácilmente en la aventura, que no cae fácilmente en la anarquía, porque un grupo de irresponsables quiera empujarla a ella», dijo, dolido, luego de explicar que la Registraduría que contaba los votos era independiente del Gobierno, que se quería crear una lucha social contra el Frente Nacional que le devolvió la paz al país, que eran oligarcas y terratenientes esos anapistas que hablaban de oligarquías opresoras.

«Nada de cobardías: aquí no nos podemos dejar dominar por un grupo de audaces perturbadores», «Estén seguros todos de que quienes los invitan a la aventura serán los primeros en poner pies en polvorosa», «Juré cumplir la Constitución y uno de los deberes que ella me impone es el mantenimiento del orden y de la paz», dijo en blanco y negro.

Y hoy fue el expresidente Pastrana Borrero, que justo fue ministro de Gobierno del expresidente Lleras Restrepo, quien pronunció su versión de ese monólogo: perder esta batalla con un puñado de

asaltantes, dijo, es perder el país. «Suerte, general», se despidió de Vega Uribe después de dejar sentada su posición de allí a la eternidad. Y el ministro de Defensa, que por fin ha tomado su lugar entre los demás miembros del gabinete luego de rodeos y de excusas que querían decir «no tengo tiempo ahora porque estoy salvando la patria», se dedica a escuchar las opiniones de los profanos, de los legos. Está tranquilo porque el presidente Betancur se niega a hablar con la guerrilla. Y porque el general Delgado Mallarino ya les ha dicho a los guerrilleros lo que había que decirles.

Que reflexionen. Que evalúen la situación para que se den cuenta de que están poniendo en riesgo a muchas personas. Que lo llamen cuando cambien de opinión.

Que si se entregan de una buena vez están a tiempo de tener un juicio justo e imparcial vigilado por la propia Corte Suprema de Justicia, amén.

El general Delgado Mallarino también ha hablado con su amigo Reyes Echandía: «Pronto van a dejar de disparar, Alfonso, ya verás», le ha dicho. Pero minutos después se ha escuchado un estruendo en la Plaza de Bolívar: ¡buuum! Y Delgado Mallarino ha entrado de modo triunfal al ornamentado Salón del Consejo de Ministros a decirles a todos, con el óleo del general Francisco de Paula Santander a sus espaldas, que un escuadrón de la policía ha conseguido tomarse el cuarto piso del Palacio de Justicia. O sea que han logrado abrir las rejas de la azotea. O sea que, entre el reguero de la batalla, se ha impedido que el ministro de Justicia Parejo consiga hablar con su coterráneo Andrés Almarales. O sea que esto

se ha ido a la mierda, y el presidente se ha dedicado a pedirle a Parejo que se calme.

Pero dígame cómo diablos se va a calmar si Delgado Mallarino, el general «Alka-Seltzer» que toma decisiones súbitas en momentos de efervescencia, acaba de romper la comunicación con el M-19.

—Tenemos el control del cuarto piso, pero mis oficiales me dicen que allí no está, en ninguna parte, el presidente de la Corte Suprema —le dice el general al ministro con los dientes apretados.

Y hoy, como siempre, estamos en las ocupadísimas manos de la Providencia.

—Mijo, yo ya hablé con Víctor Alberto, con el general Delgado Mallarino, el jefe de la policía, que me dice que están haciendo lo que pueden, que van a dejar de disparar, que la orden, me imagino yo, está dada —le dice a su hijo Yesid el presidente de la Corte Suprema de Justicia, vigilado por los comandantes del M-19, apenas termina de morirse el eco del estruendo de la dinamitada de las puertas del techo del Palacio—, y el jefe del DAS, Maza Márquez, me acaba de decir lo mismo, pero yo creo que la voz de mando no está llegando hasta acá adentro: lo que necesitamos es que aquí se sepa que ya se ha ordenado el cese al fuego.

—Papá, aquí se nos ocurre que la mejor manera de que paremos esto, si les parece bien a los comandantes de la guerrilla, es que Otero hable con las emisoras para que se sepa en todos los pisos que se ha dado la orden de que paren los disparos —le dice la voz ronca del hijo a la voz agónica del padre.

—Que sí, que claro, que les digas a todos los periodistas que llamen al 2415017 —le contesta la voz agradecida del viejo a la voz

combativa del muchacho, y agrega—: ay, mijo, yo no sé qué pasa, pero tienen que dejar de disparar.

Reyes hijo, que se está enloqueciendo porque está sintiendo una versión de su padre, la desesperanzada, la desfallecida, que jamás había sentido, recuerda a tiempo contarle que el propio Gabriel García Márquez está llamando al presidente para que entre en razón, para que dé al ejército la orden de que se detenga: «Están armando una comisión de paz, de civiles, para negociar la liberación de los rehenes, papi», le dijo, «no te angusties que estamos haciendo todo lo que se puede hacer». Y, apenas consigue sacudirse la sensación de que no hay nada por hacer, apenas alcanza a tomar el aire que puede tomar un hombre que se niega a perder a su papá, empieza de inmediato la única tarea que queda por delante.

Y entonces somos testigos de otra cadena —otra superposición, mejor, de las 2:22 p.m. a las 3:33 p.m.— de escenas telefónicas que van a dar a la desesperanza.

Tanto el comandante Otero como el magistrado Reyes contestan en vivo y en directo, cimbrados por la refriega, las entrevistas de los reporteros más escuchados del país.

Preguntan los siguientes personajes de esta sociedad que suele hallar refugio en la radio: el tunjano de origen palestino Yamid Amat Ruiz, el jefe de Caracol Radio, de cuarenta y tres años, un talento completamente entregado a su oficio que sólo pierde la paciencia si siente que lo están tratando como a un imbécil; el sambernardino de origen libanés Juan Gossaín Abdallah, el jefe de RCN Radio, de treinta y seis años, un cronista con vocación de novelista que tiende a conseguir una serenidad extrañísima tanto en vivo como fuera del aire en semejante país en suspenso, y el bogotano Germán Salgado

Morales, el director del *Noticiero Todelar*, de treinta y cinco años, un reportero que se cruzó en la sala de redacción de *El Tiempo* con los mejores periodistas que cualquiera haya podido ver.

—Esta es una situación gravísima, señores, ustedes tienen que influir para que paren los disparos de una vez porque es que acá hay tanques, hay escuadrones en todos los sitios, hay helicópteros, hay francotiradores —explica a los gritos el comandante Otero, ido, sobre los bramidos y los traqueteos y las detonaciones que los rodean—, y aquí está el presidente de la Corte con varios magistrados y con varios empleados que necesitan que ustedes le digan con fuerza a la opinión pública que todo esto hay que pararlo, sí, que se retire el ejército porque si llega a subir aquí al cuarto piso nos morimos todos: oiga, oiga, oiga usted mismo lo que está haciendo el ejército.

—Por favor, señor, que nos ayuden, que cese el fuego, que estamos rodeados de personal del M-19 —escuchamos todos los miembros de esta familia, enmudecidos, en la oficina del Bosque Izquierdo, y en el despacho del Tribunal Mayor de Cundinamarca, y en el cuarto del televisor del apartamento 603 de La Gran Vía—: la situación es dramática, de vida o muerte, urgente, y ustedes tienen que ayudarnos, tienen que pedirle al Gobierno que pare, tienen que rogarle al ejército que se detenga porque ellos nos apuntan con sus armas, porque ellos están dispuestos a todo, y nosotros somos magistrados y empleados, y somos inocentes, y yo mismo he tratado de comunicarme con el señor presidente, pero él no está, no, no he podido hablar con él.

Pero entonces suena un estrépito inesperado entre los estrépitos y de paso nos enceguece.

Todo se queda oscuro, uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos eternos, hasta que el reportero grita «¡doctor Reyes!».

—Estamos aquí, en el cuarto piso, con varios funcionarios de la Corte Suprema de Justicia, pero si el país quiere que salgamos de aquí con vida es indispensable que cese el fuego —retoma, atragantado, Reyes Echandía—: ¿sí me oyen?

—Sí, pero doctor Reyes Echandía, magistrado, díganos por favor qué hay que hacer.

Va a responder cuando vuelven los estampidos, los truenos, las explosiones, las ametralladas: tacatacatacataca. Ya qué: no hay vuelta atrás, no hay más salida, no hay nada por hacer.

—¡Pues que el presidente de la república dé finalmente la orden de cese al fuego! —grita Reyes Echandía, exasperado por esta lógica de mal sueño, desde el lugar en el que va a morir hasta el Salón del Consejo de Ministros.

El comandante Jacquin, que suele entregarles estos momentos de decisión a los hexagramas del *I Ching*, pero que acaba de entender que esa oscuridad es la de la muerte, le arrebata la bocina al magistrado para pegar los gritos vagabundos «¡habla Alfonso Jacquin, el segundo al mando, óiganme bien!», «¡es que es increíble!», «¡el presidente de la república no ha querido pasarle al teléfono al presidente de la Corte Suprema de Justicia!», «¡el M-19 no es el que se ha tomado el Palacio de Justicia, sino que se lo tomaron los tanques del ejército!», «¡están sonando los tiros cada vez más cerca!», «¡sepa que apenas lleguen a este piso nos morimos todos!», «¡¡increíble!».

¡Tras!: de golpe dejamos de escuchar los reclamos agonizantes en clave de súplicas.

Vemos todo negro. No hay garabatos de humo ni hay siluetas ni hay penumbras: nada más negrura.

Se han cortado todas las voces porque se han cortado las comunicaciones con el Palacio de Justicia.

«Ya ni siquiera suena ocupado», piensa en voz alta Reyes hijo, «ya sólo suena y suena y suena para nada». «Tranquilo, mijo, algo tiene que pasar», fue lo último que supo de su padre, «¡cuidado, magistrado, atrás!».

Vemos, en el lento regreso de la oscuridad, los tres teléfonos inútiles. Son, de nuevo, los tres teléfonos de las tres oficinas trágicas: el del presidente de la Corte Suprema, el del presidente del Congreso y el del presidente de la república. Y los vemos como si tuvieran la culpa, claro, como si hubieran arruinado la comunicación, mientras nuestra impotencia escucha la letanía del magistrado Reyes Echandía —se detiene el ruido de fondo del fusilamiento, por un momento, para que entendamos mejor— que va de «¡no disparen, por favor, somos rehenes!» a «¡no disparen, por favor, les habla el presidente de la Corte!». Que va a ser asesinado porque esto va a seguir así. Y está empezando a cerrar los ojos porque quién quiere ver su propia muerte.

El presidente Betancur se está lavando las manos después de orinar. Está pensando en su hermano menor, el muchacho alegre y bohemio y justo a morir que llegó a ser consejero de Estado a puro pulso —y entonces, según estos fanáticos, ya no es del pueblo—, porque no se ha enterado de que se lo han encontrado con vida en una trinchera del segundo piso. Está, el presidente, en la trasescena.

Toma fuerzas para volver al escenario a hacer el papel del jefe del Estado. Sabemos, porque nos adelantamos a su paso, que afuera lo espera la agitada reunión de sus ministros. Hay unos cuantos enfurecidos por las transmisiones de Caracol, de RCN, de Todelar. Hay muchos enmudecidos ante las súplicas de los rehenes. Hay varios a los que ya se les ha partido el corazón.

El presidente Betancur tiene un dolor de cabeza, de castigo, que empieza en los tendones del cuello. Está agotado. No ha querido hablar él mismo con el presidente de la Corte Suprema porque le suena a victoria de los traidores a la patria: «No nos pueden doblegar», piensa. Pero ha escuchado la voz de Reyes Echandía como un infarto. Ha recibido magistrados que no estaban adentro del Palacio de Justicia cuando empezó la toma: «Por favor, presidente, dialogue». Ha pedido a periodistas cercanos que transmitan a los asaltantes la cordura que se requiere en estos momentos. Ha tenido la fuerza inesperada para conversar con los unos y con los otros sin soltar bravuconadas, sin impacientarse: «Y atracar, viejo ya, en la isla, / enriquecido por cuanto ganaste en el camino / sin esperar que Ítaca te enriquezca», le ha dicho el poema de Kaváfis.

Hizo esperar en la línea al narrador cataquero García Márquez, que, recién llegado de la comida con López Michelsen, estaba llamándolo desde París, porque ni siquiera Dios puede hablar con todo el mundo al mismo tiempo: «Que ya paso». García Márquez, el premio nobel de cincuenta y ocho años, autor de las novelas envolventes que tiene mi mamá en la mesa de noche, de *Crónica de una muerte anunciada* a *El amor en los tiempos del cólera*, andaba quedándose dormido allá en su madrugada cuando al fin escuchó la

voz de su amigo el presidente. «Se está armando una comisión de paz, de civiles, para negociar las liberaciones de todos los que quedaron atrapados en el Palacio de Justicia», le dijo García Márquez. «Que vengan que yo los recibo ya mismo», le contestó Betancur.

—Que vayan ya a la Casa de Nariño —le dijo García Márquez a Juan Guillermo Ríos como diciendo «hágase la luz».

Pero ninguno de los comisionados de paz consiguió que los dejaran entrar —«¡Gabriel García Márquez nos hizo la cita!», reclamaron— porque las férreas recepcionistas del palacio presidencial estaban cumpliendo la orden de no dejarlos pasar.

El presidente está harto. Tiene las orejas adoloridas de pegarse los auriculares a la piel para que no se cuelen palabras sueltas.

Y, sin embargo, hubo un momento extraño, que lo sorprendió a él mismo, en el que quiso hablar por teléfono con el consejero de Estado Uribe Acosta.

El consejero de Estado Julio César Uribe Acosta, de cincuenta y cuatro años, nacido en Mistrató, Risaralda, cuando seguía haciendo parte de Caldas, es un filósofo del Derecho que poco se quita su vestido de chaleco. Sus abuelos eran liberales. Sus abuelas eran conservadoras. Fue un monaguillo orgulloso. Su papá, un campesino con una letra preciosa que fue el alcalde de su pueblo, le enseñó el amor por la ley. Vino a Bogotá a graduarse de abogado con la sensación, de conservador atento a las enseñanzas de la Iglesia católica, de que ser joven era hacer política: «La política es el desarrollo de la solidaridad», pensó desde siempre, «todos somos responsables de todos». Se volvió alzatista, o sea partidario del Mariscal Gilberto Alzate Avendaño que pactó la salida militar del

presidente Laureano Gómez, porque creía en el carácter que respeta a las minorías. Fue dado a la derecha, pero sobre todo fue un profesor desde antes de tener diploma.

Estaba en su despacho del tercer piso del Palacio de Justicia, dedicado a corregir unos exámenes del curso que da en la Universidad La Gran Colombia, cuando empezó la balacera. No tuvo miedo. Pensó «aquí nos quedamos un rato como la gente de la embajada». Se lanzó al piso pues se lo ordenaron las voces de todos. Tomó un libro de Martin Luther King que tenía en la biblioteca, *La fuerza de amar*, para hacer algo mientras pasaba de largo la bestialidad porque todo pasa de largo. Leyó el sermón que se intitula «Antídotos del miedo» así lo supiera de memoria: «El amor espanta al temor», rezó agazapado detrás del escritorio. Eso le dijo al periodista del Grupo Radial Colombiano que llamó al teléfono de su oficina: «El doctor King dice que solamente el desarme, basado en la buena fe, hará que la confianza mutua sea una realidad viva», recordó al aire.

Defendió la posición del presidente de la república. Habló también, porque venía pensándolo desde hace años, de lo raro que era que los pueblos comprendieran las vicisitudes que viven sus líderes.

El presidente Betancur se conmovió tanto que pidió que se lo pasaran al teléfono: «Gracias, querido Julio César, por esas declaraciones tan estimulantes, tan profundas», le dijo. El consejero Uribe Acosta se lo tomó como una señal para su fe: «Gracias, señor presidente». Y, apenas colgaron, Betancur se quedó soñando despierto unos segundos: «Que la Providencia nos permita rescatar con vida a todos los rehenes», murmuró para sí.

Se está mirando en el espejo del baño de los presidentes, que es un viejo recordatorio de que no hay nadie original, porque a cualquiera le cuesta creer esa jornada. Toma aire, de nuevo, para volver a la reunión del teatro del absurdo con sus ministros. Sale, decidido, a seguir poniéndole la cara a la jornada.

El determinado general Vega Uribe, ministro de Defensa, repite que la operación del M-19 es salvaje e incoherente porque el Gobierno siempre ha estado listo a reanudar el diálogo, porque no parece coincidencia que justo hoy, que se discutía el Tratado de Extradición, llegue este asalto de un grupo que ha venido endureciendo el tono de su rechazo a la medida, y porque qué tanto se puede confiar en una gente que entra matando a un par de celadores que no tienen nada que ver con ninguna guerra. El vehemente Enrique Parejo González, ministro de Justicia, insiste en que se siente traicionado por el ataque al cuarto piso justo cuando iba a hablar con el comandante Almarales. La discreta Liliam Suárez Melo, la liberal belisarista que está al frente del Ministerio de Educación, sugiere «explorar formas para evitar el derramamiento de sangre».

Y la ministra de Comunicaciones, la intranquila Noemí Sanín Posada, está volviendo a decirles a todos que lo peor que puede pasarles es que se les rompa la comunicación: que no hay que confundir dialogar con negociar.

Pero, como la discusión vuelve todo el tiempo a la idea de que los medios de comunicación están sirviéndole al M-19 para transmitir su mensaje político, para victimizarse, para contagiar la idea de que detrás del horror se encuentra el Ejército Nacional —«Esto no es un problema político, ministra, esto es un problema militar», le dice el

general Vega Uribe—, la ministra Sanín se dedica a llamar a todos los periodistas que han estado transmitiendo el ruego digno del presidente de la Corte Suprema de Justicia. Habla con Juan Guillermo Ríos. Habla con Yamid Amat. Habla con Juan Gossaín. Habla con Germán Salgado. A todos les pide que dejen de confundir, de localizar a los magistrados que se están escondiendo, de asustar a la gente, de servirles a los guerrilleros para que lancen sus proclamas.

A todos los directores de todos los noticieros se les hace llegar un mensaje que ella —se lo dirá al escritor Mauricio Navas, en el pódcast *Ser o no ser*, treinta y nueve años después— niega haber redactado:

> El Gobierno nacional agradece a los medios de comunicación la colaboración que presten ante los hechos conocidos por la opinión y solicita abstenerse de transmitir por radio o televisión informaciones sobre los operativos militares en directo, o a través de entrevistas o comunicados, puesto que ello dificulta cualquier operación tendiente a salvaguardar la vida de las personas que ocupan el Palacio de Justicia y las zonas aledañas.

¿No entienden la gravedad de lo que está pasando? ¿No se han dado cuenta de que el Bogotazo, que era un ejército dormido, se ha vuelto a levantar?

¿A qué clase de periodismo, si el periodismo es el relato de los desafíos de la democracia, puede sonarle justo transmitir los avances de los militares?

¿A quién, que haya nacido, crecido y envejecido acá, puede parecerle que Colombia quiere saber qué pasa en Colombia?

—No hay una resolución, ni nada de eso, pero es una cuestión de humanidad —dice la voz atarantada, sin tiempo, de la ministra Sanín

—: hay que interrumpir la transmisión de toda esa información que sólo les sirve a los asaltantes.

—Yo lo hago si los demás lo hacen —responde la frente surcada de Amat.

—Todos lo tienen que hacer, todos, antes de que el ejército se les tome las emisoras para apagarlas —suelta, contrariada, extraviada entre los hechos y las conjeturas, la señora ministra.

Amat, Gossaín, Ríos, Salgado, que son lo que son porque han vivido rodeados de periodistas de tiempos de estado de sitio, patalean antes de callarse.

Es un día oscuro de una patria: es el momento de ejercer la libertad de expresión porque es el momento de defender la democracia, dicen, cada cual a su tiempo, cada cual en su propia conversación, entre dientes.

La ministra de Comunicaciones, que está tratando de sujetar una avalancha de sangre, responde todas las veces «si usted quiere diga al aire que hay censura, pero no me pase más la voz del presidente de la Corte». Y las gentes de Caracol, de RCN, del Grupo Radial Colombiano, de *El Espectador*, de *El Siglo*, de *El Tiempo*, que suelen contarnos los pormenores de todo lo que está sucediendo, pase lo que pase, venga lo que venga, pero crecieron también en la traumática defensa de las instituciones que hizo el Frente Nacional luego de la dictadura, pasan de ser reporteros de guerra a ser presentadores de noticias, de estar en el infierno de los hechos a estar en el purgatorio de las cabinas de grabación, y al tiempo no renuncian, eso no, a la comunicación que queda con los que siguen adentro.

Ya estamos yendo de la tarde a la noche, de las 5:15 p.m. a las 5:55 p.m., de las 6:36 p.m. a las 6:56 p.m.

Tratamos de ver lo que sigue sin tiritar, pero es imposible quedarse quieto, que el pulso no tiemble, entre la confusión de los ataques y los contraataques. El comandante Otero, ennegrecido por el hollín de la batalla, se refugia en el despacho que queda al lado del despacho del magistrado Serrano, y se pone a contarle a la historia lo que está pasando: «El presidente de la república no ha querido hablar con el presidente de la Corte», «El doctor Reyes Echandía está en otro lugar porque acá están volando los tiros», «Tenemos más de quince magistrados», «Vinimos aquí a poner una denuncia armada contra el gobierno del presidente Betancur», «Ya lo había previsto el general Uribe Uribe, a principios de siglo, cuando advirtió que de no cumplirse el pacto de la paz del final de la Guerra de los Mil Días vendría una demanda armada dentro de esta misma Corte».

Corte a un brevísimo documental, plagado de saltos de imágenes de archivo, narrado por alguna voz perdida y encontrada de la edad de oro de la radio de este país: la voz de Caicedo o Piedrahíta Pacheco o Niño Mendoza.

Vemos imágenes recobradas de las guerras civiles colombianas que el comandante Otero cree llevar por dentro.

Vemos las feroces e inverosímiles batallas de Ventaquemada y de San Victorino y de San Juan de Pasto en plena Patria Boba. Vemos la guerra descabellada y redundante entre los criollos centralistas y los criollos federalistas, que se tomó el país desde 1812 hasta 1815, dos años después de pegado el Grito de la Independencia en la Casa del Florero en la que hoy están torturando «rescatados especiales» del

Palacio de Justicia. Las tropas centralistas del Estado Libre de Cundinamarca están encabezadas por un aristócrata brillante, el separatista Antonio Nariño y Álvarez del Casal, extesorero y exalcalde bogotano de cuarenta y siete años que vivió una vida en la cárcel por haber traducido al castellano e imprimido en su Imprenta Patriótica la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Las tropas federalistas de las Provincias Unidas de la Nueva Granada son lideradas por el abogado deslumbrante que escribió el *Memorial de agravios* contra los españoles, Camilo Torres Tenorio, el payanés de cuarenta y seis que fue miembro de la Junta de Gobierno del Reino y será fusilado por los reconquistadores españoles en la Plaza de Bolívar, pero los federalistas tendrán también, en el momento más delirante, más romántico del conflicto, el apoyo del militar venezolano Simón Bolívar: Bolívar permitió a su ejército salvaje el primer Bogotazo, la destrucción, el saqueo, la violación de las mujeres de la Bogotá del lunes 12 al martes 13 de diciembre de 1814, mientras publicaba proclamas en las que prometía la seguridad de los ciudadanos.

Vemos la Guerra de los Supremos que montaron, en Tunja, en Cartagena de Indias, en Antioquia, en Socorro, en Santa Marta, en Mariquita, los caudillos que no sólo estaban aprovechando la furia que había crecido en el sur del país por los embates del laicismo, sino que le habían heredado al general Santander el odio enconado por el líder que será la estatua de bronce del patio del Palacio: el presidente boyacense José Ignacio de Márquez, tan buen orador, tan progresista. Vemos la tercera guerra civil, la de 1851, de los terratenientes conservadores contra las reformas liberales —desde la abolición de la esclavitud hasta la libertad de prensa— en el

gobierno del general payanés José Hilario López. Vemos la cuarta de las guerras insólitas, la de esos ocho meses de 1854 que dejaron cuatro mil cadáveres colombianos, en la que el Ejército Constitucionalista hecho de liberales gólgotas y conservadores terminó sacando de la pobre Bogotá a las tropas de liberales draconianos y artesanos del golpista José María Melo. Vemos a los liberales federalistas liderados por el gobernador caucano Tomás Cipriano de Mosquera sacar del Gobierno a los conservadores centralistas encabezados por el presidente Mariano Ospina Rodríguez, e imponer la progresista Constitución de 1863, luego de dos años de Guerras de las Soberanías. Vemos a los conservadores sublevarse en vano, en la Guerra de las Escuelas de 1876, contra el laicismo liberal del gobierno de Aquileo Parra Gómez, pero dejar sentado el clima en el que se dio la Regeneración conservadora que proclamó la Constitución de 1886 luego de derrotar a los liberales radicales que habían ganado la batalla de La Humareda.

Vemos al ejército enorme del general Rafael Reyes defendiendo la Regeneración ahora que los liberales, hartos de las restricciones conservadoras, quieren darles un golpe.

Tenemos enfrente la guerra de guerrillas liberales de la Guerra de los Mil Días, agotadora, devastadora e infinita, que terminó en la ruina del país, en la separación de Panamá, en la Hegemonía Conservadora que sólo acabó tres décadas después, pero, sobre todo, en la zanja del odio entre los miembros de los dos partidos que fue a dar a la Violencia de este siglo y que el Frente Nacional detuvo y convirtió en la guerra atomizada, confusa, paródica, que está viviendo su patético clímax en el Palacio de Justicia: la Operación Antonio Nariño por los Derechos Humanos comandada por este

Otero que ha recorrido las revoluciones desde Cuba hasta la Unión Soviética, que creció en una familia que le decía «bolchevique» por andar quejándose de todo, que tuvo un abuelo que peleó en las filas liberales de la Guerra de los Mil Días.

Y que solía quejarse de las traiciones al Tratado de Neerlandia que había firmado el general liberal Uribe Uribe antes de que el horror fuera lo único que quedara: «Hemos hecho la paz porque dejamos el país destruido», dijo, «de no cumplirse habrá una demanda armada en nuestras Cortes».

—Y aquí hemos venido a cumplir el vaticinio de mi general —dice con la mirada puesta en la bocina el comandante de esta guerrilla tan rara, el M-19, que a ratos suena más nacionalista que de izquierda, más nostálgica que revolucionaria—: hemos venido a honrar a Uribe Uribe.

Quizás se lo contó su abuelo. Tal vez lo leyó en las novelas de Gabriel García Márquez que se pasaban de mano en mano en los escondites. Puede ser que no haya sido el general Uribe Uribe, sino su versión garciamarquiana, el coronel Aureliano Buendía de *Cien años de soledad*, quien lo haya dicho. Pero el comandante Otero, que canta «si Adelita se fuera con otro» cuando se pone triste, que se la pasa bailando para espantar la tristeza de la revolución, que escuchó completa la etapa que se ganó Lucho Herrera en el Alpe d'Huez, que todo el tiempo piensa en sus hijas como las hijas felices de un agente viajero, que odia el cine intelectualoide de los cineclubes, Dios, qué tal esas dos mujeres mirándose y mirándose y mirándose en *Persona*, y que querría vivir en una novela de ciencia ficción para viajar a Júpiter —y quedarse por allá de ser posible—,

repite las profecías de su general en este campo de batalla lleno de escritorios.

Vemos, escrita en blanco sobre las imágenes del fuego cruzado en el Palacio de Justicia, la cifra de muertos de las guerras civiles de esos 172 años que el comandante Otero cree que encarna: 257.000 almas en pena.

Y vemos, aprovechándonos de que todos aquí sabemos qué vino después, la cifra de las víctimas de los conflictos armados de noviembre de 1985 en adelante: 490.000 cadáveres porque sí.

Volvemos entonces a la desesperación del jefe Otero, aferrado al teléfono negro del despacho por el que menos pasan las balas, gritándoles a los periodistas que lo llaman que los compañeros del M-19 van a estar allí «hasta que el presidente Belisario Betancur se decida a comparecer aquí a este juicio», que están haciendo la denuncia armada dentro de la Corte que prometió Uribe Uribe «para juzgar al Gobierno por la traición de los pactos de Medellín, El Hobo y Corinto», que están dispuestos a «vencer o morir», que están decididos a respetar la vida de los magistrados, «pero el ejército no: el ejército está aquí dispuesto a masacrar a todo el mundo». Vuelve, mareado, a la oficina contigua. El magistrado Serrano Abadía lo mira fijamente hasta entender la derrota.

El cinéfilo Serrano sabe, por *La soga* de Hitchcock, que están perdidos: hay demasiada gente en el mundo que, empeñada en el drama, en el mito, en el triunfo de una vida que tarde o temprano, como cualquier vida, será una derrota, se convence a sí misma de que el bien y el mal fueron inventados para las personas inferiores. Prefiere hablar, apenas nota que el comandante Otero le contesta la mirada fija en medio de los tiros, de una película francesa que vio

hace un par de años en la Cinemateca. «No es intelectualoide», le aclara, «es una sátira de los de arriba y los de abajo». Se llama *La regla del juego* y muestra la guerra como una puesta en escena. Y hay una frase que siempre le ha resumido la vida: lo que es terrible de esta Tierra es que todos los hombres tienen sus razones.

Pero nadie alcanza a comprendérsela porque, apenas la pronuncia, una bomba les cae justo al lado.

Nosotros, refugiados por siempre y para siempre en el apartamento 603 del edificio La Gran Vía, queremos saber qué está pasando en el Palacio de Justicia. Estamos lejísimos. No podemos verlo ni nos dejan oírlo. Pero andamos aquí, en las sillas tiesas del cuarto de la televisión, a la espera de la noticia de un milagro. Los bombillos del corredor están apagados porque la luz está llegando muy cara. El televisor está encendido por si empieza un noticiero que no llega. Estoy estudiando para el examen de Historia de Colombia, de la Conquista a la Independencia, mientras el odontólogo del comercial de Reach está mostrando en su microscopio un diente mal cepillado. Hay una Coca-Cola de dieta en la mesa, medio llena, que mi mamá dejó antes de salir de nuevo.

Mi mamá ha hecho lo mejor que ha podido para no transmitirnos el fin del mundo. Salió del centro de Bogotá después del mediodía, a la 1:17 p.m. para ser precisos, con la misión de cuidarnos a todos: «Marce: ¡mira!», le dijo la voz de fiar de su compañera de todas las luchas, María Teresa Garcés, apenas vio la columna de cenizas que se levantaba desde la Plaza de Bolívar. Tomó un taxi que la trajo a nuestra casa, en la calle 100 # 7-45, por la avenida Circunvalar:

volvía a sonar «reloj, no marques las horas, porque voy a enloquecer», pero le pidió al conductor, un señor balbuceante que repetía «yo no puedo creer», que sintonizara las noticias justo cuando estaban haciendo conjeturas sobre la toma. Entró por nuestra puerta habana de lata, transfigurada, media hora después.

—Mis amores: tengo que recoger a Miren Vitore en el colegio en un rato —pensó en voz alta, por si acaso, antes de empezar su ronda de llamadas de la tarde.

Se refería a la hija de Mirentxu e Iván, o sea la hija de mis segundos padres, que es mi hermana a punto de cumplir los cinco años. Se veía en control de sí misma. Su sistema nervioso desbocado, a la espera del siguiente revés, suele apaciguarse en las crisis.

Fue una tarde sin treguas. El número del apartamento, 2569556, sonó ocupado hasta las 3:03 p.m. El doctor Mora llamó un par de veces más entre los disparos: «Mijito, páseme a la Marcelita», dijo. Mi mamá se sentó junto a su mesa de noche de pino, con el Ericófono, o sea, el Ericsson rojo de cuello largo, entre el puño, a escucharle a su querido mentor qué estaba pasando en el segundo piso. Colgó. Habló con mi papá. Habló con Mirentxu e Iván: «Qué tristeza el Dodge Alpine», les dijo, «pero es lo de menos». Esperó todo lo que pudo a que sonara de nuevo el timbre que suena en todas las casas de 1985. Se sentó en el mueble del teléfono de la sala, recostada sobre el mullido cojín en blanco y negro, a ver si de pronto se sabía algo más. Pero ya no pasó nada.

Su hermano encontrado por el camino, el magistrado auxiliar Lisandro Romero Barrios, no volvió a contestar su número en el Palacio de Justicia, ni volvió a llamar a nuestro apartamento.

—¡Niños, chao, ya nos vemos! —grita mi mamá desde la puerta de salida.

Yo estoy sentado en la cama de mis papás, sobre el cubrelecho amarillo de flores del que nos burlamos tanto, dedicado a estudiar el Virreinato de la Nueva Granada: la casa de los Borbones desde el rey Felipe V hasta el rey Fernando VII; los virreyes elegidos por un Dios ajeno que era el único que había, Sebastián de Eslava, Antonio Caballero y Góngora, Antonio José Amar y Borbón y Juan de Sámano, entre tantos, que de 1718 a 1819 lidiaron piratas, levantamientos, guerras; las 24.000 plantas halladas en los viajes de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino; el río de indignaciones e independencias que fue a dar a lo que Nariño llamó Patria Boba —ya lo dije, pero es que eso es— en una de las tres ediciones de su periódico satírico *Los Toros de Fucha*.

Hacia las 3:40 p.m., minutos más, minutos menos, mi mamá consiguió convencer a las profesoras del colegio aquel de que ella sí era «la acudiente de Miren Vitore Magyaroff de la Lombana» cuando nuestra niña —que cumple los cinco el 29 de noviembre— se fue corriendo hacia sus brazos. Volvieron juntas media hora después en un taxi negro, de techo amarillo, que las esperó mientras se resolvía el drama: «Gracias, sumercé», le dijo mi mamá, a la llegada, con una de sus célebres propinas en las manos. Se veían tranquilas, aliviadas, cuando entraron al apartamento. Miren Vitore se sentó conmigo a ver *Plaza Sésamo* en la sala del televisor: «Una de estas cosas no es como las otras…». Mi mamá se fue a su cuarto a ver qué podía hacer desde el Ericófono rojo.

No llevó el ritmo de sus nervios con el pie, como suele hacerlo cuando no está pasando nada grave —«tatatatatata», empieza a oír

uno—, porque andaba completamente entregada a la tarea de protegernos de ese día.

Nadie le contestó más en la oficina de su hermano Lisandro, ni en el despacho del doctor Mora, pero ella no se portó, jamás, como si el mundo se nos hubiera salido de las manos. Nos atendió. Nos distrajo.

Mi papá llegó de la universidad a la misma hora de todos los días, 5:35 p.m., como si este miércoles 6 de noviembre fuera también un miércoles como cualquiera. Su llegada sonó igual que siempre, sí, decidida, benigna. Todos lo abrazamos apenas lo vimos: «¡Chato!», le dijimos porque nos ha dado por decirle como él nos dice. Mi mamá lo puso al día de la debacle: «Ya no contestan», remató, ay, Dios, no más. Y ella luego nos pidió que fuéramos a la Droguería Ultramar, aquí a la vuelta, a comprarle unas pastillas para el dolor porque se le iba a reventar la cabeza. Fuimos los dos, mi papá y yo, que siempre vamos los dos a todas partes, en el carro. Por el camino, de la calle 100 a la calle 94 por la carrera 7ª, de la carrera 7ª a la carrera 9ª por la calle 94, de la calle 94 a la calle 95 por la carrera 9ª, de la carrera 9ª a la bahía de la carrera 10ª por la calle 95, escuchamos dos veces la voz del presidente de la Corte:

—¡Pues que el presidente de la república dé finalmente la orden de cese al fuego! —se escuchó en quién sabe qué emisora que tenía puesta mi papá.

Ya habíamos oído juntos, mi hermano Eduardo y yo, en el equipo de sonido lleno de botones y de luces que mi mamá llama «la rocola», las frases sueltas de los guerrilleros, los soldados y los magistrados que empezaban a notar cómo se les iba yendo la tarde,

pero la grabación agónica de la voz de Reyes Echandía era un registro de la voz de la conciencia.

Entré detrás de mi papá a la resplandeciente, fría, Droguería Ultramar. Don Alberto, el tendero de bata aguamarina de médico, de pelo tupido, de viejo a los treinta y nueve años, nos soltó sus propias frases sobre la toma: «Parece que ya están todos muertos», «aquí nunca aprendemos», «qué desastre». Las capoteamos con sabiduría de gente de paso: «Cómo será la cosa de demencial que a nosotros de una vez nos mandaron a comprar pastillas para el dolor de cabeza», dijo mi papá. Luego me regaló la edición de noviembre de la revista *Millos*, o sea la revista de mi equipo de fútbol desde que tengo memoria, porque me quedé ante el escaparate de las revistas viendo la portada en la que una porrista mira fijamente al arquero René Higuita. «Van a dar el partido contra el Unión Magdalena», nos dijo don Alberto. No le creímos.

Tardó la llegada de la noche, pero por fin llegó. Yo sí estaba inquieto. A salvo, pero impaciente e intranquilo porque tenía claro que vivir en este país era perder tíos, y recibir amenazas: todas las historias del pasado, desde la cal que había que echarle al maíz para comérselo entre las ruinas del Bogotazo hasta las linternas que iluminaban desde la calle este apartamento en las noches para que mi mamá dejara de hacer preguntas sobre el asesinato de su hermano mayor, ya no eran anécdotas sino señales de esta pesadilla de hoy. Nos sentamos a la mesa del comedor a comernos el arroz anaranjado que nos dejó Amelita, la empleada de la casa, que me defiende pase lo que pase. Mirentxu e Iván, Mirentxu de la Lombana e Iván Magyaroff, llegaron un rato después a recoger a su hija.

Hubo una conversación entre adultos, de cuarenta y cinco, cuarenta, treinta y siete y treinta y siete años, adultos menores que yo mientras escribo este recuerdo que sigue siendo un presente, que no me sonó a conversación de padres que guardan secretos, sino de niños a punto de soltar una plegaria porque qué más. Mi mamá repitió una frase cierta que ha sido su mantra desde los días en los que su hermano mayor, su Alfonso, su Alfo, escondió esa bolsa con revólveres debajo de la cama de ella, la niña más niña de la casa: «Odio las malditas armas», dijo mi mamá, «que me maten si quieren, pero nunca jamás voy a usar una». Mi madrina, hija de vascos perseguidos y exiliados por el diabólico y apostólico franquismo, pensó en voz alta que «se supone que las guerras son sacrificios para vivir en paz, pero aquí no: las guerras colombianas son guerras para nada». «Los conservadores se mataron con los liberales para nada», recordó mi padrino antes de contar que su padre, el barbero serbio, repetía que le daba igual de qué partido eran los presidentes de la república a los que les cortaba el pelo. Mi papá, un mago para desmitificar los dramas, solamente participó al final: «Es que cuando uno empieza a pensar en algo que no sea hacer su trabajo se enloquece», soltó mirándome a mí porque a su timidez le da vergüenza con los otros.

No recuerdo mucho más de ese momento. Sólo tengo clara —la vemos— una angustia al final de la escena: «Los hijos de todos», recordó mi mamá, «qué estarán sintiendo».

Después, desde la mirada de una cámara que se va alejando del edificio sin perder de vista la ventana de nuestra sala, vemos ese cuarteto de adultos entrañables que un día llegaron a la conclusión de que la revolución era ser padres con sentido del humor, padres

presentes, diarios, capaces de hacer el bien sin mirar a quién. Se despiden con el amén colombiano: «Esto no tiene arreglo». Pero luego, conscientes de que está mal despedirse con la moraleja del desastre, cualquiera de los cuatro agrega una variación del chiste de Les Luthiers que está en el casete que se ha quedado atrapado —con el Dodge Alpine— en el segundo sótano del Palacio de Justicia: «Te diré que no es cierto que todas las personas son maltratadas en este país: algunas personas son maltratadas en otro país».

Se ríen, claro que sí, hay que reírse en el mundo, del mundo, contra el mundo. Se ven jóvenes, más jóvenes que yo, como tantos personajes en este mural. Y la cámara pasa por encima del barrio de enfrente, El Pedregal, que es un pueblo de película de vaqueros, para que el edificio La Gran Vía sea un edificio más, un drama más entre millones y millones de dramas.

Se van los tres, Miren Vitore, Mirentxu e Iván, a las 7:25 p.m. Pego la frente a la ventana de la sala para seguirlos viendo mientras se iban en un taxi: «Adiós, amigos, vuelvan», pienso.

Mi hermano llega a la sala a decirnos a todos que sí, en efecto, van a transmitir «por todas partes» el partido de fútbol que estaba programado antes de la toma del Palacio de Justicia: el Gobierno, o sea, el director de Inravisión Fernando Barrera Chávez, en sintonía con los deseos presidenciales de «restaurar la normalidad», ha anunciado en todos los micrófonos que no sólo se cumplirá con el primer partido del octogonal final de la liga colombiana, Millonarios contra Unión Magdalena, sino que, en medio de la urgente declaratoria de interés nacional, las propias cámaras del Estado llevarán a cabo la inédita transmisión: «Pero si aquí sólo dan el fútbol de afuera», reclamo yo. Mi mamá se tapa la cara: «Menos mal

nos salimos del Ministerio de Comunicaciones», dice. Mi papá agrega «pan y circo». Mi hermano, de catorce años nada más, regresa por el pasillo con las manos arriba como diciendo que él no ha sido el de la falta.

Viene un momento, un poco antes de que empiece el partido de nuestro equipo bogotano de toda la vida, en el que los timbres de los dos aparatos telefónicos del apartamento suenan como un par de truenos desincronizados.

—Mijita, buenas noches —dice el consejero de Estado Mora Osejo.

—¡Mi doctor Mora!: ¡qué felicidad oírlo! —grita mi mamá con el alma de vuelta en el cuerpo.

—Muy complacido yo también —contesta él.

—¿Dónde está usted? —pregunta ella.

—Ya aquí en la casa, ¿no?, nos sacaron a unos cuantos hace un par de horas —responde más cansado que nervioso.

Hablan poco porque ya no es hora de hacer conjeturas. Dice el doctor Mora, eso sí, que está muy bien. Cuenta que anda poniéndose de acuerdo con los demás consejeros rescatados de milagro para pedirle al presidente de la república que por lo que más quisiera hable con la gente del M-19. Cuelga pronto, claro, porque está poniéndose al día con todo el que quiera ponerse al día con él. Mi mamá se queda tranquila unos minutos, pues se ha salvado por poco la única figura paterna que le queda, ni más ni menos que el compañero de estudios del hermano que la cuidaba como una hija —«Ten cuidado, Marce», le decía Alfo, «no des la espalda»—, pero pronto empieza a sufrir porque no aparece Lisandro, ay, Dios mío, que siga llamando todos los domingos.

Son las 8:15 p.m. en esta casa. Ya va a empezar el partido de fútbol en medio de la guerra. El defensa central de Millos Cerveleón Cuesta, un chocoano del barrio Yescagrande, de veintidós años, que llegó a Bogotá hace un tiempo como parte del grupo de cracks ninguneados que logró reunir el maestro Hinestroza Berrío, ha tenido taquicardia desde antes de pisar la cancha. Está raro. Está inquieto. Está embelesado. Sólo hay 6.349 hinchas en este estadio gigantesco, el estadio El Campín, en el que suele haber 45.000 más o menos. El centrocampista de nuestro equipo, Norberto Peluffo, un bumangués de crespos rubios de veintisiete años, no ayuda porque ha bajado al campo de juego un radiecito suyo en el que está siguiendo las noticias que se le escapan a la censura de esas horas: «Se está incendiando el Palacio», dice, «es una quema».

Se escucha además una procesión de ambulancias. Se alcanza a oír hasta acá el tiroteo que está sucediendo seis kilómetros al sur, Dios santo, no va a parar, no para. Suena también, sin embargo, el silbato inicial del juez central: ¡priiiii! Y los gritos apagados de esa tribuna de pocos.

Es una noche fría de un día frío en una ciudad glacial. Se ve serísimo, larguísimo el señor árbitro, el valluno Carlos Alberto "el Kilométrico" Reyes del Valle, con sus piernas estiradísimas y sus pulmones capaces de tragarse el aire escaso de Bogotá, pero la verdad es que está desconcentrado, extraviado entre el eco de los estruendos. En un principio le decían «el Africano» por la canción: «Mama, ¿qué será lo que quiere el negro?». Luego, cuando supieron que tenía una panadería, lo llamaron "el Kumis". Pero a esta hora es "el Kilométrico" Reyes, como lo bautizó el comentarista radial Rentería Jiménez, porque el resto del mundo es más bajito que él.

Desde que da el pitazo de arranque, "el Kilométrico" corre, a tope, a cualquier lugar.

Ya era una responsabilidad de vida o muerte aquello de arbitrar cualquier partido de la primera fecha de la ronda final —Nacional recibe al América en Medellín, Junior juega con el Medellín en Barranquilla, Cali enfrenta a Bucaramanga en su estadio—, pero pitarle un encuentro a Millonarios, en esta Bogotá que suele llamar «Ballet Azul» a su equipo, y en plena toma del Palacio de Justicia, es protagonizar una locura.

El primer tiempo es lentísimo, cuarenta y cinco minutos que parecen una hora alargada sin piedad, porque el Unión Magdalena ha venido a sacar el empate, a defenderse. Desde el arranque del juego se ha parado en zona con sus mediocampistas sólidos, Galván, Granados y Espíndola —el volante argentino Silvano Espíndola, de veintitrés años, que hasta hace poco jugó en Millonarios, y se ve rarísimo con el uniforme vinotinto del Unión—, y se ha dedicado a lanzarles pelotazos inútiles a los veloces Sossa y Teglio a ver qué pasa, y además a quemar tiempo, a especular con el balón, y nuestro equipo azul, entre los nervios de la jornada de la toma, y la soberbia de quien juega de local, y la desesperación, se ha empeñado en derrotar a los visitantes en el medio, y el resultado es un enredo cero a cero.

Son las 9:02 p.m. cuando "el Kilométrico" Reyes pita el final del primer tiempo.

—¿Qué se sabe del Palacio de Justicia? —le pregunta Cerveleón Cuesta a Norberto Peluffo mientras cruzan juntos la cancha, ante las graderías medio vacías, en el camino a los camerinos.

Nada. El sargento segundo Rubio Poveda, de veinticuatro años, recorre la azotea con lentes de rayos infrarrojos —con un grupo de treinta agentes más entre el humo, entre la noche— porque le han dado la orden de disparar al cuarto piso. Ariete 6 vuelve a soltar por los radioteléfonos del ejército, que no sólo están escuchándolos los militares, la sentencia «la idea es fumigar a esos chusmeros por el roto». Los bomberos acatan la orden de detenerse frente a la enredadera de fuego del incendio. Los magistrados Murcia Ballén, Tapias Rocha, Montoya Gil y Pájaro Peñaranda no se cruzan con los soldados que están rescatando a los civiles, sino con un puñado de guerrilleros que los mandan a la trinchera que han montado en el baño del tercer piso: ven a "Claudia", la guerrillera, carraspear y jadear y toser sobre sus propias manos. Pero nosotros no sabemos nada.

—Que ahí siguen entre el fuego —le contesta Peluffo a Cuesta cuando llegan a los camerinos.

El técnico del Unión Magdalena Eduardo Retat, un samario sincero y rebelde de treinta y siete años, que estaba pidiéndoles a sus jugadores que esta noche jugaran a defenderse cuando escuchó el comienzo de la toma —los agarró en una sala del Hotel Dann de la avenida 19 con la carrera 5ª—, creyó que iban a cancelar el partido: no estaría postrado en una banca de un camerino en El Campín, aquí, diciéndoles que sigan jugando a lo mismo, sino pendiente de los noticieros del país, si no les hubieran dado la orden. El técnico de Millonarios Eduardo Luján Manera, un argentino de cuarenta y un años que deslumbra y estimula a su gente, hoy se ha estado sintiendo en la Argentina del miércoles 22 de octubre de 1969: les cuenta a sus jugadores que hace dieciséis años nomás, cuando

marcaba la punta en el Club Estudiantes de La Plata, no sólo lo expulsaron de la sangrienta final de la copa intercontinental contra el Milán, sino que, por orden del dictador Juan Carlos "la Morsa" Onganía, terminó pasando treinta días sin mañanas en la cárcel de Devoto.

—Ya va a empezar el segundo tiempo —nos avisa mi hermano.

Todo está en suspenso en esta casa. No se sabe nada de Lisandro. No se sabe nada de nada de los viejos compañeros de mi mamá que están en los últimos pisos del Palacio. Mi mamá está en su habitación hablando por teléfono con nuestra querida María Teresa, su compañera de la universidad, su socia, que le está describiendo lo que está viendo por allá en el Bosque Izquierdo: desde la ventana de su apartamento, detrás de un aguacero inclemente que no apaga nada, ve los jirones y las banderas de fuego que se levantan en el centro del centro de la ciudad. Mi papá está tomándome la lección del examen final de mañana: «Es que el planeta está, en general, mal habitado», me explica, y luego me pide que repita, a ver si ya me la sé, la frase que pronunció "el Tribuno" Acevedo y Gómez en su balcón el Día de la Independencia.

—«Si perdéis estos momentos de efervescencia y de calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, mañana seréis tratados como insurgentes: ved los grillos y las cadenas que os esperan» —recito.

Y mi papá va moviendo la boca, mientras trato de recordar cada una de esas palabras del siglo pasado, como si fuera un artista del doblaje.

El segundo tiempo del partido es una historia diferente. Siguen escuchándose los ruidos de la guerra, pero todo el mundo está más

resignado a sacar adelante el enfrentamiento, el encuentro, mejor. Unión Magdalena sigue jugándosela toda por empatar cero a cero. Pero Millonarios, que se ha visto desesperado desde el principio, sale a la cancha como si hubiera envejecido en el entretiempo. Ataca más. Toca más. Dispara más. Tiene todo el tiempo el balón. Y cuando van a ser las 9:25 p.m., o sea a los ocho minutos del segundo tiempo, el argentino Trobbiani lanza un globo en cámara lenta que Peluffo convierte en un pase perfecto para que Díaz pegue un zapatazo de dieciocho yardas que resulta ser el primer gol: «¡Gol!», gritamos los tres en el cuarto del televisor, «¡golazo!».

Nada es normal en la vida, pero esto, que estén transmitiendo un partido del fútbol colombiano en un país en el que a duras penas vemos resúmenes de la Bundesliga, tiene mucho de milagro. Da felicidad. Da vergüenza. Da miedo. Y sorprende todo el tiempo porque es una producción improvisada, a cargo de un mago de apellido Quintero, que sin embargo cumple con la tarea de tenernos a los tres en el borde de la silla: «¡Puta!», grita mi hermano, porque dos jugadores del Unión que no alcanzo a ver tumban a Trobbiani, y mi papá le frunce el ceño porque él jamás en la vida dice groserías. Pero justo en ese momento Arnoldo "el Guajiro" Iguarán, mi ídolo, dispara al arco, y el arquero Valencia evita que llegue el segundo gol: «¡Uy!».

Hay dos intentos más. El Unión Magdalena ya no es el muro infranqueable del primer tiempo. El Unión Magdalena es, ahora, el cuadro desesperado que busca el empate. Y entonces Millonarios empieza a jugar al contragolpe.

"El Huevo" Luis Norberto Gil recupera el balón, se lo entrega al portero Vivalda, se lo pide de vuelta. "El Nano" Prince le entrega la

pelota a “el Mico” García para que desborde por el costado. Trobbiani recibe «el esférico», según el narrador de esta extraña transmisión, en solitario, pero no dispara, no, porque de un segundo al otro pierde confianza, y le da el balón al compañero azul que tiene al lado. Y en el minuto 22 del segundo tiempo, “el Búfalo de San Luis” Juan Gilberto Funes, puntero argentino de fuerza bestial, la recibe para hacer el gol: «¡Gol!». Es, a todas luces, en tiempos de guerra y en tiempos de paz, fuera de lugar, pero ni “el Kilométrico” Reyes ni el juez de línea García lo vieron: «¡Gol!». El marcador queda dos a cero a las 10:13 p.m. de esta farsa.

Mientras corre hacia el centro del campo, el señor árbitro escucha que un par de fanatizados e inesperados seguidores del Unión le recuerdan su raza y su madre de un solo golpe. Sigue pitando y dejando de pitar hasta que Millonarios termina de ganar el partido. No voltea a mirar porque de eso se trata esta noche.

Nosotros, a salvo por siempre y para siempre en el apartamento 603 del Edificio La Gran Vía, vivimos la alegría cegadora e inexplicable que sentimos cuando vemos jugar a nuestro equipo, pero el fútbol, el método más bello de postergar la realidad, ha sido más que nunca un paréntesis al desvarío de la historia colombiana. Mi papá y mi hermano se quedan frente al televisor a ver si empiezan, contra todos los pronósticos, contra viento y marea, las noticias de la toma. Yo voy a la habitación a ver qué está haciendo mi mamá. No entro porque la oigo preguntándose qué habrá pasado con su hermano, qué clase de país grita gol en plena tragedia y qué barbarie estará sucediendo ahora mismo allá adentro.

Volvemos unas cuantas horas atrás. Todavía se está acabando la tarde, sí, todavía se ven arrebatos de cordura. No hay aire, sino humo, polvo, ceniza, lamento, sangre. Hay algo de luz, porque uno de los ascensores se ha quedado entreabierto en las tinieblas, pero sobre todo hay rastros de fuego. Falta un poco para que se desate el incendio del Palacio de Justicia. “Claudia”, la guerrillera del M-19 Clara Helena Enciso, se dedica a respirar, respirar, respirar, porque está sintiendo que se va a desmayar. Se ha sentado en el murito junto a la entrada del baño de las escaleras que van del tercer al cuarto piso, que es uno de los dos refugios que les quedan. El

compañero “Bernardo” le ha pedido que suba por las escaleras a defender la trinchera que les queda entre las oficinas de los magistrados, pero ella, que se ha pasado esas horas dándoles auxilio a los rehenes, a los civiles, es incapaz de ponerse de pie.

El magistrado Gaona Cruz, consciente de que está interpretando las últimas escenas de su vida, se suma a los derrotados del M-19 en la tarea de pedirnos auxilio a todos los que estamos en nuestras casas a la espera de noticias del fin del mundo. Tiene entre el puño un radioteléfono que le dio la desfallecida “Claudia”, de aquellos que ella consiguió en el laberinto de San Andresito cuando los días todavía tenían futuros, porque no hay otra manera de comunicarse con las rutinas de todas las ventanas de Bogotá: «¡Por favor!», grita a las sombras de afuera, «¡es necesario que los medios convoquen un movimiento popular que obligue a los militares a cesar el fuego!». Lo repite de varias maneras. Lo repite en el walkie-talkie como lanzando una botella al fuego.

Y ni siquiera en la frecuencia de Radio Taxi Aeropuerto, la central de taxis que opera en la misma frecuencia en la que está operando la guerrilla, aparece una voz que diga «cambio».

El baño es una cámara llena de víctimas. Está hirviendo. Está oscuro y es imposible acostumbrarse a esa oscuridad. Está entrando el humo de los restos calcinados por las grietas de las paredes. Hay cincuenta y pico siluetas de rehenes que rezan de cincuenta y pico maneras diferentes. Hay diez guerrilleros vigilantes, diez guerrilleros maltrechos e imprecisos nomás, diciéndose los unos a los otros que a este paso lo mejor va a ser bajarse al baño de las escaleras que van del segundo al tercer piso. Hay magistrados, visitantes, asistentes, auxiliares, revolucionarios, a punto de perder el

conocimiento porque sus cuerpos se están defendiendo como pueden defenderse. ¿Dónde está Lisandro? ¿Dónde está el magistrado auxiliar Lisandro Romero Barrios, que llama a la casa, 2569256, los domingos en la noche? No lo alcanzamos a ver. No lo podemos ver.

La guerrillera "Claudia" tose porque ya no tiene sílabas adentro, ¡tos!, ¡tos!, ¡tos!, hasta que empiezan a salirle trozos de carbón por la garganta.

Vemos las piedritas en las manos raspadas y renegridas con la angustia de la muerte que no estaba en nuestros planes.

Va a toser de nuevo, destrozada por los humos y por los gritos en vano, pero no lo hace porque entonces se escucha el estallido del cuarto piso: una onomatopeya con todas las vocales que las víctimas y los victimarios que están allí tendrán en el estómago hasta la hora de la muerte. Los oficiales que han sobrevivido al delirio en la azotea han conseguido derribar la puerta metálica que va a dar al cuarto de máquinas. Abren una claraboya. Bajan por una escalera metálica que va a dar a la zona de batalla, ¡puta!, como quien cae frente a un pelotón de fusilamiento: el capitán Talero Cruz, Héctor Aníbal, que ha estado comandándolos a todos como un padre confesor de cuarenta y cuatro años, grita «¡ahí están!», «¡ojo!», para protegerlos hasta el fin, y entrega su vida a la conquista del cuarto piso.

Tres, cuatro sombras de guerrilleros, que se resbalan, que se agazapan, los están esperando. Disparan y disparan como si jamás fueran a acabárseles las municiones. Qué calor está haciendo. Qué miedo y qué ahogo. No se ve el final en ningún resquicio, en ninguna grieta, y se están acabando los lugares para esconderse.

Hay un momento, que sigue a un silencio fúnebre, en el que el capitán Orjuela grita «¡me dieron!» porque le acaban de disparar a las piernas. Y el capitán Talero se pone al frente, porque está cumpliendo una misión, dispuesto a todo con tal de rescatarlo, y es en ese arrebato de heroísmo que una encapuchada le vuela la cabeza con una ametralladora punto 50.

Su hermano menor, Raúl Alfonso, que anda por Boyacá en estos momentos, escucha en las radios que Halcón 1 acaba de caer, acaba de caer, pero una hora después, a las 6:33 p.m., le explican que Halcón 1 es su hermano Héctor Aníbal, Dios, ayúdanos, ayúdame, qué van a decir mis papás, qué va a hacer su mujer, qué va a pasar con sus hijitas que lo esperan todo el tiempo. Pronto va a estar fuera de sí, aturdido en el cuarto blanco de Medicina Legal, en la obligación brutal de hacer el reconocimiento del cadáver: ese es el chaleco antibalas que le prestó el general Delgado Mallarino, ese es el reloj que le regaló mi hermana, esas son las llaves de su apartamento. Pronto se le va a ir la vida enterándose de qué pasó esta tarde.

Cuando los camiones del M-19 entraron por el sótano del Palacio de Justicia, que entraron matando a aquellos dos vigilantes sin cuentas pendientes, Héctor Aníbal estaba en los predios de la Escuela Gonzalo Jiménez de Quesada, en el municipio de Sibaté, Cundinamarca, en el cierre —fue una bella presentación llena de simulacros— del curso internacional del Centro de Operaciones Especiales: el Copes. Héctor Aníbal estaba a punto de alcanzar el grado de mayor. Tenía por delante una vida de hallarles soluciones a los líos del país. Pero no dudó ni un segundo cuando supo que la guerrilla se había tomado nuestro tribunal supremo. Corrió a su

camioneta familiar Renault 18 TS porque, dijo, «no se podía quedar con los brazos cruzados».

El mayor Peroza Arteaga, su amigo, su superior de cuarenta y cinco años, un araucano solidario, carismático y lector que los amigos llaman «el Che», se le puso enfrente del carro como diciéndole «piénsese dos veces qué va a hacer: no se desboque». Estaba acezón, como decía su mamá, con la respiración entrecortada. Pero su amigo fue capaz de decirle en la ventana que, así mi general Delgado Mallarino le pidiera ayuda, por nada del mundo se fuera a meter en la operación de la recuperación del Palacio porque no conocía bien a los agentes del Copes que iban a tener que ir con él: «Usted lo que tiene que hacer es terminar su curso para ser mayor», le dijo, pero él, que tenía los ojos perdidos, como con culpa por estarse yendo a morir, le contestó que ya estaba en marcha, y se fue en la camioneta.

—Yo veo muy, pero muy raro al capitán —le dijo la esposa de un amigo, célebre por su intuición de vidente, apenas dio la vuelta—: los pies no le tocan la tierra y la cara ya no le brilla.

El capitán Talero Cruz se fue rezando el sagrado juramento de la policía: «Si fuere necesario, prometo llegar hasta el sacrificio en cumplimiento de mi deber para con la patria y para con el pueblo», se dijo una y otra vez. De algo tenía que servirle haberse especializado en operaciones especiales en España. Se subió al primer helicóptero que partió, el Bell Ranger PNC 112 que piloteaba el teniente Moore Perea y copilotaba el teniente Torres García, entre un grupo de hermanos en el que estaban el capitán Orjuela Sánchez, el capitán Torrado Badillo, el capitán Cano Castillo, el subteniente Aparicio Chacón, el sargento Aldana Ávila y el

subteniente Pérez Monsalve. Dominaron la azotea a pesar de la lluvia, del humo, de las ráfagas guerrilleras. Volaron la reja para entrar.

Se fue un rato largo en el enfrentamiento con los asaltantes, claro, se sintió «largo y cerrero».

El capitán Talero Cruz estaba agotado, ido, cuando vio que herían al capitán Orjuela Sánchez, pero no dudó en meterse entre el fuego por su compañero, y por su compañero y por su patria y por su pueblo dio la vida.

Su hermano menor, su Raúl Alfonso, que también es hincha de Millos y también se la pasa honrando a sus padres, contará esta historia hasta la vejez. Siempre que pueda hablará de su hermano el héroe. Sentirá algo de alivio, de reivindicación, cuando se le hagan ciertos homenajes, pero de tanto en tanto, mientras las décadas le pasen como si fueran años, elevará la voz en nombre de ese muerto que el Estado olvida. Habrá vida y habrá justicia en su muro de Facebook. Sus padres, los padres del héroe y de él, su evangelista, sonreirán y morirán de viejos en sus redes sociales. Y en las redes sociales se hallará para siempre la parábola del capitán que lideró la operación que acabó de arrinconar a la guerrilla «y de paso salvó la democracia colombiana».

Su cadáver está bocarriba en el piso movedizo que va a dar al lugar en el que está atrapado el presidente de la Corte Suprema.

Pero sus compañeros del Grupo de Operaciones Especiales están avanzando a descargas, a andanadas, hacia la esquina nororiental del Palacio. Aquí van. Ya sólo quedan tres guerrilleros o tres guerrilleras inmolándose por la causa de la emancipación de su pueblo: «¡Viva Colombia!», gritan los unos a los otros, «¡vamos!». Y

el escuadrón especializado avanza, dispara, avanza, dispara por el corredor de madera que ahora es un camino arruinado, en el nombre del capitán asesinado. Hay un punto en el que es mejor morir a sentir miedo, jugarse la vida con toda la rabia de la mandíbula, ya, ya, ya, antes de enloquecer de tanto pavor, y eso es lo que están haciendo ellos. Que caiga todo el que tenga la banda del M-19. Que arda todo de una vez. Ya qué.

Pasan entre cadáveres y charcos de sangre y trampas de cenizas, sorprendidos, a cada rato, por los destellos de las hogueras, hasta dar con el último despacho.

Hay alguien allí. Hay susurros atragantados y órdenes agónicas detrás de esta división de madera. Tumban a hombrazos y a patadas la pared falsa, ¡pum!, porque no se les ocurre nada más. En este punto, con soldados heridos y soldados muertos por el camino de la batalla, es mejor seguir y seguir hasta que haya silencio. Destrozan y derriban el cerramiento hasta encontrarse con la gente de la guerrilla: «¡Viva el M-19!», grita el comandante Otero, «¡viva Nariño, viva Uribe Uribe, viva Bolívar!», y disparan, y les disparan, y atacan, y los atacan, y ya nadie piensa en rehenes ni en rescates, y ya nadie piensa en magistrados ni en juicios a los gobernantes, sino en matar antes de ser asesinado: «¡Puta!», «¡Me mataron!», «¡No, por favor, no!».

Vemos una balacera de los unos contra los otros, a unos pasos nada más, como en una habitación del Lejano Oeste, que rompe todo en golpes de ruido y sílabas inútiles: luces y chispas y exhalaciones sobre negro.

Vemos tiros en el pecho, ay, no. Vemos balas que rozan. Vemos estertores.

Y tiro a tiro va amainando esa tormenta para que se vaya abriendo paso el recuerdo del horror.

Están muertos, tras los escritorios que al final no sirvieron para nada, los magistrados que andaban allí esperando el destino: Medina Moyano, el jurista disciplinado con apariencia de sabio de siglos pasados, el bogotano austero que siempre vestía de negro, el experto en revoluciones que odiaba la manipulación de la figura de Bolívar, el vegetariano nervioso que hacía yoga para lidiar con su temperamento de insomne, murió a los cincuenta y cinco años con la frase «Dios, que mis hijos y mis nietos siempre se acuerden de mi sentido del humor» entre los dientes; Calderón Botero, el poeta romántico que escribía en su cuaderno rojo plegarias por la paz, el maestro intuitivo que se declaró carne de cañón desde el momento en el que vio al presidente abrazado con la guerrilla, el manizaleño vuelto barranquillero vuelto cachaco que escribió la biblia de la casación penal, murió a los cincuenta y seis con ganas de decirle a su mujer que ese amor de los dos era el Sol; Velásquez Gaviria, el exseminarista que soñaba con sus caminatas junto a los rumores de los ríos, el catedrático antioqueño que llevaba en el maletín todo lo que había que saber sobre el mundo, el juez compasivo que habría querido ser invisible porque de nada le servía la notoriedad, murió a los cincuenta y ocho con la esperanza de haber sido un padre justo; Medellín Forero, el muchacho que escribió «sé que eras agua porque mis manos tiemblan cuando llueve», el cuentista que empezó aquel relato «según la prensa de hoy acabo de morir», el poeta que fue a dar a Derecho porque su vida a fin de cuentas era investigar lo humano, murió a los cincuenta y siete como un alma dispuesta a mudarse a sus hijos; Patiño Roselli, el jurista sogamoseño que lo fue

todo, que esta mañana se despidió de su adorada esposa con las palabras «hoy es un día muy peligroso», que andaba harto de sufragios e interceptaciones, murió a los cincuenta y siete con la certeza de que pasarían décadas antes de que dieran con sus restos; Gnecco Correa, el laboralista honesto que había creído en servirle al Estado, el futbolero que ese miércoles estaba esperando el partido del Unión Magdalena contra Millonarios, el samario bailarín, el profesor justo, murió a los sesenta y dos años con los ojos claros puestos en su familia; Serrano Abadía, el amo de los perros más felices del mundo, el tomador de pelo que era capaz de reírse de todos los santos en los que creía, el lector de *Fahrenheit 451* que repetía que era una lástima que el inventor del fuego fuera un depredador, murió a los cincuenta y siete con la nostalgia por todas las películas que no había alcanzado a mostrarles a sus niños.

Nos quedamos ante el cuerpo de la magistrada Fanny González Franco, en un plano espeluznado que dura un poco más de un minuto, porque se trata del cuerpo de la única mujer que ha sido magistrada de la Corte Suprema de Justicia: González Franco, que sonrió todo lo que pudo, que protagonizó un mundo que luchaba por abrirle paso al voto femenino, que fue la primera abogada de la Universidad Pontifica Bolivariana y subió la escalera de la rama judicial desde Manizales hasta Bogotá a punta de independencia y de pulcritud en sus sentencias y de lealtad al Derecho, murió a los cincuenta y un años un par de horas después de decirle por teléfono a su Otoniel —el más cercano de sus veinte hermanos, Otoniel González el bueno, que la llamó en la tarde a ver cómo seguía todo acá adentro— las últimas palabras «yo no vine a la Corte Suprema

de Justicia a llorar ni a suplicar clemencia: voy a morir defendiendo la justicia colombiana».

Vemos los cuerpos de las auxiliares y los asistentes en posiciones de huérfanos que se quedaron esperando su milagro.

¿Son estas tres muertas las tres asistentes que estaban allí en la mañana? ¿Son ellas? ¿La cartagüeña Lyda Mondol de Palacios, que ya iba a acabar la carrera de Derecho, y la restrepense Ruth Zuluaga de Correa, que iba a pasar Navidad en casa de los suegros, y la bogotana Rosalba Romero de Díaz, que se la pasó estas fechas recomendando a su hijo de siete años por si le pasaba algo? ¿Están las tres juntas porque se reunieron a extrañar la vida por la que lucharon y se sentaron a rezar hasta la explosión que les abrió la tierra? ¿Este es el cuerpo del magistrado auxiliar Jorge Alberto Echeverry Correa que su hermano Wadiz, el poeta que escribirá y escribirá sobre esta quema, se empeñará en buscar después de décadas de rezarles a los restos equivocados en una tumba en Manizales?: ¿este es el cuerpo del buen hijo que llamó a su madre a decirle «todo va a estar bien» en pleno holocausto? ¿Estamos viendo las manos cortadas con papel del secretario del despacho Hermógenes Cortés Nomelin? ¿Y la que está a un paso es la popayaneja que daba tanta paz, la secretaria Cecilia Concha Arboleda, que en diciembre se iba a viajar por Suramérica para sacudirse un poco la vocación de psicóloga de todos los amigos? ¿Y esos dos son aquellos escoltas corajudos, Jaime Benítez Prieto y Libardo Durán, que murieron poniéndoles el pecho a las balas ajenas?: ¿qué sentirán sus familias, treinta años después, cuando por fin reciban sus restos?

Vemos el dominó de los cadáveres que van a quemarse, las cabezas rotas sobre los muslos desgarrados, llenos de negros y de rojos y de grises.

Y de tanto verlos es claro para nosotros, entonces, que ciertos muertos alcanzan a pensar «estoy muerto» un par de segundos después.

El presidente de la Corte de Suprema de Justicia, magistrado Reyes Echandía, tiene en la punta de la lengua un último «que cese al fuego, por favor, vamos a morirnos todos» cuando recibe un disparo atolondrado en el centro del pecho que de una vez le vuela la caja torácica —la reja de huesos— que protege el corazón y los pulmones, y se va atrás, y le sorprende que no le haya dolido, y acepta que está muerto y que están muertos todos los que estaban allí porque hizo las paces con la realidad tres minutos antes, pero sobre todo se queda pidiendo que su hijo Yesid envejezca con la conciencia en paz porque ha hecho todo lo que podía hacerse —ha hecho más que Dios— en este naufragio entre el fuego, sí, esto no es un incendio, sino un hundimiento en las llamas. Nadie se quiere morir. Incluso la gente que cacarea su propio fin, como conjurándolo, como renunciando a un oficio mal pago, se llena de nostalgia apenas cae en cuenta de que es hora de despedirse de su cuerpo. Y Reyes Echandía, que no pidió clemencia ni negoció su dignidad en esos minutos finales, espera que sus hijos sepan que él está bien porque los está abrazando en todos los tiempos.

Sus hijos van a vivir en duelo, pero van a permitirse una vida. Van a seguir cuidándole a su esposa, a Sirenia Alvarado, la madre de todos, que tardará veinticinco años en hacer las paces con este relato. Un día escucharemos en la radio a su hijo Alfonso, rector de

la Universidad del Tolima, dándole las gracias a ella —a la mamá— por sostenerles la familia con el corazón roto. Y ayer, mientras salía de la casa, con mis propios niños, a pensar en algo aparte de este libro, vi de lejos a su hijo Yesid en el restaurante al aire libre del centro comercial en el que estábamos. Acababa de leer una columna suya de abril de 2025, de *El Espectador*, en la que lamentaba una placa conmemorativa de la toma del Palacio que es muchísimo más dura con el Estado que con el M-19. Se veía bien.

No me le acerqué a decirle qué estoy escribiendo. No le dije nada a nadie, de este tema, ese mediodía. Pero no me sorprendió verlo, sino que me sentí llamado a seguir y seguir y seguir este mural, porque creo en estas cosas.

No hay cómo volver. Hay que terminar esta suma de retratos porque verlos es la mejor manera de dejar atrás la tentación de bosquejarlos, de acomodarlos a lo que queramos creer.

Al lado del cuerpo sin vida del presidente de la Corte Suprema, emponzoñado por esa bala blindada de la policía, una 9 milímetros de buen poder de parada, están tanto los cuerpos de los guerrilleros como los cuerpos de los comandantes del M-19: el de Luis Otero, con la ametralladora sobre el pecho, se transa por ir a dar a un cielo semejante a Santander en el que ninguna familia de rebeldes sea rechazada por creer en Dios a su manera; el de Elvencio Ruiz, Guillermo Elvencio, "Memo", el amoroso marido de "Claudia" que tardará cuarenta años en aparecer en una fosa común en Bogotá, prefiere morir por sus convicciones a terminar en el saco en el que lo torturó la gente del cartel de Medellín por secuestrarles a una hija de la mafia; el de Alfonso Jacquin, que treinta y dos años después será encontrado en la tumba equivocada, no se deja entumecer por la

nostalgia de los días en los que hacía reír a su madrastra, pues pronto recuerda que el *I Ching* no cree en estados finales, sino en transformaciones constantes.

¿Pero qué sucede cuando el siguiente paso, en esta realidad que cambia todo el tiempo, se da por obra y gracia de la violencia?

¿Qué pasa si uno no se muere porque morirse es el fin de vivir, sino porque lo han matado por andar matando?

—Misión cumplida, mi general, cambio —se escucha por el radioteléfono.

—Voy a dar la noticia —responde Delgado Mallarino, que no imagina el asesinato de su amigo Reyes Echandía, antes de volver a la sala contigua a rendirle su informe a la reunión de los ministros.

Las fuerzas armadas de Colombia se han tomado todo el Palacio de Justicia —los sótanos, las cuatro plantas, los techos— menos el baño en el camino del segundo al tercer piso, pero, a cambio, todo ha empezado a quemarse.

El incendio ha empezado un par de veces. Después del mediodía, a la 1:41 p.m. si fuera posible ser precisos, trató de tragarse el sótano cuando el M-19 llenó el camino de los parqueaderos de cargas explosivas y los tanques respondieron con su poderío, con su nervio: a estas alturas de la jornada, poco a poco, se han ido apagando los carros de los funcionarios de la rama judicial. Hacia el final de la tarde, la inclemencia de la balacera prendió el fuego en la biblioteca del primer piso, puta, los expedientes sagrados se volvían migajas rojizas y doradas que agujereaban la oscuridad, y olía a hoguera, y los legajos en llamas estaban prendiendo las cortinas de velo y las tablas de tríplex que dividen los despachos.

Hubo un momento —saltamos, de pronto, a un plano contrapicado — en el que los guerrilleros que defendían el cuarto piso comenzaron a lanzarles bolas de fuego hechas con carpetas de sentencias a los tanques que los estaban atacando allá abajo, y desde el lienzo renegrido de esas horas nos caen trozos de fallos brillantes y chamuscados hasta taparnos los ojos. Y cuando ya iba a empezar la noche para bien y para mal, con el humo en los pulmones, con las cenizas en la garganta y las trizas en la punta de la lengua, el mayor Fracica Naranjo ordenó a su gente salir de allí cuanto antes: «¡Vamos a esperarlos afuera apenas les toque salir!», gritó, pero ni los subversivos ni sus rehenes aparecieron en el umbral de la salida porque las llamas fueron perdiendo sus ímpetus.

Y se apagaron apenas terminaron de calcinar las telas y los paneles de madera del primer piso.

Y, sin embargo, por culpa de las enésimas cargas explosivas, de los bombazos de los tanques, de los lanzallamas de la Segunda Guerra Mundial que apuntan hacia arriba desde el centro de la plazoleta de la fortaleza, ahora se está encendiendo todo lo que se puede encender del Palacio de Justicia. El trueno y el relámpago y el rayo de un cañonazo que no cesa estremece el lugar de los cimientos a los tejados rotos como si fuera el fin del mundo. Y el fuego se va tragando los pasillos, a unos pasos de las miradas escondidas, fracasadas, estupefactas e indignadas de los revolucionarios, pero también va pegándosele a todo lo que se va encontrando desde el tercero hasta el cuarto piso como el diablo que se ha escapado de su jaula.

Sí, es así. Son ráfagas y ráfagas de candelas. Es un rosario de humo, gorjeos, balbuceos.

Pasa, atronador, el silbido, el trazo huidizo de los espectros. Y después viene, porque es hora otra vez, el plano cenital que nos pone al tanto de la destrucción. Desde arriba, en la noche irrevocable del miércoles 6 de noviembre de 1985, el Palacio de Justicia es una espiral de llamaradas.

No hay aire. Ya no sirve jadear ni toser ni sentir pánico. Cada vez es más difícil entender qué está pasando aquí. Dónde estoy. Quién soy. Qué tengo. Qué pienso del fin. Cómo llegué hasta este despacho. Cuándo va a terminarse esta pesadilla de todos al mismo tiempo. Se está volviendo imposible respirar. Debería irse el mundo de una vez por la grieta de la oscuridad, adiós, experimento humano, pero de un segundo al siguiente el Palacio de Justicia se llena del albor naranja del fuego. Son las 9:09 p.m. Y los consejeros de Estado, que siguen escondidos en sus oficinas porque se han negado a asomarse a ver si los que gritan son soldados o son guerrilleros, tratan de entender semejante luz de luces.

Es como si se hubiera ido, de pronto, una nube negra. Es como si se hubiera corrido el velo de ceniza.

Vemos los ventanales del Palacio de Justicia iluminados, entre las columnas de piedra, por el reflejo del fuego en las vitrinas de los almacenes de enfrente.

Vemos los despachos de todos los niveles —sus pisapapeles, sus fotos familiares sobre los escritorios, sus cartapacios llenos de dudas, sus funcionarios agazapados, muertos y desmayados— descubiertos por la reverberación de las llamas.

Y nos detenemos, por un momento, en los resplandores de las atrincheradas oficinas del tercer piso.

Somos testigos de los centelleos rojizos porque los está viendo el presidente del Consejo de Estado, el perito en angustias Carlos Betancur, justo cuando está pensando que esos estremecimientos y esos vértigos del pasado palidecen al lado de esto que está sintiendo ahora: «Esto es el miedo», se dice, «esto sí es». Pasamos a la cara boquiabierta del consejero Uribe Acosta, agarrado de su libro de Martin Luther King sobre la paz, que se pregunta por qué los destellos carmesíes y ocres se van volviendo magenta. Notamos la mueca nerviosa del magistrado auxiliar Nicolás Pájaro Peñaranda, alumbrada por los ecos de la candela, apenas capta que hay que moverse o morir. Y luego seguimos los pequeños ojos de asombro del magistrado Tapias Rocha, en el borde del ahogo, porque es el primero en decir «hay que salir ya de acá».

La mente de Tapias Rocha se ha detenido, por completo, en lo que está pasando. No piensa en el pasado ni en el futuro. No busca arrepentimientos ni vaticina tragedias. Simplemente, está a bordo de lo que le está pasando: «Lo único que existe es el peligro», le responderá a su nieta Laura, años y años después, cuando ella le pregunte qué se siente estar entre esa guerra sin pies ni cabeza. Ya no le quedan cigarrillos, al doctor Tapias, porque no sólo se fumó los seis que le quedaban, sino las colillas que había en el cenicero. Se ha echado el carnet de magistrado en el bolsillo del blazer por si le toca probar su identidad. Y, con el fuego reflejándose en todos los vidrios del centro de Bogotá, les dice a los que están con él allí que es el momento de salir del despacho. Ya qué. Toca. Afuera pueden matarlos, pero adentro ya están muertos.

Ya no huele a pólvora, sino a fogata, a quemazón. Tapias Rocha le sirve de bastón a su secretaria, la veraz e intachable Amanda Leal Gallego, de pelo lacio y negro, de sastre perdido para siempre, que está a punto de desmayarse. Cojean. Avanzan por el pasadizo de madera detrás del escudo de las manos. Tratan de bajar por las escaleras que tienen enfrente porque por dónde más van a escapar. Se encuentran a la vuelta de la esquina, mierda, con cuatro personajes que cargan cuatro ametralladoras: «¡Cúbrannos, por favor, que yo soy magistrado!», les grita Tapias Rocha antes de que los levanten a tiros. El soldado que tiene enfrente, enmarcado por el fuego, resulta ser un guerrillero: «¡M-19!», le dice. Pero no les dispara ni los maltrata, sino que se los lleva —«¡por acá!, ¡por acá!»— al baño en el que están todos los rehenes que aún no han sido asesinados.

Por el camino torpe de las escaleras el magistrado se queda mirando a un insurgente absorto ante el fuego, a "Pedro", "Pedrito", que custodia a los rehenes con el fusil que tiene en la mano derecha y apaga las llamas con la manguera que tiene en la izquierda: la lluvia repiquetea y la pira de piras crepita mientras captamos, en un plano general, picado, a ese pequeño hombre enfrentándose a todo al mismo tiempo, como si un día fuera a saberse que ese cuerpo suyo de 1 metro 65 centímetros de veinticuatro años —que será hallado con fracturas múltiples en las costillas y las vértebras por cuenta de las ondas explosivas— fue el cuerpo temerario del demasiado serio, demasiado convencido Jesús Antonio Carvajal Barrera: «Mátenme a ver», se dice, «mátenme».

Tapias Rocha y Carvajal Barrera se quedan viéndose durante un momento, un par de desconocidos atados por el desastre, con los

ojos llorosos del humo.

—¡De uno en uno! —está gritando el guerrillero sin perder de vista las llamas—, ¡de uno en uno!

Y lo hace porque por las escaleras encharcadas, llenas de sangre y lodo y agua de los hidrantes estallados por la gente del M-19, está descendiendo una fila de rehenes del baño de arriba al baño de abajo. Al frente, ayudada por un par de hombros de compañeros, viene la guerrillera "Claudia" con su radioteléfono golpeado que sólo ha conseguido sintonizar las comunicaciones de esa compañía de taxis: «carrera 30 con calle 68, erre, carrera 30 con calle 68». Por un momento, alucinada por la falta de aire, cree que está escuchando los intercambios de la gente del ejército, pero pronto, cuando va a entrar al siguiente refugio, capta que los rumores vienen desde los tanques que se han tomado la primera planta.

Paladín 6, el comandante del ejército Rafael Samudio, está pidiéndole explicaciones por el incendio al tal Arcano 6, que es el comandante de la Brigada XIII Arias Cabrales, pero otras voces se van apareciendo y entramando —se escucha a Coraje 6, o sea el ministro de Defensa Vega Uribe, de la nada— como si estuviéramos experimentando la esquizofrenia entre todos.

Paladín 6: Dígame cómo sigue la situación. *Arcano 6*: En atención del incendio de proporciones mayúsculas fue necesario evacuar: calculamos que hay unos seis o siete individuos que son los que han hecho fuego desde el cuarto piso. *Paladín 6*: Erre: siga. *Arcano 6*: En espera entonces de que las condiciones del incendio permitan intentar nuevamente sacar el personal que está en el sector occidental. *Paladín 6*: La situación aquí se enfrió, hombre, que haya acción, que haya ruido, que haya munición toda la que se necesite.

Coraje 6: ¿Cómo así que algunos informan que mataron a Reyes Echandía? *Arcano 6*: El personal que evacuamos dice que desafortunadamente los bandidos lo asesinaron, pero no hemos encontrado su cadáver. *Coraje 6*: ¿Pero ese asesinato cuándo fue? *Arcano 6*: No tengo esa información porque los evacuados salieron de inmediato para el Hospital Militar. *Coraje 6*: Hay que seguir evacuando. *Arcano 6*: Seguimos.

Pero es el bogotano Jorge Arturo Sarria Cobo, el desconcertante "Rambo Criollo" que cumplió veintidós años hace unas semanas, quien se ha lanzado a explorar cada rincón del Palacio de Justicia en busca de los militares y de los civiles que se han quedado atrapados allá adentro. Ya no tiene hambre porque un man del F2 le pasó uno de los sánduches que están entregándoles a los soldados: «Gracias, hermano». Ya trató de regresar a su casa por la desierta carrera 8ª, con su chaleco antibalas apretándole las costillas, con su revólver en la mano, como en el Lejano Oeste, por si acaso hay hijueputas por ahí, hasta encontrarse con un camión lleno de militares que le pidieron el favor de llevarlos de vuelta al campo de batalla: «Yo los guío, mi teniente, vengan por acá», les dijo, encogiéndose de hombros, resignado a entrar de nuevo en el infierno.

«Este pelao, Sarria, fue el pelao que rescató al hermano del presidente hace unas horas», escuchó y fingió que no había oído nada.

El "Rambo" colombiano, que desde niño ha sido tan analítico, tan osado, tan pragmático, va por las escaleras calcinadas a la cabeza de un escuadrón de soldados con lentes infrarrojos, fusiles Galil de mira telescópica y caretas en la tradición de la Primera Guerra Mundial a punto de protegerlos de los gases que van a lanzar si se asoma

alguna sombra encapuchada. Su mamá lo dijo siempre: su condena es ser un buen gregario, un buen hijo. Su papá, que es de Guapi, Cauca, pensaba que algo tenía que ver el hecho de haber oído tantas historias sobre cómo la Guerra de los Mil Días arrasó el pueblo. Sea como sea, el "Rambo" Sarria Cobo va recitando «allá afuera ustedes son la ley, acá adentro yo soy la justicia», de la película de Sylvester Stallone, mientras esquiva cadáveres.

Van por las escaleras abandonadas que a estas alturas de la noche son un camposanto. Se ve poco, pero se alcanzan a notar los ojos abiertos de los muertos.

Su misión es encontrar al general Vargas Villegas, que está, según les dijeron abajo, junto a los ascensores, pero sólo se tropiezan con agentes y con soldados en la azotea. Están fabricando pequeñas bombas con dinamita. Están escuchando el partido Millonarios contra Unión Magdalena: «¡Dispara Funes!», grita el narrador, «¡por poco!». Y el Rambo nuestro se sienta a recobrar el aliento.

Y, como se sienta en el borde, porque dónde más se va a sentar, alcanza a ver al coronel Plazas Vega allá abajo dándole una entrevista a un par de reporteros del *Noticiero TV Hoy*. Anda detrás de uno de los Urutu con los que han recorrido el primer piso de la construcción que se está viniendo abajo. Tiene el casco verde con el par de estrellas en la frente que tantos soldados han querido tener. Está entero. Está en pie. Preferiría seguir adentro, en el combate, porque no es hora de echarse para atrás, pero está poniéndoles la cara afilada —de perfeccionista que se deja el bigote para verse menos largo— a esos periodistas que son capaces de decir cualquier cosa. Entrecierra los ojos porque le estorban las luces blancas de las cámaras.

—Primero que todo no se me acerquen mucho porque todavía hay resistencia en ese sector —dice, altivo, con la mano derecha abierta como un escudo—, pero, en segundo lugar, quiero manifestarles que la situación está perfectamente controlada: el comandante de la decimotercera brigada está adentro dirigiendo las operaciones, señores, hemos tenido algunas bajas, pero la gran mayoría de las bajas son de ellos, y sobre todo hemos rescatado la totalidad de los rehenes que se encontraban vivos.

—¿En este momento cómo está la situación en el Palacio de Justicia? —le pregunta el reportero.

—Está perfectamente controlada, repito, pero todavía hay reductos de resistencia, unos diez hombres, en el sótano, y entre el segundo y el tercer piso —contesta con la mirada puesta en lo que viene y en los micrófonos plateados y las grabadoras del tamaño de un ladrillo que le han ido acercando a la voz—, y hay bastantes, bastantes bajas adentro.

—¿Hay civiles entre esas bajas? —pregunta la mano de un corresponsal en el primer plano verdoso.

—Que yo sepa hay un civil, un particular, entre las bajas, que fue ocasionado por el M-19: que fue el administrador —titubea el coronel Plazas mitad sorprendido por la pregunta, mitad cauto.

—Coronel: ¿usted entró con el tanque al Palacio? —interviene una voz tímida.

—Yo entré con los tanques al Palacio, sí, fue la primera unidad que entró porque fue la orden que me dieron —asiente mitad orgulloso, mitad previsor.

—¿Y qué pasó en esa operación? —indaga la grabadora gris, con serenidad, a pesar de los dos disparos que se escuchan en el fondo

y quizás se hayan llevado dos vidas más.

—Sencillamente, recibí fuego de todas partes, pero, como los vehículos son buenos, no hubo ningún problema —contesta el coronel sin dudarlo un solo segundo como si la entrevista hubiera vuelto a su terreno—: logramos permitir la entrada de todas las unidades, y el comandante de la brigada no sólo entró, sino que ha podido dirigir la operación hasta este momento, y si yo estoy aquí afuera, con estas unidades, es porque tenemos que tomar una serie de determinaciones para el control del orden público de la ciudad.

—¿Cuántas personas han sido rescatadas, coronel? —se escucha en el lado izquierdo de la imagen, pero Plazas Vega prefiere responder la pregunta que viene del centro.

—¿Cuántas bajas han sucedido de este lado? —insiste una sombra a sus espaldas.

—Yo sé que hay dos oficiales de la policía muertos, de los primeros que entraron por encima con los helicópteros, porque además hay varios heridos entre las filas de las fuerzas armadas, pero creo que es poco, en comparación con las bajas que tienen ellos, porque así nos preocupe lo que está pasando, así sigan parapetados en unos lugares desde los que pueden ocasionarnos bajas, yo mismo he visto varios cadáveres de guerrilleros —reflexiona sin triunfalismos.

—¿Cuántos rehenes tienen ellos? —investiga un micrófono que viene de un hombre bajito.

—No tengo conocimiento de rehenes —contesta el coronel Plazas mientras señala la Casa del Florero, pero, luego de toda una tarde de escuchar el grito «¡que cese el fuego!», nosotros no sabemos si está siendo riguroso o si está siendo cínico—: tampoco sé cuántos han sido liberados porque el personal que iba siendo evacuado iba

siendo entregado al dos de la brigada, que está ejerciendo el control, así que mi general les dará la información oficial cuando termine la operación.

—¿Y hay guerrilleros capturados? —le consulta un silbido en la nuca.

—No creo —se queda pensando como si hubiera sido una pregunta en otra lengua.

—¿Cuál es la decisión que se tiene en este momento? —sintetiza entre un par de tiros, cuerdo a pesar de todo, el mismo periodista del comienzo.

—¿Cuál es la qué…?: ¿perdón...?

—La instrucción o la decisión —aclara esa especie de conciencia—: ¿cuál es en este momento la decisión de parte de las fuerzas regulares?

—Mantener la democracia, maestro, aquí no van ellos a asustarnos ni a atentar contra ninguna de las ramas del poder público: hay que dejar muy claro que este es un atentado contra la rama jurisdiccional, pero que el ejército está en condiciones de mantener todas las instituciones, claro, porque esto es una democracia y nosotros estamos aquí para hacerla respetar —señala el coronel Plazas Vega en tono de «apréndanse esto de memoria».

—El presidente de la Corte Suprema de Justicia ha estado pidiendo cese al fuego —recuerda, más bien tembloroso, un reportero con deje huilense.

—Si a mí me disparan, yo contesto el fuego —explica el coronel, claro e indignado, con una sonrisa cansada en medio de la batalla, como poniendo en claro las reglas del juego—: yo entré con mi carro, me recibieron a fuego y disparé, pero no sé qué haría usted.

—Pero es que el presidente de la Corte, el doctor Reyes Echandía, pide cese al fuego —apoya un colega al colega que se ha atrevido a hacer la pregunta de fondo.

—Yo no sé quién esté adentro o quién esté afuera —se defiende Plazas Vega, con sus dedos largos, harto de la ronda—: yo sé que salieron varios magistrados, señor, tal vez él esté entre ellos.

Pero cualquier frase es ficción cuando uno se voltea a ver el Palacio de Justicia entre las llamaradas. Y viene, para que quede claro, una secuencia de escenas entre el fuego que es otro triunfo de la muerte: un soldado de apellido Mendieta ataca un pasillo con un lanzallamas; "Pedro", el guerrillero inmolado del M-19, sigue tratando de apagar las piras con una manguera; un montón de cadáveres de magistrados se están quemando como en un túmulo sin deudos; un policía al que le gritan Quiñones se pone los lentes infrarrojos para ver moribundos arrastrándose lo más lejos que pueden de la candela; el subteniente Aldana es rescatado en compañía del cabo López cuando los guerrilleros del cuarto piso se ven obligados a replegarse; un subversivo de máscara antigás, disfrazado con un traje caqui del ejército, cruza una humareda para agarrar a tiros al comandante Correa Figueroa Anatolio, al teniente Mendieta Novoa William y al cabo primero Almonacid Molina Dámaso; el capitán Caro Castaño Hernando, del Copes, lidera una cuadrilla que consigue llevar a los heridos que se quejan como niños —somos niños— a la azotea en la que va a devorárselos el incendio, pero a punta de gritos de auxilio terminan consiguiendo que el cuerpo de bomberos les mande una canastilla de rescate.

Vemos al general Arias Cabrales, el comandante de la Brigada XIII, montándose en la escalera antes de que se lo trague la

hoguera.

Volvemos a notar que todos allí son jóvenes, todos los de arriba, todos los de abajo, porque son los jóvenes —tan trágicos— los que mueren en las guerras con la convicción de que ya lo han vivido todo.

Salto, breve, a un par de días después: dos químicos forenses, la jefe del Departamento de Criminalística Díaz de Ramírez y el perito del Instituto de Medicina Legal Suárez Glaser, inspeccionan las ruinas del lugar por encargo del ministro de Justicia Parejo González. Es el fin del mundo ese lugar. Es el infierno gris, de ultratumba, de los primeros textos de la antigüedad. Es el polvo más la ceniza más la carne más el aserrín más la tierra más los huesos triturados. Es el hedor del tormento. Van con tapabocas porque el aire está lleno de partículas de la muerte. Van despacio. Ella es fuerte, tensa, trabajadora a morir. Él es metódico, osado, paciente. Pero sobre la mascarilla les notamos los ojos espantados a los dos: «Hágame el favor», se dicen, «qué es esta vaina».

Toman catorce muestras en los cuatro pisos de ruinas: cinco muestras de retazos de alfombras; cuatro de madera quemada de los pasillos; una de las sillas del auditorio; una de los pedazos de vidrios de seguridad de los ventanales que encuentran, fundidos por las altas temperaturas alcanzadas en el incendio, entre los restos; una de los papeles quemados de un expediente fundamental; una de los escombros que ya no se sabe qué fueron; una de las cenizas que son señales que describen el camino de la violencia. Y, luego de analizarlas en los días que vienen, entre las imágenes de las pesadillas que los despiertan en las noches de la semana siguiente, llegan a la conclusión de que «en ninguna de las muestras

seleccionadas e investigadas se encontraron residuos de combustible».

Es claro para ellos que el incendio duró un poco menos de nueve horas. Pero como no es posible asegurar que la culpa fue de los bombazos del M-19 o de los lanzallamas del ejército, de las investigaciones que se quemaron o de los disparos de los tanques, lo más sensato es decir —leemos sobre la imagen de la cafetería devastada— que nuestra cultura de la aniquilación quemó su Palacio de Justicia.

Pero en medio de las llamas, cerca de las diez de la noche del miércoles 6 de noviembre de 1985, cuando es evidente que todo esto va a quemarse, empieza a aparecer también la compasión que suele llamarse heroísmo.

En el baño que va del segundo al tercer piso, hacinadas, con sesenta y pico personas más, a la espera del final como en una cámara de gas de los campos de concentración y exterminio, un grupo de señoras comienza a rezar, pero un par de sombras en el fondo les piden que paren, por el amor de Dios, porque están poniéndolos nerviosos a todos. El consejero Tapias Rocha consuela a Amanda, su secretaria, que llora y llora y llora cada vez que piensa que va a dejar a su hija sola, bajo la mirada compasiva de la guerrillera "Claudia": «Tranquila que aquí no va a pasarle nada», dicen los dos, consejero y guerrillera, al mismo tiempo. Todos se dan ánimo a todos. Todos se dan fuerza a todos.

De pronto viene, de una radio aquí adentro, la transmisión del partido de Millonarios.

Arnoldo "el Guajiro" Iguarán, recuperado de una lesión que lo ha tenido al margen, va a toda vela por la punta izquierda. Se detiene.

Se la entrega al volante Marcelo Trobbiani, que siempre está pensando más allá, para que se la entregue a alguien que tenga campo. Se la pasa a "el Búfalo de San Luis" Juan Gilberto Funes, en claro fuera de lugar que no ven los jueces, a los veintidós minutos de la etapa complementaria. Y viene un zapatazo que es gol, gol, gol, repiten en la radio, para un dos a cero que es el marcador más peligroso.

—No le interesamos a nadie —siente la aseadora Aura, Aurita Moreno Rozo, que trata de recobrar el aliento.

Y se lo repite a quien corresponda en ese baño que es el infierno del infierno, «no le interesamos a nadie», dice una y otra vez, pensando en la casa que la espera.

Es entonces cuando vemos una mano piadosa, de dorso escarpado, sobre el hombro de la mujer. Es la mano noble del magistrado auxiliar Lisandro Romero Barrios, que suele calmar a cualquiera. Mi mamá, Marcela, su hermana recobrada en estos años finales, siempre le ha hablado de aquella aseadora y del bebé que tuvo hace cinco años, y suele mandarle saludes a la atenta Aurita en las conversaciones de los domingos. Y él, Lisandro, que se ha sentido feliz, acogido, en el Consejo de Estado, tiende a ser leal a su palabra: «Le mandó saludes Marcelita», le dice a la empleada cuando se la cruza en las escaleras. Y ahora se siente en la obligación de responderle su «no le interesamos a nadie» con esta mano de piel gruesa que tiene la línea de la vida llena de grietas.

El presidente del Consejo de Estado, empujado por el calor infernal, animado por un par de conversaciones solidarias en las que

el presidente de la república le ha dado la noticia de que están a punto de recobrar el control del lugar, entiende que es el momento de salir de allí. Su guardaespaldas, Gonzalo Viracachá Sandoval, ha estado defendiendo el tercer piso desde la trinchera de la Sala Plena. Un par de soldados que iban a ayudarlos a salir de semejante horno han tenido que perderse por culpa de los tiroteos. Pero todos los que están allí con él, en las oficinas de la relatoría, están de acuerdo en que si esperan más esperan la muerte. Se van a ir. Que sea lo que Dios quiera. Si no se van, el gestor Lubín Ramírez Lorza, que tiene un tiro en la cara, va a morírseles en las piernas.

Están en el mismo grupo de agotados, porque se han ido encontrando cuando estaban a punto de entregárseles a los bultos que disparan a todas partes, el consejero Uribe Acosta, el consejero Caballero Sierra y el consejero Valencia Arango.

Y está también el consejero bogotano Low Murtra, que me ha acompañado un par de veces a jugar con mis soldados de plomo en esos pasillos que se están quemando, y que mi mamá lo quiere tanto y va a trabajar con ella en el Gobierno que viene, con su dignidad, con su corazón que a ratos se le sale del pecho, con su modestia de monje, con su apariencia serísima, de calvo de cuarenta y seis años, que resulta ser una fachada de humorista. Qué lealtad la suya. Qué conmovedora su mirada fija. Está dándole ánimos a Lubín, con quien trabajó en el distrito hace unos años, porque está resignándose a morir. Hace horas le pegaron un tiro al noble Lubín. Andaban en el suelo escuchando fusiles, ametralladoras, bombas de la guerrilla o del ejército, cuando una bala les rompió una puerta de vidrio de la oficina.

—Lubín: te dieron —le dijo el consejero Low Murtra cuando vio gotas de sangre en el suelo.

—Sí, doctor, no veo nada —respondió.

Y se acostó en los muslos del consejero porque no había dónde más, y se dejó cuidar como un niño que sólo sabe que está vivo, y así se les han ido ya seis horas de dolores y desangres. Low Murtra siente, a ratos, que se le duermen las piernas. Tose hacia dentro. Suda. Tiembla porque, apenas se detienen las ametralladoras, una guerrillera enronquecida les grita «¡Señores magistrados!: ¡no sean cobardes, salgan, nosotros no vamos a rendirnos, sino a morir por la democracia!». Sufre porque su amigo Lubín sufre —se está desangrando, Señor, que no se me muera— y aquella voz allá arriba hace rato no ruega al ejército, al Gobierno, al cielo que cese el fuego: «¡Por favor…!». Van a ser las 11:10 p.m. en su reloj cuando escucha voces en el corredor.

Unos muchachos del DAS están evacuando, por fin, al personal del tercer piso: «Por aquí, doctor», le dicen.

No sólo ellos, sino los compañeros con los que ha estado escondido, los consejeros Betancur Jaramillo, Uribe Acosta, Caballero Sierra y Valencia Arango, le ayudan a Low Murtra a llevar a su amigo herido desde detrás del escritorio hasta el lugar en donde está esperándolos la gente del ejército. Se los entrega con vida, sí, se los entrega a tiempo. Ve que se lo llevan: «Ya nos vemos», le dice. Y va con su grupo, en el que están también un par de escoltas, hacia las escaleras de caracol que conducen al segundo piso. Se está quemando todo de aquí para abajo. Y Uribe Acosta, sin saco, sin zapatos, sin libros del doctor King en la mano —«hay que tener las

manos libres», le decía su papá—, pide que les traigan una escalera de mano porque no ve otra manera de bajar.

Sólo hay una escalera corta. Que tiembla. Que está a punto de fallarles. Que obliga a todos los que se han encontrado a la hora del escape, diecisiete funcionarios de los tribunales, ni más ni menos, a hacer maromas que uno sólo es capaz de hacer cuando la alternativa es la muerte. Que está apoyada en el pecho de dos soldaditos, ay, Jesús, que cuentan los segundos y los rehenes mientras van bajando a la oscuridad de la entrada del Palacio: «Despacio, doctor, despacio». Poco a poco van encontrando la salida. Los militares sin rostros ni nombres, que jamás van a volver a verlos, los llevan en andas —bajo el paraguas de las armas— hasta la puerta principal. Pasan junto a los cadáveres que nadie ha podido recoger. Salen.

Van juntos, los diecisiete, los dieciocho, los diecinueve rescatados, hasta la Casa del Florero.

Y, cuando van a cruzar el umbral, Low Murtra se voltea a ver la edificación porque un escalofrío lo obliga a darse cuenta de que está en llamas.

—Si salimos cinco minutos antes, nos acribillan las balas —le dice a un médico vestido de militar que tiene puesta una camisa de la Cruz Roja—: si salimos cinco minutos más tarde, nos agarra el incendio: es un milagro de Dios estar vivos.

El consejero transparente Low Murtra, hijo de un investigador químico alemán y una investigadora química española, exalumno del Gimnasio Campestre de Bogotá, estudiante de Derecho en la Universidad Nacional, becario de la Universidad de Harvard, profesor paternal de las facultades de la Universidad del Valle y el Externado

y los Andes, director del Servicio Nacional de Aprendizaje, ministro de Justicia en el gobierno siguiente y embajador en Suiza, será asesinado a las 8:15 p.m. del martes 30 de abril de 1991 a la salida de la Universidad de La Salle en la carrera 1ª con la calle 10. Vemos el momento, sí, apenas cruza la puerta le pregunta a un alumno qué horas son: «8 y 15», «Muchas gracias». Ve que está llegando un taxi a recogerlo. No ve al muchacho que le dispara a la cabeza.

Dispara tres veces: tas, tas, tas. Low Murtra cae ante el taxi sin palabras, sin modos ya de explicar el amor que está sintiendo por su esposa y por sus dos hijas, en la punta de la lengua. Todo se queda quieto hasta que el sicario se va: no sube a la motocicleta roja Honda 250 en la que lo trajo su cómplice, sino que huye a pie. Todo está en suspenso hasta que el taxista por fin acepta llevar al hospital San Ignacio a ese hombre que se está muriendo. Vemos que se van. Vemos que la Asamblea Nacional Constituyente, reunida en plenaria a esas horas, hace un minuto de silencio en nombre del coraje, de la lealtad, de la rectitud de ese profesor que encaró a los carteles de la mafia. El comunicado rechaza «la violencia que se utiliza para imponer la voluntad de organizaciones criminales en la búsqueda de impunidad». Y es justo y es tarde.

Tengo este último recuerdo de la infancia: estoy leyendo una revista de cine en la oficina de mi mamá en la Casa de Nariño, en julio de 1988, cuando el ministro Low Murtra me saluda «aquí está mi compañero de batallas». Se refiere a los juegos de guerra que me ayudó a volver verosímiles un par de veces. Y es claro que no sólo habla la lengua de los niños pequeños, sino de los niños viejos.

Pero a las 11:44 p.m. de nuestro miércoles 6 de noviembre de 1985, un poco más de cinco años atrás, cuando está a punto de

entrar a la Casa del Florero para que le examinen el cuerpo ahogado, no han sucedido sus últimos días felices, ni ha sucedido su asesinato lamentado por los mismos que le quitaron los escoltas porque perdieron de vista que ninguna persona que hubiera ocupado el Ministerio de Justicia estaba a salvo acá en Colombia, sino que su candidez está señalando a los soldados que están pidiendo ayuda en la azotea. Low Murtra ve que los bomberos están yendo hacia la esquina de la construcción. Ve la canastilla que sube. Entra la tercera vez que le piden que entre antes de que todo sea peor. Lo último que ve es a un soldado de civil que parece a punto de lanzarse al abismo.

No se arroja. Está sin ganas de vivir porque le duele todo. Está pensando, mientras espera con sus compañeros de tropa el fin del incendio, que esos hijueputas que se juran los salvadores del país van a pegarle un tiro en la nuca, y ya: «Esto fue todo, Sarria». Podría dar el paso para callar los ruidos de adentro y de afuera. Pero el teniente que los hizo subir a la terraza grita «¡todos abajo!» cuando él, que se está regodeando en las generalidades que dirán sus viejos cuando lo entierren, va a dar el paso siguiente. Y es como si una voz de mando gritara «¡acción!», porque entonces vuelve a ser el "Rambo" Jorge Arturo Sarria Cobo, exinfante de marina, y se le despiertan los cinco sentidos, y ve la canastilla de los bomberos en el horizonte, y huele la pólvora, y prueba el humo, y oye los disparos de los guerrilleros que quién sabe de dónde vienen, y toca el revólver que tiene entre los pantalones.

Hay gente desesperada a su lado. Hay un soldadito a punto de un ataque de pánico: «¡Bomberos!», grita, «¡fuego!». Y él, el infante de

marina Sarria Cobo, vuelve a hacer su papel de veterano escueto y sin sentido de la guerra de Vietnam.

Por orden del teniente, están evacuando esa azotea que parece un inframundo, «¡ya mismo!», «¡ya!», antes de que esta mierda sea peor. Se escucha el cri, cri, cri de la polea que sube la jaula, el armazón, del carro de bomberos. Se escucha el tras, tras del frenazo para que empiecen a subir los que puedan subirse a la canasta. El "Rambo" Sarria Cobo ayuda a subir a uno, dos, tres, cuatro compañeros de guerra, y, cuando está pensando si será su turno para largarse de esa debacle, siente que la fuerza ciega del ataque de los guerrilleros se los va a llevar a todos por detrás, y un segundo después se ve tumbado —y ensangrentado y golpeado en la cintura — por un capitán que acaban de herir: «¡Mi pierna!», grita ese pobre hombre, «¡me destrozaron mi pierna!».

Luego del aturdimiento, luego del ensordecimiento y de la tolvanera, "Rambo" Sarria entiende que su chaleco antibalas tiene manchas de sangre ajena, que está vivo y puede ponerse en pie. Se arrodilla. Se cuelga al hombro al capitán moribundo y le arrebata el fusil y con el brazo suelto se pone a dispararle a cualquier sombra de hijueputa que se asome.

—¡Se nos van a subir hasta aquí! —grita mientras dispara y dispara y dispara—, ¡nos van a matar a todos!

¿Dónde estaban? ¿De dónde vienen? ¿No habían arrasado las fuerzas militares con el cuarto piso?

Es el incendio. Todos los combatientes de todos los cuerpos que andaban escondidos, parapetados detrás de alguna columna rota, agazapados por ahí, están saliendo a los pasillos del Palacio de Justicia como animales salvajes antes de que se los trague el fuego.

Todos sienten lo mismo: que se están ahogando, que se van a ahogar. Carraspean. Tosen. Escupen. Cierran los ojos porque se les están viniendo los rescoldos a las caras. Y el "Rambo" Sarria Cobo dispara a lo que se venga encima, en la boca del cuarto piso, que es un cráter, antes de que se bajen a alguien de la tropa. Y de pronto siente atrás, de nuevo, el cri, cri, cri de la polea que está empezando a bajar la canasta del carro de bomberos, y piensa que es el momento de lanzarse.

Ve en el cesto de metal a los cuatro compañeros que ayudó a subirse allí. Ve también al capitán que acaba de salvar.

Va a saltar a la jaula antes de que lo alcancen los fuegos, «¡nos van a matar!», pero un agente lo jala del chaleco y le dice «quite que voy yo».

Se queda mudo, balbuceante, con los ojos entrecerrados, porque la canasta se le lleva a los primeros rescatados: «Vayan pues». Vuelve de la parálisis, del aturdimiento, cuando nota que el teniente Bonilla está contando cuántos quedan en la azotea: siete, quince, veintidós, veintinueve, treinta y tres, treinta y nueve muchachos. Despierta del todo cuando capta que una bala acaba de rozarle una pierna: ¡zas! Y es que los desbandados de la guerrilla acaban de romper una de las claraboyas del techo y se están abriendo paso a bala. Sarria Cobo se voltea enfurecido, con los dientes apretados y los ojos enrojecidos por la indignación, a responderles cada disparo: ojo por ojo, diente por diente.

—¡Cuidado, soldado, que esa es una cocina con tanques de gas! —le grita el teniente—: ¡al piso!

Todos se tienden. El incendio se les refleja en el cielo. Dan ganas de morirse ahí, apoyado sobre los codos, porque la placa de la

azotea está ardiendo. Por un momento, Sarria pierde la capacidad de hablar. Se queda en blanco porque siente que se le están quemando las rodillas. Está tan cansado que morir se le parece a descansar. El teniente Bonilla, que quizás tenga otro apellido, le habla de que su esposa adorada —«qué mujer tan buena»— está esperando un hijo que él no va a conocer si las cosas siguen como van: «Yo quiero ser papá», le dice, «yo soy un hombre serio». Y el "Rambo" de acá, que las palabras le sobran, empieza a recordar todo lo que no ha vivido, todo lo que no vivió. Debí ser joven más tiempo. Debí ser más joven.

—¡De aquí salimos todos o nos morimos todos! —grita de pronto el teniente, entre los gimoteos y los quejidos de los demás, para sacudirse de paso las nostalgias—: ¡no quiero cobardes!

Va acercándose la medianoche cuando aparece un carro de bomberos, el siguiente, que logra pegar a la pared una escalera para que todos bajen por allí. La mirada del teniente Bonilla le pide al exinfante de marina Sarria que sostenga la gradilla —vemos, en un primer plano lleno de miedo, cómo tiembla— para que sea más firme la bajada. Y, en medio del silencio de las armas del M-19, que es el silencio de los muertos, van bajando siete, trece, diecinueve, veinticuatro, veintiocho, treinta y uno, treinta y siete militares que a duras penas han cumplido veinte años. El "Rambo" nuestro es el penúltimo en bajar. Desciende con la mirada puesta en las botas del teniente. Se sienta en el andén a respirar. Trata de levantarse cuando oye que van a meterse de nuevo por debajo.

—No puedo más —reconoce.

Tiene los pies hinchados. Se le va a cerrar la garganta si no sale de aquí. Se acaba de recostar en un murito a unos pasos del horror. Y no, no es capaz de volver.

Se acomoda la pistola entre el cinturón. Se pone la chaqueta por encima del chaleco antibalas. Le levanta las cejas a un bombero que lo está mirando como si estuviera mirando a un espíritu desahuciado.

—Me voy para mi casa —le avisa.

Y se va por la carrera 7ª hacia el primer taxi que quiera llevarlo —«ahí hay uno»— así de ahogado, así de extraviado, así de quemado, así de polvoriento.

El bombero, un hipertenso de treinta y dos años, de Jardín, Antioquia, que tiene apellido Jaramillo, pero todo el mundo le dice Angarita —porque la profe Angarita era la más querida de su pueblo, y así se quedó—, ha tratado de apagar los tres incendios del Palacio de Justicia desde el comienzo de la noche, pero sólo hasta ahora, luego de lanzarles agua a las paredes a unos pasos de los tiroteos, luego de quedarse pasmado ante el rocket que llegó a disparar el ejército, luego de romper los vidrios de los dos últimos pisos, está empezando a controlar la quema de la parte oriental del edificio. Se limpia los párpados con una manga amarrilla y negruzca. El monstruo ya no es una celda encendida de rojo y naranja, sino una jaula iluminada por dentro.

Esa esquina de Bogotá está hirviendo, uf, se le están derritiendo las pestañas y los pómulos. Cierra los ojos cada vez que estalla algo allá arriba. Hace lo mejor que puede para no escuchar las frases sueltas de las fuerzas armadas, en los radioteléfonos, porque lo ponen a mil.

Por dedicarse a escuchar, hace un par de horas estuvo a punto de un infarto, ay, porque no sólo escuchó minuto por minuto que no se sabía nada de la fiscal 5ª ante el Consejo de Estado, la esposa del

ministro de Gobierno, Clara Forero de Castro, sino que supo de primera mano que el Palacio estaba derrumbándosele encima a un montón de gente buena.

Coraje 6: Cuénteme una cosa: ¿qué se sabe del presidente de la Corte? *Arcano 6*: Negativo, negativo: su presencia no ha sido verificada entre las 128 personas evacuadas, si no estoy mal, que se le han estado entregando a Arcano 2. *Arcano 5*: Que en el sector en donde está Arcano 6, segundo piso suroriental, está la esposa del ministro de Gobierno, que es consejera de Estado: que se trate por medio de viva voz a fin de establecer si puede salir. *Arcano 3*: Yo estoy en este momento acá en la parte alta, pero intentamos nuevamente: ¿cuál es el nombre de ella? *Arcano 5*: No sé el nombre de ella, mi coronel, pero ordena Paladín 6 que se trate de establecer contacto sin precipitar ninguna situación. *Arcano 3*: Entonces voy a darle la orden a Arcano 2, que está en ese piso. *Arcano 5*: Acá llamó la señora de un magistrado Carlos Urán y dio el dato de unas oficinas en donde hay una gente y dio los números de teléfono: ¿sirve de algo? *Arcano 2*: Sirve, mi coronel, cambio. *Arcano 5*: Son seis doctores atrapados en la oficina 313.

La fiscal Forero de Castro acaba de salvarse de milagro: de milagro, dice el bombero, porque ninguno de los guerrilleros se detuvo a pensar —ni siquiera frente a la placa que lleva su nombre en la puerta de su oficina en el segundo piso— que ella era ella, que ella es ella. A las 10:33 p.m., según los relojes atrapados en ese despacho desde el mediodía, el grupo de mujeres en el que estaba Forero de Castro tomó la decisión de salir de allí antes de morir asfixiadas o carbonizadas. Se asomaron entre el humo. Buscaron las escaleras que les quedaban cerca con la sensación de que la

mortandad estaba arriba. De golpe chocaron cara a cara con un cuarteto de soldaditos que les preguntaron qué estaban haciendo allí a esas horas de la pesadilla.

—¡Ayúdennos!: somos empleadas del Consejo de Estado —dijo la fiscal Forero de Castro.

—¡Doctora Clara! —respondió feliz y desconcertado el agente del DAS Enrique Álvarez, un muchacho de veinticinco, de Las Aguas, acá en Bogotá, que debería estar estudiando alguna cosa, pero ya qué, como explicándose a sí mismo que se les había olvidado la señora del doctor Castro: la miraba y la miraba, y repetía su nombre, porque la había conocido un par de años antes cuando era uno de los guardaespaldas de su esposo el ministro de Gobierno.

Y entonces las sacaron de allí, rodeadas por sus cascos maltrechos, como si estuvieran ganándose el cielo tan temido, pero fue suerte, ojo, fue milagro ese rescate: simplemente, subían cuando ellas bajaban. Pronto estaban siguiendo el trayecto del Palacio de Justicia a la Casa del Florero con la sensación de que estaban filmándolos allá arriba e iban a reconocerles semejante coraje el Día del Juicio Final —si acaso no les ponían una medalla al valor en el pecho, «mamá, yo no fui en vano»—, y pronto estaban reportándosele a mi teniente para seguir la odisea. La fiscal 5ª llamó a su esposo apenas pudo: «Estoy bien». Recobró la sonrisa prudente que suele escapársele cuando está rodeada de desconocidos. Contuvo las lágrimas. Y empezó a recuperarse en una silla que le alcanzaron.

Salto al lunes 15 de septiembre de 2008: veintidós años después de su rescate inesperado e insólito —van a ser veintitrés—, la abogada Clara Forero de Castro, que para ese momento habrá hecho

toda una carrera en el Consejo de Estado, da su testimonio a la Comisión de la Verdad. Se ha peinado el pelo rubio como las profesionales de su generación. Se le ve bien. Lleva un sastre verdoso que parece dorado en la pantalla. Entrelaza las manos mientras cuenta, con voz ronca, que su cargo dependía de la Procuraduría, que su oficina sin vista afuera, de las pocas con puerta de madera, quedaba en el segundo piso en la esquina de la carrera 7ª con la Plaza de Bolívar, y empezó a temer cuando pasó por la ventana una bandada de palomas que huía de un estruendo.

Cuenta, con la serenidad de los años, el delirio que hemos estado viviendo: cierran la pequeña puerta de madera para que nadie pueda ver a la esposa del ministro Castro Castro; ponen los escritorios y los sofás detrás de la entrada; notan la llegada de las fuerzas militares; escuchan la gritería, la estampida de los guerrilleros, la entrada brutal del primer tanque; lamentan que las ventanas estén tan lejos del despacho; hablan con sus familias, de los esposos a los hijos, hasta quedar incomunicadas; pasan la tarde en el suelo para evitar las balas cruzadas; sienten en el estómago las ametralladoras y los temblores; respiran mejor en el piso; piensan «van a ver el nombre en la placa»; callan aterradas cuando unos supuestos soldados golpean a la puerta; huyen a tiempo porque se van a ahogar; salen escoltadas por soldaditos salvadores que se encuentran en el descanso de las escaleras.

Han estado allí todo el tiempo, pero son las únicas que no ven, sino que oyen la barbarie.

Y si les habla en plural a los magistrados de la Comisión de la Verdad es porque las abogadas Sonia de Fonseca y Ligia de

Rodríguez, tan solidarias, tan comprometidas con esas horas de miedo, estuvieron todo el tiempo con ella.

Se van. Pasan del Palacio de Justicia a la Casa del Florero y de la Casa del Florero a la Casa de Nariño.

Y, luego de las preguntas de rigor, «¿qué vieron?», «¿cómo salieron?», «¿cómo están?», la fiscal 5ª abraza a su esposo mientras él trata de explicarle por qué no hubo operativos para rescatarla.

—Ceder es claudicar —le dice.

Están en el Salón Virreinal del primer piso del palacio presidencial de la República de Colombia. Tienen detrás la mesa rococó, del siglo XVIII, que fue del virrey Ezpeleta. Tapan por un momento el retrato del señor de Eguillor, caballero de la Orden de Santiago, comendador de la Orden de Calatrava, don Sebastián de Eslava y Lazaga, que durante semanas lideró —junto al oficial naval Blas de Lezo, tuerto, manco y cojo— aquella heroica defensa de Cartagena de Indias en la que murieron 15.937 soldados del Reino de Gran Bretaña. Piensan, la fiscal 5ª y el ministro de Gobierno, en la tranquilidad de sus dos hijos. Y nosotros pensamos que la guerra colombiana está cumpliendo siglos de ser una parodia macabra.

Reverbera en el cielo gris de Bogotá el fuego que se ha tomado los rincones de la fortaleza arruinada. Ellas tres, las señoras de Castro, de Fonseca y de Rodríguez, se han salvado porque estaba escrito en alguna parte que desconocemos, pero allá adentro se está quemando el cuerpo del presidente de la Corte Suprema de Justicia, que en los radioteléfonos sigue siendo un misterio, mientras los sobrevivientes se amontonan en este baño —entre el segundo y el tercer piso— que se ha vuelto la trinchera y la base y la cárcel del M-19. Ya va a ser la medianoche. Ya no hay nadie en la oficina 313 en

la que, según se decía en los walkie-talkies del ejército, estaba «un magistrado Urán». Ya no hay nadie en ninguno de los refugios perdidos. Todo el que no se está salvando anda acá.

Vamos a un plano cenital del baño aquel, «el infierno del infierno», en donde va a terminar de consumarse la tragedia de este país que se cree superior a su violencia: escuchamos una serie de voces de una serie de personajes que hemos estado viendo, «nos bajamos con los rehenes antes de que nos masacraran a todos», «allí había subversivos fuertemente armados que se turnaban en la toma de sus armas», «en ese lugar transcurrieron las horas en medio del fragor de los disparos de toda suerte de armas y en las posiciones más incómodas entre el humo y el agua que nos llegaba a los tobillos», mientras nos van quedando claras para siempre las características de ese sepulcro que en la madrugada parece un hospicio.

Volvámoslo a ver, fijándonos en los detalles, plano por plano por plano. Tiene un poco más de veinte metros cuadrados. Se entra por un breve pasadizo de 1 metro de ancho por 2 metros 58 centímetros de largo. Hay tres inodoros en cubículos metálicos —de 1 metro 35 centímetros por 90 centímetros— en la pared occidental. Hay un par de orinales verticales en el muro del norte. Hay cuatro lavamanos con cuatro espejos desde el principio hasta el final del muro oriental. Hay, allí, un toallero resistente. Un paso más allá viene un espacio paralelo, que nunca tuvo utilidad hasta este día, de 5 metros 28 centímetros ni más ni menos: es un espacio libre en el que está a punto de suceder una masacre.

Resulta imposible acostumbrarse a esa oscuridad. Se siente la humedad que ha traído la ruptura de los ductos de agua. Huele mal. Huele a la orden de no descargar las cisternas. Los disparos y las explosiones se escuchan como taladros que quieren romper las paredes. Ya no hay manera de comunicarse porque los aparatos se han mojado.

Suena asfixiante e imposible, pero vemos que en esta pequeña cámara, en esta tumba, ya se han amontonado como han podido —y allí, hacinados, respiran y sudan y recuerdan y ruegan a Dios que esto pare— sesenta rehenes que vamos a pronunciar uno por uno como midiendo el tamaño del fiasco nacional: están los magistrados de la Corte Suprema de Justicia Luis Horacio Montoya Gil, Manuel Gaona Cruz, Humberto Murcia Ballén, Hernando Tapias Rocha y Nemesio Camacho Rodríguez; los consejeros de Estado Samuel Buitrago Hurtado, Reinaldo Arciniegas y Aydée Anzola Linares; los magistrados auxiliares Lisandro Romero Barrios, Nicolás Pájaro Peñaranda, José Alberto Roldán Barriga, Helena Gutiérrez Romero y Nelson de Jesús Zuluaga; los abogados asistentes Luz Estella Bernal Marín, Carlos Horacio Urán Rojas, José Gabriel Salom Beltrán y Víctor Manuel Estupiñán Calderón; los secretarios Ricardo Correal Morillo, Darío Enrique Quiñones, Sofía de Arenas, Consuelo Guzmán de Ospina, Rosalba Marín de Henao, Amanda Leal de Gallego y Nubia Tella Hurtado Torres; los oficiales mayores Celina Gómez de Ospina e Hilda Díaz de Agudelo; los auxiliares judiciales Aura Nieto de Navarrete, Alba Inés Rodríguez, María Cecilia Quintero, Jaime Buitrago Castro, Hermelinda Prado, María Yineth de Pérez, Ana Lucía de Sánchez, María Esther Mesa, Luis Francisco Camargo, María Fernández de Díaz y Ana Patricia Caballero Buitrago; los escribientes

Leonor Mariela Ávila Roldán, Luz del Carmen de Murillo y Marlene de Argüello; el citador Héctor Darío Correa Tamayo; la ascensorista María Nelfi Díaz de Valencia; los conductores Luis Eduardo Medina Garavito, Luis Humberto García Ramírez, José Joaquín Páez Gómez, Jorge Antonio Reina Orjuela, José William Ortiz, Ananías Bohórquez y Mauricio Vásquez; las aseadoras Magallys María Arévalo Mejía, Rosa Contreras, Arcelia Figueroa, Rosa Zoila Barahona de Torres, Águeda Stella Robayo, Aura Gladys Moreno Rozo y Rosa Helena Carrillo Alarcón; los litigantes Betty Quintero González, Carmen Elvira Reyes Rodríguez, Carmen Elisa Mora Nieto y Bertha León.

Son sesenta mundos con sesenta familias, sesenta traumas, sesenta suertes, sesenta nombres que suelen ser leídos en diagonal.

Que nunca en las horas que vendrán, aunque suene a inverosimilitud entre la inverosimilitud, aunque sean sometidos a torturas mentales y vivan la certeza de la muerte que se acerca, van a perder la compostura ni la dignidad. Poco lloran. Poco pierden el control. De vez en cuando gritan, juntos, la plegaria en la que se han puesto de acuerdo: «¡No disparen!: ¡somos rehenes!». Pero todo el tiempo van a ser capaces de la integridad.

Diez guerrilleros a cargo del comandante Almarales Manga, que tampoco maldicen, ni estallan, ni mueren de espanto, los custodian y los protegen del incendio.

En una de las esquinas, junto al último de los lavamanos, se ha sentado a esperar la muerte con serenidad escalofriante un revolucionario panameño que dice llamarse Diógenes Benavides Martinelli. En verdad se llama Carlos, pero le gusta el Diógenes porque era el nombre del hermano de cinco años que se les murió. Está herido desde el principio de la toma, pero no jadea ni pide

auxilio. Lleva una cédula colombiana robada a un pobre hombre que no tiene la culpa de nada. Nació en Soná, Panamá, hace cuarenta y tres años. Es controlador, cuadriculado. La barba negrísima le tapa la boca. Desde que tiene uso de razón, de su razón, ha escuchado una voz que le ha dicho que no tema, que no se rinda, que estudie Derecho, que cometa ese fraude, que huya a Nicaragua, que entre al Frente Sandinista de Liberación Nacional, que consiga las armas para el M-19, que se sume a la toma del Palacio de Justicia, que se siente allí a esperar la digna muerte. Si no está mal, tiene cinco hijos. Su cadáver será levantado el próximo sábado según el acta 1113: «Mestizo, grupo sanguíneo A+, falleció por laceración cerebral secundaria». Pero por culpa del desastre que vendrá, entre la torpeza y el encubrimiento, sólo treinta años después se encontrarán sus restos —junto con los restos del guerrillero William Almonacid— en una fosa común del Cementerio del Sur de Bogotá. No será nada fácil dar con los deudos.

Corte a una seguidilla de videos conspiranoicos en los que no sólo se habla de los fusiles de los sandinistas que se han estado usando para el asalto a las Cortes y se sospecha de la participación del cartel de Medellín en la financiación de la toma, sino que se dan testimonios paranoides de familiares que juran haber visto al guerrillero panameño en un aeropuerto: «Cuida a mis niños», le habría escrito en un papel a una esposa.

Vemos, por lo pronto, que se está muriendo. Vemos que respira hondo, con los párpados cerrándose, como si se supieran los pormenores de su final. Y luego nos quedamos con la enfermera valluna de veintisiete años que cada tanto le pregunta «cómo seguís», con Noralba García Trujillo, porque no para de atender a

todos los que están allí: a los magistrados que necesitan pastillas contra el dolor; a los civiles que piden, de afán, algún vendaje; a los cinco compañeros temerarios que entran de vez en cuando, en algún descanso de la batalla, para calmar el ardor de los ojos, para recobrar el conocimiento, para vencer los escalofríos que se han traído desde las escaleras. Ay, Noralba. Qué hace ahí. Si hace unas semanas nomás era una sonriente enfermera de la Clínica del Country.

Está allí, si se trata de saber la verdad, porque el guerrillero Almonacid es el amor de su vida, su cuerpo. Se conocieron en la Universidad Nacional. No hubo cómo evitarse, no, nunca hay cómo. Se fueron a vivir juntos. «Ay, William, sálgase de ahí que de ahí no sale nadie», le decía cada vez que su mamá le pedía que se lo dijera. «Ay, William: usted es del M-19, pero yo no», le insistió hasta que él le rogó que por lo que más amara, por él, por los besos y los días de los dos, lo acompañara a tomarse el Palacio de Justicia. Noralba dijo sí. Noralba renunció a su puesto y apareció en la casa del barrio Calvo Sur. Allí adentro, en el amor de los dos, tuvo toda la lógica del mundo: él estaba dispuesto a morir por el movimiento porque era morir por la patria y ella no quería vivir sin él.

Hay quienes dicen que Almonacid, que en esta batalla se llama "Orlando", ya ha muerto en el sótano.

Hay quienes pueden verlo en un video en el que un soldado lo escolta, entre luces vespertinas, hasta una camioneta parqueada afuera del edificio.

Sus restos aparecerán tres décadas después junto a los restos del panameño sandinista. Y los de su mujer, los de su Noralba, serán recibidos por su familia treinta y tres años después. Qué lucha será

la vida de los García Trujillo. Qué vergüenza sentirá el fantasma de Noralba, «perdoname, mami», por reescribirles la vida en un par de semanas. Qué miedo las amenazas por teléfono: «Cállese o muérase, hijueputa guerrillero». Qué angustia los seguimientos del Estado. Y qué triste el día feliz de la llamada en la que les darán la noticia de que por fin la han encontrado. Su mamá, doña Olga, sólo vivirá hasta 1992. Su hermano mayor, Julián, que era su roble, morirá de cáncer días antes de que por fin aparezcan un pedazo de su cadera y un pedazo de su fémur.

Y entonces será su hermano de gafas, Fernando, quien dará la cara de este duelo que no se deja atrás.

Será muy perturbador y muy conmovedor enterarse de que los restos del escolta del presidente de la Corte Suprema de Justicia desde hace dos semanas, o sea los restos del agente del F2 Libardo Durán, eran los restos de su querida, de su dulce Noralba: «Jamás empuñó un arma», dirá Fernando al diario *La Opinión*.

Y la esposa del guardaespaldas Durán, la señora Fabiola Hernández, que de 1985 a 2018 visitará una y otra vez la tumba equivocada, y llevará rosas blancas y orará ante un revoltijo de huesos ajenos, repetirá de allí en adelante una frase suya con vocación de escolio:

—Imagínese esa tristeza —dirá y dirá hasta que se entienda el fondo del asunto—: yo, ¡yo!, dizque llevándoles flores y cuidándoles la tumba a los verdugos de mi esposo.

La maternal, desprendida, nostálgica Hernández tenía quince años cuando se ennoviaron, diecinueve cuando se casaron y veinte cuando se lo mataron. Creerá que los huesos calcinados que le mostrarán en Medicina Legal son los huesos de su marido «porque

el reloj sí es el de él» —y entonces pensará en suicidarse, y tratará de hacerlo un par de veces, porque no verá otra manera de vivir con ese marido que se quedó en la edad de sus hijos—, pero 396 meses después, ya que es mejor contar el duelo en meses, le dieron la mala noticia de que había estado llorando los despojos de un par de guerrilleros: lloró a la enfermera García y al ideólogo Jacquin hasta que los vigilantes del cementerio le decían «ya es hora de cerrar». No guardará rencor. Ya qué.

Recordará que fue esa niña disfrazada de muchacha crespa, pelirroja, que salió a correr apenas supo que el esposo que le había traído el remedio esta mañana, el esposo que había logrado ser el escolta del magistrado Reyes Echandía de tanto soñar una vida de acción, estaba atrapado en el Palacio de Justicia: corrió como una posesa hasta la Plaza de Bolívar al mediodía de ayer, el infinito miércoles 6 de noviembre de 1985, dispuesta a hacerse matar por su Libardo porque qué clase de amor no se hace matar, y no le importaron los tiros ni las explosiones, y le dieron igual los soldados que le gritaron «¡no puede pasar!» y «¡venga, señorita, no sea loca!» cuando se saltó el acordonamiento, y más bien pidió un arma para entrar al edificio por su marido, y trató de entrar.

Y tuvieron que calmarla, «¡salga de aquí!», «¡la van a matar!», «¡se chifló!», en medio de esta caja de Pandora que se ha abierto.

—Pero desde que me entregaron los verdaderos restos de Libardo tengo una paz que sobrepasa cualquier entendimiento —le reconocerá ya madre, ya abuela, a un periodista del programa de televisión *Los Informantes* que responde al nombre de Diego Rubio.

Vemos el entierro de verdad, el postergado desde 1985 hasta 2018, del escolta Libardo Durán: la siembra de un sietecueros en el

Centro de Memoria, Paz y Reconciliación junto al Cementerio Central en el que están sepultados con honores los expresidentes de la república Santander Omaña, Acosta Castillo, Murillo Toro, Gutiérrez Prieto, Salgar Moreno, Márquez Barreto, Pérez Manosalva, Otálora Martínez, Parra Martínez, Caro Tobar, Holguín Mallarino, Reyes Prieto, Marroquín Ricaurte, Concha Ferreira, Suárez Barrientos, Abadía Méndez, Olaya Herrera, Urdaneta Arbeláez, López Pumarejo, Santos Montejo, Gómez Castro, Rojas Pinilla, López Michelsen y Barco Vargas. Vemos los columbarios. Vemos el pequeño cofre en la Catedral Primada acá en la Plaza de Bolívar. Vemos las sonrisas con gafas oscuras de los deudos.

Doña Nelly Durán, la madre de Libardo, que justo está cumpliendo ochenta y tres años, dice que se ha sentido muy contenta «porque ya sabemos que es él». Fredy, el hermano menor, explica que «es que nos entregaron un carbón: todo fue tan rápido que nos obligaron a enterrar cualquier cosa». Y Fabiola asiente mientras el fiscal Sarmiento explica que las pruebas de ADN, que no había en 1985, pero habrá en 2018, no sólo muestran «cómo la vida es más fuerte que la muerte», sino que les cuentan a las familias lo que en verdad sucedió. Se ven todos en paz. Y, sin embargo, la madre se abraza a la esposa cuando llega el momento de la misa fúnebre en el que el cura les pide que se den la paz, y se ponen a llorar la una en el hombro de la otra a ver si vuelve el alma al cuerpo.

Volvemos a esa multitud moral, sobria a pesar de todo, atrapada en el baño en la madrugada de este jueves 7 de noviembre. Noralba no es la única que está rondando a los sesenta prójimos —setenta con sus compas— en «el infierno del infierno»: el baño que es el cuartel general del M-19. La ojiverde Irma Franco Pineda, una

abogada bogotana de veintiocho años que creció entre ocho hermanos, que estudió becada porque siempre tuvo los mejores promedios del colegio a la universidad y que un día dijo a su familia que se iría a la guerrilla porque su proyecto de vida era el amor a los necesitados, está atendiendo a todos los que necesiten municiones y alimentos. "Claudia", la nocaimera Clara Helena Enciso que hemos seguido desde el principio, está sospechando que su marido Guillermo Elvencio está muerto allá arriba: «Ay, vida hijueputa, que sepa que lo quise».

"Claudia" quiere salir del baño para enterarse, de primera mano, de esa muerte. Está dispuesta a morir, claro, se le ve, y muy pocos lo están. Pero Noralba la detiene porque le han dicho que los muchachos de las escaleras acá arriba necesitan su ayuda: «¡Me dieron estos malparidos!», se ha oído. Y entonces le grita «¡Clara!, ¡Claudia!, ¡Mona!: ¡venga yo voy!, ¡venga yo me fijo!» porque ella sabe qué se siente que el amor de uno ande perdido en este incendio. Se mueve entre los cuerpos de pie que hacen lo mejor que pueden para sujetar las conjeturas de la mente. Va a salir. Ya viene. Sale. Le han dicho que el camino es seguro hasta donde están los heridos, pero va paso por paso porque ya no confía en este mundo: ¡tras!

Se asoma, en el mismo entrepiso en el que está el baño final, a ese pequeño cuarto del aseo —de 5 metros cuadrados— que tiene un montacargas, un shut de basuras y un ducto. Se esconde allí, del calor y de la confrontación, por un momento. Se da la bendición antes de salir, pero qué puede hacer Dios en estos casos. Va.

Avanza a medio paso. Sigue junto a la pared el grito «¡enfermera!», «¡enfermera!». Un par de minutos más tarde se

encuentra en posición fetal al combatiente "Orlando", que es su William, su alma, doblegado por los escalofríos y los jadeos después de volver en sí para despedirse de cualquiera que lo vea. Noralba trata de asistirlo. Trata de espabilarlo, «ay, mi amor, qué es esto», pero él la mira como si ya no estuviera adentro, como si ya no fuera un cuerpo, sino un espantajo. Y ella, que le apostó toda su vida a ese amor como un personaje trágico que se empeña en ser su propio dramaturgo, cierra los ojos porque se escucha el zumbido de la granada que va a matarlos.

El comandante Almarales, que es el único jefe que le queda a la operación, se encorva cuando se escucha el trueno a unos pasos nomás: «Mierda».

El magistrado Gaona Cruz, que se le ha vuelto cercano, camarada de infortunio, en esas circunstancias, le pregunta por qué diablos no se le rinden al ejército si ya la propaganda ha quedado clara.

—Usted no sabe quién es esa gente —contesta, cara a cara, el comandante.

—Usted sí —riposta el magistrado como diciéndole «usted tenía que saber que esto iba a pasar».

Oye rumores, onomatopeyas de apoyo. Se voltea a mirar a otra parte si algo como eso es posible en ese baño, en ese hacinamiento. Vemos lo que ve: una bomba artesanal como una pera de boxeo, que, según dicen las guerrilleras, puede volar este puto edificio que fue una vez un tribunal intocable, tiembla en una esquina cada vez que tiembla el entrepiso. Oímos, voz sobre voz sobre voz, lo que están pensando los sesenta rehenes: que la gente del M-19 es capaz de detonarla si se ven perdidos porque —les insiste Almarales justo en ese momento— «aquí nos hacemos matar antes de rendirnos».

Ya es la 1:11 a.m. en los relojes que no se han detenido. Por un momento, nadie se atreve a mirarse. Se hace silencio adentro y afuera. Y eso, tal vez, es peor.

Mi mamá está en el sillón de la sala del apartamento con el teléfono blanco de disco, el Siemens con su cordón enredado, sobre las piernas. No quiere ni puede dormir, pero está acomodándose en el cojín en blanco y negro a ver si descansa un poco al menos. Las luces, que son un par de lámparas que cuelgan del techo rugoso, están apagadas. Los ruidos de la calle son los carros que pasan cada tanto, solos, seguidos por nadie, por nuestra calle 100, y un par de perros que se ladran de casa a casa en ese barrio de enfrente, El Pedregal, que es un pequeño pueblo con sus gallos de madrugada. No se sabe nada de Lisandro, el magistrado auxiliar Lisandro Romero Barrios, su hermano de estos años. Y si ella está así —nos dijo, hace un par de horas, antes de despedirse de nosotros—, cómo estará viviendo su familia.

Lisandro está de pie, apretujado, ahogado, en el baño del Palacio de Justicia. Tiene un pie afuera y el otro adentro de uno de los cubículos de metal de los sanitarios. Ha sido el bastón del magistrado Murcia Ballén, que no tiene una pierna y se ha zafado la prótesis, desde que se unieron al grupo de rehenes de los entrepisos. Sigue pendiente de él como si prefiriera pensar en los demás. Piensa en el dolor que estarán sintiendo en su casa. Por primera y última vez siente alegría de que su padre, el exrepresentante, exsenador, excontralor cartagenero Alfonso Romero Aguirre, que terminó reconociéndolo, se haya muerto hace nueve

años. Lisandro se llama Lisandro, que significa, en griego, «libertador de hombres», por su abuelo paterno. Y suele pensar en eso cuando busca por qué sentirse bien.

Hace un poco más de diez años, cuando yo no había nacido y mi mamá trabajaba en la oficina de su hermano Alfonso —el abogado de izquierda Alfonso Romero Buj, que era y es su adoración—, el entrañable Lisandro apareció en nuestras vidas. Mi abuelo, que tuvo hijos e hijas por fuera de su matrimonio con mi abuela Aurora, era amable y simpático con él, pero fue mi tío Alfonso, que pronto le tuvo cariño e insistió en los juzgados que se le diera el apellido Romero, quien se lo presentó a mi mamá y le pidió que lo quisiera: «Mira, Marce, este es el excelentísimo licenciado Lisandro Romero Barrios». Mi mamá le preguntó a mi abuela, más allá del bien y del mal desde su infancia en Fuentes de Nava, en Palencia, si le molestaba que se hicieran amigos: «Él no tiene la culpa de nada, niña», contestó, «si se llama Lisandro es porque tu papá le tiene cariño».

Días después, mi mamá tenía un hermano nuevo con el que pasaba horas en el teléfono que ahora tiene sobre las piernas.

Existe en la ley colombiana, en la madrugada de este jueves y de noviembre de 1985, una distinción muy violenta —muy de acá— entre hijos legítimos e ilegítimos. Faltan veinte años para que la sentencia C-310/04 de la Corte Constitucional la eche para atrás porque «la clasificación resulta contraria a los nuevos valores en que se inspira la Constitución». Faltan cuarenta años para que el término «legítimo», discriminatorio y estigmatizador, sea eliminado del Código Civil en busca de que la patria potestad de los padres se extienda a quienes hayan sido adoptados y a quienes hayan nacido

de alguna relación extramatrimonial. Y entonces no es nada fácil, pero mi mamá y Lisandro han conseguido ser un par de hermanos.

Tanto que se acompañaron en el duelo cuando Alfonso Romero Buj, el hermano mayor que los había unido para siempre, fue asesinado en la avenida Jiménez con la carrera 9ª —iba en un jeep con su esposa embarazada— a unos pasos de su oficina: mi tío Sebastián apareció de sorpresa en este mismo apartamento 603 de La Gran Vía, lívido, a balbucear «mataron a Alfo».

Seis meses después, cuando fue Romero Aguirre el que murió, mi mamá se negó a dejar solo a su hermano Lisandro en la sala de velación del cadáver del padre de los dos.

Y hace siete años, cuando ella aún trabajaba en el Palacio de Justicia como abogada asistente de los consejeros de Estado, mi mamá prefirió renunciar cuando Lisandro —en ese entonces un fiscal dependiente de la procuraduría— le dijo que quería ser magistrado auxiliar: estaba prohibido que dos hermanos, dos Romero, tuvieran cargos públicos en las mismas Cortes. Mi mamá se fue en contra de la voluntad del consejero Mora Osejo, su mentor: «Ay, la Marcelita, yo le prometí a Alfonso que la cuidaba», le dijo él, «buena suerte, Marcelita», le dijo el consejero Low Murtra el día de la despedida. Ella, que se quedó Marcelita porque el doctor Mora la conocía desde los cuatro años, le entregó su oficina a ese abogado progresista, generoso a morir, obsesionado con estar en paz, que estaba casado con aquella historiadora uruguaya: el abogado Carlos Horacio Urán Rojas, nacido en Angelópolis, Antioquia, hace cuarenta y tres años, que ahora mismo está preguntándole a Lisandro —están hombro a hombro junto a los cubículos de los inodoros— si no será mejor salir

a pedirles a los militares una tregua. Ella le entregó su escritorio a Urán. Y Lisandro se acomodó en el Palacio de Justicia.

Qué puedo hacer yo a los diez años. Qué consuelo puedo ser. Qué plegaria a Dios puedo inventarme, Dios, que el teléfono suene para bien.

Qué hago despierto a la 12:37 a.m. del día en el que tengo mi examen de Historia.

Es culpa mía. Siempre es culpa mía. Mis papás, tan raros los dos, tan buenas personas, tan dulces, o sea tan valientes, a pesar de las ansiedades que les entorpecen los órganos vitales, hicieron —como es usual— todo lo que se podía hacer. Armaron el descanso. Dejaron listas las cosas para el día siguiente. Apagaron las luces, cerraron las cortinas, encendieron las lamparitas de las mesas de noche. En el umbral de nuestro cuarto, cuando mi hermano y yo ya estábamos en nuestras camas paralelas, mi mamá le dijo a mi papá: «Puede que el pobre Lisandro haya salido antes del incendio». Mi papá le respondió: «Seguro que sí». Y apenas ella soltó un «hasta mañana» y dejó escapar su «si yo estoy así, cómo estará su familia» desde el corredor del apartamento, que sonó valerosa y amorosa al mismo tiempo, él se sentó en mi cama junto a mis pies a leer su capítulo de *El nombre de la rosa* mientras yo miraba el banquete de *Astérix en Bélgica* que es —ahí dice— un homenaje de *La boda campesina* que pintó Bruegel el Viejo en 1568. Leímos en silencio. Yo me puse a arreglar la calcomanía de Galán que pegué en mi pared, pero luego terminé, por fin, el cómic. Mi hermano, que leía *Sobre héroes y tumbas*, se empezó a dormir. Mi papá, que es el que menos ha sentido la debacle porque su Escuela de Ingeniería ahora queda «por el tercer puente», nos repitió las frases apaciguadoras que nos

dice siempre que puede: «Chao, chalupas», «Semana que llega a miércoles, semana que se acaba», «Hasta…». Y, como me vio poner mi libro en el piso, apagó la lamparita. Eran las 11:30 p.m. en el reloj despertador de nuestra habitación.

Mi papá se fue, y yo, a un paso de la respiración pesada, de niño dormido, de mi hermano, me dije a mí mismo «qué voy a hacer: estoy despierto». Desde hace unos días he estado sufriendo más de la cuenta para quedarme dormido. Y entonces me he estado inventando modos de cansarme, pero hoy no me ha servido de nada repetir la alineación de Millonarios, ni pedirle a Dios por mi cabeza traicionera, ni recitarme la última proclama de Simón Bolívar que van a preguntarme mañana en el examen de Historia, «si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro», y aquí estoy pensando en aquel magistrado que gritaba «¡que cese el fuego!», y regañándome por pensar lo peor, todo lo peor y nada más que lo peor.

Que esté vivo, Dios, que mañana cuando volvamos del colegio mi mamá nos diga «niños: acabo de hablar con Lisandro».

Por qué no puedo dormir. Por qué tengo tanto miedo. Por qué mi estómago es un puño que se cierra y se tuerce como si mi propio fantasma estuviera estrujándolo.

Vemos mi miedo: es la ventana que se encapota al mediodía y la noche que se enfría sin remedio y la vista que se va empañando hasta bordear la ceguera y la profecía que acaba con todo lo que he podido ser y la orfandad que mis papás tratan de espantarnos. Vemos mi respiración en vano, mi taquicardia.

Y, cuando el pulso se me vuelve un martilleo, abro los ojos del puro pavor porque el corazón me va a explotar si no lo hago.

Y entonces veo un soldado o un guerrillero parado en el umbral de nuestra habitación.

Y de un segundo al otro pasa justo al lado, ¡zas!, ¡zas!, en el trago de la oreja como un zancudo huidizo, un espíritu que trae la noticia de la ruina.

Y yo me sepulto debajo de las cobijas a esperar a que nos fusilen porque a uno lo fusilan en Colombia.

Viene un silencio enloquecedor. No cruje ningún mueble de los que eran de mi abuela, ni pelea la pareja que suele agarrarse a gritos en el piso de abajo, ni pasa el camión de la basura con sus lamentos a deshoras. Son las 12:50 a.m. del jueves 7 de noviembre de 1985, día del examen final del paso de la Colonia a la República, cuando caigo en cuenta de que lo mejor es levantarme. Ya mismo. De una vez. Me siento en la cama en donde estaba sentado mi papá. Me acostumbro a la oscuridad: ya no lo es. Me pongo de pie. Avanzo sin abrirme paso con las manos porque sé que no hay trampas de aquí hasta la puerta. Soy un fantasma que camina en la noche del apartamento con los ojos abiertos. Tengo que sacudirme este miedo para quedarme dormido.

Volteo a ver el sueño tranquilo, en paz, de mi hermano. Salgo al corredor hacia el cuarto de mis papás a ver si el televisor de ellos está encendido, no, no está encendido, y no sisea ninguno de los aparatos que hay allí. Tengo la tentación de despertarlos: «¿Mamá?». Pero ya tengo diez años. Y ya es hora de dejarlos dormir.

Va a ser así a partir de ahora. Voy a vivir de aquí en adelante varado en este insomnio, como varado en el día del pavor, porque el cuerpo de los adultos lleva adentro —podría uno decir que disfraza— el sistema nervioso de los niños que hemos sido. Sé, desde que

tengo esta memoria, que todo se reduce a estar a salvo del suspenso, a meterme lo más adentro de mí mismo que sea posible, a ser buen hijo pase lo que pase, a andar en estado de alerta, a enmudecer cada vez que alguien esté a punto de estallar, y el paso de mis años a duras penas revestirá a este niño de diez. De esta madrugada en adelante, a los veinte, a los treinta, a los cuarenta, a los cincuenta, voy a ser el último que se duerma de la casa. Voy a sentir este mismo miedo cada vez peor, cada vez más cerca, cada vez más difícil de desanudar, cada vez más atávico e inexplicable, mientras los soldados, los guerrilleros, los vigilantes, los capitanes, los guardaespaldas, los transeúntes, los bomberos, los pilotos, los tenientes, los comandantes, los periodistas, los coroneles, los abogados asistentes, los magistrados auxiliares, los padres y las madres de este relato se van volviendo más jóvenes que yo. Voy a pedir con los ojos cerrados, espantado por mi propia mente, que mi mamá se salve de los atentados, que mi papá sobreviva a los infartos, que mi hijo llegue a salvo a la sala de urgencias, que mi hija supere esa tos tan injusta, que mi esposa siga viviendo para siempre, Dios, ayúdame, concédeme su suerte al menos, porque si ella no vive el mundo se hace nada. Tendré temor a diario. Tendré temor ahora. Escribiré día por día por día para sujetarme, para bajarme esta fiebre que no se me ve. Me refugiaré en el humor. Me inventaré tramas en tres actos como si fuera un trabajo de oficina, pero también haré este mural que estoy escribiendo para dejar de soñar con *El triunfo de la Muerte* de Bruegel el Viejo, que va a ser mi pintor favorito. Me confesaré con terapistas, con tarotistas, con astrólogas, para entender que, así sea un ahogo, así sea un apagón, el miedo no es la realidad: la realidad no es el miedo. Y, a pesar de

mis esfuerzos, voy a pensar «qué tal que venga lo peor» y pediré «que duerman bien» hasta que yo sea más viejo que todos —hasta que los vea niños a todos— los que están a esta hora en lo que queda del Palacio de Justicia.

Regreso por el corredor hasta el estudio que llamamos «la sala del televisor». Ando en puntillas. No tropiezo con las caricaturas bogotanas de José María Espinosa —no tropiezo con el Loco Cacanegra ni con el Bobo Pasitos— porque las luces de los postes de la calle vuelven gris la negrura del apartamento.

Cierro la puerta de madera para encender el bombillo Philips, que mi papá enroscó el lunes pasado, sin que ninguno de los tres se despierte: clic. No prendo el Zenith de 27 pulgadas como suelo hacerlo en el amanecer de los domingos, que presiono el botón y ahí mismo le bajo el volumen con la perilla mientras se acaba *La santa misa* y empieza *Animalandia* —y lo hago así, claro, porque todos están dormidos—, porque sé que a esa hora no dan sino las barras de colores SMPTE o la polvareda en blanco y negro de la estática del aparato. Abro el armario en donde está nuestra colección de cómics: *La zorra y el cuervo*, *La pequeña Lulú*, *Condorito*, *Archie*, *Olafo*, *Lorenzo y Pepita*, *Batman*, *Superman*. Empujo una de las dos sillas de ébano, de brazos surcados, que eran de mi abuela. Me subo allí, pero me toca empinarme porque sólo mido 1 metro 25 centímetros. Agarro lo que quería agarrar: una caja de icopor azulada en la que están los recuerdos de mi tío asesinado cuando yo tenía un año.

Pesa cuando uno tiene diez años, pero consigo bajarla con las dos manos en alto. La dejo en el piso. La destapo. Y, como empiezo a escuchar las onomatopeyas de las casas en las madrugadas —mi papá acaba de toser—, pongo el seguro de la puerta: clac.

Hay unas placas oxidadas del paso de mi abuelo, el liberal Alfonso Romero Aguirre, por el Senado. Pero lo que quiero comprobar es que yo no me imaginé la postal desde Wuhan, ni el pañuelo ensangrentado del día del asesinato, ni la cinta morada de la corona de flores, ni los recortes de prensa del crimen del líder de izquierda Alfonso Romero Buj, mi tío. No lo imaginé, no: los vemos.

Vemos una copia de una denuncia de intento de homicidio frustrado, de 1957, en la que Romero Buj explica que estuvieron a punto de matarlo como lo mataron veinte años después. Vemos su cédula: 1.028.176 de Chiquinquirá. Vemos una libreta con el número telefónico de su oficina: 413928.

Queda claro, mientras revuelco y revuelvo los recuerdos de la caja de icopor, uno por uno, aunque corra el tiempo, que al principio de los sesenta fue encargado por la Agencia Xinjuá para difundir el maoísmo en el país. Que en 1962 hizo parte del Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR), abstencionista, en el que se encontró al abogado Andrés Almarales cuando tanto la lucha armada como el M-19 eran apenas teorías en los manuales. Y que participó con firmeza en el Décimo Congreso del Partido Comunista, e hizo parte del comité central de julio de 1965, pero seis meses después, cuando empezó de frente el pulso entre el foquismo de la guerra de guerrillas y el trabajo político con las masas urbanas, resultó ser la voz desoída que repetía y repetía que en la semifeudal, neocolonial, capitalista Colombia no iba a haber revoluciones si no se sumaban las voluntades de las ciudades: de nada servía la lucha en el campo si la clase obrera no estaba apoyándola.

Dos años después, a mediados de 1967, Romero Buj fue expulsado del Partido Comunista de Colombia-Marxista Leninista

(PCC-ML) junto con los otros «vendidos» que criticaban la lucha armada. Se concentró entonces en su despacho de abogado, el 401 en la avenida Jiménez # 9-38, en el que un par de años después empezó a trabajar mi mamá: «Es un buen intento, Marce», le dijo a mi mamá cuando ella le mostró su primera demanda, completamente entregado al oficio de mentor de la hermana que era su hija. Tengo la sospecha de que iba alejándose de la locura. Y, sin embargo, el comando que lo mandó matar, el frente fundamentalista Pedro León Arboleda (PLA) que había empezado en el Ejército Popular de Liberación, dedicó esos tiempos a hacerle un prontuario por «cobarde, oportunista y traidor»: por crear el fraccionalista y antipartido MIR-ML y abusar de su posición de abogado laboralista que asesoraba a los sindicalistas de Fenasintrap. Yo, a los diez, concluyo que toda esa gente está mal de la cabeza.

¿En qué clase de país le matan a uno a un hermano de la mamá, a un tío a fin de cuentas, no porque hable de revoluciones, sino porque no apoya la lucha armada con los dientes apretados?

¿No es triste que Romero Buj se vea tan serio en la foto que publicaron cuando lo mataron, serio y enmarcado por las patillas setenteras y las gafotas cuadradas, si es verdad que tenía tanto humor?

Ya es la 1:37 a.m. Tengo que dormir. Tengo que salir de aquí antes de que alguien golpee a mi puerta para preguntarme qué estoy haciendo levantado a esta edad. Veo la edición de *El Tiempo* del jueves 25 de noviembre de 1976: «Acribillados mujer y abogado izquierdista»: «El abogado izquierdista Alfonso Romero Buj fue asesinado a los cuarenta y tres años ayer en pleno centro de Bogotá, con su esposa Amparo, en una espectacular balacera». Sigo

el artículo en la página Última B, pero me distrae encontrarme una fotografía de mis papás —ay, los ojos aguados de mi mamá, a los veintiocho, y mi papá a su lado— preguntando por el cadáver en la Comisaría del Centro. Me da tristeza entonces. Me vuelve el miedo. Y no puede ser que mañana nos digan que Lisandro está muerto.

Hay, en la caja de icopor, un recorte de *El Tiempo* del miércoles 18 de junio de 1980 que se titula «Cayó sindicado de la muerte del abogado Alfonso Romero Buj»: según la pequeña nota de prensa, alias "Augusto", un huilense militante del EPL, de treinta y cinco años, que ha sido el responsable de la más virulenta de las células del PLA, acaba de ser capturado en Ipiales a pesar de que se ha cambiado la cara por completo.

El artículo recortado con buen pulso, o sea, recortado por mi mamá, que es una artista que se resiste a serlo, tiene un signo de interrogación reteñido con tinta negra de esfero, pero yo lo único que pienso ahora es que no puede ser que empecemos a reunir las crónicas sobre cómo mataron a otro hermano, y entonces, azuzado por mis propias palpitaciones, guardo los documentos, las placas y las cosas manchadas de sangre en la caja de icopor, y la subo al fondo del armario como mejor puedo, de pie en la silla de ébano, y después cierro la puerta y pongo todo en su sitio como si nada hubiera pasado en esta madrugada. Voy a abrir cuando me parece ver la sombra de unos pies detrás de la entrada.

Apago la luz de una vez. Me quedo quieto allí tres, seis, nueve segundos, a ver quién se aburre primero. Oigo la voz de mi papá que dice «hay que dormir». Y, cuando siento sus pasos que regresan a la cama, salgo como un espíritu mudo de allí.

Voy a entrar a nuestra habitación, pero escucho un ruido, de teléfono Siemens blanco de disco que se cae al piso, apenas doy el primer paso adentro. Tengo el cuerpo tomado por el miedo, claro, debería saltar a la cama a hacerme el dormido. En cambio, voy a la sala como metiéndome en la boca del lobo hasta que me encuentro a mi mamá. El aparato está en sus rodillas. Está cabeceando. No le digo que estoy ahí, como otras veces, para que me duerma a punta de leerme *El viejo Djin Jottabich*, porque con sus nervios —ya dije que tiende a llevar el ritmo de su ansiedad con un pie: lo vemos— puedo matarla del susto, sino que camino hacia atrás con los hombros apretados, Dios, que todos podamos dormir. Me acuesto. No le respondo a mi hermano «qué pasa».

Me meto debajo del cubrelecho de cuadros azules y rojos a recordar la última vez que le contesté el teléfono a Lisandro. Me preguntó si me estaba yendo bien en el colegio, si ya había cumplido diez, si yo también voy a ser abogado como todos los Romero. «Sí señor», le respondí a todas las preguntas a ver si dejaba de hacerlas. Y grité de lado a lado de la casa «¡mamá!: ¡Lisandro!».

Pienso en el desgarbo y la cara escarpada y el vozarrón de Lisandro, que mi mamá me lo presentó una vez y ya no lo vi después, hasta que de golpe me quedo dormido por nocaut: mi cuerpo está agotado, está fundido.

Lisandro, el magistrado auxiliar Lisandro Romero Barrios, está carraspeando a esta hora en el baño del entrepiso del Palacio de Justicia porque todos los olores y todas las favilas se le han metido en la garganta. Anda presto, avizor, no anda triste ni derrotado a estas alturas de la guerra, porque cualquier colombiano de su edad —en 1985— sabe que estas son las reglas del juego: que hubo

Primera Guerra Mundial, hubo Guerra Bipartidista, hubo Segunda Guerra Mundial, hubo época de la Violencia, hubo Guerra Fría, hubo Guerra de Guerrillas, hubo Estatuto de Seguridad, y todas las generaciones de este país se cuidaron de sombras asesinas y vivieron algún Día del Juicio Final. Reza a los dos Alfonsos Romero, Romero Aguirre y Romero Buj, para que lo salven de esta.

Sí, Romero Buj hizo mucho más por él que Romero Aguirre. Sí, el hombre que fue capaz de llamarlo «hermano» hizo más por él que el hombre que tardó tanto en llamarlo «hijo». Pero los dos pueden darle una mano para que este hacinamiento no termine en masacre.

Volvemos a las dos aseadoras que han estado encerradas en el cuarto del servicio en el entrepiso del otro lado, el lado sur, del edificio. Son las francas y misericordiosas María Mercedes Ayala Lesmes y Ana Lucía Limas de Montaña. Tienen los delantales blancos llenos de huellas digitales. Han estado escondidas allí desde que el escolta del presidente de la Corte les gritó «¡chinas!: ¡cuídense que las van a matar!». Han visto un montón de muchachitos de uniforme verde, con el parche del M-19, dándole vueltas a lo que está pasando. Han oído el ruego «¡que cese el fuego!» hasta enloquecerse. Han escuchado «¡suba Colombia!», «¡sigue Colombia!», cada vez que un guerrillerito va a tratar de subir al cuarto piso. Han curado heridos. Han lamentado lamentos. Temieron en ese cuartito cuando pasó el señor mayor, «el comandante Otero», porque todo les sonó más grave, pero la mayoría del tiempo estuvieron cerca de aquella guerrillera que se llama “Violeta”.

Ya no está. Se quitó el uniforme de guerrillera y se puso un pantalón de dril beige con una camisita a cuadros de varios colores, y les dijo adiós y se fue. Y están las dos debajo del platero, cosidas como un par de hermanas siamesas en la oscuridad, con un par de trapos en las bocas para soportar los gases lacrimógenos, al lado de un par de guerrilleros heridos que están cuidando a un compañero que se está desangrando: «Ay, Virgen santa, ay, Virgen santa, me voy a morir yo», grita cada vez más duro, y entonces están rondándolos los soldados del ejército que han estado matando asaltantes desde que entraron por la azotea. Se oyen las botas. Se oyen las granadas. Se oyen las tenues voces de mando: «Aquí hay gente», le dice alguno a algún otro.

—¡Abran la puerta! —grita tres veces una voz aguda, de hombre, al otro lado.

Los guerrilleros se han quitado las bandas del M-19 para hacerse pasar por civiles porque se han quedado sin balas, sin armas. El rebelde moribundo, que es ya un oxímoron, les muestra el dedo índice porque quiere ponerse ropa de civil antes de enfrentar a «los matones del ejército»: «No vayan a abrir la puerta porque las matamos», les dice, temible y triste, a las aseadoras Limas y Ayala. Limas asiente, como reconociendo que están en sus manos, mientras le echa una mirada al ahogado cuartito del aseo. Ayala, que la conoce bien y la está vigilando como a una niña capaz de cualquier cosa, le susurra «Ana Lucía: no vaya a hacer lo que está pensando hacer». Pero ella se dice a sí misma «no sea boba: están desarmados» y «yo aquí más bien me arriesgo es a morir».

—¡Voy a contar hasta tres! —advierte, como en un juego, la voz aguda—: ¡si no salen a la una, a las dos y a las tres, esté quien está

allá adentro lo bajamos!

El muchacho que agoniza, que ya no es un guerrillero sino una mirada, con la cabeza rota, empeñada en repetir «páseme ropa de particular», entiende de pronto que se va a morir, y en un pestañeo decide que su legado va a ser pedir clemencia por esas dos mujeres que están quitándose los sacos y están mirándolo como recordándole que no tienen más ropas sino esos uniformes de aseadoras. Trata de ponerse de pie. Trata de ser él mismo, con el pueblo, por última vez. Se toca la herida de la cabeza que uno no entiende por qué no se ha muerto ya. Se ve la sangre en los dedos. Aprieta los ojos para limpiárselos con lágrimas. Y, ya que lo miran, les pide a los compañeros y a las rehenes que le den un minuto para gritar una última cosa.

—¡Son las dos señoras de los tintos, hermano, no las vayan a matar! —explica—: ¡no les vayan a hacer nada!

—¡Que salgan nada más las señoras de los tintos con las manos en alto! —contesta la voz aguda.

Limas sabe que Ayala la está mirando mientras hace toda la fuerza que tiene para abrir la puerta. La abre, Señor todopoderoso, hay dos siluetas enfrente que uno no sabe si son dos soldados o dos guerrilleros, pero, como la luz de la noche alivia un poco la oscuridad —y además las llevan con las manos atrás, a las dos, hacia las escaleras, y las hacen subir tres escalones, y les susurran «nos van a decir quiénes son los que se quedaron en el cuarto porque su vida está por delante de nosotros», «nos van a jurar por todos los santos que ustedes no son un par de guerrilleras»—, pronto es obvio que están entre militares, y que están convencidos de que ellas no son dos aseadoras, sino dos subversivas disfrazadas de aseadoras.

—Dígame por qué se quedaron con ellos si ellos son del M-19 —dicen los ojos de la voz aguda.

—Pues porque estaban armados.

—¿Y por qué, si están armados, nos abrieron la puerta?

—Pues porque ustedes nos dijeron que si no les abríamos nos disparaban.

—¿Y por qué las dejaron salir?

—Es que ya no están armados, señor, estaban armados, pero ya no están.

—Yo me voy a acercar a ver qué —advierte el fusil de la voz aguda mitad amenazante, mitad despavorido—, pero si nosotros aquí nos acercamos, y llegamos a morir, ustedes se mueren también.

Baja los escalones que acaba de subir. Se va por donde vino hasta la puerta del cuarto del aseo. Y, cuando ya lo hemos perdido de vista, porque esos soldados ni siquiera linterna tienen, escuchamos ocho disparos sin pausas, y un quejido espeluznante, una ráfaga de «¡no!», cuyo eco es para siempre. Lima y Ayala se agarran de la mano porque ya se habían acostumbrado al miedo entre los guerrilleros y ahora les toca acomodarse al miedo entre los soldados. Están llevándolas a la terraza, que es la salida más cercana, cuando se les suman tres soldados triunfales porque acaban de matar a una guerrillera que quizás sea "Patricia", sí, "Patricia" entraba y salía del cuarto de aseo.

—Ya por fin matamos a esa india que estaba dando tanta bala —vocifera el soldado número uno.

—Hasta que la ubicamos bien y la destrozamos toda porque es que ella no se dejaba matar —sentencia el soldado número dos.

—Desde temprano buscándola a ver desde dónde era que disparaba, pero ahí quedó vuelta pedazos —celebra el soldado número tres.

Suben a la terraza por la escalera de hierro anclada a la pared. Tardan unos diez minutos, de la 1:13 a.m. a la 1:23 a.m., en probarles a los uniformados que se les van acercando que nada tienen que ver con la guerrilla, pero cuando por fin lo logran empiezan a sentir el calor del infierno en las plantas de los pies: «Es que el edificio entero está ardiendo en llamas», les dice la voz aguda como si les estuviera hablando de una persona. Ayala mira a Lima con cara de «vamos a morir achicharradas». Lima mira a Ayala con cara de «no voy a poder con este espanto nuevo», y entonces, enloquecida por el calor, decide que se va a lanzar desde esa azotea pase lo que pase.

Se va a arrojar a donde sea. Se va a botar apenas llegue al borde de este maldito edificio. Prefiere saltar con los ojos cerrados y romperse en el piso que morirse quemada.

Se va a matar ella misma, fuera de sí, antes de que se la trague viva el fuego, pero los tres soldados que la trajeron hasta aquí la agarran de los brazos.

—No haga eso, amiga, no haga eso —dice la voz aguda que las ha acompañado hasta arriba.

Y desde ese momento, estremecidos, lastimados por la imagen de esa mujer que podría haberse lanzado al precipicio, se les vuelve una cuestión de honor sacarlas del Palacio de Justicia. El soldado número uno les dice «cúbranse». El soldado número dos les dice «contra la pared», «detrás de mí». Y empiezan la tarea demencial de bajar los cuatro pisos —se devuelven, claro, por la escalera de

hierro clavada a la pared— entre los tiros y los cadáveres en los pasillos de madera: Lima y Ayala tratan de fijar la mirada en las espaldas de los militares, que las agarran de las manos y de los brazos con toda la fuerza del miedo, pero todo el tiempo voltean las caras para ver los ojos y las manos y las nucas y los pies que se asoman en esos ríos de cenizas.

Esto está lleno de muertos, soldados o guerrilleros o civiles como pintados en las peores posiciones y los peores gestos para resumir el horror, que poco a poco van quedando sepultados bajo los escombros.

Pero también hay cuadrillas de militares que van sacando a los rehenes que se encuentran del tercer piso hacia abajo.

Es la 1:42 a.m. cuando las aseadoras Lima y Ayala van desde la puerta principal de lo que queda del Palacio de Justicia hasta lo que alguna vez fue la Casa del Florero. No saben cómo se llama el teniente exasperado que los recibe porque el hombre no se presenta, no, no hay tiempo para visitas. Cuando el soldado número tres le explica «son las señoras del aseo», simplemente les pide que lo sigan por los pasillos de piedra de ese cuartel improvisado a ver si es de la guerrilla alguna de las personas que ven sentadas allí o contra aquella pared. No, ninguna lo es. Ojalá pudieran ayudarles en algo, pero la verdad es que la gente del M-19 que estaba con ellas se quedó allá atrás.

El teniente sin nombre ni insignia les regala cien pesos para el bus, pero se los devuelven porque a esa hora no pasa ninguno.

Dan vueltas a las posibilidades, irse a pata o esperar a que una ambulancia pueda llevarlas en un par de horas, cuando les revuelca el corazón un estampido que es también un temblor como el temblor

azufrado del domingo 9 de marzo de 1687: «De repente se escuchó en la ciudad de Santa Fe un estruendo tan horrible y aterrador, que quienes lo escucharon declaran nunca haber oído cosa semejante», escribió el cronista Pedro de Mercado, «parecía el estrépito de los ejércitos prestos a pelear, de los soldados al sacar los sables para el combate, de toda clase de proyectiles incendiarios para acabarse mutuamente, de las carretas jaladas por caballos desbocados, de los troncos arrastrados por las plazas de las calles pavimentadas con piedras desiguales».

Es claro que el jueves 7 de noviembre de 1985 a las 2:00 a.m. hemos vuelto a lo que durante tres siglos se llamó el Tiempo del Ruido.

Durante libros y libros los historiadores escucharon que aquel temblor sin sentido, el de 1687 en Santa Fe de Bogotá, había sido una señal demoniaca del fin de los tiempos, un desbarajuste tectónico o una erupción del volcán Nevado del Ruiz, pero en la madrugada de este jueves parece más bien una profecía de la debacle —del recreo del estremecimiento— en el Palacio de Justicia. A las 2:00 a.m. se escucha el punto final del mundo porque, tal como estaba planeado, uno de los tanques del ejército acaba de disparar todo lo que se puede disparar en unos cuantos segundos: es un rugido en una tormenta que suena afuera y adentro de todos los cuerpos de La Candelaria, y además llega hasta aquí.

Es la suma de todas las guerras: la suma de los bombazos con los rockets con los metrallazos con los disparos.

El ministro de Justicia Enrique Parejo González va en la parte de atrás de un Mercedes Benz 250 de los blancos, como el Mercedes de placas FD 5883 en el que mataron sin piedades y sin vísceras a su

antecesor, el ministro Lara Bonilla, hace un año y medio nada más, cuando escucha los truenos. Es la refriega más salvaje, más ensordecedora de esas quince horas. Es el clímax de la batalla: la escena en la que se pierden las pocas esperanzas que quedaban. Y el ministro Parejo González, que está saliendo de La Candelaria, se siente traicionado, pues no se está yendo a su casa porque haya bajado la guardia, sino porque el ministro de Defensa les ha dicho que se han suspendido los operativos hasta nueva orden. Y está viendo que es mentira.

—Ya es la 1:30 a.m.: a esta hora ni el Ejército Nacional puede realizar acciones efectivas contra el M-19, ni el M-19 tiene cómo atacar al Ejército Nacional —dijo el general Vega Uribe, más despierto que nunca, a los ministros que insistían en acompañar al presidente hasta que terminara la tragedia.

—Yo creo que es un buen momento para que vayan a descansar unas horas —aceptó Betancur Cuartas—: nos vemos aquí a las nueve en punto.

Puede ser que el general Vega Uribe no se haya imaginado lo que vendría, pero el ministro Parejo González, que hizo todo lo que pudo para hablar con el comandante Almarales, que ha dejado clara su indignación desde el principio de los hechos, va enfurecido en ese carro. Apenas llegue al estudio de su casa llamará a todo el mundo, desde el presidente de la república hasta el ministro de Defensa, a pedir explicaciones, pero todos le contestarán «ministro: sé lo mismo que usted». «Qué frustración de país», pensará en su sillón, «qué capacidad para el mal», como si se estuviera vaticinando el atentado que le hará un sicario de los extraditables de Pablo Escobar —porque

sí: por «entregar a nuestros nacionales al imperialismo»— el martes 13 de enero de 1987.

Será el embajador en Hungría. Caerá ensangrentado en el invierno de Budapest, a unos pasos de su casa, después de recibir seis disparos en el codo y en la cara. Se salvará por poco para seguir reclamando nuestra indignación.

Por lo pronto, no puede dormir. Tiene claro que, digan lo que digan, ha comenzado el final de las confrontaciones entre un ejército recrudecido y una guerrilla a la espera de su sacrificio, pero cierra los ojos, derrotado por la impotencia, como pidiéndole al cielo que a nadie se le vaya a ocurrir volar en pedazos ese baño en donde han terminado replegados los sesenta rehenes que quedan. Si el ministro Parejo González hubiera podido hablar con el comandante Almarales Manga, como un par de soldados que escapan de sus generales y se encuentran en la tierra de nadie de la batalla, quizás habrían serenado el desmadre. No hay razones para matarse, pero en Colombia sobran las ganas. Y la única manera de calmarlas es hablándolas.

Y, sin embargo, a esta hora ya no hay cómo hablar: en la madrugada de este baño, el último refugio que les queda tanto a los guerrilleros como a los prisioneros de esa locura, ya no funcionan los radioteléfonos que se mojaron ni se oye bien el transistor de pilas.

El Palacio de Justicia de las dos, las tres, las cuatro de la mañana, bajo un aguacero que espanta a los bomberos, es un mural de despachos derruidos, cortinas carbonizadas, expedientes destrozados, puertas de vidrio trituradas, barandas desajustadas, escritorios desplomados, sillas vueltas leña, paredes agujereadas, tapetes mordisqueados por el fuego, fotografías chamuscadas: lo

que va quedando y lo que queda después del incendio. Hay cadáveres por encima y por debajo de los escombros. Hay armas en pena. Hay rastros de tantas escenas violentas de Colombia: los fusilamientos, los estrangulamientos, los incendios, los linchamientos, las torturas con cuentagotas. Parece uno de esos minuciosos óleos de otros siglos que muestran todos los escondrijos y todas las muecas y todos los yerros y todos los victimarios y todas las víctimas del apocalipsis: *El triunfo de la Muerte*, sí. Es una prueba de que el hombre es un remedo de la naturaleza: de su arbitrariedad y de su furia. Es un recordatorio de que las guerras son la fantasía de que hay bandos y gestas irreconciliables, pero son oficiadas por prójimos que cuando menos se espera pasan de animales domésticos a fieras de una crueldad inagotable. Es una demostración de lo fácil que es dar el paso a la violencia, a la satisfacción con la violencia, al regodeo en la violencia. Es el contagio de la muerte. Es lo humano que vence lo humano. Basta que un par de vecinos como usted y como yo resuelvan que no importa la ley ni existe la dignidad ni hay Dios a esas horas, y que entonces no es cierto que haya que domarse o sujetarse a uno mismo, para que se vengan abajo todos los palacios como se está viniendo estrepitosamente este a las tres, a las cuatro, a las cinco de la madrugada. A veces parece que ya estuviera sepultado.

Pero cuando volvemos a todos los que están vivos en este baño, cuerpos puestos a prueba e incomunicados, los vemos inventarse mil y un modos de conservar su humanidad.

Ya ha dejado de llover y se escucha el zureo de un par de palomas. Es una pausa cenagosa antes del último acto. Es una parodia desoladora de lo que los militares y los poetas romanos de

antes de Cristo solían llamar *otium*: el tiempo libre para hacer lo que se quiera —el tiempo propio para recobrar la dignidad ninguneada— antes de que vuelva la deshumanización de la contienda. Como los soldados aliados que jugaron aquel partido de fútbol con los soldados alemanes en la tregua de Navidad de la Primera Guerra Mundial, como las escenas nostálgicas de las películas sobre las guerras con códigos de honor, en las que los soldados recuerdan las acompasadas vidas con sus padres siglos antes de que los sorprendiera la orfandad de estos choques a muerte, los magistrados Montoya, Gaona, Murcia, Tapias y Camacho están agradeciendo que cada vez se oigan menos disparos; los consejeros Buitrago, Arciniegas y Anzola están descansando los músculos de la angustia porque todo parece indicar que por fin se ha apagado el fuego; los magistrados auxiliares Romero, Pájaro, Roldán, Gutiérrez y Zuluaga están pintándose modos de salir de allí; los abogados asistentes Bernal, Urán, Salom y Estupiñán están preguntándose por qué; los secretarios Correal, Quiñones, Arenas, Guzmán, Marín, Leal y Hurtado están contándose anécdotas de la mañana de ayer para volver a la vida; los oficiales Gómez y Díaz están confiando en Dios; los auxiliares judiciales Nieto, Rodríguez, Quintero, Buitrago, Prado, Pérez, Sánchez, Mesa, Camargo, Díaz y Caballero están pensando en la noche en vela de sus familias; los escribientes Ávila, Murillo y Argüello, sentados como niños turcos, se acomodan de nuevo en ese apretuje de campo de concentración; el citador Correa está pensando en la expresión «gajes del oficio»; la ascensorista Díaz está repitiéndose, mentalmente, que este encierro sin atenuantes es su rutina; los conductores Medina, García, Páez, Reina, Ortiz, Bohórquez y Vásquez están entendiendo que en este punto ya no

son conductores, sino sobrevivientes; las aseadoras Arévalo, Contreras, Figueroa, Barahona, Robayo, Moreno y Carrillo están dándose fuerza y apenas consiguen mirarse; los litigantes Quintero, Reyes, Mora y León están quedándose sin ingenios.

No andan agrupados por los títulos, ni por los cargos, ni por las edades, ni por las suertes, no, están revueltos porque en este amanecer sin pies ni cabeza son una familia de sobrevivientes: los espejos que conservan y las miradas que les dan ánimo en el paréntesis que va a acabarse en cualquier momento.

Son las 5:45 a.m. cuando "Pedro", el guerrillero Carvajal Barrera, consigue que su radiecito de pilas bajas sintonice las noticias de Radio Súper: cuentan a saltos que se ha acabado la tregua, claro, que por fin se ha terminado de extinguir el incendio que parecía insaciable, y que a las 6:00 a.m., luego de descansar un poco y de coser las heridas y de comer panes con aguapanela y recuperar los bríos y recibir tropas de refuerzos, el Ejército Nacional dará comienzo a la Operación Rastrillo porque sólo queda un reducto guerrillero. Están despabilándose por culpa de semejante anuncio cuando el periodista agrega que seis guerrilleros, entre ellos el comandante Luis Otero y el revolucionario Guillermo Elvencio Díaz, han abandonado el lugar.

Vemos sus cadáveres en el cuarto piso como hallazgos arqueológicos de una cultura que se devora a sí misma, pero los vemos sobre todo para que no sea claro si en la radio están dando una noticia o están desmoralizando a los pocos rebeldes que quedan. "Claudia", la guerrillera, le dice al comandante Almarales —oiga quien la oiga— que no puede creer que su "Memo" se haya largado sin ella: «Él no es así». El comandante Almarales le contesta

que cosas más raras se han visto en esta tiranía, pero qué él también está convencido, porque los conoce de memoria, de que es imposible que los compañeros hayan abandonado el barco, y entonces se entristecen los dos porque en el mejor de los casos están muertos. Y sólo se quitan la mirada porque los combatientes heridos y los civiles maltrechos están pidiéndoles que no sean los últimos en perder las esperanzas.

Y porque no hay manera de sentarse a llorar entre la muchedumbre de ese purgatorio.

Vemos los ojos y las manos suplicantes. Los guerrilleros heridos se están muriendo del dolor. Los civiles desfallecidos necesitan cualquier cosa de comer antes de perder el conocimiento. La concentrada "Claudia", a cargo del baño y de todos los miedos, les da a los compañeros enfermos el poco suero que les queda: ya no hay pastillas para el dolor del cuerpo ni antibióticos para las infecciones. Pero las quejas de los demás, que mueren de sed, le bajan la guardia, y les reparte a los civiles —antes de que se los rapen— un par de potes. La tregua de esas horas también les ha permitido notar el hambre. Y como ya se acabaron las latas de salchichas y de sardinas, y como las dos raciones de carne que quedan, la de "Pilar" y la de ella, se las van a dar a los lacerados, el comandante Almarales les ofrece un poco de misisicui.

—Es una mezcla de chocolate, panela y leche en polvo que lo despierta a uno como un chorro de agua fría —explica, ronco ya, el jefe—: hay gente que aguanta tres meses con una cucharadita.

—Hay que tasarlo —agrega "Claudia"— porque toca que alcance para todos.

Se van pasando la mezcla, que algo de maní molido y azúcar y maíz tostado tiene también, como mejor pueden. Están mojados, apretados, sentados en el piso. Hay algunos rehenes de pie, Gaona, Arciniegas y Urán entre ellos, porque están conversando con Almarales, pero la mayoría se ha acomodado en el suelo, y todos comen un poco de misisicui mientras esperan que la tal Operación Rastrillo empiece. No, no empieza, nada que empieza. Sigue el silencio que sólo de vez en cuando, muy de vez en cuando, se rompe por allá lejos: ¡tras! Y entonces llega a pasar que el magistrado Murcia Ballén, sentado en uno de los inodoros, cabecea un poco como certificando una rutina.

Es en ese silencio, luego de las noticias cortadas de Radio Súper, que los civiles empiezan a preguntarse qué están haciendo allí.

—Comandante Almarales: a mí me parece que está llegando la hora de rendirse —suelta el magistrado Gaona Cruz.

—Ya consiguieron ustedes la propaganda que querían conseguir —se suma el magistrado Tapias Rocha.

—Y en niveles nacionales e internacionales —les recuerda el magistrado Montoya Gil.

El comandante Almarales va a decirles que no han entendido nada, sí, va a enrostrarles la lucha del pueblo contra la oligarquía que no ven por andar con las anteojeras de la ley, pero está tan cansado, tan afónico.

Sigue además, antes de que espabile, una secuencia en la que esas sesenta caras agotadas muestran fotografías de las esposas, de los padres, de los hijos, e intentan conmover a los captores con

verdades familiares: «Alguien tiene que darle las pastillas a mi mamá», «mi niñito va a cumplir cinco años», «mi marido tiene una cirugía al mediodía». El comandante Almarales Manga, tan lejos y tan cerca de las armas, mira a sus guerreros en busca de consejo —la verdad es que no sabe si gritarles que salgan de allí por su cuenta y riesgo o si volar ese baño con la bomba de la esquina de una vez y que se acabe esta mierda—, pero pronto les quita la mirada a los unos y a los otros porque tiene que mostrarle a la historia su valor, su liderazgo.

—No me lo digan a mí —les dice a los civiles—: díganselo a los militares con estas mismas palabras y en estos mismos tonos.

Si por él fuera, explica, ya estarían todos afuera. Si no fuera por él, recuerda, ya estarían todos muertos. Pero esta calma chicha es el momento perfecto —sigue, entonces, esa secuencia en el pequeño pasillo de salida del baño— para que el consejero Arciniegas les recuerde, luego de gritarles el número de su cédula, que él es un juez serio y una persona como cualquiera y un hombre de Estado que ha tenido las mejores relaciones con el Ejército Nacional; para que el abogado Urán les vocifere a los soldados su nombre, su esposa con cuatro hijas, su tarea diaria en un tribunal que nos libra del sálvese quien pueda; para que el magistrado Gaona les recuerde, a voz en cuello, su trayectoria, su compromiso con Colombia, su hogar.

—¡Que entre algún delegado del Gobierno para empezar el diálogo! —les ruega con los pulmones que le quedan—: ¡un periodista!, ¡un representante de la Cruz Roja!, ¡un miembro de las fuerzas militares!

Escucha su propia respiración, pesada y empujada por la ansiedad, después de haber lanzado sus últimas palabras. Escucha los ecos que vienen luego de los fuegos cruzados. Cierra los ojos porque ya no da más.

—¡Que salgan todos los rehenes con las manos en alto, muy despacio, porque si no es así nosotros vamos a entrar sin respetar la vida de nadie! —sentencia una voz militar, sin rango, desde el primer piso.

Y una avalancha de explosiones y de disparos, a traición, de tiempos menos cabales, los devuelven a todos a las posiciones que han tenido en el baño desde la medianoche hasta la mañana. ¿Qué horas son ya? Las 8:18 a.m. en el reloj del magistrado Tapias Rocha. Pero también son las escenas en las que se hace evidente la necesidad de resolver este asunto, sí, los van a matar a todos si dan un paso afuera, y semejante catástrofe no puede terminar con que un puñado de ángeles exterminadores asesinan a sesenta justos para hacerles pagar a diez pecadores. Un primer plano de Almarales nos muestra el segundo en el que él, al borde de su propio precipicio, se da cuenta de que tienen razón todas esas voces que están diciéndole que si no se va a entregar los deje irse.

El transistor de "Pedro" ha conseguido sintonizar una emisora, que les suena a RCN, en la que están diciendo que «el señor presidente de la república Belisario Betancur visitará a las tropas para agradecerles que estén a punto de vencer al reducto guerrillero» y «luego se reunirá con sus ministros en la Casa de Nariño».

Es la escena digna de Dios en la que el abogado Urán Rojas da el paso definitivo, el paso adelante, entre los rehenes, y se ofrece

como mensajero para salir del baño a explicarle al ejército —y de paso al país— lo que está pasando.

Ni el magistrado Gaona ni el comandante Almarales saben qué contestarle.

El magistrado Tapias Rocha agrega «también puedo ir yo» para que no los confunda ese silencio.

Urán Rojas es un cuarentón sencillo y austero y leal y solidario —un marido enamorado y un padre amoroso que aún hoy da la vida por el Derecho como redención de lo humano— que se ha pasado la vida explicándole a quien corresponda que «las desigualdades y las violencias son un rechazo al don de la paz del Señor» y «más aún un rechazo al Señor mismo». Escribió aquel libro tan lúcido en el que demuestra que la dictadura del general Rojas Pinilla fue una falsa dictadura porque fue orquestada por el bipartidismo: *Rojas y la manipulación del poder*. Urán Rojas es un hombre abierto. Es un hombre claro. Pero sobre todo es un tipo sonriente, alegre, vital, que toca la guitarra cuando quiere cantar:

> Gracias a la vida, que me ha dado tanto
> me ha dado la marcha de mis pies cansados
> con ellos anduve ciudades y charcos
> playas y desiertos, montañas y llanos
> y la casa tuya, tu calle y tu patio.

Tiene una vida entera en todo el cuerpo: la infancia en el campo a unos pasos siempre de su madre la maestra de escuela; la salida de Angelópolis a Caldas, en Antioquia, en plena guerra bipartidista; las muertes trágicas de sus cinco hermanos; el exilio a los veinticuatro años, en 1966, luego de liderar la ruidosa huelga de la Universidad de Antioquia que fue reprimida con furia por el ejército determinado

del Frente Nacional; el rescate del movimiento latinoamericano de estudiantes católicos, que le ofrece terminar la carrera en Uruguay, cuando le empiezan a negar la entrada las facultades colombianas de Derecho por negarse a delatar a los estudiantes comunistas que participaron en las protestas; el encuentro con la mujer que se convertiría en su esposa, la estudiante uruguaya Ana María Bidegain, descendiente de suizos y de vascos, en la Universidad de la República en Montevideo.

Urán Rojas está pensando en ella, en que ella haría lo mismo, cuando insiste en ser el mensajero de paz.

Urán Rojas tiene claro que su esposa, que lleva diecisiete años confirmándole que la vida es aquella alegría, está haciendo todo lo que puede hacerse allá afuera.

Salto a las 4:00 p.m. del jueves 16 de septiembre de 2021. El plano de una conversación virtual de tiempos de pandemia y tiempos de estallido social, en plena Feria del Libro de Cúcuta, en la que Helena Urán Bidegain me habla sobre las estupendas memorias que ha escrito en estos últimos años: el testimonio se llama *Mi vida y el palacio*. Es una conversación conmovedora e inesperada: Urán Bidegain, la segunda hija de Carlos Horacio y Ana María, describe el momento en el que ya no se sabe nada de su padre, la odisea de su madre desde esa noche hasta hoy, su propio viaje, el viaje de Helena, por la espiral del duelo, pero también el esfuerzo humano que ha estado haciendo esta cultura para no enterarse: quien no se entera no peca.

Urán Rojas, su padre, ha estado imaginándose lo que ella va a contar en ese bello libro que es un paso en la justicia.

Que tal como quedaron ayer en la mañana, convencidos, por los rumores, de que estamos viviendo un golpe de Estado, Ana María fue desde el Departamento de Historia de la Universidad de los Andes hasta la Secretaría del Colegio La Enseñanza para recoger a las hijas: «Helena, recoge tus cosas». Que las niñas, Anahí de doce, Helena de diez, Mairée de cinco y Xiomara de uno, se han ido enterando de lo que está pasando —el tanque Cascavel pasa frente a su apartamento, en las torres de ladrillo de la carrera 5ª con la calle 27, como desmintiendo optimismos—, si es que es posible enterarse de esa paradoja sangrienta a los doce, a los diez, a los cinco, a los tres. Y los amigos han sido miembros de familia desde que se supo la noticia.

La periodista Gloria Inés Moreno, que nació en Medellín hace treinta y seis años, que, luego de una larga temporada en Europa, estuvo a punto de quedarse a vivir en París, y se ha ganado nota a nota su prestigio en las salas de redacción, está a cargo de la casa de los Urán Bidegain. Se fue tarde anoche con el molde de la lasaña. Llegó tempranísimo este jueves con los panes del desayuno de las niñas. Su marido, el periodista Germán Castro Caycedo, a quien conoció en el cuarto piso de *El Tiempo*, está haciendo todo lo que puede desde que su amigo el abogado Urán Rojas lo llamó a la oficina de RTI a contarle que el Palacio de Justicia no está evacuado, sino lleno de rehenes. Ya fue a todas partes. Ya se enfureció por las versiones a medias de los hechos.

Su hija Catalina, Catalina Castro, que tiene ocho años a estas horas, retratará el episodio cuarenta años después en un libro monumental y conmovedor a morir: *Mi padre, Germán Castro Caycedo.*

Está allí, en el apartamento de las niñas Urán Bidegain, con las que suele jugar mientras los papás se mueren de la risa en la sala, fijándose en las caras acontecidas de los adultos. Ve pasar al querido e ingenioso Fernando Gómez Agudelo, de cincuenta y cuatro años, que trajo la televisión al país, y luego se inventó la más grande de las programadoras de aquí, la RTI Televisión que produce el programa de Castro Caycedo, pero es sobre todo el amigo de sus papás. Ve también a Teresa Morales Suárez, de cincuenta y uno, que para ella no es la historiadora experta en la Hegemonía Conservadora, ni la analista del tratado de 1914 que reparó la relación de Colombia con Estados Unidos, ni la encargada de restaurar el Museo Colonial, sino la cariñosa Teresita, esposa de Fernando.

Entran y pasan y salen los adultos, de la sala al comedor, del comedor a la cocina, como actores sin libreto sobre un escenario.

Las niñas tratan de jugar, convencidas de sus buenas suertes y dispuestas a que todo regrese a su cauce como ha regresado siempre, porque la vida es irreal en los años interminables de la infancia, pero la verdad es que todas las hijas que están allí, Anahí, Helena, Catalina, Mairée y Xiomara, así sólo tenga un año, están dándose cuenta de ese día que tampoco va a acabarse, y van a vivir más dramas y más poemas, claro, van a tener carreras brillantes y familias a salvo en sus propios exilios, y ahora mismo están fijándose en los gestos y en las noticias cabizbajas y en las frases sueltas de ese miércoles y ese jueves —que son una sola jornada— porque el relato, o sea la pena, o sea el alivio del trauma, va a estar en sus manos.

¿Tal vez porque ellas tienen mi edad, más o menos mis diez, voy a entenderles la lengua del duelo el día en el que me hablen de esos libros?

¿No es extraño, digno de terapia, este impulso de contar este horror hasta el horror final?

Volvemos al baño de luces temblorosas en el entrepiso del Palacio de Justicia. El abogado Urán Rojas, que ha aprendido a cuidarse la vida, pero no ha perdido la vocación a reclamar la paz, tiene claro que su gente está haciendo todo lo que puede allá afuera, e insiste e insiste en llevarles el mensaje de tregua —de diálogo antes de que todo sea peor— a las fuerzas armadas. Están diciendo en la radio que ya no hay rehenes en el edificio y que ya sólo falta vencer a unos cuantos guerrilleros. Alguien tiene que salir de allí a decirles la verdad antes de que reanuden la barbarie. Y él, que siempre ha sido bueno para hablar con la gente, para probarle a la gente que todos somos gente y nada más, está listo a salir. No le suena heroico, pero lo es. No tiene miedo a salir, pero debería.

—Carlos, no, tú no —le grita el magistrado auxiliar Romero Barrios.

—Doctor Urán: si usted sale, lo matan —le dice el consejero Arciniegas.

—Esperen todos, por favor, ustedes no tienen ni idea de con quiénes se están metiendo —repite el comandante Almarales.

Quizás allá abajo no sepan la historia del anhelado Urán Rojas, pero esta mañana de cielos abiertos, como tantas veces en Colombia, están disparándole a cualquier cosa que suene a diálogos de paz, y es mejor no moverse de ahí. No, no lo dejan. Quieto. El magistrado Montoya Gil se le une al magistrado Tapias Rocha en el

gesto de agarrarlo del brazo. El consejero Arciniegas Baedeker recuerda que «aquí ya sólo hay blancos y negros». Y el magistrado auxiliar Romero Barrios, Lisandro, les pide a todos que hagan silencio porque le parece escuchar en la radio la voz áspera del consejero Mora Osejo. Está desesperado. Ya llamó a la Casa de Nariño a decirles «que allá adentro hay todavía muchos funcionarios con vida», y sólo le respondieron lugares comunes.

—Yo les ruego a las principales figuras del alto gobierno, empezando por el señor presidente de la república, que tengan un poco de compasión —les dice a las voces de Caracol Radio, 810 AM en el dial del transistor, porque ya ha pasado de las alertas a las súplicas.

La radio está fallando otra vez. Quién sabe qué estarán diciendo de ellos. Quién sabe si los dan por muertos o por presos. Quién quita que sea la hora de la muerte.

El magistrado Gaona Cruz se voltea a decirle al abogado Urán Rojas que el que tiene que salir es él, «porque la gente del ejército me ha visto otras veces», y el comandante Almarales, que, después de tantos años de giros dramáticos en esa guerra de relatos, de mitologías, desconfía profundamente de las respuestas de los militares —ah, y tiene claro que Gaona poco les gusta—, se lo prohíbe terminantemente: «Nos echan el muerto ahí mismo, doctor, y yo no voy a cargar con cadáveres ajenos», le dice. Vemos las caras de todos, los setenta arrinconados, en el silencio que sigue: un silencio sudado, tosido, carraspeado, llorado. Y luego vemos al consejero Arciniegas Baedeker tomando la fuerza que sólo se toma cada siete años.

Propone que bajen al primer piso un representante de la Corte Suprema y un representante del Consejo de Estado, y nadie le responde. Propone bajar con el consejero Buitrago Hurtado, y nadie le responde.

Pero la tal Operación Rastrillo tiene que ser la Operación Barrer con Todo. «Y no nos podemos dejar matar miserablemente», piensa.

—Yo voy, comandante, yo soy amigo del general Vega Torres —dice como si sobreviviera a su timidez—: tengo que ser yo.

El santandereano Arciniegas Baedeker, nacido hace cincuenta y nueve años en el llanísimo y despejado municipio de Concepción, sigue siendo el hijo menor de un abreguense y una alemana que se cruzaron de golpe como el enésimo ejemplo de que existe el destino, el tejido que se nos sale de las manos. Creció en Ocaña. Llegó hasta acá porque estudiar ha sido el sentido de la vida. Está muy nervioso, muy atropellado. Su pelo corto y crespo, negro y blanco, se ha pegado al cráneo por el polvo y el sudor. Tiene lunares de ceniza en las mejillas rosadas. Se pone de pie poco a poco. Pisa entre piernas ajenas, en puntillas, hasta llegar a la puerta. «¡Salga arrodillado!», le dice el comandante Almarales, «salga arrodillado que si no lo matan». Responde que sí.

Recibe el mensaje altivo de Almarales: «Estamos dispuestos a dialogar en presencia de la Cruz Roja y el periodismo imparcial», le escucha.

Recibe un mensaje agónico en clave de ruego al país, una hoja de supervivencia y de tregua firmada por todos los rehenes con sus nombres completos y sus cargos, que Gaona Cruz, Tapias Rocha y Bernal Marín han redactado a seis manos: «Colombia debe saber que nos van a matar».

Recibe un par de plegarias trémulas, escritas, luego, por Gaona Cruz, dirigidas a un par de personajes de la vida nacional que quizás sean escuchados: el jurista y periodista Óscar Alarcón Núñez y el rector de la Universidad Externado de Colombia Fernando Hinestrosa:

> *Por favor, solicitamos la presencia de la Cruz Roja Internacional y más espacio para sobrevivir y alimentos. Hay asfixiados y heridos. Gracias.*

El consejero Arciniegas se anota en una mano los teléfonos de los dos. Entrega la chaqueta porque está ahogado. Sale arrodillado, poco a poco, amparado por sus propios gritos: «¡Soy el consejero de Estado Reynaldo Arciniegas!», «¡voy a bajar al primer piso!», «¡no disparen!». Llega hasta el murito de salida, y, sin embargo, no da un rodillazo más hasta que allá abajo no le den vía libre. Grita de nuevo quién es y qué quiere. Pide de nuevo que bajen las armas. Pasan veinte, cuarenta, sesenta segundos, y nadie le responde. Y entonces se devuelve sin dar la espalda, desbocado por dentro y entorpecido por fuera, hasta que por fin se escucha la voz de un soldado que le da la orden de bajar con las manos en alto. Entonces se pone de pie.

Y se despide de sus compañeros de cautiverio, con los ojos entrecerrados, como despidiéndose de su familia.

—Vamos a ver —dice.

«Vamos a ver», le repiten un par de amigos. ¿Qué horas son ya? Ya son las 9:50 a.m. en el reloj del magistrado Tapias Rocha. Es Tapias quien le da el consejo de que agite un pañuelo de horas de guerra, por si acaso, en el camino al primer piso, y el consejo se le devuelve. Pues apenas notan, todos, que los pañuelos se han vuelto

sudarios sucios, amarillentos, de tanto limpiarse las caras, le piden que se quite la camisa blanca de ayer para que Arciniegas la convierta en bandera. Tapias se niega a darles la camisa porque está convencido de que lo único que puede distinguirlo en ese punto es mantener su compostura de magistrado, y a cambio le entrega la franela. Y se vuelve a vestir. Y se hace bien el nudo de la corbata.

Es, se siente, el principio del final. «Tome, doctor» y «Muchas gracias, doctor», se escucha. Vemos la camisilla que pasa de una mano renegrida a otra mano renegrida. Y de inmediato, sin más, el consejero Arciniegas comienza el interminable descenso detrás de sus súplicas: «¡Soy consejero de Estado!», «¡estoy bajando!», «¡voy en son de paz!», «¡voy desarmado!». Corte a su testimonio ante la Comisión de la Verdad, veintitrés años después, en el momento en el que pide perdón por el nerviosismo con el que está hablando: «Es que estoy reviviéndolo todo y es traumatizante», dice, «el viaje de ese entrepiso hasta abajo era eterno». Corte a su llegada al primer piso, escalón por escalón por escalón, dispuesto a lo que venga.

—¡Aquí estoy! —anuncia en el último recodo.

—¡Puede salir! —responden a la vuelta de la esquina.

Y pronto se encuentra ante una calle de treinta soldados de manos temblorosas que no saben si fusilarlo o dejarlo pasar, y luego enmudecen porque notan que él sí es él. Agita con la mano derecha la camiseta de la paz. Muestra con la mano izquierda la credencial de consejero que carga todos los días y hoy también. Subraya, balbuceante, con acento cansino de juez, que los rehenes del baño lo han enviado como mensajero a pedirle al presidente que por fin cese el fuego. Y apenas lo logra decir, que hablar no es nada fácil a estas alturas, un nuevo grupo de militares con caras conocidas se lo

llevan contra las paredes —bordean, agachados, el salón principal— porque cualquier cosa puede pasar ahora que se ha terminado la pausa.

—¿Por qué dice usted, doctor, que está de mensajero de los rehenes del baño?: ¿de cuál baño está hablando?

—Hay sesenta rehenes en el baño que queda entre el segundo y el tercer piso, soldado, los guerrilleros me mandan a decir que quieren negociar: ¿qué les digo?, ¿qué hago?

—¿Y usted puede decirnos cómo es el sitio?: ¿usted nos puede describir el sitio donde se están resguardando?

El consejero Arciniegas Baedeker, más abrumado por su estremecimiento que sorprendido por esas preguntas que tendrían que saberse responder hace diez horas, les cuenta a los militares todo sobre los lavamanos y los cubículos, los orinales y los toalleros, las paredes delgadas y las paredes gruesas del lugar, mientras ellos lo van escoltando desde esa oscuridad en ruinas hasta la luz de la mañana. Nota que está a salvo, de golpe, cuando está dando sus atropellados detalles. Nota que está llegando a la puerta principal. Piensa en su hijo de seis años antes de dar su primer paso afuera. Ojalá pase este temblor, se dice en la mente, ojalá me lleven de una vez a hablar con el presidente, y de ahí salgo a darle un abrazo. Vemos que asiente. Vemos que retoma su narración.

No es descabellado concluir, ante esa imagen plagada de pormenores y de dudas, que vivir es ir de la trasescena a la escena, de la escena a la trasescena, de la trasescena a la escena hasta que el mundo funda a negro.

Seis horas antes. Primer plano de la cara del presidente Belisario Betancur: el pelo blanco y gris y negro, la nariz bulbosa, las gafas de marcos delgados y plateados, los labios finos. Está conteniendo todos los gestos porque todos son mensajes. Se ha sometido a una secuencia de visitas a mártires de la borrosa causa de la patria. Primero se encuentra en la Catedral Castrense del Cantón Norte, construida, con sus arcos modernos y sus vitrales, durante la dictadura de los años cincuenta, ante los féretros en capilla ardiente de tres militares que fueron asesinados por los guerrilleros del M-19. Después va a la Sexta Estación a despedir los despojos de los policías que cayeron en la batalla. Cierra con una visita a una sala de velación, en la Funeraria Cristo Rey, para dar el pésame porque el martes —en Ciénaga de Oro, en Córdoba— mataron a Mauricio, el nieto ganadero del general Rojas Pinilla.

—El pobre estaba en la casa con la señora y con el hijo cuando de pronto se le entraron esos bandidos que son cómplices del ELN —le cuenta el padre al presidente—, y él se les resistió porque se lo iban a llevar y entonces lo mataron sin piedad enfrente de la familia.

El presidente Betancur regresa al centro de la ciudad, a la Casa de Nariño, enmudecido ante los recuerdos de todos los cadáveres que le ha tocado ver en su vida política. Pertenecer a cualquiera de los dos partidos colombianos ha sido ser parte de la historia de la violencia. Y Betancur, que era el ministro del Trabajo en el primer gobierno conservador del Frente Nacional, tuvo que poner la cara cuando la larga huelga de los obreros de la fábrica de cemento El Cairo —en el municipio antioqueño de Santa Bárbara— terminó en una masacre perpetrada por el ejército nacional. Fue a las 4:45 p.m. del sábado 23 de febrero de 1963. Luego de ataques contra los

soldados, y de desacuerdos entre tenientes y sindicalistas, los huelguistas se enfrentaron a la caravana de volquetas llenas de clínker y de cemento escoltadas por cuatrocientos militares. Los manifestantes, que pedían en vano mejores salarios, lanzaron piedras. Y los reclutas dispararon contra la multitud.

Y, acto seguido, en las calles y en las casas de Santa Bárbara mataron a doce personas e hirieron a treinta y nueve más.

Vemos en las páginas de *El Espectador* del día siguiente una foto del ministro Betancur Cuartas, de cuarenta años recién cumplidos, sin gafas ni canas, mientras recorre por el centro de la carretera los rastros de la matanza: «Son diez los manifestantes asesinados», «Estudian pliego de huelguistas de El Cairo», «Los primeros disparos salieron de la tropa», «Procurador investiga choque en Antioquia», «Solidaridad del gobernador Gómez Martínez con el ejército», se lee en las columnas del diario, pero nosotros no hacemos zoom a los textos, sino a esa fotografía de Betancur Cuartas, de negro, con la mirada perdida en el lugar del crimen, en el empeño de entrar en la cabeza de un misterio. Quizás se esté preguntando si esa violencia es irremediable.

Si vivir es perder el pulso con esa violencia y si lo extraño es librarse de ella.

No es la primera vez que el ministro del Trabajo Belisario Betancur, un godo izquierdista que respalda plenamente la tarea de los sindicatos, ve pasar enfrente lo inevitable. Estuvo allí, cuando era alzatista y ser alzatista era ser moderado, mientras los extremistas de su partido planeaban los incendios de las casas de los líderes del liberalismo: los guerrilleros liberales habían estado matando policías conservadores, tanto en Antioquia como en Tolima, en la apoteosis

de la guerra bipartidista, y ante los cinco cadáveres de cinco de los agentes asesinados, en capilla ardiente en la estación frente al palacio presidencial, una turba uniformada —perdón por la redundancia— decidió quemar el edificio del diario liberal *El Tiempo*.

Fue el sábado 6 de septiembre de 1952. Unos trescientos colombianos azulados salieron del Cementerio Central hacia el centro de la misma Bogotá del Bogotazo: «¡Abajo el bandolerismo liberal!», «¡viva el Partido Conservador!», «¡mueran los asesinos de la policía!», gritaron para despertarse el odio y encenderse la violencia. Quemaron *El Tiempo*: «Estábamos en el teatro Metro, viendo *La luz que agoniza*, cuando sacan a mi papá porque le habían quemado el edificio del periódico», me contará Enrique Santos Molano, que será mi amigo, «hay foto de él escribiendo a máquina entre las ruinas al día siguiente». Quemaron la sede del Partido Liberal. Asaltaron *El Espectador*. Y, lejos de la mirada de los conservadores oficialistas, lejos de godos resignados como el presidente Urdaneta o el periodista Betancur, incendiaron la casa del líder liberal Lleras Restrepo y la casa del exmandatario liberal López Pumarejo.

Vamos desde el periodista Betancur que lamenta que se haya tenido que llegar a los incendios hasta el presidente Betancur que está regresando a la Casa de Nariño con la sensación de que tarde o temprano para él prima la causa de las instituciones: la voz del psiquiatra bogotano José Gutiérrez Rodríguez, liberal antiburgués de cincuenta y ocho años y nieto del investigador del magnicidio del general Uribe Uribe, subraya una y otra vez que él siempre ha creído en las actuaciones honestas de Betancur, pero también ha tenido claro que, no obstante se la pase estimulando populismos y

respaldos de izquierda, su destino ha sido el de tomar el lado de «la razón de Estado» cuando se llega a una confrontación final.

Vemos, en un inserto rápido, la cara bigotuda y la calva despelucada del psiquiatra Gutiérrez Rodríguez.

Sus palabras vienen de una entrevista de mediados de 1986, siete meses después de este desfile de la crueldad, que le dará al curtido reportero Manuel Vicente Peña Gómez para el libro *Las dos tomas*. El barbado y encorbatado Peña Gómez, que ha pasado por todos los medios colombianos, quiere que le digan que Betancur es un pirómano y está donde esté la violencia, pero al psiquiatra Gutiérrez Rodríguez sólo le parece justo reconocer que el presidente «es un conservador de raca mandaca en los momentos culminantes» y no tiene la culpa de que los colombianos prefiramos adornar a los caudillos a conocer a los líderes: «Betancur es una persona que juega tanto con su pretendido calor humano con las gentes pobres, que en el momento de escoger sería más lógico que hubiera estado del lado de la guerrilla y no junto a los incendios», acepta, «pero también es un político ambivalente y débil».

Gutiérrez Rodríguez conoce el leviatán por dentro. Pasó por las Juventudes Comunistas. Escribió en su revista, *Bisturí*, que el asesinato de Gaitán era «semilla revolucionaria». Vivió en París un par de años. Volvió de Francia a encarar el régimen del presidente conservador Gómez Castro, así ello quisiera decir, en tiempos del opositor liberal Lleras Restrepo, en tiempos, mejor, de una guerra civil que parodiaba brutalmente las del siglo XIX, «animar a las guerrillas» en Meta, en Viotá, en Urrao, en Yacopí. Quiso ser, él mismo, un guerrillero. Nunca hizo parte de la lucha armada porque el matrimonio lo empujó a seguir en la medicina, y la medicina no le

dio tiempo ni le dio espíritu para echar bala, y, no obstante, sí la tuvo muy cerca.

Conversó varias veces con Tirofijo porque creía en la defensa del campo. Sirvió de aliado de las revueltas pendientes. Hizo varias contribuciones a la plataforma ideológica del Movimiento Revolucionario Liberal. Se convirtió en un ensayista político que exploró el alma nacional en libros sobre la rebeldía, la no violencia, la zozobra y la anarquía colombianas. Pero el hecho que mejor nos sirve ahora, en el que nos detenemos un par de minutos, es que en 1961 les ayudó al librero paraguayo Luis Carlos Ibáñez, al exrepresentante Fabio Lozano Simonelli y al exsenador Belisario Betancur en el lanzamiento de la editorial Tercer Mundo Editores: fueron ellos tres quienes publicaron los dos monumentales volúmenes de *La Violencia en Colombia: estudio de un proceso social* de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna.

O sea que el terapista José Gutiérrez Rodríguez, el lúcido Pepe, con su vocación de novelista, que tanto los hacía reír en esas primeras reuniones de Tercer Mundo, se sabe de memoria el vaivén del progresismo al conservadurismo —ese ir y venir de todos los tiempos— en el que vive Betancur. Y él, el presidente Belisario Betancur, que está a punto de llegar a la Casa de Nariño y está sonriéndoles a los tres colores del amanecer de Bogotá como un hombre sorprendido por su optimismo, se niega a pensar que está sucediéndole el tercer tomo de nuestra violencia: «Esto está a punto de resolverse», se dice, «vamos a prevalecer».

Sube con el ceño fruncido hacia su despacho de la Casa de Nariño, «buenos días», «buenos días», convencido de que va a

ganar con cara o con sello.

Por un lado, puede imperar siguiéndole la fábula a su amigo García Márquez, que desde París ha estado urdiendo una trama de espías para que el M-19 mande al Gobierno —con un reportero de cuyo nombre nadie va a querer acordarse— un mensaje de entrega de prisioneros y de negociación de paz. «La señora Thatcher acaba de llamarme en nombre de Brigitte Bardot a pedirles la despedida», dijo hace un rato como jugando al agente secreto, «muévete rápido que no hay mucho tiempo», y estaba ordenándole al periodista anónimo que les pidiera a los dirigentes de la guerrilla una propuesta de salida digna del edificio que en efecto está a punto de ser comunicada: los revolucionarios entregarán a los rehenes, pero, luego de recibir un salvoconducto para irse a La Habana o a Managua, serán escoltados hasta el aeropuerto por el arzobispo de Bogotá, el presidente de la Comisión de Paz y algún hombre de los medios.

Por otra parte, puede llegar la victoria histórica, para él, su gobierno y el país entero, si la guerrilla está tan derrotada como le acaba de decir la gente del ejército —ante la capilla ardiente de los mártires de las fuerzas especiales— a la salida de la Brigada XIII del Cantón Norte: «Gracias, amigos, por su servicio a la patria», les dijo.

El día empezó lleno de dudas en los radioteléfonos. *Arcano 6*: Ensayamos otro acceso a las escaleras, pero no fue posible debido a que la resistencia en esa área sigue siendo muy fuerte, sí, ya hemos lanzado cuatro granadas, hemos hecho tres intentos de romper la resistencia, atacamos con uno de nuestros vehículos, pero hasta el momento ha sido imposible penetrar. *Paladín 6*: Dígame una cosa: ¿dónde cree que tienen retenidos a los rehenes? *Arcano 6*: Si es que

todavía los tienen, Paladín 6, deben estar en el sector noroccidental. *Paladín 6*: Pero, Arcano, ¿han tenido evidencias, voces, gritos, de los rehenes? *Arcano 6*: A veces gritan que necesitan la presencia de la Cruz Roja, pero, como de inmediato vienen los disparos, no se ha escuchado nada claro.

Y, sin embargo, superadas las primeras horas de la mañana, a las 10:10 a.m. en el reloj del presidente de la república, empieza a ser innegable el triunfo de nuestros militares sobre nuestros guerrilleros.

Siguen, allá adentro, los alaridos destempladores, temibles. Hay, aún, disparos. Pero en la soleada e irónica Plaza de Bolívar está abriéndose paso, sin que se sepa todavía en la encerada mesa de madera del Salón del Consejo de Ministros, la aniquilación de los que quedan.

El consejero de Estado Arciniegas Baedeker, serio e inocente desde siempre y hasta siempre, ha querido volver al baño del entrepiso porque ya les ha entregado todos los mensajes a los soldados que lo han llevado a la salida del Palacio de Justicia, pero los militares temblorosos que lo recibieron en las escaleras lo han convencido de que no es momento de volver atrás: «Venga por acá, doctor, venga que nosotros no podemos hacernos responsables si se devuelve», le dicen, «venga que sus compañeros lo necesitan más aquí afuera». Arciniegas asiente. Asiente un poco más. Respira hondo. Sale agachado y molido por la puerta destrozada, «COLOMBIANOS, LAS ARMAS OS HAN DADO LA INDEPENDENCIA, LAS LEYES OS DARÁN LA LIBERTAD», seguido y precedido por los muchachos de las fuerzas armadas.

El coronel de la policía Pedro Antonio Herrera Miranda, uno de los dos oficiales que habían sostenido la versión insostenible de que el presidente de la Corte Suprema había pedido que quitaran la vigilancia del Palacio —y a finales de 1985 será denunciado por falso testimonio—, se le acerca en el camino a la Casa del Florero: «Tranquilo, consejero, ya salió de esa», le dice. El coronel del Ejército Luis Alfonso Plazas Vega aparece también en el viaje interminable desde esa A hasta esa B: «Doctor, por aquí». Pronto están en el caos de piedra de la Casa del Florero. Pronto están en el círculo tenso, de otro clima, del general Arias Cabrales. De un momento a otro, Arciniegas se toma una taza de café: «Tómese un tintico», escucha en pleno sorbo.

Y de un segundo al siguiente está contando de nuevo cuántos rehenes son, en dónde están, cuáles son las paredes exiguas, qué tantos subversivos quedan, cómo han hecho para sobrevivir si se les deben estar acabando las municiones, dónde está la ametralladora que no los deja entrar al lugar.

—¿Usted quiere llamar a alguien, doctor? —le pregunta el coronel Herrera después de la ronda de preguntas.

Y sí, quiere llamar a su amigo el secretario del ministerio de Defensa, el general Vega Torres, a contarle «como un perdido cuando aparece» todo lo que está pasando en esa entreplanta. Y se lo cuenta sin pausas, claro, reviviéndolo, padeciéndolo desde los pulmones hasta los riñones. Y tal vez por eso, porque se ha quedado varado, allá arriba, allá atrás, como un disco rayado, no se pregunta por qué siguen disparando si él ha traído un mensaje de cese al fuego, de paz definitiva, y, observado por tantos uniformados genéricos, indescifrables, se dedica a repetir dos ideas: que los

jóvenes guerrilleros han tratado con compasión a los rehenes y que los rehenes son personas ajenas a la lucha armada.

—No se me preocupe más por sus colegas, doctor Arciniegas, váyase a descansar que lo que viene es tarea nuestra —le recuerda el general Arias Cabrales, que viene y va.

—Señores: mi obligación es ir a la Casa de Nariño a contarle al presidente todo esto —se queda pensando en voz alta, rodeado de agentes, el consejero de Estado.

—Pero eso puede esperar porque nosotros ya tenemos todos los mensajes que hay que transmitir —le acepta el coronel Herrera—: más servicio presta usted yéndose a su casa a abrazar a su hijito, y cambiándose de ropa, que mire lo mal que anda vestido, antes de sentarse con el jefe del Estado.

El mensajero elegido por los sesenta rehenes siente, en ese momento preciso, el jalonazo que sentimos los padres cuando estamos lejos de los hijos. Se ve rendido. Ya no es fácil para él unir las frases hasta lograr un párrafo que tenga sentido. Entrecierra los ojos, de vuelta en su personalidad mansa, modesta y aturdida, hasta que termina de entender que las fuerzas armadas han recibido los mensajes de sus compañeros y los mensajes de los revolucionarios. No sonríe, no, suspira como un perro que ha logrado cierto sosiego. Sigue las instrucciones. Se incorpora, se despide, se extravía en agradecimientos, se dirige a la puerta, a la acera y al carro del ejército que un soldado le va mostrando. Se va a su casa en el otro lado del mundo a abrazar a su familia.

Mientras más se aleja del Palacio de Justicia, más irreal, más pesadillesco le parece lo que acaba de vivir. Mientras más se acerca a su casa, más se repite a sí mismo que todo va a salirnos bien. Está

descansando un poco, adormilado como si la vida estuviera indultándolo, cuando se desata el clímax de la atrocidad.

Los mensajes que ha traído desde el limbo del baño, el cese al fuego, la tregua, la negociación, han llegado a los radioteléfonos de los altos mandos de las fuerzas armadas —del Paladín 6 Samudio Molina y el Arcano 6 Arias Cabrales— convertidos en hallazgos de inteligencia militar:

Paladín 6: Erre: dígame una cosa, ¿usted habló con el magistrado Arciniegas que habla de cincuenta rehenes en el baño de mujeres?, siga. *Arcano 6*: Afirmativo, yo hablé con él porque lo recibimos aquí cuando bajó por la escalera y lo envié también al dos. Él habló con él y dio alguna información que es la que estoy suministrando, cambio. *Paladín 6*: Concretamente le pregunto: ¿él pidió Cruz Roja?, siga. *Arcano 6*: Negativo, negativo. Él simplemente salió con las manos en alto y con su credencial y de inmediato dijo que era muy amigo del general Vega Torres y dijo que lo habían dejado salir, que ahí en el descanso de la escalera estaban parapetados unos individuos con armas automáticas que eran los que nos estaban deteniendo y que los rehenes están en el mezanine del segundo piso. Cambio. *Paladín 6*: Erre: ¿cuántos rehenes calcula él?, cambio. *Arcano 6*: Yo creo que dio un número un poquito subido porque habla de 50 y nosotros ayer evacuamos 148, más unos auxiliares de servicios que evacuaron esta mañana por el sótano, cambio. *Paladín 6*: Erre: ¿él estaba solo en algún sitio o fue que lo dejaron salir del grupo? *Arcano 6*: No, él estaba con el personal, sí, lo hicieron bajar hacia donde estaba el personal que controla la escalera, y entonces de allí empezaron que necesitaban que viniera la Cruz Roja, y se les dijo que enviaran a alguien, y respondieron que iban a enviar un

magistrado, y les ordenamos que bajaran uno por uno con las manos en alto, pero el único que bajó fue él, de tal manera que lo rescatamos, pero, por lo menos mientras estuvo acá en el área, no habló absolutamente nada en cuanto a condiciones o exigencias, cambio.

Sí dijo, eso sí, por qué están, cómo están, dónde están los sobrevivientes del M-19. Sí dio los detalles que, aunque suene inverosímil, les estaban haciendo falta. Y es la hora de actuar.

Pronto llega al walkie-talkie del ministro de Defensa Vega Uribe —o sea al oído de Coraje 6— el estado de las cosas en la confrontación. Pronto, entre los óleos de los mártires de la Independencia que cayeron en 1816, ante las tres lámparas de araña que se han encendido aunque apenas sea la mitad de la mañana, y de espaldas al reloj inglés de pie que está marcando las 10:39 a.m., las 10:40 a.m. en el Salón del Consejo de Ministros, el gabinete no sólo se está poniendo de acuerdo con el presidente de la república en que defender la democracia es derrotar a la guerrilla, sino en que con la información que trae Vega Uribe, de la mayoría de guerrilleros ultimados y la mayoría de los prisioneros rescatados, dentro de poco va a ser posible sonreír.

El secretario general Víctor G. Ricardo, con los hombros engarrotados como los de su madre cuando vivió el Bogotazo de 1948, está tomando nota de la reunión: el jefe de Estado defiende la tarea de las fuerzas armadas; el ministro de Defensa, que repite la frase «sin precipitud pero con firmeza», levanta la voz sobre las voces para decir que habrían recuperado el Palacio de Justicia en cuestión de minutos si el objetivo fundamental de la operación militar no hubiera sido respetarles las vidas a los rehenes; el ministro

de Justicia, Parejo González, responde con la desesperación de la impotencia: ¿cómo es que no le han permitido dialogar?, ¿cómo es que es imposible dejar de disparar?, ¿cómo puede ser que esto acabe así?: ¿cómo podemos permitir esta matanza?

El presidente Betancur —describe el acta del secretario Ricardo— «solicita que se termine la discusión para leer y corregir el comunicado que se le entregará a la prensa».

Se decide entonces, por unanimidad, enviarle al comandante Almarales con alguien de la Cruz Roja un mensaje «de rendición y juicio justo» y un radioteléfono para que dé su respuesta, y también continuar, por supuesto, con las operaciones militares: porque como ha sucedido desde que los dos partidos tradicionales montaron y desmontaron la dictadura de Rojas Pinilla, como ocurrió cuando alternaron el poder durante los dieciséis años del Frente Nacional y ha seguido pasando en estos últimos gobiernos de estados de emergencia —y quizás lo mejor sea que esto lo diga la voz en off del abogado asistente Urán Rojas—, está claro que por un lado va la cruzada de las fuerzas militares y por el otro va el empeño de los gobernantes de conjurar la guerra.

Se da por terminada la reunión. Están a punto de salir del Salón del Consejo de Ministros. Se reúnen en un par de corrillos, junto a los óleos de los sucesores del Libertador Bolívar en la presidencia, el jurista payanés Joaquín Mosquera y el general santafereño Domingo Caycedo y Sanz de Santamaría, a pensarse los pasos a seguir. Pero el ministro de Gobierno, el señor Castro Castro, sale primero que todos porque le avisan que ha llegado «el reportero».

¿De cuál reportero entre comillas estamos hablando? Del reportero desconocido, en las sombras criollas, al que ha acudido la

angustia del novelista García Márquez para que lleve al Gobierno nacional el mensaje de dar por terminada la batalla que finalmente han enviado los comandantes del M-19, pero es un mensaje que desconocen los combatientes que quedan allá adentro. El ministro de Gobierno se ve ligero, sonriente, como seguido por un reflector blanquecino: su esposa, salvada de milagro, ha podido descansar en la casa. Y él sabe algo que los demás no sabemos. Y lo vemos saludar al reportero, conducirlo a un lugar en el que nadie escucha y acomodarse en una poltrona a unos pasos de la escalera de honor.

—Ya no nos sirve nada de esto —dice el ministro, con la corbata colgándole entre las piernas abiertas, devolviéndole al periodista la hoja que le ha entregado—: dígales que lo único que tienen que hacer es rendirse.

—Pero señor ministro: sólo les están pidiendo salir con dignidad —alega, sin subir la voz, «el reportero».

—El Gobierno en pleno, sin fisuras, ha tomado la decisión de mandar al director de la Cruz Roja al Palacio de Justicia con un radioteléfono de los nuestros para que el comandante Almarales nos responda sí o no a la rendición —explica, sentándose mejor, el ansioso Castro Castro—: ninguno de estos nombres que ellos proponen, ni el presidente de la Comisión de Paz, ni el arzobispo, ni el procurador, son nombres que pongan de acuerdo.

—Entonces llame usted a Gabo a explicarle y a pedirle ideas —reacciona «el reportero», pálido, anguloso, de ojos achinados, en vez de preguntar «qué quieren de mí».

—Gabo es amigo mío de verdad, de compartir el pan y el vino, pero es un fabulador —explica el ministro, llevado por la información en blanco y negro del combate, antes de susurrarnos a todos lo que

va a pasar—: sus amigos del comando del M-19 deberían más bien enviarle un mensaje de rendición al señor Almarales con la gente de la Cruz Roja que va a entrar, hombre, porque yo le tengo una chiva de esas que a ustedes les encantan: en cinco minutos, cuando les den los gases paralizantes de los israelíes a los miembros del ejército, este problema que tenemos va a quedar resuelto.

—No le entiendo —murmura de vuelta «el reportero», mientras suben y bajan los funcionarios más importantes del Gobierno, pues tiene entendido que los gases paralizantes sólo funcionan en espacios estrechos.

El ministro Castro Castro va a responder, pero antes, en un inserto, no tanto para hacerlo más dramático como para entenderlo mejor, nos enteramos de que fue un niño campesino, pobre, tímido, de Moniquirá; le debe la vida a la máquina de coser Singer de su mamá, Vitervina, que pagó sus estudios en el colegio de Tunja fundado por el general Santander; trabajó en los almacenes American Gentleman, en la Bogotá de finales de la dictadura, para pagarse los últimos años en el colegio de San Bartolomé; se quedaba dormido en los pupitres porque era portero del estadio El Campín; conoció este país cuando se convirtió en el único hijo de liberales que había hecho el servicio militar; se enamoró de la única mujer de su curso en la Universidad del Rosario, de Clara, su esposa de toda la vida, apenas pisaron el claustro, y desde entonces su vida ha sido un pulso entre el Derecho y la política, pero se lo ha ganado la política.

Vemos que estudia en la Escuela Nacional de Administración en París. Vemos que trata de dedicarse a ser profesor universitario, y entonces lo llaman a ocupar cargos claves de los gobiernos de Lleras

Restrepo, de Pastrana Borrero y de López Michelsen. Vemos que es senador de 1974 a 1982. Nos enteramos, en un fogonazo del futuro, de que será elegido constituyente en 1991 y alcalde de Bogotá en 1992.

Y sobre todo sabemos que en veinticinco años publicará un libro catártico, *Del Palacio de Justicia a la Casa de Nariño*, en el que insistirá en la convicción de que los guerrilleros en realidad pretendían tomarse el poder por las armas, tenían la fe puesta en que se levantaría un Bogotazo como el del viernes 9 de abril de 1948 apenas dominaran los tribunales, estaban convencidos, porque vivían obsesionados con la vocación a llegar a la presidencia, de que organizarían el Mundial de Fútbol de 1986, y habían estado al tanto de la conversación del comandante Iván Marino Ospina con el narcotraficante Pablo Escobar —«Escobar respondió que quería madurar la fórmula que le ofrecieron a Betancur por conducto del expresidente López en Panamá»— sobre quemar esas instituciones extraditadoras que le endosaban nuestra soberanía a los yanquis, *go home*.

El frustrado "Lázaro" que se ha quedado por fuera de la Operación Antonio Nariño del M-19, reducido, con el paso del tiempo, al viejo Ricardo Martínez Lázaro, jurará ante Dios, ante la Comisión de la Verdad, ante la patria, ante la cámara que captará su testimonio, que la guerrilla no le recibió un solo dólar de los dos millones que dicen que el psicopático Escobar les dio en nombre de la lucha contra la extradición —y su juramento es respaldado por la pobreza del asalto y el fracaso de la toma—, pero todo en este mural es tan enrevesado, tan enloquecedor, que ni la lógica ni el esfuerzo de los

tribunales durante todos estos años consiguen zanjar las discusiones a muerte y los mitos amenazantes.

—Mañana a estas horas el futuro de Colombia habrá cambiado irrevocablemente —pensó en voz alta el comandante Almarales antes de ayer.

Y hoy está imaginándose cómo habría sido su vida —estaría volviendo a la casa a besar a su mujer— si su destino no hubiera sido la historia.

Y no parece que haya aterrizado en la desilusión y en la tentación de una vida normal porque el respaldo de los millones de Escobar lo hubieran convencido del triunfo, sino porque su propio desvarío lo estaba empujando a creer que ya sólo faltaba el trámite de la toma para llegar al poder.

El presidente Belisario Betancur aparece junto a la poltrona en la que su ministro de Gobierno está a punto de repetirle a «el reportero» que todo esto se va a acabar en unos cuantos minutos. Se queda de pie bajo el umbral de su despacho como si la Tierra estuviera temblando. Recibe el papel en el que está escrito el mensaje lleno de condiciones que le han enviado las cabezas del M-19. Entrecierra los ojos porque le cuesta creerlo. Mira a los dos hombres que esperan su reacción por encima de las gafas, y luego baja el pulgar —«*pollice verso*», piensa— porque le parece demasiado tarde para andar con esas exigencias. De un momento a otro cambia de expresión. Se aligera. Se ilumina. Debe estar sintiendo que de verdad ha agotado todos los intentos de diálogo.

—No van a entender qué fue lo que pasó —sonríe—: no se imaginan lo que estamos preparando.

Vuelve, por un momento, a su despacho. Piensa, de pie, detrás de su silla de cuero de cuatro rueditas, con el paisaje al óleo pintado por Barrera a sus espaldas y con la banderita de Colombia del escritorio entre los dedos de la mano izquierda, que está a punto de respirar un poco mejor.

Y cerramos este episodio del mural con la voz en off del psiquiatra radical Pepe Gutiérrez, que algún día escribirá una novela sobre la toma de la embajada y se ha replegado en su estudio luego de años de militar en las izquierdas, contándonos el incendio de Rionegro, Antioquia, de 1949. Explica *La Violencia en Colombia*, publicado por la Editorial Tercer Mundo que Pepe le ayudó a lanzar a Belisario, que luego del Bogotazo vino una época en la que los políticos tanto adentro como afuera del gobierno conservador se dedicaron a crear tensiones populares con palabras incendiarias, a llamar a la venganza del caudillo Gaitán, a declarar la guerra por doquier, a mostrar las armas del ejército, hasta que pegaron cuarenta tiros en el Congreso e incendiaron Rionegro.

El joven Betancur trabajaba en el diario *La Defensa* de Medellín, con su encabezado gótico, como un férreo corresponsal del laureanismo en la guerra bipartidista, y era una temida pluma antiliberal que entendía la furia falangista de los godos que cazaban liberales en las noches. Supo de primera mano lo que pasó ese martes 15 de noviembre de 1949: que tres camiones, que traían treinta y un vengadores contratados en Guarne, Bello e Itagüí, «¡viva el Partido Conservador!», aparecieron por las temidas calles de Rionegro en pleno toque de queda, y en busca de un comerciante liberal que no encontraron, y, a punta de bombas molotov,

incendiaron los negocios y las casas de la esquina equivocada de la plaza principal.

—Mucho han querido involucrar a Betancur con los incendios de Rionegro —le dice el psiquiatra Gutiérrez, en off aún, al entrevistador Peña—, y yo, sin embargo, creo que es lo mismo que vimos en el Palacio de Justicia: que él conoce la lengua de las izquierdas, pero a la hora de la verdad se pone del lado de las «razones de Estado».

Porque el invisible Estado, en esa mente tan catequizada, tan predicada, está por encima de los individuos. Es, de cierto modo, como creer en un solo Dios Padre todopoderoso, hacedor del cielo y de la tierra, creador de todo lo visible y lo invisible. Que además debe imponerse a todos los que tuvieron una, dos, tres oportunidades, pero se negaron a someterse a su plan. No hay crucifijos y no hay Virgencitas en esta imagen del despacho del presidente de la república, el jueves 7 de noviembre de 1985 a las 10:44 a.m., ni en las paredes verduscas ni en las mesitas brillosas, pero él está dándole las gracias al cielo porque en los radioteléfonos están diciendo que los guerrilleros se están rindiendo. Y tal vez estas sean las últimas ruinas del último incendio de su vida.

Nadie supo nada más, aquí en el baño, de las gestiones que juró hacer el consejero Arciniegas allá afuera. Ya pasó una hora desde que se fue. Ya tuvo que dar todos los mensajes que tenía que transmitir. Ya tuvo que entregar todo lo que tenía que entregar o tuvo que morir en el intento: «Imposible que nos haya abandonado a nuestra suerte», dice la consejera Anzola Linares, «él no es así, él

tiene que estar muerto». Son las 11:11 a.m. en el reloj del magistrado Tapias Rocha, sí, hora de la exasperación, de la desesperación, de la rabia, del ahogo que ya no va a pasar. Buena parte de los rehenes están sintiendo un miedo nuevo, un último miedo que empieza en la desesperanza, pues el hombre que los iba a salvar no quiso o no pudo salvarlos. Empiezan abajo, de nuevo, los gritos militares. Aquí están, de nuevo, los traquidos, las palpitaciones. Y un par de guerrilleros heridos, que agonizan como los héroes de los que tanto les han hablado en los libros y las caminatas, se sienten obligados a repetir su «pues entonces aquí nos morimos todos, hijueputas».

—¡Viva el Movimiento 19 de Abril! —grita el magullado, sacudido, castigado "Esteban"—: ¡viva Colombia!

—Déjenos salir, comandante, déjenos intentar salvarnos por nuestra cuenta y riesgo —se atreve a pedir el magistrado Montoya Gil.

Se ha ganado el derecho a decirlo por serio, por mesurado, por amable, y también porque ha estado convenciendo a revolucionarios y a encorbatados de rezar juntos el rosario: «Padre nuestro que estás en el cielo santificado sea tu nombre…», empezó. Fue hace un poco más de dos años que el profesor Montoya Gil, un antioqueño de las montañas de Las Frías en la vereda de San Vicente Ferrer, de cincuenta y un años ya, de cincuenta y un años apenas, que ha sido magistrado desde niño, se trajo a Bogotá a su esposa Gilma y a sus cinco hijos adolescentes —reacios, claro, pues estaban felices donde estaban— porque lo habían nombrado en la Corte Suprema de Justicia. Corte a la fotografía del día de la posesión, los siete juntos en orden de estatura, alrededor del presidente Betancur. Su

nombramiento era el nombramiento de un niño campesino, de costumbres cristianas entre sembrados de maíz y luces de velas, que se encontró con una vida de estudio porque monseñor Torres le dio una mano a tiempo. Su elección era la elección de un muchacho que estudió Derecho para garantizarles a sus prójimos la justicia que prometía su religión.

—Quién quita que, Dios mediante, ahora sí nos dejen pasar —insiste, a media voz, con la autoridad que le dan sus gafas cuadradas y su pelo ondeado y enmarcado por las canas.

Se le está agolpando la vida como si ya estuviera muerto: ve a sus cinco niños, que son los únicos que saben que él no es ese magistrado tan serio, sino el papá bromista que disfrutaba tanto el Día de los Santos Inocentes y el día en el que iban a ver los alumbrados navideños de Medellín; ve el curso de defensa personal que hizo a escondidas de los hijos, en la intranquila e irascible Escuela de Caballería, unos meses antes de este desastre, que lo convenció de comprar el revólver que guardaba en el escritorio; ve las ganas de cantar *Señora bonita*, «señora bonita / usted me castiga / y aunque no me quiera le digo mil veces / que Dios la bendiga», que su esposa iba contándosela a todo el mundo, pero ningún otro magistrado se lo creía.

—¿Vamos a quedarnos aquí esperando que nos maten? —pregunta antes de darse por vencido.

—Doctor: nosotros no estamos reteniéndolos aquí, sino protegiéndolos de los verdugos del pueblo colombiano —explica, completamente convencido, el comandante Almarales.

—¿Pero usted de qué está hablando si usted nos tiene acá? —despierta de golpe el magistrado Romero Barrios, el querido Lisandro

que no va a volver a llamar, como si los fantasmas aguerridos del Alfonso que lo recibió en la familia y el Alfonso que le dio al apellido hubieran venido arrepentidos desde la muerte a decirle que levantara la voz, que poco levanta, por todas las almas de Colombia que han muerto convencidas de que su violencia no es violencia porque es en legítima defensa—: ¡no me diga que va a morir creyéndose semejante mentira!, ¡deje de hablar tanta mierda, señor comandante, por lo que más quiera!, ¡este que está aquí es el pueblo colombiano, compadre, dígame quién no!, ¡no más, hombre, no más!

—Tranquilo, Lisandro, tranquilo —le dice el abogado Urán Rojas.

—Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo… —reanuda el magistrado Montoya Gil.

Y, mientras el comandante Almarales falla a la hora de entender lo que le acaban de recordar, porque se lo han dicho en una lengua ajena y entre los ruidos de los pasos de afuera, todos los sistemas nerviosos que están allí atrapados empiezan a notar los rumores de la guerra.

Ha vuelto a tener pulso este baño: tantán, tantán, tantán. Los lavamanos tiemblan y tiemblan como si los pulmones del mundo fueran a arrancarlos de la pared. Las cabinas de los inodoros vibran a la espera del derrumbe. Vemos, en un desplazamiento de la cámara, una fila de ojos cerrados: ya viene de nuevo la muerte sin haberse despedido de los hijos y ya viene el fin de los tiempos otra vez. Vamos por un momento al piso de abajo, a ver cómo un par de siluetas militares revisan en los planos del Palacio de Justicia el sitio exacto en el que están los cincuenta y nueve rehenes con los diez guerrilleros, que por fin han podido ubicarlo gracias a la información

táctica que les dio el consejero Arciniegas —ay, Dios, perdónalo porque jamás lo imaginó—, pero pronto volvemos a las caras alarmadas del entrepiso.

—Ya entendieron dónde estamos —acepta el comandante Almarales con la agitación en la planta de los pies—: no hemos debido mandar al tal mensajero.

Están disparándoles. Ya no son tiros por allí ni por allá, sino tiros que rozan. Ya no son truenos a unos pasos de la entrada del baño que les queda, ni relámpagos que les cierran los ojos, sino rayos que agrietan las paredes. Si no los matan, los van a enloquecer. Si no les entra una bala en la nuca o en la frente, les va a dar un infarto. ¿De dónde vienen? De arriba, de abajo. ¿En dónde están? En todas partes. ¿Qué es ese ruido? El bramido de los cañones y de los morteros que ahora sí están apuntando a donde están: después de horas y horas de disparar a donde sea, por fin han encontrado el blanco que estaban buscando. Saben de las paredes, de los cubículos, de los orinales, de los toalleros. Están esperando la orden de volar todo eso.

Primer plano —más bien un zoom lento, lentísimo— de la bomba que el M-19 ha tenido como una chapola negra en una esquina desde que este baño se les volvió la última base.

Primer plano de los ojos desesperados, traicionados y traicioneros, del comandante Almarales.

—¿Y si volamos esta mierda en mil pedazos pa' que se acabe la vaina? —se pregunta en voz alta para que todos lo oigan.

Pero empieza entonces el traqueteo de la ametralladora militar, la punto 50, que ya sabe a dónde apuntar, y le sigue el estertor infernal —el jadeo espeluznante— del tanque que les va a disparar

en cualquier momento. Hay tres guerrilleros heridos manteniéndose con vida por si acaso. Hay tres guerrilleros en pie de guerra: «¡Mátenme, hijueputas, mátenme que yo no me rindo!», está gritando el que le dicen "Pacho". Hay tres guerrilleras, "Claudia", "Natalia" y "Mariana", que se han cambiado de ropas como han podido para hacerse pasar por civiles en caso de que los agarren. Ni ellas ni ellos tienen tiempo de pensar en lo que acaba de decir Almarales porque está terminando la debacle, y puede abrirse el piso y caerse el techo y venirse encima cualquiera de los muros.

Y, cuando esos sobrevivientes del M-19 empiezan a contar las balas, cuando es claro que dentro de unos minutos se acabarán las municiones de las maletas, suena un murmullo que se convierte en un ronroneo que se convierte en un eco del pavor antes de que les vuelen la puerta de la entrada: ¡tran!

El comandante Almarales llega a pedirles a sus muchachos que se pongan en la primera fila para plantarle la cara a la muerte de una vez por todas, pero, cuando se están acomodando, a la velocidad con la que puede acomodarse uno en el hacinamiento —así de amontonados pasan los días los presos colombianos, así esperan la muerte los confinados en los campos de concentración, así vienen los esclavos africanos, del siglo XVII al siglo XIX, en los barcos negreros—, toma la decisión despiadada —ya qué— de ordenarles a los magistrados encañonados que hagan una hilera en la entrada para que los militares empiecen por bajarse a los rehenes que juraron defender si es que nos van a bajar a todos. Ya. De una vez. A pararse todos en el orden de las jerarquías.

Es el fin de la camaradería porque es el fin del superyó: «Sálvese quien pueda». Ya no más fraternización. Ya no más mezclas de

gentes, ni rehenes de enfermeros de guerrilleros heridos, ni guerrilleras de médicas de civiles desmayadas, ni magistrados de curas confesores de kamikazes. Es el fin de la vida. Es la pura guerra.

Los combatientes del M-19 se han acomodado cerca de los orinales, «muévanse», sin entender del todo —adiós teoría, adiós historia— lo que están haciendo. La guerrillera Enciso Hernández, "Claudia", "la Mona", se acomoda debajo del toallero como si su abuela le estuviera diciendo «mija: usted acurrúquese siempre que empiece a temblar». Se siente rara, muy rara, disfrazada de civil. Se siente embotada y con ganas de pedirle un último refugio a Dios si Dios existe todavía. Está pensando en su Elvencio, una vez más su "Memo", porque todo se le está nublando a ella también: qué habrá sentido el amor de su vida cuando lo mataron y qué se siente cuando a uno lo matan y qué viene después.

Tiene que estar vivo, ¿no?, qué mundo puede tolerar que él haya muerto. Ella necesita seguir viviendo.

No se le ve ningún sentido, ni siquiera el sinsentido de la guerra, a morir de golpe en este baño. Mira a todas partes a ver si algo le responde una pregunta que no sabe cuál es.

Atrás, lo más lejos posible de la Operación Rastrillo, están las aseadoras, la ascensorista, los conductores, los litigantes. Luego, en la mitad de esa multitud ahogada, vienen los oficiales, los escribientes, el citador, los auxiliares judiciales, los secretarios, los magistrados auxiliares, los abogados asistentes. Y de primeros, frente al pelotón de fusilamiento que se está acercando, esperan el tajo, el golpe, el apagón, tanto los magistrados de la Corte como los consejeros de Estado.

—Ustedes son nuestra última carta —les explica el comandante Almarales, desdibujado y envilecido—: si vamos a caer nosotros, ustedes caen primero.

Manda a sus guerrilleros a formarse para ejecutar a los jueces. Escucha, de espaldas, un par de voces de heridos que se niegan a levantarse, pero se voltea a gritarles que es una puta orden. Son un cuarteto, "Sebastián", "Carlos", "César" y "Esteban", los que llegan hasta allá con las balas que les quedan en las ametralladoras. Su tarea es encarar a los soldados, agentes de la derecha que nos tiene así, si es que se atreven a cruzar el umbral de la puerta que volaron: si llegan sin piedad, que él se conoce de memoria esa gente y esa gente no tiene remedio, les corresponde a los cuatro dispararles a los magistrados y a los consejeros. Ya qué. Dígame quién empezó. Dígame si no hicieron todo lo que pudieron para cuidarles las vidas a los rehenes.

—Doctor Gaona: usted gríteles que vamos a empezar a matarlos uno por uno si ellos dan un paso más —ordena la mirada arrinconada del comandante Almarales.

El magistrado Gaona Cruz asiente repetidas veces hasta que no le queda más sino asomarse a gritar que van a empezar a sacrificarlos si el ejército no cesa su ataque, por favor, paren. La magistrada auxiliar Gutiérrez Romero, una bogotana de cincuenta y siete años estudiada en París que fue la primera mujer colegial del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, pregunta si escuchó bien: ¿los van a matar con cuentagotas, ruego por ruego, después de haberse salvado del fuego? El consejero Buitrago Hurtado, peinado hacia atrás con el poco pelo pegado al cráneo, asiente mientras tose y tose y tose. El magistrado Tapias Rocha trata de asumir su lugar en

el paredón improvisado e invisible, «nos va a ejecutar la guerrilla», piensa, pero, en medio del apretujamiento en el que están, no logra llegar a la entrada, sino que se queda de medio lado, en cuclillas, recostado contra la división del primer inodoro.

—¡Por favor!, ¡paren!, ¡van a empezar a matarnos a nosotros, los empleados de las Cortes, si ustedes siguen disparando! —ruega el magistrado Gaona Cruz por última vez.

Y con un leve gesto, de rey perdido y dios menor, el comandante Almarales les apaga la luz.

El mayor Carlos Alberto Fracica Naranjo, un sogamoseño de treinta y cuatro años devoto de la Virgen de Morcá, que desde el principio de su carrera militar ha tenido clara la misión de combatir a la guerrilla —y entonces ha estado liderando, en el terreno, la recuperación del Palacio de Justicia—, escucha los gritos que vienen del baño, y escucha también las groserías sudorosas y enardecidas que les responden las tropas porque están convencidas de que todo es una trampa. Fracica Naranjo, de la Escuela de Artillería, no se permite las distracciones. Reconoce que las granadas de fragmentación que lanzaron al entrepiso no sirvieron para nada. Acepta que los rockets sólo terminaron en temblores. Da la orden de jugársela por los explosivos plásticos.

Y desata el infierno —manda a las tropas a atacar sin pausa y sin piedad— porque esto tiene que acabarse ya.

Vemos un montaje espeluznante e inclemente de todos los soldados que están disparando desde el cuarto piso y todos los soldados que están disparando desde abajo a los que quedan acá arriba.

Vemos de modo atropellado, con la mirada mareada e irreflexiva de los que están allí, a un par de ingenieros militares que pegan unos explosivos maleables en la pared que queda a unos pasos de la pared del baño.

Y vemos las granadas de 90 milímetros —con cargas huecas que lo rompen todo— arrojadas por los lanzacohetes desde los tanques Cascavel.

¡Tras! ¡Mierda! ¡Dios santo! ¡Hijueputa! ¡Tras! Va a estallar y está estallando y ya estalló la pared del baño en la que estaba empotrado el toallero, y la guerrillera "Claudia", convertida en Clara Helena Enciso, de civil, por si acaso se la quieren llevar, sale empujada hacia adelante: «¡Nos encontraron!». Hay un boquete de 40 centímetros por 40 centímetros a un par de cuartas del piso. Se está viendo el ducto de ventilación que va a dar al lugar en el que se han parado los soldados —«¡están acá, compas, están detrás!»— que disparan y disparan y disparan y disparan y disparan porque vaya usted a saber qué están matando. Durante unos segundos nos cubren los humos y las piedras y las sangres de los que han recibido los fragmentos metálicos en las espaldas. Pero ahora es claro que los están atacando por el hueco del muro.

—¡Fue una granada! —grita, palidecido, el citador Correa Tamayo —: ¡una granada!

Y cuando por fin deja de agacharse, cuando se atreve a levantar la cabeza como si estuviera regresando del inframundo, ve que está rodeado de gente herida y gente muerta.

"Claudia" se lanza contra el piso, bocabajo, como una rehén más: «Cúbranse la cabeza», les dice a los cuerpos que tiene encima. Cree que está herida. Cree que le está resbalando sangre suya por la pierna, pero es "Mariana", que es de nuevo Irma Franco, la que está herida. Escucha poco porque el aire es el ruido de la guerra. Entiende que los magistrados están en el pasillo de salida exigiendo, pidiendo, rogando un alto al fuego. Capta que el comandante Almarales le está diciendo que haga algo, pero cuando trata de salir, detrás de los hombres, se queda atascada porque ya no cabe nadie más en el camino a la puerta destrozada. Sigue con la mirada a

“Sebastián”, el compa, que está descompuesto, hasta que le nota que tiene la tentación de matar a los civiles.

Tiene encañonados a los magistrados Montoya Gil y Camacho Rodríguez y Gaona Cruz, Dios, los va a matar cuando el comandante Almarales le grita que no.

—Que quede claro que el comportamiento brutal es el de ellos —le dice enfurecido y paradójico y alucinado.

Pero luego se agacha porque sus guerrilleros están respondiendo los disparos de los soldados.

No hay luz. Hay descargas y relampagueos, desde allá y desde aquí, que iluminan los gestos de las agonías. Hay estrépitos porque el secador de manos está dando tumbos por los cubículos de metal.

Hay pánico acá adentro. Hay un pavor que ya nadie articula. Hay un reguero de cuerpos que están vivos y están muertos, y se confunden los estertores con los lamentos. Un balazo en el tórax ha asesinado a la abogada paisa Luz Stella Bernal Marín, que a los cuarenta y dos años transmitía optimismo a sus alumnos de la Universidad Santo Tomás, que trabajó veinte años, ¡veinte!, en el Consejo de Estado, y, aun cuando siempre sospechó que moriría joven, como su mamá, estaba tan segura de salir con vida de este horror que ayer alcanzó a decirles a sus hermanos que le grabaran los noticieros, que estaba rezando el salmo 23, «no temeré mal alguno en el valle de la muerte porque tú estarás conmigo», y que estuvieran en paz: una lesión en el brazo sugiere que su último gesto fue un gesto de defensa.

Está muerta la abogada auxiliar Aura María Nieto de Navarrete, de cuarenta y tres, que responde por sus cuatro hijos desde que un accidente redujo a su esposo a la discapacidad: los frotis de pólvora,

de Medicina Legal, harán evidente que fue ejecutada a un metro de distancia en el fuego cruzado. El hombre pasmado que mira el cadáver es el serísimo Darío Quiñones Pinilla, secretario general del Consejo de Estado, que había estado asesorándole la tesis a Irma Franco, la guerrillera, sin saber, porque ella también era una estudiante de Derecho cerca de graduarse. Quiñones se pone a respirar, viene y va sin pausas, a ver si todavía sabe hacerlo. Mira a cualquier parte, pero después cierra los ojos porque todos están disparándoles a todos. Y lo mejor es morir si se quiere lidiar con una masacre.

Estallan dos disparos en el piso. Estallan cuatro más contra las paredes. La empleada de la cafetería Magallys Arévalo Mejía grita «¡mire ahí!: ¡es por ahí!». La magistrada auxiliar Helena Gutiérrez Romero no entiende de dónde es que vienen las balas, pero no ve que sean los asaltantes los que estén atacando a los rehenes. La ascensorista María Nelfi Díaz de Valencia les da las gracias a los guerrilleros porque están disparando hacia afuera. El conductor José Joaquín Páez siente que ahora sí le va a dar un infarto que ha estado a punto de darle, ay, Señor, ya nadie le ayuda a levantar los brazos ni le pasan pañuelos húmedos para respirar ni le dicen «tranquilo, don José, ya casi», cuando ve al ejército ametrallando por el roto.

—¡Granada!, ¡granada!, ¡granada! —grita el citador Correa Tamayo —: ¡abajo!

Y, en vez de explotar entre los cuerpos de los fantasmas y los vivos, ¡tras!, ¡hijueputa!, ¡Virgen santa!, se ven ráfagas que vienen desde adentro, sí, desde la puerta de la entrada del baño, como si el comportamiento brutal fuera una lengua. El conductor José William

Ortiz señala a un guerrillero que se había amistado porque acaba de verlo dispararles. El conductor Jorge Antonio Reina, que siente que se le desgonza encima García, Luis Humberto, su compañero, mete la cabeza debajo de los amigos que ya no se mueven. El abogado asistente Salom Beltrán, cansado de ayudar a los heridos y lacerado él mismo desde la explosión que ha abierto la tronera, está pasmado ante la imagen de los guerrilleros que agotan los últimos cartuchos para que nadie se acerque y nadie esté a salvo.

No hay ni un alma allí que no esté tratando de esconderse en los cubículos, bajo los lavamanos, en las esquinas en las que ya hay demasiadas personas. Están rebotando las balas. El magistrado Camacho Rodríguez se tambalea porque «los señores del M-19», que así les dirá desde ese día, le han pegado un tiro en la cabeza y otro en la pierna. El magistrado Tapias Rocha, que está frente al boquete por el que atacan los soldados y de lado a las andanadas de los guerrilleros, se doblega porque una bala le ha atravesado las costillas y le ha perforado un pulmón y le ha salido por el otro costado, y se deja caer sobre un cadáver que tiene al lado para que crean que está muerto, y no se mueve ni un poco —le contará a mi hermano— hasta que no vuelva el silencio.

Todo se calla, todo, durante tres, seis, nueve segundos, y entonces, entre tantos cuerpos sin vida, el magistrado sospecha que se acaba de morir, pero nosotros vemos que está pestañeando y respirando de nuevo mientras una pila de voces insiste e insiste en que es hora de salir de allí.

Son las voces de los trabajadores del Palacio de Justicia que les ruegan a los guerrilleros que se rindan porque ya sólo les quedan los tiros 7.65 para los fusiles y las armas calibre 22 que tienen en las cañas de las botas: «Ay, Mona, por favor, yo se lo pido: no les alcance más municiones», le reclama a "Claudia" la secretaria Ana Lucía Bermúdez de Sánchez, «ya no nos queda sino morirnos o salir». Se le suman al coro atormentado, desencajado, los reclamos de los consejeros y los magistrados que aún tienen alientos. Pero los sobrevivientes del M-19, que están dispuestos a matarse mientras matan en el nombre de la democracia, de la paz que es la derrota de las oligarquías, siguen entregados al combate, y no van a parar si no les dan la orden.

—¡Ríndanse, comandante, déjenos salir! —le suplica el magistrado Gaona Cruz al indescifrable Almarales—: mire que yo quiero ver cómo van creciendo mis hijos, hombre, morir así no tiene sentido.

—Cierre la pluma, mi doctor, que estoy tratando de pensar alguna cosa —le responde.

—Yo soy un hombre del pueblo, comandante, soy una persona sencilla que vendía camisas en la 19 —le recuerda la voz que tiene Gaona cuando nadie está mirando—: ¿para qué deja a una bebé de diez meses sin papá?

—¡Cállese, magistrado, cállese que no me deja pensar! —le contesta, con la mirada en el piso, el comandante del M-19.

—Por favor, compa, denos el permiso —le dice en voz baja "Mariana", la guerrillera, que ha vuelto a ser Irma Franco.

El comandante Almarales ve que "Claudia", disfrazada de civil con las ropas de las rehenes vivas y las rehenes asesinadas, está respaldando la súplica: «Yo no me quiero morir aquí». Quiere decirle

que no. Quiere explicarle a los gritos que destino es destino. Y, sin embargo, abatido por los reveses de la batalla y harto de sí mismo, le dice que se largue si eso es lo que quiere: «Si quieren salir, salgan, que yo no se los voy a prohibir», dice a todas de una vez, «las mujeres no tienen por qué morir en esta vaina». Suelta después una sonrisa de moribundo, de padre que asume el sacrificio, mientras las ve colgándose las carteras de ciudadanas y despidiéndose de beso de los combatientes que van a quedarse con él: «Suerte, Carlitos» y «suerte, Sebas», oye. Y entonces, como si hasta ahora entendiera la vaina, agarra a la mona "Claudia" de un brazo.

—Cuéntele a mi mujer todo lo que pasó acá adentro —le suelta mientras le da un apretón de manos—: dígale que me muero contento porque he cumplido con mi deber de patriota.

El magistrado Gaona Cruz, harto del sinsentido veintipico horas después, se les atraviesa para que tengan piedad: ya qué. El comandante del M-19 ya ha cedido, pero, como si aún pudiera razonar, como si estuviera razonando, tarda unos segundos en gritar «¡salgan primero los magistrados!» y después «¡salgan los heridos!» y luego «¡salgan las mujeres!» y al final «¡salgan todos por su cuenta y riesgo!» mientras los rehenes hacen lo que pueden para moverse en ese mundo estrecho. De primeros, en la pesada y penosa salida, están los magistrados Gaona Cruz y Montoya Gil. El abogado Salom Beltrán, con el bigote cargado de escombros y el pelo liso y negro lleno de mechones crespos, va detrás, pero no entiende del todo —no oye bien— qué están haciendo.

Se acerca un poco más. No camina, no, allí nadie puede caminar. Se arrastra porque no hay por dónde, y además está herido.

—Gracias, comandante, está haciendo lo sensato —cree que le dice Gaona a Almarales entre el apocalipsis.

—Tranquilo, doctor, a ustedes no iba a pasarles nada porque eran nuestra salvación —responde, si Salom no está mal, el comandante —: ustedes siempre fueron nuestra última carta.

—Todavía está a tiempo de rendirse, Andrés.

—Todos los que nos vamos a quedar nos vamos a morir, magistrado, sin arrepentimientos ni lamentos.

Vemos, apenas se escucha la palabra «lamentos», que estamos entendiendo mal la escena: que el comandante Almarales no está siendo leal con los rehenes. Quizás sea el calor. Quizás sea el agotamiento. Tal vez le haya apretado un nervio la despedida de Gaona Cruz. Pero la cara del líder de la guerrilla pasa de la angustia a la frialdad de un segundo al siguiente, y es desconcertante para él y para todos. Sí, que salgan los rehenes, que salgan los auxiliares, los conductores, los heridos, las mujeres, los desesperados, pero ellos no se van a rendir, no, ellos se van a hundir con el arca y con la Torre de Babel, y entonces «¡salgan, primero, los magistrados!» y «ustedes siempre fueron nuestra última carta» no significa «estamos dejándolos en libertad» ni «estamos protegiéndolos», sino «estamos usándolos de escudo».

—¡Pero si ustedes no salen somos carne de cañón! —exclama Gaona mientras "Sebastián" y "Carlos" los empujan, encañonados, a donde está el fuego cruzado—: nos van a matar.

El abogado Salom Beltrán cae en cuenta de que ha estado avanzando de la mano de Gaona Cruz, como si fuera su hijo, pero que ahora se han quedado quietos porque si dan un paso más los mata el ejército. Se devuelven. Plano general de los soldados que se

acercan, pero no pueden dispararles a los rehenes porque una última pared los cubre. Plano americano de los guerrilleros que a la salida del baño están apuntando a todas partes. Plano medio de los magistrados que quieren irse, pero no se atreven a seguir, sino que están volviendo: «Arrodíllense», les ordena "Carlos". Primer plano de la cara de Salom Beltrán, con los ojos abiertos y las cejas rectas, cuando ya se ha dado cuenta de que los van a fusilar, claro, los están fusilando: este es el ruido, tacataca tacatá, y este es el golpe que tenía que venir.

Es un golpazo en la espalda —por culpa de la caída brutal del cuerpo asesinado del magistrado Montoya Gil, ay— que lanza con rabia a Salom hasta un rincón del pequeño pasillo que va del baño al entrepiso. Es a ese mezanine esquivo al que está apuntando la gente de las fuerzas armadas. Era ese lugar el que no había que pisar si la idea era vivir, pero ya uno no sabe nada, no, «los fusiló la guerrilla sin piedad», «los agarró a tiros el ejército», «los llevaron al Charry Solano y los torturaron y los encajaron entre los demás cadáveres», se dirá. Solamente entendemos que acaba de recibir, un segundo después, el cabezazo que lo manda al piso, y que ya no hay nada por pensar, nada por resolver.

Es que acaban de matar al indomable Gaona Cruz, que perdió el último suspiro pidiéndoles que no lo hicieran, y su cabeza ensangrentada ha caído pesadamente sobre la cabeza de Salom. Salom tiene la cara y las manos contra el piso. Espera la muerte. Y, como nada que llega, se da cuenta de que va a seguirse arrastrando como se ha estado arrastrando —puta, no, caminar ha sido un mal sueño, un desvarío— porque tiene un par de balazos en las piernas, Dios mío, Dios santo, que pasen estos corrientazos, que vuelva a

sentirlas mañana, que pase, sin que yo lo sepa, este calor. Se queda un buen rato debajo del cadáver de Gaona. Ve el cuerpo de Montoya Gil, con un tiro en un ojo y un impacto en el pulmón, unos pasos más allá.

Salom clava la frente en el piso y se queda quietísimo y pierde un rato el conocimiento. Puede ser resignación al desenlace lo que siente. Existe la posibilidad de que se haya quedado dormido. Pasa los siguientes minutos, en cualquier caso, dándole vueltas a una fotografía en blanco y negro y sepia de su familia. Los ocho tienen los ojos limpios. Sus hermanos están sonriéndole a la cámara con toda la vida por delante. Su mamá, de aretes largos, está peinada para la ocasión. Su papá, con el pelo gris y blanco peinado hacia atrás, es en verdad el último cachaco: ese abogado costumbrista, Álvaro Salom Becerra, que desde que fue un cuarentón —o sea un hombre repleto de vidas no vividas— se ha desintoxicado escribiendo novelas.

Son libros para él mismo, para su alivio, que de paso han sido *best sellers*. Escribió todos esos que he visto yo, desde niño, en las bibliotecas renegridas que mi papá diseñó: *Don Simeón Torrente ha dejado de… deber*, *El Delfín*, *Un tal Bernabé Bernal* y *Al pueblo nunca le toca*. Escribió esas cuatro sátiras sociales que dejan claros a los pobres viejecitos de nuestra política, celebraciones de una clase media sin protagonismos ni públicos, como un desahogo que le ha ahorrado un par de infartos. Lleva años repitiendo que Bogotá ya no es Bogotá: «Mascaban chicle, tomaban Coca-Cola, decían OK», escribe al final de la primera novela que le publicó Tercer Mundo, «el Frente Nacional había sido la partida de defunción de los partidos políticos: los jóvenes miraban al conservador como a una crinolina

de la bisabuela y al liberal como una caja de rapé». Lleva años, su papá el juez que prefirió la ficción, quejándose en serio y en broma del mundo que se fue para mostrarnos este mundo distópico en el que los políticos con modos de Mefistófeles corrompen a sus funcionarios y convencen al pueblo de que es el pueblo. Lleva años siendo ese viejo leal, corajudo y vital que no puede quedarse callado ante los colombiómanos que arruinan a Colombia. Lleva años haciéndonos reír de este horror, pero esto de hoy no da risa.

Hay una frase de Salom padre que se le viene siempre a la cabeza a Salom hijo cuando se entera de los pulsos políticos: «No son más que dos perros de la misma raza pero de diferente color peleándose un solo hueso», dice, quizás, en *Al pueblo nunca le toca*, «en este y en todos los casos el hueso viene a ser el poder sobre la gente».

Sí, la democracia es la tierra de nadie que contiene a los dos grandes bandos que tarde o temprano vuelven a formarse —a lado y lado de la zanja que ambos cavan— en las sociedades más o menos libres. La democracia es el edificio de piedra que contiene las fuerzas voraces que quieren prevalecer y tomárselo todo: los conservadores contra los liberales, las izquierdas contra las derechas, las guerrillas contra las fuerzas armadas. Puede pasar, en naciones de fanáticos, lo que ha estado pasando desde ayer: que una de las facciones se convenza de que no hay otra salida aparte de imperar, avasallar, juzgar y someter en el nombre del pueblo, pero sus encarnizados opositores le respondan arrasando con todo antes de que se queden con algo.

¿Qué estará pensando su papá? ¿Que el M-19 es la minoría de una minoría que no encarna a ningún pueblo, sino a la idea que tienen de «el pueblo» ciertos intelectuales, pero a punta de

propaganda nos han hecho vivir y creer que vivimos en el fuego cruzado? ¿Querrá llamar a su publicador, en Tercer Mundo, ahora que es el presidente?

Corte a la fotografía en blanco y negro y sepia: la familia Salom antes de que el país siguiera siendo el país que ya no era, alrededor de los padres eternos, agradecida por el paso de la vida. Corte a una serie de fotos digitales, coloridas, despojadas de drama, que vendrán en las próximas cuatro décadas: el abogado Salom Beltrán, siempre sonriente, siempre orgulloso de su futuro, rodeado de sus hijos y de sus nietos, y de tanto en tanto con el bastón con el que caminará después de las dos tomas del Palacio de Justicia. Corte a su cuerpo despertándose, bocabajo, en el pasillo del entrepiso que va a dar al baño de los rehenes. Su voz en off lee una frase de su padre: «La campaña electoral prosiguió normalmente, o sea entre las puñaladas, los garrotazos y las pedradas que se regalaban recíprocamente los miembros de un bando y de otro: ninguno de los candidatos expuso nunca su programa de gobierno», lee. Y luego nos dice que «Salom» significa «paz», «salud», «felicidad», en hebreo.

Desde arriba, desde el punto de vista de las almas en pena, vemos el reguero de los cadáveres y los heridos.

Salom sigue desvanecido, perdido en ese tejido de alucinaciones y recuerdos, en el paso del baño al entrepiso.

Tiene encima el cuerpo grave de aquel hombre, Gaona, que dedicó las últimas horas de su vida a pedir cordura. Tiene la cara llena de su sangre.

Y está viendo con los ojos entrecerrados, a un par de pasos nada más, el cadáver de aquel magistrado Montoya que ya al final sólo

quería despertar en su habitación.

Viene entonces la fila de los rehenes y las guerrilleras disfrazadas de rehenes que han quedado en libertad. Dejan atrás los dos orinales, pasan junto a los cuatro lavamanos de mármol verdoso, avanzan al lado de los cubículos. No entienden el camino. No saben quién está disparándole a quién. No se atreven a ir adelante y dudan de que lo mejor sea ir detrás. Pero qué más pueden hacer aparte de salir de este baño antes de que los acribillen.

El magistrado Murcia Ballén, que venía atrás, sigue adelante sin su prótesis de pierna de madera. Se apoya donde sea. Se arrastra como puede porque quedarse es inútil. Su cara está llena de manchas de sangre. Su pelo voluminoso, negro, tiene parches de sudor y polvareda. Respira por su boca larga, que es una línea dibujada desde la infancia. Niega con la cabeza cuando ve el cuerpo que fue el doctor Montoya Gil, que venía, como una muleta, abriéndole el paso. Piensa «yo qué hago aquí y por qué», pues sólo vino al Palacio de Justicia a entregarle el cargo a su sucesor, y pide a quien corresponda que no lo maten después de haber sobrevivido a tanto, y entonces cae en cuenta de que sus compañeros acaban de ser asesinados por la guerrilla, y finge estar muerto también.

"Sebastián", que no se ha quitado su uniforme verde con el parche del comando Iván Marino Ospina del M-19, está listo a rematarlo para que sea claro el mensaje, pero, como duda de que ese señor sin pierna esté vivo, como aún carga con una voz interior que le susurra «somos mejores que ellos», sólo le pega un culatazo por si acaso, y lo lanza por las escaleras, y entonces salva la vida que quería quitarle al magistrado: Murcia Ballén, un niño de Ubaté, está pensando en su familia de hijas mientras lo encuentran los soldados,

lo carga el subteniente Hernán Mejía Gutiérrez —que ha luchado herido, y décadas después, luego de años de enfrentamientos con las guerrillas, escribirá en prisión su libro *Me niego a arrodillarme*—, y termina pidiendo ayuda en una camilla rodante.

Está sangrándole el pecho como si acabaran de cortárselo por la mitad. Tiene quemada la piel de la cara y el cuello y los hombros. Su prótesis se ha incendiado allá adentro. Pero a la larga lo suyo es un milagro, y está vivo.

Detrás de él, mientras va llegando y va pasando el mediodía, han estado saliendo muchos rehenes más.

El abogado asistente Salom Beltrán, que hace un rato sintió que Murcia Ballén le pasaba por encima, ha esperado el giro de la historia con la cara llena de sangre de los otros: ha estado medio muerto, ha fingido ser otro cadáver en el camino, ha sido arrojado por las escaleras a la pila de los asesinados, ha estado a punto de ser rematado por los soldados que están junto a los ascensores, «pestañee, hijueputa, pestañee», hasta que el carnet del Consejo de Estado que lleva todo el tiempo en el bolsillo izquierdo lo ha sacado para siempre del Palacio de Justicia. El magistrado Camacho Rodríguez ha salido del baño hace diez minutos, entre ese montón de brazos y ese tropel de rodillas, porque Almarales le juró que no iban a dispararle por la espalda: está recibiendo ayuda a la salida del edificio, en la luz del mediodía, entre las griterías de los agentes que luchan por hablar el mismo idioma, pero no puede dejar de pensar en los cadáveres desgonzados en las penumbras de las escaleras. El consejero Buitrago Hurtado tose y tose y tose hasta que logra decirles quién es él. El magistrado auxiliar Pájaro Peñaranda, cartagenero de cuarenta y tres años que tiene un par de familias en

qué pensar, no vio de dónde vino la bala que le atravesó el glúteo, ni escuchó diálogos teatrales entre el comandante del M-19 y el magistrado Gaona Cruz, ni fue testigo de ninguna fila de arrodillados, ni se resigna a ser una marioneta de la versión de los unos y los otros, pero sonríe a medias apenas pone un pie afuera, y es como si un reflector lo siguiera, igual que siempre, porque un grupo de soldados observa con fascinación su paso decidido.

El magistrado Tapias Rocha consigue levantarse porque ha logrado convencerse de que va a vivir, pero va serpenteando porque nada está ganado entre esa disparadera —eso le comentará a mi hermano Eduardo en los descansos del trabajo y le contará a su nieta Laura para que lo escriba veintisiete años después—, y por poco lo fusilan estos dos soldados que se encuentra por las escaleras: «¡Es un guerrillero disfrazado!», gritan, y se acercan a matarlo, y sus gritos y su mirada de miedo les demuestran, muy pronto, que están equivocados. Ya es la 1:31 p.m. en su reloj cuando se ve en una ambulancia, en la salida del Palacio de Justicia, a punto de dirigirse hacia el Hospital Militar.

—No sé de dónde saqué las fuerzas —dirá en las charlas de pocas palabras de cuidados intensivos, y en los caminos hacia la oficina, y en las sobremesas de las reuniones familiares.

Habrá que negarle las visitas porque un periodista se disfrazará de enfermero para preguntarle la historia. Tardará diecinueve meses en recuperarse del todo, carajo, el dolor de los brazos, el ahogamiento por el estado de los pulmones, el cuerpo que no comió y no durmió en veintiocho horas. Hasta el día de su muerte, a los noventa, treinta y nueve años después de esos días imposibles, recordará los tanques cuando truene. Pero jamás tendrá pesadillas ni rencores ni

lagunas cuando le pregunten qué pasó. Hablará del Palacio de Justicia como si le hubiera pasado al Hernando Tapias Rocha de cincuenta y dos. Tendrá humor. Guardará en el teléfono fotografías sonrientes con los nietos. Y dará las gracias por haber vivido a salvo del destino y haber contado su vida con sus propias palabras.

Pero por lo pronto vemos su dignidad a prueba de todo, de corbata hasta el final, repitiéndoles su nombre a los militares que están preguntándole quién es.

De un momento a otro, silencio. Está allí, si uno quiere notarlo, el velo de sonidos de cada jornada —están los trinos de los colibríes de La Candelaria, los rugidos de un jeep verde que arranca en segunda, los ecos de las tiendas que han abierto a pesar de todo—, pero no se oyen disparos: la estoica e inmarcesible Plaza de Bolívar —o sea el escenario en el que los conquistadores españoles montaron esa picota para exhibir las cabezas de los ajusticiados, los colonizadores la reemplazaron por una fuente que los criollos llamaban «el Mono de la Pila» y los republicanos la convirtieron en una estatua genovesa del Libertador Simón Bolívar— vive una tregua espeluznante de un par de minutos. Y, no obstante esa calma precaria y engañosa, nos toma por sorpresa la imagen de un viejo cachaco que llega al lugar de los hechos como si nada.

Es la imagen que aparece, veinticinco años después, en aquel documental llamado *La toma*: el señor de vestido gris de paño, de chaleco, además, como si estuviera parodiando a los bogotanos de mitad de siglo, cruza de sur a norte la Plaza de Bolívar sin afanes ni miradas de reojo. Pasa junto al lugar en el que don Raúl Carvajal se

sentará a esperar a que el país le reconozca que su hijo el cabo fue asesinado por negarse a cometer falsos positivos. Deja atrás al Libertador, sin reverencias y sin temores, porque su pequeña sombra lo va llevando hacia el oriente. No le importa el tanque que tiene a diez pasos. No le perturban los rescatistas de anaranjado ni los soldados que se revelan en la resolución del combate. Se zarandea un poco, con el equilibrio de la vejez, antes de detenerse en una baldosa que conoce de memoria. Da la espalda al altozano de la Catedral en donde el Loco Cacanegra dio las pruebas de que el poeta José Asunción Silva no se mató, sino que lo mataron. Deja en el piso la botella que lleva en la mano derecha y levanta la bolsa plástica que carga en la izquierda para empezarles a arrojar puñados de migajas y maíces a las palomas diarias que comienzan a venir de todas partes. Pronto son treinta y tres, cincuenta y seis, setenta y nueve figurantes aleteándole alrededor. Pronto él y las aves son el monumento: el dibujo a lápiz de una nube de alas y de picos que rodean a ese bogotano de corbatín que defiende las mañanas de sus jueves.

Vemos una paloma dando bandazos, lejos de las demás y lejos de los pedazos de pan, porque se ha terminado el respiro.

De vuelta a los gritos, claro. De vuelta a la marcha en sol menor de los vehículos de la guerra, no me joda, se está moviendo el tanque como una bestia que ha despertado de pronto. El plano general del camarógrafo se abre y se abre porque allá atrás del viejo santafereño, que se niega a reconocer la debacle de siempre y se resiste a escondérsele a la guerra que se sabe de memoria, están saliendo un montón de rehenes descalzos con los que ya nadie contaba. Vienen custodiados por agentes con revólveres. Avanzan

cenicientos, fuera de sí, a duras penas, hacia el centro de operaciones de la Casa del Florero: «¡Por aquí!», se le escucha a uno de los escoltas uniformados, «¡aquí!». Por si acaso, por si alguien dispara acá afuera, andan a los trancazos y con las cabezas agachadas.

Sí, han salido y están saliendo los civiles que quedaron atrapados. Y en una serie de insertos televisivos que interrumpen la desconcertante escena del señor de las palomas, que es un hombre de carne y hueso, pero se porta como un fantasma desafiante e impasible, vemos la travesía hasta el refugio del asistente Carlos Julio Zárate Amado, la auxiliar judicial Alba Inés Rodríguez Chaparro, la auxiliar judicial Martha Andraus Burgos, el abogado Bernardo Hoyos Zuluaga, la auxiliar judicial Alicia León Orjuela, la secretaria Amanda Leal de Gallego, el conductor Jorge Antonio Reina Orjuela, el conductor José Joaquín Páez Gómez, la secretaria Consuelo Guzmán de Ospina, la auxiliar judicial Hermelinda Prado Romero, el magistrado auxiliar José Alberto Roldán Barriga, el magistrado auxiliar Nelson de Jesús Zuluaga Ramírez, la secretaria Sofía de Arenas, el conductor Ananías Bohórquez, la magistrada auxiliar Helena Gutiérrez Romero, la secretaria Ana Lucía Bermúdez de Sánchez, la secretaria María Esther Mesa Montealegre, la auxiliar Carmen Alicia Díaz de López, el conductor José William Ortiz, el citador Héctor Darío Correa Tamayo, el abogado asistente Víctor Manuel Estupiñán Calderón, la auxiliar judicial Rosalba Marín de Henao, la auxiliar judicial Ana Patricia Caballero de Buitrago, la ascensorista María Nelfi Díaz de Valencia, la aseadora Águeda Stella Robayo, la aseadora Rosa Helena Carrillo Alarcón, la citadora Rosa Zoila Barahona de Torres, el magistrado auxiliar Julio César Andrade

Andrade, la aseadora Aura Gladys Moreno Rozo, la oficial mayor Celina Gómez de Ospina, la escribiente Luz del Carmen Lozano de Murillo, la aseadora Arcelia Figueroa, la escribiente Marlene Celina Araújo de Argüello, la litigante Betty Quintero de González, la litigante Carmen Elvira Reyes Rodríguez, la aseadora Magallys María Arévalo Mejía, la abogada Gioconda Montúfar Delgado, la auxiliar María Yineth Reyes de Pérez, el conductor Mauricio Vásquez, la secretaria Nubia Stella Hurtado Torres, la auxiliar María Cecilia Quintero, la auxiliar judicial María Fernández de Díaz, la aseadora Rosa Contreras Parra, la oficial mayor Hilda Díaz de Agudelo, el auxiliar judicial Jaime Buitrago Castro, el auxiliar judicial Luis Francisco Camargo González, la escribiente Leonor Mariela Ávila Roldán, el secretario Ricardo Correal Morillo, el secretario general Darío Enrique Quiñones Pinilla, la visitante Carmen Elisa Mora Nieto y el secretario José Joaquín Palma Vengoechea.

Hay más nombres, claro, nombres equivocados, nombres borrosos, nombres de batalla: «¡Está saliendo gente que dice que estaba en el sótano!», se escucha en los radioteléfonos, «¡hay gente que dice que viene de la cafetería!».

Todos, vengan de donde vengan, vivirán con las cicatrices. Se preguntarán por qué pasó esto que está pasando hasta que se les agoten las respuestas. Será una proeza recordarlo todo porque no darán con las palabras precisas para lo visto y será imposible nombrar la mitad de lo vivido. Contarán el cuento más y más y más —sus familias aprenderán a reaccionar como si jamás hubieran oído los detalles— entre más viejos se vuelvan. Todos somos huérfanos, porque desconocemos e inventamos nuestro papel en este mural, pero de aquí en adelante seremos testigos de sus orfandades, e

iremos reconociendo los ojos y los gestos y las muletillas que van a compartir. Vivirán desdoblados. Vivirán en dos presentes. Convivirán con ellos mismos.

Ojalá no estemos dejando afuera a nadie: hemos estado haciendo todo lo que podemos para que no haya extras en este lugar. Pero sea como sea los veremos encontrando cierta paz y sentiremos algo de alivio cuando dejen de desgastarse en el empeño de pasar la página: sí pasó esto que está pasando, sí, sí fue trágico y sí fue una falta de Dios.

La guerrillera "Claudia", de vuelta en su identidad de Clara Helena Enciso Contreras, está saliendo entre los civiles de las espirales calcinadas del Palacio de Justicia. Ha jurado al comandante Almarales que ella misma le dirá a su familia que él dio la vida por una vida mayor: la vida de todas las vidas. Ha prometido a sus compañeros, de rostros perdidos, a duras penas rasguñados, sentados con las armas apuntándole a la puerta del baño, que buscará a sus familias para decirles que murieron cumpliendo su deber: «Adiós, compita». Ha apurado el paso para alcanzar la fila atónita, con las manos en alto, de las mujeres que han dejado en libertad. Va de última en ese rosario de rehenes. Ayuda a una señora a caminar.

—¡Detengan a esa mujer! —grita un capitán.

Y ella le sigue el paso a la fila de civiles, ordenándose a sí misma que no acuse recibo de los gritos militares, «usted mire adelante, Clara», porque no va a caer ahora por mirar atrás justo a la salida del infierno. Está pisando escombros. Está pisando vidrios rotos. Viene humo negro desde el suelo, puta, el suelo hierve, y ella va descalza, y un soldado que la ve hermosa la lleva en sus brazos para

que no se queme los pies mientras otro muchacho uniformado le repite «va bien, amiga, yo no le veo ninguna herida»: «Sáquenme de aquí, por favor, gracias por todo», repite. Y ya está en la salida. Ya se ven sombras de luz como charcos de agua. Ya la está encandilando la tarde. Un agente bestial, que está mirándolas y olisqueándolas a todas como un perro bravo, se queda junto a ella en los pasos finales hasta que por fin le dice lo que está pensando.

—¿Usted qué lleva ahí? —le pregunta señalándole la cartera.

La civil atormentada Enciso Contreras le entrega su bolso sin dudarlo porque ha dejado arriba todas las pruebas de que hasta hace unos minutos ha sido la guerrillera "Claudia". El agente le revuelve los objetos, el estuche de los cosméticos, la tarjeta de cumpleaños que iba a mandarle a una amiga en Estados Unidos, y la billetera que ha marcado con su nombre completo —Clara Helena Enciso Contreras— en la que el hombre encuentra su pequeño fajo con 3.000 pesos, su cédula, su pase, su escapulario y su foto borrosa de "Memo". Ya le han dado su cartera otra vez, claro, porque no hay nada raro allí si se ve de afán, pero un oficial se queda escrutándola hasta que dice «sigan, sigan» porque no hay tiempo para pensárselo dos veces.

Está en la Plaza de Bolívar, mierda, qué va a hacer: te pido, por favor, que no me torturen en las caballerizas, que me dejen ir.

Dónde está "Mariana", no, qué digo: dónde está Irma, Irma Franco, que venía aquí adelante.

Porque a ella, a Enciso, están metiéndola a una ambulancia en donde —por fortuna— no cabe. Minutos después, segundos después, termina en otra camioneta en la que no va nadie más que ella. Bueno, sí, van un conductor, un muchacho de la Policía Militar,

una enfermera y un enfermero de la Cruz Roja, pero la única sobreviviente es ella. Que no sepan quién soy. Que no me hayan visto nunca en la vida, no, no me han visto. Preguntan a dónde quiere que la llevemos, señorita, cómo es su nombre completo, cuál es la dirección de sus papás, denos un número de teléfono. Un periodista de Radio Todelar se les acerca, antes de arrancar, para saber a quién se están llevando: «Clara Helena Enciso ha salido gravemente herida de la edificación», dirán en la emisora.

Estos enfermeros tienen cara de tiras, mamá, papá. "Memo" dice que les dicen «tiras» porque usaban cuerdas para amarrar a los prisioneros chilenos de la guerra o porque había que botar las cosas comprometedoras cuando los policías mexicanos se asomaban. Pero no: no son agentes secretos, no, de verdad le están preguntando por dónde llegar a su barrio. Está teniendo un ataque de nervios, pero logra balbucear cuando le hablan. El conductor le pregunta, por el espejo retrovisor, por qué estaba adentro del Palacio de Justicia, y ella le dice que simplemente había quedado de tomarse un café con una amiga, y que tiene hambre y le duele todo el cuerpo porque no ha comido nada desde ayer en la mañana.

Vemos el techo de la ambulancia porque vemos lo que ella ve. Vemos los saltos del carro. No vemos Bogotá, sino apenas las sombras de sus árboles.

—Usted hágame el favor de tomarse un caldito ahora que llegue, niña, porque cuando uno pasa mucho tiempo sin comer cualquier cosa puede hacerle daño —le dice la enfermera.

Llegan a la casa de su hermano, a unos pasos de la de sus papás, en el norte de Bogotá. Los enfermeros que parecen agentes la dejan ir porque sus pequeños sobrinos, al cuidado de una tía de la familia

política, la reconocen de inmediato: «¡Clarita!», le gritan. Ella se despide de la gente que la ha traído. Se baja. Se peina el cabello sucio con los dedos sucios. Sigue a los niños: «Voy a bañarme», les dice, «no molesten a nadie que ya salgo». Se mete a la ducha, debajo del agua hirviente, a arrancarse del cuerpo los restos de la masacre. Se viste rapidísimo, a escondidas, con ropa de su cuñada. Se va en puntillas a la cocina a comerse lo que encuentre: «Terminé atrapada en el Palacio de Justicia», le explica a la mirada atónita de la señora que está cuidando a los chiquitos.

Se despide. Se va. Se pierde por el barrio en busca de un taxi. Han pasado diez minutos desde que llegó.

Qué habrá pasado con todos, se pregunta, qué será de los compañeros que perdió de vista y de la gente que estaba en el baño.

Si acaso están vivos, están en la Casa del Florero. La guerrillera Irma Franco, que iba, en efecto, adelante de ella, está allí: se queda sin aire, con los ojos aguados y rojos, porque oye que están golpeando a un señor que nada tiene que ver con la guerrilla, sí, sabe de memoria lo que viene. Por otra parte, el abogado asistente Carlos Horacio Urán Rojas, que sale con los rehenes como parte de un pueblo elegido para una muerte en mora de ser un sacrificio —porque la causa de Colombia no ha sido capaz de merecer a sus mártires—, va a ser asesinado por algún vengador que jamás dirá «fui yo». Según el acta del levantamiento de su cadáver, el cuerpo que fue Urán aparecerá en el patio interno del Palacio de Justicia con señales de tortura y con rastros de haber sido ejecutado con un disparo en la sien. Pero nosotros lo estamos viendo salir por la puerta principal del edificio custodiado por dos soldados.

¿Qué horas son? Las 2:17 p.m. del jueves 7 de noviembre de 1985. ¿Por qué lo vemos salir si la versión oficial insiste e insiste en que ha muerto en la batalla de adentro? Porque veintidós años después va a aparecer un video —lo estamos viendo con el pulso a mil— en el que cojea mientras lo llevan a la Casa del Florero.

Será el año 2007 que en 1985 suena a película de ciencia ficción. El M-19 no sólo habrá hecho la paz, sino que habrá insistido en ella luego del asesinato de su comandante Pizarro, habrá participado en la redacción de la Constitución de 1991, habrá dado alcaldes y senadores y gobernadores elegidos por la gente. La fiscal delegada ante la Corte Suprema de Justicia, una penalista bogotana de cuarenta y cuatro años, Ángela María Buitrago Ruiz, que el día de las dos tomas tiene sólo veintiuno, será encargada del olvidado caso de los desaparecidos del Palacio de Justicia. Notará, de entrada, que la historia está archivada, pero que si uno quiere está a la mano: los golpes de opinión de la guerrilla, las torturas del Estatuto de Seguridad, el simbolismo a ultranza de «el Eme», en el borde del fascismo, que acaba en incendio.

Querrá dar con los once desaparecidos: con Gloria Anzola de Lanao, Héctor Jaime Beltrán Fuentes, Bernardo Beltrán Hernández, Norma Constanza Esguerra Forero, Irma Franco Pineda, Cristina del Pilar Guarín Cortés, Gloria Stella Lizarazo, Lucy Amparo Oviedo Bonilla, Luz Mary Portela León, Carlos Arturo Rodríguez Vera y David Suspes.

Dirigirá un allanamiento de la Fiscalía en los depósitos del B2 en la Brigada XIII. Dará con una bodega telarañosa con vocación de cuarto de San Alejo, de sótano de difuntos. Revisará cajas, fólderes, rollos de fotografías. Se encontrará una lista de «guerrilleros del M-

19 dados de baja en combate» llena de erratas. Leerá un documento espeluznante que es la transcripción del interrogatorio a la subversiva Franco Pineda. Tendrá en las manos, como una rama dorada, la billetera de Urán Rojas: verá que una bala ha atravesado —nosotros también lo vemos— su cédula de ciudadanía, su licencia de conducción en Estados Unidos, su libreta militar, la estampa de la Virgen, y la foto de su esposa, en los días juntos en Uruguay, a la que se encomendaba.

Oímos la voz en off de Helena, su segunda hija, que lee un fragmento de su libro: «¿Por qué no le habían entregado sus objetos personales a su esposa si la versión oficial había sido siempre que él había muerto dentro del Palacio de Justicia por cuenta del cruce de balas?», se preguntará.

La fiscal cuarta Buitrago llamará a la historiadora Bidegain a contarle que el caso va a seguir en pie. Y unas semanas más tarde el equipo de investigación de *Noticias Uno*, el noticiero dirigido por el periodista bogotano Daniel Coronell Castañeda, que también tiene veintiún años el día de las tomas, recibirá de manos anónimas este video atronador en el que se le ve salir a Urán Rojas —lleva un blazer renegrido sin camisa, salta con el pie derecho, ladea la cara dolorida— rodeado por soldados grises que han recibido la orden de acabar con todo de una buena vez. Entrecerramos los ojos para verle la cara. Somos testigos, de paso, del momento en el que el incisivo Coronell Castañeda le pondrá las imágenes enfrente a Castro Caycedo.

—Sí es él —dirá Castro Caycedo, que me había hablado de esto en un aeropuerto en el que esperamos juntos las maletas, apenas ve el

hallazgo con sus ojos de reportero que jamás se dará por vencido—: sí es Carlos Horacio Urán.

Será desgarrador porque estará viendo al amigo al que ha estado buscando desde el día siguiente del día final. Será cada vez peor porque Coronell no sólo conseguirá que la historiadora Bidegain y el magistrado auxiliar Pájaro le confirmen que «este que está saliendo aquí es Carlos Urán», sino que encontrará dos grabaciones más de ese momento desde dos ángulos diferentes: vemos a Urán Rojas salir, a saltos, desde cámaras que están esperando en la esquina suroccidental, la esquina suroriental y la esquina nororiental de la Plaza de Bolívar, y sentimos que el puño del miedo, que es el mismo puño del dolor, nos estruja las vísceras, Dios, cómo pudiste permitir que ese abogado tampoco llegara a su casa.

Para qué diablos: ¿para probarles a los pocos incrédulos, por enésima vez en este siglo XX llevado por el delirio, que de la oficina a la casa puede ocurrirnos Colombia?

La voz en off de Helena Urán, que está viendo y viviendo el destino de su padre, se pregunta «¿cómo pudo quedar oculto durante tantos años?».

Está vivo a los cuarenta y tres años. Pero el acta número 1128 de la Dijín, el levantamiento del cadáver que lo describe, a las cuatro de la tarde de este jueves, como un NN de veintiocho, dirá que fue asesinado a las tres y que fue movido del lugar del crimen al patio a donde han ido a dar las víctimas. Volvemos a ver el video en el que Urán Rojas sale con el pie herido del Palacio de Justicia, la edición desoladora, desde tres ángulos, que ha hecho el equipo de Coronell, porque en un momento dado la voz de un periodista nos dice que son las 2:17 p.m. O sea que a Urán Rojas, escoltado por soldados de

gris en el camino a la Casa del Florero, van a matarlo afuera. O sea que van a ajusticiarlo y van a devolver su cuerpo al edificio de las Cortes por la puerta del parqueadero.

Y se pasarán veintidós años, puta, dos décadas largas de rezarle a la verdad, pero llegará el día en el que el trauma de las Urán Bidegain —o sea la sentencia diaria «lo que nos pasó nos está pasando»— encuentre un poco de consuelo porque la tarea de la fiscal Buitrago más el empeño del periodista Coronell pondrán en claro que la versión oficial sí ha sido mentira desde el disparo en la sien.

Urán Rojas sale como puede del Palacio de Justicia, y seguirá saliendo a diario como un fantasma que hemos tenido al lado, pero que, cegados por el sol, no hemos podido ver, y ahora lo observamos desde el lugar de la plaza en el que el cachaco de otro siglo les ha dado el almuerzo a las palomas para decirnos que él se niega a que esto se lo lleve el patas. Volvemos a su imagen para mostrarnos que no lo hemos dejado solo, sí, se resiste a acusar recibo del suspenso, a reconocer el horror, a notar el alivio de los rehenes que están saliendo. Porque entonces habría que aceptar que el país se ha venido abajo justo cuando pensábamos que no podía estar más sumergido en sus fuegos. Y si lo han dejado pasar las barreras de seguridad es para que pronunciemos la ironía «la vida sigue».

Estamos pronunciándola cuando escuchamos la voz en off de Marcela, mi mamá, que acaba de exclamarnos en voz alta el nombre de Lisandro.

Porque están saliendo los prisioneros de guerra. Están llegándonos las buenas noticias de que salió el doctor Low, salió la doctora

Anzola, salió el doctor Murcia.

Y entonces oímos a mi mamá decir «¡Lisandro!» como si le hubieran susurrado que está muerto.

Vemos su cuerpo en la salida del pesadillesco baño del entrepiso. Se ha jugado la vida —ya qué— cuando el comandante Almarales los ha dejado en libertad. Ha salido al descanso de las escaleras detrás del magistrado Gaona Cruz a ver qué viene, y ha sido fusilado por las sombras que están tratando de ver entre las ruinas quién es quién. El acta de levantamiento número 1143 de las 5:40 p.m. de este jueves revela que tiene lesiones tanto de armas de fuego como de granadas de fragmentación. El texto de la Comisión de la Verdad, veinticinco años después, sospecha que su muerte «se presentó fuera del baño luego de haber sufrido una herida por proyectil en la región mandibular de carácter no mortal: al abandonar este lugar pudo ser impactado primero por la explosión y luego por otra bala que le ocasionó heridas mortales en el tórax».

Sea como fuere, que ya sólo queda sentirlo e imaginarlo, el viernes 8 de noviembre de 1985 mi mamá nos contará que fue necesario reconstruirlo para mostrarlo en el ataúd. Yo cerraré los ojos.

Notaré que es más alto, mucho más alto, que nosotros. Veré su cara sonriente, de cejas levantadas, pelo apretado, calvicie incipiente, frente lisa y piel cartagenera, ensombrecida por la catástrofe. Veré su desanudada pinta de abogado y su miedo a dejar solos a los cuatro de su casa. Camina detrás de los magistrados por el mezanine y por la escalera hasta el descanso, y están cayendo todos, y está cayendo él con una mano sosteniéndose la cara y la otra pidiéndoles humanidad a un par de armas sin rostros. Ha

estado pensando qué van a hacer sin los 180.000 que gana cada mes. Ha estado rogando una oportunidad, Señor, el futuro que ha estado cuidando desde que tuvieron a su primer hijo, pero a la hora de la verdad no tiene tiempo de morir. Simplemente está muerto. Simplemente, ya no siente el dolor ni la sangre en la palma de la mano. Su cuerpo está en el piso, de lado, vigilado por su piedad.

Va a ser recibido en el refugio en donde todos seremos recibidos, atónitos, como si los malestares de esta vida hubieran sido la trama de un sueño.

Nueve años después, la Sala de lo Contencioso Administrativo del Consejo de Estado reconocerá a la familia de Lisandro Juan Bosco Romero Barrios —también a las familias Gaona Bejarano, Velásquez Cruz, Montoya Henao, Serrano Sandoval y Urán Bidegain— la culpa del Estado colombiano en aquella muerte antes de la muerte: ¿cómo puede ser que no sólo se desproteja a los amenazados jueces de la república, sino que se les acribille como si no hubiera alternativa? Su esposa, la viuda Victoria Sotomayor Coronado, se alegrará por sus hijos: por Gabriel, por Abel y por Lisandro. Y seguirá viviendo las dos vidas que se viven cuando a uno le matan a alguien: la vida que sigue y el día que se repite y se repite y se repite hasta que empieza la noche.

Volvemos a oír la voz de mi mamá, tan firme y tan dulce, diciéndonos «Lisandro…». Ya ha pasado el almuerzo. Estamos descansando de la mañana. Pero «descansando» es una manera de decir «esperando la noticia».

La consejera de Estado Aydée Anzola Linares, tan cercana a Alfonso, el hermano mayor de mi mamá que les mataron a mis primos hace nueve años, ha salido con las demás rehenes cuando el desencajado Almarales les ha dicho «aquí morimos como machos». Anzola Linares, de sesenta y dos años, la menor de una familia de La Palma, Cundinamarca, que vivía del comercio, es una de las ocho mujeres que encabezó la firma de la carta que en 1953 le pidió el voto femenino a la Comisión de Estudios Constitucionales. Es la primera colombiana que se graduó de abogada en la Universidad Libre, la primera colombiana que fue magistrada del Tribunal de Cundinamarca, la primera colombiana que llegó a ser consejera de Estado. Es firme. Es clara. Y, en medio del miedo de esas horas, no ha dejado de decirle a la guerrilla la verdad.

Que no hay cómo salir de aquí, comandante Almarales, porque los pisos se están desplomando. Que venga a ver, así ande malherido, este camino calcinado. Que está bien: que les grite a los soldados que vamos a bajar nosotras las mujeres.

Vemos que se echa en un bolsillo la carta que le da un guerrillero al que han estado llamando "Pacho". Vemos que, ayudada por los militares, recorre la travesía hasta la Casa del Florero, pide agua a un general que resulta ser un teniente, cuenta su versión cuando aún no entiende qué pasó, y habla con una amiga, la secretaria de Gobierno de Bogotá Marina Uribe de Eusse, que le trae una razón del presidente de la república:

—Que él no puede venir hasta acá porque el cargo lo detiene, pero que no te puedes ir a la casa sin que él, que te quiere tanto, te dé un abrazo —le dice Uribe de Eusse.

—Yo francamente no voy por allá porque si por él hubiera sido yo estaría muerta —responde la consejera Anzola.

Supone que huele mal, sí, «huela esto». Tiene la cara tiznada. Está en medias rotas porque los zapatos de tacón que estaba estrenando se quedaron en el despacho. Tiene fresco el grito «¡le quitó la cabeza!: ¡se le están saliendo los sesos!» de las dos de la madrugada. Se niega una, dos, tres veces, a visitar al presidente de la república porque sabe que no va a poder callarse, pero todas las excusas que da, «míreme», «no tengo ropa para ir por allá», «no quiero decir nada que lo ofenda», son desmontadas por la secretaria de Gobierno: «Todo el mundo va a entender la situación», le promete, «usted puede decir lo que quiera». Y, como si el juramento fuera poco, le muestran el teléfono de la oficina en la que están —un teléfono góndola, aguamarina, de Citesa— pues tiene una llamada de Betancur Cuartas.

—Mi querida Aydée: yo necesito que vengas hasta acá para darte un abrazo —dice su voz benigna, la voz de Belisario, que es cierta y es cercana, pero que suele suceder en una realidad paralela.

Corte a la consejera Anzola Linares, que una vez llevó a mi mamá a almorzar para explicarle a ella, la hermanita de Alfonso, cómo podía sobrevivir una mujer en los pasillos encorbatados de las Cortes, veintitantos años después del asalto les explica a los encargados de la Comisión de la Verdad del Palacio de Justicia la escena que está a punto de suceder. Pregunta «¿ustedes conocen a Belisario?» porque va a explicarles que el presidente es un hombre encantador que jamás se sale de su personaje afable, pacifista, y es a punta de benevolencias y de simpatías y de júbilos que este jueves en la tarde no la deja colgarle el teléfono ni le permite negarse a

verlo en la Casa de Nariño «de una vez porque voy a entrar al Consejo de Ministros».

—Tengo que verte, mi niña, tú no sabes lo que yo sentí cuando escuché que encabezabas la lista de los muertos —le dice.

Y es extraño porque es verdad y no es verdad: porque es cierto que la quiere ver y al mismo tiempo está encarnando a un personaje.

Camina descalza por la carrera 7ª, la vieja Calle Real por la que pasaban todos los sombreros, junto a las fachadas de la Catedral, la Capilla del Sagrario, el Colegio Mayor de San Bartolomé y el Capitolio Nacional, acompañada de un par de agentes de la ley de los que ya se le están borrando las caras. Se detiene porque va a ser incapaz de tragarse la frase que le ha querido decir a Betancur: «Yo no quiero irrespetar al jefe del Estado», les dice, «tampoco quiero mentir». Se detiene de nuevo, unos pasos adelante, porque allá al frente ve una nube de periodistas a la caza de fotografías de premio. Se queda sin excusas cuando les piden a los reporteros que se hagan a un lado y la entran a ella por donde nadie más la vea: «Es que míreme», repite.

Pronto está subiendo, sin los zapatos de tacón alto que tanto quería, por el tapete rojo de la escalera de honor. Pronto está ante el presidente de la república Belisario Betancur, su examigo, que se lanza a abrazarla, a apretujarla. Ella trata de decirle entonces todos los calificativos que ha tenido en la punta de la lengua, «cobarde», «traidor», pero él, de nuevo locuaz porque por fin se ve venir el final de la batalla, le dice «vente para acá la próxima semana para que me digas todo lo que me quieras decir que ahora tengo que entrar ya a la reunión» de varias maneras, y va convenciéndola, con

susurros culebreros, de pasar al brilloso Salón del Consejo de Ministros a que los golpeados miembros del gabinete la aplaudan como a una heroína: clap, clap, clap.

Una señorita de la Presidencia, custodia del protocolo que sostiene la nación, le dice «doctora: tiene que agradecerles». Ella no dice nada porque si dijera alguna cosa los mandaría a todos al demonio. Inclina la cabeza. Consigue sonreír media sonrisa. Levanta la mano para despedirse antes de salir de allí a rabiar y a llorar. Y ahí mismo se va. Y el presidente la acompaña hasta el pasillo.

—Señor presidente: ¿usted por qué dejó que mataran a esa gente tan importante si todos sabíamos que el M-19 estaba perdido desde el principio? —le pregunta Anzola a Betancur.

Él, a punto de decirle adiós, le arropa las manos con las suyas, y se le acerca a prometerle de nuevo la cita de la próxima semana —«tú dime todo cuando yo no tenga encima esto»— apenas nota que los generales de las fuerzas armadas se les han acercado un poco a escuchar las quejas y las acusaciones. Sin embargo, ella no dice nada más y no va a decir ni una sola palabra que se le devuelva. Años después, en nosequé evento del colegio de abogados, lo verá a tan sólo unos pasos, y, en vez de saludarlo, dará media vuelta porque no se sentirá «en capacidad de hablar con él». Es que esa mortandad de civiles. Es que ese final de la vida cuando falta tanto por vivir. Y Belisario empeñado en que uno lo quiera como lo quiso.

El presidente Betancur Cuartas se queda viéndole los pies a la consejera Anzola Linares mientras se aleja. Entra de nuevo en el salón para escucharle al ministro de Defensa Vega Uribe los detalles del final de la operación. Y vemos las manos nerviosas de los

ministros —entrelazadas, vueltas un puño, plegadas, apoyadas en la mesa de última cena— mientras escuchan que el ejército ha abierto accesos para llegar a donde están los últimos guerrilleros «con el fin de entrar sin poner en peligro la vida de los rehenes». Todos hacen cara de que entienden. Creen que tienen clara la magnitud de la confrontación. Ven cerca el final como si supieran qué significa en ese caso «el final». Y el siguiente punto es leer esta constancia que propone el ministro de Relaciones Exteriores:

—La primera decisión que tomó el señor presidente de la república con el apoyo de sus ministros, entre ellos el ministro de Gobierno, que fue la de no negociar ni pactar, se tomó en momentos en los que no se conocía la suerte del hermano del señor presidente, ni de la esposa del señor ministro de Gobierno, quienes se encontraban en el Palacio de Justicia —lee el canciller Ramírez Ocampo y levanta la mirada de tanto en tanto en busca de los ojos de sus compañeros de gabinete, que a veces fruncen el ceño y a veces asienten—. Esto demuestra el temple, la reflexión y la consulta permanente de los más altos intereses de la nación que han regido todo el proceso de toma de decisiones en este dramático acontecimiento. También quiero dejar constancia de la unión de los miembros del Consejo y de su total solidaridad con las decisiones del señor presidente de la república.

Vemos, en las caras firmes de los miembros del gabinete, que aquella unión es real. Han escuchado al canciller frase por frase. Están de acuerdo con cada palabra. Están convencidos de que se ha estado salvando al país. Es una catástrofe, claro, el palacio está en minúsculas, en ruinas. Pero se han resignado, como protagonistas de un óleo, a las razones de Estado: «No había otra salida», piensan

enjambrados. Y al final del paneo nos detenemos unos segundos de más en el gesto adusto del ministro de Defensa, que ha estado resumiendo el combate endemoniado como un artículo de prensa, para que no perdamos de vista que todos aquí han estado opinando —porque se han estado enterando de la barbarie con cuentagotas— como cualquiera de nosotros.

Han sabido la mitad de lo que han sabido por los informes escuetos del general Vega Uribe: «El fin está cerca», les dice con el radioteléfono sobre la mesa.

Se han enterado del resto, como tantos colombianos, por las noticias sueltas y anárquicas de las emisoras.

Y luego de buscar, en vano, algún modo de hacerle entender al M-19 el desvarío que encendió el incendio, han estado pidiéndoles a las cabezas de las fuerzas armadas que se les dé a los guerrilleros la oportunidad de rendirse. La ministra de Comunicaciones Sanín Posada, que ayer en la tarde hizo lo que pudo para que la información de los noticieros no agravara la catástrofe y llevará el dolor de ese día hasta el final, sigue creyendo en que puede evitarse el horror si es cierto —como dicen los periodistas tercos a unos pasos de la batalla— que ya quedan tan pocos adentro. El ministro de Justicia Parejo González insiste e insiste en que podrían hacer entrar en razón al comandante Almarales, su coterráneo. Están, todos, a la espera de lo que pueda hacer el enviado de la Cruz Roja. Pero al final del Consejo de Ministros es verdad que andan juntos en esto.

No hay maldad allí, no, hay personajes resignados a sus lugares y a sus parlamentos en la trama. No hay un gobierno derrocado, ni un golpe de Estado de puertas para adentro, ni un presidente amarrado

al solio de Bolívar con cuerdas militares, sino la convicción mitad trágica, mitad heredada, de que se ha obrado como se tenía que obrar.

El secretario general Víctor G. Ricardo, que vive alerta, pero ha aprendido a decir exactamente lo que piensa como contando las sílabas del verso, se ha quedado viendo la figura digna de su presidente de Colombia. Siempre lo ha querido. Siempre lo ha respetado como lo está respetando ahora. Cuando era un niño, Ricardo se quedaba oyéndole al ministro del Trabajo Betancur, que de vez en cuando iba a su casa, las disquisiciones llenas de humor, de sabiduría, sobre la situación política —que es una situación límite — del país. A veces, en los tiempos del colegio, Ricardo se iba a los balcones del Congreso a escuchar los pronunciamientos cargados de literatura e historia que hacía Belisario. Sigue siendo así su presidente. Sigue teniendo una memoria prodigiosa de esas que recuerdan personajes secundarios y figurantes. Es una voz ejemplar: un jefe serio y exigente y recto y noble y puntual. Duerme de las once de la noche a las tres de la madrugada. Apenas espabila, que es pronto porque vive con alguna idea en la punta de la lengua, se sienta a hacer llamadas al equipo del Gobierno. Sus Consejos de Ministros empiezan a las siete de la mañana, ni un minuto antes ni un minuto después, porque el día tiene que alcanzar para la vida: sus Consejos de Ministros son clases sobre el mundo, pero son también reuniones ejecutivas. Qué temple se le ve en los peores ratos. Qué otro presidente habría podido enfrentar el terremoto que destruyó a Popayán, la capital de la historia colombiana, el Jueves Santo de 1983. Qué otro presidente habría tenido el coraje para gobernar entre el duelo por el asesinato de su ministro de Justicia al

año siguiente. Qué otro jefe de este Estado le habría hablado a su gabinete del enorme amor que le tiene a su hermano el consejero de Estado, atrapado en pleno incendio del Palacio de Justicia, para recordarnos que las instituciones están por encima de cualquier corazón: el presidente es un líder que cree en la concertación, en las soluciones políticas, pero también cree en la autoridad, y está dispuesto a tomar decisiones drásticas.

Qué otro líder colombiano sobrevolará en un helicóptero militar el pueblo tolimense de Armero —corte a la siguiente tragedia, ocho días después, el jueves 14 de noviembre de 1985— cuando sea sepultado por la avalancha de lodo que viene del volcán Nevado del Ruiz: «Yo no pensé que esto pudiera tener esta magnitud», confesará, «yo creí que en el peor de los casos se iba a caer un puente y que habría que construir otro». El aparato aterrizará en medio del fango como aterrizando en un planeta desconocido. Un voluntario preguntará a los gritos, aún con las hélices encendidas, si ahora sí les cree, presidente. Y Belisario se echará a llorar y ordenará sacar en la aeronave a unos niños maltrechos que están pidiendo a su mamá.

Volvemos al jueves anterior, el jueves 7, porque el secretario general Ricardo Piñeros se toma la palabra antes de que el Consejo de Ministros se dé por terminado.

—Yo propongo que todos los presentes firmemos la declaración que acaba de leer el ministro de Relaciones Exteriores —dice.

Y todos le responden que sí, por supuesto, porque han sido testigos de ese pulso con el desastre.

Ninguno allí entiende como lo entendemos nosotros, que lo hemos estado viendo minuto a minuto, tramo a tramo, el tamaño de la

debacle. No han visto los rehenes descalzos en brazos de los soldados, ni los magistrados asesinados en el baño del entrepiso, ni los funcionarios de la justicia que ruegan por sus vidas, ni los expedientes hechos trizas negras y naranjas por el fuego, ni los muros partidos por los bombazos, ni los cadáveres hundidos entre las cenizas, ni los vestigios de aquella cultura de lo justo. Así que firman. Y el secretario general mira con admiración al presidente, como lo miró todo el mundo hace un par años, en el podio verde de la Organización de las Naciones Unidas, cuando contó que había crecido en alpargatas en la pobreza de Amagá, hasta que el presidente le devuelve la mirada con una mirada de padre.

Nadie lo dice en esos momentos, pero el secretario Ricardo alcanza a pensar en lo absurdo que es que un presidente que viene de abajo sea cuestionado por una guerrilla de intelectuales que aman los símbolos con la pasión con la que los aman los militares.

Nadie pregunta qué habrá pasado con el representante de la Cruz Roja porque quizás dan por hecha su tarea y porque a estas alturas sólo les falta la noticia de que ha terminado el viacrucis.

Pero lo cierto es que el director del Socorro Nacional de la Cruz Roja, el bogotano Carlos Eduardo Martínez Sáenz, ha hecho lo mejor que ha podido. El doctor Martínez Sáenz, de sesenta y cinco años, es un valiente que sabe pasarse los malos tragos. El mundo se le está derrumbando ante sus ojos, pero él está hecho para enfrentarlo. Fue al palacio presidencial, en un carro con sirena, apenas le pidieron que fuera: «Vamos a darle un par de walkie-talkies para comunicarnos con ellos», le dijo la ministra de Comunicaciones mientras esperaba que el secretario general de la presidencia entregara el mensaje. Desde que por fin lo recibió, 11:10 a.m. más o

menos, ha tratado de entrar al Palacio de Justicia para entregarles a los guerrilleros el llamado del Gobierno a terminar el conflicto. Cada tanto revisa que aún esté en el bolsillo del peto. Lleva tres horas esperando el momento preciso para meterse en la boca del monstruo, «el momento prudente», en palabras del teniente coronel Plazas Vega, perdido en el Comando Operativo de las fuerzas armadas que se ha instalado en el Museo del 20 de Julio de la Casa del Florero. Ha dado vueltas y vueltas por los jardines para que se le quite el afán. Ahora está sentado porque qué más puede hacer.

Oír los estallidos de las balas y de las granadas. Oír las frases sueltas de los militares, «aguárdese un poquito», «espere un poco», a ver si llega la palabra «ya».

Se levanta otra vez. Tiene en las dos manos el par de radioteléfonos que le han entregado allá arriba, en la calle 11 con la carrera 6ª, para comunicar a los guerrilleros con las autoridades. En honor a la verdad, se siente apoyado por las fuerzas militares: «Calma, calma», le ha dicho el general Vargas Villegas señalándole los rasponazos de los disparos que el M-19 les ha hecho desde los últimos pisos del Palacio, «adentro es muerte segura». Y él a la vez ha estado calmando a los cinco camilleros de la Cruz Roja que lo acompañan, que están empezando a desesperarse porque estar allí es soportar el eco del tiroteo, hasta que comienzan a entrar grupos y más grupos de rehenes que murmuran plegarias y piden auxilios. La Casa del Florero es, ahora, un hospital de guerra.

Unos minutos más tarde, cuando empieza a amainar el relampagueo, cuando cambia el clima amarilloso del mediodía al clima azulado de la tarde, parece que es la hora de entrar.

Es el general Vargas Villegas, ni más ni menos que el comandante de la Policía de Bogotá, quien no sólo le confirma que por fin van a emprender la misión, sino que se ofrece a acompañarlo a entregar el mensaje del señor presidente de la república de Colombia. Se les une, en el camino a la desdentada puerta principal, el coronel Plazas Vega: «Esto se debe acabar en cualquier momento», señala, «el éxito de la misión depende exclusivamente de que los ocupantes acepten retomar la comunicación». Las tropas que los reciben en la entrada, un par de oficiales que no alcanzamos a ver entre el polvo que se levanta desde la plaza, les confirman que en efecto han estado saliendo los últimos rehenes.

Y, para evitar la muerte de los pocos que queden por ahí, que siguen bocabajo entre el fuego cruzado, puede ser que sirva de algo establecer contacto con los atrincherados.

—Mi general Arias Cabrales está esperándolos en el tercer piso —dice el general Vargas Villegas.

—De aquí en adelante es responsabilidad suya —advierte el coronel Plazas Vega, que se niega a dejar su puesto de mando.

El doctor Martínez Sáenz asiente. Se peina el pelo gris y blanco que le queda. Se ajusta las gafas de pasta negra, el peto blanco de socorrista, la argolla de matrimonio. Se da la bendición en la mente, claro, en el nombre de la familia que lo ha visto envejecer como un roble, apenas da el primer paso adentro. Y ya en la polvareda negra del Palacio de Justicia, agotado e indignado por haber esperado tanto para quedarse solo en semejante tarea, empieza por alzar la bandera neutral de la Cruz Roja con el brazo derecho. Avanza un poco en la penumbra de las ruinas y los despojos. Abre el camino a sus cinco socorristas, que lo escoltan, como si al mismo tiempo fuera

un escudo y una linterna. Es imposible oír ni una mierda entre la balacera, pero con la mano libre él levanta un megáfono para gritar «no disparen» y «somos de la Cruz Roja» y «traemos un mensaje del Gobierno nacional». No deja de hablar porque hablar es probar que uno está vivo, mientras empieza a subir por las escaleras devoradas, hasta que las sombras que están combatiendo arriba les responden con una ráfaga de ametralladora, y los rescatistas se ven obligados a buscar refugio bajo el antepecho de cemento del edificio.

¿De dónde ha sacado la locura para meterse en la garganta de ese monstruo moribundo, pero capaz, aún, de cualquier crueldad? ¿Por qué está ahí?

Es claro, por supuesto, que está reemplazando al delegado internacional de la Cruz Roja, que no está. Pero también ha asumido la tarea porque a todos los supuestos protagonistas, empezando por él, les ha parecido que puede llevar a cabo la misma mediación que hizo cuando el M-19 se tomó la embajada dominicana. El comandante Pabón le envió cartas muy bellas en las que le agradecía la comida caliente que les mandaron en esas semanas. Y piensa eso, que son muy bellas, porque él sí tiene un defecto sumamente grande, je, el defecto de ser un médico que le ha dedicado la vida al bienestar humano, y ha sentido dolor por el cáncer del liberal o el cáncer del conservador o el cáncer del socialista. Cómo puede ser que hoy no hayamos podido recordar esto.

Ya es evidente que esta toma no es la de la embajada: ya es terriblemente obvio que esto no es una comedia, sino una matanza.

Corte al día siguiente: el socorrista Carlos Martínez Sáenz, aún tembloroso, le confesará al periodista Manuel Vicente Peña Gómez que la suya fue una misión a ciegas, sí, que el ministro de Defensa no le habló de ceses al fuego, ni de diálogos, ni de tácticas, y que él, en su insomnio trémulo, ha estado pensando y pensando que no hay maldad allí, sino que estaba en marcha una orden del Estado Mayor que debía cumplirse hasta la terminación. Volvemos al momento, 1:55 p.m., en el que de carrera en carrera llega hasta el tercer piso: de entre la oscuridad aparece el general Arias Cabrales, con sus ojos limpios en la cara engrasada, a decirle que se haga a un lado porque les están disparando. Sí, mejor: un par de balazos rompen el piso a unos pasos de donde se han parado.

¿Cómo va a llegar vivo a donde están los guerrilleros si la balacera no se acaba? ¿Cómo va a darles los medicamentos que trae? ¿Cómo va a exponer las vidas de estos cinco muchachos que le dijeron «a donde usted vaya, vamos nosotros»?

Quién les está disparando si es cierto que la guerrilla está acorralada. Quién está soltando esas carcajadas diabólicas, agudas. Qué clase de aparatos pueden hacer este ruido salvaje que no ha cesado ni un minuto, pucha, qué cosa tan bruta.

El socorrista Martínez Sáenz está al lado del general Arias Cabrales, en silencio los dos porque hablar es inútil en medio de ese hervidero, de esa barahúnda. Ven juntos —vemos— el chispeo que viene del tercer piso. Apenas sueltan alguna exclamación, «qué barbaridad», cuando la mudez empieza a ser incómoda. Pero en un momento dado, desolado e impaciente, se atreve a gritarle en el oído «yo tengo que entregar este mensaje», y el general le señala el tiroteo y le grita de vuelta «pero así cómo». Y es entonces cuando

se da un silencio, no de sigilo sino de quietud, «un cese del ruido», que le permite a Martínez entregarle a Arias el documento que trae entre el bolsillo. Un pelotón de soldados que está bajando se queda observando a su comandante.

—Son las mismas palabras que dijo el presidente anoche —acepta el general, a punto de preguntarles a los soldados qué están haciendo aquí, con el papel oficial en las manos—: les repite que entreguen a los rehenes, que les ofrece la paz, que salgan con los brazos en alto, que les respetaremos la vida, que tendrán un juicio justo con todas las garantías, claro, qué lástima que no se hayan querido acoger a un ofrecimiento así de generoso.

Está llegando el final. Pero en el breve paréntesis, en el que Arias Cabrales entrecierra los ojos para revisar el mensaje presidencial, nosotros nos vamos acercando a un primer plano de la frustración del socorrista Martínez Sáenz. Tiene la bandera de la Cruz Roja bocabajo. Ha puesto el altavoz en el fondo del piso borroso. Abre y cierra y abre y cierra el puño izquierdo porque tiene el cuerpo tenso, dolido. Es el coronel Blimp de la película de cuando él era niño, 1943, con los ojos aguados porque está de pie en un mundo ruin e insaciable que pretende que incluso los médicos tomen partido por alguna de las dos trincheras. Qué hay detrás de una realidad en la que lo evitable es inevitable. Cuándo se resignó este país a inventarse razones para matar porque sí.

Vemos una serie de primeros planos de las insignias de los uniformes de la guerra en el Palacio de Justicia: los rangos, los grados, las unidades, las especialidades, los escudos. Vemos las

gorras camufladas y los cascos metálicos verdeoliva modelo M1. Vemos los uniformes de oficiales, de soldados, de policías militares, de socorristas que entran y salen de la Plaza de Bolívar. Saltamos a un carrete de imágenes del pasado, que va a toda velocidad, de las casacas guarnecidas de los brigadieres, de los fusileros, de los infantes de los tiempos de la Independencia. Sigue después el traje blanco de los cazadores de la vanguardia de la Campaña Libertadora de 1819. Aparecen las solapas encarnadas, las charreteras de oro, la botonadura por el centro y las botas con espolines dorados en el paso del siglo XIX.

Y, mientras se van actualizando los retratos, mientras vamos de los uniformes de los militares a los de los religiosos, los presos, los colegiales, los enfermeros, los meseros, los aeromozos, los recogedores de basura y los futbolistas de Millonarios y el Unión Magdalena, una voz grave de psicóloga social e historiadora que lo ha visto todo —acaba de leer *Los instintos de la manada en la paz y en la guerra*— nos recuerda que desde los romanos imperiales se ha dicho que el propósito del uniforme ha sido jerarquizar e igualar: crear anhelo, espíritu de pertenencia y mentalidad de manada. Toda identidad es una puesta en escena, por supuesto, uniformarse es exponerse, presentarse al mundo como un individuo orgulloso de hacer parte de una colectividad, pero siempre hay una trasescena: el desamparo y la carencia.

Y, sin embargo, apenas queda sugerida la idea, o sea la sospecha, del principio de este mural, de que disfrazamos la orfandad con uniformes, regresamos unos minutos atrás al ajustado atuendo de calle —con gorra y corbata y credencial entre el infierno— del general Arias Cabrales.

Está agitado, pero un poco más tranquilo de lo que ha estado desde ayer. Ha dado unos pasos más allá de las tropas para decirle a su general Samudio Molina que «en el baño del mezanine ya sólo nos quedan siete guerrilleros, repito, según lo que dice aquí la gente ya no tenemos problema con los subversivos». No se confía. Está muy viejo para dar la espalda. Y, no obstante, que se haya logrado escoltar a los últimos rehenes le renueva la convicción de que esto va a ganarse ya. Viene una sorpresa: se nos muestra la hora en su reloj, 1:45 p.m., para que caigamos en cuenta de que hemos vuelto al momento en el que todavía no se le ha permitido entrar al representante de la Cruz Roja Martínez Sáenz. Este no es el Arias Cabrales, de las 2:00 p.m., que ha ganado la batalla, sino el Arias Cabrales que a la 1:45 p.m. está sintiendo que la va a ganar.

Que el Ejército Nacional se ha quedado sin excusas para completar la misión.

El comandante de la Brigada XIII Arias Cabrales ha estado concentrado, como siguiendo una esfera por un laberinto, en las voces y más voces del radioteléfono.

El tal Paladín 6, que es, recordamos antes de la resolución, antes, mejor, del falso final del drama, el comandante del Ejército Rafael Samudio Molina, está todo el tiempo pidiéndole explicaciones —a él, el general Arias, que es el impasible Arcano 6—, pero en el paso de la mañana a la tarde otras sentencias letales se han ido apareciendo y se han ido entramando como si estuviéramos experimentando la esquizofrenia entre todos.

Funde a un negro que no había visto antes, el negro con el que comienza la muerte, para que nada nos distraiga:

Arcano 5: ¿Del segundo al tercer piso? *Arcano 6*: Erre: al terminar la escalera que estamos tratando de forzar, luego del segundo piso, hay un mezanine en donde están los baños, pero ya sólo quedan cinco individuos que están manejando la situación. *Oficial*: Acabamos de detonar una carga explosiva de alto poder: vamos a ver los efectos. *Arcano 5*: Estamos urgidos de que esa situación se defina. *Oficial*: Aquí estamos metiéndole todo lo que tenemos. *Arcano 5*: No se le olvide esta frase de la Biblia: «Ustedes muertos son mis hijos amados en quienes tengo puestas todas mis esperanzas». *Arcano 6*: Vamos a utilizar una carga aquí en el baño del cuarto piso para penetrar al baño del tercer piso, que es donde se ha recibido respuesta de fuego y donde al parecer tienen algún personal de rehenes. *Arcano 5*: Hay problema en el sótano. *Arcano 6:* Hasta que no salgamos de este nido de resistencia no vamos a verificar abajo. *Agente*: Arauca 3 tiene que entrar a definir ahí. *Arcano 6*: Ya no podemos seguir con explosivos porque Paladín 6 restringió esa situación: ha habido un cambio en la situación de acuerdo con lo que decía el magistrado rescatado. *Paladín 6*: Sigue siendo crítico el tiempo para dar por cumplida la misión de manera que les pido —yo sé que las demás unidades, si acaso me están escuchando, están comprometidas—, les exijo máximo esfuerzo. *Arcano 5*: Estamos en el esfuerzo principal en donde están los rehenes. *Paladín 6*: Hay que dejar para después los cadáveres y las armas calcinadas y seguir presionando. *Paladín 6*: Mientras no hayan llegado los de la Cruz Roja estamos con toda la libertad de acción y jugando contra el tiempo: por favor apurar, apurar, apurar, y acabar con todo. *Arcano 3*: Acorazado 6 va a disparar el rocket sobre el QTH ya informado. *Arcano 6*: Erre, pero plenamente seguros de que

no tenemos tropas allí en ese sector. *Paladín 6*: Dígame nuevamente lo del presidente de la Corte. *Arcano 5*: No lo hemos identificado porque sacamos el personal bajo fuego. *Arcano 6*: Es importante dejarlos registrados como hicimos con los 148 del principio: infórmeme si el doctor Gaona Cruz está dentro del grupo. *Arcano 5*: Yo le confirmo, pero ahoritica se han evacuado a Nemesio Camacho Rodríguez, a Humberto Murcia Ballén y a Samuel Buitrago Hurtado. *Paladín 6*: Hay que preguntar por Reyes Echandía: necesito información para el presidente. *Arcano 5*: Me quedan dos que voy a confirmar, pero aquí tenemos treinta y un rehenes recién recuperados. *General Vargas Villegas*: Para Arcano 6 de J1: mi general, para informarle que de acuerdo con los magistrados que ya salieron el doctor Reyes Echandía, presidente de la Corte, fue muerto por los guerrilleros. *Coraje 6*: ¿Y cuándo fue? *Arcano 6*: No tenemos esa información, pero entonces, con los rehenes afuera, nos queda ya la limpieza final. *Agente*: ¿Y si quedan magistrados? *Oficial*: ¡Vuélelos! ¡Luego les hacemos un monumento! ¡Vamos a pegarle en el culo y en la cara al que quedó! *Arcano 5*: Aquí algunas personas informan que quedan aproximadamente treinta rehenes en el baño. *Arcano 6*: Yo estoy a diez metros del baño en el esfuerzo de que salga el personal con las manos en alto, pero recibimos fuego de armas automáticas. *Oficial*: Llegó el personaje de la Cruz Roja. *Arcano 6*: Entonces dígale que me va a mandar a informar para efecto de terminar aquí porque estamos ya a punto de irrumpir: que alguien lo acompañe ahí protegiéndose contra el muro del primer piso y que me espere ahí a la entrada. *Oficial*: Ahí lo estamos demorando un poquito para darle instrucciones de cómo arribar allá. *Arcano 5*: El doctor Martínez quedará adentro como mediador de

ellos. *Arcano 6*: Cuando termine la reseña me informa para bajar a recibir el personaje. *Arcano 5*: Quiere Paladín que se dilate un poquitico el acceso de Martínez. *Arcano 6*: Entendido. *Arcano 6*: Bueno, ya se volteó la cosa: ya está recuperándose un material y el resto del personal está totalmente fumigado. *Coraje 6*: ¿Ya fue la operación militar? *Paladín 6*: Afirmativo: cuando llegaron los de la Cruz Roja se estaba dando el asalto a los objetivos finales.

Vuelve la luz. Nos sorprende el crujido de la estática —el ruido de la interferencia— de todos los radioteléfonos al mismo tiempo.

Y volvemos, de tajo, a nuestro plano cenital: desde arriba, en la tarde vieja del jueves 7 de noviembre de 1985, el Palacio de Justicia es la serpiente que ha acabado de comerse la cola.

Asistimos, sin estridencias de fondo, como aislando las conversaciones que vienen, a la resolución de la batalla: el socorrista Martínez Sáenz, ya arriba, a unos pasos del baño del tercer acto de la tragedia colombiana, repite a los gritos «¡traigo un mensaje del presidente de la república!», y el general Arias Cabrales le contesta, con toda la fuerza que le queda, «sí, pero cómo va a meterse usted allá». Sabe lo que está pasando en ese entrepiso, pero somos nosotros, con la cámara al hombro del ejército y la cámara agonizante de la guerrilla, quienes lo vemos. El M-19 se ha quedado sin balas. Un grupo de soldados de artillería es arriado por un capitán de apellido Vélez, «¡vamos!, ¡vamos!», «¡adentro!, ¡adentro!», hasta el clímax macabro del país.

Son las 2:15 p.m. Todo lo que hemos vivido lo hemos vivido para llegar al triunfo de la muerte.

Los soldados de esa patria entran como una cuadrilla sin Dios ni ley ni espantos en aquel baño roto, y avanzan y avanzan porque ya

nadie dispara, ni vocifera ni defiende nada. Todo está quieto. Todo menos los guerrilleros que han sobrevivido a los embates de las fuerzas armadas, una y otra y otra vez, que ahora mismo tratan de esconderse en los cubículos maltrechos de los inodoros. Ya no oyen el par de «¡no disparen!» que nosotros oímos, no, ellos están a salvo dentro de la niebla de los sueños intranquilos. Se acercan, con las mandíbulas desencajadas, con el corazón embravecido, enajenado, a las paredes metálicas que ya son del color de las muertes, y, como a esa hora matar es cumplir la misión, y poco más, fusilan a los rebeldes doblegados y en cuclillas.

No ven las muecas de súplica ni los ojos cerrados de «ya fue», «ya qué». No los ven cayendo, sino ya caídos, porque descargan las ametralladoras por encima de los compartimientos metálicos y temblorosos. Hay manchas y charcos de sangre. Hay silencio.

Pero en el centro de ese silencio se escuchan, bajo las grietas de la pared norte, los últimos jadeos del comandante Almarales. Está tratando de sentarse como un niño entre los orinales. Se ve que las heridas que se le abren por todo el cuerpo lo están enloqueciendo. Se ve consciente de que ha llegado la escena en la que debe ejercer el valor que ha estado predicando. El capitán que vimos antes, Luis Roberto Vélez Bedoya, orgánico del Batallón de Policía Militar número 1, oficial al mando de la unidad de artillería que ha entrado al baño, se le acerca al jefe guerrillero. No, no tiene bigote. Sí, lleva una camisa verde. A su lado, un subversivo de los suyos tiene las manos estiradas como entregándose a la ley.

Vemos, en pantallas divididas, las dos muertes del comandante Almarales:

En el lado izquierdo vamos viendo la ejecución llena de oraciones inconclusas y de miradas pasmadas mientras la voz del senador liberal y anapista y revolucionario José Ignacio Vives Echeverría —que alguna vez, cuando quiso armarle un escándalo al gobierno de Lleras Restrepo desde su púlpito de congresista, metió en un lío de los suyos a mi abuelo el exsenador que era un imán de líos— denuncia ante el Congreso de la República de Colombia que al jefe guerrillero «lo sacaron malherido y lo introdujeron en un furgón y mientras le daban la vuelta a la manzana lo asesinaron a sangre fría para luego introducir su cadáver por la puerta del parqueadero en la carrera 8ª, pero después lo sacaron nuevamente en una camilla, por la puerta principal, como si lo hubieran dado de baja en combate».

En el lado derecho, o sea, en el lado oficial de la narración de este asesinato, que no será una cruel ejecución, sino un baño de sangre entre el delirio, Almarales va muriendo hasta que muere luego del fusilamiento de los soldados de artillería. Trata en vano de sentarse entre los orinales, en los estertores de la dignidad, bajo la mirada llena de miedo y de furia de los militares. Tiene un tiro, de verdugo decidido a callarlo, en la sien derecha. Cae de lado al piso y su mirada llena de telarañas nota la punta de unas botas antes de dejar de ver. Ya da igual, pero hasta hace un par de días, hasta hace un par de horas, era el hombre clave de la Anapo Socialista, el representante a la Cámara, el fundador del M-19 que no iba a gritar «sigue, compa, ve y quiébralos», sino que iba a negociar.

El capitán Vélez Bedoya dirá al Tribunal Especial de Instrucción, tres meses después, que los últimos guerrilleros fueron arrestados, pero luego, cuando empiecen a faltarle las piezas del centro a este rompecabezas que no tiene fin, aclarará a un juez de instrucción que todos los guerrilleros murieron en combate.

Corte a una foto en blanco y negro tomada por los investigadores de la morgue, que más que una foto de 1985 parece un negativo recobrado, publicada años después en aquella crónica titulada *El Palacio de Justicia: una tragedia colombiana*: el cadáver del comandante Almarales está bocarriba, en la página 295 del relato estupendo de Ana Carrigan, con el pelo peinado por el sudor y por la sangre y con el rastro renegrido del balazo de 9 milímetros que le pegaron a quemarropa en la sien. Tiene los ojos cerrados. Tiene una oreja rasgada. Todo cuerpo sin vida es inverosímil, pero el de ese jefe del M-19, que en el momento de la foto todavía parece dormido, es un vestigio de esta especie de depredadores que ha logrado llamar «épica» al horror.

Son las 2:19 p.m. en el reloj militar del general Arias Cabrales. Todo parece indicar que se ha terminado la matanza a unos pasos de este muro. Por las escaleras viene una tropa maltrecha, que ha vuelto a ser un reguero de muchachos que se sacuden los brazos, se jalan las medias, se tocan el pecho a ver si sí están bien, uf, por poco la muerte. Se lo encuentran muy pronto a él, a su comandante, con el radioteléfono en la mano. Se le acercan, reverentes, como a un ídolo intacto. No les importa que el señor de la Cruz Roja esté preguntando qué pasa, qué está pasando. El primero de la fila, que no reconocemos porque está molido y ensuciado y ronco, pero se

parece al capitán que sabemos, pronuncia la sentencia que se ha esperado desde ayer:

—Misión cumplida, mi general —celebra.

El general Arias Cabrales está asintiendo, con la solemne sonrisa por dentro, cuando el socorrista Martínez Sáenz le entrega el mensaje que le ha enviado la presidencia. Vemos el sobre. Vemos las manos abriéndolo. Vemos el papel desdoblándose entre los dedos renegridos. Y, mientras los ojos del general lo leen por encima de las gafas, lo escuchamos por fin: «El Gobierno desea recordarles, a todos aquellos que aún perseveran en su objetivo de ocupar el Palacio de Justicia, a oferta hecha ayer al señor Luis Otero», «la fuerza pública, como es su deber, respetará la integridad personal y las vidas de quienes desistan de sus acciones militares y les garantizarán un juicio de acuerdo con la ley», «si algún miembro de la organización del M-19 deseara obtener detalles precisos sobre esta oferta renovada, puede hacer uso del equipo telefónico que está a su disposición: allí encontrarán al ministro de Justicia».

El general Arias Cabrales dobla de nuevo el mensaje y de nuevo lo mete entre el sobre.

—Qué lástima que no quede ni uno solo vivo —declara mientras se guarda el papel entre el bolsillo del uniforme—: ya nadie puede aceptar la propuesta.

Son las 2:22 p.m. en todos los relojes del mural. El mundo se ha detenido, y a partir de ahora —desde aquí— el tiempo corre más rápido: pasan horas y días y semanas y meses y años. El Palacio de Justicia ya no es un tribunal de tribunales, no, es un lienzo flamenco en el que se responde la pregunta macabra por «el hombre». Empieza el descenso a la Plaza de Bolívar. Empieza la limpieza. Y la

historia se va y se va por el despeñadero. Mientras el ministro de Defensa Vega Uribe celebra a sus fuerzas por el radioteléfono, «quiero interrumpirlos un minuto para felicitarlos a nombre del Estado Mayor Conjunto por el éxito de la operación, por el profesionalismo, por el espíritu de servicio del cual nos sentimos muy orgullosos: nuestros heridos han marcado con su sangre otra página de gloria para las armas colombianas», se suceden una serie de planos medios y primeros planos como recordatorios de que sí vimos lo que vimos.

Plano general de un montón de soldados cegados por la luz de la tarde, firmes en el umbral de la puerta principal del edificio fantasma, cuando les alzan los fusiles a las cámaras de los noticieros en señal de victoria: «¡Viva Colombia!», gritan.

Primer plano que se va abriendo desde que el bigote del coronel Plazas Vega dice «se ha logrado la total aniquilación de los terroristas» hasta que se sube al tanque Cascavel en el que empieza —es, de nuevo, la Plaza de Bolívar—un desfile triunfal por la vía principal de Bogotá.

Plano medio, lleno de gentes rescatadas y nerviosas y aterradas y arrinconadas y violentadas, del segundo piso de la Casa del Florero.

Plano detalle de un cadáver con una mueca de pavor a la hora de la muerte; plano detalle de los zapatos de tacón alto, carbonizados, de la consejera Anzola; plano detalle de la greca abaleada, de los expedientes chamuscados, de la máquina de escribir incinerada del magistrado auxiliar Salazar Cruz, de los extintores destrozados durante la batalla; plano detalle de lo que queda de la reproducción de *Guernica* de la oficina del doctor Mora; plano detalle de los marcos cromados, de las luces rectangulares, del bómper de fibra de

vidrio, de la carrocería verde con franjas decorativas, de los rines de acero y de la ruidosa caja de cambios del Dodge Alpine de mi familia Magyaroff, que ha esperado en el segundo sótano a que pase todo esto: está intacto.

Plano picado, de unos 45 grados, de los combatientes del ejército a los que les han encargado la tarea interminable de encontrar el cuerpo del presidente de la Corte Suprema de Justicia.

Plano entero de mi mamá contándole a nuestra amiga Mirentxu, en el teléfono rojo de la mesa de noche de su habitación, que en la radio están diciendo que los magistrados están a salvo: «Gracias a Dios».

Primer plano del profesor Reyes Alvarado mientras escucha, en una emisora que puede ser Todelar o RCN o Caracol porque todas están narrando a ciegas, que un reportero fúnebre interrumpe los recuentos para aceptar que ha sucedido un error: todo parece indicar, según le dicen, que el magistrado Reyes Echandía fue asesinado a sangre fría por el comandante Almarales.

Plano medio, por encima de la mesa, del Consejo de Ministros: no sólo se están enterando de la muerte del presidente de la Corte —«¡que cese el fuego!», escuchamos, «¡nos van a matar a todos!»—, sino que están empezando a sospechar, cada cual a su tiempo, que han confiado demasiado en la fe brutal de los militares.

Plano americano del ministro de Justicia Parejo González, que se levanta de su silla, acezante, porque siente que todos los órganos vitales se le están cerrando: primerísimo primer plano de sus ojos espantados, extraviados, porque este país no va a poder reponerse de la barbarie que le contaron a medias ni va a perdonar que se haya permitido el exterminio de sus jueces.

Paneo de izquierda a derecha por las caras de los aturdidos ministros que poco a poco se van sintonizando con la idea de que no había otra manera de enfrentar el horror, «Tengo la honda convicción de que todo lo sucedido ha sido un magnífico homenaje a la democracia», «Las fuerzas armadas han defendido con plena convicción al Gobierno legítimo de Colombia», «Han muerto los magistrados, pero el sistema judicial se ha fortalecido», van diciendo como observados por la historia, hasta llegar a un zoom de la cara del presidente de la república: «Cuesta trabajo reconocer los propios errores», acepta, «a veces, como en el poema de Carranza, yo oigo voces que vienen desde lo alto, pero permítanme decirles, mis queridos ministros, que este horrible drama debe unirnos todavía más».

Ha habido renuncias atragantadas e indignaciones desde ayer hasta hoy. Pero ahora mismo se escuchan los aplausos unánimes del gabinete, que le reconoce a Betancur la serenidad que encuentra versos en las peores horas, y vamos a un plano entero de la vieja y agrietada escultura de bronce del presidente José Ignacio de Márquez que se encuentra en el patio de lo que fue el Palacio de Justicia: los aplausos se vuelven ovaciones, «¡bravo!», en el momento justo en el que a aquella estatua llena de pliegues se le cae la cabeza.

Son las 3:05 p.m. Tenemos enfrente un muro de soldados con los ojos aguados: «Antes de entrar, mi teniente nos dijo que no tomáramos prisioneros», suelta uno en voz alta. Nadie, ni Dios, puede pasar de aquí. Sólo las fuerzas militares de Colombia pueden

recorrer las ruinas del Palacio de Justicia, pero en una secuencia que resume la limpieza que se hace después del fin de la batalla, que es una traición a la verdad, nosotros vemos cómo esos hombres vestidos de militares avanzan en puntillas entre los despojos. Ya no hay divisiones entre las oficinas. El piso cruje porque es una suma de cenizas y vidrios. Hay cuarenta y ocho, cincuenta y dos, cincuenta y seis, sesenta, sesenta y cuatro cadáveres arrodillados desgonzados, suspendidos, bocarriba, bocabajo, sentados, de lado. Hay restos de anillos, de corbatas, de medias.

Por el camino de polvo y de vestigios, que recorremos por las escaleras desde la azotea hasta el patio, nos huele a carnes, a vísceras, a placas, a maderas, a cáscaras, a ropas, a carpetas quemadas.

El general Arias Cabrales, que no ha perdido el temple desde el principio de la retoma, debería estar agotado como cualquiera que haya vivido una jornada de veintisiete horas, y sin embargo su cuerpo, que a duras penas ha cabeceado y cerrado los ojos un par de veces, está despierto y erguido y concentrado en lo que viene. Nosotros, que creemos ser espectadores, que solemos pensar que las cenizas son el fin del incendio, llegamos a dar por terminada la batalla, pero la guerra no termina con el último disparo, sino con la última palabra, la última versión, y él da la orden de incautar el material de guerra, de concentrar en el primer piso del edificio los cadáveres que se vayan encontrando, de recoger la catástrofe, en fin, como quien manda a poner orden en una habitación.

No duda porque su oficio es no dudar. De acuerdo con sus pares, que hablan su lengua de pocas palabras sin adjetivos ni pasados, «erre», «cambio», «proceda», el general tarda unos cuantos

segundos en tomar esa decisión que va a durar toda la vida de todas las vidas: la decisión de levantar ya todo lo que haya muerto en el Palacio de Justicia.

Antes de que se aparezcan los funcionarios de la policía judicial. Antes de que se asomen los jueces de instrucción a hacer los levantamientos de los cadáveres. Era de esperarse, dirá el Tribunal Especial en unos meses, que la identificación de los cuerpos se cumpliera al tiempo que se recogiera una primera tanda de pruebas. Era de esperarse que se dejara entrar a las familias de los vivos y los muertos, que rogaban a los soldados —«déjeme entrar, amigo, mi marido trabaja en la cafetería»— en los márgenes de la Plaza de Bolívar: «Inexplicablemente, las autoridades militares no esperaron a que los competentes funcionarios de la investigación hicieran lo que legalmente les correspondía hacer», se leerá en las páginas del informe.

No se cumple ni una sola de las disposiciones del Código de Procedimiento Penal. No hay planos generales. No se evalúa ni se registra ni se deja quieta ni se hace inventario de la escena. No se persigue la evidencia. No se localiza a las víctimas. No se piensa dos veces antes de intervenir el lugar, no, no se anda con cuidado para no alterar lo que pasó, sino que se limpia el edificio entero, objeto por objeto, como si acabara de suceder una fiesta macabra.

Están poniendo todos los cadáveres en el patio, en filas y más filas junto a la estatua sin cabeza de Márquez, como reclutándolos, como manteniendo la disciplina, el orden y la unidad de los muertos. Esos de allá han sido despojados de sus prendas de vestir y de sus pertenencias. Estos han sido cuidadosamente lavados. De ese modo, entre el desmadre y la estupidez y la sevicia, se dificultará a más no

poder la tarea de los encargados de las diligencias: durante años y años y años —vemos, como pestañeando, una ráfaga de imágenes en las que los noticieros cuentan que se han encontrado por fin los huesos de algún cuerpo desaparecido— será imposible encontrar e identificar los restos de muchas de las víctimas.

Son las horas rápidas de antes de que oscurezca. Son las horas viles, torpes e ignorantes en las que empiezan la manipulación, el ocultamiento, el pacto de silencio que es el clímax de las batallas. El general Arias Cabrales camina con las manos atrás, omnipresente, por los cuatro pisos del desastre. El capitán Mejía Roa, de la Escuela de Artillería, sigue sus órdenes con anteojeras: sacar al personal militar, recoger a los muertos en todos los rincones, dejar los cuerpos sin nombres ni apellidos ni rostros allá abajo. Los jueces penales militares, los agentes de la Dijín, los señores de Medicina Legal hacen demasiado tarde, demasiado a medias, su tarea. El comandante de la Policía Vargas Villegas coordina de golpe, a la brava, el reconocimiento dactiloscópico de los cadáveres.

El soldado Carlos Arturo Monsalve Sánchez, un bogotano de diecinueve años libre e impulsivo, de la Escuela de Artillería, que les da vueltas y vueltas a las cosas, no recoge lo que quieren que recoja ni hace lo que sea que le estén mandando a hacer porque está buscando entre los escombros —«ay, Dios, que viva»— a su propia mamá: a la ascensorista Carlota Sánchez de Monsalve. Ve a unos de blusa blanca, de la Dijín, dedicados a quitarles la ropa a los cadáveres y a lavarlos con una manguera. Ve a los de la Cruz Roja removiendo restos quemados. Ve muertos intactos, vida hijueputa, sólo se les ven los tiros: «Oiga, soldado, venga, ayude a bajar cosas», le dice un agente de quién sabe qué, pero él no puede salir

de ahí sin encontrarse a su madre, hágame el favor, qué van a decirle sus hermanos.

Sigue a un par de bomberos que están tratando de ayudar, pobres, pobres ellos, pobres todos, porque esto es macabro y nauseabundo, y ya qué.

El leal, replegado, valeroso Armando Heliodoro Quijano Becerra, bombero de la estación de Puente Aranda, que lleva siete años en el grupo, busca prótesis, anillos, esferos, trozos de tela, credenciales, partes del cuerpo, entre el revoltijo del cuarto piso, y echa cualquier cosa que tenga sentido en bolsas plásticas. Pero de tanto en tanto el médico legista que da vueltas por ahí, que no se le presenta porque no hay tiempo para nombres, le pide que baje un cadáver al patio. «De tanto en tanto» no es la expresión adecuada: Quijano Becerra baja dieciocho cadáveres, quizás veinte, hasta que llegan los relevos. Muchos cuerpos, si no todos, están carbonizados. Hay un montón que sólo tienen el tronco: «Ni brazos ni piernas», murmura. Ha encontrado dos cabezas, pero no mira ni piensa porque su tarea es llevarlos de arriba abajo. A veces los baja en un platón. A veces se los entregan envueltos en la talega plástica, después de tomarles fotos y esculcarles los bolsillos, y los carga a brazo limpio.

Hay un cuerpo de los que baja, un cuerpo calcinado, desfigurado porque el horror sí sucede, que seguimos desde el Palacio de Justicia hasta el Instituto de Medicina Legal.

Vamos despacio, curva por curva, desde la carrera 8ª con la calle 11 hasta la avenida Caracas con la calle 7ª, hasta que entendemos que esa marcha fúnebre es el fracaso de una cultura.

La pintora Haydee Cruz de Velásquez mira fijamente un cadáver deshecho —«es uno de los más completos», le dice un hombre de

gafas gruesas y de bata— porque a estas alturas de la vida ya sabe que uno se la pasa tratando de hacer lo que le toca hacer. El cuerpo que tiene enfrente, en esa habitación blanca y más blanca, no tiene cabeza. Va desde el cuello hasta la mitad de los muslos. Tiene un pedazo de brazo. Sí es él, sí es el marido con el que lleva tres hijos y más de veinte años, sí es el magistrado Darío Velásquez Gaviria, que era un hombre grande, pero que, sobre todo, salió de la casa con un traje como el que tiene adherido a la piel ahora que ha muerto. Lo dice: «Sí es él». Y, agarrada de la mano de su hijo mayor, que también se llama Darío, Juan Darío, repite y repite en la mente —y a veces se le escapa en voz alta— que ayer estaba hablando con él cuando empezaron los disparos.

Hablaron varias veces: de qué iba a pasar, de cómo cuidar sus expedientes para que no se los tragara el incendio, de cuánto humo estaba llegándoles al cuarto piso. Y la última vez que lo llamó le contestó otra voz.

—¿Con quién hablo?

—Yo soy Luis Otero, señora, yo soy el comandante de esta operación —le aclaró, pero, en honor a la verdad, lo hizo sin altiveces—: no sé si usted sepa lo que está pasando.

—Sé lo que sabe todo el mundo.

—¿Y entonces qué necesita?

—Estaba llamando a un magistrado, pero ya no sé si está allí.

—No le pregunto a quién está buscando porque necesito esta línea desocupada.

Y colgó porque tenía que seguir explicándoles a los periodistas no sólo quiénes encabezaban la operación, comandante Otero, comandante Jacquin, comandante Almarales en el orden de

importancia, sino de qué se trataba esa historia: «Nosotros estamos pensando cumplir una tarea del pueblo y el M-19 que es tener toda una denuncia armada dentro de la Corte Suprema de Justicia para juzgar a este Gobierno por traición a los pactos de paz», le dijo al periodista José Israel Charry, del Grupo Radial Colombiano, para ese reportaje póstumo que yo, a mis nerviosos diez, me leí esta mañana en *El Tiempo*. «Estamos dispuestos a vencer o a vencer».

No puede ser que estén muertos todos los que estaban en esas oficinas. Qué traición de la vida. Qué traición de los unos contra los otros. Su esposo el magistrado Velásquez Gaviria, que tiene cincuenta y ocho años, que tenía cincuenta y ocho años, sigue siendo ese profesor sencillo de mirada resignada, de pelo ondulado, de abrigo negro y maletín repleto, que aprendió a jugar baloncesto y a querer al Atlético Nacional y a defender al Estado colombiano en Fredonia, Antioquia, como si supiera que su vida iba a ser esta desde el Concejo de Medellín hasta la Corte Suprema de Justicia. Sigue siendo el primero que llega al cuarto piso del Palacio de Justicia. Sigue siendo un genio del análisis probatorio. Pero, ante ese cuerpo profanado por la guerra, ella trata de hablar de él en pasado.

A continuación, de una vez, un inserto en el que el director del Instituto de Medicina Legal de Bogotá Egon Lichtenberger Salomon, que nació en Karlsruhe, Alemania, en 1921, pero vino a esta ciudad a los quince años porque dígame usted en dónde más podía uno esconderse del antisemitismo del Tercer Reich que se estaba tomando su país, nos mira fijamente mientras nos explica que la limpieza salvaje del Palacio de Justicia —hecha de afán entre la mala fe y la incompetencia— volvió imposible identificar a muchas de las víctimas:

—Al comienzo, llegaron cadáveres intactos, o sea, no carbonizados —dice mirándonos a los ojos con sus cejas pobladas, su pelo tupido, su boca fruncida, sus patillas pronunciadas y su mente lucidísima que van a vivir hasta los noventa y nueve años—, pero al segundo día, si mal no recuerdo, recibimos aproximadamente sesenta y cinco cadáveres en avanzado estado de carbonización, y, hasta donde recuerdo, todos los cadáveres no incinerados presentaban lesiones por armas de fuego, por esquirlas o granadas: los cadáveres carbonizados, que también presentaban evidencia de lesiones por arma de fuego, sólo pudieron ser identificados por pertenencias personales, fragmentos de ropa, estudios odontológicos, antecedentes quirúrgicos que figuraban en historias clínicas.

Se ha peinado hacia atrás como se peinaba en la Clínica de New Castle, en el Hospital Monte Sinaí de Nueva York, en el Hospital San Juan de Dios. Tiene puestas su corbata de nudo ancho y su bata de solapas cortas de patólogo. No suelta su sonrisa irónica, pero entrecierra los ojos como los entrecierra, concentrado e incansable, siempre que va a hacer otra autopsia.

—Los cadáveres del Palacio de Justicia empezaron a llegar desde el mismo día de la toma —explica con su tono de profesor que jamás va a dejar de ser estudiante—: me refiero al caso de un transeúnte que fue muerto en la carrera 8ª y de algunos miembros de la policía que fallecieron también en el primer día, claro, los demás cadáveres, cuyo número subía a alrededor de sesenta y cinco, llegaron el jueves 7 y el viernes 8, y el último cuerpo, que, según recuerdo, era un hombre calcinado que encontraron bajo un muro que se derrumbó, apareció el lunes 11 de noviembre a las seis de la tarde, pero yo quisiera comentar que la labor de identificación de los cadáveres se

vio dificultada porque hubo fallas en el levantamiento de los occisos hasta el punto de que, por ejemplo, algunos presentados como hombres resultaron ser de sexo femenino.

Vemos en silencio, sin ninguna voz que alivie el estremecimiento, una secuencia que resume el clímax de esa limpieza devastadora: seguimos a una señora que revisa hileras de cadáveres desfigurados; sentimos un poco de taquicardia, de corazón delator, mientras nos pasan enfrente unas camionetas panel de la policía que traen seis cuerpos deshechos, sin ataúdes ni sábanas, que bajan, arrastran y lanzan sobre más y más cuerpos deshechos en una fosa común de tres cincuenta por tres cincuenta en el Cementerio del Sur; somos testigos de cómo van cayendo muertos irreconocibles, y miembros gangrenados, y desechos de hospitales, entre capas de tierra y capas de cal y capas de tierra y capas de cal.

Y volvemos al rostro ensombrecido del doctor Lichtenberger Salomon: esa cara adusta de maestro que ha sido maestro desde joven, pero que ahora es, además, una cara derrotada.

Nos perdemos su humor negro porque ni siquiera él, que es capaz de los chistes más tajantes, puede ver de lejos la debacle del Palacio de Justicia. Nos queda clara, por supuesto, su compasión con todo lo que vive y ha vivido.

Y su apellido, que ha huido del holocausto judío, un apellido que quiere decir «la montaña de la luz», resulta ser una verdad.

Subrayamos sus palabras, que nos revelan la relación que hay entre enmascarar, callar y olvidar, con una secuencia en la que un grupo de soldados recupera entre el rastrojo de la batalla una cantidad de armas de las fuerzas militares —las van echando en bolsas de basura— empuñadas por los despojos mortales de los

subversivos. Terminamos con un encuadre de los ojos del coronel de la Policía Pedro Antonio Herrera Miranda: él, que insistirá en la versión de que fue el presidente de la Corte quien pidió el sospechoso e inverosímil retiro de la vigilancia del edificio, recoge no sólo una billetera de lona llena de fotografías de los guerrilleros de la toma, sino el arma de dotación del sargento que escoltaba, precisamente, al magistrado Reyes Echandía: «¡Que cese el fuego, por favor!», escuchamos de nuevo.

Y es como si cayéramos en cuenta de que el género de todo esto ha sido y es la pesadilla, pero nadie se va a despertar.

Y es entonces cuando empieza a pasarnos el tiempo, y se oscurece y se despierta y se nubla y se atardece y se apaga y se aclara Bogotá desde las ventanas rotas del Palacio de Justicia, porque se nos van yendo el jueves 7, el viernes 8 y el sábado 9 de noviembre de 1985.

El general Samudio Molina, que morirá justo cuando yo esté a punto de terminar el guion de este mural que empieza con su visita a la Sección Tercera del Consejo de Estado, recorre el lugar cuando están en el caótico levantamiento de los cadáveres: «Yo permanecí en mi oficina, pendiente de la operación y a la espera de instrucciones concretas y concisas que nunca llegaron, porque jamás me llamaron del palacio presidencial para que hiciera parte de la sesión extraordinaria del Consejo de Ministros», dirá cuarenta años después, a los noventa y dos, a W Radio. «Pero vi muerto al vigilante amable que el día anterior, el miércoles en la mañana, me

había indicado dónde quedaba la Sección Tercera: estaba tirado en la entrada». Lo vemos. Nadie lo ha tocado. Nadie lo toca.

Y la medida del horror es que resulta un consuelo que tenga los ojos cerrados.

Desde el viernes a las 11:10 a.m. una romería de sobrevivientes de la barbarie, de consejeros de Estado, de magistrados, de abogados asistentes, de magistrados auxiliares, de familiares, de periodistas, van a ver las ruinas para comprobar que no fue, sino que es, una pesadilla.

Van juntos. Van cerca los unos de los otros, sin soldados que les impidan revolver esas gruesas capas de vestigios y de cristales, porque nadie más entiende qué se siente sobrevivir al fin del mundo.

La abogada liberal Amelia Mantilla Villegas describe para sí misma a su esposo tan amado: el magistrado auxiliar Emiro Sandoval Huertas, de treinta y dos años, tenía estatura de arquero de fútbol, se gastaba la plata en novelas porque vivía becado, se partía el alma para sacar adelante sus libros de penalista, le escribía poemas porque vivía enamorándose de ella, abrazaba a su pequeña hija como un gigante bonachón y vivía agradecido con el doctor Reyes Echandía por nombrarlo en todas partes. Y la abogada Mantilla repite y repite ese retrato de su marido a ver si de pronto se lo encuentra debajo de las ruinas de este cuarto piso en el que nada queda en pie: «Nunca olvidaré cómo estaban los cadáveres, no, porque estaban uno sobre otro en dos filas rectas como si hubieran estado de pie uno junto al otro cuando la muerte los tomó por sorpresa», le dirá a la periodista Carrigan cinco años después.

Y décadas más tarde, cuando los periódicos y las revistas hagan entrevistas en video, cuando ella, que tenía veintiocho años el día

perpetuo de las tomas, sea una eminencia de sesenta y ocho que recorrió la rama judicial hasta ocupar la presidencia del Consejo Superior de la Judicatura, concluirá con su voz firme, pero conmovida —el escenario es la Feria Internacional del Libro de Bogotá— que «cuarenta años después esta sigue siendo una herida que no ha sanado porque es desconocida tanto por las generaciones pasadas como por las generaciones actuales: el Estado lleva décadas tratando de ocultar lo que pasó, que fue el pisoteo de la justicia y la guerra en la ciudad, pero es gracias a la lucha permanente de las víctimas que se ha permitido que estos hechos no mueran».

Está claro que entraron arrasándolos a todos. Está claro que sólo queda dar con objetos personales, como dijo el doctor Lichtenberger Salomon, si se quiere saber quién es quién en ese escenario derruido de noviembre de 1985.

Ese cadáver bocabajo tiene entre el bolsillo del chaleco el carnet de la Facultad de Derecho del magistrado Reyes Echandía, el jefe de su marido. Y entonces lo apartan en un rincón renegrido para que un encorbatado con una pequeña jarra en la mano le derrame encima un líquido que lo incendia. Ella lo ve, sí, lo está viendo. Ella se queja con todos los que se están quejando: «¿Qué están haciendo?», gritan, «¿cómo se les ocurre?». El piso ha vuelto a encenderse porque el presidente de la Corte Suprema de Justicia es un cuerpo de fuego. Un funcionario de la morgue, sintonizado con el propósito de desaparecer los rastros y reducir la trama a sus planos generales, tratará de evitar que se tomen radiografías, y no obstante se tomarán: la bala que entró en el pecho de Reyes Echandía no fue disparada por el M-19.

Vemos la imagen negrísima y brillosa: el proyectil militar entre los huesos. Y regresamos, con la sensación de desconsuelo de las guerras, al tembloroso peregrinaje entre los escombros.

Hay varios reporteros de varios medios que anotan en sus libretas que los agentes del Estado han estado arrumando los cadáveres en el patio. La periodista judicial Julia Navarrete Mosquera, que ha cubierto la toma para el noticiero *Alerta Bogotá*, de Caracol Radio, desde los primeros disparos del miércoles, se pone a mirar las tazas de café que quedaron servidas en las mesas de la cafetería —«Dios mío: está intacta», piensa— en la que solía almorzar todos los días: durante las cuatro décadas que vienen, convertida en una autoridad en su campo, defenderá ante todos los tribunales una y otra vez que vio salir con vida a muchos de los muertos que desaparecieron y a muchos de los muertos que encontraron después.

El periodista Germán Castro Caycedo trata de sacudirse la imagen de un camión lleno de cadáveres, de pies rotos y muecas de último minuto, a la salida del Palacio de Justicia. Avanza con el querido Fernando Gómez Agudelo, el presidente de RTI Televisión que ya es parte de su familia, entre el hueco caliente, ennegrecido por las llamas de la noche anterior. Van buscando al abogado asistente Carlos Horacio Urán Rojas, su amigo, su vecino para siempre, que tiene que estar vivo, santo Dios, cómo puede estar padeciendo esto un espíritu que cree fervorosamente en Jesucristo, y qué sentido puede tener este drama. Tose el humo y la pólvora. Qué extraño es estar buscando a un amigo el día en el que uno no lo quiere encontrar.

La entristecida Yaneth Beltrán Forero, asistente de la oficial mayor de la Secretaría del Consejo Hilda Díaz de Agudelo, se ha quedado

viendo un reguero de tarros de leche condensada y de toallas higiénicas, pero se espabila, «venga, venga», porque el amigo que la está acompañando pasa de largo hacia el primer piso. Suben las escaleras maltrechas. Llegan a la planta de todos los días. Beltrán se pregunta si se habrá salvado su cadena de oro con el dije de trébol. Camina como puede porque los tacones se le hunden entre el suelo de escombros. Ya aquí huele a quemado. Ya aquí sólo queda su archivador metálico, de color verde militar, con el cajón medio abierto. Allí está, derretido, el forro que le compró a la lavadora. Pero no está su cadena ni la va a buscar nunca más.

El consejero de Estado Betancur Jaramillo llora, ante las grietas de ese tribunal vuelto anfiteatro, cuando un soldado le confirma que en aquella bolsa negra de polietileno han echado los restos de algún magistrado: «El presidente de la Corte», dice. El secretario del Consejo de Estado Quiñones Pinilla encuentra su libreta de apuntes entre el olor insoportable de la oficina en la que se pasaba las jornadas. El magistrado auxiliar Pájaro Peñaranda se queda viendo los huecos en las placas del entrepiso. El magistrado Tapias Rocha regresa al baño al que sobrevivió, y es un matadero, dice, porque hay sangre en el techo, en los inodoros, en el orinal en el que estaba sentado Almarales. No hay aire. No respira bien en el derrumbamiento. Agradece estar vivo.

Nuestra amiga Mirentxu, nuestra segunda madre Miren de la Lombana de Magyaroff, magistrada del Tribunal de Cundinamarca, va con el consejero Mora Osejo a recoger el Dodge Alpine en los sótanos del Palacio de Justicia. Volvemos a la escena del miércoles en la que el abogado Iván Magyaroff, su marido, que entonces es mi otro papá, lo parqueó en el garaje como siempre y salió de ahí unos

minutos antes de que empezara la toma. Y ahora volvemos al presente. No es él, Iván, que cuida ese carro verdoso como se cuida una vida, quien ha ido a reclamar el carro. Es ella, Mirentxu, porque los papeles están a su nombre. Su rostro tan noble hace lo mejor que puede para evitar los lugares comunes. Al mal paso darle prisa.

Está inscrita en una lista especial, «Miren de la Lombana de Magyaroff», luego de llenar un formulario. Y la han citado a la pobre la primera mañana del fin de semana, a las 9:00 a.m. para ser precisos, en la boca rota del parqueadero de la carrera 8ª. Va en silencio junto con el doctor Mora, los dos nomás, escoltados por un soldado sudoroso que trata de llevar las cuentas en una libreta, con ese escalofrío en el cuello y en los hombros que lo empuja a uno a salir rápido de un sitio en donde hubo mucho miedo. Huele a plástico achicharrado y a hierro retorcido. No hay nada que decir mientras el muchacho uniformado los conduce, «Dodge Alpine verde, Dodge Alpine verde…», hasta el sótano que queda debajo del piso de entrada.

—El segundo sótano —nos aclara Iván.

—El segundo —nos explica Mirentxu—: el que queda debajo de esas tejas.

Entre la luz de la sala de urgencias, de un par de lámparas blanquecinas que han instalado para abrirles paso, ven sano y salvo al Dodge Alpine. Tiene una rozadura de bala en el capó que apenas se nota. Nada más. Y no es sólo un carro, sino la máquina verde con una raya amarilla que nos ha llevado tantas veces por las carreteras de aquí a Girardot: «Esta es la Nariz del Diablo». Se ve vivo el pobre, aunque sea imposible, porque está al final de un callejón de chatarra y automóviles carbonizados. El doctor Mora Osejo, que no es el

mejor conductor del país, sube al volante. Tarda un par de salidas en falso en dominar la caja de cambios que sólo Iván entiende. Tiembla un poquito. Trastabilla. Frunce la frente. Estamos con él en el aturdimiento.

—Pero cómo no nos había contado eso, anciana —le reclama mi mamá a su amiga—, qué suerte.

—Sólo un rayón —interviene Iván, en el rugoso sillón de flores, con las cejas levantadas y la sonrisa de par en par.

Cuenta que, apenas el carro volvió a sus brazos, se dedicó a lavarlo para quitarle el hedor de todo lo que se quemó allá arriba. Ya está a punto de oler al mismo ambientador de siempre. Pero no consigue terminar su parte de la historia porque Miren Vitore y yo, los niños de esa familia, comenzamos a jugar a caminar por encima de él, como siempre, y se ve obligado a gritarnos «¡salvajes, primitivos!», y entonces mi mamá y la amiga que tiene desde los cinco años empiezan a hablar alguna cosa en voz baja que no alcanzamos a escuchar, y mi papá apaga el cigarrillo y se levanta de su sitio, pues lleva ya unos minutos tamborileando en un brazo del sofá rojo que da la espalda a la ventana de la sala, y les pregunta a los otros si quieren más café.

Es la última. Pues un rato después, a las 7:15 p.m. según el reloj de números verdes del tocadiscos, se están yendo los tres. Yo los acompaño hasta la puerta del apartamento porque siempre me da tristeza que se vayan. Adiós, amigos, adiós. «Yo ya me voy al puerto donde se haya la barca de oro que habrá de recibirme…», canta Iván y su voz retumba en el hall de baldosines dálmatas del sexto piso y por todo el Edificio La Gran Vía, y Mirentxu le dice «sumercé…» como diciéndole chito. Se están metiendo al ascensor

con sus tres chompas y sus tres bufandas, y es una suerte tenerlos y que no les haya pasado nunca nada. Tac, tac: se han ido en el elevador. Ya están por bajar: 6, 4, 2. Alcanzo a verlos subiéndose al Dodge Alpine que se ha salvado por tan poco.

Y les digo hasta luego desde la ventana y mi mamá se aparece por acá a hacer lo mismo, y todo termina en que nos vemos en la necesidad de decir «ay, no nos vieron».

Yo doy zancadas hasta mi cuarto porque mi papá se ha puesto a lavar los platos, y quién quita que me pida el favor de secarlos. Me siento en mi cama, en el lado derecho de la habitación, sobre el cubrelecho de cuadritos azules y rojos. Y mi hermano, que está en la suya leyendo su *Sobre héroes y tumbas*, se voltea a decirme que no deja de ser muy raro que desde la ventana de este cuarto pueda verse la caballeriza en donde martirizaban a tantos cuando éramos chiquitos: «Puta, torturaban y mataban aquí al lado», dice. Y luego, cuando yo ya he dado por seguro que no va a hablarme más por hoy, pues se ha puesto a subrayar ese libraco verde, me dice con su voz de hermano mayor «pobre mi mamá que ya le han matado a dos hermanos».

—Qué raro, sí, qué triste —le digo yo como si por fin hubiera entendido su frase y la marcha fúnebre y triunfal que vimos después de las tomas.

Regresamos a la tarde del jueves 7 de noviembre de 1985: desde la ventana de nuestro Edificio La Gran Vía, que es una mole gris y escarpada como una fortaleza inútil, mi papá, mi mamá, mi hermano y yo vemos una muchedumbre de pañuelos blancos gritándole vivas al desfile del ejército que se dirige triunfal a los cuarteles de la Brigada XIII en el Cantón Norte, que se ve desde aquí, pero, quizás

porque hemos crecido a un grado de separación de tantos interrogados entre el agua helada, quizás porque la voz de Lisandro Romero, la voz de cada domingo, ha muerto a la salida del baño del entrepiso, ninguno de los cuatro entiende bien qué se está celebrando: primer plano de los ojos grandes y encharcados de mi mamá porque son los mismos ojos que salen en *El Tiempo* el día en que le mataron a su hermano mayor.

Vemos los tanques fatales que avanzan a sus anchas. Vemos a un niño en los hombros de su padre. Vemos a una señora con los dos brazos levantados. Escuchamos los vivas que se piensan dos veces cuando se ve lo que les ha ocurrido a los jueces.

Nos quedamos quietos allí, vueltos una silueta de cuatro personas que sólo dicen la mitad de lo que piensan, hasta que la marcha se nos pierde de vista.

Ya han empezado a pasar las horas, los días, las semanas, los meses, los años y las décadas que vivirán los deudos y las víctimas en la búsqueda de las cosas que perdieron allá adentro.

Y todos los que estamos vivos hoy empezamos a envejecer pensando y pensando que esto pasó ayer.

Es la tarde del jueves 7 de noviembre de 1985. Ni adentro ni afuera ha quedado piedra sobre piedra. Todo el mundo está buscando el rastro de todo el mundo en este tramo del mural. El capitán Luis Gabriel Bayona Borrero, de la Sijín, ha ido desde la Plaza de Bolívar hasta esta casa de dos pisos abandonada en la calle 6ª # 8-42 sur: en una llamada anónima en pleno aturdimiento —un hombre de voz aguda— se ha revelado la dirección exacta en la que

la gente del M-19 estaba escondiéndose antes de arrancar para el Palacio de Justicia. El diestro e incansable capitán Bayona Borrero, que adora a la policía como a una nación, encabeza a un grupo de la unidad de investigaciones criminales que está tratando de entender qué pasó: la gente del barrio, desde el señor del garaje hasta la muchacha de la tienda, ha coincidido en que «esos jóvenes y esas personas de esa casa» se fueron en la mañana del miércoles en un camioncito y jamás volvieron.

Las ventanas del segundo piso están abiertas. Las llaves están del otro lado de la puerta, pero a punta de maña logra darle vuelta a la chapa. Recorre el escondite sin tomarse el tiempo de respirar hasta dar con un solar entejado en el que han dejado los papeles del plan de la toma, por Dios, todo está aquí: los alias, las armas de cada combatiente, las cajas de los radioteléfonos, los elementos para fabricar bombas, las ropas regadas en las esquinas de las habitaciones, los colchones delgados y abandonados y sin cobijas, los panfletos del M-19, pero sobre todo las páginas —las vemos una por una, despacio, sin ruidos de fondo— y más páginas en las que está clarísimo el guion que luego ha sido una puesta en escena sangrienta.

Primero está descrita la maniobra: «1º Desplegar y dislocar unidades consolidadas con alta capacidad ofensiva, con la más elevada decisión de aniquilamiento, por las cinco escaleras del sótano hacia el copamiento de los tres primeros pisos» y «2º Garantizado el control absoluto del objetivo, vencido y/o aniquilada la resistencia del enemigo, asumir la defensa de la posición para el combate en defensa del edificio». Se desplazarán tres vehículos: el primero, en el que viajarán cuatro compañeros con dos metras y dos

fusiles, será la vanguardia; el segundo, en el que irán catorce con los explosivos, llevará al mando general; el tercero, en el que se apretarán diez más, será la retaguardia.

Recreamos paso por paso el plan de la toma, la Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre que el comandante Fayad le encomendó al comandante Otero, como si la realidad fuera la imaginación.

El primer pelotón armado hasta las vísceras, con sus cuatro escuadras conformadas por "Levy", "Diana", "Mario", "Mateo", "Chucho", "Andrés", "William", "Nohora", "Pedro", "Marcela", "Pacho", "Bernardo", "Ismael", "Esteban", "Aldo", "Leonor", "Roque", "Natalia", "Mariana" y "Pilar", «aniquila las fuerzas del enemigo en el sótano para garantizar la defensa impenetrable de los únicos lugares de acceso». El segundo pelotón con sus dos escuadras cargadas de granadas, la suma de "Lucho", "Adán", "Iris" "Eduardo", "Antonio", "Fabio", "Patricia", "Michel", "Paula", "Betty", "Andrés", "César", "Esteban", "Orlando", "Juan", "Jorge", "Claudia", "Profe" y "Mono", asume la misión fundamental de concentrar a los rehenes en las salas de sesiones.

Volvemos entonces, en la tarde de ese jueves, a los uniformados que por órdenes de sus superiores cazan colombianos que les suenan revoltosos, y volvemos a las gentes que buscan a las gentes que les quitaron de golpe.

Volvemos, en fin, a los devastadores hechos, a los planes vueltos mierda, a los infortunios de esta tierra que habrá de tener un respiro: estamos ante la silueta picoteada, mordisqueada y chamuscada del Palacio de Justicia.

Por un momento vemos, en una sucesión de imágenes que se van disolviendo, la historia de los tres tribunales construidos a unos pasos de la Plaza de Bolívar.

El primero, que tiene un portalón principal de cuatro metros de alto por tres metros de ancho, en una esquina achaflanada, enmarcado entre dos cariátides vigilantes bajo un dintel en el que se lee JUSTICIA, consiguió simular la majestuosidad de la justicia: construirlo fue, como siempre en Bogotá, un pulso de egos de arquitectos y de políticos que empezó al principio de los años veinte y terminó en la mitad de los años treinta, pero todas las controversias y los desdenes de los bogotanos dieron igual cuando los presos fugados de las cárceles lo saquearon y lo incendiaron en la tarde del Bogotazo. El segundo, que se pensó como un panóptico macizo y hermético que nunca más pudiera vivir otro viernes 9 de abril, es este monumento al infierno en el que los uniformados siguen removiendo escombros y objetos perdidos para siempre. El tercero, que se negará a recordar este búnker y simulará que todos somos bienvenidos en sus pasillos y pensará modos concretos para que los fantasmas de la toma puedan por fin salir de allí —pero también tendrá una parte superior en la que podrá leerse COLOMBIANOS, LAS ARMAS OS HAN DADO LA INDEPENDENCIA, LAS LEYES OS DARÁN LA LIBERTAD—, será el escenario en el que los deudos reclamarán mes por mes, año por año, década por década, a los desaparecidos.

Y, desde este miércoles 6 hasta este jueves 7 de noviembre de 1985, somos testigos oculares de lo que les está pasando a tantos y a tantas que han sido vistos como sospechosos y como guerrilleros

por los ojos desorbitados de ciertos militares en la vieja Casa del Florero que en cambio jamás se viene abajo.

Sí, oímos, muertos de miedo, un par de voces desquiciadas que sueltan las frases «tenemos todos sus datos y los de su familia» y «es mejor que usted no sepa nada ni haya visto nada» y «sentí más temor allá que en el Palacio de Justicia».

Luego tenemos enfrente los primeros planos de las caras de las víctimas mientras recuerdan por nosotros lo que nos ha pasado:

El abogado Orlando Quijano cuenta que le hicieron responder una serie de preguntas inquisitorias con las manos en la cabeza porque creían que era del M-19, lo llevaron a las instalaciones de la Brigada XIII en el Cantón Norte para meterlo en un cuarto oscuro durante varias horas, y luego, en el Teatro Patria, lo dejaron ir si juraba silencio. El citador Héctor Darío Correa Tamayo dice que le dieron patadas por pura sospecha, que los agentes se emocionaban cuando él lloraba, que se salvó dos veces de morir a punta de golpes porque la guerrillera Irma Franco les aclaró que él no era compañero de ella y el jefe de escoltas del magistrado Patiño Roselli les dijo «yo respondo por ese muchacho». El conductor Aristóbulo Rozo acepta que hizo parte del grupo de choferes que se llevaron al Cantón, en una camioneta del ejército con una cruz roja pintada, para ser interrogados en el piso —«nos daban culatazos»— como prisioneros: «¡Digan la verdad, hijueputas, por qué están pintados si no son guerrilleros!». El conductor Jaime Arenas acepta que estaba esperando la muerte en un cobertizo de caballos, desnudo, golpeado, humillado entre el llanto, cuando el tipo que había estado pateándolo con los dientes apretados le gritó «vístase y lárguese». El magistrado auxiliar Pájaro Peñaranda insiste en que tres tipos con

ametralladora se le acercaron cuando le estaban tomando unas radiografías, en la clínica de la Caja Nacional de Previsión, para llevárselo a la fuerza por guerrillero, pero su médico logró evitarle lo peor.

Un soldado honorable de apellido Cardona se atreve a recordar sin titubeos que llevó desde la puerta del tanque hasta la Casa del Florero a un montón de personas que estaban relacionadas con la cafetería.

La trabajadora e idealista Luz Dary Samper cuenta que ocho días después una voz gruesa del B2 la llama a la casa a decirle que su marido, el chef David Suspes Celis, de veintiséis años, que de 5:00 a 11:00 p.m. trabaja en Carulla, y se ha ganado a pulso su fama de buena gente y tiene una hija de dos años, ha salido del Palacio de Justicia con su traje color camel con los brazos en alto y ha sido torturado en el Cantón hasta la muerte: ella luchará todo lo que se puede luchar, irá al *Noticiero de las 7* a pedirles que muestren las imágenes de los desaparecidos, pero una señorita les pedirá que dejen pasar un tiempo porque han recibido una serie de llamadas en las que les anuncian que si siguen escarbando van a tener que ponerles una de esas bombas que van a ser usuales en los años que vendrán.

La auxiliar de cocina Rosalbina León se lamentará, de cara a Dios, pues su hija Luz Mary Portela León la estaba remplazando ese día porque ella andaba muy enferma: de Luz Mary, una mujer de cabello castaño, tez blanca, ojos claros, nariz grande y lunar en el pómulo derecho, de veinticinco años, se sabrá que no se sabe mucho más aparte de que la vieron con vida después del desastre, pero treinta años después el Instituto de Medicina Legal tendrá herramientas e

informaciones para identificar sus restos, y su hija Rosa María Cárdenas, que tiene seis años en 1985, dirá a *El Colombiano* de noviembre de 2016 «es que nosotros no somos una cifra, no somos un número más, sino que somos familiares de carne y hueso que hemos entregado la vida a luchar por buscarlos».

La lavandera María Inés Castiblanco está absolutamente perdida porque nadie le dice nada sobre el momento en el que su hermana, Ana Rosa Castiblanco, una auxiliar de cocina de treinta y un años que tiene ocho meses de embarazo de su tercer hijo, fue graduada de sospechosa por los organismos de inteligencia: treinta años después, luego de que los restos de Ana Rosa aparecieran en la fosa común del Cementerio del Sur de Bogotá, luego de una sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos que condenará al Estado colombiano por la actuación devastadora y cruel de sus agentes, el conductor Jaime Buitrago reconocerá en un video a la trabajadora y vital auxiliar de cocina —con el delantal verde sobre la barriga de embarazada— alzada por un hombre de vestido beige.

La artista Pilar Navarrete Urrea, esposa del mesero Héctor Jaime Beltrán Fuentes, de veintiocho años, advierte que al día siguiente de la toma un señor de inteligencia del ejército le dijo por teléfono que le daba mucho pesar que estuvieran torturando a esa gente: «Hasta el sábado después de la toma estaban vivos», le dice. El padre, un constructor que también se llama Héctor, que trabaja en la ampliación de la vía de Bogotá a Girardot, busca a su muchacho en las bandejas de muertos de Medicina Legal —ve cadáveres desnudos, descuartizados, achicharrados— y siempre lo buscará, y tendrá que convivir con las amenazas de muerte, con la indignación

ante la falta de condenas por esas desapariciones, con el hecho de que jamás investiguen al M-19.

La trabajadora Elvira de Esguerra, madre de la proveedora de pasteles de la cafetería, aquella Norma Constanza Esguerra, de veintinueve años, que «en la vida real es una niña sorprendentemente buena», va a la Escuela de Caballería a preguntar qué es lo que está pasando con esta gente que es una gente inocente: su hija Norma Constanza, que está agripada, que lleva el pelo corto y recortado, y anda con un buzo vinotinto, una chaqueta de gamuza y unos bluyines, está desaparecida —ay, para qué se devolvió de Estados Unidos a estudiar pastelería, y qué va a ser de su bebita de veintiocho meses—, y un soldado parado en la calle, conmovido, angustiado por no tener un grado más alto, le ha dicho que la tienen aquí.

El comerciante Rómulo Anzola, padre de la abogada Gloria Isabel Anzola de Lanao, de treinta años, oye una y otra vez la voz anónima que les repite en todos los números telefónicos que tienen que su hija está siendo torturada en el Cantón Norte: vemos a la brillante e inocente Gloria Isabel mientras parquea su carro en el puesto número cuarenta y dos de los sótanos del Palacio de Justicia; capta que ha empezado la toma; sale con los rehenes de la cafetería; es empujada a las caballerizas en las que suelen torturar a los altivos, y luego de tres días de humillaciones impensables e inimaginables —tratamos en vano de verlas— se sale de su cuerpo porque ya es mejor morir, y su hermana María Consuelo revisa cadáver por cadáver, junto a los cinco cuerpos sin cabeza que tuvieron que despegar, y el único que tiene huesos de la cara tiene caninos, y Gloria no los tiene, no los tenía, no los tiene.

El transportador Bernardo Beltrán Monroy, padre del mesero de veinticuatro años Bernardo Beltrán Hernández, graduado del curso Bar y Restaurante del Sena, que su hermana no sólo vio salir con vida del Palacio de Justicia en las imágenes de la televisión, sino que oyó salir sin rasguños porque Yamid Amat dijo espantado en Caracol que «un Bernardo Beltrán» va entre la gente evacuada, vive y revive en presente el momento en el anfiteatro en el que su hijo mayor se arrodilla entre una tandada de treinta y pico cadáveres a abrazar a uno de piernas velludas porque piensa que esas son las piernas de su hermano: «No es Bernardo», le dice él, el papá, en el último intento de ser un hombre a la altura de estos tiempos de guerra, «porque su hermano no tenía tatuaje en ninguna parte».

La activista desplazada Maritza Casallas Lizarazo, hija de la auxiliar de cocina Gloria Stella Lizarazo Figueroa, encargada del autoservicio de treinta y un años, que daba la vida por sus niños, recuerda que ocho días antes su mamá la llamó —porque por esos días vive con sus abuelos— a pedirle con voz de despedida que se portara juiciosa como ha sido hasta ahora y que le prometiera que va a ser una gran persona, pero ninguna de los dos se imagina que la hija reemplazará a la abuela en la búsqueda de la madre: «Si ella estuviera viva, en treinta años ya nos habría dado una señal», confesará a *El Tiempo*. «Estén o no estén en prisión los oficiales de la retoma, que muchos no tuvieron toda la culpa porque recibieron órdenes de otras personas, yo lo único que espero es que me quiten la incertidumbre de saber dónde está mi madre».

La restaurantera Cecilia Saturia Cabrera Guerra, esposa del administrador del lugar, Carlos Augusto Rodríguez Vera, tiene claro que una voz deshecha llamó a sus suegros a decirles que había

dejado en las oficinas del *Noticiero de las 7* un casete con las palabras sueltas de los torturados: «Sé que mi hijo salió vivo e indemne del Palacio y se dirigió a la Casa del Florero con un sujeto del Servicio de Inteligencia Militar que lo hizo subir al segundo piso», continúa Enrique, su padre, «y un famoso coronel le mandó a poner esposas, le rompió la cara frente a un montón de testigos y ordenó llevarlo a los cuarteles de Usaquén a que lo torturaran durante tres días a ver si confesaba qué estaba haciendo allá adentro».

El ingeniero René Guarín, el hermano menor de la cajera Cristina del Pilar Guarín con el que un día empezaré a escribirme, habla de un anónimo que les describió la grabación perdida: unos supuestos agentes, indignados por el procedimiento, cuentan que los desaparecidos terminaron en unas canecas con ácido «para que no quedara cuerpo que enterrar», y allí arranca la lucha de los tres, de su papá, su mamá y él, llena de cartas a los gobiernos, de doscientos poemas a la hija desaparecida, de caminatas por el centro de Bogotá a ver si aparece el rostro en la multitud de rostros, de videos en los que sale viva con la falda escocesa, de funciones estremecedoras de *La Siempreviva*, de pelearse la justicia porque «en Colombia no se puede quedar uno sentado esperando a que ella llegue».

El comerciante Rafael María Oviedo Acevedo, padre de la recién graduada de bachillerato Lucy Amparo Oviedo Bonilla, su niña mimada que daba órdenes a los hermanos mayores porque ha nacido vieja y ya tiene dos hijos a los veintitrés años y sueña con estudiar Derecho para hacer una carrera en la rama judicial, repite que durante el miércoles y el jueves de este horror se ha sabido que ella está viva porque los soldados que les han contestado en la Casa

del Florero les han respondido «¿Lucy Amparo Oviedo?: sí, aquí está y está bien», y, sin embargo, tendrán que pasar tres décadas para que les entreguen tres vértebras del tamaño de tres monedas viejas, y los hermanos Oviedo Acevedo le contarán a *El Tiempo*, «para desatar un nudo amarrado por el miedo», que son desplazados de la violencia bipartidista en el Tolima, que el hijo mayor de Lucy se le abrazó a las piernas larguísimas porque no quería que lo dejara solo con su hermanito ese día y que serían capaces de perdonar si les dijeran la verdad: «A mí no me sirve que estén en la cárcel», dirá Damaris antes de entrar al funeral de los restos, «lo único que me interesa es que me digan realmente qué pasó con mi hermana».

Debería ser así. Pronto, muy pronto, si la idea es evitar el envenenamiento de la sociedad cuando se insiste en la versiones oficiales, si la idea es liberarnos del trauma que se enquista cuando se desprecia nuestra historia, tendría que subirse al escenario del país un comandante de las fuerzas armadas o un presidente de la república a dar la orden de que nadie niegue la paranoia ni la sevicia que se dio en la batalla: a decirnos a todos que están plenamente convencidos de que hay que ganarles sin ambivalencias ni piedades la guerra a los asaltantes del M-19, y que esas razones de Estado han traído terribles daños colaterales y desmanes y regodeos en la violencia, y ojalá la guerrilla también saliera a decir «nosotros hicimos lo que creemos que hay que hacer» para que los espectadores —«los otros», «los demás»— por fin no sepamos qué creer ni qué pensar de este mundo plagado de razones.

Pero hoy, de cabeza en esta tarde de jueves que sigue siendo tarde de confrontación, de Operación Rastrillo, es demasiado

temprano para decir la verdad, para dejar de portarse como si tuviera sentido el sinsentido.

Es demasiado temprano, asimismo, para ser descarnado, para ser justo. Está claro en un intercambio impasible, en los radioteléfonos de las fuerzas armadas, entre el coronel del B2 Sánchez Rubiano y el mayor del Ejército Sadovnik Sánchez. *Arcano 2*: Capturamos a una guerrillera: una sujeto, abogada, que ya fue reconocida por todo el personal. *Arcano 5*: Bueno, usted sabe bien qué hacer porque las órdenes son perentorias: si no está la manga, que no aparezca el chaleco. *Arcano 2*: Recibido.

Están hablando de la guerrillera del M-19 Irma Franco Pineda. Que vimos salir hace un buen rato camuflada entre las rehenes, pero, a diferencia de su compañera Clara Elena Enciso, que ha conseguido hacerse pasar por funcionaria de la justicia, escaparse, bañarse, perderse, ella está varada en el segundo piso de la Casa del Florero.

Hay gente abrumada en el patio, en el oratorio, en la Sala del Florero, en la Sala de los Próceres, en la Sala de la Junta Suprema, en la Sala de Antonio Nariño, en la Sala de Bogotá, en la Sala de las Heroínas, en la Sala de Bolívar, pero a ella la han arrastrado del pelo hasta el Salón del Acta de Independencia.

Va descalza, hombre, eso es lo de menos. Trata de mantener el pulso. Trata de temblar sin que se note. Trata de sobrevivir a este vaivén que va del pavor a la furia. Repite un par de verdades en medio de las intimidaciones: que ella es una estudiante de Derecho que está preparando material para su tesis de grado y que ella era la que más le pedía al comandante Almarales que se rindiera. Y,

mientras se pide a sí misma esta cara de no deberle nada a nadie, mientras la van minando pregunta por pregunta hasta sacarla de la Casa del Florero hacia las ocho de la noche de este jueves, mientras es torturada hasta morirse en una van de color café por los lados del barrio San Cristóbal, una serie de voces nos describen su suerte.

La del conductor José William Ortiz recuerda haberla señalado cuando el personal de seguridad le mostró la cédula: «Es una de las que nos cuidaban en el baño».

La del soldado Édgar Alfonso Moreno Figueroa acepta que ella le pidió el favor de que le contara a su familia lo que le había pasado.

La del celador del museo Francisco de la Cruz Lara la reconoce como la mujer de tez morena y un 1 metro 65 centímetros de estatura que cojeaba y se llevaron a las 8:30 p.m. en una Nissan Patrol de color verde.

La voz de su hermano el congresista liberal Jorge Eliécer Franco Pineda —que buscará y anhelará y velará su espíritu con un orgullo que irá creciendo— nos complica y nos envuelve porque nos pinta a una mujer muy bella que quiere llegar a ser parte de la Corte Suprema de Justicia, que el domingo 3 de noviembre, en un funeral de la familia, se despidió de los hermanos con un abrazo largo, larguísimo, y que viste falda amarilla escocesa, botas y buzo porque suele importarle mucho vestir bien, pero que al tiempo ha sido muy sensible, demasiado sensible, al dolor humano, y quién sabe hasta dónde haya llegado en las filas del M-19. El abogado Franco Pineda tendrá un revoltijo de escenas en la cabeza, en el estómago, mejor, porque es allí donde se apoza lo que no se resuelve, hasta que sea capaz de pronunciarlas.

Dirá a la Fiscalía General de la Nación, que empezará a funcionar seis, siete años después de la toma gracias a la Constitución de 1991 en la que participará de lleno el desmovilizado M-19, que en el entierro de ese domingo —ha muerto un familiar de la mamá de su hijo— su hermana Irma le dice: «Jorgito, yo voy a hacer un viaje largo que es posible que le cause molestias a la familia y en especial a usted, y les pido mucho perdón de una vez». Que el jueves ve en un noticiero de televisión la imagen de ella, con su falda escocesa a cuadros, en una fila de personas que son conducidas de la puerta del Palacio a la carrera 7ª. Que trata de averiguar por ella como puede donde puede cuando puede. Que recibe, en el número de su casa, un par de llamadas de un amigo policía: «Jorge, Irma está detenida, pero salió sin un rasguño». Que días después un soldado se atreve a contarles que la han llevado a las caballerizas. Que, como los pocos rastros que quedan son más enloquecedores que esperanzadores, consigue una cita con el general más humano del país: «No vengo como congresista, sino como hermano: necesito que me diga si sigo esta lucha o si no tiene objeto que siga buscando». Que tiempo después el comandante guerrillero Rosemberg Pabón, que él sólo lo conoce de nombre, le dejó una razón con la empleada de la casa: «Que no hay necesidad de buscar más», anotará la señora en un papel que dejará sobre la mesa del comedor, «que desista».

El congresista Franco Pineda, quien años después, en el filo del cambio de milenio, será presidente del club Los Millonarios, empezará el duelo que jamás termina —adiós, Irma, hasta luego—, pero seguirá pidiendo que le cuenten cómo, quiénes, dónde mataron a su hermana.

Un cuarto de siglo después, a punto de las conmemoraciones de ese entonces, se sentará con periodistas agudas como Adriana Echeverry, Ana María Hanssen y Andrea Díaz Cardona a recordar que él estuvo detenido en la Cárcel Nacional Modelo en 1981 por ser el abogado *ad honorem* del líder guerrillero Iván Marino Ospina y por ser asesor político del M-19, y que fue allí en donde Irma, que lo visitaba todos los domingos, conoció al boina roja, al tupamaro, al revolucionario uruguayo que la convenció de entrar a la guerrilla: el comprometido Antonio Burcano. Nunca supo hasta dónde había llegado ella en la organización. Todo era tan secreto en esos tiempos. Se enteró de que le servía de conductora al comandante Fayad cuando él venía a Bogotá. Pero no, nunca, de cuál era su lugar en las tropas rebeldes.

Sí, el excongresista Franco Pineda le dirá a la periodista Díaz Cardona que él conectó a un hombre cercano a las fuerzas militares con un jefe del M-19 que murió en la batalla: «Dígales a sus amigos que aborten lo que vayan a hacer porque van a esperarlos para acabar con todos», le dijo el uno al otro. El domingo 3 de noviembre —antes de salir para la funeraria— consiguió reunirse con el propio comandante Luis Otero, en el Frufrú de la calle 85 con la carrera 15, a rogarle que no se fueran a meter en la boca de un lobo que los estaba esperando sin prisas. Otero, mentalizado hasta las vísceras, le contestó entre dientes que ese era el precio que pagaba un revolucionario: «Al principio algunos caerán o caeremos, y luego todo se solucionará».

—Tenga mucho cuidado, Otero, usted es un hombre valioso —le dijo.

—Yo soy el hombre de acero, representante, yo nunca muero —le contestó el comandante dándose golpes en las platinas insertadas en su cuerpo.

Si hubiera sabido que su hermana menor iba a meterse en el Palacio de Justicia, a entrar al M-19, a visitarlo los domingos en la cárcel hasta contagiarse de revolución, le habría dicho lo mismo: «Mucho cuidado, Irma, mejor no». Pero el alargado Franco Pineda, que se le verá solo, con barba de tres días, caminando por el centro de Bogotá con chaqueta de gamuza y tapabocas después de la celebridad y antes de la pandemia, envejecerá pensando que si ella pudiera decir algo desde el más allá —especulará en *El Tiempo* tres décadas más tarde— diría que no se arrepiente, que creyó en lo que creyó, que quiso transformar este país, que corrió el riesgo de tomar un camino que pensó que era el camino, y perdió la apuesta, y lo afrontó.

Décadas después, cuando se cumplan veinte, treinta, cuarenta años de la toma, los periodistas y los jueces y los investigadores colombianos reconocerán una y otra y otra vez la responsabilidad del Estado en su desaparición: el excongresista Franco Pineda confesará que está en contra de las penas altas porque todos somos seres humanos con familias, pero aceptará que son justificadas si no se dice la verdad, si se oculta con saña lo que sucedió, y lo hará cuando el Tribunal Superior de Bogotá condene al mayor Fernando Blanco Gómez y al coronel Iván Ramírez Quintero a treinta y un años y diez meses de prisión por la desaparición forzada de su hermana perdida por siempre y para siempre.

Viene una imagen en cámara lenta de Ramírez Quintero, en la fuente de piedra del Museo del 20 de Julio, que se está acercando a

un soldado a darle una orden. Ramírez Quintero tiene cuarenta y dos años. Es de Roldanillo, Valle del Cauca. Ha estado a cargo del Batallón de Inteligencia y Contrainteligencia Brigadier Charry Solano. Es la cabeza del Comando de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército. Y apenas llega hasta el muchacho levanta la cabeza para decir que se lleven a esos, sí, «son especiales»: «Que condenen a los comisionados de la Verdad a escuchar día y noche, sin reposo, letra por letra, el fallo contra Ramírez Quintero», escribirá David Marín, del iluminador pódcast *Arcanos y Reyes*, en sus redes sociales: «Hasta que rectifiquen, devuelvan la plata que botaron en dibujitos y acepten que mintieron deliberadamente».

Por su lado, el hermano mayor de Irma, el excongresista, hará todo lo posible para que sus declaraciones a los medios sean declaraciones libres de rencores, pero se quedará pensando por qué ese destino como un callejón, por qué sigue pasando lo que pasa, por qué no fue su Irma, sino aquella muchacha Enciso, Clara Helena, la que supo escapárseles a los inquisidores.

Porque Enciso no sólo se salva de milagro de pasar por la Casa del Florero, sí, Enciso sigue derecho y logra que la lleven a la casa de su hermano y se escapa apenas puede, sino que, luego de hospedarse un par de noches en la casa de unos amigos de juventud, consigue esconderse en una pieza en un apartamentico del barrio Sears con la ayuda de unos heraldos del Turco Álvaro Fayad. Aquí está ella. Fayad, sitiado por la pregunta de qué diablos pasó allá adentro, enfermo por la sensación de haberse inventado una catástrofe, le ha puesto la misión de contarlo todo antes de que empiece a olvidar. Y ha conseguido que sus enviados le traigan a la periodista Olga Behar

Leiser, del *Noticiero 24 Horas*, a ver si consigue entenderle la historia.

La periodista palmireña Behar Leiser, de veintinueve años, hija de un par de alemanes judíos que escaparon de la persecución de los nazis y se refugiaron en Colombia antes de que empezara la Segunda Guerra, ha estado trabajando en el noticiero desde comienzos de los ochenta. Behar Leiser, que «Behar» significa «belleza» en albanés y «Leiser» quiere decir «voz suave», se respeta a sí misma. Se fija en cualquier cosa que pase y le pase. No se rinde. No se calla. Siempre está. Suele atarse con cierta terquedad a lo que piensa, porque su espíritu es un vaivén, y es leal, sobre todo, a los demás. No se da cuenta de lo valiente que es, pero ahora mismo, mientras la gente del M-19 la invita a que «agarre una grabadora y venga con nosotros» para encontrarse con «una compañera que sabe todo lo que pasó», alcanza a pedirle al Dios que sea que no le pase nada.

Tiene miedo de ir, pero va, sin titubeos, porque qué más puede hacer: la versión oficial está ganándoles el pulso a las notas que los reporteros como ella han estado publicando en los medios de los liberales y los conservadores.

Va en ese pequeño Simca, agachada y perdida en la Bogotá enmudecida por la tragedia a la que fueron a dar las tragedias, por lo que parece ser la fantasmal carrera 30. Va de reojo por Sears, sí, el barrio construido en los terrenos baldíos donados por el Nemesio Camacho Macías que da su nombre al estadio en el que Millonarios le ganó al Unión Magdalena. Va por los pasillos de este edificio de techos bajos, en el conjunto de clase media de un barrio enladrillado, con la mirada en el piso de baldosas, hasta que los

muchachos golpean la puerta nervuda e irascible: tun, tun, tun. Va por los recodos del apartamento de tres habitaciones en busca de esta muchacha recia, ajada e inquieta, que está viendo por primera vez.

—Qué hubo, Mona, esta es la periodista Olga Behar —dice el que siempre ha dicho todo—: esta es la Mona, la compañera Clara Helena Enciso, la única guerrera que fue capaz de sobrevivir al Palacio de Justicia.

—Cómo está —le dice Behar a Enciso en ese cuarto que se viene encima.

—Qué tal —le contesta la voz perdida de la guerrillera, pero, como no se le escucha, levanta las cejas y le quita la mirada.

—De pura suerte nos contactó apenas pudo, pero necesitamos que usted hable aquí con ella porque llevamos días tratando de organizar las ideas de todo lo que pasó y no lo hemos logrado —responde el mensajero del M-19 como si la sobreviviente no estuviera allí—: todo sigue siendo muy confuso.

Es una escena de veinte minutos nomás, y sin embargo, como todo allí adentro se ve y suena peligroso, tarda lo que tarda un drama en tres actos. Behar dice que no tiene preguntas por ahora, no, prefiere oírla a ver a dónde llegan. Enciso, deshecha, exaltada, aunque la toma haya pasado hace algunos días, empieza por decir que no sólo no merece estar viva porque sus compañeros, martirizados por la espalda, eran mucho mejores que ella, sino que no va a vivir sin su "Memo", su Flaco, que es y va a ser el amor de su vida: «Ya qué». Luego, ante el silencio compasivo de la reportera, trata de contar la batalla desde el principio hasta el final, y se

enreda, y se pierde, y entonces Behar la va llevando: ¿cómo salió?, ¿cómo fue el principio?, ¿qué pasó en el baño?

Paran porque es dolorosamente obvio que la combatiente Enciso está varada en la angustia como sentada en un precipicio. Se quedan mirándose unos segundos y se despiden: «Yo creo que ella tiene que hablar con una psicóloga», susurra la periodista a la salida.

Clara Helena se queda estremecida como si sospechara que va a verse obligada a irse del país, a un devastador exilio de cinco años en México, desde el momento en que el ministro de Defensa dé la orden de allanar su apartamento.

Y la gente del M-19 envía el casete de la entrevista, apenas puede hacerlo, a su comandante Álvaro Fayad.

Pero, en el esfuerzo de encontrarle sentido a la historia, principio, medio y fin, también buscarán a otros dos periodistas extraordinarios. Buscarán al admirable Ramón Jimeno, guionista, documentalista, periodista en *El Espectador* de treinta y dos, que ha estado investigando las trasescenas de esta democracia: «¿Verdad que va a escribir un libro sobre el Palacio?», le preguntarán un par de tipos en la puerta de su oficina. Buscarán a la arrojada Silvia Duzán Sáenz, la periodista de *Semana* y *Zona* y *El Espectador*, de veinticinco años, que se asomó al M-19 como tantas voces críticas de esa generación, pero salió corriendo porque era demasiado roquera y porque se negaba rotundamente a caer en el farragoso radicalismo de la izquierda colombiana: será acribillada por los paramilitares, en el restaurante La Tata de Cimitarra, junto con los tres principales dirigentes de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare a los que iba a entrevistar.

Pronto, unos cuantos días después, Jimeno y Duzán están dando vueltas y vueltas y vueltas en el Simca —y luego en otra camioneta — por esa Bogotá de calles llenas de cráteres: «Tómense un aguardiente», les dice uno de los enviados de la guerrilla cuando por fin llegan a un cuartito sin aire, «aquí ya estamos seguros», y entonces aparece una versión sonriente y desconcertada y elocuente de la desaparecida Enciso. Ha ido recobrando la calma. Ha escrito en esas semanas infinitas, con la revisión de un abogado cercano a la causa, su versión de los hechos, y ha tenido la tentación de venderla porque necesita algo de dinero para salir del país, pero no lo ha hecho ni lo va a hacer —se avergüenza de haberlo pensado— porque la historia es crucial para la causa.

¿Quién la cuenta? ¿Cómo se cuenta? ¿Por qué se cuenta? ¿Qué se cuenta? ¿Cuándo se cuenta?

Todo eso importa. El M-19 lo ha tenido claro desde el principio. Hay que volver este drama una épica. La historia no la cuentan los vencedores, sino los narradores. No hay que ganar las batallas, sino que hay que ganar la carrera para contar lo que pasó. Que todo empezó porque el Frente Nacional hizo lo posible e imposible para frenar el ascenso de un gobierno popular. Que, cuando el bipartidismo le robó al exdictador Rojas Pinilla, de la Alianza Nacional Popular, las elecciones del domingo 19 de abril de 1970, un puñado de sagaces revolucionarios que se llamaron a sí mismos «comuneros» fueron dándole fuerza al ala socialista del partido en busca del dueño de «la democracia directa». Que en su primera conferencia, una apasionada reunión de excombatientes de otras guerrillas y teatreros y discípulos de los sacerdotes defensores de la teología de la liberación, el Turco Fayad propuso el nombre de

Movimiento 19 de Abril. Que allí estaban todos los mitos: Fayad, Bateman, Ospina, Otero, Toledo, Lara, Proaño, Pabón, Ruiz, Arias, Pizarro, Rojas, Vásquez, Riaño, Marín, López, Grabe, Navarro Wolff, Armando, Duplat, Arteaga, Osorio, Peñalosa, Castro, Díaz Russi, Aricapa, Jaramillo, Bermeo, Chara, Morón, Santamaría, Lozano, Quevedo, Cortés, Patiño, Bustamante, Rojas, Sánchez, López, Betarte, Orozco, Almarales. Que en enero de 1974 echaron a andar esa campaña de propaganda que, bien vista, ha seguido siendo un modo de ser y una obra: «falta de memoria? espere M-19». Que vinieron el robo de la espada de Bolívar, la retención de los enemigos del pueblo, el robo de las armas del Cantón Norte, la toma de la Embajada de la República Dominicana, la lucha contra el Estatuto de Seguridad, la guerra con los narcos paramilitares, el secuestro del Boeing 727, la paz con los vendidos por la patria, la búsqueda de la solución de un conflicto al que llamaron el Sancocho Nacional, los acuerdos de Corinto y Hobo y Medellín, la traición del presidente Betancur, el saboteo brutal del juicio público en el Palacio: «En el Palacio de Justicia —nuevo símbolo de estos tiempos difíciles— se mantuvo en alto la bandera nacional», concluirán en el recuento de aquella declaración de cinco páginas a máquina, titulada «El M-19 sí responde», y firmada por los protagonistas, los personajes secundarios y los figurantes de la guerrilla, que será publicada el sábado 9 de noviembre de 1985 en la edición número 117 de su boletín *¡Oiga hermano!*

Vemos, en zoom, el lema de la publicación: «Jalémosle a la libertad informativa, hagamos democracia».

Y poco a poco caemos en cuenta, los que queramos hacerlo, de que ese comunicado no es una prueba de lo fácil que es ser cínico,

sino de lo complejos y lo paradójicos que somos todos: de, por ejemplo, lo difícil que es ponerse en los zapatos de los demás cuando uno se ha acostumbrado a las botas.

Y, luego de las muertes de los comandantes Otero, Ruiz, Almarales, Fayad, Arias, vendrán el secuestro de Gómez Hurtado, el proceso de paz con la presidencia de Barco Vargas, la reincorporación, el asesinato perverso del candidato Pizarro Leongómez en aquel avión que iba el 26 de abril de 1990 a Barranquilla, pero luego seguirá el triunfo de la Alianza Democrática —las diecinueve curules para los representantes de aquel país ninguneado dentro del país— en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991.

Hay que saber contar la historia que nos ha tocado en suerte. Hay que hallarle el final a tiempo, ya, antes de que no parezca ficción, sino mentira.

Rodeada de los compañeros que han estado cuidándole el paso, la recuperada Clara Helena Enciso les narra a los dos periodistas estupendos, con la vocación dramática que ha aprendido en el grupo, su llegada a la guerrilla, su historia de amor con Ruiz, su propia pesadilla entre la pesadilla de la toma, con la seguridad de haberse aprendido de memoria ese monólogo. Jimeno, que luego, como contará en su genial *Noche de lobos*, notará que ella se ha ceñido al texto que ha estado escribiendo como una autora que interpreta su propio relato —y que ha copiado dos veces para esos dos narradores—, se atreve a preguntar cómo logró salvarse: no es ella, sino uno de sus protectores, el que contesta que no pueden dar más detalles para no comprometer la seguridad de nadie, pero que fue pura coincidencia.

Enciso volverá a encontrarse con Behar, en Ciudad de México, un par de años después. Se verán durante un poco menos de un mes hasta tener claro lo que pasó como pasó: quedará hecho, entonces, el magnífico *Noches de humo* que duele tanto. Y Enciso ya no será "Claudia", ni Clara, ni Helena ni "Mona", sino un nombre nuevo con una vida nueva. Desaparecerá de las últimas páginas de esa guerra. Se negará a participar en la desmovilización del M-19, mierda, déjenme en paz. Hará lo posible para olvidar los pormenores que vivió el espíritu. Conseguirá perderse como si estuviera a bordo de otro cuerpo. Vemos que muere sola, o sea vigilada por espectros, en su apartamento mexicano. Parece dormida porque ya no tiene que contar lo que pasó.

Volvemos a la noche del jueves 7 de noviembre de 1985. Vemos apagadas las tres lámparas de las tres mesas de noche de este apartamento. Estoy despierto. Estoy acostumbrándome a la oscuridad para acostumbrarme al miedo. Tengo la tentación de levantarme porque sé que he cruzado la línea que va a dar al insomnio. Quiero asomarme al pasillo a ver si pasa por ahí el espanto que a veces pasa. Quiero ir al sofá de la sala a ver qué está sucediendo en el Cantón Norte: ¿debajo de cuáles de esos techos habrá ocurrido lo que se dice y se dice, en esta casa, que ocurrió? Voy a pararme, pero trato de dormirme a mí mismo, como mi papá me aconseja cada vez que no lo logro, contándome el día que se acaba de acabar. Fue así:

Recogí *El Tiempo* y *El Espectador* en el tapete de la entrada, me senté a leerlos en el sofá de la sala y me retorció por dentro el

titular «No negociaremos: el Gobierno». Mi papá me dejó en el colegio. Respondí el examen de Historia, en el salón de 4ºA, extrañado por esa última pregunta tan de última hora. Jugué un partido de fútbol en el campito montañoso que queda entre la capilla de los Santos Apóstoles y el masónico Parque de los Fundadores. Me enfrasqué en una discusión a muerte sobre la toma con un amigo mío, Mendoza, que es el hijo del coronel más amable del mundo: le pregunto por WhatsApp si se acuerda de eso, cuarenta años después, y me dice que sí, y que ambos teníamos razón. Mi papá nos recogió en el Chevette azul de cuatro puertas que compramos cuando nos robaron el Renault 6 blanco, y me preguntó qué tal me fue en el examen, y le pedí que me creyera que la respuesta al último punto era el «Colombianos: las armas os dieron la independencia, las leyes os darán la libertad» que está en la puerta del Palacio de Justicia. No oímos la radio atolondrada por el delirio de esos días, «parece que ya sacaron a todos los rehenes», dijo mi papá, sino que pusimos el casete que hace poco hizo mi hermano como si este jueves 7 de noviembre fuera al tiempo otro jueves: «Everybody needs a little time away, I heard her say, from each other…». Vimos juntos el desfile de los tanques convencidos de su triunfo. Vi televisión: *Ver para aprender*. Oí las conversaciones de mi mamá: «Que lo mataron cuando iba a salir», le dijo a María Teresa, «que iba herido». Fuimos del Canal 7 al Canal 9 a la hora de los noticieros: pasamos del noticiero del hijo del conservador Gómez Hurtado al noticiero del hijo del liberal López Michelsen hasta que nos quedó claro el tamaño del desastre. De puertas para adentro, a pesar de todo, estos papás cumplieron su sagrado compromiso con la rutina. Y entonces comimos y vimos la alocución de Belisario

Betancur —«la inmensa responsabilidad de la defensa de la democracia la asumió el presidente de la república, que, para bien o para mal suyo, tomó las decisiones, dio las órdenes y tuvo el control de la situación», dijo en tercera persona, mirándonos a todos, como si siempre hubiera sido dos— y nos encogimos de hombros y fuimos a leer a ver si nos quedábamos dormidos. Y ahora que lo pienso yo también me dormí, pero después me despertó cualquier cosa: todo.

Y ni siquiera este recuento de los hechos me ha servido para dejarme llevar por el cansancio. Y ya no lucho más y me levanto.

Cuando se está despierto en la madrugada se está viviendo, a regañadientes, el día siguiente, pero si uno tiene diez años todavía suele reclamarse a sí mismo por no haber sido capaz de terminar el día anterior: «Maldita cabeza». Quítame esta culpa por el sufrimiento de cualquiera, Dios, quítame este miedo mientras voy por el pasillo hasta la mesa del comedor. No miro atrás porque siempre va a haber algo atrás. Llego a la boca del corredor. Y entiendo que soy un niño de sueño ligero que se ha despertado porque su mamá ha cruzado el pequeño apartamento para sentarse en el sofá que queda contra la ventana de la sala. Yo me despierto porque sí: el sistema nervioso se forja durante los primeros tres años de vida, y de 1975 a 1978, cuando el mío tomó esta forma y se fue quedando en estado de alerta, mi mamá perdió a su mamá, a su papá y a su suegra, y soportó desconcertada y huérfana las noches en las que los esbirros de los inquisidores alumbraban esta ventana con linternas para que no se le ocurriera hacer preguntas sobre el asesinato de su hermano mayor.

—Te desperté —me susurra, de lado a lado, su vergüenza—: prende la luz si quieres.

—Para despertarse hay que estar dormido —le contesto como un libro de superación de bolsillo.

Me le recuesto al lado mientras ella lee los periódicos que yo leí esta mañana, como si yo no tuviera estas ínfulas de padre, sino que estuviera resolviendo en su hombro mi propia orfandad, mi propia piedad, y pienso y pienso qué puedo hacer para que vuelva a su habitación a dormir en paz.

Voy a hacer lo que hemos hecho en este país. Voy a sumarme al coro que repite «no puede ser» a la hora de las noticias. Voy a acostumbrarme al vacío en el estómago y a irme enterando —a irnos enterando— de todo lo que pasa en Colombia cuando no estamos mirando.

Voy a quedarme callado hasta que no demos más. Voy a vivir en puntillas. Voy a vivir hacia adentro para no ser el enésimo problema de la vida. Voy a estar solo hasta que me parezca normal. Voy a dedicarme a jugar lo que venga, a ver películas, a leer libros como si me estuviera pensionando a los diez. Voy a acompañarla, en vacaciones, en su oficina de la Casa de Nariño. Voy a ver con ella todos los clásicos que vio cuando era niña: voy a quedarme pensando «será que dijo lo que dijo» cuando me diga que le da miedo ver *La luz que agoniza*, *Gaslight*, porque ella también ha sentido que aquí tratan de enloquecerlo a uno para que no se crea su propia vida. Voy a escucharle los cuentos del M-19 a nuestro amigo Camilo González porque va a venir con nuestra amiga Eunice Santos a ver *Gringo viejo* en la nocturna del Royal Plaza. Voy a ver sin prótesis al excombatiente Antonio Navarro Wolff, convertido en expresidente de la Asamblea Nacional Constituyente, sentado en el sofá de enfrente. Voy a sorprenderme porque ese Ramón Jimeno

que se inventa las mejores series de televisión es el mismo que iba a la casa de mi mamá cuando eran niños. Voy a estudiar Literatura antes de estudiar Cine a ver si puedo vivir de inventarme historias como las que me han servido para quedarme en la casa. Voy a publicar, de pura suerte, los relatos que se me van apareciendo. Pero publicar va a obligarme a salir del refugio que me he dado a mí mismo.

No sólo voy a ser el comentarista de cine de una revista, *Semana*, que habrá contado el horror de las tomas, de la guerra contra los carteles, de los secuestros de los guerrilleros, de las masacres de los paramilitares, sino que, dedicado a escribir en público, y dedicado también, más tarde, a hacer columnas políticas, voy a empezar a oír las voces del Palacio de Justicia.

Me va a escribir René Guarín, el hermano de la desaparecida Cristina del Pilar Guarín, para mostrarme las cartas que se cruzó con mi mamá hace veinte años: seguiremos el intercambio de mensajes entre los dos hasta el día en que pueda despedirse de los restos de su hermana, la Siempreviva de la obra, años y años y años después. Voy a estar en la silla de al lado del hijo del magistrado Reyes Echandía en el lanzamiento de un libro estupendo con vocación de confesionario, *Holocausto en el silencio*, escrito veinte años después del desvarío por dos periodistas que yo siento muy cercanas: Adriana Echeverry y Ana María Hanssen. Voy a sentarme como un huérfano a firmar una novela mía que se llama *En orden de estatura*, en un rincón de la Librería Nacional de Unicentro, mientras el paternal Germán Castro Caycedo firma *El Palacio sin máscara*: «Este libro me duele en el alma», va a decirme.

Se me va a ocurrir, quizás porque me he enterado de que dentro de poco va a suceder la última función, inventarme una entrevista con Miguel Torres sobre la magistral *La Siempreviva* para la sección de cultura de *Semana*: «Escribí más de una docena de versiones hasta consolidar la dramaturgia definitiva durante el proceso de creación del montaje: recibí la ayuda de la familia Guarín Cortés, de Eduardo Umaña Mendoza, de Ramón Jimeno, de Elsa Gutiérrez, de Dago García, de Luis Felipe Salamanca, de Lucero Venegas, de Carmenza Gómez, de Carmenza González, de Lorena López, de Jenny Caballero, de Alfonso Ortiz, de Gilberto Ramírez, de Eduardo Castro y de Pablo Rubiano», me contará. «Pero también recibí "aportes dramatúrgicos" del M-19 y de los familiares de los desaparecidos».

Voy a escribir el prólogo de *La Siempreviva* cuando la editorial Tragaluz publique el libro de la obra.

Voy a quedarme calvo. Voy a eludirme en el espejo, por Dios, quizás nos pase a todos. Voy a ir sumando cicatrices a pesar de los temores. Voy a pasar largas temporadas harto hasta la náusea de mí mismo. Voy a hablar y hablar por teléfonos Challenger, Philips, Nokia, Blackberry, iPhone, hasta dormirme.

Voy a perderme y a cagarla y a anestesiarme todo lo que pueda. Pero voy a levantar la mirada de mi indignación cada vez que un perdonavidas de los de acá le meta tecnicismos al asunto de los desaparecidos.

Voy a ser un hombre que vive solo porque tal vez sea lo mejor. Pero una tarde voy a ir a la casa de nuestra Eunice Santos para que el tarot de Vera Grabe —que no estaba, como se dijo, adentro del

Palacio— me confirme el vaticinio de que la mujer de mi vida es una mujer con un hijo, y sí: lo es.

Voy a entender un poco más el drama gracias a que mi vida va a ser mi vida con ella, con Carolina, que estudió en un colegio de espíritu crítico con las hijas de algunos miembros del M-19, que ha sido tan amiga de la artista Alejandra Fayad, la hija del comandante, y va a ver en los recreos a María José Pizarro años después de que le maten al papá —el excombatiente Carlos Pizarro Leongómez, de treinta y nueve— justo cuando él ya se había comprometido a seguir las reglas de esta democracia: Pizarro había asumido la comandancia de la guerrilla apenas fusilaron a Fayad —doblegado a los cuarenta por la úlcera del fiasco de noviembre de 1985— en un apartamento en el barrio Quintaparedes de Bogotá, y ahora era otro mártir de la paz pactada.

No sé qué hacer ahora, enmudecido en el hombro de mi mamá para que se sienta mi mamá este jueves en la noche que ya es viernes en la madrugada, pero cuando cumpla treinta y tres años tendré una columna en *El Tiempo* en la que escribiré una y otra vez sobre el Palacio de Justicia como si estuviera cumpliéndole una promesa: escribiré sobre un imperdonable asedio a la Corte Suprema de Justicia, el del uribismo, que va a recordarnos el desprecio a la justicia por parte de los poderes armados de Colombia; sobre una lectura de *La Siempreviva* a modo de radionovela en una librería a unos pasos de la Plaza de Bolívar; sobre una sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos contra el Estado colombiano por las desapariciones forzadas.

Y sobre un recorrido, de la mano de la curadora de la memoria Cristina Lleras, por una exposición del Museo Nacional titulada *Las*

historias de un grito: 200 años de ser colombiano: «En el tercer piso, en la Sala de ideologías, arte e industria, hay una nueva exposición temporal que rima con la exhibición del bicentenario: se llama *Hacer la paz en Colombia*: *«Ya vuelvo», Carlos Pizarro*, y en tiempos en los que poner a la guerrilla en contexto —decir, por ejemplo, que nacieron en el país indolente de *Siervo sin tierra*— suena a traición a la patria, se atreve a convertir al líder del M-19 en nuestro prójimo», escribiré luego de conocer, en ese espacio, a su hija María José. «No lo glorifica: la escalofriante vitrina de los objetos quemados en el Palacio de Justicia, que es un silencioso alegato contra la intimidación, recobra la idea de que la violencia es inútil».

Voy a presentarle a quien corresponda mi novela *Autogol*, una ficción trenzada con el asesinato del líbero Andrés Escobar, en una Feria del Libro de Bogotá: la sonriente Olga Behar, de vuelta en Colombia desde hace varios años, va a pasar por el lugar a contarme que la está leyendo, y voy a tener la fortuna de escribirme, por un tiempo, con su coraje. Pero será en un colegio lejos del mundo llamado el Claustro Moderno, cuando me sienten a hablar sobre el país en el que mataron a un futbolista por cometer un error —«¡autogol!, ¡autogol, ¡autogol!», le gritaron, en ese parqueadero, hasta que un tipo le pegó seis tiros—, en donde su rector me va a regalar un poemario que me va a confirmar que hay que pintar esta cultura de la aniquilación.

Se llama Jorge Alejandro Medellín Becerra ese rector. El título de su libro de poemas es *Las canciones del Palacio de Justicia*. Se dice, en la solapa de aquel volumen tan blanco y tan estremecedor, que más por su obligación de testigo que por su condición de deudo, el

autor —hijo del magistrado Medellín Forero, de gafas gruesas, asesinado en el matadero del cuarto piso cuando todo el mundo ha dejado de pensar— «oficia para los siglos este combate ritual contra el olvido». El prólogo es un diálogo en verso de los dos hermanos huérfanos de padre, el pedagogo Jorge Alejandro y el exministro de Justicia Carlos Eduardo, que va de «entonces había un entonces / ahora no hay ahora» a «un día serás condecorado / con medallas de sangre / sobre tu corazón».

Termina con una trompeta, la del himno nacional, que toca una marcha fúnebre diferente cada día en el patio del Palacio de Justicia, pero también con la promesa, del hijo a su padre, de seguir marchando «al compás del azar».

Días después voy a leer *Noche de lobos*, el libro magistral de Jimeno que no se deja deslumbrar ni envilecer por ninguna de sus fuentes, sino que nos va llevando por la trasescena de la escena más sangrienta de la infancia, para enterarme cuadro a cuadro de lo que pasó. Voy a confirmarme a mí mismo desde entonces, como dándome la orden de cumplir una promesa que había estado dejando para luego, que da algo de cordura escribir y escribir y escribir novelas colombianas: de masacres, de poetas asesinados, de madres que quieren hacerse matar porque les han matado al marido en las puertas de sus casas, de padres que cuentan hasta la muerte que sus hijos eran soldados honorables que se negaron a cometer falsos positivos.

Voy a agradecerle al Dios que corresponda haber dado con un oficio que contiene la propia sombra: la violencia de todos adentro de uno.

Voy a contar hacia atrás el drama de mi familia. Voy a narrar al revés su destino, su karma y su suerte. Voy a ponerle de título *Historia oficial del amor*. Y como en esas páginas voy a recrear el país que nos pasó de 2015 a 1932, en el sentido del viaje a la semilla, el país que nos pasó desde el nacimiento de nuestra hija hasta la llegada de mi abuela al puerto de Cartagena, tendrá que haber un par de capítulos en los que pinte a mano alzada lo que nos pasó del miércoles 6 al jueves 7 de noviembre de 1985: «Parece que lo mataron a la salida del Palacio de Justicia», dirá el personaje de mi mamá. Podré presentar ese libro unos días antes de que mi papá se me muera.

Vivir va a ser, de nuevo, este insomnio. Quedarse quieto en vano e ir por ahí sin las gafas que tenía.

Seguiré escribiendo sobre el tema. Oiré con taquicardia un pódcast monumental, narrado con pulso de novelista por el investigador David Marín García, en donde no sólo está contada la trama de todas las tramas, «luego de 12.500 horas de trabajo e invertir una pequeña fortuna en la serie», como me escribirá el propio Marín en marzo de 2021, sino que está armado el rompecabezas como nunca antes se había armado: entenderé que se llama *Arcanos y Reyes*, el pódcast que oiré y volveré a oír, porque parte de las grabaciones que ha hecho aquel radioaficionado ciego, pero también porque tiene claro que somos los daños colaterales de un pulso entre locos.

Dejaré pasar más y más las señales. Me dejaré llevar, como si fuera mi problema, por cada crónica que le sume una pista al enigma, por cada documental que recobre una imagen que devuelva el alma al cuerpo, por cada noticia de cada misa por los restos

perdidos de alguna de las víctimas. Presentaré pantalla a pantalla —ya lo dije y lo vemos de nuevo— el libro de Helena Urán Bidegain sobre vivir a pesar de semejante traición de la vida. Seré invitado en días de pandemia a una charla «en vivo» con Marín y con Jimeno, ni más ni menos que con ellos dos, sobre esta matanza sin ton ni son que hemos estado viendo con nuestros propios ojos. Conversaré un par de veces con unos amigos sobre la posibilidad de hacer una serie sobre la toma.

En la noche del miércoles 20 de abril de 2022 leeré mi despedida de don Raúl Carvajal en el sobrecogedor Concierto de la Resistencia del milagroso César López. Para esa fecha habremos ido tejiendo una amistad diaria. Estaré al tanto de las piezas de piano que se le van ocurriendo de tanto amar la paradoja de la vida. Sabrá qué estoy escribiendo ahora. Haremos un par de ceremonias de duelo que juntan las palabras con la música. Pero sólo a esas alturas caeré en cuenta de que su hermana mayor es la víctima Olga López Jaramillo, la médica que aparece en el principio de este mural porque ha sido torturada en las caballerizas: «¿Esta es la hermana?», le preguntaré, y me dirá que sí sin aspavientos.

Veré el asunto desde la trasescena, pero será el concierto más conmovedor que haya visto yo. Y, como si no bastaran las sugerencias de la vida, compartiré el camerino del teatro del Concierto de la Resistencia con Helena Urán Bidegain: ¿no es particular ese destino?

Por lo pronto, soy un niño de diez años, dispuesto a resolverme a mí mismo sin enredar a nadie en el proceso, que trata de acompañar a su mamá en la madrugada del viernes 8 de noviembre de 1985: «Parece que el abogado que me remplazó, Carlos Horacio Urán, que

tiene una familia tan, pero tan bonita, también está muerto», dice mientras lee el periódico que leí, «todo el mundo está muerto». Yo le miro las manos tan suaves y le oigo la voz que me sirve de refugio. Y luego le contesto con las historias que han estado saliendo en los dos diarios liberales que nos llegan a la casa, pero pronto me quedo callado porque siempre, siempre, siempre es mejor callarse. Cierro los ojos a ver si es mejor para ella. Pero me sigue comentando lo que está leyendo.

Vemos la escena reflejada en la ventana: madre e hijo, en el sofá que hemos tenido desde que tengo memoria, negándose a quedarse dormidos en semejante ruina.

Décadas después, treinta y seis años más tarde para ser precisos, pasaré ese par de horas en el camerino del concierto con la lúcida y valiente Urán Bidegain. Estará allí con nosotros, también, una de las personas que más admiraré en mi lejana vida adulta: la periodista Jineth Bedoya Lima, mi amiga después de tantos años en *El Tiempo*, que para ese momento no sólo habrá sobrevivido a los recuerdos de las torturas a las que la sometieron los paramilitares en la Cárcel Modelo de Bogotá en el principio del decepcionante siglo XXI, sino que será la encarnación del coraje contra la violencia salvaje —la violencia machista— que no habremos conseguido detener. Seré compañía de ellas dos. Escucharé sus historias mientras me llega el momento de leer lo mío.

Pensaré qué estoy haciendo aquí, quién soy, cómo llegué hasta este concierto.

Vemos de un momento a otro las imágenes luminosas de la banda de César López, en el centro de esa escalofriante presentación que es una reparadora misa de muertos, mientras su temple increíble

pero cierto nos va recibiendo a todos: al rapero Leonard Rentería, a la hiphopera Diana Avella, a la madre de Soacha Luz Marina Bernal.

Porque viéndolos y oyéndolos a todos ellos, poniéndoles cuidado a sus gestos y sus modos tercos e ingeniosos de seguir contándonos que sí les pasó lo que no va a pasarle a nadie más —esos modos tan particulares, Dios, que son también el mismo modo que los une—, voy a tener claro que sí hago parte de ese ensamble, que siempre he estado en esos camerinos, que la mía ha sido una vida buena, pero he vivido día y noche acompañando este duelo en esta velación de madrugada: soy uno más, desde la trasescena hasta el escenario, porque soy otro colombiano que sabe sentir y resistir y custodiar esos relatos.

Saldré de allí sorprendido por mi catarsis porque entonces no habré conseguido, ni siquiera al cierre de esta edición lo he hecho, entenderme a mí mismo, pero no llegaré a mi casa, debajo del paraguas de mi esposa, diciéndome que tengo que retratar el triunfo de la muerte en el Palacio de Justicia.

Tendré el impulso de escribir una novela sobre cómo la espada de Bolívar fue de mano en mano, de guardián en guardián, desde el robo aparatoso en la quinta hasta que el excomandante del M-19 Antonio Navarro Wolff la devuelve —vemos las imágenes del jueves 31 de enero de 1991— rodeado por las hijas de tantos combatientes caídos: será una ceremonia extraña, pero en clave de reconciliación en vísperas de la esperanzadora Asamblea Nacional Constituyente que Navarro Wolff presidirá junto con el bipartidismo que tanto combatió. Será un cierre y un clímax de drama, pero treinta años después yo tendré el impulso de escribir esa novela de relevos, decía, porque en la posesión del domingo 7 de agosto de 2022 el

presidente de la república va a dar la orden de traer la espada al escenario.

Es que el presidente de la república va a ser el excombatiente del M-19, exsenador del Polo Democrático, exalcalde de Bogotá Gustavo Petro Urrego que se han llevado a la cárcel unos días antes de la toma del Palacio de Justicia.

Y que, cuando por fin recobre la libertad, va a bautizarse a sí mismo "Andrés" en nombre del comandante Almarales que ha sido asesinado al final de la batalla.

La presidencia de Petro Urrego, difícil de vaticinar, va a ser un pugnaz experimento empujado por la nostalgia de sus días revolucionarios: «Han sido encontrados los restos del comandante Guillermo Elvencio Ruiz, muerto en combate en el Palacio de Justicia en 1985. Para quienes aún tienen en la mente la historia oficial mentirosa sobre la toma del Palacio, esos restos son una prueba total en contra», escribirá el presidente en sus redes a finales del 2024. «Buscamos a su familia para recibir los restos de quien, hasta ayer, estaba aún desaparecido. Si no se encuentran, les solicito a los excombatientes del M-19 organizarse para darle sepultura al que fue fiel a su consigna: ¡Vencer o morir!», completará como si no hubiera un solo día que no fuera el día de la toma.

Pero yo no notaré este libro, sino que querré hacer esa novela de relevos porque todos los personajes que fueron custodios de la espada llevan a cuestas parábolas colombianas. No, no lo haré. Ni siquiera tomaré notas. Un amigo me dirá, cuando le cuente que lo estoy pensando, «no, no vale la pena porque Patricia Lara está escribiendo ese libro». Y ella, que lo ha visto todo, sí que lo sabrá contar. Y ahí quedará todo.

Vendrán un par de años como lecciones de Dios, o tentaciones de la desesperación, o traiciones de la suerte, en los que no sólo seremos capaces —por obra y gracia del valor de Carolina, que es mi valor— de sobreponernos a todos los reveses y renovar nuestros votos día por día por día. De tanto en tanto hablaremos con mi mamá, atajada por los dolores de las rodillas y retirada de las pequeñeces del mundo desde la muerte de mi papá, de estos días de tomas cruentas: «Ay, Lisandro», dirá, «ay, Alfo». Y, sin embargo, sólo caeré en cuenta de que tengo que hacer este mural cuando dos amigos que no se han visto nunca me hagan el mismo día la pregunta de por qué no he hecho un libro entero sobre el Palacio de Justicia. Será al final del bisiesto 2024. Diré, de golpe, voy a volver a ver —vamos a ver sin quitar la mirada— esos dos días que no se terminan.

Y entonces, como va a ser siempre, todo va a conspirar para bien y para mal.

Voy a irme encontrando los expedientes fundamentales de la toma: voy a tener abiertos, mientras escribo, el texto en carne viva del Tribunal Especial de Instrucción Criminal de 1986; el reporte minucioso de la Procuraduría General; las sentencias del Consejo de Estado que declaran responsable a la nación por varias desapariciones; la investigación llena de hallazgos de la Fiscalía; el informe convincente de la Comisión de la Verdad; la condena del Juzgado 52 Penal del Circuito de Conocimiento contra los miembros de las fuerzas militares que desaparecieron a los once que hemos visto salir vivos hacia la Casa del Florero; el trabajo curtido e incansable del Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo; el fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos contra el Estado

colombiano por las mismas desapariciones; la resolución de la Jurisdicción Especial para la Paz sobre el condenado general Arias Cabrales; las maquetas del Forensic Architecture Team con la Comisión de la Verdad y la Reconciliación; la sentencia del Tribunal de Bogotá por el caso de Irma Franco.

Voy a tener más presente lo que descubro que lo que sé. Voy a hacer lo que han hecho los que han ido reuniendo los trozos de este mundo roto: ver los videos de los noticieros de esos dos, tres, cuatro días; escuchar los testimonios; constatar que la prensa, tan sitiada como las Cortes por el fundamentalismo, sí lo ha dicho todo sobre esta guerra que hace lo que sea para no mirarse al espejo; releer los libros magistrales que han recreado esos días hasta llegar a esa novela gráfica sobre los ratones que sobreviven juntos a la matanza entre llamas, *Los once*, que prueba que este es «un mundo muy duro para los seres pequeños»; escuchar el pódcast iluminador de *Radio Ambulante*; ver las sillas viejas de Doris Salcedo enquistadas en las nuevas fachadas del edificio; escuchar la canción de César López de *El tanque que nunca salió*; dar con trabajos universitarios, novelas, testimonios, ensayos, compilaciones; cruzarse con la versión definitiva del diario de la guerrillera Clara Helena Enciso; conseguir un completísimo e inesperado volumen a cuatro manos, *Prohibido olvidar: dos miradas sobre la toma del Palacio* de Maureén Maya y Gustavo Petro, que no sólo detalla los horrores de lado a lado, sino que concluye que esa barbarie obligó al M-19 a recordar que su vocación era la paz que pactó cinco años después.

Voy a leer el discurso del magistrado admirable e intachable Fernando Uribe Restrepo, el presidente de la Corte Suprema de Justicia después de la toma, que estaba en un viaje de trabajo

durante el holocausto y que era el padre de un amigo nuestro: «Esta es la rama seca del poder público»; «hemos retrocedido en la historia los cien años que ya tiene la Constitución»; «la fuerza sin el derecho es la barbarie y la fuerza que se ejerce contra el derecho, contra los jueces, contra la sede física de la justicia resulta ser la máxima barbarie»; «tanto la acción del M-19 como la respuesta del Ejército crearon el más cruento magnicidio de la historia de nuestra patria», dirá el lunes 27 de enero de 1986 en la posesión de los reemplazos de los once magistrados asesinados.

Yo soy nadie, sí, ya somos dos, y después de leer esas palabras tendré claro que este recorrido no ha sido sobre mí, sino sobre cómo les he seguido la pista —cómo tantos les hemos seguido el rastro— a ese duelo y a esos deudos.

Voy a escribir entre los líos de estos meses. Voy a sentirme rindiéndome al fin, pidiéndonos perdón a todos por todos porque no sabemos lo que hacemos, devolviéndome de las interpretaciones a las escenas de la crueldad para dejarme en paz después de darme tanta guerra. Voy a reconocer, como un huérfano que se resigna a ser su padre, la autoridad que me da ser más viejo que los adultos que oficiaron y padecieron la pesadilla que va a terminarse a la vuelta de esta página. Voy a ver con mis propios ojos la fuerza con la que mi mamá va a ir recibiendo las noticias desde los primeros disparos hasta los pactos de silencio. Voy a escribirle este mural para que lo tenga presente: sí le pasó lo que le pasó y sí nos dio la mejor vida. Voy a tener el estómago entre un puño mientras la vemos, de treinta y siete años apenas, diciéndose a sí misma que vivir aquí es velar hermanos: vivir aquí es matarse.

Pero esta madrugada en la sala del apartamento 603 del Edificio La Gran Vía, a las 3:30 a.m. del viernes 8 de noviembre de 1985, solamente se me ocurre hacerme el que se está durmiendo, el pobre hijo que se ha quedado dormido porque es un niño de diez años de pocas palabras, a ver si nos vamos a descansar. ¿Qué más puedo hacer aparte de acompañarla, de escucharle los textos de *El Tiempo*, de hacerla sentir que es ella la que está cuidándome a mí en la peor hora? Está cansadísima. Está mitad perdida, mitad pendiente. Está empezando a cabecear a pesar de que tiene en las manos la crónica del periódico que me ha estado leyendo en voz alta. Y, cuando la zarandea el sueño y se despabila y me ve agotado en su hombro, me dice que tratemos de dormir un poco.

Aquí vamos. Yo me quedo en mi puerta con la ilusión de haber sido un buen hijo: «Hasta mañana, mamá», le digo. Ella me da un abrazo, y me jura por Dios que está más tranquila, y me da las gracias por la compañía, y se va a paso de alma en pena hasta la habitación del fondo. Algo le dice mi papá apenas llega: «Hay que dormir». Y luego viene un silencio que es un silencio en paz.

Vemos una paloma dando vueltas sobre sí misma en la primera de las dos torres —en la torre del reloj— de la Catedral Primada de Colombia. Vemos parte por parte la iglesia de piedra neoclásica que ha estado allí desde el principio de nuestros tiempos, en la frontera oriental de la Plaza de Bolívar, a la espera de los planos generales que muestran su persistencia y los planos contrapicados que la hacen ver monumental, pero fugándose hacia el cielo. Su nombre completo es la Catedral Basílica Metropolitana y Primada de la

Inmaculada Concepción de Bogotá. Tardó siglos en ser construida: de la Conquista a la Colonia, fue una capilla de bareque de la que sólo queda el estandarte de 1538, un templo de tapia y ladrillo que se derrumbó en 1560 y una suma de naves de piedra que se vino abajo en el terremoto de 1785, hasta que en los años de la Independencia fray Domingo de Petrés, el primer arquitecto bogotano, se puso en la tarea de levantarla como es. Vemos los cuerpos de su fachada.

Las tres esculturas sobre las tres entradas. La puerta principal, de 7,20 metros de altura por 3,60 de ancho, con sus columnas, sus aldabones, sus pernos, sus herrajes en bronce, su losa de mármol blanco sobre el dintel en la que puede leerse «BAJO EL TÍTULO Y PATROCINIO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, SANTAFÉ RELIGIOSA PROSPERARÁ. AÑO DE MDCCCXIV. ARQUITECTO FRAY DOMINGO DE PETRÉS, CAPUCHINO». Las dos puertas laterales, vigiladas por esculturas de san Pedro y de san Pablo, miden 5,60 metros de altura por 2,80 de ancho. Las dos torres, de 52 metros de altura, son un par de campanarios que sacan la cabeza en una ciudad de campanarios.

Recorremos el lugar por dentro, con sus ecos y sus pasos de espíritus descalzos, antes de que comience la misa. Vamos por los arcos de sus doce capillas como caminando por un espejo. Vemos su sacristía, su presbiterio de rey de reyes, su bautisterio enrejado, su púlpito esculpido en el aire, su órgano tubular que se ha ido volviendo una orquesta, sus ornamentos litúrgicos, sus óleos de ángeles, de frailes, de santos, de palomas rotas de alfarería, de planos de Santa Fe de Bogotá, de mártires a la espera de que Dios por fin los note. Avanzamos por su nave central hasta su cúpula, que

nos ha estado mirando. Sentimos el tiempo frágil, detenido, entre esas bancas. Son las 10:30 a.m. del domingo 10 de noviembre de 1985. Están sonando los dos campanarios.

Ya va a empezar la misa en el nombre de las víctimas de la toma del Palacio de Justicia.

Y es como si los toques, que retumban de los techos a los pisos, fueran un recordatorio de que la vida es una marcha fúnebre.

Vemos los giros en el aire de una bandada de palomas que, espantadas por los campanazos, sobrevuelan la Plaza de Bolívar como dibujándose a sí mismas.

Vemos una multitud de ciudadanos que pasa de largo la iglesia con las coronas de flores que van a dejar en el camposanto de las ruinas del Palacio de Justicia.

Pero pronto nos fijamos en los carros oficiales, vigilados por las camionetas de los escoltas, parqueándose como una procesión de Semana Santa junto al altozano de la Catedral en el que tantos personajes del siglo XIX pidieron una revolución. Podríamos decir que allí está «todo el mundo», un quién es quién de la política criolla, si esto no fuera un mural, sino un drama con principio, medio y fin: si en este paneo por el horror, mejor dicho, pudiera hablarse de protagonistas, de voces agónicas que encarnan las demás agonías. De los carros bajan, vestidos de riguroso negro y rodeados por sus familias en el momento de las verdades, los comandantes de las fuerzas armadas, los ministros, los congresistas, los jefes de los partidos, los diplomáticos, los periodistas que hemos estado viendo en estas páginas. Van aturdidos. Van sin gestos, sin palabras. Entran a la iglesia antes de que llueva como llueve acá.

Se acomodan en sus puestos, de cuatro en cuatro, en las bancas de madera. Hay cámaras de la televisión oficial porque van a transmitirles el rito de la resignación a los colombianos, pero, obligados a la solemnidad, aterrados, aún, por la sevicia de los hechos, todos actúan como si nadie estuviera mirando.

El presidente Belisario Betancur, escoltado por su gabinete de luto, rodeado por la gente que va a defenderlo de aquí a que nadie recuerde estos días, va dándoles la mano a los miembros del establecimiento nacional —que suele sorprenderse, genuinamente, con las tormentas que cosecha— en el largo camino hacia al altar: «Gracias, señor, gracias, señora», les dice, pero querría soltarles los versos de la *Epístola mortal* de Eduardo Carranza que ha tenido en la punta de la lengua desde esta mañana, claro, «miro un retrato: todos están muertos», «pienso en los míos: todos están muertos», «como una torre se derrumba todo», «la tierra es un redondo cementerio», «y es el cielo una losa funeral». Cuando llega a su lugar, allá adelante, se le viene encima el final:

> Miro en torno, los ojos entornados:
> todos estamos contra el paredón:
> sólo esperamos el tiro de gracia:
> todos estamos muertos, muertos, muertos:
> los de Ayer, los de Hoy, los de Mañana…
> sembrados ya de trigo o de palmeras,
> de rosales o simplemente yerba:
> nadie nos llora, nadie nos recuerda.
> Sobre este poema vuela un cuervo.
> Y lo escribe una mano de ceniza.

El arzobispo de Bogotá, monseñor Mario Revollo Bravo, le da la mano escarpada como un soldado de Dios. Revollo Bravo, de sesenta y seis años, nacido en Génova, Italia, porque su padre barranquillero andaba en un cargo diplomático en ese entonces, ha tenido clara su vocación desde muy niño. A los diez años, animado por una madre bogotana que lo miraba como a una esperanza, empezó su recorrido por los seminarios. A los veinticuatro, luego de estudiar las Sagradas Escrituras en la misma tierra en donde nació, ya era un reputado sacerdote. Desde la adolescencia que no tuvo, vio con sus propias gafas cuadradas e inmensas, que jamás se las quita, la guerra santa entre los dos partidos, el Bogotazo, la dictadura. Y entonces sus plegarias siempre han sido por la paz.

El papa Pablo VI lo nombró obispo al final del Frente Nacional. Desde esos años, pero sobre todo luego, especialmente cerca de la voz del papa Juan Pablo II, ha estado renegando en el nombre de los colombianos —a veces lo llaman cascarrabias— por las exigencias de ciertas izquierdas. Si le da la mano con tanta firmeza al presidente, entre el agradecimiento y el respeto y la solidaridad, es porque le cuesta comprender por qué los guerrilleros llegan a creerse almas más puras que las demás almas: «Puede haber abusos de los militares y deben corregirse», dijo en la Semana Santa de 1981, «pero tal como se enfoca el asunto parece que los derechos humanos fueran patrimonio tan sólo de los violentos».

Escuchamos el «*Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis*», en la versión de Mozart, mientras monseñor Revollo Bravo va hasta el altar de la Catedral —con su casulla negra de dueño de las muertes— a encarnar al Señor antes de dar la misa de difuntos. Se inclina. Besa el estrado que no sólo representa a

Cristo, sino que guarda las reliquias de los mártires que derramaron su sangre por su Dios. Se santigua: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén», dice. «Oremos: Señor de los cielos y de la tierra, escucha, por favor, nuestras súplicas, y concédenos que, al celebrar el memorial de la muerte y la resurrección de tu Hijo, nuestros hermanos difuntos sean liberados de las cadenas de la muerte y alcancen la gloria de la vida eterna».

Es cuando monseñor va a entrar al segundo acto de la misa, la liturgia de la palabra con sus lecturas bíblicas, su salmo responsorial y su aclamación del evangelio, que nosotros notamos como una grieta en la Catedral —la voz aturdidora del cura pasa a un segundo plano— la ausencia de las familias de las víctimas.

Todos los deudos de los trabajadores y de los jueces y de los abogados del Palacio de Justicia, salvo un par de allegados abrumados por el dolor, que sin embargo han aceptado las razones del Gobierno, se han negado rotundamente a recibir colaboraciones estatales para pagar las sepulturas y a permitirles los pésames hipócritas a los ministros y a los comandantes —«a los verdugos», repiten a diestra y siniestra— que no fueron capaces de cesar el fuego para salvar todas esas vidas. Vamos, por un momento, a las rejas de la entrada de la casa del asesinado presidente de la Corte Suprema: los Reyes Alvarado no le abren la puerta al general Delgado Mallarino, el director de la Policía que parecía ser un amigo entrañable del padre que les han arrancado de las vísceras, porque les da asco ver de lejos su figura.

Vemos, por un momento, los edificios de ladrillo entre los árboles de la Universidad Externado de Colombia. Es allí, en ese claustro, en donde están velando a aquellos magistrados y aquellos consejeros

de Estado que sobre todo fueron profesores rigurosos con verdadera fe en la ley. Es allí, en esas bancas, en donde están las familias y los fantasmas de las víctimas. Nos miran porque no los estamos mirando. Nos miran hasta que los miremos. «Dios, dales paz», dicen, «Dios, dales justicia».

Volvemos a la Catedral. Vemos las bancas vacías de todos los deudos. Vemos las filas de los líderes cabizbajos que esperan el final de la tragedia para llegar a la casa a quitarse los zapatos. Oímos, del *Libro de la Sabiduría*, que «las almas de los justos están en manos de Dios y no les tocará ningún tormento: su salida de este mundo fue tenida por desastre, y su partida de entre nosotros pareció aniquilación, pero ellos están en paz». Y monseñor sigue y sigue, pero nosotros escuchamos, sobre su lectura de los primeros versículos del tercer capítulo, las voces de una grabación dirigida a «Los señores investigadores del Palacio de Justicia», que tres días después va a llegar al despacho del Procurador General de la Nación.

De nada sirve una misa si no hay reivindicación, pero nosotros alcanzamos a oír las voces distorsionadas de esos soldados honorables, que se han grabado en un casete de aquellos años, confesándonos a todos que «hasta el sábado pasado doce personas que parecían haber desaparecido, que no pudieron explicar ni justificar su presencia en el Palacio de Justicia, estuvieron retenidas en las celdas de la Escuela de Caballería: nosotros, un grupo de oficiales del B2 que operamos en la Casa del Florero bajo el mando del coronel Sánchez, las escoltamos hasta ahí»; «si están muertas, entonces las bañaron en ácido sulfúrico para que no quedara nada de sus cuerpos»; «admiramos a mi coronel Plazas Vega, que dirigió con éxito el contraataque militar, pero no sabíamos que aceptaba

esos métodos para interrogar a los terroristas ni estamos de acuerdo con la tortura, señores, porque ofende el honor nacional»; «queremos defender la democracia de los ataques del enemigo, pero limpiamente, plomo con plomo, sin ilegalidades, sin salvajismos».

Silencio. Plano de las manos venosas de monseñor Revollo Bravo ahora que busca entre su Biblia el salmo responsorial: «El Señor es mi pastor, nada me falta», lee, «en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce», y, mientras nos van mostrando las fotografías que la reportera barranquillera Viki Ospina tomó ese día para Reuters —mientras vemos que su mirada conmovida, estremecedora e irónica, de treinta y siete años nada más, ha retratado las manifestaciones después del 19 de abril de 1970, las luchas sindicales, las carcajadas de los gamines, las vejeces de las mendigas, los vendados que piden que cesen las torturas, los tanques que entran en el Palacio de Justicia, los periodistas agolpados en la entrada del Museo del 20 de Julio, las ruinas de las escaleras del primer piso—, nosotros seguimos escuchando las voces agónicas que hemos escuchado en este trávelin que da la vuelta, «el Señor es mi pastor, nada me falta», «¡viva Colombia!», «¡feliz año, hijueputa, ahora sí habrá guerra», «¡este Ejército es adorable!», «¡la corte amenazada de muerte!», «¡estos hijueputas me dieron!», «¡viva el pueblo!», «¡vamos, vamos, vamos!», «¡esto es una toma!», «el Señor es mi pastor, nada me falta», «¡ojo ahí!», «¡enfermera!», «¡agáchese, güevón, échese pa' tras!», «¡somos del M-19 por los derechos humanos!», «¡se entraron los guerrilleros!», «¡mamá: Lisandro!», «¡chinas: cuídense que las van a matar!», «¡salgan con las manos en la cabeza!», «el Señor es mi pastor, nada me falta», «¡salgan de uno en uno que nosotros les

respetamos la vida!», «¡no nos disparen que somos rehenes, por favor, les habla el presidente de la Corte Suprema de Justicia!», «¡el ejército está entrando en tanques!», «¡somos del ejército nacional!», «¡abajo los chapetones y abajo el mal gobierno!», «¡mataron a Gaitán!», «el Señor es mi pastor, nada me falta», «¡van para afuera tres especiales!», «¡es un muchacho de bien!», «¡abajo militares asesinos!», «¡el presidente de la república no ha querido pasarle al teléfono al presidente de la Corte Suprema de Justicia!», «¡sepa que apenas lleguen a este piso nos morimos todos!», «¡cúbrannos, por favor, que yo soy magistrado!», «el Señor es mi pastor, nada me falta», «¡gol!», «¡autogol, autogol, autogol!», «¡golazo!», «¡me destrozaron mi pierna!», «¡todos abajo!», «¡se nos van a subir hasta aquí!», «¡de aquí salimos todos o nos morimos todos!», «¡que salgan nada más las señoras de los tintos!», «¡salga arrodillado!», «¡este que está aquí es el pueblo colombiano, compadre, dígame quién no!», «¡viva el Partido Conservador!», «¡viva el Partido Liberal!», «el Señor es mi pastor, nada me falta», «¡por favor!, ¡paren!, ¡van a empezar a matarnos a nosotros, los empleados de las Cortes, si ustedes siguen disparando!», «¡fue una granada!», «¡ríndase, comandante, déjenos salir!», «¡le quitó la cabeza!: ¡se le están saliendo los sesos!», «¡traigo un mensaje del presidente de la república!», «el Señor es mi pastor, nada me falta», «¡digan la verdad, hijueputas, por qué están pintados si no son guerrilleros!», «¿por qué no había vuelto, mi niña?», «¿para dónde va, doña Lucía?», «¡Julieta no está muerta!», «¡Julieta nunca ha estado muerta!», «¡quedamos completamente huérfanos en un par de años!», «¡viva Colombia!», «¡que por favor cese el fuego!», «¡el Señor es mi pastor, nada me falta!».

Es efectista, por supuesto, tal vez sería más justo repetir una y otra vez «lo que es terrible de esta Tierra es que todo el mundo tiene sus razones» o «todos allá adentro son como uno mismo: un vaivén», pero ya habrá lugar para sutilezas cuando termine el paso de esta guerra.

En la parte de atrás de la Catedral, donde los fieles entienden que Dios es el punto de fuga, está asintiendo el músico ciego —o sea, don Pablo Montaña— que se pasó la noche en vela grabando las conversaciones de los comandantes militares con sus equipos de radioaficionado. Tiene cinco casetes entre el bolsillo del blazer gris que se pone cuando va a tocarles el acordeón a los deudos en el Cementerio Central. Lleva el pelo corto, bien negro y bien peinado, porque estuvo en la peluquería la semana pesada. Ha salido hace un rato de la habitación del inquilinato en el que ha vivido en los últimos cinco años. Usa unas gafas para definir dónde están las luces y dónde están las sombras. Y está pensando en irles entregando las cintas a los periódicos.

Y quizás lo mejor sea mostrarle las grabaciones completas a Peña Gómez, un periodista bogotano que conoció la otra vez.

Peña Gómez, Manuel Vicente, de treinta y seis años, heredero de la dilapidada fortuna de don Pepe Sierra, ha sido un bachiller de memoria prodigiosa; un estudiante de Princeton que se fue a vivir en la contracultura del Greenwich Village después de asistir a una charla del gurú psicodélico Timothy Leary; un habitante de los sesenta que volvió a Bogotá, luego de participar en una filmación de Andy Warhol, convertido en el rey de los hippies Manuel Quinto; un

muchacho que regresará a su nombre cuando su padre le haga ver que debe dedicarse del todo a la misión tenaz del periodismo: es ese periodista que volverá de Armero, luego de cubrir la tragedia del volcán Nevado del Ruiz que sepultará también el horror del Palacio de Justicia, a recibir las grabaciones del ejército.

Será la primera voz de una cadena de voces que seguirá y seguirá custodiando este relato de relatos: se irá dando una suma de investigaciones, desde el dramático archivo que organizará el sociólogo eterno Eduardo Umaña Luna hasta la novela *Mañana no te presentes* de Marta Orrantia, pero ahora mismo monseñor Revollo Bravo está pasando de la lectura que ha encontrado en el Nuevo Testamento, «bienaventurados los muertos que mueren en el Señor», al aleluya: «Yo soy la resurrección y la vida», se dice en Juan 11:25. «El que cree en mí, aunque muera, vivirá».

El arzobispo Revollo Bravo pronuncia una homilía llena de ecos escalofriantes sobre la urgencia de la reconciliación nacional —«esta ha sido una tragedia sin sentido que ha desgarrado el corazón de la patria», dice, «no más derramamiento de sangre»— que termina con el «dales, Señor, el descanso eterno» que precede el «brille para ellos la luz perpetua».

El presidente Betancur Cuartas, encaramado en el púlpito, acepta sus responsabilidades tanto políticas como morales, declara el luto nacional por las muertes de los servidores de la justicia, propone que el sacrificio de la Corte Suprema de Justicia sea «semilla de un país renovado», invita a la defensa de la democracia frente a la barbarie y advierte que no va a renunciar a su cargo porque todo ese horror ha fortalecido el principio de legalidad acá en Colombia.

Pero entonces, cuando por fin llegan y por fin terminan los aplausos que parecen aplausos pregrabados, nos detenemos a ver una secuencia de todas las misas para las víctimas del Palacio de Justicia que se llevarán a cabo en la Catedral Primada de Bogotá de aquí en adelante. Vemos a todos los presidentes de la república que vendrán después, Barco Vargas, Gaviria Trujillo, Samper Pizano, Pastrana Arango, Uribe Vélez, Santos Calderón, Duque Márquez, cabizbajos mientras todos los arzobispos de Bogotá elevan su voz por el descanso de tantas almas burladas, hasta que el presidente Petro Urrego —recién posesionado entre símbolos del M-19— llegue tarde, pero llegue a escuchar, penitente, los sermones, y luego pase a comulgar: la activista Giovanna Soto Piñeres, hija de la auxiliar asesinada Nuri Piñeres de Soto, confesará a *El País* que respeta la figura presidencial, y sabe que Petro estaba en la cárcel en tiempos de las tomas, y sin embargo le queda imposible perdonarlo.

Y cuando se acaban las homilías de los sacerdotes, cuando todas las misas de estos cuarenta años se pierden en la liturgia eucarística, «santo, santo, santo es el Señor, dios del universo», como subrayándonos que la solución religiosa al espanto de vivir es asumir que la vida no es histórica sino mítica, que el mundo da las mismas vueltas que la Tierra y seremos recibidos en la realidad cuando termine esta puesta en escena, empieza el coro trágico de los fantasmas que nos explican que todos estaban defendiendo su democracia, que esas gentes armadas se iban a dormir pensando que eran héroes, que luego de las ruinas viene el trauma, que lo que es injusto, lo que detiene la justicia y detiene el alivio que le sigue, es que los unos les nieguen estos murales a los otros.

No sé qué vemos en estos momentos, si un primer plano de un sacerdote bueno que no tiene nada que perder o un plano general de un vacío que pronuncia la compasión por todo el que haya vivido en carne propia esta violencia nuestra, pero sea como fuere es en esta página donde entendemos que nuestro sistema nervioso ha sido formado por el miedo, por la orfandad, así uno haya tenido padres nobles, en esta Colombia en vilo. Todo lo que hemos visto sería un juego de niños, con sus huérfanos disfrazados de guerrilleros, de soldados, de generales, de comandantes, de estadistas, de bomberos, de sacerdotes, si no terminara en la muerte. Qué jóvenes eran todos. Qué niños perdidos seguían siendo. Estaban a tiempo de librarse de esta Patria Loca, pero se jugaron la vida por hacer el papel que hicieron, sí, quiénes más iban a ser si daban media vuelta: qué iba a ser de sus almas si sus cuerpos no eran reclutados por cualquiera de las causas.

Es en estas últimas escenas —podría decirlo usted en un primer plano de documental— cuando se hace evidente que siempre hemos tenido a la mano todas las piezas del rompecabezas de las tomas del Palacio de Justicia, y la pregunta no ha sido qué paso allá adentro, no, ha sido quién quiere armar el relato, quién quiere ver cómo se viene abajo el edificio que suele contener a las fuerzas que creen que la democracia es un embeleco de afortunados, quién se atreve a aceptar que no hay que ganar el pulso por la verdad, ni hay que pasar la página, sino que hay que leer y releer y releer, guardar los espíritus de las víctimas en libros como cofres, contar y contar lo que sucedió, en busca de las palabras precisas, porque no es posible recordar cuando no es posible nombrar.

Puede que no sea en nuestros tiempos, pero habrá una vez en la que hallaremos los modos de que todos lo sepamos —de que todos sepamos que lo sabemos— y todos lo recordemos.

Plano general, a modo de mural, de nosotros mismos habituados a ser espectadores: hemos visto las películas, hemos leído los libros en el camino al trabajo, hemos visto los murales en los callejones sin salida, y pocas veces hemos sido testigos de un victimario que se suba al escenario a decir «fuimos salvajes», «fuimos crueles».

Cuando el mundo se empeña en la justicia, los verdugos se atreven a decirles a las víctimas, como los militares que han reconocido, en voz alta, los falsos positivos, que sí oficiaron el horror y sí se regodearon en su violencia porque podían hacerlo: que las víctimas sí son las víctimas y ellos sí cruzaron esa línea hacia las tinieblas que llevamos por dentro.

Y si nos quedamos unos segundos en este plano de nuestras caras abrumadas es para que sea claro que estamos esperando que empiecen a hablar.

Qué coronel va a atreverse a decir «sí, creímos que había que hacer lo que hicimos: creímos, envanecidos, ensoberbecidos, que había que arrasar con esas lacras». Qué ministro va a confesar que hubo un pacto de silencio: un compromiso para hacerles creer a las víctimas que estaban locas y reducir la masacre a combate. Qué guerrillero va a aceptar que tanto los revolucionarios como los pacificadores tienen cabezas de tiranos: «Tocaba matar», sí, «tocaba meterlos en zanjas». Qué político va a reconocer que no hay polarizaciones ni hay monstruos, sino identidades enfermas que no existen si no prevalecen. Qué monseñor va a decir que nuestro

fanatismo religioso —«quien no cree en lo que creo yo no es humano»— está en el fondo de todas las violencias colombianas.

Qué padre va a reconocerle a su hijo que lo ha traído a un fuego cruzado entre estos héroes románticos que también son los villanos.

Que el experimento es tan retorcido, tan diabólico, que es el azar colombiano el que decide si usted asalta o defiende el Palacio de Justicia.

A riesgo de sobreexplicarme como cualquier heredero de traumas, podría decirle a la cámara que a ratos sospecho que le corresponde a cada cual, en el vasto paraje en el que se está solo con la propia sombra, negarse a jugar el juego de los líderes de las venganzas, de los arreadores de las sociedades, y que a esta edad he estado pensando que los verdaderos protagonistas son los personajes secundarios que tienen la fortuna de serlo, pero cortamos abruptamente al momento en el que el cercano Ramón Jimeno me confirma, del otro lado de la mesa, que la parábola del Palacio de Justicia sigue siendo nuestra parábola bíblica porque nos enseña que la marca de Colombia es la inutilidad de sus guerras, que si se puede asesinar a los jueces, o sea a los guardianes de los ritos que nos salvan de la aniquilación, entonces se puede matar a cualquiera que sepa decir no, y que todo lo oculto se sabe si es que se quiere saber.

Suena el *Ave María* de Schubert, en la Catedral Primada de Bogotá, mientras monseñor Revollo Bravo les da la comunión a los políticos enlutados: «*Ave Maria, gratia plena*». Todos se dan la bendición. Todos se ponen de rodillas. Tratan de elevar una plegaria, pero se les vienen a la mente los incesantes titulares que rodean las misas de los difuntos del Palacio de Justicia.

«No indemnizarán a los militares muertos en combate». «El lío para que los restos de Alfonso Jacquin, exguerrillero del M-19, vuelvan a su familia». «Fiscalía exhuma restos de oficiales muertos en Palacio de Justicia». «Las nuevas pruebas del holocausto». «"Todavía hay una deuda pendiente": hijo de sargento fallecido en la toma». «"Padre, aún sufro pesadillas por ese infierno": oficial preso relata el horror que vivió en la retoma del Palacio de Justicia». «Guerrillero William Almonacid habría sido ejecutado después de la toma». «Hallan restos del magistrado Alfonso Patiño Roselli, que murió en la toma del Palacio de Justicia, treinta y nueve años después de los hechos». «El exsuboficial que reveló ubicación de fosas comunes de inteligencia militar dice que van a matarlo».

Monseñor Revollo Bravo vuelve al centro del altar, después de darles la comunión a nuestros líderes, cansado y vulnerable como un personaje que rompe la cuarta pared: «Que sus almas y todas las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz, amén», dice, «podéis ir en paz».

Retumba en las paredes de la Catedral el *Te Deum* de Verdi, *Te Deum laudamus / te Dominum confitemur. / Te aeternum Patrem, / omnis terra veneratur*, mientras se lleva a cabo la procesión de salida. Suena después, no sin ironía, el trajinado himno nacional. Es como si se encendieran las luces de un teatro. Es como si se vinieran abajo las paredes falsas que separan el escenario de la trasescena, pero también como si fuera obvio, de pronto, que los actores podrían ser los espectadores: el final de la misa, semejante drama, suele poner en claro que los personajes son las personas que están saliendo del teatro. Aquí van. Unos están demasiado viejos para seguir viendo incendios. Otros acaban de entender que ha estallado

el país que iba a estallar. Los demás son muy niños para pensar que esto es usual.

Somos testigos, ahora, de cómo se va disgregando la marcha fúnebre en el altozano de la Catedral. Hay viejos sonriéndoles a los niños. Pero no hay más gestos.

De un segundo al otro nos pasa justo al lado, ¡zas!, junto a la sien como una bala perdida, el espíritu que no se cansa de decirnos «parece que va a llover».

Pasa el rumor. Y después viene, de golpe, un plano cenital. Desde arriba, en el mediodía bogotano del domingo 10 de noviembre de 1985, el Palacio de Justicia es un vórtice de polvo: un caracol sin caracol.

Y los bogotanos que le están poniendo sus ofrendas en los cimientos están descubriendo que sólo queda estar allí.

El presidente de la república, tan ambiguo y tan ambivalente, tan pacifista y tan pacificador, tan enemigo del capitalismo y tan amigo del capital, tan procesado por el progresismo y tan condenado por el conservatismo como cualquiera de nosotros, recibe la solidaridad de todas las figuras de la política bipartidista que están quedándose sin aire, pero que comparten, hoy, el negro. Finge que les pone atención a los pésames hasta que consigue concentrarse en la sospecha que le está deteniendo la salida: tiene que darles la mano a las únicas dos viudas de magistrados que han asistido a la misa porque tiene que mostrarles que entiende lo extraña que es su presencia. Llega hasta donde están. Les dice «señoras: no saben ustedes cuánto lo siento». Y ellas le responden con una sonrisa que es el último cuadro del mural.

Es una sonrisa leve, una sonrisa apenada, agradecida e ineficaz, que comparten las víctimas con los evangelistas de las víctimas.

Hace unos veinticinco años, en esta misma Plaza de Bolívar, mi mamá se encontró con su sobrino Juan —el hijo menor de su hermano Alfonso— en un plantón contra los crímenes de Estado, contra las desapariciones, contra las impunidades, que organizaron los familiares de tantos colombianos asesinados por colombianos: se sorprendieron de verse, cada cual en su historia, pero se despidieron con esta sonrisa menguada que arruga brevemente los ojos y no se puede fingir. Vemos a la salida de esta misa, en fin, lo que debemos ver: la fila de coronas de flores en las raíces del tribunal arrancado de raíz, la estatua descabezada de aquel presidente, la paloma que se asoma a los escombros y se va.

Pero nuestra última imagen es esta sonrisa encogida, de duelo, que es un pequeño triunfo sobre la desesperación.

Créditos: Gracias, Alejandro Gaviria y José Luis Ramírez, por preguntarme el mismo día por qué no había hecho nunca este libro: gracias, José Luis, por fijarte en cada línea con paciencia de hermano. Gracias, querido Gabriel Iriarte, por la revisión providencial de historiador que lee entre líneas. Gracias, Gloria Arias, Alex Pinilla, Pedro Rojas, Carlos Alfonso Velásquez, Bárbara Espinosa, Juan Serrano y Daniel Samper Ospina, por ayudarme a entender qué estaba haciendo. Gracias, César López, por averiguarme cómo iba, cómo voy. Gracias, Carolina López Bernal, por esta edición extraordinaria que tendría que ser reconocida en la portada. Gracias, Sebastián Estrada, por devolverle la urgencia a este mural y sumarle su mirada infalible. Gracias, Catalina Trujillo-Urrego, por corregir esta obra como si fuera una de las suyas.

De nuevo gracias, Olga Behar, Ana Carrigan, Germán Castro Caycedo, Ramón Jimeno, David Marín, Patricia Lara, Cristina Lleras, Viki Ospina, Laura Restrepo y Miguel Torres por retratarlo todo justo a tiempo. Y gracias, en esta era en la que se han dejado convencer de sus fracasos y sus complicidades con los olvidos, a todos los investigadores de *El Tiempo*, de *El Espectador*, de *Alternativa*, de *Semana*, de *As*, de *Ámbito Jurídico*, del Cinep, del Consejo de Estado, de la Corte Suprema de Justicia, de la Procuraduría, de la Fiscalía, del Tribunal

Especial de Instrucción, de la Comisión de la Verdad, de la Jurisdicción Especial para la Paz, de las universidades, de los colectivos de abogados, de las asociaciones de las víctimas, que de 1985 a 2025 han estado contando lo que pasó allá adentro: han hecho justicia verdadera y cada tanto es notada.

Gracias, Mauricio Archila, Carlos Cortés, Andrea Díaz, Laura Gallo, Ricardo Gámez, Ana María Gómez, Juan David Laverde, Isa López, Frank Molano, Felipe Molina, Sara Marín, Mauricio Navas, José Monsalve, María José Noriega, Martín Nova, José Rodríguez, Víctor Rosas, Diana Saray, Ivonne Suárez, Laura Valbuena, María Camila Velasco, Jorge Germán Zuluaga, por sus recuentos esclarecedores.

Gracias, Pascual e Inés, nuestros hijos, por venir hasta este escritorio a cualquier hora a sacarme de cualquier libro en el que esté metido de cabeza. Y gracias, Carolina, mi vida que tenía seis años apenas el día de la toma, porque todo lo demás es nada.

Guía de las caras de este mural*: Según todas las fuentes, desde el Tribunal Especial de Instrucción de 1986 hasta la Comisión de la Verdad de 2010, cerca de 400 personas estuvieron presentes en la pesadilla. Desde muy pronto se habló de 98 asesinados y 11 desaparecidos. En este *Mural* —que es un recuento de nuestra barbarie desde el principio del país, pero a esta hora parece una alegoría de las venganzas sociales y las tomas nacionalistas de los Estados que tienen en vilo a tantos países del mundo— están ellas y están ellos, y también los narradores, los antepasados, los deudos y los sobrevivientes de esta violencia*.

Gobierno nacional

Alirio Caicedo Gutiérrez, secretario de la Comisión de Paz
Augusto Ramírez Ocampo, ministro de Relaciones Exteriores
Belisario Betancur Cuartas, presidente de la república
Egon Lichtenberger Salomon, director del Instituto de Medicina Legal
Enrique Álvarez, agente del DAS
Enrique Parejo González, ministro de Justicia
Fernando Barrera Chávez, director de Inravisión
Jaime Acevedo Sánchez, jefe de protocolo de la Cancillería
Jaime Castro Castro, ministro de Gobierno
John Agudelo Ríos, presidente de la Comisión de Paz

Jorge Carrillo Rojas, ministro de Trabajo
Liliam Suarez Melo, ministra de Educación Nacional
Miguel Maza Márquez, director del DAS
Miguel Vega Uribe, general, ministro de Defensa Nacional
Noemi Sanín Posada, ministra de Comunicaciones
Rafael de Zubiría Gómez, ministro de Salud
Víctor G. Ricardo, secretario general de la presidencia

Fuerza armadas

Alfonso Plazas Vega, teniente coronel
Álvaro Ávila González, soldado
Anatolio Correa Figueroa, comandante
Augusto Moreno Guerrero, comandante de las fuerzas armadas
Bernardo Ramírez Lozano, coronel
Carlos Alberto Fracica Naranjo, mayor del Ejército
Carlos Alberto Orjuela Sánchez, capitán de la Policía
Carlos Arturo Monsalve Sánchez, soldado
Carlos Julio Rubio Poveda, sargento segundo del Batallón Guardia Presidencial
Dámaso Almonacid Molina, cabo primero
Dimas Valdés Escobar, policía
Doney Olmedo Riaño Ospina, subteniente
Edgar Alfonso Moreno Figueroa, soldado
Edilberto Sánchez Rubiano, coronel del B2
Ernesto Caviedes Hoyos, jefe de la Casa Militar
† Everardo Bermúdez García, agente del DAS
Fernando Blanco Gómez, mayor

Fernando Suárez Glaser, perito de Medicina Legal
† Héctor Aníbal Talero Cruz, capitán
Hernando Caro Castaño, capitán de la Policía
Hernán Mejía Gutiérrez, subteniente
Iván Ramírez Quintero, coronel
† Jaime Alberto Portilla Franco, agente
† Jaime Benítez Prieto, sargento viceprimero
† Jaime Rodríguez Vivas, agente
Jairo Solano Jiménez, capitán
Javier Arbeláez Muñoz, coronel
Jesús Armando Arias Cabrales, brigadier general
Jorge Hernando Vega Torres, brigadier general José Alberto Peroza Arteaga, mayor
† José Gerardo Malaver, agente del DAS
José Luis Vargas Valencia, comandante de la Policía
† José Rómulo Fonseca Villada, subteniente
Luis Alberto Moore Perea, teniente
Luis Carlos Sadovnik Sánchez, mayor del Ejército
Luis Gabriel Bayona Borrero, capitán de la Sijín
Luis Roberto Vélez Bedoya, capitán
Luisa Mireya Díaz de Ramírez, jefa del Departamento de Criminalística
Manuel Eduardo Becerra Rojas, soldado
Miguel Rodrigo Torrado Badillo, capitán
Orlando Aldana Ávila, teniente
Pablo Torres García, teniente
Pedro Antonio Herrera Miranda, teniente coronel de la Policía
Rafael Mejía Roa, capitán de la Escuela de Artillería

Rafael Samudio Molina, general, comandante del Ejército
† Ramón León Ariza, agente del F2
Rubén González Álvarez, cabo
† Saúl Chavarría Salamanca, agente del F2
† Sergio Alberto Villamizar Quintero, teniente
Víctor Alberto Delgado Mallarino, general, director de la Policía
William Mendieta Novoa, teniente
William Rafael Contreras Rodríguez, capitán de la Policía
Wilson Aparicio Chacón, subteniente

Corte Suprema de Justicia

Alba Inés Rodríguez de Forero, auxiliar judicial
† Alfonso Patiño Roselli, magistrado de la Corte
† Alfonso Reyes Echandía, magistrado de la Corte
† Ana Beatriz Moscoso de Cediel, auxiliar del magistrado Gómez
Ana Lucía Bermúdez de Sánchez, auxiliar del magistrado Camacho
Ana Lucía de Sánchez, auxiliar judicial
Carlos Julio Zárate Amado, auxiliar judicial
† Carlos Medellín Forero, magistrado de la Corte
† Cecilia Concha Arboleda, auxiliar de la magistrada González
Cecilia Gómez de Ospina, oficial mayor de la Corte
Consuelo Guzmán de Ospina, secretaria de la Corte
Darío Enrique Quiñones Pinilla, secretario de la Corte
† Darío Velásquez Gaviria, magistrado de la Corte
Dante Luis Fiorillo Porras, magistrado de la Corte
Denis Durango Durango, asistente de la Sala Penal
† Emiro Sandoval Huertas, magistrado auxiliar

† Fabio Calderón Botero, magistrado de la Corte
Fabio Ospitia Garzón, auxiliar judicial
† Fanny González Franco, magistrada de la Corte
Fernando Uribe Restrepo, magistrado de la Corte
Gaspar Caballero Sierra, magistrado de la Corte
Gilma Paredes, auxiliar de la Corte
Gustavo Gómez Velásquez, magistrado de la Corte
Helena Gutiérrez Romero, magistrada auxiliar
Herminda Narváez de Tello, secretaria del magistrado Reyes
† Hermógenes Cortés Nomelin, secretario del magistrado Camacho
Hernando Baquero Borda, magistrado de la Corte
Hernando Tapias Focha, magistrado de la Corte
Humberto Murcia Ballén, magistrado de la Corte
† Isabel Méndez de Herrera, auxiliar del magistrado Serrano
Jaime Buitrago Castro, relator de la Corte
† Jorge Alberto Echeverry Correa, auxiliar de la magistrada González
José Alberto Roldán Barriga, magistrado auxiliar
† José Eduardo Gnecco Correa, magistrado de la Corte
José Heriberto Velásquez Ramos, magistrado de la Corte
Joselín Sánchez Alvarado, auxiliar de la Sala Penal
Juan Francisco Hernández Sáenz, magistrado de la Corte
† Julio César Andrade Andrade, magistrado auxiliar
† Libia Rincón Mora, auxiliar del magistrado Aldana
† Lisandro Romero Barrios, magistrado auxiliar
Luis Enrique Aldana Rozo, magistrado de la Corte
Luis Fabián Romero, auxiliar de la Corte
Luis Francisco Camargo González, auxiliar judicial

† Luis Horacio Montoya Gil, magistrado de la Corte
Manuel Enrique Daza Álvarez, magistrado de la Corte
Manuel Gaona Cruz, magistrado de la Corte
María Cecilia Quintero de Alzate, auxiliar judicial
† María Cristina Herrera Obando, auxiliar del magistrado Baquero
María Esther Mesa Montealegre, auxiliar de la Corte
† María Lyda Mondol de Palacios, auxiliar del magistrado Gaona
† María Teresa Muñoz de Jiménez, auxiliar del magistrado Calderón
† María Yaneth Rozo Rojas, auxiliar del magistrado Reyes
María Yineth de Pérez, auxiliar judicial
Nelson de Jesús Zuluaga Ramírez, magistrado auxiliar
Nemesio Camacho Rodríguez, magistrado de la Corte
Nicolás Pájaro Peñaranda, magistrado auxiliar
† Nury Esther Piñeres de Soto, auxiliar del magistrado Fiorillo
Orlando Arrechea Ocoró, secretario de la Corte
† Pedro Elías Serrano Abadía, magistrado de la Corte
Rafael Urrego Beltrán, magistrado auxiliar
Ricardo Correal Morillo, secretario de la Sala Constitucional
† Ricardo Medina Moyano, magistrado de la Corte
Rosalba Marín de Henao, secretaria de la Corte
† Rosalba Romero de Díaz, auxiliar del magistrado Patiño
† Ruth Mariela Zuluaga de Correa, auxiliar del magistrado Medellín
Sofía de Arenas, secretaria de la Corte
Yaneth Beltrán Forero, relatora de la Sala de Casación Penal

Consejo de Estado

Alba Bolívar de Nieto, auxiliar del Consejo de Estado

Alicia Díaz de López, auxiliar
Alicia León Orjuela, auxiliar judicial del consejero Vanin Tello
Álvaro León Cajiao, fiscal del Consejo de Estado
Amanda Leal Gallego, secretaria del consejero Tapias
Ana Patricia Caballero Buitrago, auxiliar judicial
† Aura María Nieto de Navarrete, auxiliar judicial
Aydée Anzola Linares, consejera de Estado
† Blanca Inés Ramírez de Angulo, auxiliar del Consejo de Estado
Carlos Betancur Jaramillo, consejero de Estado
† Carlos Horacio Urán Rojas, abogado asistente del Consejo de Estado
Clara Forero de Castro, fiscal quinta ante el Consejo
Eduardo Suescún Monroy, consejero de Estado
Enrique Low Murtra, consejero de Estado
Félix Mora Villate, secretario de la Sección Tercera del Consejo de Estado
Gioconda Montufar Delgado, abogada asistente
Héctor Darío Correa Tamayo, citador
Hermelinda Prado Romero, auxiliar del Consejo de Estado
Hilda Díaz de Agudelo, secretaria del Consejo
Humberto Mora Osejo, consejero de Estado
Jaime Alberto Córdoba Ávila, auxiliar del Consejo de Estado
Jaime Betancur Cuartas, consejero de Estado
Jaime Paredes Tamayo, consejero de Estado
Jorge Valencia Arango, consejero de Estado
José Gabriel Salom Becerra, abogado asistente
José Joaquín Palma Vengoechea, secretario
Julio César Uribe Acosta, consejero de Estado

Leonor Mariela Ávila Roldán, escribiente
Ligia de Rodríguez, abogada de la fiscalía quinta
Luz del Carmen Murillo, escribiente
† Luz Stella Bernal Marín, abogada asistente
Marlene Celina Araújo de Argüello, escribiente
María Elena Giraldo Gómez, relatora del Consejo de Estado
María Fernández de Díaz, auxiliar judicial
† María Teresa Barrios Rodríguez, auxiliar del Consejo de Estado
Mario Enrique Pérez Velasco, consejero de Estado
Martha Andraus Burgos, auxiliar judicial
Miguel Betancourt Rey, consejero de Estado
Nubia González Cerón, relatora del Consejo de Estado
Nubia Stella Hurtado Torres, auxiliar del consejero Betancourt
Reinaldo Arciniegas Baedeker, consejero de Estado
Samuel Buitrago Hurtado, consejero de Estado
Sonia de Fonseca, abogada de la fiscalía quinta
Susana Forero de Rodríguez, auxiliar de relatoría
Víctor Manuel Estupiñán Calderón, abogado asistente

Empleados del Palacio de Justicia

Águeda Stella Robayo, aseadora
Ana Lucía Limas de Montaña, empleada del aseo
Ana Rosa Castiblanco, asistente de cocina
Ananías Bohórquez, escolta del consejero Betancur
Arcelia Figueroa, aseadora
Aristóbulo Rozo, conductor
Augusto Martínez Rincón, conductor

Aura Gladys Moreno Rozo, aseadora
Aura Moreno Rozo, aseadora
• Bernardo Beltrán Hernández, mesero
Bertha León de Díaz, empleada del aseo
• Carlos Arturo Rodríguez Vera, administrador de la cafetería
Carlos Julio Ortegón Garzón, escolta
† Carlota Sánchez de Monsalve, ascensorista
† Cristina del Pilar Guarín Cortés, cajera de la cafetería
• David Suspes Celis, chef de la cafetería
† Eulogio Blanco, vigilante de la empresa Cobasec
† Gerardo Díaz Arbeláez, vigilante de la empresa Cobasec
Gladis Ballén, recepcionista
• Gloria Stella Lizarazo Figueroa, auxiliar de la cafetería
Gonzalo Viracachá, guardaespaldas
• Héctor Jaime Beltrán Fuentes, mesero
Jaime Arenas, conductor
Jaime Benítez Prieto, escolta
Jorge Alberto Medina Peñuela, conductor
† Jorge Tadeo Mayo Castro, administrador del Palacio de Justicia
José Antonio Reina Orjuela, conductor
José Cornelio Gaitán Basto, guardaespaldas del consejero Betancur
José Emilio Pinzón, jefe del Archivo General
José Joaquín Páez Gómez, conductor
José Vicente Ordóñez, portero
José William Ortiz, conductor
† Libardo Durán, escolta
† Lucy Amparo Oviedo Bonilla, funcionaria de la cafetería
† Luis Eduardo Medina Garavito, conductor

† Luis Humberto García Ramírez, conductor
† Luz Mary Portela León, asistente de cocina
Magallys María Arévalo Mejía, aseadora
Marco Tulio Mateus, vigilante de la empresa Cobasec
María Mercedes Ayala Lesmes, empleada del aseo
María Nelfi Díaz de Valencia, ascensorista
Mauricio Vásquez, conductor
† Plácido Barrera Rincón, conductor
Rafael Antonio Lancheros, vigilante de la empresa Cobasec
Rosa Contreras Parra, aseadora
Rosa Helena Carrillo Alarcón, aseadora
Rosa Zoila Barahona de Torres, citadora

Otros funcionarios

Álvaro Villegas Moreno, presidente del Congreso
Armando Heliodoro Quijano Becerra, bombero
Carlos Eduardo Martínez Sáenz, director de Socorro Nacional de la Cruz Roja
Fernando Hinestrosa, rector de la Universidad Externado de Colombia
Francisco de la Cruz Lara, celador del Museo Casa del Florero
José Antonio Álvarez Lima, embajador de México
José Ignacio Vives Echeverría, senador
Luis Carlos Galán Sarmiento, senador
Marina Uribe de Eusse, secretaria de Gobierno de Bogotá

M-19

† "Adán" Nicolás Ortiz Foglia
† "Aldo" Alfonso Jacquin Gutiérrez
† Andrés Almarales Manga, comandante
† "Andrés" Humberto Lozada Valderrama
Antonio Navarro Wolff
† "Bernardo" Fernando Rodríguez Sánchez
† "Carlitos" Fabio Becerra Correa
Carlos Pizarro Leongómez
† "César" Elkin de Jesús Quiceno Acevedo
"Claudia" Clara Helena Enciso Hernández
"Comandante Cero" Rosemberg Pabón
"El Turco" Álvaro Fayad Delgado, comandante
† "Esteban" Diógenes Benavides Martinelli
† "Esteban" Jesús Antonio Rueda Velasco
† "Fabio" Orlando Chaparro Vélez
Iván Marino Ospina, comandante
Jaime Bateman Cayón, comandante
† "Jorge" Edison Zapata Vázquez
"La Chiqui" Carmenza Cardona Londoño
† Luis Francisco Otero Cifuentes
• "Mariana" Irma Franco Pineda
† "Memo" Guillermo Elvencio Ruiz Gómez
† "Miguel" Javier Ulpiano Varela Polanía
† "Natalia" Ángela María Murillo
† "Natalia" Dora Torres Sanabria
† "Nohora" Amalia Sosa Sierra
† "Pacho" Ariel Sánchez

† "Patricia" Olga Gracia
† "Paula" Constanza Molina
"Pedro" Jesús Antonio Carvajal Barrera
† "Pedro Pacho" Gerardo Quevedo
† "Pilar" Jimena Marcela Clavijo
Ricardo Martínez Lázaro
† "Roque" Josué Marín Peña
† "Salvador" Fernando Erazo
† "Sebastián" William Almonacid Rodríguez
Vera Grabe Loewenherz
† "Violeta" Carmen Cristina Garzón
† "William" Alberto Nicolás Erazo

Civiles atrapados en las dos tomas

Aristides Mogollón Castañeda, dueño de la camioneta Ford de placas AP 1007
Augusto Martínez Rincón, transportador del camión Ford de placas AM 3967
Bernardo Hoyos Zuluaga, abogado
Betty Quintero González, litigante
Carmen Elisa Mora Nieto, visitante
Carmen Elvira Reyes Rodríguez, litigante
Eduardo Matson Ospino, estudiante
"El Rambo" Jorge Arturo Sarria, soldado retirado
Esteban Bendeck Olivella, abogado litigante
• Gloria Anzola de Lanao, abogada
† Gustavo Ramírez Rivera, visitante

Julio Roberto Cepeda Tarazona, editor *Revista Jurisprudencia y Doctrina*
Lubín Ramírez Lorza, gestor
Margarita Dawson, abogada litigante
† María Isabel Ferrer de Velázquez, visitante
Noralba García Trujillo, enfermera
• Norma Constanza Esguerra Forero, proveedora de pasteles
Orlando Quijano, abogado
† René Francisco Acuña Jiménez, sastre
Yolanda Santodomingo Alberici, estudiante

Familiares de las víctimas

Abel Romero Sotomayor, hijo del magistrado auxiliar Romero
Adriana Almarales, hija del comandante del M-19
Amelia Mantilla Villegas, abogada, viuda del magistrado auxiliar Sandoval
Ana María Bidegain, viuda de Carlos Urán
Anahí, Helena, Mairée y Xiomara Urán Bidegain, hijas de Carlos Urán
Bernardo Beltrán Montoya, padre del mesero Beltrán Hernández
Carlos Eduardo Medellín Becerra, hijo del consejero Medellín
Cecilia Saturia Cabrera Guerra, esposa del administrador de la cafetería
Damaris Oviedo Bonilla, hermana de la asistente de cocina Oviedo
Elsa Cortés, José Guarín y René Guarín Cortés, familiares de Cristina Guarín
Elvira de Esguerra, madre de la contratista Esguerra

Fabiola Hernández, esposa del escolta Durán
Gabriel Romero Sotomayor, hijo de Lisandro Romero
Lisandro Romero Sotomayor, hijo de Lisandro Romero
Luz Dary Samper de Suspes, viuda del chef Suspes
Giovanna Soto Piñeres, hija de la auxiliar Piñeres
Efigenia Vélez, esposa de Jaime Betancur
Fernando García Trujillo, hermano de la enfermera García
Fredy Durán, hermano del escolta Durán
Haydée Cruz de Velásquez, viuda del magistrado Velásquez
Jorge Alejandro Medellín Becerra, hijo del consejero Medellín
Jorge Eliécer Franco Pineda, hermano de la guerrillera Franco
Juan Darío Velásquez Cruz, hijo de Darío Velásquez Gaviria
Juan Francisco Lanao Anzola, hijo de Gloria Anzola
Julián García Trujillo, hermano de la enfermera García
María Consuelo Anzola,hermana de la abogada Anzola
María Inés Castiblanco, hermana de la asistente de cocina Castiblanco
María Rodríguez, viuda de Almarales
Marina Goenaga, abogada, exesposa de Almarales
Maritza Casallas Lizarazo, hija de la auxiliar de cocina Lizarazo
Martha Gilma Henao de Montoya, esposa del magistrado Montoya Gil
Nelly Durán, mamá del escolta Durán
Olga Trujillo, mamá de Noralba García
Otoniel González Franco, hermano de la magistrada González
Pilar Navarrete, esposa del mesero Beltrán Fuentes
Rafael María Oviedo Acevedo, padre de la asistente de cocina Oviedo

Raúl Alfonso Talero Cruz, hermano del capitán Talero
Rómulo Anzola, padre de la abogada Anzola
Rosa María Cárdenas, hija de Luz Mary Portela
Rosalbina León, madre de la cocinera Portela
Sirenia Alvarado, esposa del magistrado Reyes Echandía
Victoria Sotomayor Coronado, esposa del magistrado auxiliar Romero
Wadiz Correa Echeverri, hermano del magistrado auxiliar Correa
Yesid Reyes Alvarado, hijo de Alfonso Reyes

Sobrevivientes y testigos de la guerra

Alejandra Fayad, artista
Clementina Cayón Ebratt, liberal, madre del comandante Bateman
Iván López Botero, congresista liberal
Jaime Betancur Vélez, hijo del consejero Betancur Cuartas
Jineth Bedoya Lima, periodista
Jorge Olarte, padrastro del comandante Bateman
María José Pizarro, política
Olga López Jaramillo, médica

Partido entre Millonarios y Unión Magdalena

Carlos Valencia, arquero del Unión
Cerveleón Cuesta Delgado, defensa de Millos
Eduardo Julián Retat Torres, técnico del Unión
Eduardo Luján Manera, técnico de Millos
"El Búfalo de San Luis" Juan Gilberto Funes, delantero de Millos

“El Guajiro” Arnoldo Iguarán Zúñiga, delantero de Millos
“El Huevo” Luis Norberto Gil Colorado, delantero de Millos
“El Kilométrico” Carlos Alberto Reyes, árbitro central
“El Mico” Hernando García Rodríguez, mediocampista de Millos
“El Nano” Miguel Augusto Prince Franco, defensa de Millos
Marcelo Trobbiani, mediocampista de Millos
Silvano Espíndola, mediocampista de Millos

Narradores de las tomas

Adriana Echeverry, periodista
Álvaro Almanza, reportero RCN
Álvaro Salom Becerra, escritor
Ana Carrigan, escritora
Angela María Buitrago Ruiz, fiscal delegada
Ana María Hanssen, periodista
Ángel María Buitrago Ruiz, fiscal delegada
Alberto Piedrahíta Pacheco, locutor
Alfonso Ortiz Páez, actor
Andrés Díaz Cardona, periodista
Arturo Jaimes, periodista
Carmenza Gómez, actriz
Carmenza González, actriz
Catalina Castro Moreno, escritora
César López Giraldo, músico
Cristina Lleras Figueroa, curadora
Dago García, escritor
David Marín García, periodista

Diego Rubio, periodista
Doris Salcedo, artista
Eduardo Carranza, poeta
Eduardo Umaña Luna, sociólogo
Eduardo Umaña Mendoza, profesor
Efraín González, periodista
Enrique Santos Molano, escritor
Fernando Gómez Agudelo, pionero de la televisión
Gabriel García Márquez, escritor
Germán Castro Caycedo, periodista
Germán Guzmán Campos, historiador
Germán Salgado Morales, director del Noticiero Todelar
Gloria Inés Moreno, periodista
Gustavo Niño Mendoza, locutor
Helena Urán Bidegain, escritora
Hernando Salazar, periodista
José Gutiérrez Rodríguez, psiquiatra
José Israel Charry, periodista del Grupo Radial Colombiano
José María Espinosa, caricaturista
Juan Gossaín Abdallah, director de RCN
Juan Guillermo Ríos, periodista
Julia Navarrete Mosquera, reportera de Caracol Radio
Laura Gallo Tapias, periodista
Lucy Martínez, actriz
Luis Carlos Ibáñez, librero
Luis Felipe Salamanca, escritor
Luz Marina Bernal, madre de Soacha
Manuel Vicente Peña Gómez, periodista

Marta Lucía Orrantia Sabaraín, novelista
Martín Nova, periodista
Maureén Maya, historiadora
Mauricio Gómez Escobar, director del *Noticiero 24 Horas*
Mauricio Navas Talero, dramaturgo
Miguel Torres, dramaturgo
Olga Behar Leiser, reportera del *Noticiero 24 Horas*
Orlando Fals Borda, sociólogo
Óscar Alarcón Núñez, jurista y periodista
Óscar Rentería Jiménez, comentarista radial
Óscar Vargas, periodista de Europa Press
Pablo Montaña, radioaficionado
Patricia Lara Salive, escritora
Ramón Jimeno, escritor
Silvia Duzán Sáenz, periodista
Teresa Morales Suárez, historiadora
Tomás Rueda Vargas, escritor
Viki Ospina, fotógrafa
Yamid Amat Ruiz, director de Caracol

Personajes de nuestra historia desde la Patria Boba hasta la Patria Loca

Adolfo López Mateos, presidente de México
Alberto Lleras Camargo, presidente de Colombia
Alfonso López Michelsen, presidente de Colombia
Alfonso López Pumarejo, presidente de Colombia
Álvaro Gómez Hurtado, candidato a la presidencia

Andrés Escobar Saldarriaga, futbolista
Antonio Caballero y Góngora, virrey
Antonio José Amar y Borbón, virrey
Antonio Nariño y Álvarez del Casal, líder centralista
Antonio Ricaurte, soldado del ejército libertador
Aquileo Parra Gómez, presidente de Colombia
Camilo Torres Restrepo, sacerdote revolucionario
Camilo Torres Tenorio, líder federalista
Carlos Holguín Mallarino, presidente de Colombia
Carlos Lleras Restrepo, presidente de Colombia
Domingo de Petrés, arquitecto bogotano
Eduardo Santos Montejo, presidente de Colombia
El Libertador Simón Bolívar, presidente de Colombia
El Pacificador Pablo Morillo, general español
Enrique Olaya Herrera, presidente de Colombia
Eustorgio Salgar Moreno, presidente de Colombia
Fabio Lozano Simonelli, representante a la Cámara
Felipe V, rey de España
Fernando VII, rey de España
Francisco Antonio Moreno y Escandón, fiscal de la Real Audiencia
Francisco de Paula Santander Omaña, Presidente de Colombia
Fray Domingo de Petrés, arquitecto bogotano
Germán Zea Hernández, ministro de Gobierno de Turbay
Gilberto Alzate Avendaño, político conservador
Gustavo Petro Urrego, presidente de Colombia
Gustavo Rojas Pinilla, dictador
Hernando Venegas Carrillo Manosalvas, mariscal
Joaquín Mosquera y Arboleda, presidente de la Gran Colombia

Jorge Eliécer Gaitán, mártir liberal
Jorge Mario Eastman, ministro de Gobierno
José Acevedo y Gómez, militar y político
José Antonio Álvarez Lima, embajador de México
José Eusebio Otálora Martínez, presidente de Colombia
José González Llorente, comerciante español
José Hilario López, presidente de Colombia
José Ignacio de Márquez Barreto, presidente de la Nueva Granada
José Manuel de Ezpeleta, virrey
José Manuel Marroquín Ricaurte, presidente de Colombia
José María Melo y Ortiz, presidente de Colombia
José Raquel Mercado, sindicalista
José Santos Gutiérrez Prieto, presidente de Colombia
José Vicente Concha Ferreira, presidente de Colombia
Josefa Caicedo, fundadora de La Puerta Falsa
Juan de Sámano, virrey
Julio César Turbay Ayala, presidente de Colombia
Luis Carlos Camacho Leyva, general
Luis Carlos Galán Sarmiento, senador
Manuel Murillo Toro, presidente de Colombia
Marco Fidel Suárez Barrientos, presidente de Colombia
Mariano Ospina Pérez, presidente de Colombia
Mariano Ospina Rodríguez, presidente de Colombia
Miguel Abadía Méndez, presidente de Colombia
Miguel Antonio Caro Tobar, presidente de Colombia
Miguel de Germán Ribón, industrial
Misael Pastrana Borrero, presidente de Colombia
Monseñor Mario Revollo Bravo, arzobispo de Bogotá

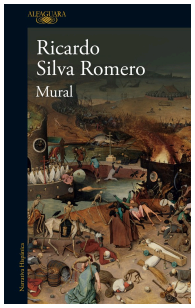
Pablo Escobar Gaviria, narcotraficante
Rafael Pardo Buelvas, ministro de López Michelsen
Rafael Reyes Prieto, presidente de Colombia
Rafael Uribe Uribe, general liberal
Roberto Urdaneta Arbeláez, presidente de Colombia
Rodrigo Lara Bonilla, ministro de Justicia
Santiago Pérez Manosalva, presidente de Colombia
Santos Acosta Castillo, presidente de Colombia
Tomás Cipriano de Mosquera, presidente de Colombia
Virgilio Barco Vargas, presidente de Colombia

Familia de Marcela Romero

Alfonso Romero Aguirre, líder liberal, padre de los Romero Buj y los Romero Barrios
Alfonso Romero Buj, líder de izquierda, hermano
Amelia Díaz, empleada
Amparo Silva de Romero, esposa de Alfonso Romero Buj
Aurora Buj Ibáñez, madre
Camilo González Posso, ministro de Salud, amigo
Eduardo Silva Romero, hijo
Eunice Santos Acevedo, abogada, amiga
María Teresa Garcés Lloreda, constituyente, amiga
Mirentxu de la Lombana de Magyaroff, consejera de Estado, amiga
MirenVitore Magyaroff, ahijada
Iván Magyaroff Patiño, abogado, amigo
Lucy Álvarez de Mora, esposa del consejero Mora Osejo
Sergio Mendoza Bonilla, amigo

Sebastián Romero Buj, publicista, hermano
Juan Fernando Romero Tobón, abogado, sobrino

* El símbolo (†) acompaña a las personas que fueron asesinadas durante la toma. El símbolo (•) indica que aún se encuentran desaparecidas.



«Y jamás dejará de sonar inverosímil, pero la humillación, un trauma que engendra traumas, se encuentra detrás de las guerras más desquiciadas, más apocalípticas que hayan desfigurado este mundo».

El miércoles 6 de noviembre de 1985, la guerrilla del M-19 se tomó a sangre y fuego el Palacio de Justicia, sede de las Cortes colombianas que se jugaban la vida por las leyes. La respuesta de las fuerzas armadas fue retomar el lugar a toda costa, y el resultado es uno de los episodios más salvajes y trágicos de la historia reciente de Colombia.

Este *Mural* nos hace testigos de primera mano de las nostálgicas imágenes del Palacio de Justicia antes de convertirse en una ruina funesta. Y luego, gracias a la mirada luminosa y compasiva de Ricardo Silva Romero, somos espectadores de la miseria, el horror, la deshonra, pero también de la humanidad, la misericordia y la cordura perdidas en la toma. *Mural* logra con maestría ejecutar la

magia de la ficción: llenar de vida a sus personajes a pesar de la muerte, plantarnos en el lugar mundano de las deficiencias y los errores, devolvernos a la gracia de reconocer los matices en todos los hechos y todas las personas, reivindicar la experiencia de volver a contar lo sucedido a la luz de la imaginación.



RICARDO SILVA ROMERO

Nació en Bogotá en 1975. Es autor de las novelas *Relato de Navidad en La Gran Vía*, *Walkman*, *Tic*, *Parece que va a llover*, *Fin*, *El hombre de los mil nombres*, *En orden de estatura*, *Autogol*, *Érase una vez en Colombia* —compuesta por *Comedia romántica* y *El Espantapájaros*—, *El libro de la envidia*, *Historia oficial del amor*, *Todo va a estar bien*, *Cómo perderlo todo* (ganadora del V Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana), *Río Muerto*, *Zoológico humano*, *Cómo vivir en vano*, *El libro del duelo* y *Alpe d'Huez*. Su obra la completan un libro de ensayos sobre la ficción titulado *Ficcionario*, la obra de teatro *Domingo*, dos colecciones de relatos, dos poemarios, una conversación escrita con Alejandro Gaviria —*El arte de no enloquecer*—, un par de libros sin género y la página de internet www.ricardosilvaromero.com. Es columnista del diario *El Tiempo*.

© Carolina López



Título: *Mural*
Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Ricardo Silva Romero
© 2025, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Diseño de cubierta: © Penguin Random House Grupo Editorial / Patricia Martínez
Imagen de cubierta: © *El triunfo de la Muerte*, de Pieter Bruegel el Viejo. Museo Nacional del Prado © Foto MNP / Scala, Florencia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en

cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN 978-628-7778-82-5

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

Mural
Dedicatoria
Epígrafe
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Mural
Dedicatoria
Epígrafe
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos